

S. Claramunt, E. Portela,
M. González y E. Mitre

Historia de la Edad Media

Ariel Historia

S. Claramunt, E. Portela,
M. González y E. Mitre

Historia de la Edad Media



Editorial Ariel, S.A.
Barcelona

Diseño cubierta: Nacho Soriano

1.ª edición: septiembre 1992

2.ª edición, revisada: octubre 1995

1.ª reimpresión: septiembre 1997

2.ª reimpresión: septiembre 1998

© 1992 y 1995: Salvador Claramunt, Ermelindo Portela,
Manuel González y Emilio Mitre

Derechos exclusivos de edición en español
reservados para todo el mundo:

© 1992 y 1998: Editorial Ariel, S. A.
Córcega, 270 - 08008 Barcelona

ISBN: 84-344-6569-8

Depósito legal: B. 32.284 - 1998

Impreso en España

1998. — Talleres LIBERDÚPLEX, S. L.
Constitución, 19 - 08014 Barcelona

- historia - historia medieval -
- s. IV/XV - política - economía -
- sociedad - cultura -

CC BY CREATIVE COMMONS

Universidad Nacional de Cuyo	
FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS	
BIBLIOTECA	
17-3-99	Nº de Orden 11-013/98
BIBLIOTECARIO	
Valor 9. 30.-	

Reg. Nº 117269

PALABRAS PREVIAS

El presente manual de Historia pretende introducir al estudiante universitario de primeros cursos en el conocimiento de los principales acontecimientos que se produjeron a lo largo del milenio que se ha dado en llamar del todo impropriamente Edad Media.

Los cuatro autores de esta obra no nos hemos propuesto hacer un volumen enciclopédico en que se encuentre todo, sino resumir en cuarenta y tres temas los más diversos pero esenciales aspectos de los tiempos medievales para que, una vez asimilados, el estudiante sepa situar en el tiempo y en el espacio unos acontecimientos cara a la formación de su bagaje cultural o una posible profundización en el futuro de los temas que más le interesen.

El conocimiento de la Historia que tiene el alumnado al entrar en la universidad es muy elemental, ya que únicamente se le han dado unos pobres conocimientos a lo largo de los estudios hasta entonces realizados. La idea de este manual surgió con el propósito de llenar esta falta de conocimientos y contribuir a una formación histórica más sólida en los alumnos de las nuevas licenciaturas de Historia o Humanidades, y a la vez de servir también para los estudiantes de las restantes licenciaturas de letras.

Los capítulos no son largos ni densos, sino que se ha intentado más despertar el interés por el tema, tratado a base de una justa pero indispensable información, que dar una gran cantidad de datos que muchas veces no ayudan a ver, por lo menos en un primer estadio, el hilo conductor del devenir histórico.

El orden seguido es el cronológico, iniciándose con la descomposición del Imperio romano, la consolidación del Cristianismo, la formación de los reinos germánicos y el primer esplendor del Imperio romano de Oriente o bizantino. A partir del siglo VII, la aparición del Islam y la formación del Imperio carolingio marcarán una nueva etapa en los tiempos medios, con una serie de cambios que se sintetizarán en el orden feudal. La renovación del comercio y el despertar de la sociedad urbana nos conducirá a una plenitud medieval que culminará con las monarquías feudales y el apogeo del Sacro Imperio Romano Germánico.

El siglo XIII, con su plenitud, marcará el triunfo de la teocracia pontificia, el inicio del parlamentarismo y la consolidación del mundo universitario.

Las crisis y las transformaciones de los siglos XIV y XV afectarán el destino de los nuevos Estados y de las instituciones políticas, económicas y religiosas, proceso que culmina con la época de los descubrimientos geográficos.

A pesar de que el grueso del temario está dedicado a asuntos europeos, no se ha querido olvidar a las grandes civilizaciones extraeuropeas, a las que se dedican varias lecciones.

Los autores, y creemos que todos los profesores universitarios, podríamos darnos por satisfechos si los conocimientos que se plasman en este manual fuesen asimilados por los alumnos de primer ciclo de nuestras flamantes licenciaturas de Historia o de Humanidades en general y les sirvieran para aficionarse a la Historia Medieval, período que es uno de los engranajes básicos de la Historia de la Humanidad.

SALVADOR CLARAMUNT

Catedrático de Historia Medieval
Universidad de Barcelona

TEMA 1

LA EDAD MEDIA

por MANUEL GONZÁLEZ

1. El concepto de Edad Media

Se ha tardado en definir la Edad Media como concepto y período histórico; aún hoy se discute sobre sus límites cronológicos e, inclusive, espaciales. Con excepción de las referencias más o menos claras que figuran en los escritos de algunos humanistas de los siglos XV y XVI, no fue hasta comienzos de la siguiente centuria cuando se definió la Edad Media como la etapa histórica que discurría entre la Antigüedad clásica y el Renacimiento del siglo XV. La vulgarización del concepto de Edad Media se debería a la obra de un profesor de historia, Cristóbal Keller o *Cellarius*, quien, en 1688, publicó el primer manual de historia medieval con el título de *Historia Medii Aevi, a temporibus Constantini ad Constantinopolim a Turcis captam deducta*.

No obstante, ni la acuñación del término ni la fijación precisa del ámbito cronológico de la Edad Media significaron en absoluto que se hubiese despertado un interés especial por este período histórico. Por el contrario, persistieron los prejuicios tradicionales acuñados por los hombres del Renacimiento, para quienes la Edad Media había sido un período oscuro y bárbaro durante el cual la cultura antigua se había degradado hasta casi desaparecer. Para los intelectuales de la época, la Edad Media seguía siendo la «enorme catástrofe» de que hablara Coulton. La Ilustración añadió nuevos tintes negros al concebir la Edad Media en su conjunto como una sucesión de siglos de intolerancia religiosa, fanatismo y tiranía papal.

El cambio en la valoración del período medieval se produjo a fines del siglo XVIII y durante el primer tercio del siglo XIX, debido, por un lado, al despertar de los nacionalismos europeos y, por otro, al triunfo de las ideas del Romanticismo. Tras las guerras napoleónicas, cada pueblo trató de reafirmar sus características, descubriendo, no sin cierta sorpresa, que había sido durante la Edad Media cuando las naciones europeas habían comenzado a formarse. Liberados de prejuicios culturales o religiosos, los historiadores europeos comenzaron a ver la Edad Media con ojos muy diferentes. El éxito de esta revisión del pasado, hecha en los principales países europeos a partir de la edición sistemática de fuentes históricas —los *Monumenta Germaniae Historica*, cuyo primer volumen apareció en 1826, siguen siendo aún el mejor exponente en este campo— y de la fijación exacta de los acontecimientos, a tono con el «positivismo histórico» dominante, se explica por el apoyo decisivo

de los gobiernos y por el triunfo de la estética romántica. Desde entonces, el *medievalismo* constituye una ciencia *a se* y una de las especialidades más sólidamente asentadas dentro del campo de la investigación histórica.

No obstante, todavía predomina, tanto en el lenguaje de la calle como en el de los políticos y los periodistas, una cierta valoración negativa de la Edad Media, a la que resulta muy difícil oponerse. Como ha recordado con cierta gracia Regine Pernaud, son todavía muchos los que identifican la Edad Media con una época en la que los señores feudales se «pasaban todo el tiempo haciendo la guerra y entraban con sus caballos en las tierras de los campesinos aplastándolo todo», dominada por «asesinatos, torturas, escenas de violencia, de hambre, de epidemias...».

2. Los límites espaciales de la Edad Media

La historia medieval, como concepto y como ciencia, ha sido obra de europeos. Por ello no tiene nada de extraño que, desde sus inicios como ciencia, el objeto de estudio de los historiadores se centrara en Europa, entendida como el ámbito donde se desarrolló una determinada civilización. Los restantes mundos «periféricos» interesaban en la medida en que habían entrado en contacto con el mundo europeo o, de modo aún más exclusivo, mediterráneo. Todavía hoy vivimos de esta herencia, de este «eurocentrismo» que puede parecer injusto y hasta narcisista. Sin embargo, no todo es provincianismo científico o desprecio por lo no-europeo. Para los medievalistas actuales, se trata de un falso problema, ya que Europa durante la Edad Media constituye de por sí un mundo homogéneo, un área cultural que se identifica en gran medida con la entonces llamada «Cristiandad». La historia de este mundo, dotado de unos perfiles geográficos e históricos singulares, tiene plena coherencia en sí misma. Y de ahí que en ella sólo tengan cabida, además de los específicamente occidental y eslavo, los mundos bizantino e islámico, geográficamente próximos y vinculados, además, a una misma tradición cultural. En razón de estas consideraciones, se ha prescindido en este manual de las referencias a la historia, milenaria y culturalmente compleja, de la India, China o Japón.

3. Los límites cronológicos de la Edad Media

Dando por supuesto que la Historia es continua y que todas las divisiones que efectuemos en ella son puros convencionalismos adoptados por los historiadores, cada época histórica —y éste es el caso también de la Edad Media— plantea el problema de sus límites cronológicos e, inclusive, el de su periodización interna. El libro de Keller ya respondía al primero de los problemas, enmarcando la época medieval entre la fundación de Constantinopla (330) y su conquista por los turcos (1453). Había un claro paralelismo entre ambas fechas, la de la fundación de Bizancio y la de la ruina del Imperio bizantino, y ello explica el éxito de su propuesta, por lo menos en lo que hace a la fecha terminal del periodo. Para el comienzo de la Edad Media se han manejado otros acontecimientos, otras fechas clave, tales como el Edicto de Milán (313), la invasión germánica de 406 o el final del Imperio romano de Occidente (476). Y lo mismo puede decirse de la fecha final: descubrimiento de América, inicio de la Reforma protestante y, aun, la Revolución francesa (G. Barraclough).

Sea como fuere, hay que tener en cuenta que ningún acontecimiento, por importante que sea, puede representar en sí mismo un cambio tan radical como para considerarlo el punto inicial o final de toda una época histórica. Por lo que hace a nuestro caso, acontecimientos como el final del Imperio romano de Occidente o las invasiones germánicas no provocaron una ruptura tan violenta con el pasado como pudiera parecer a primera vista. Y lo mismo podría decirse de las fechas propuestas para señalar la terminación de la época medieval. Por ello, las más recientes aportaciones al problema del comienzo de la Edad Media acentúan el significado, no tanto de los hechos de la historia política, como tradicionalmente se ha venido haciendo, como de los fenómenos de base, tales como la pervivencia de la romanidad, el predominio gradual de lo rural y la degradación de la vida económica en Occidente, la ruptura de la unidad del Mediterráneo —anunciada con la división del Imperio y consumada tras la expansión del Islam (H. Pirenne)—, o la formulación de nuevas bases para la organización política y cultural. Por lo que se refiere al final de la época medieval, se han señalado algunos fenómenos que pudieran marcar la aparición de una nueva época: la difusión de las ideas renacentistas, la consolidación de las monarquías autoritarias, la aparición de la imprenta, la ruptura de la unidad religiosa de Europa...

El segundo problema es de más fácil solución, aunque aquí, como en todo, las propuestas son también diferentes. Conforme se fue profundizando en el conocimiento de la Edad Media, los historiadores se dieron cuenta de que este largo período no era un todo uniforme. Por el contrario, en él se pueden distinguir grandes momentos perfectamente diferenciados. Los difícil es definirlos y enmarcarlos cronológicamente.

Hasta hace relativamente pocos años, predominó el criterio de distinguir en la Edad Media dos grandes fases —Alta y Baja Edad Media— que abarcarían, la primera, hasta el siglo XII, y la segunda, desde el siglo XIII al XV. Hoy se prefiere una división tripartita: *Alta Edad Media* —la «Edad Media Temprana» o «Edad Oscura» de los historiadores anglosajones—, que podría definirse como la «prehistoria de los pueblos europeos» (G. Barraclough) y que se extendería desde el siglo IV al X; la *Plena Edad Media* —o «Edad Media Clásica» o «Edad Media Central» o «Período Feudal» (C. van de Kieft)—, que discurriría hasta el siglo XIII y que sería, según Barraclough, el «período de formación de las sociedades europeas»; y, finalmente, la *Baja Edad Media* o «Edad Media Tardía», que cubriría los siglos XIV y XV.

Esta periodización ha sido hecha pensando en la Europa occidental. Como todas las divisiones históricas, es insuficiente y parcial, por lo que, en cada caso concreto, habría que introducir las correcciones necesarias. Por lo que a la Península Ibérica se refiere, habría que señalar, entre otros, los siguientes hechos:

1) La época visigoda (siglos V-VII), dado su marcado carácter «epigonal», señalado hace años por Vicens Vives, podría considerarse como un largo período de transición.

2) La Edad Media propiamente dicha se iniciaría con la invasión y conquista de España por los musulmanes, que marca con claridad, y en campos muy diferentes, una verdadera ruptura histórica.

3) A partir de este momento, sería posible distinguir los mismos períodos que para el resto de Europa, con una cronología ligeramente distinta: *Alta Edad Media*, que concluiría en torno al año 1031 (fin del Califato de Córdoba) o 1035 (testamento de Sancho III el Mayor); *Plena Edad Media*, entre 1031-1035 y 1300, y *Baja Edad Media* (1300-1492). Existe unanimidad en cuanto a considerar los siglos XIV y XV como un bloque coherente, y lo mismo podría decirse de los siglos VIII-X. El problema estriba en determinar qué papel hay que atribuir al siglo XI, verdadero «siglo bifronte», por emplear la terminología de Cas-

tellan. En efecto, mientras para unos sería un siglo altomedieval (S. de Moxó), para otros señalaría el comienzo de una nueva época (R. Menéndez Pidal).

4) El problema del fin de la Edad Media sigue en pie. Es indudable que la conclusión de la guerra de Granada sigue siendo un hecho políticamente muy relevante puesto que cierra el ciclo inaugurado por la conquista islámica; pero, desde otro punto de vista, la integración de Navarra en la «unidad peninsular» no dejaría de tener cierto relieve, lo mismo que el final de la tolerancia religiosa, fenómeno manifestado a través de la expulsión de los judíos en 1492, o de la conversión forzosa, a partir de 1500, de los mudéjares.

Bibliografía básica

En su mayoría, las lecciones de este manual van acompañadas de una bibliografía sumaria, la que en cada caso ha parecido más importante o más asequible para el estudiante. La que ahora se indica es de carácter más general. A fin de no alargar demasiado la relación, se han seleccionado sólo los títulos o colecciones que la experiencia ha demostrado como más útiles o sugerentes, dando preferencia a las obras disponibles en castellano sobre las publicadas en otros idiomas europeos.

1. VISIONES DE CONJUNTO

- Cantor, Norman F.: *Medieval History. The life and death of a civilization*, Nueva York, 1972.
 Duby, George: *Europa en la Edad Media*, Madrid, 1986.
 Genicot, Leopold: *El espíritu de la Edad Media*, Barcelona, 1963.
 Le Goff, Jacques: *La civilización del Occidente Medieval*.
 López Robert, S.: *El nacimiento de Europa*, Barcelona, 1965.
 Perroy, E.: *La Edad Media*, vol. 3 de la «Historia General de las Civilizaciones», Barcelona, 1961.
 Pernaud, Regine: *A la luz de la Edad Media*, Barcelona, 1988.
 Romero, J. L.: *La Edad Media*, México, 1978, 8.ª ed.

2. MANUALES

A) *Historia universal*

- Balard, M. y otros: *De los bárbaros al Renacimiento*, Madrid, 1989.
 Cabrera, E. y Segura, C.: *Historia de la Edad Media. II. Bizancio. El Islam*, Madrid, 1988.
 Fossier, R., ed.: *La Edad Media*, 3 vols., Barcelona, 1988.
 García de Cortázar, J. A. y Valdeón Baroque, J.: *Historia General de la Edad Media*, 2 vols., Madrid, 1970-1971.
 Heers, Jacques: *Historia de la Edad Media*, Barcelona, 1976.
 Ladero Quesada, Miguel A.: *Edad Media*, Barcelona, 1987.
 Mitre Fernández, Emilio: *Introducción a la Historia de la Edad Media europea*, Madrid, 1976.
 —: *Historia de la Edad Media. I. Occidente*, Madrid, 1983.
 Riu Riu, Manuel: *Lecciones de Historia Medieval*, Barcelona, 1969.

B) *Historia de España*

- García de Cortázar, J. A.: *La época medieval*, vol. II de la «Historia de España» de Alfaguara/Alianza Editorial, Madrid, 1988, 2.ª ed.

- García de Valdeavellano, L.: *Historia de España. De los orígenes a la Baja Edad Media*, Madrid, 1952.
- Iradiel, P., Moreta, S. y Sarasa, E.: *Historia medieval de la España cristiana*, Madrid, 1989.
- MacKay, Angus: *La España de la Edad Media. Desde la frontera al Imperio (1000-1500)*, Madrid, 1980.
- Mitre Fernández, Emilio: *La España medieval. Sociedades. Estados. Culturas*, Madrid, 1979.
- Suárez Fernández, Luis: *Historia de España. Edad Media*, Madrid, 1970.

3. GRANDES COLECCIONES

A) *Historia universal*

La «Colección U» (A. Colin, París), en su serie de «Historia Medieval» dirigida por G. Duby, ha publicado una Historia Medieval de Europa en tres volúmenes: G. Fournier, *L'Occident de la fin du V^e siècle à la fin du IX^e siècle* (París, 1970); G. Devailly, *L'Occident du X^e siècle au milieu du XIII^e siècle* (París, 1971), y B. Chevalier, *L'Occident de 1280 à 1492* (París, 1969). Otros volúmenes de esta misma Colección aparecerán citados más adelante.

Valiosos son también los volúmenes correspondientes a la Edad Media de la *Historia Universal* de Siglo XXI: F. G. Maier, *Las transformaciones del mundo mediterráneo. Siglos III-VIII* (Madrid, 1971); C. Cahen, *El Islam. I. Desde los orígenes hasta el comienzo del Imperio Otomano* (Madrid, 1972); F. G. Maier, *Bizancio* (Madrid, 1974); J. Dhont, *La Alta Edad Media* (Madrid, 1971); J. Le Goff, *La Baja Edad Media* (Madrid, 1971); R. Romano-A. Tenenti, *Los fundamentos del mundo moderno. Edad Media tardía, Reforma, Renacimiento* (Madrid, 1971).

La Ed. Labor, de Barcelona, está publicando desde hace años la traducción castellana, completada con bibliografía española, de la fundamental colección francesa «Nouvelle Clío». Han aparecido, hasta la fecha, los siguientes volúmenes referidos a la Edad Media:

- N.º 12. Musset, L.: *Las invasiones. Las oleadas germánicas*, Barcelona, 1967.
- N.º 12 bis. Musset, L.: *Las invasiones. El segundo asalto contra la Europa cristiana (siglos VII-XI)*, Barcelona, 1968.
- N.º 14. Doehaerd, R.: *Occidente durante la Alta Edad Media. Economías y sociedades*, Barcelona, 1974.
- N.º 15. Paul, J.: *La Iglesia y la cultura en Occidente (siglos IX-XII)*. 1) *La santificación del orden temporal y espiritual*, Barcelona, 1988.
- N.º 15 bis. Paul, J.: *La Iglesia y la cultura en Occidente (siglos IX-XII)*. 2) *El despertar evangélico y las mentalidades religiosas*, Barcelona, 1988.
- N.º 16. Poly, J.-P. y Boumarzel, E.: *El cambio feudal (siglos X al XII)*, Barcelona, 1983.
- N.º 17. Fossier, R.: *La infancia de Europa. Aspectos económicos y sociales*. 1) *El hombre y su espacio*, Barcelona, 1984.
- N.º 18. Genicot, L.: *Europa en el siglo XIII*, Barcelona, 1970.
- N.º 20. Mantran, R.: *La expansión musulmana (siglos VII al XI)*, Barcelona, 1973.
- N.º 22. Guenée, B.: *Occidente durante los siglos XIV y XV. Los Estados*, Barcelona, 1973.
- N.º 23. Heers, J.: *Occidente durante los siglos XIV y XV. Aspectos económicos y sociales*, Barcelona, 1968.
- N.º 24. Contamine, Ph.: *La guerra en la Edad Media*, Barcelona, 1984.
- N.º 25. Rapp, F.: *La Iglesia y la vida religiosa en Occidente a fines de la Edad Media*, Barcelona, 1973.

B) *Historia de España*

La obra básica, aunque muy desigual en sus planteamientos, sobre *Historia de España* sigue siendo la que iniciara don R. Menéndez Pidal y que todavía sigue editando Espasa-Calpe, S. A.

Más nuevas, aunque de menor extensión, son las siguientes:

Historia de España, de la Ed. Labor, dirigida por M. Tuñón de Lara. Interesan los vols. II, Sayas, J. J. y García Moreno, L. A.: *Romanismo y germanismo. El despertar de los pueblos hispánicos*, Barcelona, 1981; III, Arié, Rachel: *España musulmana (siglos VIII-XV)*, Barcelona, 1983, y IV, Valdeón, J., Salrach, J. M.^a y Zabalo, Javier: *Feudalismo y consolidación de los pueblos hispánicos*, Barcelona, 1980.

Historia General de España y América, Ed. Rialp, vols. III, IV y V.

Historia de España de Ed. Planeta, dirigida por A. Domínguez Ortiz, de la que, por lo que se refiere a la Edad Media, ha aparecido sólo el volumen 4, escrito por P. Iradiel y M. A. Ladero, *De la crisis medieval al renacimiento (siglos XIV-XV)*, Barcelona, 1988.

4. GUÍAS. LÉXICOS. ATLAS HISTÓRICOS. COLECCIONES DE TEXTOS

Pacaut, M.: *Guide de l'étudiant de Histoire Médiévale*, París, 1968.

Ruiz de la Peña, J. I.: *Introducción al estudio de la Edad Media*, Madrid, 1984.

Bonnassie, P.: *Vocabulario básico de la Historia Medieval*, Barcelona, 1983.

Fedou, R.: *Léxico de la Edad Media*, Madrid, 1982.

Barracough, G.: *The Penguin Atlas of Medieval History*, Londres, 1961.

Claramunt, S. y otros: *Atlas de Historia Medieval*, Barcelona, 1980.

Duby, G.: *Atlas Historique Larousse*, París, 1978.

Kinder, H.-Hilgemann, W.: *Atlas histórico mundial*, 2 vols., Madrid, 1970.

Westermann, W. R.: *Atlas zur Welt Geschichte*, Berlín, 1967.

Falcon, M. I. y otros: *Antología de textos y documentos de Edad Media. I. El occidente europeo*, Zaragoza, 1976.

García de Cortázar, J. A.: *Nueva historia de España en sus textos. Edad Media*, Santiago de Compostela, 1975.

Mitre, E.: *Textos y documentos de época medieval (análisis y comentario)*, Barcelona, 1992.

De la Ronciere, Ch.-M.; Contamine, Ph. y Delort, R.: *L'Europe au Âge. Documents expliqués*, 3 vols. «Collection U», París, 1969-1972.

Riu, Manuel y otros: *Textos comentados de época medieval (siglos V al XII)*, Barcelona, 1975.

TEMA 2

DESCOMPOSICIÓN DEL ORDEN ROMANO (SIGLO IV). EL CRISTIANISMO

por EMILIO MITRE

La decadencia del mundo antiguo en el marco de la decadencia general de las civilizaciones fue tema de reflexión desde época temprana. Ya Polibio (202-120 a.J.C.) estableció un esquema que se iba a convertir en clásico: la decadencia institucional y la barbarización constituían los factores fundamentales de todo proceso de degeneración de las civilizaciones.

Los autores de la Roma imperial manifestaron de continuo una preocupación por lo que se les antojaba el olvido de las viejas tradiciones y la pérdida de las virtudes republicanas. Para los autores cristianos y, por extensión, para los intelectuales del Medievo, no era tan interesante el fin de una Roma pagana como la traslación de su rectoría a otras fuerzas: [la Iglesia o los imperios franco y teutón]. Los humanistas, retomando la tradición de los autores clásicos a los que pretendían seguir, insistieron de nuevo en la pérdida de la dignidad del Imperio. Un proceso íntimamente unido a la decadencia (*inclinatio*) y ocaso de los reinos. Sería, sin embargo, a mediados del siglo XVIII, cuando Edward Gibbon, con una frase lapidaria, fijara la tesis más común sobre el fin del mundo antiguo: «el triunfo de la barbarie y la religión».

El estudio de las responsabilidades de estas dos fuerzas —nuevas tendencias religiosas, con el cristianismo en cabeza; migraciones germánicas— ha sido motivo de renovado interés a lo largo de los dos últimos siglos. [El materialismo histórico, a su vez, contribuyó a ampliar las perspectivas de trabajo al abundar en otra particular causa interna, que adquiere las características de una auténtica revolución: el paso de un modo de producción, el esclavista, a otro, el feudal, que va a trascender a los límites cronológicos de lo que comúnmente denominamos Edad Media.]

En definitiva: causas internas —institucionales, religiosas, económicas— y externas —entrada de los bárbaros—, cuyas raíces se encuentran en el corazón mismo de la historia del Imperio.

1. El Imperio de Constantino y su herencia: las reformas internas y sus limitaciones

En el año 305, al cabo de veinte de gobierno, abdicó el emperador Diocleciano. Este gesto revelaba el fracaso del original intento, el sistema de la Tetrarquía que este personaje había promovido para salvaguardar la unidad del Imperio: ostentación del poder por cuatro titulares de los que dos se titulaban Augustos y los otros dos, subordinados a ellos, Césares. Diecinueve años mas tarde, y tras algunas victorias resonantes sobre sus oponentes, Constantino, hijo de uno de los tetrarcas que habían gobernado con Diocleciano, rehacía bajo su mando único la unidad del Imperio.

Dos gestos trascendentales han marcado la política de Constantino: su conversión al Cristianismo y la fundación de Constantinopla. No conviene, sin embargo, olvidar que su labor política supuso —aunque en algunos casos con marcados matices diferenciales— una continuación de las medidas de regeneración impulsadas en la época diocleciana.

Dentro de su saldo quedarían: la divinización del poder imperial, en la que convergen tanto elementos paganos como cristianos; la reestructuración y centralización de servicios; la reorganización del ejército, impulsando una importante fuerza de choque (los *comitatenses*); el establecimiento de una jerarquía nobiliaria, no en virtud de la sangre (el Senado pierde su poder real) sino en razón de las funciones políticas a desempeñar. Con Constantino se dan, así, los pasos decisivos para la transformación del Imperio en una monarquía absoluta. A estas medidas, además, se unieron otras por las que el Estado dejó sentir su actividad coactiva a fin de que el aparato productivo pudiera funcionar. En este capítulo se sitúan la vinculación de los artesanos a corporaciones profesionales convertidas en mecanismos de vigilancia estatal, la progresiva fijación del colono a la tierra (decreto del 332) o la responsabilidad de los curiales cara a la recaudación de los impuestos municipales. El aparato fiscal fue un legado diocleciano: un impuesto grabaría la capacidad de trabajo (*capitatio*) y otro la tierra (*jugatio*). Monarquía absoluta, el Imperio del siglo IV amenazaba con convertirse en un gigantesco aparato burocrático y totalitario en el que el ciudadano había pasado, irremisiblemente, a la categoría de súbdito de una estructura política sacralizada.

Bajo los sucesores de Constantino, se advierte de forma permanente el cúmulo de dificultades con que un Estado romano impotente se encontró al tratar de aplicar esta minuciosa política. La ineficacia de un pesado aparato administrativo, el problema de la compatibilidad del principio monárquico con la ostentación de la titularidad imperial por varios personajes, las querellas religiosas y las presiones desde el otro lado de las fronteras, serán factores de permanente desestabilización.

La reacción paganizante de Juliano, postrer representante masculino de la dinastía constantiniana, fue la última gran experiencia de sincretismo espiritual. Su muerte en campaña contra los persas (363) sella un fracaso político —la incapacidad de Roma para derrotar a sus poderosos vecinos sasánidas— y religioso: el paganismo deja definitivamente de recibir el apoyo oficial.

Por estos mismos años, también va cobrando cada vez más cuerpo la vieja tendencia al distanciamiento entre las partes oriental y occidental del Imperio. Constantinopla crece en la misma medida en que Roma decae. Desde 364, un emperador gobierna en las provincias occidentales: Valentiniano. Su hermano Valente hace lo propio en las orientales. En 378, éste sufre una gravísima derrota en Adrianópolis a manos de los visigodos. El «limes» danubiano queda roto y los Balcanes invadidos. Un general de ascendencia hispana, Teodo-

sio, logra, mediante pacto, conjurar el peligro. En los años siguientes (394-395) este personaje logrará unir fugazmente las dos parcelas del Imperio. A su muerte, la división se convertirá en un hecho irreversible.

2. El cristianismo ante la cultura antigua: tensiones, acomodación y relevo

En la tradición cristiana, Nerón pasó por ser el perseguidor de la Iglesia por excelencia. Sin embargo, durante más de dos siglos, fue la tolerancia y no la crispación lo que marcó el comportamiento general de las autoridades romanas. Medidas represivas como el Rescripto de Trajano no tuvieron ni mucho menos una proyección universal. El auge de las tendencias sincréticas y la decadencia generalizada del paganismo tradicional romano fueron el caldo de cultivo en el que el cristianismo fue pasando de mera secta del judaísmo a religión con ambiciones universales. A mediados del siglo III, la situación cambió, el emperador Decio promulgó un edicto que suponía la incompatibilidad entre la Iglesia y el Estado. Medidas posteriores desembocaron en los edictos de persecución generalizada promulgados bajo la Tetrarquía. Fue una terrible prueba para una Iglesia que, a esas alturas, se había convertido en una fuerza de primer orden.

La solución al «problema cristiano» vino con la disolución de la Tetrarquía y con el llamado Edicto de Milán (313), por el que Constantino y su colega Licinio promulgaban una total libertad de cultos para sus súbditos. La conversión de Constantino —bautizado, tras un larguísimo catecumenado, en el lecho de muerte— constituyó un factor básico no sólo de la definitiva expansión del cristianismo, desgarrado por la herejía en esos años, sino también de su progresivo compromiso con el Estado.

Los descendientes directos de Constantino, salvo el caso excepcional de Juliano, obraron como sinceros cristianos. Sin embargo, ninguno de ellos se atrevió a dar el paso que en el 380, en Tesalónica, dio Teodosio: la declaración del cristianismo en su versión ortodoxa como única fe del Imperio. El paganismo y la herejía quedaban oficialmente proscritos, y la ortodoxia, en opinión de Ch. N. Cochrane, erigida en verdadera carta de ciudadanía del Imperio.

La acomodación del cristianismo a las estructuras políticas del Imperio fue, así, producto de un largo proceso marcado por una serie de altibajos. Algo similar cabe decir de las relaciones entre cultura pagana y cultura cristiana.

Los motivos de controversia, ha escrito recientemente Sánchez Salor, eran tanto existenciales como vivenciales. Las invectivas de la literatura apocalíptica o del *Apologeticum* de Tertuliano desde el bando cristiano, y las diatribas de Celso, Porfirio o Juliano desde el pagano, quedan en el saldo de la crispación. Sin embargo, desde el siglo II, los autores cristianos se estaban formando en las mismas escuelas que los paganos. El cristianismo, aparte de religión revelada, se iba convirtiendo en una filosofía en la que los elementos platónicos, aristotélicos y estoicos abundaron. El cristianismo fue presentado por sus intelectuales como la culminación de una revelación que, fragmentariamente, se había ido manifestando a todos los pueblos. Y Cristo no sólo era el Redentor y, como tal, la expresión del amor de Dios hacia la humanidad, sino también la manifestación de la razón (*logos*) divina. Desde fecha temprana, la escuela de Alejandría —con Clemente— se convirtió en pionera de la comparación alegórica entre personajes de la historia sagrada y la profana...

¿Cultura cristiana, por tanto, como relevo para una cultura clásica en decadencia?

¿Se produjo en el terreno cultural un proceso de acomodación similar al que se produjo en las relaciones entre la Iglesia y el Estado?

Si, como dice S. Katz, a finales del mundo antiguo se dio un compromiso-ajuste-reconciliación entre ambas culturas, el precio al que ello se logró no fue bajo. Occidente se aisló de las corrientes culturales helénicas en la misma medida en que Oriente se fue desvinculando de las tradiciones latinas. Y, más aún, la cultura antigua, vaciada de todo contenido pagano, pasó a convertirse en una mera propedéutica para el conocimiento de Dios. La ciencia se ponía al servicio de la teología de acuerdo con un principio: *philosophia ancilla theologiae*.

[El Oriente helénico conoció, bajo el gobierno de Constantino, la redacción de una obra de Eusebio, obispo de Cesarea, titulada *Historia Eclesiástica*.] Su autor se convertiría en el padre de la historia de la Iglesia, ya que este texto recoge su evolución desde los tiempos apostólicos hasta el giro constantiniano. Excesivamente cortesano, Eusebio acaba por identificar el imperio con una suerte de reino mesiánico, en cuya historia cuentan más los planes de la Providencia divina que las tropelías denunciadas de los políticos. El emperador romano por antonomasia —el Constantino liberador del cristianismo— pasa a ser algo así como el David de la profecía cristiana.

Una generación posteriores a Eusebio —dos de ellos llegan a conocer la oficialización del cristianismo por Teodosio— son tres de los grandes teólogos de la Iglesia Oriental: los Padres Capadocios.

Basilio el Grande (330-379), educado en las mejores tradiciones paganas y cristianas de su momento, sintetiza en su persona la ascesis monástica y la lucha contra la heterodoxia. La debelación del arrianismo y la pneumatomaquia se encuentran entre los objetivos fundamentales de su actuación teológica.

Hermano de Basilio, Gregorio de Nysa (330-395) participará de idénticas inquietudes. Sus *Oraciones catequéticas* recogen una exposición de las doctrinas de la trinidad, la encarnación, la redención y los sacramentos del bautismo y la eucaristía.

Gregorio Nazianceno (329-389), vinculado al medio monástico y más tarde obispo de Sasima, nos legó en sus *Cinco oraciones teológicas* un elaborado tratamiento de la doctrina del Espíritu Santo. Junto con Basilio, redactaría la *Philocalia*, antología de los textos de Orígenes.

La figura de San Juan Crisóstomo (347-407), uno de los más grandes predicadores de la Iglesia de Oriente, cierra el ciclo de Padres griegos que viven los últimos años de un Imperio romano aún bajo el difícil signo de la unidad política.

En los primeros siglos de nuestra era, la literatura latina cristiana había rendido frutos sensiblemente inferiores a los de la de Oriente. Ello no fue obstáculo para que, especialmente en el norte de África, surgieran figuras de talla, como en los casos de Tertuliano o Cipriano.

En el siglo IV, Occidente, por razones ya parcialmente apuntadas, consolidó una tradición literaria independiente.

Lactancio (240-325), apologeta enconado, vive un ambiente similar al de Eusebio en Oriente. Su obra más conocida, *De mortibus persecutorum*, es una truculenta descripción de las muertes de aquellos que habían osado levantar su mano contra la Iglesia.

Sin embargo, las dos figuras más singulares de Occidente en el período crepuscular del Imperio son San Ambrosio de Milán y San Jerónimo de Stridón.)

De familia senatorial romana y obispo de Milán, Aurelio Ambrosio (339-397) aparece como una figura polifacética. Como exegeta, destacan sus *Comentarios sobre el Evangelio de San Lucas*. Sus tres libros *De Officiis ministrorum* y el opúsculo *De virginitate* dan de él la imagen de un moralista de primera fila. Su obra dogmática —*De Fide ad Gratianum*, *De poenitentia*— habla de Ambrosio como firme debelador de diversos errores doctrinales. *Doctor vitae*, San Ambrosio estratifica en su pensamiento variados componentes: patristicos, platónicos, ciceronianos y virgilianos.

Si San Ambrosio es el autor socialmente imbricado en el aparato de poder eclesiástico, San Jerónimo (342-420) es el converso al ascetismo monástico. Eremita en Belén desde el 386, su fundamental inquietud intelectual se centra en la exégesis y las traducciones de textos bíblicos. Tal labor le daría la fama de ser el más docto de los Padres latinos y uno de los mayores eruditos de su tiempo. De menor entidad son sus obras históricas, entre ellas una continuación de la *Crónica* de Eusebio de Cesarea.

3. Ortodoxia y herejía. La crisis arriana

Todos los grandes Padres de la Iglesia en Oriente y Occidente se caracterizaron por su espíritu polémico contra la disidencia religiosa. Las herejías, que San Pablo, en la *Primera Epístola a los Corintios*, definió como «bandos», fueron tomando cuerpo en el seno de la Iglesia a medida que ésta se iba expandiendo y, consiguientemente, trataba de establecer un cuerpo doctrinal coherente. En ciertos casos, como por ejemplo el del montanismo de mediados del siglo II, se trató de brotes de radicalismo heredados de un apocalipticismo primario. En otras ocasiones, la disidencia era producto de las dificultades surgidas a la hora de racionalizar la ubicación de la Segunda Persona en el seno de la Trinidad. Las tendencias heréticas definidas como modalistas, en especial la de Sabelio, hacia el año 200, se encuentran dentro de esta línea.

Sin embargo, durante los primeros siglos de la Era Cristiana, las diversas herejías no llegaron a crear iglesias paralelas a la oficial. Este peligro surgió con la crisis arriana del siglo IV.

Arrio, presbítero de Alejandría, volvió a plantear en toda su crudeza, hacia el 318, el tema de las relaciones Padre-Hijo. En un intento de salvaguardar la unidad de la divinidad, Arrio desvalorizó la figura del logos encarnado, marcando la superioridad ontológica del Padre. Cristo quedaba convertido, así, en una especie de intermediario, superior a los hombres, pero inferior al Padre.

La expansión de la doctrina arriana provocó un rápido desgarrón en la cristiandad del Oriente mediterráneo. Por iniciativa de Constantino y de su consejero Osio, se reunió un magno concilio en Nicea (325). Arrio fue desterrado y los padres conciliares se lanzaron por la vía de las solemnes proclamaciones doctrinales: Cristo era definido como consustancial (*homousios*) al Padre, fórmula ésta de procedencia erudita, no escrituraria.

Nicea no puso fin a la polémica. Por el contrario, la agudizó: en Antioquía, por ejemplo, en el 362, se podían detectar hasta cinco facciones religiosas que iban desde la ortodoxia niceana radical hasta el anhomeísmo, la tendencia más dura del arrianismo. La intervención en la polémica de los emperadores herederos de Constantino no consiguió solucionar el problema. El patriarca Atanasio de Alejandría sufrió varios destierros por parte de autoridades filoarrianas y se convirtió en el símbolo viviente de la más rígida ortodoxia.

La muerte de Valente en la batalla de Adrianópolis supuso la desaparición de un emperador que simpatizaba con la herejía. En manos de Teodosio, apunzalador del Imperio en el campo político, quedaba la solución del problema religioso. Profundamente católico, remató la decisión del edicto de Tesalónica con la celebración de un segundo gran concilio: el de Constantinopla del 381. Los principios proclamados en Nicea fueron ratificados, condenándose el arrianismo en sus distintas manifestaciones. Los bastiones heréticos de Sirmio y de Milán fueron, a su vez, dismantelados en los años siguientes gracias a la actuación de San Ambrosio.

Aunque herido de muerte dentro de las fronteras del Imperio, el arrianismo había manifestado algo de lo que anteriores herejías habían estado lejos: una extraordinaria vitalidad que lo sacó de los círculos estrictamente académicos para llevarlo a la captación de amplias capas de la sociedad. Esta vitalidad se manifestó también en otro ámbito: entre los germanos acantonados al otro lado del «limes». Ulfilas, clérigo arriano consagrado obispo en torno al 341, se convirtió en apóstol de los godos, que se encontraban por aquella fecha al noreste del Danubio. Traductor de algunos textos de la Biblia al gótico, Ulfilas instruyó a sus discípulos bárbaros en los aspectos más sencillos del arrianismo. Así, cuando los visigodos y otros pueblos rompieron, a finales del siglo IV, las defensas del Imperio, se produjo una revitalización de la herejía con los consiguientes problemas de convivencia.

4. Las herejías características del Occidente

El arrianismo, al igual que las grandes querellas teológicas —bien cristológicas, bien trinitarias—, tuvo su caldo de cultivo en Oriente. Esta zona, en efecto, había conocido un más temprano desarrollo de la especulación filosófica, y el nivel cultural medio de las masas de su población era sensiblemente superior al de la otra cuenca del Mediterráneo.

El Occidente, sin embargo, conoció también el desarrollo de movimientos heréticos, aunque su componente doctrinal poco tuviera que ver con el de las querellas surgidas en las provincias orientales.

Así, el donatismo, que llegó a adquirir una fuerza inusitada a lo largo de los siglos IV y V, logró crear toda una iglesia paralela a la oficial en el norte de África. Heredero de las viejas tendencias rigoristas, el donatismo defendió la idea de que los sacramentos sólo eran válidos si los administraban clérigos dignos. La defensa de una *Ecclesia spiritualis* frente a la corrompida *Ecclesia carnalis* fue un lema movilizador que captó las simpatías de ciertas capas sociales de desheredados: los circumcelliones, que habrían de poner en jaque a las autoridades romanas y a la Iglesia oficial en diversas ocasiones.

El priscilianismo, herejía típicamente hispana, sigue siendo objeto de encontradas opiniones. La ejecución de su promotor, Prisciliano, obispo de Ávila, en la ciudad de Tréveris, en el 385, por orden del usurpador Máximo, le convirtió en «la primera víctima de la actuación del brazo secular al servicio de la Iglesia». Al margen de sus controvertidos componentes doctrinales —elementos gnósticos, rigoristas, creencias ancestrales de las masas rústicas—, algo queda fuera de duda: el arraigo popular de la herejía en algunas regiones, como Galicia. Aun en el Concilio provincial de Braga del 561, se tendrán que promulgar severas disposiciones contra ciertas creencias calificadas, acertadamente o no, de priscilianistas.

Con todo, el pelagianismo sería la herejía típica del Occidente con mayor enjundia doctrinal. Pelagio, monje bretón al que su oponente, San Agustín, calificaría de *vir sanctus*,

planteó problemas, como el del pecado original y el de la gracia, que, a lo largo del tiempo, serían objeto de amplia controversia en la teología europea. Para el heresiarca, el pecado original había sido una cuestión puramente personal, no transmisible a la humanidad y que, consiguientemente, en nada afectaba a la naturaleza de ésta. La salvación, por tanto, no debía ser tanto el resultado de la gracia como de las propias capacidades del hombre. Pelagio, así, estaba haciendo una llamada a la práctica de un moralismo ascético por parte del cristiano. De estoicismo cristianizado se ha calificado a veces esta doctrina.

Donatismo y pelagianismo habrían de tener en San Agustín a su más firme debelador.

5. San Agustín: de la cultura antigua a la medieval en Occidente

La trayectoria humana de San Agustín, tan bellamente expuesta en sus *Confesiones*, es un auténtico compendio de su época.

Entre sus experiencias religiosas, se cuenta un largo período en el maniqueísmo. Sigue un momento en que reconoce, hacia 384, que «no era maniqueo ni católico». Durante un par de años, los libros platónicos y la lectura de San Pablo le abren el camino hacia la conversión final. Será la escena del jardín de Milán, en 386, con la lectura de un pasaje de la *Epístola a los romanos*, lo que le lleve a la recepción del bautismo.

Como obispo de Hipona, desde 395, San Agustín lleva a cabo una ingente labor intelectual que le convierte en el primer teólogo de Occidente. La lucha contra el error doctrinal va a ser una de sus preocupaciones primordiales. De ahí, los diversos escritos en torno a los temas de la gracia, el pecado original, el libre albedrío, etc., que le enfrentan al moralismo y al voluntarismo pelegianos. De ahí, su lucha contra los donatistas, en la que no dudó en recurrir al apoyo abierto de las autoridades civiles. De ahí, la redacción del importante tratado *De Trinitate*, alegato contra errores como el arrianismo y exposición doctrinal del tema que se va a convertir en oficial para la teología occidental. Y de ahí, en definitiva, la redacción de un opúsculo, *De haeresis*, que constituye un inventario de todos los errores doctrinales surgidos hasta su época.

Para un historiador, sin embargo, la obra clave del santo de Hipona es *De Civitate Dei*. Se ha dicho que en ella el cristianismo no es sólo vivido, sino también pensado. Y, puede añadirse, es también una herramienta para la especulación histórica, cosa que no había sido hasta entonces.

Pese a sus múltiples irregularidades y digresiones, varias ideas aparecen nítidamente en el pensamiento historiográfico agustiniano. La primera —y, sin duda, la que le llevó a la redacción de este texto—, la exculpación del cristianismo frente a quienes lo consideraban culpable de los desastres del Imperio y, en especial, del saqueo de Roma por Alarico (410). Es necesario, dice el santo, encuadrar venturas y desgracias dentro del amplio contexto del auge y el declive de toda construcción humana, y particularmente de los imperios. Hay que descubrir el verdadero sentido de la Historia no tanto en esas vicisitudes en sí, como en el enfrentamiento, desde los orígenes mismos de la humanidad, de los miembros de dos comunidades, más místicas que físicas: la Ciudad de Dios y la Ciudad de los hombres. Al cabo de seis edades —iniciadas en Adán—, la humanidad caminará hacia la séptima, el momento del «sábado y descanso perpetuo», que lo será también de la felicidad para unos y del castigo perpetuo para otros. Así, San Agustín traza una descripción de la historia del mundo moral, más que del mundo físico.

Algunos años después de terminar *De Civitate Dei* (el 430) San Agustín murió en

su ciudad de Hipona. Las fuerzas vándalas de Genserico se disponían en ese momento a entrar en la urbe. La muerte del gran Padre de la Iglesia de Occidente cierra simbólicamente una época y da paso a otra.

Otros intelectuales del momento, desde San Ambrosio hasta los discípulos de San Agustín, tuvieron también oportunidad de reflexionar sobre el significado de unos acontecimientos —las migraciones germánicas— que se estaban desarrollando a un ritmo acelerado. Unos acontecimientos que estaban propiciando la ruina de una construcción política —el Imperio, en su parte occidental— en la que los cristianos habían conseguido unos años antes hallar por fin acomodo.

Un posible seguidor de San Agustín, el hispano Paulo Orosio, redactó, por los mismos años y en una línea similar a la del maestro, su *Siete libros de historia contra los paganos*. La machacona descripción de todas las desgracias que habían afligido a la humanidad en general y a Roma en particular podía considerarse como un consuelo para las miserias del presente. Un presente que Orosio considera, debido a la presencia gratificante de Cristo, mejor que los siglos confusos de la incredulidad.

Dentro de las pautas antes reseñadas —cultura antigua al servicio de la cultura cristiana, pero nunca independiente de ella—, el estudio de la historia se convertía en herramienta para la apologética.

Bibliografía

- Banniard: *Genese culturelle de l'Europe (V-VIII siècle)*, Éd. du Seuil, París, 1989.
- Brown, P.: *Biografía de Agustín de Hipona*, Revista de Occidente, Madrid, 1969.
- Chadwick: *Prisciliano de Ávila*, Espasa Calpe, Madrid, 1978.
- Fontaine, J.: *La littérature latine Chrétienne*, P.U.F., col. Que sais-je?, París, 1970.
- Gigon, O.: *La cultura antigua y el cristianismo*, Gredos, Madrid, 1970.
- Jaeger, W.: *Cristianismo primitivo y paideia griega*, Breviarios del F.C.E., México, 1985 (5.ª reimprisión).
- Jarry, J.: *Heresies et factions dans l'Empire Byzantine du IV au VII siècle*, Publications de l'Institut Français d'Archeologie du Caire, El Cairo, 1968.
- Lacroix, B.: *Orose et ses idées*, Vrin, Montreal-París, 1965.
- Lot, F.: *El fin del mundo antiguo y los comienzos de la Edad Media*, UTEHA, col. La Evolución de la Humanidad, México, 1956. Un clásico de siempre de útil lectura.
- Marrou, H. I.: *¿Decadencia romana o Antigüedad tardía? Siglos III al VI*, Rialp, Madrid, 1980.
- Mazzarino: *El fin del mundo antiguo*, UTEHA, México, 1961. Análisis de la problemática historiográfica en torno a este tema.
- Remondon, R.: *La crisis del Imperio romano. De Marco Aurelio a Anastasio*, Ed. Labor, col. Nueva Clío, Barcelona, 1967.
- Sánchez Salor, E.: *Polémicas entre paganos y cristianos*, Akal, Madrid, 1986. Excelente antología para bucear en el tema.

TEMA 3

LOS PRIMEROS REINOS GERMÁNICOS (SIGLOS V-VIII)

por EMILIO MITRE

Griegos y romanos denominaron indiscriminadamente *bárbaros* a los pueblos que no compartían sus hábitos culturales o no estaban integrados dentro de sus fronteras políticas. Para Roma, los germanos acabarían siendo los más familiares. Autores como Piteas, Posidonio, César o Plinio fueron trazando de ellos una imagen que más tarde —ayudado por sus experiencias personales— completó Tácito (55-120) en su *Germania*. A grandes rasgos, eran germanos los pueblos que vivían entre el Rin, el Danubio y el Vístula. Mas allá se situaban mundos más confusos: el de los eslavos y el de los pueblos de las estepas.

Los bárbaros en general y los germanos en particular serían protagonistas de primer orden en el proceso de desintegración del Imperio en el Occidente. Un proceso que, simbólicamente, suele cerrarse con el destronamiento, en 476, del último emperador de esta área. Pero un proceso, habría que añadir, que duró varios siglos.

1. Los contactos entre Roma y los germanos hasta finales del siglo IV

Se ha hablado de dos motivos opuestos por los cuales Tácito podría haber redactado su obra: para exaltar las virtudes de los germanos con la finalidad de contraponerlas a los vicios de los romanos, o para avisar a éstos de un peligro más que potencial. En cualquiera de los dos casos, el autor estaba revelando la existencia de un mundo que no era ni mucho menos ajeno al de la latinidad.

Roma había dado a su imperialismo un componente ideológico de «defensa» contra los peligros exteriores. En la figura de las tribus germánicas, éstos se habían manifestado desde antes de la Era Cristiana —victorias de Mario sobre cimbrios y teutones y de César sobre los suevos de Ariovisto—. Desde Augusto, la política imperial tendió fundamentalmente, sobre todo tras la grave derrota de las legiones en Teutoburgo el año 9 d.J.C., a consolidar las conquistas realizadas. Rara vez los emperadores organizaban campañas en toda regla, como en el caso de Trajano contra los dacios, de Adriano contra los pictos o de Marco Aurelio contra quados y marcomanos. Campañas que, por otro lado, persiguen más una rectificación o descongestión de la línea fronteriza (el *limes*) que el logro de avances espectaculares.

El *limes*, con el discurrir del tiempo, se fue convirtiendo no tanto en la frontera que

separaba dos mundos como en la zona de contacto que permitía una progresiva simbiosis entre ambos. En los largos períodos de paz, Roma y sus vecinos germanos mantuvieron estrechas relaciones comerciales y políticas. Incluso al calor de una política de buena vecindad, familias germanas se fueron asentando en la línea divisoria, procediendo, inclusive, a la ocupación de algunas regiones. Así, el área de los actuales Baden-Wurtemberg conoció una densa colonización de soldados agricultores (*laeti*) a quienes Roma confió la defensa. Ya desde tiempos de Augusto, las filas del ejército romano conocieron también la entrada de germanos, primero como auxiliares y más tarde en puestos de mayor responsabilidad.

La crisis institucional que padeció el Imperio a lo largo del siglo III puso en evidencia el proceso de barbarización que estaba sufriendo: algunos emperadores, como Maximino y Felipe el Árabe, habían nacido fuera de las fronteras del Imperio. Puso en evidencia también la debilidad del *limes*. Masas de godos en Oriente y de francos y alamanos en Occidente perforaron impunemente las defensas y saquearon durante años las provincias del Imperio. Emperadores enérgicos (Decio, Diocleciano, Constantino) consiguieron superar la crisis. El Imperio recuperó las antiguas fronteras y se aprestó en el siglo IV a emprender una regeneración que, como ya hemos advertido, se reveló cargada de limitaciones.

En efecto, en 378, los visigodos, mantenidos a raya en la línea del Bajo Danubio, se vieron forzados a cruzarlo, presionados desde el este por los hunos. El emperador Valente, que trató de impedir su paso, sufrió una terrible derrota en Adrianópolis. La instalación masiva de los germanos en el Imperio se convirtió desde entonces en un proceso irreversible.

2. Las migraciones del siglo V y el fin del Imperio en Occidente

Último reunificador del Imperio y heredero de una situación militar crítica, Teodosio trató de sacar partido aun en medio de la desgracia. Según su particular punto de vista, la regeneración del cuerpo social romano habría de venir de la mano de la imposición del cristianismo niceano como cemento de unidad moral, y de la asociación al Imperio de la sangre joven de los visigodos. En este segundo punto no hacía otra cosa que seguir, a gran escala, la política de barbarización progresiva emprendida por anteriores emperadores.

Así lo entendieron también los herederos de Teodosio — Honorio en Roma y Arcadio en Constantinopla — al promulgar conjuntamente una *Ley de hospitalidad*. En ella se reglamentaba la forma en que las familias germanas asentadas en el Imperio habían de disfrutar de parte de los bienes de las familias romanas que las hubieran acogido. Además, hasta la emblemática fecha del 476 — e inclusive más tarde —, la defensa del Imperio fue quedando en manos de generales de ascendencia bárbara: el vándalo Estilicón y el panonio Aecio en Occidente; el godo Gainas y el alano Aspar en Oriente.

Así, los gobernantes de ambas partes del Imperio utilizaron a unos bárbaros para defenderse contra los otros bárbaros que, pacífica o violentamente, iban cruzando el *limes*. Uno de los juegos favoritos de los políticos de Roma y de Constantinopla fue también el de enfrentar a los recién llegados entre sí. Constantinopla, además, tuvo la habilidad de desviar hacia Occidente a las sucesivas oleadas de invasiones. De esta forma logró sobrevivir en la misma forma en que Roma sucumbió.

En la caída del Imperio de Occidente, tienen singular importancia algunos hechos ligados a los movimientos migratorios.

En primer lugar el cruce, en la navidad del 406, del *limes* renano por masas de suevos, vándalos y alanos. San Jerónimo presentó este acontecimiento con tintes dramáticos

—«Assur ha entrado con ellos»—. De hecho, suponía una catástrofe para el Imperio, ya que sus autoridades se mostraron incapaces de contener la oleada. El asentamiento definitivo de los invasores en Hispania, salvo en la Tarraconense, era todo un símbolo de la impotencia de Roma.

En 410 tuvo lugar un acontecimiento no menos impactante. Los visigodos, al mando de su rey Alarico, tras un largo deambular por los Balcanes y el valle del Po, y con el pretexto de la ruptura de los pactos suscritos años atrás, cayeron sobre Roma. La ciudad fue saqueada sistemáticamente. Sin embargo, los sucesores de Alarico (primero Ataúlfo y más tarde Walia) no deseaban tanto la destrucción del Estado romano como la adquisición de tierras donde establecerse. De ahí que, en 418, las autoridades imperiales suscribiesen un pacto (*foedus*) con tan impulsivos huéspedes. Los visigodos quedaron acantonados en el sur de la Galia, con posibilidad de instalarse en Hispania.

La jugada de la diplomacia imperial se podía considerar maestra. Pronto, sin embargo, manifestó su debilidad. Bajo la presión visigoda, los vándalos optaron por pasar al norte de África. En tan sólo unos meses, este territorio, tradicionalmente granero de Roma, fue ocupado por los recién llegados. Esa pérdida iba a tener para Italia unas consecuencias incalculables. Mayores, por supuesto, que las que Roma padeció por esos mismos años, al abandonar Britania a otros bárbaros: anglos, jutos y sajones.

Instalados además los burgundios en el valle del Ródano, y grupos de francos en el norte de la Galia, la autoridad de unos fantasmales emperadores de Occidente apenas si se extendía sobre Italia.

En 451-452, germanos y romanos hubieron de superar conjuntamente una dura prueba. Los hunos y sus aliados, hasta entonces acantonados en Oriente, tomaron el camino del oeste. No conocemos exactamente las razones por las cuales su caudillo Atila tomó esta decisión. En cualquier caso, Constantinopla se sacudía un peligro transfiriéndolo a Occidente. Aecio, gobernante de hecho del Imperio en Roma, logró poner en pie una coalición integrada, esencialmente, por burgundios, francos, visigodos y un nominal ejército romano. El peligro huno pudo ser conjurado en una gran batalla cerca de Troyes. Los visigodos fueron los héroes de la jornada. Aecio no quiso darles demasiados vuelos y, para equilibrar la situación, permitió a Atila retirarse en orden. Imprudente medida, ya que, al año siguiente, el caudillo huno cayó sobre una Italia indefensa en la que sólo un anciano, el papa León I, logró pactar la retirada de los invasores. En 453, con la muerte de Atila, se produjo la disolución de su imperio y el alejamiento, por largo tiempo, del peligro de las estepas.

- Durante veintitrés años el Imperio romano seguirá languideciendo en Occidente. La capital habrá de sufrir aún dos nuevos saqueos a manos de la marina vándala. A estas alturas, la vieja urbe había dejado de ser la residencia de los emperadores para transferir estas funciones a otras localidades como Ravenna o Milán. De hecho, todo el Occidente se había dividido en un conjunto de reinos germánicos que sólo nominalmente reconocían la autoridad imperial. Desde el 475 el rey visigodo Eurico, al gobernar sobre buena parte de la Galia y de Hispania, era el mayor poder político del Occidente. De ahí que no fuese excesivamente traumática la decisión tomada por el caudillo herulo Odoacro, jefe del nominal ejército «romano» acantonado en Italia, el 476. Al destronar al emperador Rómulo Augústulo y remitir las insignias imperiales a Constantinopla sólo estaba poniendo término a una ficción. Y reconociendo, además, que el único emperador digno de ese nombre residía en Oriente, a orillas del Bósforo.

3. Las nuevas monarquías germánicas y sus fundamentos políticos

El número de germanos instalados en el Occidente fue muy reducido. Según datos facilitados por la arqueología, los visigodos asentados en la Península Ibérica no superarían los cien mil... y se trataría de uno de los pueblos germánicos más poderosos.

Además, salvo en casos excepcionales —vándalos o anglosajones—, no hubo un sistemático despojo de los vencidos. Los recién llegados tendieron a instalarse en ciertas zonas de los países ocupados (en la Meseta central Ibérica, los visigodos; en el valle del Po, los ostrogodos) o en algunos puntos estratégicos. Los asentamientos se hicieron, por lo general, en tierras imperiales (caso de los francos) o en dominios particulares que los germanos compartieron con los *possessores* de ascendencia romana (caso de los visigodos).

La fuerza del elemento germánico no se debía tanto al número, como al hecho de haberse erigido en el sustitutivo de la superestructura política y militar del Imperio en el Occidente. En su calidad de jefes de *foederati* (vieja figura), los caudillos bárbaros ostentaron títulos que les convertían en los representantes de la autoridad imperial: el de *cónsul* y, sobre todo, el de *magister militum*. La comunidad de intereses entre los monarcas germánicos y las minorías dirigentes romanas se manifestó en más de una ocasión: contra Atila y sus aliados o contra las masas de desheredados (la *bagauda*) que hasta muy entrado el siglo V mantuvieron en la Galia e Hispania una latente agitación social.

Desde el 476 los diversos estados germanos pudieron obrar con un margen de libertad aún mayor. Había, sí, un reconocimiento de la autoridad del emperador de Constantinopla, pero se trataba de algo más nominal que otra cosa. Las poblaciones de ascendencia romana acabaron acostumbrándose a la nueva situación. De hecho, llegaron a considerar más extranjeros a los agentes de los emperadores de Constantinopla que a los ocupantes germanos. Cuando éstos se convirtieron al catolicismo, abandonando su arrianismo tradicional, se dio un paso importante hacia la fusión étnica. Al diluirse las diferencias entre razas, se fue diluyendo también la dualidad de legislaciones, que había impuesto leyes específicas para los pueblos germánicos instalados en el solar imperial, diferentes de la ley romana por la que se regía la masa de población indígena. La España visigoda, desde 654 (o antes, según otros autores), sería la adelantada en este proceso.

Sin embargo, los nuevos Estados germanos fueron siempre extremadamente vulnerables. Algunos —caso de los suevos o los burgundios— fueron absorbidos por vecinos más poderosos. Otros —vándalos u ostrogodos— sucumbieron ante la contraofensiva del Imperio de Constantinopla. A la postre, sólo uno de los pueblos asentados en el continente, los francos, fue capaz de resistir todo tipo de vicisitudes.

Por mucho que se considerasen herederos de Roma, los representantes de las realezas germánicas ejercían su poder apoyándose en elementos esencialmente bárbaros. Uno de ellos primó finalmente: el *bann*, poder que todo monarca germano tiene para impartir órdenes, dictar sentencias, administrar, etc... La realeza bárbara —heredera de unas tradiciones de caudillaje militar— estaba dotada de poderes en teoría amplísimos. En algunos casos, incluso se intentó una dignificación de la persona del monarca: los visigodos serían ungidos al ascender al trono, lo que daba, así, unas características sacrales a sus funciones. En otros casos, se intentaron sinceras revitalizaciones de viejas instituciones: así lo hizo el ostrogodo Teodorico con el Senado romano. En distintos casos —el de la España visigoda es el más claro—, la Iglesia católica elaboró todo un cuerpo de doctrina que definió las características de un buen monarca.

Sin embargo, los reyes germanos veían su poder permanentemente coartado. En la

España visigoda el carácter electivo (en un sentido a veces muy mitigado) de la realeza convertía a su titular en juguete de las distintas facciones nobiliarias. En la Galla merovingia, el fuerte sentido patrimonialista de la política facilitó la división del territorio sobre el que los francos ejercían su autoridad. En la Italia lombarda, el rey no pasaba de ser un *primus inter pares* de los 35 duques que se repartieron el territorio. En cualquiera de estos casos nos encontramos ante la negación del principio romano de Estado, de *res publica*, que los emperadores de Constantinopla habían conseguido preservar en el Oriente mediterráneo. En las monarquías bárbaras, en efecto, los elementos institucionales tardorromanos se vieron reducidos frecuentemente a lo puramente nominal.

Así, aunque la división en provincias pervivió durante algún tiempo, los elementos básicos de la administración territorial fueron cambiando. En la España visigoda, serían los *territoria*, distritos eminentemente rurales, desgajados de una vida municipal en irreversible decadencia. La *civitas*, más que centro de poder político, lo es de poder religioso. Pese a copiar los modelos romanos, las cortes de los reyes germanos se asientan en localidades de escasa tradición urbanística o en franca regresión. Serán los casos de Toledo, la urbe regia, erigida en modesto remedo visigodo de la pujante Constantinopla; de Braga, convertida en capital del reino suevo; de París, residencia principal de los monarcas merovingios; o de Pavia, centro político fundamental de los lombardos.

El núcleo del poder central lo constituye el *palatium*. No se trata tanto de unas instalaciones estables como de un grupo de personas (los *cómites*) que desempeñan junto al rey funciones más privadas que públicas. Una privatización que se revela también a otros niveles. La veremos en los recursos fiscales (botín de guerra, multas a rebeldes, rentas de los dominios reales...) que, con demasiada frecuencia, se confunden con los bienes particulares del rey y de su cohorte. Algunos proyectos (el elaborado por el concilio toledano de 653) destinados a separar ambas cosas llegaron demasiado tarde. La privatización la vemos también en las funciones militares. Los ejércitos de los reinos germánicos, que, en teoría, estaban integrados por el pueblo en armas bajo la suprema jefatura del monarca, acaban degenerando en bandas de clientes al servicio de los poderosos. Entre ellos, el rey sólo será uno más.

Ruralización, privatización de funciones, establecimiento de una red de relaciones puramente personales, crisis de la noción de Estado... Manifestaciones, en definitiva, del hecho social y político que va a caracterizar al Occidente medieval: el feudalismo.

4. África: el reino vándalo y la reconquista bizantina

La conquista del norte de África por los vándalos de Genserico en 430 tuvo fatales consecuencias para la situación del Mediterráneo occidental. La marina vándala se convirtió en un peligro latente sobre las islas y las costas italianas. Dentro del territorio africano, además, el pertinaz arrianismo de los conquistadores contrastó brutalmente con el catolicismo de los cuadros eclesiásticos romanos. Si en alguna zona ocupada por los bárbaros puede hablarse de persecuciones —aun alternando con períodos de tolerancia—, ésa fue el norte de África.

El dominio vándalo duró un siglo. En 533, y a incitación de la población católica, se produjo el desembarco de fuerzas bizantinas enviadas por el emperador de Constantinopla, Justiniano. En una sola batalla —Tricamerón—, el general imperial Belisario destruyó el reino vándalo. La reconquista bizantina, saludada en principio como liberadora, trajo

pronto una serie de desilusiones. El pesado fisco imperial o las tensiones religiosas debidas a ciertas imposiciones de la autoridad bizantina no contribuyeron precisamente a apaciguar los ánimos. Por otra parte, la agitación de los bereberes del interior hizo que la presencia militar bizantina se fuera reduciendo progresivamente a una cadena de fortificaciones costeras. El golpe de gracia vendría de mano de los musulmanes. Conquistadores de Egipto y la Tripolitania, los islamitas ocuparían Cartago, después de diversas vacilaciones, en 698. Era el ocaso de la presencia bizantina en el norte de África.

5. Italia: Estados bárbaros, papas y bizantinos

A los doce años del golpe de Estado del herulo Odoacro, que acabó con la fantasmal autoridad imperial en el Occidente, Constantinopla —fiel a su línea política— desvió hacia Italia a Teodorico el Amalo y sus ostrogodos. Tras una guerra de dos años, se hicieron los amos de la situación en la península.

En los primeros años de su gobierno, Teodorico hizo sinceros esfuerzos de acercamiento a la población italiana. Entre sus colaboradores se incluyeron influyentes romanos como Boecio y Casiodoro. A la larga, sin embargo, un obstáculo se presentó como insalvable: el arrianismo de los ostrogodos. La política ampliamente tolerante de un principio acabó degenerando en un cúmulo de suspicacias, atizadas desde Constantinopla. Frente al Imperio que había salvaguardado la unidad de las provincias orientales, Teodorico intentó una especie de confederación de monarcas germanos del Occidente que, pese a algunos logros parciales, no llegó a culminar. Así, cuando Teodorico muere en Ravena en 526, Constantinopla ve la ocasión madura para intervenir militarmente en la Península Itálica.

La que los cronistas bizantinos llamaron «guerra gótica» fue mucho más costosa que la «guerra vándalica». Fueron doce años de lucha de desgaste que culminaron en 552 con la victoria del general bizantino Narsés en Tagina, que acabó definitivamente con el reino ostrogodo.

Los resultados del esfuerzo se dejaron sentir de inmediato. Los exarcas bizantinos que gobernaron el territorio italiano desde Ravena tuvieron que hacer frente a la impopularidad de sus medidas fiscales y religiosas y, sobre todo, a un nuevo pueblo que, a partir de 568, cruzó masivamente los pasos alpinos: los lombardos.

Italia hubo de enfrentarse ahora no con representantes de la autoridad imperial, aunque esto supusiese muchas veces una ficción, sino con verdaderos conquistadores. Durante bastantes años, los lombardos actuaron a través de bandas autónomas que fueron creando entidades políticas (ducados) desde el valle del Po hasta Benevento. Se ha hablado, así, de una *Pars longobarda* como franja de territorio italiano enfrentada a una *Pars romana* controlada por las autoridades bizantinas. Desde fines del siglo VI, los monarcas lombardos reforzaron algo su autoridad. En 643, Rotario promulgó el *Edicto* que lleva su nombre y que constituye una de las más importantes disposiciones legales de un Estado bárbaro. Sin embargo, las diferencias religiosas (lombardos arrianos hasta fecha tardía, frente a la masa de población católica italo-romana) y la incapacidad de crear un Estado unitario hicieron inviable la identificación de la península con la política de sus nuevos huéspedes.

Frente a la incapacidad bizantina y a la atomización lombarda, los papas se erigieron en los rectores morales de la península. La figura del pontífice Gregorio Magno resulta auténticamente emblemática. Bajo sus sucesores, el papado empezó a tener una política propia

y a buscar aliados que no hipotecasen su futuro. Así, frente a monarcas lombardos como Liutprando —ya un convencido católico— y Astolfo, que redujeron al mínimo la presencia bizantina en la península, los papas del siglo VIII recabaron la ayuda de los francos. Una ayuda que abriría para Italia y para el pontificado inéditas perspectivas.

6. La Galia: de la presencia visigoda al dominio franco

Herederos de viejos compromisos políticos con Roma (*foedus* de 418, victoria compartida sobre los hunos de Atila en Troyes en 451), el monarca visigodo Eurico (466-480) llegó a dominar todo el Mediodía de la Galia y a crear una verdadera corte en torno a Tolosa. Bajo su gobierno se empieza a hacer efectivo el dominio sobre amplias parcelas de la Península Ibérica, incluida la Tarraconense, todavía bajo administración romana.

A su muerte, sin embargo, su sucesor, Alarico II, echaría a perder esta obra que estaba convirtiendo a los visigodos en los más conspicuos herederos del Imperio en Occidente. En su fracaso contaron las suspicacias del clero católico de la Galia, pero, sobre todo, el expansionismo de los francos hacia el Pirineo.

Durante el gran movimiento migratorio de la primera mitad del siglo V, los francos habían desempeñado un papel secundario. Sólo las zonas más septentrionales de la Galia se vieron afectadas por su avance. El gran creador del poderío franco será un miembro de la dinastía merovingia: Clodoveo (481-511). Uno más entre otros caudillos, inició su carrera política como modesto rey de Tournai. Su fortuna se debió tanto a su talento y dotes militares como al favor del que gozó por parte del clero galorromano. Convertido directamente del paganismo al catolicismo, Clodoveo fue para el episcopado de la Galia una especie de segundo Constantino. Poco importó la brutalidad y la falta de escrúpulos de las que hizo gala toda su vida. A lo largo de veinte años de campañas, las fuerzas de Clodoveo fueron liquidando a los distintos poderes asentados en la Galia: al reino de Soissons, gobernado por un general romano de nombre Siagrio; a los alamanos, a quienes venció en Tolbiac (496 o 506) y, lo más importante, a los visigodos arrianos de Alarico II, derrotados en Vouillé en 507 y obligados a evacuar la Galia, salvo la región Narbonense.

Clodoveo legó a sus herederos una hegemonía franca en territorio galo, pero no un Estado unitario. Sobre el espacio conquistado se fortalecieron algunas unidades políticas. Dos tuvieron particular relevancia: Neustria (apoyada en el curso del Sena) y Austrasia (que lo estaba en los cursos del Rin y el Mosa). En el extremo occidental, la península de Armórica fue colonizada por grupos de bretones venidos del otro lado del Canal. En el Mediodía, Aquitania y Borgoña —las zonas más romanizadas de la Galia— mantuvieron amplios márgenes de autonomía. Entre 593 y 639 (reinados de Clotario II y de Dagoberto), la Galia fue reunificada. Pero a partir de esta fecha, no sólo prima la división territorial, sino también la neutralización de los monarcas por parte de sus respectivas noblezas. Un personaje —el mayordomo de Palacio, verdadero intendente de la casa real— acaba por asumir las funciones de gobierno frente a unos monarcas —los llamados «reyes holgazanes»— absolutamente inoperantes. De una familia de Mayordomos de Palacio —los pipínidas, arnulfingos o carolingios— nacerá la futura dinastía real franca.

7. Hispania y la unidad política visigoda

La expulsión de los visigodos del Mediodía de la Galia tras la batalla de Vouillé los condujo en masa hacia una Hispania ya ocupada por ellos en algunas zonas. La corte de Tolosa se desplazó a Toledo, convertida en los años siguientes en centro político y religioso de cierta entidad.

Desde la meseta y a lo largo de medio siglo aproximadamente, los monarcas visigodos procedieron a la unificación política del territorio peninsular. En este sentido, destaca poderosamente la labor de Leovigildo (573-586) al acabar con el reino suevo de Galicia, controlar la Bética, reducir considerablemente la presencia bizantina en el litoral y combatir eficazmente a algunos grupos indígenas (vascones, esencialmente) proclives a la insumisión. La labor de este monarca quedó, sin embargo, ensombrecida por su incapacidad para resolver el problema religioso. Las soluciones que, desde su posición arriana, dio Leovigildo para liquidar las diferencias con la masa de la población católica, chocaron con la oposición del clero hispanorromano y de su propio hijo Hermenegildo.

El problema se solucionaría con su otro hijo y sucesor, Recaredo, en 589. Al aceptar, junto con el elemento godo, la ortodoxia católica, daba un paso de gigante en la identificación del Estado visigodo con la Península y con su episcopado. Personajes como San Leandro o San Isidoro habrían de convertirse en los mentores morales y políticos de una monarquía visigoda toledana católica. Los concilios nacionales de Toledo, asambleas religiosas, tendrían también una notable proyección política.

En 621, el rey Suintila liquidó los últimos restos de la presencia bizantina en Hispania. Algunos años más tarde, Recesvinto, a través del *Liber Iudiciorum*, culminó una labor legislativa a la que monarcas anteriores (*Código de Eurico*, *Código de Alarico*) habían hecho importantes aportes.

Sin embargo, el Estado visigodo distaba de ser un edificio sólido. El carácter electivo de la realeza fue un factor de inestabilidad permanente, a pesar de algunas disposiciones reguladoras, como las del VIII Concilio de Toledo. Las grandes facciones nobiliarias disputaron con frecuencia del trono, hasta tal punto que, entre los francos, se hablaba despectivamente del «morbo gótico» del destronamiento.

Wamba fue el último monarca que trató de imponerse a las fuerzas políticas disolventes, al acabar con una grave rebelión nobiliaria extendida en las provincias Narbonense y Tarraconense. El esfuerzo fue en vano, ya que acabó por costarle el trono en 680.

Después de treinta años de permanente inestabilidad, ascendió al poder Rodrigo, pronto cuestionado por amplios sectores de la nobleza y por los herederos de su predecesor, Witiza. Estos, siguiendo las pautas de anteriores conspiradores, solicitaron un apoyo exterior con la esperanza de pagarle con una prudente retribución. En 711, un ejército de varios miles de bereberes musulmanes, al mando de Tarik, derrotó a Rodrigo ante la indiferencia casi total de la masa de población hispánica. Se daba, así, el paso decisivo para la liquidación del Estado visigodo toledano y para la conversión de la Península en una provincia más del naciente imperio musulmán.

8. Britania y la heptarquía anglosajona

El flujo de población germánica sobre Britania parece, según los testimonios arqueológicos, anterior al 400. Los testimonios escritos —particularmente los de Beda el Venera-

ble, redactados a comienzos del siglo VIII— hablan de los años centrales del siglo V como el momento del asentamiento definitivo de los invasores y de la desaparición de la administración romana. Tradiciones que, con el discurrir del tiempo, se fueron enriqueciendo (Beda y, ya en el siglo XII, Geoffrey de Montmouth) hablaban de la resistencia del elemento indígena bretón frente a unos incursores, que acabaron creando siete reinos en lo que hoy es Inglaterra. Tres serían de fundación sajona (Essex, Sussex y Wessex) y se apoyarían en la costa meridional. Tres serían creados por los anglos (Mercia, Anglia Oriental y Northumbria) y se encontrarían en el centro y Norte, ocupando hasta el Muro Adriano aproximadamente. El último (Kent), situado en el sureste, sería fundación de los jutos.

No parece sin embargo que, durante muchos años, el mapa político respondiese solamente a esta «heptarquía» anglosajona. El número de pequeños Estados sería más elevado, y la participación bretona —topónimos y antropónimos parecen reveladores—, superior a la tradicionalmente admitida. El cúmulo de tradiciones de una oscura primera época tiene su eje principal en la fama de bárbaros y de pertinaces paganos de los nuevos huéspedes de la isla. Una fama a la que no fue ajena la propaganda de los monjes celtas y de la población bretona abroquelada en Irlanda, Gales y Cornualles, u obligada a la emigración a Armórica. De hecho, la erradicación oficial del paganismo de anglos, jutos y sajones, sólo se consumaría muy avanzado el siglo VII.

A partir de esos momentos, el espacio británico se beneficia tanto de las influencias celtas como de las romanas. Culturalmente, supusieron un extraordinario beneficio. Políticamente, sin embargo, el territorio de lo que en el futuro sería Inglaterra no lograría culminar su unidad. A lo más que se llega en determinados momentos es al ejercicio de la hegemonía de un «heptarca» sobre sus colegas. Algo que le permitirá adoptar el título de Bretwalda, equivalente, aunque en un sentido bastante primario, al de emperador de la isla.

Bibliografía

- Bertolini, O.: *Roma e i longobardi*, Instituto di studi romani, Roma, 1972.
- Brooke, Ch.: *The saxon and Norman Kings*, Fontana/Collins, Londres, 1977 (3.ª reimp.). Una buena síntesis.
- Burns, Th. S.: *A History of the Ostrogoths*, Indiana Univ. Press, 1984.
- Bussagli, M.: *Atila*, Alianza Editorial, Madrid, 1988.
- Courtois, Ch.: *Les vandales et l'Afrique*, París, 1955. Excelente estudio, referencia para una amplia controversia.
- Feffer, L. Ch. y Perin, P.: *Les Francs. I. A la conquête de la Gaule*, y *Les Francs. II. A l'origine de la France*, A. Colin, París, 1987.
- Fournier, G.: *Les mérovingiens*, P.U.F., col. Que sais-je?, París, 1969, 2.ª ed. Buena síntesis para conocer la civilización en la Galia de los inicios del Medievo.
- Musset, L.: *Las invasiones. Las oleadas germánicas*, Labor, col. Nueva Clío, Barcelona, 1967.
- Orlandis, J.: *Historia del reino visigodo español*, Rialp, Madrid, 1988.
- Riché, P.: *Les invasions barbares*, P.U.F., col. Que sais-je?, París, 1958.
- Stenton, F. M.: *Anglo-Saxon England*, Oxford Univ. Press, 1947.
- Tessier, G.: *Le Baptême de Clovis*, Gallimard, París, 1964.
- Thompson, E. A.: *Los godos en España*, Alianza Editorial, Madrid, 1969.
- Wallace-Hadrill, J. M.: *El Oeste bárbaro*, Editorial Universitaria de Buenos Aires, 1966.
- : *Early Germanic Kingship in England and the Continent*, Oxford University Press, 1971. Ensayos referidos a las formas de gobierno de las monarquías germánicas en los inicios del Medievo.

TEMA 4

NACIMIENTO Y PRIMER ESPLENDOR DEL IMPERIO BIZANTINO: DE CONSTANTINO A JUSTINIANO (330-565). LA DINASTÍA HERÁCLIDA

por SALVADOR CLARAMUNT

El abigarrado y variopinto conglomerado cultural, social y político del Imperio romano de Oriente es denominado por la historiografía moderna Imperio bizantino, si bien en realidad este concepto jamás existió en la época; es un término aplicado por los eruditos franceses del siglo XVII, como los de Bizancio y bizantinos, que hoy, guste o no, ha sido aceptado para denominar al Imperio romano de Oriente y a sus habitantes. La elección no fue casual. Bizancio era el nombre de la modesta colonia griega del siglo VII a.J.C., que se convirtió en el siglo IV de nuestra era en la capital del Imperio con el nombre de Constantinopla, asumiendo un papel estelar y esencial para la existencia del propio Imperio hasta su caída en poder de los turcos en 1453.

El gran historiador de Bizancio, Georges Ostrogorsky, define así al nuevo Estado:

Estructura estatal romana, cultura griega y religión cristiana son las fuentes del desarrollo del Imperio bizantino. Si se prescinde de uno de estos tres elementos, no se puede comprender la cultura bizantina. Únicamente la síntesis de la cultura helenística y de la religión cristiana con la estructura estatal romana ha permitido la formación de este fenómeno histórico que llamamos Imperio bizantino.

El 11 de mayo del año 330, a orillas del Bósforo, Constantino consagraba solemnemente su nueva capital, Constantinopla, la Nueva Roma, iniciándose así un nuevo período en la larga singladura del Imperio romano.

1. La monarquía constantiniana [véase tema 2]

Constantino había reunificado durante su reinado la tetrarquía fundada por Diocleciano, instaurando una nueva monarquía, que había dado libertad de culto a los cristianos y había desposeído a Roma de la capitalidad política en beneficio de Constantinopla, tal vez para no sentir el peso de la tradición histórica de las grandes familias senatoriales y de la vieja religión pagana. La nueva capital, construida, a imitación de Roma, sobre siete colinas, con

el *ius italicum*, era una ciudad mejor comunicada por tierra y por mar, que controlaba el paso de los estrechos, a la vez que entroncaba de lleno con la cultura tardo-helenística del Oriente Próximo.

Constantino realizó una ingente tarea de superación del pasado incorporando a su nuevo Estado las necesarias reformas hechas por Diocleciano, pero eliminando aquello que pudiera ser motivo de enfrentamiento y desunión. De ahí que, aunque nunca se convirtiera oficialmente al cristianismo, procurase evitar cualquier roce entre el mundo pagano tradicional y la nueva religión salida de las catacumbas por su voluntad.

Muy pronto la parte oriental del Imperio adquirió un protagonismo único que superó en mucho al de la parte occidental. Sin lugar a dudas, se estaba iniciando una nueva era histórica, que no finalizaría hasta que la ciudad de Constantinopla fuera conquistada por los turcos otomanos en 1453. Un largo parentésis de tiempo de casi más de once siglos que denominaremos impropriamente Imperio bizantino. De esta manera, a lo largo de más de un milenio, el Imperio romano de Oriente se apoyó y fundamentó sobre los principios cristalizados en el siglo IV: la autocracia imperial y la centralización del Estado basada en una fuerte, entrenada y numerosa burocracia. Las reformas iniciadas por Diocleciano y rectificadas por Constantino tendieron a reforzar la mermada autoridad estatal, creando nuevas estructuras y sobre todo nuevos ligámenes. La abolición de los viejos poderes de las instituciones de la época republicana (senado, municipio, etc...) fue acompañada de nuevas y precisas competencias de las diversas autoridades civiles y militares del gobierno central y de los gobiernos provinciales.

De la muerte de Constantino (22 de mayo de 337) a la de Juliano (363), el Imperio se vio amenazado por incursiones libias, ataques piráticos en el Egeo, agitaciones de los bárbaros en la frontera del Danubio y, sobre todo, invasiones en la Galia y guerra permanente contra Persia. Pero nunca revistieron el peligro ni la gravedad que tendrían después de 363.

Los problemas de esos casi treinta años provienen, en su mayoría, de las incertidumbres en la obra de Constantino, que podrían resumirse, de 337 a 363, en las dificultades domésticas surgidas a su muerte, debido a las envidias entre sus hijos Constantino, Constancio y Constante, y sus sobrinos Dalmacio y Anibalino, que dieron lugar a una serie de sublevaciones (años 350, 355, 360, 365) que pondrían en peligro la propia continuidad dinástica, a las que se añadirá la problemática del arrianismo protegido por el propio Constancio.

En esta difícil situación accedió al trono el joven Juliano (360-363), que en tan sólo veinte meses de reinado rompió con la política de equilibrio hasta entonces seguida por Constantino y Constancio, restaurando el culto tradicional y dando efímeramente al Estado un carácter pagano. Pero su obra sucumbió con él cuando murió luchando contra los persas en Anatolia.

El aumento del peligro exterior (persas y godos) y la defensa del Imperio fueron los principales problemas en los reinados de Valentiniano y Valente (363-379).

Constantinopla no fue desde su fundación la capital permanente del Imperio, puesto que el peso histórico de Roma y la movilidad de la capital según los intereses de los diversos emperadores hasta Teodosio, hicieron que Milán, Tréveris y Rávena desempeñasen un rango preeminente en el juego político de cada momento.

La división del Imperio hecha por Teodosio entre sus dos hijos, Arcadio y Honorio (395), lo convirtió en una dualidad, cuya parte occidental, gobernada por Honorio, tenía su corte en Rávena, y cuya parte oriental, con Arcadio, tenía su capital en Constantinopla. De estas dos partes, fue la oriental la que, bajo Arcadio (393-408), estuvo tan apurada polí-

tica y estratégicamente que se temió por su perduración. Pero la *Nueva Roma*, a orillas del Bósforo, por su admirable situación y sus fuertes defensas, resistió la primera etapa de las invasiones; visigodos, hunos y ostrogodos fueron desviados diplomáticamente hacia Occidente, ocasionando el hundimiento del gobierno de esa parte, lo que, a nivel institucional, supuso, al menos teóricamente, la reunificación del Imperio Romano, cuyo eje definitivo sería ya, a lo largo de mil años, Constantinopla. Esa teórica reunificación se efectuó al remitir el rey de los hérulos, Odoacro, las insignias imperiales de Occidente al emperador Zenón, en 476, empezando propiamente dicho año la historia del Imperio bizantino.

2. Las dinastías teodosiana y tracia

La dinastía teodosiana reinó en Bizancio de 395 a 457. Su primer soberano, Arcadio, heredó a los diecisiete años la parte oriental del Imperio de su padre Teodosio. Hombre de débil carácter, Arcadio fue muy influido por personajes de la Corte que le resolvieron la amenaza de los godos, aunque no lograron acallar las denuncias de San Juan Crisóstomo, patriarca de Constantinopla, enfrentado a la emperatriz Eudoxia, de origen franco. Durante los cuatro últimos años de este reinado, gobernó el prefecto del pretorio Antemio, que administró prudentemente el Imperio y ejerció como regente del nuevo soberano Teodosio II (408-450) hasta 414. La política de Antemio en esos diez años, cruciales para el Imperio Oriental, consistió, en primer lugar, en rechazar a los hunos de los Balcanes, combatir a los bandidos isáuricos y reforzar la flota del Danubio para prevenir nuevas incursiones del norte, al tiempo que se fortificaban las ciudades ilirias. Constantinopla se rodeó en 413 del célebre *muro teodosiano*, que se conserva, y que incluyó a los nuevos barrios situados a extramuros de la muralla de Constantino. A la muerte de Antemio, la augusta Pulqueria, hermana mayor del emperador Teodosio II, fue quien gobernó el Imperio gracias a su inteligencia y ambición.

Teodosio II, de acuerdo con el emperador de Occidente Valentiniano III, promulgó en 438 un *Código* de leyes en el que se clasificaban los edictos de los emperadores cristianos y se sentaba la nueva base de la futura jurisprudencia bizantina.

También en este reinado se fundó en Constantinopla una Alta Escuela, que impropiamente se podría equiparar a una universidad, pero que, con sus veintiocho cátedras, fue el contrapeso cristiano a las todavía existentes Escuelas de Atenas.

En política exterior, se alivió la constante presión del Imperio persa sasani, firmándose la llamada Paz de los cien Años entre Bizancio y Persia en 422, si bien en el frente occidental la presión de los hunos fue constante, llegando a devastar los Balcanes y exigiendo un cuantioso tributo (441-447). Al morir Teodosio II sin hijos, heredó la corona su hermana Pulqueria, quien asoció al trono al veterano general Marciano (450-457), con quien contrajo matrimonio nominalmente. Marciano, en su corto reinado, rechazó pagar el tributo a los hunos aprovechando la muerte de Atila.

Extinguida la dinastía teodosiana, el Imperio de Oriente quedó a merced de un general bárbaro, el alano Aspar, de religión arriana, que promovió como emperador a un subordinado suyo, León I (457-474), que inició la dinastía tracia (457-518).

León I no se sometió a la voluntad de su patrocinador, mandando reclutar en las montañas de Isauria una milicia nacional para oponerla a las tropas góticas de Aspar; con ella, formó una nueva guardia palatina, la de los *excubitores*. El jefe de los isáuricos, Tara-

sicodissa, fue llevado a Constantinopla, donde tomó el nombre de Zenón, y fue casado con la hija del emperador, Ariadna.

En el enfrentamiento entre la facción gótica acaudillada por Aspar y la nueva fuerza isáurica patrocinada por el emperador, Aspar y su familia perecieron, eliminándose así el peligro de un dominio bárbaro en el Imperio.

A la muerte de León I, su yerno Zenón reinó de 474 a 491. Hombre de escasa cultura, se vio envuelto en una serie de intrigas cortesanas, al tiempo que tuvo que hacer frente a los árabes en Siria, a los hunos en Ucrania, conocidos por búlgaros, y a los vándalos que saqueaban el Épiro. El mérito de Zenón fue el de capear estas tormentas, al tiempo que recibía (476) las insignias imperiales de Roma que Odoacro, de acuerdo con el Senado, le mandaba al reconocerle como único emperador. La unidad imperial quedaba así jurídicamente restablecida y Constantinopla era de nuevo la única capital del Imperio, como en época de Constantino.

El final de la llamada dinastía tracia fue parecido al de la dinastía teodosiana, por la solución sucesoria que se le dio. A la muerte de Zenón, su viuda casó con un anciano funcionario palatino, Anastasio I (491-518), que realizó una política de reconstrucción del Imperio, asumiendo la defensa de los pequeños propietarios de la tierra frente a las grandes familias terratenientes y favoreciendo la actividad mercantil y comercial en las ciudades mediante la reducción de los impuestos y el perdón a los deudores de impuestos atrasados. Todo ello, junto con una hábil administración financiera y una prudente actuación política, hizo que su reinado acabara con un superávit económico que permitió la posterior expansión de Justiniano.

Al morir Anastasio sin descendencia, el Senado elevó al trono al conde de los *excubidores*, el soldado ilirio Justino (518-527), iniciador de la dinastía que llevó a una época de apogeo político que tuvo su culminación en la restauración del Imperio romano. El reinado de Justino I preparó el de su sobrino Justiniano, que en 520 había sido nombrado coemperador, aunque, según dice Procopio, siempre gobernó en nombre de su tío. Hábilmente, Justiniano supo sacar-partido no sólo de las arcas repletas que había dejado Anastasio, sino también del analfabetismo de su propio tío, el rudo Justino.

3. La época de Justiniano

El reinado de Justiniano (527-565) marca el primer gran apogeo de Bizancio y el último intento de reconstruir el Imperio romano de Augusto. Esta labor de restauración imperial tuvo una doble base: por una parte, marítima y económica, y por otra parte, religiosa, en el sentido de restablecer la ortodoxia pura y simple. La gran labor de Justiniano no se puede entender sin tener en cuenta a una serie de colaboradores que la hicieron posible, entre los que destacan: Teodora, su esposa, ambiciosa, inteligente y atractiva; Triboniano, jurista de renombre; Juan de Capadocia, prefecto del pretorio y reformador de la administración central; y los generales Narsés, Belisario, Mundo y Liberio. Toda la política realizada por estos personajes fue contada hábilmente por Procopio de Cesarea, el gran cronista del reinado, que narró en ocho libros las campañas realizadas contra los persas, los vándalos y los ostrogodos, y en su *Historia secreta (Historia arcana)*, la vida interior de la Corte.

Justiniano inició su reinado con una paz humillante con Persia y un aumento de los impuestos en 532 que sería una de las causas de la sublevación revolucionaria de *Nika*, sofo-

cada cruelmente por Belisario, después de que los amotinados se adueñasen de gran parte de la capital e incendiaran, entre otros edificios, la propia iglesia de Santa Sofía.

Consecuencia inmediata de la revuelta fue la reforma administrativa realizada por Juan de Capadocia, que en líneas generales frenaba la autoridad despótica de los gobernadores y de los altos funcionarios provinciales. Una de las características de la política interior de Justiniano fue la lucha obstinada que mantuvo contra los grandes terratenientes por sus reiterados abusos de poder y su vejación constante de la justicia; a estos hechos hallamos frecuentes referencias en las leyes nuevas (*novelas*). También dirigió sus esfuerzos a una mejor recaudación de los impuestos, con la finalidad de que su hacienda ingresara lo suficiente para costear los cuantiosos gastos de sus numerosas y largas campañas militares.

En el aspecto religioso, su política consistió en defender la ortodoxia emanada de los diversos concilios, especialmente del de Calcedonia, a cuyas decisiones se oponían las provincias de Egipto y Siria. Esta política religiosa le enemistó con los judíos, los paganos y los herejes en general (maniqueos, nestorianos, monofisitas, arrianos), llevándole a clausurar en 529 las Escuelas de Atenas. Toda la problemática interior se vio condicionada por la costosa política exterior de guerra contra persas, ostrogodos, vándalos y visigodos. Con el rey de los persas, Cosroes, firmó en 532 la paz perpetua, que supuso la devolución mutua de las conquistas territoriales.

En 535 se inició la conquista de Italia, aprovechando el asesinato de Amalasunta, hija de Teodorico, aliada del Imperio. La campaña fue larga (hasta 552 no se acabaron los últimos enfrentamientos) y costosa, debido a la tenaz resistencia de los godos más nacionalistas.

La antigua África proconsular romana, ocupada por los vándalos, fue invadida cuando detentaba el trono de Cartago el usurpador Gelimer. Belisario fue el encargado de esta nueva anexión, que se extendió también a las islas de Córcega, Cerdeña y las Baleares. El último esfuerzo por recuperar el Mediterráneo occidental fue la intervención armada en la Península Ibérica aprovechando la guerra civil entre Ágila y Atanagildo, que asolaba el reino visigodo, lo cual supuso la conquista de la mayor parte de la Bética por parte de los bizantinos. Con estas campañas, el Mediterráneo volvía a ser un lago romano; únicamente las costas de las antiguas provincias de la Tarraconense y Provenza quedaban fuera del control de Justiniano.

Las reservas de oro acumuladas por Anastasio fueron dilapidadas en estas campañas y en obras suntuarias que embellecieron Constantinopla, Rávena y otras ciudades del imperio. Pero el tiempo demostró que la brecha abierta entre Occidente y Oriente era tal en el siglo VI, que los sueños reunificadores de Justiniano resultaban un anacronismo imposible de mantener si no era por la fuerza.

La muerte de Teodora, animadora de la obra de su marido, y la destitución de Juan de Capadocia marcarán un final nada brillante del reinado de Justiniano, en donde la falta de dinero, la imposibilidad de pagar a los soldados, las epidemias, los temblores de tierra y las carestías harán que deje un legado a sus sucesores lleno de inseguridades, que Justino II (565-578), Tiberio (578-582) y Mauricio (582-602) no pudieron superar; abandonando lentamente a visigodos, lombardos y persas las tierras conquistadas por Justiniano en las penínsulas Ibérica e Itálica y en Mesopotamia.

Con los últimos emperadores de la casa de Justino, el Imperio entró en una época de anarquía, invasiones y levantamientos, uno de los cuales llevó al poder a Heraclio, hijo del exarca de África e iniciador de una nueva dinastía.

4. La obra jurídica justiniana → código

La base organizativa de la administración imperial en Bizancio emanaba de las leyes que hacían las veces de constitución no escrita, basada en el uso y la costumbre. El gran esfuerzo de los jurisconsultos se ordenó y se codificó (códigos), y lo mismo se hizo con las normas de procedimiento y derecho privado (digestos), monumentos sólidos y permanentes que contenían las leyes aplicables a todos los habitantes del Imperio.

La tradición de la codificación de las leyes, método que fue aceptado por los bizantinos, provenía de Roma. La novedad consistió en que estos modelos de colecciones oficiales recibieron un valor legal. Primero fue el *Código Teodosiano*, del emperador Teodosio II; después el *Corpus Iuris Civilis*, de Justiniano, que es la base de toda la literatura jurídica posterior, a pesar de las modificaciones que se fueron introduciendo.

Justiniano mandó compilar en 530 toda la obra jurídica clásica a una comisión de expertos que, al cabo de tres años, presentó el *Digesto* o *Pandectae*, dividido en 50 libros, subdivididos a su vez en títulos, y precedido cada uno de ellos por una inscripción que da el autor, la obra y el libro de donde procede el título. Un segundo paso se dio al redactarse un manual elemental de Derecho «para jóvenes deseosos de instruirse», al que se llamó *Institutas* y que recibió valor de ley. La publicación del *Codex Justinianus repetitae praelectionis*, que corregía las imperfecciones del *Digesto*, y de las leyes nuevas que iban saliendo, las *Novellae Constitutiones*, complementaron la obra justiniana o *Corpus Iuris Civilis*, una obra compleja, típicamente bizantina, en la que se mezclan elementos romanos, helenísticos, orientales y cristianos. Triboniano fue el motor de estas compilaciones, presidiendo las comisiones que se crearon a tal efecto.

A finales del siglo VII, en tiempos de Justiniano II, se promulgó la *ley agrícola* (*nomos georgikós*), que consagraba la existencia de comunidades de campesinos libres; la *ley militar* (*nomos stratikós*) y la *ley náutica* (*nomos Rodion nautikós*) completaban los puntos menos tratados en la legislación precedente.

5. Las bases económicas del Imperio

La economía y el comercio fueron primordiales para el sostén del Imperio bizantino frente a sus enemigos naturales, poseedores de sistemas económicos mucho menos desarrollados, al menos durante la Alta Edad Media.

La economía se basó sobre todo en la explotación agraria, el comercio y la industria. Bizancio heredó el sistema romano de explotación de la tierra, si bien a partir del siglo IV conoció un paulatino fraccionamiento de los grandes latifundios romanos, excepción hecha de las posesiones de algunas familias en determinadas provincias del Imperio. En líneas generales, las tierras productoras de trigo estaban en manos de grandes poseedores, como el propio Estado —que teóricamente era el propietario del suelo—, la Iglesia y los ricos particulares, aunque en determinadas zonas la existencia de pequeños propietarios era muy frecuente, sobre todo en los Balcanes, Italia y algunas regiones de Asia Menor.

La finalidad de la propiedad fundaria era la percepción de las rentas, más que el aumento y la mejora de la producción; de ahí que fuera muy poco lo que se invirtiera en trabajos para mejorar la producción, una proporción que, en caso de existir, nunca llegó a sobrepasar el ocho por ciento.

Las últimas formas de explotación al estilo clásico romano, con esclavos y colonos,

desaparecieron en el siglo VII, sin que se pueda explicar todavía satisfactoriamente la transformación de las estructuras económicas y sociales que dicha evolución representó. Por herencia del Bajo Imperio romano y hasta la época de Justiniano, la población dedicada a la agricultura estaba adscrita a la tierra, no pudiendo abandonar su aldea natal, ni sus labores agrícolas. Los campesinos se dividían en *libres*, cuando tenían completa propiedad en el dominio común, y campesinos dependientes de las iglesias, de los monasterios, de los nobles o del propio Estado. Estos últimos trabajaban una tierra que no les pertenecía, pero de la que tampoco podían ser expulsados por su dueño. Entre los campesinos dependientes, a su vez, se podían distinguir dos clases: los colonos y los *adscripti*. Los primeros eran libres y propietarios de los utensilios de trabajo, de su ganado y de su ajuar personal; mientras que los *adscripti* no poseían ningún bien en propiedad y su situación se aproximaba mucho a la de los esclavos. La diferencia entre ambos fue desapareciendo lentamente a partir del siglo VI.

La industria bizantina estuvo muy ligada al comercio y Constantinopla fue el mayor centro industrial, mercado y puerto. Una de las principales industrias del Imperio fue la fabricación de seda, producto importado de China hasta el reinado de Justiniano. La fabricación de seda estaba organizada en la capital hasta en los más mínimos detalles, siendo vendida por el propio Estado, o por la corporación creada para tal menester, que controlaba la calidad de la seda producida. También otras corporaciones eran importantes, lo que supone la existencia de industrias florecientes en torno a algunas de ellas, como las de los vendedores de oro, los vendedores de plata (cuyo margen de beneficio estaba limitado al 8 %), los banqueros, los notarios, los perfumistas, los fabricantes de cera y jabón, los artesanos del cuero, los pescadores, los panaderos, los taberneros, etc...

El comercio, al igual que la industria, estaba rigurosamente controlado por el Estado, que reglamentaba, compraba y vendía, ejercía los monopolios y vigilaba las empresas privadas de acuerdo con la filosofía económica que imperaba en Bizancio. Esta economía, que hoy se podría tildar de dirigida, estaba encaminada sobre todo al avituallamiento de la gran Constantinopla, al aprovisionamiento de materias primas para los obradores de palacio, a poner freno a la codicia de los comerciantes y a hacer que ingresara la mayor cantidad posible de dinero en el erario público. Esta situación se pudo mantener mientras fue fuerte el poder central; cuando éste se debilitó, el mercado libre se impuso a los monopolios y éstos desaparecieron hasta el extremo de ser concedidos a las colonias extranjeras, que acabaron de arruinar la economía bizantina a partir del siglo XI.

Fue decisiva para la economía la existencia de una moneda fuerte por espacio de 800 años (desde la reforma de Constantino hasta el reinado de Alejo Comneno), basada en el sueldo de oro. El *solidus aureus* o *nómisma* pesaba unos 4,50 gramos y se calculaba que unos 72 sueldos equivalían a una libra de oro, moneda de cambio que venía a representar unos 327 gramos. A partir del siglo VI el *nómisma* cambió su nombre por el de *besante*, hasta el siglo XI, en que pasó a denominarse *hyperpère*.

6. La dinastía heráclida (610-717)

Al subir al trono Heraclio, en 610, después de un golpe de Estado que acabó con la dinastía de Justino, el panorama del Imperio era más sombrío que nunca. El soberano persa Cosroes II, aprovechando los desórdenes internos y el secesionismo de las provincias de Siria y Egipto, alentado por la hostilidad de los monofisitas contra el patriarcado de

Constantinopla, invadió el Imperio por la frontera mesopotámica, apoderándose de Antioquía (611) y Jerusalén (614), que fue saqueada. Entre el botín conseguido por los persas figuraba la Vera Cruz, y cerca de 40.000 prisioneros fueron reducidos a la esclavitud. Cosroes II, animado por estas victorias, se apoderó de Alejandría (618), e interceptó los envíos de trigo a Constantinopla. La reacción de Heraclio fue lenta pero eficaz: con los fondos requisados a la Iglesia y con un ejército en el que participaban numerosos monjes, lo que daba a su empresa el carácter de guerra santa contra Persia para recuperar los Santos Lugares, Heraclio recuperó las provincias perdidas y, en el contraataque, llegó a apoderarse de Ctesifonte, capital del Imperio persa sasaní, en 627. Estas victorias dieron a Heraclio gran popularidad, pero muy pronto un nuevo peligro, mayor aún que el persa, el islámico, amenazó a Bizancio.

Heraclio (610-641) sacó al Imperio del estado de decrepitud en que se hallaba, convirtiéndose en uno de los más importantes soberanos bizantinos, no sólo por sus victorias, sino también por ser el iniciador de una serie de necesarias reformas que afectaron a la administración y, sobre todo, a la organización militar.

A finales del siglo VI Oriente dejó de ser el único frente peligroso para el Imperio. Por el norte y por el oeste amenazaban los ávaros, y los eslavos se habían instalado en grandes áreas de los Balcanes, iniciando un proceso de eslavización que llegó incluso a afectar al Peloponeso. Las fuentes bizantinas utilizan ya el nombre de *sclavinia* para denominar la Península Balcánica. En esta situación, Heraclio acometió una gran reforma administrativa y militar, que cristalizó en los *themata* y en la ruptura definitiva del sistema heredado de las épocas de Diocleciano y de Constantino. El *thema* surgió como una nueva circunscripción, militar y administrativa, a cuyo frente estaba un *estratega* (general) con plenos poderes en ambos ámbitos. El sistema se implantó en los territorios del Asia Menor que se habían liberado de las invasiones, a la vez que se instalaban en las nuevas circunscripciones tropas que recibían tierras en ellas para su manutención y como estipendio. Aparecía así un soldado campesino que, a la vez que defendía al Imperio y, sobre todo, su paga, que era su tierra, reforzaba la pequeña propiedad libre.

La reforma militar de Heraclio fue acompañada por la de la administración central, que suprimió la poderosa prefectura del pretorio y creó nuevos servicios financieros. Todas estas reformas fueron acompañadas con una helenización de la administración y de la Iglesia que culminó con el abandono por parte de Heraclio de los títulos imperiales romanos (*imperator*, *caesar*, *augustus*) y la utilización del título griego de *basileus*, que se convirtió desde entonces en el título oficial del emperador.

En el aspecto religioso, la reconquista de las provincias orientales volvió a plantear el problema del monofisismo, triunfante en aquellos territorios. Heraclio y su gobierno dedicaron sus mejores empeños a lograr un acuerdo religioso entre monotelitas y monofisitas, promulgando en 638 el edicto imperial llamado *Ekthesis* o *Exposición de fe*, de carácter obligatorio para todos los súbditos del Imperio. Este edicto había sido redactado por el patriarca Sergio de Constantinopla, gran amigo del emperador e inspirador de su política de unificación religiosa. Su tentativa de unificar las creencias religiosas desde el poder civil resultó del todo inoperante, pero el problema desapareció al caer las provincias monofisitas de Siria y Palestina, y poco después Egipto, en poder de los árabes.

Heraclio murió en 641, dejando como coemperadores a sus dos hijos, Constantino III, del primer matrimonio, y el joven Heracleonas, de once años, del último matrimonio con la ambiciosa Martina. Una serie de circunstancias hizo que Constantino III muriera pre-

maturamente y que se acusara de ello a Martina y Heracleonas, que fueron depuestos para entregar el trono a Constante II, hijo del fallecido Constantino III.

La política exterior durante la primera mitad del reinado de Constante II (641-668) estuvo marcada por el continuo avance de los árabes, que tomaron Alejandría en 642 y vencieron por vez primera en una batalla naval a los bizantinos en 655, frente a las costas de Licia. Afortunadamente para Bizancio, los problemas políticos internos de los árabes, con el estallido de una guerra civil entre el califa Moavia y Alí, yerno de Mahoma, permitió a Constante II dedicar sus esfuerzos militares a imponer el reconocimiento de la soberanía del Imperio a los eslavos instalados en los Balcanes. Los problemas religiosos, sobre todo con el papa Martín y su idea de trasladar la capital a Occidente, marcan el final de este reinado.

Constantino IV (668-685), hijo de Constante II, inició un período crucial para el Imperio por su resistencia a los renovados ataques árabes. El califa Moavia, solucionados los problemas internos, ocupó Esmirna en 672 y puso sitio a Constantinopla durante el verano de 674, así como durante los cuatro años sucesivos. Los bizantinos rechazaron los ataques gracias al empleo del *fuego griego* (especie de nafta inflamable) que causó terror entre los árabes, y que había sido inventado por el greco-sirio Callinico. El fracaso de los asedios a Constantinopla y la derrota naval árabe en Asia Menor llevaron a Moavia a firmar un tratado de paz con Bizancio de treinta años.

El repetido fracaso de las ofensivas árabes reforzó el prestigio del emperador, que recibió el homenaje del *khagán* de los ávaros y de los jefes de las principales tribus eslavas de los Balcanes. Pero la aparición de los búlgaros, que se instalaron en el delta del Danubio, supuso una nueva amenaza para Bizancio. En 680 se inició la primera guerra con los búlgaros, que acabó con el reconocimiento por parte del emperador de la existencia, por vez primera, de un reino independiente en un territorio teóricamente imperial.

La tranquilidad en el frente oriental permitió al nuevo emperador, Justiniano II (685-695 y 705-711), concentrar su atención en los Balcanes, de donde trasladó eslavos a Asia Menor para reforzar dicha frontera. La consolidación del régimen de *themas* y la promulgación de la *ley agraria*, que protegía la pequeña propiedad campesina, al tiempo que hacía una política antiaristocrática, señalan los hechos más notables de la primera parte de este reinado.

Un golpe de Estado en 695 rompió el equilibrio en Bizancio, y abrió un nuevo período de convulsiones, que duró hasta 717, año del ascenso al trono de León III, quien instauró la dinastía isáurica.

La dinastía heráclida renovó el Imperio desde el punto de vista militar, social y económico, cosa que le permitió pasar a la ofensiva frente a eslavos, búlgaros y árabes, al tiempo que intentaba en vano la unificación religiosa por decreto frente a las diferentes corrientes del cristianismo, y helenizaba oficialmente las instituciones frente a los últimos restos de latinismo que quedaban en Oriente.

7. La vida intelectual y la cultura

La vida intelectual bizantina fue brillante y compleja, debido al papel intermediario que ejerció la cultura del Imperio, entre el helenismo y la cultura oriental, y el mundo latino-occidental.

El esplendor de la corte Imperial, el interés de los patriarcados por la cultura supe-

rior, los grupos de comerciantes enriquecidos que residían en los principales centros económicos, la intensa vida intelectual de los numerosos monasterios y la necesidad de la burocracia de poseer conocimientos matemáticos, jurídicos y literarios, dotaron al Imperio bizantino de una intensa vida intelectual, producto de la conjunción de elementos romanos, cristianos, orientales y griegos.

Este mundo intelectual vivió completamente al margen del pueblo, al hablar primero la lengua latina, desconocida por la inmensa mayoría de la población, y luego un griego clásico incomprensible para los más, que hablaban una mezcla de dialectos griegos que poco tenían que ver con la lengua homérica.

Como en todas las demás vertientes de la vida intelectual bizantina, la literatura muestra en sus comienzos una completa conexión con el antiguo helenismo, predominando todavía el gusto por la forma, y elementos retóricos y sofísticos. El espíritu del cristianismo incorpora poco a poco un contenido, con vestiduras aún paganas.

Desde el siglo IV hasta el VII, la literatura cristiana es preponderante, debido a las grandes figuras de los Padres de la Iglesia Oriental. Atanasio de Alejandría, Eusebio, Basilio, Gregorio de Nissa, Gregorio Nacianceno y Juan Crisóstomo, *Boca de oro*, llamado así por su brillante y florido lenguaje, son los creadores de una literatura teológica original y de un pensamiento propio, que se perdió en la literatura teológica de los siglos posteriores.

A diferencia de esta literatura eclesiástica, la profana queda relegada hasta entrada el siglo VII. La Historia sigue los métodos y las técnicas de autores antiguos como Herodoto, Tucídides y Polibio. Entre los historiadores del siglo VI destacan Procopio, Agathias de Myrrina y Menando. Procopio es el más famoso: secretario de Belisario, narró las expediciones del famoso general contra persas, vándalos y godos, como testigo ocular. Su *Historia arcaná* es un verdadero libelo contra Justiniano y su esposa Teodora; en cambio, su *Liber aedificiorum* describe las obras públicas realizadas en época justiniana. Agathias escribió una *Historia* que abarca de 552 a 558. Continuó su obra su discípulo Menando, quien, estimulado por el emperador Mauricio, escribió una *Historia* que va de 558 a 582.

En el campo de la épica y el epigrama, Nonnos de Egipto, todavía pagano, escribió hacia el año 400 un fantástico poema épico sobre la ida del dios Baco a la India; convertido al cristianismo, se dedicó a versificar el Evangelio de San Juan. El epigrama, la elegía y la poesía histórica tienen uno de sus más notables representantes en Jorge Pisides (600-660), quien compuso una *Heraclias* en honor del emperador Heraclio.

En Bizancio, los filósofos, clérigos o laicos, formados en la Escuela Imperial, tratan sobre todo de metafísica, buscando el lugar que ocupa el hombre en el orden universal; los monasterios, principales centros de la filosofía occidental, en Oriente se inclinaban más al misticismo que a la divagación filosófica. A lo largo de los siglos IV y V, la filosofía casi no se diferencia de la teología, originándose verdaderas luchas entre las dos escuelas opuestas en la interpretación de las Sagradas Escrituras: la de Alejandría y la de Antioquía. La filosofía clásica profana se enseñaba todavía en las llamadas escuelas superiores, entre las que sobresalía la de Atenas, con la figura de Proclo (410-485).

Uno de los filósofos más notables de finales del siglo VI fue Juan Filópono de Alejandría, profesor y comentarista de las obras de Aristóteles; en su libro sobre *La eternidad del Mundo* afirma que Platón fue inspirado por Moisés. Mientras que en su *De opificio mundi* o comentario del Génesis, recurre a Aristóteles para probar que el alma humana y los ángeles no son corpóreos.

También en el siglo VI se difundieron los escritos de un neoplatónico convertido al cristianismo, presentados como si fuesen de Dionisio, el único miembro del Areópago que

San Pablo logró convertir. Estos escritos falsamente atribuidos a Dionisio el Areopagita, son en realidad escritos dependientes de Proclo y hay que situarlos en los comienzos del siglo VI, de ahí que se denomine al autor el Pseudo-Dionisio Areopagita.

Bizancio heredó la tradición científica clásica, considerándola en líneas generales como una preparación para la filosofía e incluso para la teología. La clasificación de las ciencias se realizaba de acuerdo con la tradicional compartimentación de las siete artes liberales. El *Trivium* comprendía el arte literario y la oratoria en todas sus vertientes; mientras que el *Quadrivium* abarcaba las ciencias exactas: aritmética, geometría, música, astronomía. Quedaban fuera de esta rutinaria clasificación un grupo de especialidades que, como la historia natural, la física y la química, se asociaba y estudiaba con el nombre genérico de física.

Las matemáticas y la astronomía, por lo general, eran cultivadas por los mismos estudiosos y su centro más destacado se encontraba en el Oriente helenístico, concretamente en Alejandría, ciudad que hasta el siglo VII fue la capital científica del Imperio. Los profesores de sus centros de alta cultura, como Theón (siglo IV), Malchos y Diofanto (siglo V) y Juan Filópono (siglo VI), comentaron los *Elementos* de Euclides, la *Aritmética* de Nicómaco de Gerasa y el *Almagesto* de Ptolomeo. Sinesio, obispo de Cirene, inventó el astrolabio más completo jamás habido hasta entonces; y Filópono escribió un *Tratado de Astrolabio* y una *Teoría del Mundo* en la que admitía la generación espontánea, aunque reconociendo que era Dios quien había insertado en la materia los gérmenes que la desarrollaron.

La medicina bizantina tiene sus orígenes en la medicina del mundo clásico, sobre todo en Hipócrates y Galeno. Sabemos, por los fragmentos conservados, de la existencia de numerosos médicos célebres en los siglos IV y V. Oribasio de Pérgamo (325-400), médico favorito del emperador Juliano, compuso una enciclopedia médica en 70 libros, que no era más que una compilación de Hipócrates y Galeno.

En el siglo VI, Alejandro de Tralles, hermano de Antemio, uno de los dos arquitectos de Santa Sofía, se nos muestra como un práctico y meticuloso observador formado en Alejandría, ciudad que poseía la escuela médica más famosa de la época.

La caída de Alejandría en poder de los árabes, en 642, supuso la pérdida de su herencia médica para Constantinopla. Los sirios, en primer lugar, y el mundo islámico en general, se beneficiaron directamente de ella.

Bibliografía

- Ahrweiler, H.: *L'ideologie politique de l'Empire byzantin*, París, 1975.
 Brehier, L.: *El mundo bizantino*, 3 vols., México, 1955-1956.
 Claramunt, S.: *El mundo bizantino. La encrucijada entre Oriente y Occidente*, Barcelona, 1987.
 Dagron, G.: *Naissance d'une capitale*, París, 1974.
 Guillou, A.: *La civilisation byzantine*, París, 1974.
 Mango, C.: *The Empire of the New Rome*, Londres, 1980.
 Ostrogorsky, G.: *Histoire de l'Etat byzantin*, París, 1977; trad. castellana, *Historia del Estado bizantino*, Ed. Akal, Madrid, 1984.
 Remondón, R.: *La crisis del Imperio romano de Marco Aurelio a Anastasio*, Barcelona, 1967.
 Vasiliev, A. A.: *Historia del Imperio Bizantino*, 2 vols.; Barcelona, 1945.

TEMA 5

EL PONTIFICADO Y LAS MANIFESTACIONES DE LA ESPIRITUALIDAD EN OCCIDENTE. GÉNESIS DEL MONACATO

por EMILIO MITRE

El fin del Imperio en Occidente consumó la dispersión de fuerzas políticas y culturales ya esbozada desde tiempo atrás. Aunque en medio de enormes dudas y dificultades, la Iglesia se aprestó a erigirse en la nueva fuerza unitaria.

1. La articulación jerárquica de la Iglesia y el pontificado romano

La Iglesia tomó del lenguaje común los vocablos con los cuales se designó a las personas encargadas de encuadrar a las masas de fieles: *presbítero* (el más antiguo), *obispo* (*episcopos* = vigilante), *diácono* (servidor)... En principio, el obispo era simplemente el presidente del *presbyterion* o consejo presbiterial. Sin embargo, va adquiriendo un papel relevante desde comienzos del siglo II, momento en que las comunidades cristianas dejan de tener un carácter puramente escatológico para adquirirlo cultural. En el momento de la transición del mundo antiguo al medieval, la estructura de gobierno adquiere unos caracteres definitivamente oligárquicos: el obispo ya no será elegido tanto por el clero y el pueblo de la diócesis como por el clero y los laicos más influyentes. Las cualidades que se le exigían —así como también a los presbíteros— eran, en líneas generales, las establecidas por San Pablo (1 Tim. 3, 1-7) que, con el tiempo, se fueron perfeccionando: no debían ser reos de crímenes, ni delinquentes contra la fe, ni bigamos, ni convictos de hurto, embriaguez o blasfemia, ni ostentar cargos públicos o militares, ni ser jurídicamente no libres... El celibato, en principio no obligatorio, fue instado en el concilio hispano de Elvira hacia 309 y por Osio en el concilio de Nicea de 325. Habrá, sin embargo, de recorrerse un largo camino hasta que este propósito —al menos en Occidente— se convierta en realidad.

Mucho se ha discutido en torno al tema Iglesias particulares/Iglesia universal, en especial para los años de crecimiento y posterior oficialización del cristianismo. Con todo, un hecho se presenta como indiscutible: ciertas comunidades llegaron a tener desde fecha temprana un peso muy superior al de sus vecinas. Diversas circunstancias jugaron a favor de ello: la tradición de una fundación apostólica; el desarrollo en ellas de polémicas teológi-

cas o, simplemente, de una literatura religiosa de cierta envergadura; su propia importancia política, etc... De hecho, la Iglesia utilizó la estructura administrativa del Imperio para crear la suya propia. Todos estos factores contribuyeron a la fortuna religiosa de ciudades como Jerusalén, Antioquía, Corinto, Éfeso, Tesalónica, Cartago y, por supuesto, Roma.

La supremacía conquistada por el obispo de Roma se hacía arrancar del pasaje del Evangelio de San Mateo referido al primado petrino. Sin embargo, fuera de Roma, la superioridad de los sucesores de San Pedro se consideró, repetidamente, como algo sólo honorífico. De ahí que los titulares de ciertas sedes orientales, también enormemente prestigiosas, acabasen abogando por un gobierno no monárquico, sino pentárquico. Ello suponía reconocer la casi igualdad entre los patriarcas de Roma, Constantinopla, Antioquía, Jerusalén y Alejandría. En la gestación de esta idea tuvo un peso decisivo el que los primeros grandes concilios —en los que se hicieron las más importantes proclamaciones teológicas— se celebraran en Oriente. También contó la pérdida de importancia política de Roma, en la misma medida en que crecía la de Constantinopla, residencia, a la postre, del único emperador. Personaje éste que iba acumulando una suma de poderes civiles y religiosos que pronto despertaron los lógicos recelos de la jerarquía eclesiástica.

[En Occidente, papas y obispos se convirtieron en los forzosos herederos de una estructura política en irreversible desintegración.] Pasaron así a ser los intermediarios naturales entre el elemento indígena y los invasores bárbaros. El papa León I deteniendo a Atila, San Agustín defendiendo Hipona o Sidonio Apolinario negociando con los visigodos llegaron a convertirse en figuras familiares.

[Obispos y papas, en medio de grandes dificultades, fueron imponiendo su prestigio frente a los monarcas germánicos y a los emperadores de Constantinopla. Así, en 494 el papa Gelasio envió una carta al emperador Anastasio en la que se echaban los fundamentos de la tesis medieval de los dos poderes: la potestad real y la sagrada autoridad de los papas, que quedaba en un plano superior.] Gesto importante que, sin embargo, no impidió que en los años siguientes los emperadores de Constantinopla impusiesen repetidamente sus criterios en materia religiosa e incluso procedieran (caso de Justiniano con el papa Vigilio) con escasa elegancia para con los titulares de la sede romana.

Resulta, así, digna de destacar la figura de Gregorio Magno —primer papa propiamente medieval, que gobierna entre 590 y 604— en una Italia desgarrada por la presencia bizantina y la lombarda.

Buen diplomático, Gregorio mantuvo hacia los patriarcas orientales una política a medio camino entre la flexibilidad y la energía. En sus relaciones con el episcopado occidental no hubo graves dificultades. Con todo, Roma reconoció aquí algunas primacías de nivel puramente regional: casos de Arlés, y luego Lyon, para la Galia mediterránea, o Toledo para Hispania. [En relación con los lombardos, el papa logró un *modus vivendi*, aun a costa de comprarles la retirada en sus intentos de apoderarse de Roma.]

De hecho, la ciudad, asolada también por el hambre y las epidemias, había sido abandonada a su suerte. Aunque teóricamente formara parte de los dominios bizantinos en Italia, los agentes imperiales hicieron poco por su defensa. El papa Gregorio sería quien proveyera, cargando sobre sus espaldas las responsabilidades administrativas de la urbe. Buen organizador, el pontífice procedió a agrupar los bienes que la sede de San Pedro había ido recibiendo en los años anteriores. Pronto, una franja de tierra entre Orvieto y Terracina sería considerada como el *patrimonium Petri*. Así, a comienzos del siglo VII quedaron echadas las bases de lo que en el futuro sería considerado territorio de los «Estados Pontificios».

2. La Iglesia del Occidente frente a la herejía y los resabios de paganismo popular

En la misma medida en que la ortodoxia niceana era vista como *fides romana*, el arrianismo era considerado, desde el asentamiento de los pueblos bárbaros en el Occidente, como la *fides germanica* por excelencia. Al lado del arrianismo, quedaba el paganismo puro y simple, de los francos en un primer momento, de anglos, jutos y sajones establecidos en Britania hasta fecha algo más avanzada, y de los grupos germanos que no habían cruzado la línea del *limes* en el período de las migraciones.

La labor del clero romano fue decisiva en el proceso de conversión. Conversión que, a la postre, permitiría a los monarcas bárbaros —importantes agentes también de este proceso— lograr el apoyo político y la cobertura ideológica de un estamento en cuyas filas entraron miembros de ascendencia germánica a un ritmo sostenido. Estudios como los realizados por el profesor Orlandis para la España visigoda son sumamente ilustrativos.

En algunos casos —vándalos y ostrogodos—, el fin del arrianismo fue resultado de la victoria militar lisa y llana del Imperio de Constantinopla. En otros casos, la conversión de un determinado pueblo es resultado de un lento proceso de maduración.

Unos meses antes del ascenso al solio pontificio de Gregorio Magno (en 589), Recaredo hizo solemne abjuración del arrianismo en nombre del pueblo visigodo en el III Concilio de Toledo. Durante el gobierno de este papa se logró otro éxito no menos resonante: iniciar la evangelización de anglos, jutos y sajones, que, oficialmente, se consumaría en el segundo tercio del siglo VII. En los años siguientes se consiguió que los lombardos —último reducto del arrianismo— hicieran profesión de fe católica.

Hacia el año 700, por tanto, el catolicismo había triunfado oficialmente en todo el territorio que tiempo atrás había correspondido a las provincias occidentales del Imperio. Incluso las diferencias litúrgicas más fuertes habían sido sensiblemente limadas: desde 664 (sínodo de Whitby), el ritual celta —uno de los más caracterizados— retrocedía en Britania frente al romano.

Sin embargo, la uniformidad formal era incapaz de ocultar el bajo nivel religioso —y, por extensión, moral— generalizado. La imposición del cristianismo —y de la ortodoxia en su sentido más rígido— no logró erradicar todo un cúmulo de creencias ancestrales que pervivieron casi intactas en amplias capas sociales. Un paganismo culto se mantuvo en sectores de las élites dirigentes, tal y como demuestran las obras de un San Agustín y un Paulo Orosio.

En relación con el paganismo subyacente en las masas populares, la autoridad eclesiástica procedió utilizando distintos medios. En el siglo V, San Agustín, con su *De catechizandis rudibus*, y en la centuria siguiente Martín de Dumio, con su *De correctione rusticorum*, echaron las bases de lo que cabría considerar la denuncia de las principales supersticiones populares y la elaboración de una pastoral al respecto. Gregorio Magno, en carta a Agustín de Canterbury, recomienda ir con prudencia en la evangelización de anglos y sajones, sugiriendo la cristianización de sus costumbres paganas, más que su erradicación. En todo el conjunto de Occidente, el desarrollo de una rica hagiografía brindaba unos modelos de vida y, sobre todo, hacía de los santos unos comprensibles intermediarios entre los fieles y una divinidad demasiado lejana.

Los logros de la Iglesia parecen de momento bastante limitados. Es ilustrativo a este

respecto el rápido retroceso del cristianismo en el norte de África y en España, ante la invasión musulmana. Su superficial arraigo en las masas populares tenía también otros equivalentes. Uno en el bajo nivel moral y la brutalidad de los poderosos, tal y como, por ejemplo, nos lo revela Gregorio de Tours para la Galia franca. Otro, en la muy pobre preparación de la mayor parte del clero rural, encuadrador, a fin de cuentas, de una masa de población cuyo bajo nivel cultural compartía. Algunas mentes avisadas, como Gregorio Magno, con su *Liber regulae pastoralis*, o Isidoro de Sevilla, con su *De officiis ecclesiasticis*, trataron de perfilar la figura del pastor de almas. Los efectos inmediatos de tales esfuerzos no fueron muy amplios. Con todo, la primera de estas obras aspiraba a ser, en relación con el clero secular, lo que la *Regula* de San Benito empezaba a ser para los monjes occidentales.

3. La génesis del monacato y su implantación en Occidente

De los doce grandes padres de la Iglesia griega y latina, ha recordado el profesor D. Knowles, once fueron monjes o tuvieron alguna veleidad monástica. El otro, San Ambrosio, redactó el opúsculo *De virginate*, exaltador de una de las virtudes del mundo monacal.

Bien por la huida de las persecuciones, bien por la búsqueda de un sucedáneo del martirio, bien por una afirmación frente al gregarismo religioso o bien por razones menos respetables —fuga frente a las angustias sociales y económicas—, el monacato fue cobrando fuerza dentro del cristianismo desde el siglo III. Oriente fue la pionera del movimiento. Los modelos no faltaban en el medio judío —comunidades de esenios— ni en el helenístico —conventículos neoplatónicos y pitagóricos, corrientes filosóficas estoicas, etc...—. Pese a que los autores eclesiásticos tendieron a fijar una rica tipología de monjes, de hecho, dos categorías acabaron por primar: la que aspiraba a un aislamiento de la persona —eremitas o anacoretas— y la que propugnaba una vida en común —cenobitas o monasteriales—.

San Antonio Abad (260-356) pasa por arquetipo de los primeros a través de su retiro en la Tebaida. Su *Vida*, redactada por Atanasio de Alejandría, llegó a ser uno de los principales modelos de la literatura hagiográfica medieval.

San Pacomio (286-346) fue el primer maestro conocido de la vida en común caracterizada por la práctica de la castidad, la pobreza y la obediencia a los superiores. Sin embargo, fue San Basilio el padre por excelencia de los monasteriales de Oriente (329-369). Aunque se ha hablado de *Reglas* de San Basilio, el santo no persiguió en su momento tanto la creación de comunidades cenobíticas como una reforma que llevase a la Iglesia de nuevo a la observancia de la vida apostólica. Tal proyecto, por un proceso lógico, propició la vida en común.

En el momento en que el cristianismo triunfó y se oficializó, Oriente contaba con una fuerte base monástica. A la obra de los personajes citados se sumó la de otros: Hilarión de Gaza (291-371), Efrén (306-373) o Simeón el Viejo (389-459), prototipo de los monjes «estacionarios».

Sobre los orígenes del monacato occidental poco sabemos. Se ha especulado con una proyección hacia esta área de influencias de Oriente. Personajes como San Jerónimo o Casiano, significativamente, vivieron a caballo entre estos dos mundos y fueron propagandistas de la *áscesis* monástica. Pero nuestro conocimiento de la vida monástica en Occidente se inicia en el momento en que se encuentra debidamente consolidada.

Una consolidación que coexiste con una enorme dispersión de focos. Cada área geopolítica tuvo sus exaltadores de la vida monástica y sus reguladores. Actuaron, por lo general, descoordinadamente, aunque todos abogasen por un sistema de vida similar: San Martín de Tours y Cesáreo de Arlés en la Galia, San Isidoro en España, Casiodoro en Italia, San Agustín en el norte de África... Con todo, dos corrientes monásticas acabaron por eclipsar a las demás: la céltica y la benedictina.

Irlanda fue el hogar originario de la primera. La isla, no ocupada por Roma, fue tardíamente evangelizada por el bretón Patricio en el siglo V. La difusión de la nueva religión no se hizo, como en el continente, a partir de las ciudades, inexistentes en ese territorio, sino a través de los grandes monasterios surgidos en el seno de los clanes familiares. El abad hace también las veces de obispo de la comunidad. El monasterio es una gran aglomeración de cabañas —casos de Clonard o Clonfert— en la que el trabajo manual y una durísima ascesis ocupan la jornada del monje.

Cristiandad aislada en un principio, la irlandesa desarrolló algunas peculiaridades, como las fórmulas bautismales o la datación de la Pascua, que la distanciaron de Roma. El monacato irlandés no tardó en impulsar una ingente labor evangelizadora —la peregrinatio pro Christo— a través de algunas fundaciones en el medio insular —monasterios de Iona y Lindisfarne, principalmente— y, sobre todo, en el continente. La figura de San Columba no aparece en lugar de honor: hasta el momento de su muerte (615) él y sus colaboradores promovieron la creación de importantes cenobios como los de Luxeuil y Bobbio. Frente a los progresos de la celtización de la Iglesia en el continente, Roma opuso una barrera: la de los monjes benedictinos.

De la vida de San Benito de Nursia (480-549) no conocemos más que un cúmulo de leyendas, muchas de ellas recogidas por Gregorio Magno en sus *Diálogos*. Su sencilla y ordenada Regula monachorum —una de tantas en el panorama monástico de la Italia del momento— supone un canto a las excelencias de la vida en común desarrollada en monasterios que son como grandes familias en las que el padre es el abad.

San Benito no propugnó el rigorismo de orientales o celtas, sino más bien cierta sobriedad y discreción de vida. El enclaustramiento al que el monje se somete tras su profesión (promissio) no es total, aunque las relaciones con el exterior estén restringidas. La jornada queda racionalmente dividida entre el oficio divino (*Opus Dei*), la meditación, la lectura y el trabajo, tanto manual como intelectual. «La ociosidad es enemiga del alma» pasó a ser una de las máximas del benedictismo. Su espiritualidad, según Schmitz, era ante todo «afectiva, práctica y empírica».

Al morir, San Benito legó un puñado de fundaciones en Italia, con Monte Cassino a la cabeza, y, sobre todo, un espíritu: el benedictismo en efecto, habría de convertirse en el más importante punto de referencia de todas las reformas monásticas del Occidente medieval.

4. La intelectualidad del Occidente en los albores del Medievo

San Agustín y su discípulo Paulo Orosio, pese a las dificultades del momento, se sintieron profundamente romanos. Sus grandes visiones de la historia tienen, consiguientemente, un signo eminentemente universalista. Por el contrario, las generaciones que vivieron en el Occidente en los años inmediatos se vieron condicionadas por la disolución polí-

tica del imperio. Poco a poco hubieron de acomodarse a la nueva situación: la de la fragmentación en reinos, algo que contribuyó a la dispersión de los centros culturales y, por ello mismo, a una considerable limitación del horizonte de trabajo. La Iglesia romana, como receptora y transmisora de la cultura antigua, sufrió, así, una limitación añadida a las que ella misma se había impuesto en los años anteriores. La cultura cristiana —la única que en los primeros siglos del Medievo se concibe— rara vez se caracterizó en el Occidente por su capacidad creativa. La labor de recopilación y de síntesis y las preocupaciones pastorales y apologeticas, primaron finalmente. Hablar por tanto —como se ha hecho con frecuencia— de «renacimientos» culturales en los Estados germánicos supone usar una expresión que requiere matizaciones de todo tipo.

a) La agitada Italia de las invasiones y de la frustrada reconquista bizantina expresa bien todo este cúmulo de contradicciones.

Bajo el reinado de Teodorico destacan dos figuras: Severino Boecio y Aurelio Casiodoro. El *De consolatione Philosophiae*, del primero, habría de ser uno de los textos más apreciados a lo largo del Medievo. En él se definen conceptos como los de eternidad, beatitud o persona. «El último romano y el primer escolástico», como ha sido calificado, Boecio pagó las consecuencias del imposible equilibrio con las autoridades germánicas: colaborador y consejero del rey Teodorico, fue condenado a muerte por éste, acusado de conspiración.

La figura de Casiodoro (muerto hacia 570) es menos original que la de Boecio, aunque a su favor quede un aporte: el haber inculcado a los monjes de su monasterio de Vivarium, en Calabria, el gusto por salvar en lo posible el patrimonio de las letras antiguas.

A estas alturas, en la atormentada Italia, era lo más que se podía pedir. Más aún si tenemos en cuenta que la reconquista bizantina, acompañada de la Pragmática de Justiniano de 554, en la que se pretendía devolver la Península a la situación anterior a las invasiones, no logró ni mucho menos la esperada regeneración cultural. La inmediata irrupción lombarda sumió al territorio en la anarquía.

En medio de este poco prometedor panorama, la figura de Gregorio Magno es la más ilustre. Sin embargo, sus preocupaciones eran, como ya hemos visto, mas litúrgicas, pastorales o ascéticas —sus *Comentarios al libro de Job*— que otra cosa. El alejamiento definitivo de una cultura profana autónoma queda simbolizado en la carta que este papa remitió a un obispo de la Galia —Desiderio de Vienne—, reprochándole su excesivo amor por la gramática...

b) El norte de África dio a la cristiandad occidental algunas de sus más ilustres figuras. San Agustín fue su culminación. De esta zona procedía también Marciano Capella, quien, cara al Medievo, popularizó la división de las Artes liberales en *Trivium* (Gramática, Retórica y Dialéctica) y *Quadrivium* (Aritmética, Geometría, Astronomía y Música).

La irrupción vándala constituyó un factor fuertemente desestabilizador para la vida cultural. El historiador eclesiástico Víctor de Vita trazó de esta situación un panorama desolador. La reconquista bizantina, sin embargo, no trajo tampoco la necesaria tranquilidad. La irrupción musulmana sería el golpe de gracia para lo que en otro tiempo había sido una brillante cultura cristiana norteafricana.

c) La Galia franca pasa comúnmente por ser el arquetipo de la decadencia cultural del Occidente en los primeros siglos medievales. En la segunda mitad del siglo V, Sidonio

Apolinar, aristócrata galorromano y obispo de Clermont, se lamentaba de la degradación en la que había caído el latín literario. Un siglo después, otro obispo, Gregorio de Tours, redactó, en un latín bastante deficiente, la obra cumbre de la historiografía del momento: la *Historia francorum*. Partiendo de las bases metodológicas de Eusebio de Cesarea y de Paulo Orosio, y uniéndolo a ello la carga moralizante propia de la homilética del momento, Gregorio de Tours narra la historia de la Galia de comienzos del Medievo. Un mundo dominado por la brutalidad de los monarcas merovingios y la guía moral de sus obispos.

La llamada *Crónica* de Fredegario, que prolonga a lo largo del siglo VII el texto de Gregorio de Tours, no supone, culturalmente hablando, más que una acentuación del proceso de degradación literaria en la Galia.

d) Aunque siempre dentro de las limitaciones propias de la época, la *España visigoda* ofrece un panorama cultural más halagüeño. Algo a lo que —a diferencia de su vecina del norte— contribuyeron también algunos monarcas. Sería, por ejemplo, el caso del culto Sisebuto, de quien Isidoro de Sevilla fue consejero.

En la misma forma que en la vida política, la Península conoce en estos años un desplazamiento hacia el interior de los principales focos culturales. Sevilla —de la que fueron obispos San Leandro y luego su hermano San Isidoro—, Toledo —sede primada que suplanta a la vieja metrópoli, arruinada, de Cartagena— o Zaragoza —con personajes como Braulio o Tajón— se convirtieron, especialmente a lo largo del siglo VII, en centros literarios de cierta enjundia.

La figura de San Isidoro (560-636) es la que mejor resume el espíritu de una época. Representante de una vasta pero no muy profunda erudición, tocó prácticamente todos los géneros. Como historiador, es autor de un *Chronicon* y de una *Historia de regibus gothorum, wandalorum et suevorum* que, en alguna forma, puede ser tomada en sus páginas finales como rudimentaria historia de la España del momento. En su papel de teólogo y moralista, redactó obras como los libros de *Las sentencias* y *Las diferencias*. Como cosmógrafo, dejó un tratado titulado *De natura rerum*. Sin embargo, el gran legado isidoriano para la posteridad son los veinte libros de sus *Etimologías*. Auténtica cantera de definiciones, abarca todos los saberes del momento, desde los enmarcables en el *Trivium* y el *Quadrivium*, a los detalles más triviales de la vida cotidiana. Las argumentaciones resultan muchas veces pueriles y la obra en su conjunto es, según Jolivet, una «cultura en migajas o, si se quiere, en comprimidos, es decir, una negación de la cultura activa». Con todo, las *Etimologías* popularizaron un modelo de cultura enciclopédica que iba a gozar de gran predicamento.

La figura de Julián, primado de Toledo, polemista antijudío y autor de una no despreciable *Historia Galliae in temporibus Wambae*, cierra, en las postrimerías del siglo VII, el ciclo de las grandes figuras de la España visigoda.

e) La cultura del *medio insular* noroccidental fue resultado de la simbiosis de dos corrientes: la monástica céltica y la romana, reimportada con la evangelización que inició San Agustín de Canterbury.

La Inglaterra anglosajona se convertiría a la postre, por la decadencia de la Galia y de Italia, y la pérdida de África y España ante la irrupción islámica, en el gran foco cultural de Occidente. La escuela catedralicia de Canterbury y los importantes centros monásticos celtas o benedictinos (Iona, Lindisfarne, Wearmouth o Jarrow) permiten hablar, en torno al 700, de una clara primacía insular. Figuras como las de Benito Biscop y Adhelmo de Malmesbury se prolongan en la de Beda el Venerable (672-735). Al igual que San Isidoro, tocó los más variados géneros: comentarios sobre el Apocalipsis, vidas de santos, pequeños

tratados sobre la naturaleza y, sobre todo, una obra singular: su *Historia Ecclesiastica Gentis Anglorum*. Como no podía ser de otra manera, Beda trabajó en ella sobre pautas muy similares a las usadas por Gregorio de Tours. Sin embargo, aquí nos encontramos ya —aunque quizá forzada por las circunstancias— ante una historia auténticamente nacional alejada de las cosmovisiones universalistas. Aunque cargada de anécdotas y de episodios legendarios, la obra historiográfica de Beda fue, hasta fecha avanzada, la fuente fundamental para seguir la historia de Inglaterra desde la irrupción romana hasta 731.

De los medios culturales insulares habrían de salir en los años siguientes algunas de las figuras señeras de la vida cultural y religiosa del continente: un evangelizador, San Bonifacio, y un educador, Alcuino de York.

Bibliografía

- Colombas, G. M.: *El monacato primitivo*, 2 vols., BAC. Madrid, 1974.
- Decarreaux, J.: *Les moines et la civilisation*, Arthaud, París, 1962.
- Díaz y Díaz: *De Isidoro al siglo XI*, El Albir Universal, Barcelona, 1976. Recopilación de artículos referidos a la cultura altomedieval hispana.
- Evans, G. R.: *The Thought of Gregory the Great*, Cambridge University Press, 1988.
- Fontaine, J.: *Isidore de Seville et la culture classique dans l'Espagne Wisigothique*, 3 vols., Études Augustiniennes, París, 1959-1984.
- Giordano, O.: *La religiosidad popular en la Alta Edad Media*, Gredos, Madrid, 1983. Útil visión del tema acompañada de una antología.
- Gobry, I.: *Les moines en Occident*, Fayard, París, 1985.
- O'Donnell, J. J.: *Cassiodorus*, University of California Press, Berkeley-Los Ángeles, 1979.
- Orlandis, J.: *La conversión de Europa al Cristianismo*, Rialp, Madrid, 1988.
- Riche, P.: *Éducation et culture dans l'Occident barbare (VI-VIII siècles)*, Éditions du Seuil, París, 1973.
- *Petite vie de saint Gregoire le Grand*, Desclée de Brouwer, París, 1995.

TEMA 6

EL ORIENTE PRÓXIMO DEL SIGLO IV AL VII. EL IMPERIO SASANÍ

por SALVADOR CLARAMUNT

El vacío que dejó la desaparición del Imperio persa aqueménida fue llenado temporalmente por la dominación seléucida, que representó una corta helenización de la zona. Pero la llegada e instalación de nómadas procedentes del norte del Irán, y más concretamente de la región de Partia, rompió la unidad política del área.

Los partos, guiados por Arsacio, crearon un reino que dominó el Irán desde 240 a.J.C. hasta 224 d.J.C., gobernado por los descendientes de Arsacio, los arsácidas. Este reino combatió al Imperio romano y representó durante 400 años el equilibrio tradicional frente al expansionismo romano en Mesopotamia.

Desde 224, la historia del Irán cambió, al implantarse una nueva dinastía a la muerte del último rey parto Artaban V. Su fundador fue Ardashir, nieto de Sasán, un sacerdote del templo de la diosa Anahita en Istajr, en el centro del Irán, que se decía descendiente de los persas aqueménidas. Ardashir se hizo coronar rey en Ctesifonte en 226.

El nacionalismo a ultranza fue la base de la nueva dinastía, que se propuso extirpar toda influencia greco-helenística, a la vez que renovar las tradiciones aqueménidas y consolidarse en el área geográfica existente entre el Imperio romano, el mar Caspio y los pueblos turco-mongoles, que cada vez avanzaban más hacia el oeste.

1. Consolidación y evolución política del Imperio sasani III

Las ideas políticas de Ardashir hallaron magníficos seguidores en sus propios descendientes. Primero, su hijo, Sapor I (241-272), derrotó y tomó prisionero al emperador romano Valeriano; después, Sapor II (310-379) fue vencedor de Juliano el Apóstata. Las continuas guerras con Roma durante los reinados de Ardashir II (379-383), Sapor III (383-388) y Bahram IV (388-399) desembocaron en un tratado de paz cuya cláusula principal fue la partición de Armenia, quedándose Persia los territorios más orientales. Esta paz con el Imperio romano duró prácticamente todo el siglo V, mientras los verdaderos peligros se centraban en las tensiones provocadas por los problemas religiosos internos y en la necesidad de contener por la frontera oriental los numerosos ataques de los kusanas.

Yezdigerdes I (399-420) mantuvo las buenas relaciones con Roma, que ya se había di-

vidido. El emperador de Constantinopla, Arcadio, le encargó el papel de tutor de su hijo, el futuro Teodosio II, que representó con gran fidelidad.

Esta etapa de buenas relaciones entre los bizantinos y los sasaníes favoreció las continuas construcciones de ciudades en Irán y en Mesopotamia, como Firuzabad, Neishabur, Veh-Ardashir, el embellecimiento de la propia capital, Ctesifonte, y la edificación del famoso templo del fuego en *Djirah*, cubierto con una gran cúpula sobre conchas, que seguramente fue el precedente más inmediato de las cúpulas semiesféricas bizantinas.

El sucesor de Yezdigerdes I, Firuz (459-484), hubo de hacer frente a los hunos blancos o heftalitas, que habían desplazado en el frente oriental a los kusanas. Firuz hubo, primero, de rendir vasallaje a los hunos y, después, perecer en combate luchando contra ellos, hecho que sumió al Imperio sasaní en un período de crisis moral y económica que no se superó hasta el reinado de Kavut I (488-531), en que, con desigual fortuna, se emprendió una serie de reformas sociales que favorecieron a los campesinos pobres a la vez que disminuían los privilegios de la nobleza.

Kavut I, atraído por las ideas de Mazdek (fundador de una secta dualista que reformó a finales del siglo V las ideas de Mani por la elaboración de toda una cosmogonía), quiso imponer en Persia la comunidad plena de bienes y mujeres para todos, por lo que tuvo que hacer frente a grandes disturbios, apoyarse en los hunos heftalitas para dominarlos, y firmar una tregua con el emperador de Constantinopla, Anastasio, que se prolongó luego con Justino.

Así, los emperadores persa y bizantino volvieron a ser tutores de sus respectivos herederos, hasta que esta entente se rompió, con Justiniano y Cosroes.

Cosroes I (531-579) inaugura el período más brillante de los sasaníes. Después de restablecer el orden social, reformó y aligeró el sistema de impuestos, a la vez que establecía un cuerpo permanente de caballería en el ejército. Su política exterior fue expansionista frente a los bizantinos, los hunos heftalitas y los árabes. Desde su palacio de Ctesifonte controló a la aristocracia y a una administración que, por medio de oficinas o *divanes*, aseguraba el buen funcionamiento del Estado.

Fue una época de lujo, de desarrollo del arte en general y de la orfebrería en particular. La influencia india se dejó sentir en la literatura con la traducción al pehlvi de las fábulas de *Kalila y Dimna*. Y, a la lengua persa, las obras de Homero, Platón y Aristóteles.

Cosroes I se enfrentó desde el primer momento con Justiniano, derrotando a los bizantinos en Calínico (531), junto al Éufrates, e imponiéndoles una paz humillante. Invadió Siria, se apoderó del Yemen, en el sur de Arabia, tomó Antioquía (540) a los bizantinos, deportando a muchos de sus habitantes, y dominó el Cáucaso central, hasta entonces disputado por Bizancio. Aliado con los turcos occidentales, Cosroes destruyó a los hunos heftalitas en 562. Hormizd IV (579-590), hijo y sucesor de Cosroes, tuvo que enfrentarse a la nobleza y al clero por favorecer a los cristianos, debido a lo cual fue sustituido por su hijo Cosroes II, quien contaba con la ayuda del emperador bizantino Mauricio para hacer frente a las pretensiones reales del general Bahram.

Cosroes II (590-628) es el último gran soberano persa. Inició su reinado con la amistad de los bizantinos, ya que debía el trono al emperador Mauricio. El asesinato de éste en 602 por Focas enfrentó a los dos imperios. Cosroes II, después de detener el peligro turco por el oriente, realizó una campaña contra las provincias bizantinas de Siria y Egipto (611-617), llegando a saquear Jerusalén, donde perecieron 50.000 cristianos, y de donde se llevó la reliquia de la *Vera Cruz*.

El nuevo emperador de Constantinopla, Heraclio, restableció el estado de cosas pre-

cedente al contraatacar por el Cáucaso con la ayuda de los armenios, invadiendo el Azerbaiján (623) y derrotando a los sasaníes ante las ruinas de Nínive. La toma de Ctesifonte y del palacio real de Dastgard en 628 culminó la campaña victoriosa de los bizantinos. En 630, Heraclio entró triunfante en Jerusalén con la reliquia de la *Vera Cruz* en sus manos.

Ante estas gravísimas derrotas, Cosroes II fue destronado por los nobles, que eligieron como soberano a su hijo Kavát II (628). Pero en esta situación, lo único sólido era la administración de los *decanes*, que llevaron a una regionalización del Imperio. Cuando, en 636, los árabes llegaron a Ctesifonte, no existía ninguna autoridad central, ya que el último hijo de Cosroes II, Yezdigerdes III, no era emperador más que nominalmente.

2. La organización del Imperio sasaní

El entendimiento entre las diversas fuerzas actuantes en la sociedad irania y persa fue la base sobre la que se edificó el Imperio sasaní. La religión oficial fue el mazdeísmo o zoroastrismo, surgido de una reforma del antiguo politeísmo indoeuropeo llevada a cabo por Zoroastro (sacerdote de una comunidad rural que vivió hacia 600 a.J.C.). Su doctrina dualista se basaba en una divinidad creadora del espíritu y de la luz, el dios *Ormuz*, en pugna con un principio del mal, llamado *Arimán*.

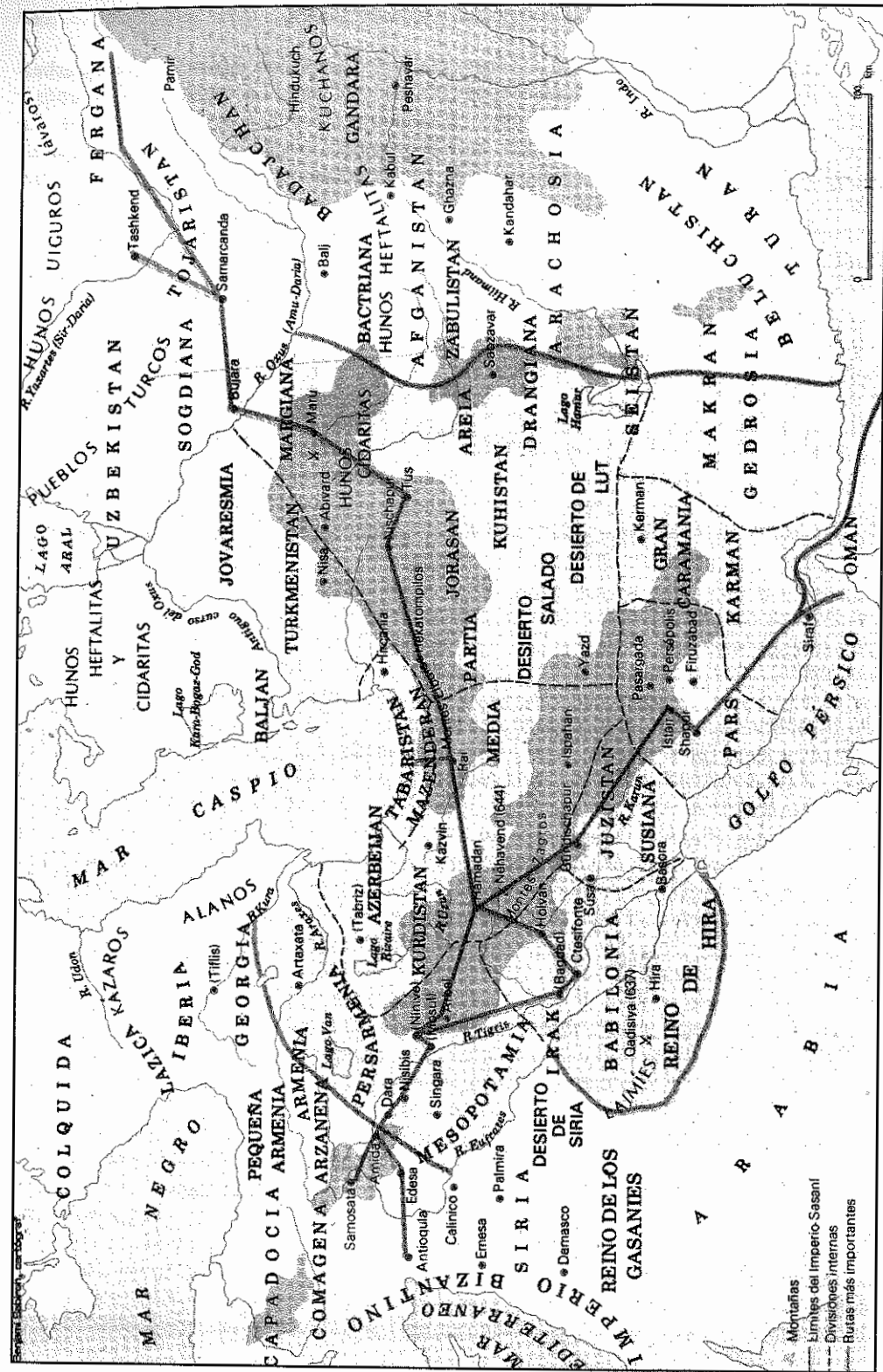
El zoroastrismo veneraba los elementos de la naturaleza como el agua (purificadora), el fuego y la tierra; pero el fuego era esencial en la religión, y se lo adoraba en templos (*pyrés*) en que ardía en una sala cubierta por una cúpula. El culto comportaba la alimentación del fuego con madera purificada ritualmente, la ofrenda de ramas de determinada planta, y ciertas oraciones. El clero, reclutado en un principio en una tribu meda, aseguraba el culto, la dirección moral y la enseñanza del pueblo.

Estrictamente jerarquizado, estaba formado por sacerdotes o magos. Algunos, los *mobedan*, administraban los distritos eclesiásticos. En la cumbre de la jerarquía estaba el *mobedan-mobed* (jefe de los magos), que era consejero del rey y llevaba la dirección suprema de los asuntos religiosos. Hacia el siglo V se fijó en 21 divisiones el canon del libro sagrado o *Avesta*. Se trataba de una gran compilación, que pretendía dar cuenta de todo el saber y toda la tradición irania, escrita en una lengua muerta que únicamente era comprendida por los sacerdotes o magos. Por eso, para que resultase más comprendido, el *Avesta* fue traducido al persa vulgar, resumido y glosado, siendo su parte más conocida el *Denkart* o *Libro de la buena religión*.

El mazdeísmo aspiraba a dominar por entero el Imperio, considerando enemigos a los cristianos, a los maniqueos y a los seguidores de otros credos. Los cristianos fueron los peor tratados, por sus pretendidos vínculos con Constantinopla, hasta que se organizó la Iglesia persa, adoptando el nestorianismo, en 486, desapareciendo así el problema del recelo político, que era el principal.

En tiempos de Ardashir surgió Mani, llamado «el profeta del Dios de la verdad», que predicó una doctrina sincretista, el *maniqueísmo*, mezcla, entre otros, de elementos cristianos, zoroastristas y babilónicos. Mani fue considerado hereje por los sacerdotes mazdeístas, que lo hicieron ajusticiar, y por los cristianos. A pesar de todo, sus ideas se extendieron por Irán e influyeron también en varios sectores del cristianismo oriental.

El sistema de gobierno sasaní se basó en una fuerte centralización, aunque los grandes señores, *vaspuhrs*, no renunciaron a sus prerrogativas; por eso la lucha entre el centralismo y la dispersión de la autoridad fue siempre una constante. De hecho, la debilidad de



El Imperio Persa Sasani (226-651).

los sucesores de Sapor II y la ausencia de una tradición definida en materia sucesoria permitieron a los nobles y al clero controlar el poder real.

El Imperio se convirtió en una especie de monarquía electiva en la familia de los sasaníes. La elección pertenecía a los altos dignatarios del Estado y en última instancia dependía del *mobedan-mobed*.

La estructura social y administrativa se basaba en cuatro clases sociales: 1) sacerdotes o magos; 2) nobles o guerreros; 3) burócratas; 4) el pueblo libre o agricultores y artesanos. Los esclavos no se incluían en la escala social.

Cada clase tenía un jefe con unas funciones precisas. Así, el jefe de los guerreros (*Eran-Spahbadh*) tenía la triple función de ministro de la guerra, general en jefe y negociador de la paz; el jefe de los burócratas (*Eran-Dibherbadh*) controlaba las secretarías de Estado y tenía que ser un gran experto en derecho y en política; el jefe de los agricultores y de los artesanos (*Vastriosh-badh*) controlaba la hacienda del Imperio y era el responsable del cobro del impuesto sobre las propiedades y de la capitación.

El jefe de la administración central (*Vuzurg-framadhar*) era el gran visir, persona de gran confianza del «Rey de Reyes», a quien sustituía en su ausencia. Además existían seis ministerios o secretarías principales: 1) justicia, 2) hacienda, 3) tesoro del rey, 4) cabaillerías reales, 5) rentas de los templos del fuego, 6) obras pías.

Los sasaníes mantuvieron en la administración provincial algunos príncipes vasallos con el título de reyes o *shahs* pero siempre en territorios fronterizos, como los príncipes árabes lakhmidas de Hira o los reyes de Armenia (hasta 430). Por norma general, el Imperio estaba dividido en provincias dirigidas por los *marzbans*, escogidos entre la alta nobleza. A su vez, las provincias se dividían en territorios que tenían como centro una ciudad. Este territorio o cantón era administrado por un funcionario elegido entre los jefes de pueblos o *dekanes*, que constituían la verdadera administración civil.

La capital del Imperio era Ctesifonte, un conjunto de poblaciones a una y otra orilla del Tigris, rodeadas por un único recinto amurallado y unidas por dos puentes sobre el río, con un inmenso palacio real: *Taq-E-Kesra*.

3. Vida económica y social

La base económica del Imperio era la agricultura, sin lugar a dudas de tradición mesopotámica. Los latifundios, en manos de la nobleza y de los grandes templos del fuego, configuraban el modo de explotación más corriente. Los esclavos, según parece, estaban en un proceso de emancipación, si bien los campesinos llamados libres estaban sujetos a la tierra como los siervos de la gleba. Las leyes dictadas por varios soberanos protegieron a los campesinos frente a los nobles, pero ninguna les eximió del pago de los impuestos de capitación y de los que gravaban la tierra. En las llanuras fértiles de Mesopotamia, la irrigación estaba meticulosamente reglamentada y la prosperidad del mundo agrícola fue lo que permitió el desarrollo urbano.

La prosperidad del mundo urbano, íntimamente ligada al comercio, es una de las características principales de la sociedad sasaní. Las nuevas ciudades, ya citadas anteriormente, se poblaron de artesanos, muchos de ellos prisioneros de guerra tomados en el curso de las numerosas campañas militares. Los artesanos no pagaban más que el impuesto personal de la capitación y estaban dispensados del servicio militar, pero debían soportar pesados

impuestos en caso de guerra. La actividad mejor conocida era la elaboración de tejidos de seda, importante en las ciudades mesopotámicas.

Los sasaníes supieron aprovechar su situación geográfica para desarrollar un intenso comercio con el mundo chino, y oriental en general, y con el mundo mediterráneo. Desde Ctesifonte, las rutas hacia el este pasaban por Hamadan, Susa, Persia y bordeaban el Golfo Pérsico; mientras las que iban por el interior, desde Hamadan, llegaban al mar Caspio, continuaban hacia Kabul y llegaban a la lejana China. Por estos itinerarios centroasiáticos se mantenían buenas relaciones comerciales con los kusanas, los hunos heftalitas y los turcos. También desarrollaron una importante marina en el Golfo Pérsico, que, en detrimento del mundo árabe, captó una parte muy importante del comercio del océano Índico. El comercio con el mundo romano, primero, y bizantino, después, se efectuaba a través de la Alta Mesopotamia y de Armenia, complementándose así el comercio y los productos asiáticos.

La moneda sasaní de oro, el *denar*, competía en los mercados internacionales con el *nómisma* bizantino, si bien la moneda más corriente era el *direm* de plata, que, con un peso casi constante entre los 3,65 y los 3,94 gramos, era muy bien aceptada en todos los mercados internacionales. La moneda sasaní llevaba en el anverso el busto del rey, con inscripciones en pelheví, y en el reverso, el templo del fuego.

Los principales beneficiarios del comercio y de la riqueza agrícola fueron los nobles y la clase sacerdotal, mientras el pueblo llano llevaba sobre sus espaldas el peso de la gran mayoría de los impuestos, lo que contribuye a explicar el éxito de las teorías igualitarias predicadas por Mazdek entre las capas más pobres de la sociedad y el hecho de que provocasen, en más de una ocasión, serios peligros para la propia subsistencia del régimen.

4. Los otros pueblos del Oriente Próximo: kusanas, turcos y ávaros. Siglos IV-VI

Las estepas próximas al mar Negro, por sus riquezas en trigo y en productos llegados de las áreas boscosas vecinas, resultaron de gran interés para los mundos mediterráneo y oriental. Eran territorios relativamente autónomos respecto del conjunto estepario euroasiático, pero, por su situación geográfica, sufrieron de rebote todas las transformaciones del Asia Central y centro-oriental.

Una serie de pueblos pasaron por ellas para instalarse en zonas más occidentales, mientras que otros permanecían más o menos estabilizados hasta ser absorbidos por nuevos invasores.

La construcción de un sistema de grandes murallas por parte de las sucesivas dinastías chinas hizo que los pueblos nómadas del centro de Asia acrecentaran su presión sobre las poblaciones más occidentales, a las que obligaron a desplazarse.

Mientras, al sur del mar Caspio, algunas tribus iraníes fundaban el reino parto (como ya hemos visto), y otras el imperio más oriental de los kusanas, limítrofe con la India de los Gupta, en el norte, los sármatas se instalaban en las estepas pónticas. Cerca de ellos se establecieron a finales del siglo II los godos, controlando una amplia y mal definida zona desde la cual mantuvieron buenas relaciones con los alanos. A la vez, en la cuenca superior del Dnieper, se produjo el primer asentamiento conocido, de eslavos, los que, a principios del siglo IV, iniciaron una lenta expansión hacia el este, justo en la misma época en que los pueblos ugrofineses, antepasados de los magiares, emprendían su desplazamiento hacia la taiga también desde el corazón de Asia.

En la parte más occidental del Asia central, los kusanas, vecinos primero de los partos y después de los sasaníes, controlaban las rutas hacia la China desde sus dominios de la Bactriana y la Sogdiana. El mundo kusana, estable y floreciente, favoreció las relaciones comerciales y religiosas a través de sus territorios. Pero esta situación de general equilibrio terminó a fines del siglo IV con las primeras oleadas de pueblos venidos del centro de Asia.

Hacia 374, los hunos atacaron a los godos y avanzaron por el valle del Danubio y Panonia. Atila (434-453) hizo de su confederación un Estado poderoso que amenazó seriamente al Imperio romano. A su muerte, los hunos retrocedieron hacia el norte de Crimea y el sur del río Don; divididos en hordas rivales, dejaron de ser un peligro real para el nuevo Imperio bizantino, al mismo tiempo que los sasaníes se enfrentaban a los hunos heftalitas.

Pero mientras esto sucedía en la parte más occidental de Asia, en China, la desaparición de la dinastía Han, en el siglo III, seguida de un largo período de confusión, permitió que se reorganizase en las estepas de Mongolia una nueva confederación nómada, la de los yuán-yuán, que hizo marchar hacia el oeste a muchas tribus turco-mongolas. Sus hombres sirvieron como mercenarios de los kusanas, hasta lograr, a mediados del siglo V, instalarse en la Bactriana y la Sogdiana, convirtiéndose en un peligro mayor para los persas, a los que derrotaron repetidas veces hacia 484.

A mediados del siglo VI, el pueblo turco de los tou-kiu, que vivía en el Altai, suplantó al de los yuán-yuán, formando en el Asia central un imperio que se dividió en dos Khanatos: el más occidental, aliado con los sasaníes, luchó contra los hunos heftalitas, apoderándose de la Sogdiana, mientras los persas se quedaban con la Bactriana.

La Sogdiana, dividida en pequeños principados, con Samarcanda como ciudad principal, se convirtió en el centro más importante del comercio de la seda. Los turcos controlaban así desde sus nuevos territorios todas las rutas de Asia. A partir de 567, ante la negativa de los persas a conceder libertad de comercio a los mercaderes sogdianos, se produjo una aproximación entre el khan turco y Bizancio, en detrimento de los persas; a partir de entonces, las nuevas rutas comerciales pasaban desde el mar Negro, por el norte del Cáucaso, hasta el territorio turco, sin pisar tierra sasaní.

A mediados del siglo VI aparecieron los ávaros, descendientes de los yuán-yuán o de los heftalitas, replegados ante el avance turco. Utilizados por los bizantinos para aplastar definitivamente a las últimas tribus hunas, los ávaros dominaron desde 560 las estepas entre el Volga y el Danubio, controlando a las diversas tribus eslavas y búlgaras que había en el área.

El asentamiento de los ávaros en la llanura danubiana ocasionó, a finales del siglo VI, largas guerras con Constantinopla, guerras que se hicieron en perfecto acuerdo con los persas. La derrota de los ávaros frente a la capital bizantina en 626 señaló el final de sus tentativas de expansión al sur del Danubio y de control de la estepa. Desde entonces, los búlgaros, emancipados de los ávaros, los sustituyeron como potencia en el área del bajo Danubio.

Por su parte, el khanato de los turcos occidentales conoció su apogeo a finales del siglo VI con la conquista de la Bactriana; pero el nuevo poderío de China, encarnado sucesivamente, a partir de 590, en las dinastías Sui y T'ang, logró dismantelar los khanatos turcos y restablecer poco a poco su hegemonía en la zona.

Bibliografía

- Arberry, A. J.: *El legado de Persia*, Madrid, 1946.
- Christensen, A.: *L'Iran sous les Sassanides*, Copenhague, 1944.
- Huart, C. y Delaporte, L.: *El Irán antiguo (Elam y Persia) y la civilización irania*, México, 1957.
- Gage, J.: *La montée des Sassanides et l'heure de Palmyre*, París, 1964.
- Ghirshman, R.: *L'Iran des origines à l'Islam*, París, 1951.
- Grousset, R.: *L'Empire des steppes*, París, 1969.
- The Cambridge History of Iran*, vol. 3: *The Seleucid, Parthian and Sasanian Periods*, Cambridge, 1975.

TEMA 7

EL ISLAM. DE MAHOMA AL CALIFATO ABBASÍ

VII

por MANUEL GONZÁLEZ

La aparición del Islam a comienzos del siglo VII marca, sin duda, el inicio de una nueva era. Efectivamente, cambió el curso de la historia del pueblo árabe y también el de una amplia franja territorial que se extiende del Mahgreb a la península del Indostán, donde aún hoy el Islam sigue siendo el cemento con que se conforma una especie de *commonwealth* cultural y religiosa. Pero, independientemente de su importancia religiosa, la expansión islámica determinó un segundo «reparto» del Mediterráneo —según dice J. A. G. de Cortázar— y la aparición en el ámbito del mismo del tercer gran protagonista de la Edad Media europea. Todo ello fue, en gran medida, resultado de la predicación de Mahoma, que no sólo unificó a un pueblo hasta entonces dividido y situado casi al margen de la historia, sino que le dio, con una nueva religión, un destino. Porque, en efecto, hasta la predicación de Mahoma, Arabia había sido un mundo fragmentado e inorgánico, donde las luchas tribales interminables entre árabes del sur o *yemeníes* y el norte o *gaisíes* ensangrentaban periódicamente el territorio. Los contrastes sociales, económicos y políticos eran también muy acusados. En la Arabia del Sur —la «Arabia feliz»— predominaban los sedentarios y habían surgido, favorecidos por el comercio, «reinos» como el de Saba. En cambio, el norte y el centro de la Península Arábiga eran el territorio de los beduinos nómadas, organizados de forma tribal y dedicados al pastoreo y al tráfico caravanero. A finales del siglo VI, el proceso de sedentarización estaba muy avanzado, especialmente a lo largo de la ruta que unía Yemen con Palestina y Egipto (La Meca, Yatrib o Medina, Yambo, Tayma...). La importancia de los contactos comerciales con el mundo exterior impide hablar de un asentamiento absoluto de Arabia con respecto a sus vecinos. Algunas tribus del norte, como los *láiidas* y los *qassánidas*, constituyeron reinos vasallos de persas y bizantinos, respectivamente. Desde el punto de vista religioso, en Arabia convivía con el judaísmo y el cristianismo, un politeísmo de tipo naturalista, cuyos fieles adoraban piedras-dioses de ser astral, entre los que destacaba Allah, «el señor del templo», a quien se rendía culto en la Kaaba de La Meca.

1. Mahoma y el Islam

La figura de Mahoma ha sido enturbiada por su propia leyenda. Dentro del mundo islámico conviven dos visiones muy diferentes del Profeta: ajustada una a la realidad: defor-

mada otra por toda una aureola de milagros y prodigios que supuestamente le rodearon desde su mismo nacimiento. El mundo occidental, por su parte, creó también, y desde la propia Edad Media, otra leyenda, aunque de signo contrario, que le presentaba como hereje y apóstata, que determinó que Dante le colocara en uno de los círculos de su Infierno. A partir del siglo XIX, y tras la crítica de Voltaire, se vindicó la figura de Mahoma, tanto en su dimensión humana (Carlyle lo incluiría entre sus «héroes»), como en la religiosa y la política (Tor Andræ y W. M. Watt).

A diferencia de otros fundadores de religiones, la figura de Mahoma está dotada de «una sólida historicidad» (C. Cahen), que hace posible trazar una biografía verosímil del Profeta. Siguen estando en sombras los años iniciales: su nacimiento (h. 570) e infancia en La Meca, sus años de juventud, sus contactos con el mundo exterior a través de su participación en las actividades mercantiles y caravaneras, su matrimonio con la rica viuda Jadiyah. Aunque oscuros, estos años fueron decisivos, ya que marcaron su carácter y su formación religiosa. La estabilidad sentimental y económica que supuso su matrimonio le permitió madurar su pensamiento religioso y desarrollar, a través del mismo, su capacidad de organizador.

En 610 se produjo la revelación que iba a cambiar su vida y la del pueblo árabe. Aquella tuvo lugar en una cueva del monte Hira, donde el ángel Gabriel le anunció su misión profética, de la que inicialmente sólo hizo partícipes a su mujer y a un reducido círculo de parientes y amigos. Cuando, años más tarde, inició la difusión de sus ideas entre los miembros de su propia tribu (los *quraysíes*), aparecieron los primeros problemas. A partir de ese momento, la predicación de Mahoma se endureció, proclamando un monoteísmo radical y criticando las actitudes morales de sus conciudadanos. En 622 se vio obligado a abandonar La Meca —esta «huida» o *hégira* marca el inicio de la era islámica— para buscar refugio en Yatrib, llamada desde entonces Medina (*Madinat al-Nabi* o Ciudad del Profeta).

La necesidad de organizarse y defenderse de los ataques de La Meca revelaron las cualidades de Mahoma como «hombre de Estado». Con gran habilidad y energía acabó por hacerse con el control de la ciudad, con cuyos habitantes firmó, en su nombre y en el de sus seguidores, un pacto que, aplicado a otras ciudades, estableció una comunidad política y, luego, religiosa —la *umma*— de carácter supratribal. Tras varias victorias, Mahoma pudo regresar triunfante a La Meca en 629, donde fallecería pocos años después (632). Para entonces, la mayor parte de las tribus árabes, convertidas a la nueva religión, reconocían a Mahoma como el profeta de Allah y le prestaban fidelidad y obediencia.

La religión predicada por Mahoma se basa en una actitud de sometimiento absoluto o *islam* al poder divino. Pero el Islam, como ha sido destacado en infinidad de ocasiones, es algo más que una religión, ya que «la revelación comporta disposiciones de carácter social y político que permitieron la edificación del Estado musulmán» (R. Mantran). La predicación de Mahoma se contiene en lo fundamental en el *Corán*, que es a la vez el libro sagrado y el código de leyes de la comunidad islámica. (Pero también tiene este carácter el libro de la *Sunna*, donde se contienen los dichos, hechos y tradiciones del Profeta.)

A pesar de su total oposición al politeísmo, que le llevó a rechazar cualquier representación iconográfica de la divinidad, Mahoma no tuvo inconveniente en integrar en la nueva religión algunos elementos de la religión tradicional de La Meca, como es el caso de la «piedra negra» o Kaaba. A pesar de ello, el Islam es radicalmente monoteísta. Allah —el único, el omnipotente, el misericordioso, el eterno y el creador de todo lo que existe— se reveló a los hombres a través de Mahoma, el último y definitivo eslabón de una cadena de profetas. Ésta es en esencia la profesión de fe islámica: «No hay más dios que Allah,

y *Muhammad es el Profeta de Allah*» (Corán, sura VII, 157). A este dogma fundamental se añaden otros, como la inmortalidad del alma, la predestinación, la resurrección, el juicio final, la existencia de un premio y de un castigo...

Como toda religión, el Islam tiene también sus normas morales; como el respeto a la vida, la devoción a los padres, la práctica de la caridad, la prohibición de la usura..., y una serie de obligaciones rituales y piadosas. Estas últimas, consideradas como verdaderos *mandamientos* del Islam, eran las siguientes: la oración ritual, cinco veces al día; el ayuno durante el mes del *ramadán*; la limosna legal o *zakat*, que no exime de la limosna voluntaria; la peregrinación a La Meca una vez en la vida, y la guerra santa o *yihad* contra los *politeístas* que se oponen al Islam. Esta última obligación «era sólo una obligación ocasional» (R. Mantran), de la que hicieron uso político los sucesores de Mahoma.

2. La expansión islámica

La muerte de Mahoma estuvo a punto de dar al traste con su obra política y religiosa. La energía y habilidad de su inmediato sucesor, Abu Bakr (632-634), conjuró el peligro combinando la energía contra los intentos de disolver la *umma* con el diseño de una política expansionista que uniese en una empresa común a todos los árabes. Es así como se inicia la primera expansión islámica, continuada por los siguientes *califas* —Umar (634-644), Utman (644-656) y Alí (656-661)—, sucesores de Mahoma en su papel de dirigentes de la *umma*.

En cuestión de pocos años, los árabes, dirigidos por dos míticos generales, Jalid, «la espada del Islam» y Amr ibn al-As, obtuvieron espectaculares éxitos militares —batallas de Yarmuk, Heliópolis, Qadisiyya y Nihavend—, que les permitieron arrebatar al Imperio bizantino las provincias de Palestina, Siria y Egipto, y conquistar el Imperio persa.

Esta vertiginosa expansión, realizada en tan corto tiempo y a expensas de Estados en apariencia tan poderosos, sorprendió a los propios protagonistas de las conquistas, y todavía nos sigue pareciendo algo extraordinario y casi «milagroso». Se ha discutido hasta la saciedad sobre si fue un producto de la casualidad o de la premeditación, y se han manejado infinidad de explicaciones, que van desde las religiosas —difusión del Islam a «punta de espada»— y económicas —la conquista como resultado de un proceso migratorio provocado por la aridificación de Arabia—, hasta las de índole política— la guerra hacia el exterior como forma de impedir la disolución de la unidad de los árabes conseguida por Mahoma; la situación de agotamiento y de crisis en que se encontraban tanto bizantinos como persas sasánidas, que acababan de salir de una larga y cruenta guerra...—. Todo esto puede ser cierto. Pero aun así, la conquista sigue pareciéndonos sorprendente desde el punto de vista militar. Porque, a pesar de los problemas de persas y bizantinos, los árabes estaban en clara inferioridad numérica y táctica. A la postre, tal vez tenga razón M. Canard cuando propone la tesis de que las causas que explican la expansión árabe fueron «el incontenible entusiasmo religioso» y «el incontenible estímulo del hambre» (F. Gabrieli).

3. El Imperio árabe

Con el asesinato de Alí en 661 se extingue la serie de los califas «ortodoxos». Concluía violentamente una época heroica, vivida también intensamente por los protagonistas

de la primera expansión, y tomaba el relevo una generación nueva, desvinculada familiarmente del Profeta. El Estado islámico, ampliado por las conquistas, necesitaba nuevas estructuras y transformaciones profundas para subsistir. Había que pasar de una fase «teocrática» a otra más «secular» y política. Ésta fue la tarea desarrollada por Moavia y por los califas de la dinastía omeya.

El nuevo califa, apoyado por el elemento árabe, se propuso como primer objetivo restaurar la autoridad califal, muy debilitada tras el desastroso gobierno de Alí. Para ello se puso en marcha una serie de reformas políticas y administrativas, claramente centralizadoras, acentuándose el carácter político del califa. Las viejas capitales religiosas de La Meca y Medina fueron definitivamente abandonadas, pasando Damasco a ser la capital del nuevo Estado. Se reguló la sucesión califal, contando con la anuencia de las tribus árabes, convertidas en sostenedoras y casi exclusivas beneficiarias del nuevo orden.

El califato omeya conoció múltiples conflictos internos. A los problemas arrastrados de la época anterior con los seguidores de la familia de Alí, especialmente numerosos en Iraq y Persia, y muy pronto organizados como tendencia disidente, tanto desde el punto de vista político como desde el religioso (*shi'ites* o *shi'itas*), se añadieron otros, que hicieron de la época omeya una etapa histórica especialmente conflictiva. Ciertas dificultades se derivaron de la incapacidad de algunos califas para introducir las oportunas reformas administrativas. Pero la principal fuente de conflictos fue el cerrado carácter árabe que los omeyas imprimieron a la administración del Estado, dejando fuera, como ciudadanos de segundo orden, a los nuevos musulmanes. La manifestación más radical de este sentimiento antiárabe fue el *jarichismo*, que propugnaba «el principio de igualdad absoluta entre todos los musulmanes» (D. Sourdel). En este ambiente de frustración y descontento se gestó el sangriento golpe de Estado de 750, dirigido por Abu-l-Abbas, que acabó con la dinastía y el Estado omeyas.

A pesar de ello, durante la época omeya, la expansión continuó, tanto por Oriente (ocupación de la Transoxiana y de la cuenca del Indo) como por Occidente (norte de África —Ifriqiya— y España). Esta segunda expansión islámica fue igualmente espectacular: fundación de Qairuan y conquista de Cartago (695) y de la España visigoda (711). Al mismo tiempo, se inició el acoso al Imperio bizantino, cuya capital, Constantinopla, fue asediada, sin éxito, en varias ocasiones entre 674 y 718.

4. La organización política y social

Mahoma no había dejado nada dicho sobre la organización del Estado islámico. En realidad, éste era un problema que no había tenido tiempo de plantearse, dada la rapidez con que alcanzó su éxito político. Los pactos de integración en la *umma* por parte de las tribus que aceptaron la revelación y la jefatura política del Profeta, y los acuerdos con los grupos judíos y cristianos que se le sometieron, podían marcar una línea de actuación a los primeros califas. Y de hecho así fue, como se advierte en el trato de tolerancia dado por los conquistadores a cristianos, judíos y zoroastrianos persas, considerados como «gentes del Libro», y por tanto protegidos o *dhimmies* del Islam. Igualmente, al ritmo de la propia conquista, fue surgiendo una embrionaria organización, tanto administrativa como fiscal, sustentada en gran medida en los cuadros de funcionarios preexistentes. Fueron, de todas formas, los omeyas quienes organizaron, tras la primera época de conquistas, el Estado.

Moavia, aun reservando los principales cargos políticos para la aristocracia árabe, siguió contando con funcionarios bizantinos o persas para determinados cargos de la administración. Es muy relevante el caso de Sergio —Ibn Saryun—, antiguo funcionario de Heraclio en Damasco, quien llegó a desempeñar la jefatura de las finanzas califales. Esta dependencia se mantendría hasta el califato de Abd al-Malik (685-705), en cuyo tiempo, y como consecuencia del incremento de las conversiones al Islam, la administración quedó en manos de musulmanes.

La figura del califa (*halifat Allah*, o «representante de Allah»), en quien se concentra todo el poder y la autoridad procedente de su condición de heredero del Profeta, preside tanto el conjunto de los musulmanes, como el aparato del Estado. De él dimana el poder y de él dependen directamente los gobernadores de la provincia o *emires* y los altos funcionarios de las oficinas o departamentos de la administración central (*diwan*). A efectos administrativos, el Imperio islámico se dividía en una serie de provincias, gobernadas por *emires* dotados de amplísimas competencias que llegaban hasta la capacidad de designar a los funcionarios locales, jueces (*qadis*) y jefes de los ejércitos provinciales.

También en el ejército, que hasta entonces había sido el gran protagonista de la expansión, se dejaron sentir las novedades. En un primer momento, las tropas árabes de ocupación se mantuvieron aparte de la población indígena, instaladas en campamentos situados en puntos estratégicos, algunos de los cuales terminaron por dar origen a importantes ciudades (El Cairo, Basora, Kufa y Qairuan). Para estar más libres, los guerreros árabes no poseían tierras. Sin embargo, a partir de Utman y, sobre todo, desde los omeyas, se les otorgaron tierras (*qatia* o *iqta*) que, en teoría al menos, seguían siendo propiedad del Estado y de las que sus detentadores eran simples arrendatarios o enfiteutas. Todo este proceso, que permitió la creación de grandes patrimonios territoriales, fue resultado inevitable del final de la expansión y de la sedentarización de los árabes.

La hacienda califal se nutría, fundamentalmente, de impuestos que gravaban a las personas, a la producción y a la propiedad de la tierra. Las situaciones variaban según la condición de las personas. En el caso de los no musulmanes o *dhimmies*, éstos debían satisfacer un impuesto personal denominado *yizya*, además de otro por las propiedades territoriales (*jaray*). Por su parte, los musulmanes satisfacían, además de la limosna legal y en el caso de haber recibido tierras fiscales o haberlas adquirido a sus antiguos propietarios no musulmanes, el diezmo de lo recolectado. Con el tiempo, la limosna legal se convirtió en otro diezmo sobre el producto de la tierra, el ganado y las mercancías objeto de transacciones comerciales. Tras una serie de reformas y tanteos, hacia 740, el impuesto territorial o *jaray* se ligó definitivamente a la tierra, independientemente de quién fuese su propietario, al tiempo que se establecía la obligatoriedad del pago del *diezmo* para las tierras adquiridas a los no musulmanes. Con ello se pretendía poner fin a la reducción progresiva de los ingresos del Estado.

Hasta el triunfo de la revolución abbasí, en 750, la vida social del Imperio islámico estuvo dominada por el elemento árabe. Esta realidad, que pudo parecer justa en los momentos iniciales de la expansión, dejó de serlo cuando los pueblos conquistados fueron incorporándose, a través de las conversiones, a la *umma* islámica. Los nuevos musulmanes o *mawali* («clientes») chocaron desde el principio con la barrera étnica que les impedía integrarse socialmente en el seno de la minoría dirigente, y con el rechazo de los árabes, que siempre les consideraron como musulmanes de segunda categoría. Más aún: en ocasiones, la conversión no suponía necesariamente acceder a la misma condición fiscal de los musulmanes. A pesar de los intentos de Umar II (717-720) de remediar su situación, entre ellos

se desarrollaron con fuerza los movimientos a través de los cuales se canalizó la protesta social y la disidencia religiosa. El triunfo de los abbasíes acabaría con la distinción entre árabes y *mawali*.

La comunidad islámica o *umma* se caracterizó siempre por un fuerte sentido de la solidaridad religiosa. Ello era producto de la fuerza del nexo religioso, que aglutinaba e igualaba, al menos en teoría, a tribus, pueblos y razas diferentes. Ni siquiera la disidencia religiosa o política fue nunca óbice para la desaparición de este vínculo sobre el cual se cimentaba. Y es que, a pesar de las diferencias, la fe, las prácticas rituales, la organización de la vida familiar, los procedimientos jurídicos y el estilo de vida eran comunes a todos los creyentes.

Fuera de la comunidad islámica, aunque en estrecho contacto y dependencia con respecto a ella, estaban los no musulmanes acogidos al estatuto de los *dimmies*, y los esclavos. Los primeros, a pesar de las libertades y derechos que les garantizaban los pactos, estaban en una situación de clara inferioridad con respecto a los musulmanes, tanto fiscal como socialmente. Ello no les impedía, como hemos visto, acceder a cargos importantes en la administración. Los segundos constituían una parte importante de la sociedad islámica, hasta el punto de poder afirmarse que el Islam, al menos en su época clásica, fue «una civilización esclavista por excelencia» (M. A. Ladero). En efecto, la esclavitud, conocida y practicada por todas las civilizaciones antiguas, también por la árabe preislámica, experimentó con las conquistas un incremento espectacular y duradero. En todo caso, el Islam, como antes el Cristianismo, suavizó la condición del esclavo, sin plantearse en ningún momento la abolición de la esclavitud. El Corán aconseja la liberación de los esclavos como señal de piedad y misericordia, y en la práctica diaria —aunque conviene no generalizar— el esclavo doméstico era objeto de un trato humanitario. Muchas esclavas eran concubinas de sus dueños, y el hecho de la manumisión era muy frecuente en la sociedad islámica. El libertado o *mawla* seguía vinculado a su antiguo señor y a la tribu que le había prohiado.

5. La vida económica

Uno de los resultados más evidentes de la expansión árabe fue la revitalización económica de los países conquistados. Se conocen todavía mal las causas que la provocaron. No así sus efectos.

La economía musulmana en su época clásica era, en numerosos aspectos, heredera de la tradición romano-bizantina. Esto se observa con claridad en el mantenimiento —y revitalización mediante nuevas acuñaciones— del antiguo sistema monetario. Efectivamente, durante varios decenios se utilizaron monedas bizantinas o persas, y cuando, a finales del siglo VII, se efectuaron las primeras acuñaciones propias, se mantuvieron los tipos y valores monetarios bizantinos: *dinars* o «denarios», de oro, y *dirhams* o «dracmas», de plata. Lo mismo puede decirse de las ciudades y de la vida urbana, que alcanzaron entonces un nuevo momento de esplendor y desarrollo.

Porque, en efecto, el Islam es una civilización de ciudades, a pesar de que generalmente se asocie su origen a un medio geográfico tópicamente considerado como territorio de civilizaciones nómadas. Esto no era del todo así antes de la expansión, como ya indicamos anteriormente. Por el contrario, Mahoma procedía de un medio urbano, y, como ha escrito L. Massignon, «el Islam se implantó para los ciudadanos, comerciantes y pequeños

artesanos». Por ello, no sólo se revitalizaron las ciudades antiguas, sino que por todas partes surgieron ciudades nuevas.

La ciudad islámica desempeñó, al menos inicialmente, una función religiosa en cuanto centro de culto organizado en torno a la mezquita, y fue, como ha señalado Planhol, un ámbito necesario para la plasmación del ideal social y religioso del Islam. Pero su papel principal fue, sin duda, de signo económico: lugar de intercambios, mercado permanente, centro de consumo, punto de arribada de rutas comerciales, centro de redistribución de productos, motor impulsor de la economía rural del campo circundante... Es, por tanto, sintomática la preocupación general por la regulación tanto del mercado como de la organización del trabajo artesanal. El primero —tanto el mercado semanal como permanente— estuvo sometido a normas y fiscalización muy estrictas, y fue objeto de permanente vigilancia por parte de las autoridades. Lo mismo podría decirse de los oficios, agrupados generalmente en calles y barrios propios. No llegaron a constituirse en «gremios» o corporaciones profesionales semejantes a las europeas de fechas posteriores.

Pero la ciudad es también centro del gran comercio. Esto es especialmente cierto en el caso de determinados núcleos urbanos, como Damasco, Bagdad, El Cairo y otros muchos. El Islam, al unir en una nueva «koiné» los extremos meridionales del mundo conocido por las civilizaciones mediterráneas y del Creciente Fértil, sentó las bases de un fructífero e intenso comercio a larga distancia, practicado por caravanas o embarcaciones. Se trataba de una tupida red comercial que enlazaba el Mediterráneo con el Índico, y Occidente con Oriente, a través de una serie de rutas marítimas o terrestres, entre las que destacaban el «camino de la seda» a través del Asia Central, y al que unía por mar Basora, en el Golfo Pérsico, con la India y China. Otra ruta importante, aunque desarrollada en fechas más avanzadas, era la que comunicaba las ciudades del norte de África con el Sudán y el mundo transahariano, zonas de aprovisionamiento de oro.

Los productos de importación preferentes eran, además de la seda china y las especias, los perfumes, las maderas preciosas, el marfil, el ámbar y otros muchos: esclavos, cueros, hierro y otros productos metalúrgicos... La exportación lo era casi exclusivamente de objetos manufacturados —metales y tejidos (los famosos *tiraz*, por ej.)—, aunque también se comerciaba con otros productos, como algodón, cereales o frutos secos.

Pero a pesar de la importancia del comercio y de las actividades urbanas, la economía del Islam se basaba en la agricultura. En este campo, como en muchos otros, se mantuvieron las tradiciones anteriores y hubo pocos cambios. Ello quiere decir que tanto los sistemas de cultivo, especialmente las técnicas de irrigación, como de tenencia de la tierra siguieron siendo fundamentalmente las mismas que en época bizantina o sasánida. En la mayoría de los territorios conquistados, la vieja aristocracia latifundista se integró pronto en el Islam, al tiempo que la aristocracia árabe se beneficiaba de los repartos de tierras fiscales auspiciados por los omeyas. Ello quiere decir que la condición tradicional del campesinado siguió siendo la misma después de la conquista. Ésta, como ha escrito R. Mantran, «no representó para el campesinado no propietario mejora alguna de su condición». Y por lo que hace a los pequeños propietarios libres, fueron víctimas del proceso irreversible de formación de grandes propiedades por parte de los ricos comerciantes de las ciudades.

Bibliografía

- Gabrieli, Francesco: *Mahoma y las conquistas del Islam*, Madrid, 1967.
- Lombard, Maurice: *L'Islam dans sa première grandeur (VIII-XI siècle)*, París, 1971.
- Mantran, Robert: *La expansión musulmana (siglos VII al XI)*, Barcelona, 1973.
- Planhol, X. de: *Les fondements géographiques de l'histoire de l'Islam*, París, 1968.
- Sourdel, Dominique: *El Islam*, Barcelona, 1973.
- Watt, W. M.: *Mahoma, profeta y hombre de Estado*, Barcelona, 1967.

TEMA 8

BIZANCIO: ISAURIOS Y MACEDONIOS (717-1082). EL CISMA. EL ISLAM: LOS ABBASÍES. LOS FATIMÍES

por SALVADOR CLARAMUNT

1. El Imperio bizantino bajo la dinastía isáurica (717-820)

Durante el período de inestabilidad interna de Bizancio que se inicia en 685, al ser destronado Justiniano II, destacó por su habilidad diplomática y sus cualidades militares un joven campesino originario del norte de Siria (Isauria), llamado León, que había luchado con el emperador para que recuperase el trono, hecho que le había valido el ser nombrado *protospathario*. Durante el breve reinado de Anastasio II (713-715) fue estratega del *thema* de los anatólicos, una de las circunscripciones más grandes e importantes del Imperio. León el Isáurico se sublevó, a la caída de Anastasio II, contra el nuevo emperador Teodosio II (715-717), instalado en el trono por las presiones del *thema* de Opsikion. León, apoyado en las fuerzas de su *thema*, venció a las tropas del emperador, entrando en Constantinopla el 25 de marzo de 717, y siendo coronado en Santa Sofía. Acababan así veinte años de inestabilidad política y se iniciaba un período estable con una dinastía, no exenta de peligros exteriores y de graves enfrentamientos religiosos: la iconoclastia.

El primer acto de gobierno de León III (717-740) fue preparar la capital para el inminente sitio a que iba a ser sometida por los árabes, que desde hacía seis meses tenían su flota y su ejército frente a Constantinopla. La utilización del *fuego griego*, la crudeza inusitada de aquel invierno de 717-718, la aparición de una peste entre las filas islámicas y los ataques a los árabes llevados a cabo por los búlgaros, que acudieron por primera vez a la llamada de León III, quien había solicitado la ayuda de su *khan*, determinaron que el 15 de agosto de 718 el asedio fuera levantado y fracasara el segundo asalto islámico contra la capital. A pesar de ello, la lucha continuó en Anatolia, y siguieron estando sitiada Nicea y ocupada Cesarea de Capadocia. León III consiguió en 740 la gran victoria sobre los árabes en Akroinon, cerca de Amorium, contando con la colaboración de los kházaros, aliados de los bizantinos, que atacaron por el Cáucaso y Armenia al califato omeya. Esta alianza entre los bizantinos y los kházaros fue cultivada por los primeros mediante una política de matrimonios; el hijo y heredero de León III se casó con la hija del *khan* de los kházaros.

León III reforzó y puso al día el régimen heracliano de *themata*, creando en la parte occidental de Anatolia el *thema* de los tracios —por los regimientos de dicha región europea instalados en él—, a la vez que dividía el *thema* marítimo en dos jurisdicciones: la de

los *cibyrrotes*, que ocupaba la costa meridional de Asia Menor e islas próximas, y la del mar Egeo.

Este fraccionamiento de los *themas* se debió a una positiva reforma administrativa y a un ansia de perfeccionar el sistema que hasta entonces se había mostrado eficaz.

En política interior, la dinastía isáurica supuso cierta helenización y orientalización del Imperio y de sus instituciones. El latín, que seguía siendo en teoría lengua oficial, no era comprendido por la inmensa mayoría de la población de las provincias asiáticas y de los Balcanes; ello llevó a León III a publicar en griego un compendio de las leyes justinianas que reflejase todos los cambios jurídicos que se hubiesen producido desde el siglo VI: así surgió la *Ekloga*, que se definía como una «selección abreviada de las leyes ordenadas por León III y Constantino V según las Institutas, el Digesto, el Código y las Novelas del gran Justiniano, y corregida con intenciones de más amplia humanidad». En efecto, la *Ekloga* representa una divulgación del derecho de Justiniano, modificado por la influencia del derecho canónico, de una parte, y por las costumbres orientales, que afectaron sobre todo al derecho criminal, de otra.

Pero el hecho que identificó de manera casi exclusiva a la dinastía isáurica fue la lucha contra las imágenes o iconoclastia, iniciada con León III, que alcanzó su apogeo bajo Constantino V y duró más de un siglo, abriendo una serie de luchas intestinas en el Imperio. De hecho, el enfrentamiento entre los partidarios del culto a las imágenes y sus oponentes estaba en el aire, sobre todo en las regiones más orientales del Imperio, en donde las influencias judías e islámicas eran notables. León III tomó partido por los enemigos del culto a las imágenes en 726, seguramente influido por obispos del Asia Menor, en especial el de Nacolea, Constantino, verdadero instigador de la guerra de las imágenes. Las medidas tomadas por León III fueron muy impopulares en las provincias europeas del Imperio, a pesar de que se intentó llegar a un acuerdo con el papa Gregorio II, el patriarca de Constantinopla Germán, y sobre todo con San Juan Damasceno, monje en el convento de San Sabbas de Jerusalén, que desarrolló la doctrina iconófila.

La disputa de las imágenes separó aún más a Roma de Constantinopla, sobre todo cuando León III colocó al frente de dicho patriarcado a Anastasio, adicto a sus ideas. El patriarcado de Constantinopla creció en jurisdicción por oriente y occidente, incorporando Sicilia, Calabria e Iliria. De hecho, León III sentó con su actitud las bases de una incondicional subordinación de la Iglesia al Estado, pero sus excesos en este sentido mermaron la popularidad que había conseguido luchando contra los árabes.

Constantino V (741-775) sucedió a su padre a la muerte de éste tras haber sido asociado al trono imperial a los dos años. Tuvo que hacer frente, en el primer año de reinado, a las pretensiones de su cuñado Artavasdos, aspirante al trono y estratega del *thema* de los armenios, que llegó a dominar importantes territorios apoyado por los partidarios del culto de las imágenes.

Artavasdos fue vencido ante los muros de Sardes en 743.

Constantino V fue un gran general y también un perseguidor de las imágenes más duro que su propio padre. Hombre nervioso, cruel, de pasiones malsanas y gran coraje personal, fue querido por sus soldados y odiado por sus enemigos políticos y religiosos.

Durante el reinado de Constantino V, la situación internacional mejoró, debido al cambio de dinastía en el califato. La subida de los abbasíes en 750 supuso un desplazamiento del centro vital del islam de Damasco a Bagdad, lo que permitió a los bizantinos emprender una contraofensiva en la frontera de Siria, tras haber recuperado, en 746, territorios perdidos, aprovechando la guerra civil previa a la entronización de los abbasíes. La contra-

ofensiva culminó en 752 con la toma de Teodosiópolis y Melitene, importantes plazas fuertes. El enfrentamiento armado entre Bizancio y los musulmanes adquirió un carácter de guerra de fronteras, en la que Constantino V tuvo la iniciativa y consolidó sus posiciones en el área oriental.

En el frente balcánico, el peligro eran los búlgaros, con los cuales se inició una época de grandes enfrentamientos. Contra ellos lanzó Constantino V las más grandes campañas de su reinado; éstas culminaron en 762, cuando Teletz se hizo con el poder entre los búlgaros, poniendo fin a sus luchas internas. En 763, los búlgaros fueron derrotados a orillas del mar Negro, pero no por ello se interrumpieron las campañas periódicas de los bizantinos, en una de las cuales, en 775, falleció el propio emperador. La hegemonía del Imperio en los Balcanes quedó de momento asegurada por obra de la política de Constantino V.

Si la política exterior fue un éxito, el gran problema interior de este reinado continuó siendo la crisis iconoclasta. En 754 un concilio reunido en Hieria, en las afueras de la capital, dio al emperador la justificación para una destrucción sistemática y efectiva de las imágenes. La iconoclastia de Constantino V constituyó, sobre todo a partir de 760, una lucha contra el poder de los monjes, encubriendo de hecho una verdadera desamortización, que hizo que muchos monasterios se destinaran a usos seculares.

La política del emperador llevó al papa Esteban II a firmar en Quierzy (756) un acuerdo con Pipino, rey de los francos. Ello supuso un nuevo distanciamiento entre Papado e Imperio, que culminó cuarenta y cuatro años después con la coronación de Carlomagno como emperador de Occidente.

Por otro lado, la represión despiadada de los partidarios de las imágenes tuvo repercusiones culturales notables en Italia y en Roma, ya que gran número de monjes griegos se trasladaron a dichos territorios.

La gran época iconoclasta acabó con la muerte de Constantino V en 775, ya que en el corto reinado de su hijo León IV el kházaro (775-780) su política se fue debilitando hasta el punto de buscar en muchos casos la adhesión de ciertos monjes a cambio de su promoción al episcopado. Al morir León IV, su viuda, Irene, madre de Constantino VI, gobernó como regente e hizo restaurar el culto de las imágenes, venciendo la férrea oposición de los iconoclastas. De acuerdo con el patriarca Tarasio se propuso acabar con el cisma mediante el concilio general que se celebró en 787 en Nicea. Los monjes saludaron a Irene como portadora de Cristo (*Christóphoros*). El débil e inexperto Constantino VI intentó gobernar personalmente, pero su madre intrigó para enemistarlo con la Iglesia, el ejército y el pueblo, mandándole cegar y proclamándose ella único emperador o emperador fiel.

Este triunfo cortesano de Irene fue pronto oscurecido por la derrota de Bizancio frente al califa Harum-al-Rashid, los búlgaros y los eslovacos, en Iliria y Eslovenia. Pero lo que desprestigió definitivamente a la emperatriz y fue considerado humillante para el Imperio fue, en la Navidad de 800, la coronación de Carlomagno por el papa como Emperador de los Romanos. Todo ello impulsó el golpe de Estado del *logotheta* Nicéforo, que destronó y desterró a Irene.

Nicéforo (802-811) tuvo que realizar una gran labor en el ámbito económico para que el Imperio se recuperara de los cuantiosos gastos realizados por Irene. Para ello, restableció antiguos impuestos y, en 810, reorganizó la hacienda, obligando a pagar tributo por las propiedades eclesiásticas, lo que le granjeó la enemistad de los monjes y le hizo impopular. Nicéforo, tras una campaña victoriosa contra los búlgaros, en el curso de la cual tomó Plisca, cayó muerto en combate contra el *khan* de Krum, quien se hizo una copa con su

cráneo. El trono pasó entonces a su yerno Miguel I Rangabé, de familia notable, que reinó únicamente dos años (811-813) y fue partidario de las imágenes.

La derrota de Miguel I ante el *khan* de Krum en Versinicia reavivó el descontento del ejército, que, en una revuelta, envió a un monasterio al emperador con su esposa e hijos y colocó en el trono a León V el armenio (813-820), general del *thema* de Anatolia, quien tuvo como primer objetivo la victoria sobre los búlgaros de Krum. Una vez obtenida, reanudó una política iconoclasta, destituyendo al propio patriarca de Constantinopla, partidario de las imágenes, a la vez que se abría una espinosa polémica sobre la hegemonía del emperador en la Iglesia bizantina, a la que se oponían violentamente los monjes de Studion, llamados vulgarmente *studitas*, que fueron desterrados con su jefe, Teodoro el *studita*.

León V fue asesinado mientras se celebraban los oficios de Navidad, subiendo al trono el comandante de la guardia Miguel II el Tartamudo (820-829), oriundo de Amorium, en Frigia, iniciándose una breve dinastía de únicamente tres emperadores, que gobernó hasta 867, en que accedió al trono Basilio I el Macedónico.

2. La dinastía frigia o amórica (820-867). Focio

Miguel II, fundador de la dinastía frigia, era un hombre de armas, sin cultura, pero enérgico y juicioso. Durante su reinado, los conflictos religiosos se calmaron hasta el punto de que el patriarca Nicéforo y Teodoro el *studita* fueron invitados a regresar a la capital.

Miguel II se casó con Eufrosina, hija de Constantino VI, vinculándose con la dinastía isáurica. A pesar de ello, tuvo que hacer frente a la sublevación de Tomás el Esclavo (821), un antiguo compañero de armas que, haciéndose pasar por el hijo de Irene, el cegado Constantino VI, inició un levantamiento, apoyado por los partidarios de las imágenes y los campesinos de Asia Menor, que culminó en guerra civil.

Tomás el Esclavo, apoyado por el califa de Bagdad, al-Mamún, llegó a poner sitio a Constantinopla, pero finalmente fue derrotado por el emperador.

En la época de Miguel II, marcada por esa guerra civil de tres años, la influencia bizantina en el área del Adriático y en las regiones eslavizadas del oeste de la Península balcánica, se redujo enormemente. Su hijo y sucesor Teófilo (829-842) fue un hombre culto, protector de las artes y de las ciencias, y admirador de la cultura islámica, que intentó rivalizar en este aspecto con el califa Harun-al-Rashid. Su reinado representó el último período de apogeo de la doctrina iconoclasta. Teófilo llevó a cabo una nueva reestructuración de los *themata*, creando nuevas divisiones administrativas de ese tipo. Se enfrentó con el califa en la frontera oriental con fortuna desigual, pero sin que se desequilibrara el área; en Sicilia, en cambio, Palermo cayó en poder de los musulmanes en 831.

Sucesor de Teófilo fue su hijo Miguel II (842-867), quien tenía seis años al morir su padre. Su madre, la emperatriz viuda Teodora, se hizo cargo de la regencia y confió los asuntos de Estado a su hermano Bardas. Ambos restauraron definitivamente el culto a las imágenes en un solemne concilio celebrado en 843, cerrando así un conflictivo y peligroso capítulo de la historia interna del Imperio. Teodora saneó la hacienda y dominó un levantamiento de esclavos en el Peloponeso, pero fue apartada del poder por su hijo Miguel III, entregado a la bebida y a diversiones propias del bajo pueblo. Ello permitió a su tío, el César Bardas, hombre ambicioso, inteligente y de grandes cualidades, gobernar en su nombre, amparando un renacimiento intelectual que atrajo a la corte a los mejores maestros de la época, a los que instaló en la escuela de la Magistratura, bajo la dirección del erudito

León de Tesalónica. Destacaron en este mundo el monje Constantino —evangelizador de los eslavos, conocido más tarde como san Cirilo— y Focio, a quien Bardas nombró patriarca de Constantinopla en 858, después de haber depuesto de dicho cargo al austero y rígido Ignacio.

Durante el gobierno de Bardas se creó el alfabeto cirílico, que sirvió como instrumento para la evangelización y la integración cultural de diversos príncipes eslavos en las misiones encabezadas primero por Cirilo (Constantino) y Metodio, y después de los búlgaros, cuyo *khan* Boris fue bautizado en 864.

Pero el asunto más trascendental por sus repercusiones posteriores fue el Cisma entre las Iglesias oriental y occidental, originado en la ambición de Focio y su irregular encumbramiento por Bardas. El papa Nicolás I, apoyado por los monjes *studitas*, defendió al depuesto patriarca Ignacio frente a Focio; éste, con su acostumbrada habilidad, para evitar que le depusieran, apeló a los agravios acumulados por los griegos contra los latinos. Con esta táctica, logró que un sínodo reunido por Miguel III en 867 le diera la razón. Pero su gran protector, Bardas, sufrió derrotas frente a los musulmanes, que ocuparon Creta y Sicilia, al tiempo que se producía el primer ataque de los varegos rusos contra Constantinopla. Bardas fue asesinado, con el beneplácito de Miguel III, por la amante de éste, Eudoxia Ingerina, y un nuevo personaje que gozaba de la confianza de aquélla, Basilio el Macedonio. La muerte de Bardas determinó la caída de Focio y la reconciliación, al menos en lo aparente, con Roma. Poco después el propio Miguel III era asesinado, cuando salía ebrio de su dormitorio, por el mismo Basilio. Ése fue el inicio de la dinastía macedónica.

3. La dinastía macedónica (867-1056). La edad de oro de los siglos IX y X.

El apogeo

La dinastía macedónica, fundada en 867 por Basilio I, duró más de dos siglos y llevó al Imperio a su máximo esplendor. En líneas generales, representó la adaptación de Bizancio a su nueva realidad territorial, y fue una etapa de equilibrio económico y apogeo político, cultural e institucional. La dinastía gobernó a lo largo de dos períodos de duración e importancia desigual: el primero, de 867 a 1025, año de la muerte de Basilio II, y el segundo, de 1025 a 1056, en que falleció Teodora, última representante de la dinastía.

Basilio I (867-886), natural de Macedonia, era un hombre de oscura procedencia que casó con la amante del emperador Miguel III, Eudoxia Ingerina. Ésta, asociada al trono, asesinó con la complicidad de Basilio a su protector y amante, dando así comienzo a la dinastía. El primer acto del nuevo emperador consistió en hacerse perdonar su crimen y congraciarse con Roma, restaurando a Ignacio como patriarca de Constantinopla. Basilio demostró ser un gran estadista y un buen general, dejando una huella positiva en la administración y en la elaboración de leyes. Reunió el VIII Concilio Ecuménico en Constantinopla durante los años 869 y 870, y Focio no volvió a ocupar la sede constantinopolitana hasta la muerte de Ignacio, en 877. Consolidó la presencia bizantina en Rusia, Macedonia, Serbia y Bulgaria gracias al envío constante de misioneros. Asentó la frontera oriental en el Tauro con una serie de campañas en el alto Éufrates desde 872. En el frente adriático creó el *thema* de Dalmacia, recuperó Bari (876) y perdió ante los musulmanes el resto de Sicilia, excepto Taormina, que no cayó hasta el 902.

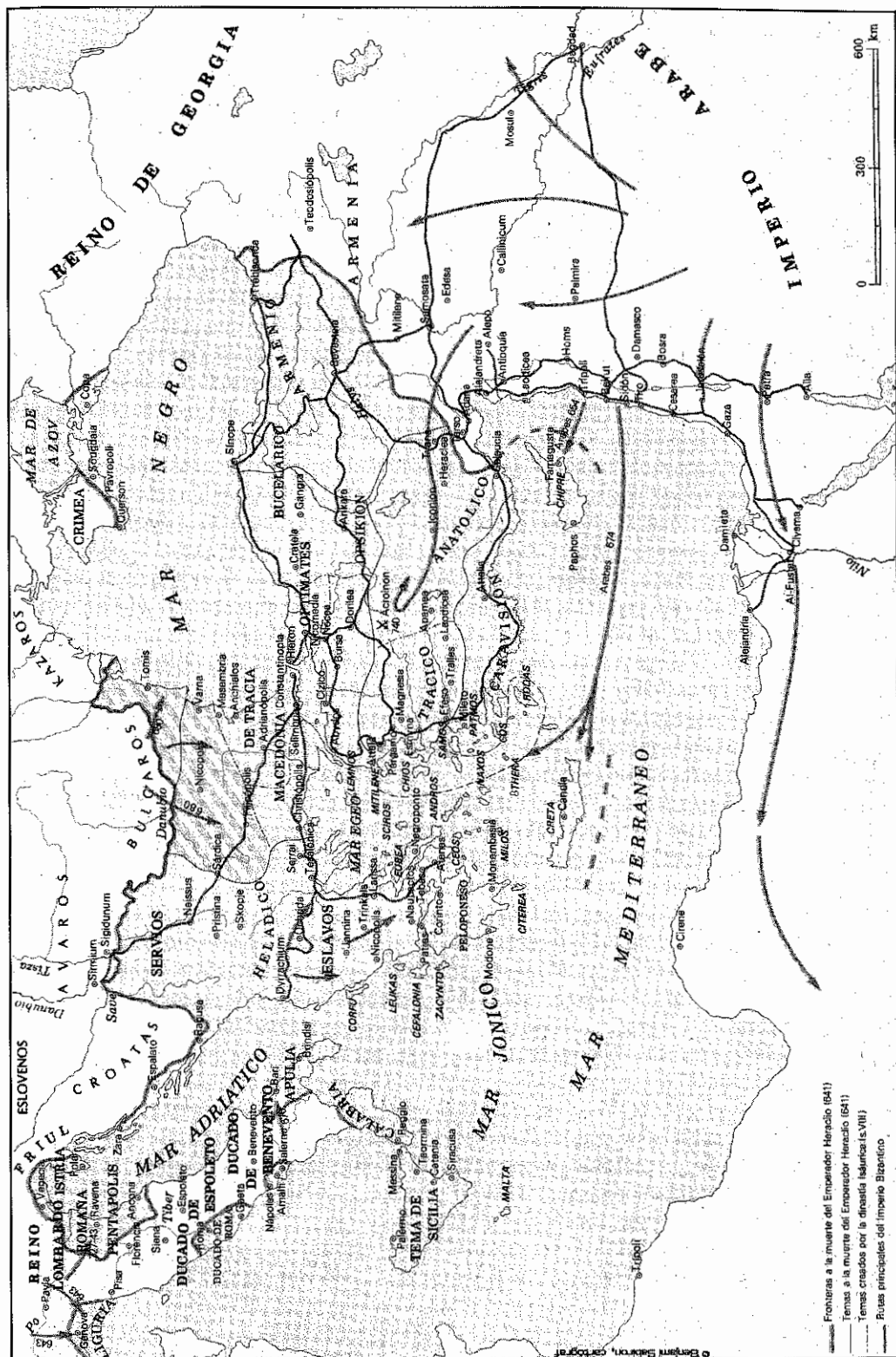
León VI (886-912), hijo y sucesor de Basilio I, fue hombre docto y gran legislador. Reorganizó la administración a partir de la compilación legislativa de las *Basílicas*, que per-

feccionan el desarrollo jurídico iniciado por Justiniano y retocado por León III. Los ataques búlgaros, las incursiones piráticas árabes en el Egeo y la hostilidad de varegos o rusos marcan la vertiente exterior de este reinado. El gran problema familiar de León VI, la falta de un heredero varón, se solucionó cuando su amante Zoé Carbonopsina le dio el hijo que tanto ansiaba, Constantino Porfirogénito.

Constantino VII (912-959) fue hombre culto, de saber enciclopédico, y figura señera de la cultura bizantina. Abandonó los asuntos políticos en manos de su suegro Romano I Lecapeno, soldado del *thema* de Armenia, que como emperador asociado (919-944) gobernó el Estado y gozó de gran popularidad por sus victorias en todos los frentes y por su política interior de protección a la pequeña y mediana propiedad rural. Sus propios hijos le depusieron y le encerraron en un monasterio, lo que obligó a Constantino VII a tomar personalmente las riendas del poder, iniciándose una época de intrigas cortesanas y de rebeliones contra el Estado organizadas por los terratenientes que aspiraban a controlar los altos cargos del ejército. Durante los quince años de gobierno personal de Constantino VII, el Estado soportó las más adversas situaciones gracias a la eficaz labor de la burocracia, que mantuvo la cohesión indispensable. Su política, como la de Romano I, se fundó en el apoyo a los medianos y pequeños propietarios de tierra. El mando del ejército correspondió a Bardas Focas, miembro de una de las grandes familias aristocráticas del Imperio. En el campo exterior se mantuvo el frente búlgaro, se repelió la incursión húngara de 958, y se organizó una ofensiva contra los abbasíes y fatimíes. La diplomacia del *porfirogénito* se centró en la búsqueda de una alianza con Occidente —más concretamente, con Otón I— y con el nuevo califa de al-Andalus, Abd-al-Rahman III, principal enemigo de los fatimíes. Fruto de estas buenas relaciones con el califato son los magníficos mosaicos del mihrab de la mezquita de Córdoba. Constantino VII, cuyo reinado representó una época de auge cultural en la corte bizantina, erudito, culto e inquieto, compuso numerosas obras: *novellae*, discursos, el *Libro de las ceremonias*, los tratados *De los themas* y *De la administración del Imperio*, en el cual proporciona una interesante y compleja teoría de las relaciones del Imperio con los pueblos vecinos. Fue también el inspirador de un trabajo intelectual colectivo en torno de la gran biblioteca de Palacio y del taller de copia de la misma, donde se llevó a cabo una compilación de repertorios de textos antiguos sobre determinados temas, en especial la historiografía referente a la propia dinastía macedónica.

Una conjura familiar tramada por el propio hijo de Constantino VII, Romano II (959-963), y su mujer Teófano, acabó con la vida del erudito emperador. Durante el breve reinado de Romano II se lograron victorias militares gracias a la capacidad del comandante en jefe del ejército, el general Nicéforo Focas, que reconquistó Creta y realizó expediciones militares más allá de los montes Tauro.

La pronta muerte de Romano II facilitó el acceso al poder de Nicéforo Focas (963-969), que gobernó como colega y guardián de los dos emperadores niños, hijos de Romano II, Basilio II y Constantino VIII, no sin antes eliminar una cierta oposición a su persona y contraer matrimonio con la emperatriz viuda, la ambiciosa Teófano. Nicéforo, de temperamento rudo y sin excesiva cultura, era un hombre inteligente y realizó una política antimonacal que culminó en diversas confiscaciones en las posesiones de los monasterios, a la vez que imponía un estricto control en las donaciones que se hicieran a la Iglesia, para poder sufragar sus cuantiosos gastos militares. Esta política le enemistó con la Iglesia, y la propia emperatriz Teófano alentó este descontento, participando en un complot encabezado por Juan Tzimiskés, general y noble de Asia Menor, de quien estaba enamorada. Tzimiskés ase-



Byzantium in the 7th and 8th centuries.

sinó a Nicéforo, proclamándose emperador y protector de los niños que ocupaban el trono nominalmente.

La Iglesia bizantina, para reconocer estos hechos y coronar a Juan Tzimiskés, puso condiciones, que le fueron aceptadas: destierro de la ambiciosa y adúltera Teófano, y abolición de las leyes antieclesiásticas dictadas por Nicéforo.

Juan I Tzimiskés (969-976) aseguró el trono casándose con una hija de Constantino VII. Su reinado fue popular y estuvo lleno de éxitos militares contra los enemigos exteriores. Mejoró las relaciones con el Imperio de Occidente, al conceder por mujer del futuro Otón II a una princesa bizantina. Sus mayores dificultades surgieron de la situación interna, al tener como rivales a los grandes terratenientes de Asia Menor, que no le perdonaron su ascensión al trono. La repentina muerte de Juan Tzimiskés desencadenó las ambiciones de militares y terratenientes que aspiraban a controlar a los dos jóvenes emperadores, a consecuencia de lo cual estalló una verdadera guerra civil de la que salió triunfante el general y noble asiático Bardas Focas (979). De los dos legítimos emperadores, el uno, Constantino VIII, era de carácter débil y dado a los placeres, y el otro, Basilio II, tenía una gran personalidad, revelándose muy pronto como un soldado duro y un político severo. En 985, mediante un complot, arrebató el poder a Bardas Focas, quien huyó a Capadocia, donde se proclamó emperador con el apoyo de sus fieles. Basilio II, ayudado por la Iglesia y por el príncipe Vladimir de Kiev, a quien había prometido la mano de su hermana a cambio de seis mil soldados varegos, ganó las batallas de Crisópolis y Abidos; en esta última murió el propio Bardas Focas.

Basilio II (976-1025) se adueñó del Imperio. No olvidó nunca el peligro que la aristocracia terrateniente representaba para el gobierno de Bizancio: ningún otro emperador libró una lucha tan radical contra las grandes familias propietarias, legislando de modo de conseguir la restitución completa a los campesinos de los bienes adquiridos después de la promulgación de las leyes de Romano Lecapeno. Sus colaboradores y generales no fueron más que simples instrumentos de su voluntad. En 955 y 999, Basilio II salvó la frontera oriental contra los musulmanes, reconociendo al califa fatimí de Egipto, con el que firmó dos treguas (988 y 1000), al tiempo que intervenía en las disputas dinásticas internas en Armenia, convirtiendo dicho reino en un protectorado bizantino. Pero el eje de la política militar de Basilio II fue Bulgaria; desde que los búlgaros se establecieron al sur del Danubio en el 679, sus *khanes* habían hecho casi ininterrumpidamente la guerra al Imperio. Diversos emperadores habían luchado contra los búlgaros, y algunos de ellos habían muerto en el campo de batalla. La presencia búlgara llegó en 813 a Adrianópolis, sitiando después inclusive la propia Constantinopla. Cuando, a partir de 996, Basilio II se vio libre de guerras civiles, emprendió una serie de campañas encaminadas a acabar de una vez para siempre con el problema búlgaro, atacando al zar Samuel.

En 1014, Basilio II venció a los búlgaros en el valle del río Struma, en Kleidón, efectuando una gran masacre y mandando cegar a 15.000 prisioneros. Estos hechos le valieron el título de «matador de búlgaros» (*bulgaróctonos*). Bulgaria, conquistada, fue durante 178 años un *thema* bizantino más.

A la muerte del brillante Basilio II, Constantino VIII, su hermano, se convirtió en emperador efectivo (1025-1028). Vio turbado su breve reinado personal por los caprichos, pasiones e intrigas de sus dos hijas, Zoé y Teodora.

4. El final de la dinastía macedónica. El siglo XI. El cisma: Miguel Cerulario. El régimen de la nobleza civil

La hija mayor de Constantino VIII, Zoé, fue elegida para contraer nupcias y dar así un emperador consorte. Este consorte fue Romano III Argiro (1028-1034), hombre vanidoso e incompetente que tuvo que hacer frente a una serie de derrotas en la frontera de Siria, así como a pestes, hambres y a un terremoto en la propia capital. Asesinado por orden de su esposa, ésta elevó al trono a su amante, el epiléptico Miguel IV el Paflagonio (1034-1041), en cuyo reinado se alcanzaron algunos triunfos en Italia y Bulgaria, debido sobre todo a la ambición personal del hermano del emperador, el eunuco Juan el Orfanótrofos.

Agonizante Miguel IV, Juan obligó a Zoé a adoptar por heredero a su sobrino Miguel V (1041-1042), apodado el Calafate, quien inició su reinado desterrando y encerrando en un monasterio a su tío Juan y a la emperatriz Zoé. Pero la fama que había logrado la dinastía macedónica hizo que los legitimistas se sublevaran, asaltasen el palacio, apresarán al emperador Miguel V, al que cegaron, y restituyeran el trono a Zoé, que debió reinar desde entonces en forma compartida con su hermana, la piadosa Teodora.

A Zoé le encontraron rápidamente un nuevo emperador consorte, Constantino IX Monómaco (1042-1055), un noble que tomó gran interés por la cultura y las leyes, y dio lugar a un verdadero renacimiento literario con la contribución de su secretario Miguel Psellos, cuya *Chronografia* es el libro de memorias más importante de la Edad Media. En 1045 se fundaron en Constantinopla dos escuelas superiores, una de filosofía y otra de derecho, en las que brillaron el ya citado Miguel Psellos, Juan Xifilino, Constantino Lichoudés, Juan Italos, Eustratios de Nicea, etc...

Pero a pesar de este brillo cultural, se asistía a una disgregación del orden político, visible sobre todo en el ejército, cuyos efectivos eran sistemáticamente reducidos por el partido gobernante de la nobleza civil, que feudalizó las tierras de los soldados-campesinos, hasta entonces protegidas por las leyes. Esa reducción continua de la presencia bizantina en el ejército acarreó una mercenarización del mismo.

En el plano internacional, el Imperio se anexionó Armenia (1046), pero los rusos, mandados por el príncipe Yaroslav, atacaron las fronteras del mar Negro (1043-1046), al tiempo que se luchaba en el sur de Italia y Sicilia contra los musulmanes, y se producían unas revueltas militares capitaneadas por los generales Maniaces (1043) y Tornicio (1047), descontentos con la política militar de los nobles civiles que ocupaban el poder.

En el último año del reinado del débil Constantino IX se produjo el cisma o separación definitiva entre las Iglesias oriental y la occidental, cuyo artífice fue el culto y ambicioso patriarca de Constantinopla, Miguel Cerulario, que combatió en lo aparente una serie de usos latinos considerados heréticos en Oriente, como el pan ázimo en la misa y el celibato del bajo clero. La causa verdadera del cisma era la profunda rivalidad existente entre las dos Iglesias, que desde finales del siglo IX, con la disputa promovida por Focio, mantenían unas frías y tensas relaciones.

La ruptura religiosa entre Constantinopla y Roma tuvo lugar en una coyuntura extremadamente particular, en la que confluyeron tres elementos: un papado fuerte, ostentado por León IX, representante de la reforma cluniacense, hostil a cualquier compromiso; un patriarcado de Constantinopla fuerte y consciente de su autonomía, ocupado por Miguel Cerulario, el patriarca más ambicioso que hubiese conocido dicha sede, y el poder imperial, ocupado por un hombre culto pero débil como era Constantino IX.

A principios de 1055 murió el emperador. Su anciana cuñada, Teodora, reinó aún un año más, concluyendo en 1056 la dinastía macedónica que tantos días de gloria había dado al Imperio.

Todavía se quiso sacar partido de la popularidad de la dinastía: al morir Teodora, los políticos civiles del gobierno sentaron en el trono a un hombre influenciabile, Miguel VI (1056-1057), pero un levantamiento acaudillado por Isaac Comneno, quien representaba los intereses de la aristocracia militar y terrateniente, depuso a Miguel VI, encerrándolo en un monasterio. Se iniciaba así lo que se puede considerar la larga agonía de cuatrocientos años del Imperio bizantino.

5. El mundo islámico: la época abbasí

El triunfo de la revolución abbasí en 750 supuso el final del monopolio de los conquistadores árabes, representados por los omeyas, y la creación, como solución a los problemas de legitimidad dinástica, de un verdadero imperio islámico en el que los *māwlas* o recién conversos al islam, no árabes, participarían en las tareas de gobierno. Los abbasíes insistieron desde el primer momento en el carácter legítimo de su dinastía. La misma proclamación de Abu-l-Abbas en la mezquita de Kufa, principal foco de las revueltas legitimistas, tuvo lugar en el momento de la oración del mediodía del viernes; y el poder califal fue concebido esencialmente, a partir de entonces, como jefatura religiosa.

Los abbasíes crearon una verdadera monarquía islámica en la que se afirmaron los derechos absolutos de los descendientes de Abbas, tío de Mahoma, frente a los usurpadores omeyas. Abu-l-Abbas adoptó el título de «príncipe de los creyentes» y no el de imán —lo que suponía el rechazo de todo imanismo de tipo shií—, al tiempo que se restauraba la unidad de la *umma*, suprimiendo los privilegios del ejército árabe y estableciendo la igualdad entre todos los musulmanes.

En el aspecto institucional, los abbasíes continuaron desarrollando y perfeccionando las instituciones administrativas, copiándolas de las persas, en detrimento de las sirias, más occidentales, de época omeya. Su obra, en este aspecto, representó una orientalización del Islam, fenómeno simbolizado inclusive por la fundación de Bagdad en 762. Sus mayores logros estuvieron en la intensa vida urbana y el desarrollo del comercio, amén de la definición cultural del mundo islámico, en el que se integraron elementos tan dispares como los valores sociales árabes, la ética irania y las ciencias helenísticas, todo ello en el marco de la fe islámica, como afirma Sourdél.

6. El apogeo abbasí (750-850)

Derrotado y muerto el último califa omeya, Merwán II (750), el primer soberano abbasí, Abu-l-Abbas (750-754), mereció el título de al-Saffah (el sanguinario), por la convicción con que impuso sus ideas, exterminando a todos sus enemigos, en especial los omeyas, excepto a Abd-al-Rahman, que poco después fundaría su emirato independiente en al-Andalus. Su hermano, al-Mansur (754-775), fue en realidad quien reorganizó el Estado y fundó la nueva capital, Bagdad, a orillas del Tigris, cerca de la antigua capital sasani, Ctesifonte. La influencia persa se hizo predominante y sus principales colaboradores políticos

fueron persas o de origen oriental, como los barmakíes, que gobernaron como visires entre 786 y 803, año en que su política fiscal determinó su caída, en tiempos de Harum-al-Rashid.

Con los abbasíes, el califa se convirtió en juez, general y administrador supremo, del que derivaba toda autoridad legítima; el respeto por este papel arraigó tanto que aun cuando el Imperio abbasí se deshizo, los emires y reyes musulmanes siguieron buscando sus diplomas para legalizar y consolidar su posición.

Para dirigir la administración, los abbasíes crearon el cargo de visir (*wazir*), de origen persa, que, de hecho, lo controlaba todo por delegación del califa. La administración se desarrolló rápidamente y se convirtió en un instrumento eficaz, dividida en numerosos ministerios o departamentos, que recibieron el nombre de *diwan*es. Entre éstos destacaban el del *tesoro*, que controlaba toda la fiscalidad y elaboraba los presupuestos del Estado; el de la *cancillería*, el de *correos*, el de *policía*, el de *justicia*, etc...

Este sistema estuvo siempre sometido a las fuertes tensiones que agitaban a la familia califal, sobre todo en los conflictos sucesorios, que en más de una ocasión hicieron tambalear la estructura misma del régimen.

El tercer califa, al-Mahdi (775-785), hijo de al-Mansur, adoptó su nombre —«bien guiado»— para acabar con el ambiente de mesianismo apocalíptico que se respiraba en el mundo mesopotámico —donde se esperaba la llegada del *Mahdi* encargado de establecer una era de justicia—, y con la difundida idea los descendientes del primo de Mahoma, Alí, estaban dominados por un sentimiento de superioridad.

El apogeo cultural y económico del califato abbasí se alcanzó con Harum-al-Rashid (786-809), hijo de al-Mahdi y de una esclava beréber, que sucedió a su hermano y rival al-Hadi (785-786), misteriosamente asesinado. Durante los diecisiete primeros años de su reinado gobernó la poderosa familia persa de los barmakíes, de la cual logró desembarazarse en 803. El califa adquirió gran popularidad por sus campañas contra Bizancio —que debió comprar la paz— y las de Transoxiana y África del Norte. Mantuvo relaciones diplomáticas con soberanos indios y con Carlomagno. Harum-al-Rashid murió cuando mandaba una expedición contra Samarcanda, convirtiéndose en un personaje legendario y en protagonista de numerosos cuentos de *Las mil y una noches*. Su reinado marca la fastuosa culminación de los abbasíes y de la ciudad de Bagdad.

A la muerte de Harum-al-Rashid, tres de sus hijos le sucedieron en el trono, siendo los más importantes al-Mamún (813-833) y Mutasim (833-842), quien fundó en 836 la nueva capital, Samarra, a donde trasladó la corte para liberarse de la inseguridad de Bagdad. No obstante, pronto cayó en la órbita de su nueva guardia palatina, la guardia turca de los *mamluks* (esclavos blancos), cuyo poder fue en aumento hasta controlar de hecho la sucesión al trono, sobre todo después del asesinato del califa al-Mutawakkil (847-861).

7. La larga agonía del califato abbasí

A partir de la segunda mitad del siglo IX, el califato se fue disgregando rápidamente, controlando de hecho tan sólo el actual Irak, mientras las bandas de esclavos turcos se apoderaban de grandes áreas, como Basra (Basora) y el delta del Éufrates. A la vez, la secta herética de los cármatas, fuertemente implantada entre los beduinos, asoló Siria, Arabia e incluso Egipto, llegando aun a saquear La Meca en 930.

Pero la disgregación del Imperio abbasí no corresponde exactamente a la época de decadencia; aún en el pleno apogeo del primer siglo de la dinastía, su poder se ejerció de

manera desigual en el amplio territorio islámico. La secesión de al-Andalus bajo los omeyas sólo pudo mantenerse tras las secesiones que se produjeron en el Magreb: los rustemíes de Tahert, los grupos jariyíes en Sijilmassa, los idrisíes en Fez y los aglabíes en Kairuán y Túnez, que demuestran que el sistema sociopolítico propuesto por los conquistadores no destruyó en lo esencial las estructuras indígenas. Si a esto añadimos la plena autonomía de muchos gobernadores abbasíes, que llegaron a fundar dinastías regionales, como los tuluníes en Egipto (871-905), los de Sistán, Khorasán, Yemen, etc., podemos reducir al área mesopotámica el núcleo de gobierno efectivo abbasí.

Mientras tanto, en Bagdad, el califato caía bajo la tutela de los *emires-al-umaras*, cargo ostentado por los buyíes, verdaderos mayordomos de palacio, que relegaron a los califas a un papel simbólico. En 1258, Mutasim, califa nominal, murió cuando el khan mongol Hulagu tomó Bagdad. Los supervivientes de la familia abbasí fueron acogidos por los sultanes mamelucos de El Cairo, y una nueva serie de 21 califas a título honorífico continuó en Egipto hasta 1517, en que el país fue conquistado por el sultán otomano Selim I.

8. Las bases socioeconómicas de los califas abbasíes

Los primeros califas abbasíes se propusieron realizar, en medio de un renovado puritanismo religioso, una reforma fiscal que acabara con el empobrecimiento del tesoro y con el abandono de las tierras que generaba el sistema económico hasta entonces vigente. Se volvió al reparto de las cosechas, la *muqâsama*, en que sólo se calculaba la base tributaria en el momento en que se medían las cantidades cosechadas de manera efectiva. El retorno a este sistema fue acompañado por una política fiscal destinada a favorecer el desarrollo agrícola y a suprimir los impuestos sobre las tierras no cultivadas.

El Estado, por otra parte, se hizo cargo de la excavación de canales de riego, lo que favoreció la multiplicación de cosechas y la introducción de nuevas especies, tal como se ve en las modas culinarias recogidas en los libros de recetas abbasíes. En conjunto, esta política se desarrolló, sobre todo, en el actual Irak, beneficiado por la irrigación, pero no afectó a los cultivos de secano, mayoritarios en el resto del Imperio.

El régimen abbasí representó también el triunfo de la gran ciudad y de la vida urbana, fundada en el comercio y la artesanía. Bagdad se convirtió en la encrucijada del universo, por los productos que llegaban a ella por vía fluvial o por rutas terrestres. La nueva capital, fundada en 762, se acabó de construir en 766, alcanzando pronto el medio millón de habitantes. Su forma radiocéntrica era herencia de las ciudades iraníes y del misticismo cósmico oriental. Sus cuatro puertas, sus 360 torres, el foso de 20 metros de anchura que la rodeaba y su muralla de 9 metros de espesor, hacían de Bagdad el símbolo del triunfo de la revolución abbasí. El Imperio se gobernaba desde el palacio, en el centro del círculo. El comercio se realizaba inicialmente en las cuatro avenidas cubiertas, y así fue hasta que al-Mansur expulsó a los comerciantes, enviándolos al barrio sureño de Karj. Entonces, la ciudad circular pasó a ser dominio personal del califa y de sus servidores.

Con el tiempo, el califa creaba su propio palacio, más ostentoso y grande que el anterior, llevando el eje urbano hacia las orillas del Tigris. Con al-Mansur surgió el palacio de al-Juld (el jardín de la eternidad); con al-Mahdi, el centro se desplazó hacia Rusafa, un poco más al norte. Después de los cincuenta años que la corte pasó en Samarra, el palacio por antonomasia fue el de el-Hasani, que abarcaba, al igual que el Sacro Palacio de Constantinopla o la ciudad celeste de los chinos, varios pabellones dentro de un gran recinto

amurallado, en cuyo interior vivían una inmensa guardia personal de 20.000 soldados y más de 10.000 esclavos.

Samarra y Bagdad representan los prototipos de la vida cortesana y cultural, y Basra (Basora), así como otras ciudades de menor importancia como Raqqa, cerca de Siria, Tyana (Tarso de Cilicia), Fustat en Egipto, etc., son modelos de vida comercial y mercantil.

Toda esta intensa vida urbana dio lugar a un poderoso movimiento artístico y cultural, que culminó con la fundación de la «Casa de la Sabiduría» en Bagdad, por al-Mamún, en 832. Este centro de alta cultura se convertiría en el punto de encuentro de la filosofía y la ciencia helenística con las culturas árabo-iranía e hindú.

9. Los fatimíes

La dinastía chiíta de los fatimíes, fundada por Obeid Allah, que pretendía descender del califa Alí y de Fátima, hija del Profeta, reinó en el norte de África desde 909, y en Egipto del 969 al 1171. Procedente de Siria, Obeid Allah se refugió en Túnez, donde se reveló a principios del siglo X como el *mahdí*, o heredero de Ismail, último imán visible. Esta creencia arraigó rápidamente entre los bereberes Kotama, exaltando sus sentimientos anti-árabes y de oposición a los aglabíes. En 909, Obeid Allah se apoderó de la capital aglabí, haciéndose reconocer como imán.

Durante su reinado y el de sus dos sucesores —al-Kaim (934-946) y al-Mansur (946-953)—, la dominación fatimí se extendió por Tripolitania y por todo el Mahgreb oriental. Al-Mansur trasladó la capital a Kairuán, hasta que el cuarto califa, al-Moezz (953-975), conquistó Egipto (969) y estableció su capital en El Cairo, junto a la ciudad ya existente de al-Fustat (972), dejando el Mahgreb bajo el gobierno de los ziríes.

En Egipto, los fatimíes alcanzaron su apogeo; fundaron en la nueva capital la mezquita de al-Azahar, que pronto se convirtió en el centro más importante de la cultura islámica. Por su posición de intermediarios comerciales entre Oriente y Occidente, los fatimíes acumularon grandes riquezas, a la vez que creaban una administración eficaz y unas finanzas saneadas, todo ello controlado por un visir.

El califa al-Aziz (975-996) extendió su dominio por Siria, a la vez que fundaba una importante biblioteca en El Cairo, en una época de tolerancia religiosa y cultural con la que acabó su sucesor, al-Hakim (996-1021), que intentó destruir la iglesia copta mediante sistemáticas persecuciones. Entonces se inició la decadencia de la dinastía en medio de malas cosechas, tensiones sociales y continuas revueltas del ejército, compuesto por mercenarios negros, turcos y bereberes. En el siglo XII, el poder pasó totalmente a manos de los visires, y el estado fatimí se vio incapaz de impedir la penetración de los cruzados en Siria. En esta situación, un jefe militar prestigioso, Saladino, destituyó, en 1171, al último califa fatimí, al-Adid, y restableció nominalmente en Egipto la autoridad del califa de Bagdad.

Bibliografía

- Bryer, A. y Herrin, J.: *Iconoclasm*, Oxford, 1976.
- Claramunt, S.: *Las claves del Imperio Bizantino*, Barcelona, 1992.
- Elisseeff, N.: *L'Orient musulman au Moyen Âge (622-1260)*, París, 1977.
- Jenkins, R. H.: *Byzantium, the Imperial Centuries, A.D. 610-1071*, Nueva York, 1969.
- Mango, C.: *La civiltà bizantina*, Bari, 1991; título original, *The Empire of the New Rome*, Londres, 1980.
- Mantran, R.: *La expansión musulmana, siglos VII-XI*, Barcelona, 1973.
- Obolensky, D.: *The Byzantine Commonwealth, Eastern Europe 500-1453*, Londres, 1971.
- Ostrogorsky, G.: *Historia del Estado Bizantino*, Madrid, 1984.
- Shaban, M. A.: *The Abbasid Revolution*, Cambridge, 1970.
- Sourdel, D.: *L'Islam médiéval*, París, 1979.

TEMA 9

LOS CAROLINGIOS. FORMACIÓN Y DECADENCIA DE UN IMPERIO. SOCIEDAD Y ECONOMÍA DEL MUNDO CAROLINGIO

por ERMELINDO PORTELA

Gigante de los pies de barro, padre de Europa [último emperador romano, primer monarca de la Edad Media...] los juicios sumarisísimos sobre Carlos el Magno personalizan las valoraciones sintéticas que los historiadores han formulado acerca de la historia del Occidente latino durante los dos siglos que tienen como quicio el año 800. Síntesis de los elementos —viejos y nuevos— que continuaron articulando la vida social en la parte occidental del Imperio romano cuando éste dejó de existir allí, el mundo carolingio se contempla, al mirar hacia atrás, como el encuentro profundo, capaz ya de suscitar creaciones bien acabadas, de las herencias germánica y romanocrisiana. Esta vinculación con los tiempos que le antecedieron no provoca divergencias; su proyección hacia el futuro resulta, por el contrario, mucho más polémica. ¿Final de una época o comienzo de otra? Los argumentos, de uno y otro signo, se buscan en todos los planos de la actividad humana.

Quienes defienden la segunda opción se preguntan cómo es posible olvidar, en el nivel de la teoría política, que el referente carolingio es base indispensable para la comprensión de las concepciones hierocráticas gregorianas y posgregorianas, y que, desde el punto de vista de la práctica política y por encima del aparente y rápido fracaso de la construcción franca, las relaciones entre Pontificado e Imperio, entonces anudadas, se continúan en la reconstrucción germánica y llenan muchas páginas de la historia de los siglos centrales de la Edad Media. En el plano de las relaciones sociales, ¿es posible afirmar que el estímulo y la difusión de las costumbres vasalláticas propias de la época carolingia carece de futuro? Desde el punto de vista económico, se subraya la preocupación por el orden y el buen funcionamiento de los dominios rurales, que demuestran las más características fuentes del período, y no se olvidan tampoco los esfuerzos por poner en pie un sistema monetario uniforme y eficaz, así como los claros indicios de reactivación comercial de una economía que ha dejado definitivamente de ser mediterránea para comenzar a ser europea. En otra perspectiva diferente, el funcionamiento de los dominios reales, aristocráticos y eclesiásticos de esta época, ¿no ha sido señalado con frecuencia como [paradigma del modo de producción feudal?]

A pesar de esas aparentes evidencias, la historiografía reciente, al profundizar en el análisis del punto de partida del despegue europeo en los siglos X y XI, ha puesto al descubierto las rupturas, las diferencias sustanciales con respecto al período histórico anterior.

La evolución positiva de la población y la economía carolingias, cuando no es claramente negada, se presenta como una tendencia que careció de continuidad. De la explicación de la economía agraria a partir del modelo reserva-mansos-prestaciones en trabajo que describen los polípticos carolingios, se ha pasado a la constatación de su escasa difusión espacial y, de modo particular, de las diferencias radicales entre el mundo del norte y el ámbito mediterráneo. En lo que se refiere a la evolución de los poderes, se señala que su nueva articulación —la que corresponde al feudalismo— surgió del fracaso de la construcción carolingia y que, al margen o por debajo de la subsistencia de un imperio en Europa, el futuro político quedó en manos de los principados y de las monarquías feudales.

Sea como fuere, lo que ciertamente nadie pone en duda es que la originalidad, la riqueza y el interés que en sí mismo posee el mundo carolingio hacen de él un punto de referencia indispensable de la historia medieval y de la historia europea.

1. El Imperio, una construcción teórica

En el invierno de los años 753 y 754, el papa Esteban II viajó al reino de los francos. Fue aquél un viaje cargado de muy diversas consecuencias; pero, tal vez en primer lugar, simbolizaba el encuentro de dos corrientes de pensamiento, de dos tradiciones de reflexión acerca de los poderes en el mundo. Esteban II representaba la que, en torno al obispo de Roma y desde hacía siglos, se esforzaba en perfilar los fundamentos teóricos de un imperio cristiano universal en cuya cúspide debía ser regulada la relación entre el jefe espiritual, el papa, y el jefe temporal, el emperador de Oriente, de una realidad omnicompreensiva, la comunidad de los cristianos, la Iglesia, de la que la noción de Estado había de tardar mucho tiempo aún en desgajarse. Su anfitrión, el nuevo rey de los francos y primero de la familia carolingia, Pipino III, era el depositario de una tradición distinta, más cercana a la práctica y menos rica en elaboraciones teóricas, forjada en la historia de las monarquías germánicas y, de modo particular, en el ya largo y fecundo contacto de la sociedad galorromana, de la que los obispos eran los más cualificados representantes, y de la sociedad franca encabezada por su rey-jefe guerrero, a la que, en esta época, se añaden aún las influencias visigodas empujadas por la marea islámica y las corrientes de retorno de la cristianización anglosajona. Los frutos de este encuentro fecundo madurarían, no sin ambigüedades e indecisiones, en los años posteriores.

La relación del papado y los francos venía ya de antes. El prestigio de que gozaba la sede de San Pedro era suficiente para que el todavía mayordomo de palacio, Pipino, buscara allí justificación para el golpe de Estado que le convirtió en rey tras la deposición del joven Childerico III, último representante de la dinastía merovingia. En 742, había enviado legados al papa Zacarías para plantearle la famosa consulta sobre si debía darse el título de rey a quien de hecho tenía el poder o a quien, aun gozando de aquel título, carecía totalmente de éste. La respuesta del papa fue que más valía llamar rey al que tenía el poder real que al que no lo tenía. Parece que, además, Zacarías añadió, fuera realmente de los límites de la consulta, que él, en virtud de su autoridad apostólica, ordenaba que Pipino fuese rey.

El acercamiento de los pontífices al núcleo dirigente de los francos tenía también sus razones concretas e inmediatas. Los objetivos del viaje de Esteban II consistían en buscar el apoyo de la monarquía franca con una doble finalidad: emancipar el papado como institución del marco de la constitución del Imperio de Oriente y encontrar una protección

eficaz contra las dificultades que estaban creando en Italia los lombardos. El equipamiento teórico, largamente preparado en los ambientes romanocuriales, con el que llegaba el pontífice en busca de sus fines, se encuentra reflejado en dos textos principales: la *Legenda Sancti Silvestri* —elaborada a fines del siglo V— y el *Constitutum Constantini*, la falsa donación de Constantino fijada por escrito muy probablemente en los años inmediatamente posteriores a la visita que nos ocupa, pero cuyas tesis podían o debían ser ya de uso corriente en los medios pontificios del momento. Dos textos que, remontándose a la existencia inicial de un emperador cristiano, presentaban la relación de éste con el titular de la sede de San Pedro en términos claramente favorables al segundo.

Por su parte, la monarquía franca avanzaba en la concepción teocrática de su poder, sintetizada en la fórmula *rex dei gratia*, como ponía de manifiesto la consagración real de Pipino por los obispos de su entorno; una innovación que encuentra sus raíces en la unión regia visigótica, probablemente en precedentes similares de las regiones célticas de las islas británicas y que, en cualquier caso, está bien fundamentada en la tradición bíblica.

Sobre estas bases tiene lugar el encuentro entre rey y papa; sus resultados inmediatos —el nuevo ungimiento de Pipino y sus hijos, esta vez a cargo de Esteban II, y el nombramiento del rey franco como patricio de los romanos— no significaban aún la fusión de la tradición romana imperial y de la tradición teocrática franca, pero ciertamente sentaban las bases de la evolución futura. En esa evolución futura, la coronación imperial de Carlomagno, el hijo y sucesor de Pipino III, que tuvo lugar en Roma en la Navidad del año 800, fue un paso decisivo. A fines del siglo VIII, la expansión del reino franco había destacado claramente a Carlomagno como el monarca más poderoso de Europa. Por su parte, el papa tenía de nuevo dificultades, ocasionadas esta vez por la aristocracia romana. Desde ese punto de vista, la coronación imperial era una continuación de la teoría del patriciado, en virtud de la cual el rey de los francos quedaba obligado a prestar su protección a la sede de Roma. El momento era además propicio; en Bizancio, Irene, que reinaba en nombre de su joven hijo Constantino VI, usurpa el poder en el contexto de una revuelta palaciega; León III, recurriendo una vez más a los almacenes ideológicos del papado, pensó que había llegado el momento de trasladar a Occidente la corona imperial. Parece, sin embargo, que los puntos de vista del monarca franco no eran exactamente los mismos que los del pontífice romano. El afianzamiento de su poder había significado también su consolidación como monarca teocrático. Rodeado de sus consejeros, entre los que figuraban Teodulfo, un obispo de origen visigodo, y Alcuino, un monje de origen anglosajón, estaba acostumbrado a legislar en materias litúrgicas y monásticas, a intervenir en asuntos relativos a la herejía y había presidido en Frankfurt un concilio que quería ser réplica del de Nicea. La distribución de funciones entre monarca y pontífice que Carlomagno consideraba justa no debía resultar muy tranquilizadora para el papa: según ella, correspondía al primero la defensa de la Iglesia de las agresiones de infieles y paganos del exterior y la protección en el interior mediante la difusión de la fe católica; tocaba al segundo ayudar con sus oraciones al éxito de las armas. El proyecto de convertir la residencia de Aquisgrán en una «nueva Roma» parecía acercarse a la realidad y, desde el punto de vista del papa, significaba la amenaza de reproducción en Occidente de los problemas que había querido evitar alejándose de Oriente. Todo esto explicaría las reticencias con las que, según su biógrafo Eginardo, aceptó Carlomagno su nuevo título de «emperador de los romanos». Mientras para los clérigos de Roma, Carlos ha accedido a su nueva dignidad por voluntad del papa, éste sigue viéndose como rector de una Europa que ha ensanchado con sus conquistas y no pretende, por consiguiente, una imposición sobre Bizancio, sino solamente una relación de igualdad. De todas

formas, la coronación del 800 sentaba un precedente al que muchas veces había de volverse, y fueron los sucesores de Carlomagno quienes emprendieron el camino que él se negó a recorrer: el de la aceptación del concepto papal de emperador de Occidente como único y legítimo emperador de los romanos.

Las sucesivas coronaciones son expresivos hitos de este recorrido. Esteban IV, que había sabido captar bien las deficiencias del acto del 800, viajó a Reims (816), al encuentro de Luis el Piadoso, donde le impuso la corona que, al decir del papa, había llevado Constantino y donde ungió también al nuevo emperador. Se combinaban de este modo en un único acto litúrgico las dos ceremonias esenciales de toda coronación posterior. En 816, el papa se desplazó a Francia; siete años más tarde, Lotario I, que se encontraba en Italia, fue invitado a viajar a Roma para ser coronado, una vez que había sido nombrado por su padre coemperador. El papa volvía a tomar la iniciativa y, en adelante, el altar de San Pedro sería el lugar de las coronaciones imperiales; además, la ceremonia se completó con la entrega de la espada que ponía claramente de manifiesto la función auxiliar del coronado. Si en 823 fue el papa quien invitó al rey, en 850 fue el emperador quien invitó al papa a que coronase a su hijo como emperador de los romanos, y la coronación y el ungimiento fueron los únicos actos que elevaron a Luis II a tal dignidad, puesto que no había sido nombrado emperador por su padre. La coronación, que tuvo lugar setenta y cinco años más tarde que la de Carlomagno, fue el final de esta fulgurante ascensión de las tesis romanoimperiales. No hubo necesidad de invitación ni de petición alguna. Fue el papa Juan VIII quien hizo entender a Carlos el Calvo que era llamado, elegido y nombrado emperador de los romanos «por privilegio de la sede apostólica». El papa declaró que la inspiración celestial había dictado su elección y, en otra ocasión, que «el emperador había sido propuesto y deseado por nos y llamado por Dios». El papado controlaba plenamente su instrumento; precisamente en el momento en que el instrumento daba inequívocas pruebas de inutilidad.

2. De la teoría a la práctica. Expansión y agotamiento del reino de los francos

Pipino III el Breve fue el primero de los monarcas carolingios. Hemos visto cómo el papado proporcionó la cobertura ideológica para su ascenso al trono. La fuerza para conseguirlo venían acumulándola sus antepasados desde hacía algunas generaciones. Pipino II de Heristal, mayordomo del palacio de Austrasia, había dado pasos muy significativos en esa dirección, tras derrotar en Tertry (687) a los clanes aristocráticos que dominaban en Neustria y, apoyado en una sólida fortuna territorial, ejercer el poder en el centro del reino franco bajo el gobierno ficticio de los representantes de la dinastía merovingia. En la frontera germánica, consiguió retomar Utrecht y rechazar a los frisones al otro lado del Rin; pero, en el sur, Provenza, Aquitania y Borgoña escapaban a la autoridad franca. Incluso en el norte, la hegemonía de los austrasianos se vio comprometida a la muerte (714) de Pipino II; su hijo bastardo Carlos Martel hubo de enfrentarse en varias ocasiones a los sublevados de Neustria para restablecer la situación. El gobierno de Carlos Martel tiene la importancia de haber extendido el dominio de los francos a las regiones meridionales, donde, a las viejas tendencias centrífugas, se añadía ahora la amenaza de los ejércitos musulmanes. La victoria frente a un cuerpo expedicionario de estos últimos en Poitiers (732) trajo consigo la sumisión de Aquitania en los años posteriores, y el enfrentamiento a las incursiones islámicas por el sudeste fue el prólogo al establecimiento del dominio franco en Borgoña y Provenza. La enérgica actuación de Carlos Martel se apoyó en una amplia

distribución de tierras entre clientes y fieles que, confiscadas a la Iglesia, no afectaron a las sólidas bases del dominio familiar en el norte.

La costumbre franca de la división del reino entre los hijos y las sublevaciones de las regiones periféricas posteriores a la muerte de Carlos Martel (741) ponían de nuevo al descubierto la precariedad del dominio austrasiano, siempre apoyado en el difícil equilibrio entre alianza y fuerza en la relación con los grupos aristocráticos. El control de los levantamientos y la abdicación de su hermano Carlomán, dejaron a Pipino el Breve en disposición de acceder al trono en las circunstancias que conocemos. El apoyo entonces recibido del papa tuvo su contrapartida en la intervención de Pipino en Italia, donde el rey lombardo Aistolfo continuaba una política de unificación y expansión sobre los fragmentados dominios bizantinos. En dos ocasiones, durante los años 754 al 756, hubo de acudir a las llamadas de Esteban II; el rey franco, seguramente aceptando las tesis contenidas en la falsa donación de Constantino, obligó a los lombardos a entregar al papa veintidós ciudades de la Italia central que pasaban así a formar el patrimonio de San Pedro, germen de los futuros Estados Pontificios. Antes y después de la intervención en Italia, Pipino continuó la política de consolidación del dominio franco en las fronteras de Germania y en la Galia meridional. En el primer frente, las expediciones sobre Sajonia no conseguían el dominio eficaz del territorio; Frisia, pese a la creación de un obispado en Utrecht, seguía rechazando la influencia franca, como demostró el fracaso de la expedición misionera de San Bonifacio; por si fuera poco, Tasilón, sobrino del rey, a quien éste, tras el correspondiente juramento vasallático, había concedido en beneficio el ducado de Baviera, desertaba de la hueste real en Aquitania y se declaraba independiente. Las cosas marcharon mejor en el segundo frente. Una serie de campañas, iniciadas en 752, concluyeron con el dominio de Septimania y la ocupación de Narbona en el año 759. A continuación, se sucedieron, año tras año, los ataques al duque Wifredo de Aquitania, hasta que el territorio fue controlado en 768 y los condes francos reemplazaron en la administración a los aristócratas locales. El reinado de Pipino III había sentado las bases y señalado las líneas de acción política posterior. Con Carlomagno, encontraron su más acabada expresión.

[Persiste la concepción patrimonial —el reino entendido como propiedad del jefe guerrero victorioso— heredada de los merovingios y, en virtud de ella, Pipino divide el reino entre sus hijos, Carlos y Carlomán. Es la muerte de este último, en 771, la que permite la reunificación en manos de Carlos.] Asentado su poder en el reino que recibe con una nueva intervención armada en Aquitania, Carlos inicia la *dilatatio regni*, expresión de la necesidad de continuar una actividad, la guerra, que ha de entenderse como fundamento esencial del poder; es la guerra la que permite, con el botín abundante y los tributos de los sometidos, mantener bien abastecida la cámara real y asegurar la sumisión colaboradora de los aristócratas. La guerra no es una actividad extraordinaria; es la ausencia de la habitual expedición de primavera lo que los cronistas anotan como hecho llamativo. Es esto lo que explica también que la actividad militar de Carlomagno no obedezca a un plan sistemático, sino que se realice, con frecuentes cambios de escenario, en función de las circunstancias. Ciertamente que, por debajo de ellas, la defensa del reino y la fe religiosa actúan como ideas unificadoras. Por una parte, la necesidad de defenderse de las incursiones sajonas explica la intervención en ese territorio; pero, controlado éste, el contacto con los pueblos eslavos supone el comienzo del ciclo; de la misma manera, el control de Baviera obliga al contacto con los ávaros y el dominio de Aquitania sitúa al reino en la dinámica de la relación con el Islam. Por otra parte, la defensa y la conquista son inseparables del mantenimiento y la expansión de la cristianización.

Pierre Riché ha sistematizado en tres grandes etapas, separadas por dos períodos de crisis, la acción expansiva de Carlomagno. Desaparecido Carlomán, comienza la primera etapa con la intervención de Italia. Rota la alianza con los lombardos, el rey franco acude a la llamada del pontífice Adriano y, tras la rendición de Desiderio, ocupa su trono. En Roma, confirma la donación de Pipino a San Pedro. Desde 772, se inicia la actividad en el otro frente tradicional, Sajonia. En 777, Carlos recibe en Paderborn a los jefes sajones sometidos. Y es allí adonde llega el gobernador musulmán de Zaragoza, en busca de ayuda para enfrentarse al emir omeya de Córdoba. La expedición al sur de los Pirineos no sólo no dio los resultados apetecidos —Zaragoza ofreció una resistencia inesperada—, sino que, atacada la retaguardia franca por grupos vascos a su regreso por Roncesvalles, se saldó con un sonado fracaso. El año 778 es el de la primera crisis, porque al episodio de Roncesvalles hay que añadir la sublevación de los sajones agrupados en torno al jefe Widukind y los esfuerzos del duque de Benevento por ensanchar sus dominios a expensas de los territorios pontificios.

Su superación se alcanza a partir del fortalecimiento del poder real en el interior del reino, que conduce enseguida a nuevas intervenciones en el exterior. La presencia del rey en Italia en 781 significa nuevos avances en el control franco de la monarquía lombarda, a cuya cabeza pone a su hijo Pipino, de la misma manera que su otro hijo, Luis, es nombrado ese mismo año rey de Aquitania. Una nueva visita en los años 786-787 permite a Carlos un mejor control de los ducados de Spoleto y Benevento, gracias, sobre todo, a que sus jefes son incorporados a una ofensiva general contra las posesiones bizantinas de Italia que termina con la conquista y anexión de Istria. Por esa misma época (788), Carlomagno consigue destituir al siempre inquieto Tasilón de Baviera y poner en su lugar, para acabar con la independencia de los bávaros, a su cuñado Geroldo. En Sajonia, la actividad expansiva en esta segunda fase alcanzó manifestaciones radicales; después de la grave derrota del ejército franco en el monte Suintal, la respuesta de Carlos, la decapitación de 4.500 jefes nobles sajones y la promulgación de una terrible capitular que obliga a los sajones a escoger entre la sumisión y la cristianización o la muerte, demuestra la voluntad de acabar para siempre con las revueltas. Por otra parte, se concluía la sumisión de Frisia y se afirmaba su cristianización. Al sur de los Pirineos, donde el fracaso de 778 había hecho abandonar los proyectos expansivos que tenían la línea del Ebro como objetivo, las dificultades del control del territorio desde Córdoba favorecían éxitos parciales, como la incorporación de Gerona en 785, entregada por propia iniciativa de sus habitantes, de interés indudable desde el punto de vista de la contención de las incursiones musulmanas.

Contención, sin embargo, todavía no garantizada, como demostró en 793 la victoriosa expedición de Hisham I por Septimania. Signo del comienzo de una nueva crisis, en la que, al ataque musulmán, se sumaron la revuelta de Benevento, la sublevación de los sajones e, incluso en el centro del reino, el complot de algunos aristócratas agrupados en torno a Pipino, hijo bastardo del rey. La reacción comienza otra vez por el control de la situación en el interior; buen exponente de ella es el concilio de Francfort, desde el que Carlos legisla en materias religiosas, eclesiásticas, políticas y económicas. Los años cercanos a la coronación imperial son los de la tercera etapa expansiva. En 796 tiene lugar la expedición que concluirá con la conquista del *Ring de los ávaros* y la incautación de su tesoro. En Sajonia, una serie de campañas conducen al definitivo sometimiento del territorio. En España, el ejército franco mandado por Luis de Aquitania, contando con la colaboración de los aristócratas de origen visigodo, conseguirá la ocupación de Barcelona. En el último período del reinado de Carlomagno, la guerra expansiva se detiene; la actividad militar se orienta a la

contención de los nuevos enemigos que comienzan a perfilarse: los eslavos en el este, los daneses en Frisia, los piratas sárracenos en el Mediterráneo.

Al final de las conquistas carolingias, el reino de los francos, convertido en Imperio, ocupaba un vasto espacio que se extendía desde la vertiente meridional de los Pirineos hasta el curso del Elba o la llanura húngara y desde el mar del Norte hasta el sur de Italia. Amplio conjunto territorial que, lejos de la uniformidad, englobaba países diversos, de tradiciones muy diferentes. Sobre ellos, el grupo de hombres que estuvo al frente del Imperio desarrolló un amplio esfuerzo de cohesión, cuyo hilo conductor fue la modificación de las diversas herencias primitivas en la dirección de la *respublica christiana*.

Todos los hombres libres del reino, primero, del Imperio, después, fueron requeridos por los condes en tres ocasiones (789, 793 y 802), para prestar y renovar juramento de fidelidad al soberano, a la manera en que había sido hecho por los romanos. Elemento unificador de efectos contradictorios, puesto que tendió a ser mal interpretado: algunos lo consideraron un signo de debilidad, otros entendieron que, si no juraban, no estaban obligados a la obediencia; la relación con el rey tendía a adquirir el carácter de un contrato interpersonal apoyado en la garantía religiosa del juramento. Más importancia tiene el esfuerzo legislativo desarrollado por Carlomagno y sus sucesores. A comienzos de mayo, tenían lugar las asambleas generales previas a las expediciones guerreras; compuestas teóricamente por todos los libres, en la práctica debieron reducirse a algunos cientos de personas, mayoritariamente jefes militares y dignatarios laicos y eclesiásticos. Se debatían allí asuntos importantes de la política del reino que, previamente seleccionados, se sometían entonces a la consideración de los presentes. Adoptadas las resoluciones, se proclamaban en voz alta y —en esto, la innovación de Carlomagno es de importancia— se ponían después por escrito agrupadas en *capitula*. De este modo, se conseguía una mayor estabilidad y una más eficaz difusión de las disposiciones normativas. Las capitulares, más instrucciones administrativas que disposiciones legales propiamente dichas, no supusieron la unificación de las leyes en el Imperio, donde continuaron conviviendo tradiciones legislativas diferentes, pero contribuyeron a introducir elementos comunes, de la misma manera que lo hizo la aplicación exclusiva del derecho romano y las decretales pontificias a los clérigos.

Los pasos hacia la unificación son también visibles, sobre la base del perfeccionamiento de las instituciones francas tradicionales, en la tarea de gobierno. Sin perder nunca del todo su carácter itinerante, la monarquía carolingia tiende hacia la estabilización —Aquisgrán, en el centro de los dominios patrimoniales de la familia carolingia, es la residencia progresivamente más frecuentada por Carlomagno—, que favorece, a partir de una realidad que es esencialmente doméstica, la aparición de los primeros signos de la administración central. En ella, el conde de palacio —que sustituye al rey en la presidencia del tribunal de justicia—, el *camerarius* —que tiene la responsabilidad de las riquezas acumuladas por los impuestos, los donativos o el botín— y el canciller —que, entre los clérigos agrupados en la capilla real, se ocupaba de la trascendente misión de poner por escrito las cartas, los diplomas reales y las leyes—, concentran un poder que empieza a ser significativo. En la administración del territorio, el conde era la figura clave. Según estimaciones recientes, asciende a setecientos el cálculo de los condados existentes en el Imperio, con un territorio que, según las áreas, era la herencia de los distritos de las ciudades antiguas o de las viejas divisiones tribales. Representante del rey en el distrito que gobierna, el conde se encarga de la aplicación de las capitulares, del mantenimiento del orden, de la recaudación de los impuestos, de la convocatoria del ejército y de la presidencia del *mallus*, la asamblea que administra justicia, auxiliado por jueces conocedores del derecho. En los territorios fronte-

rizos o en aquellos otros dotados desde antiguo de una sólida entidad propia, Carlomagno mantuvo la figura merovingia del duque o creó la nueva del conde de la marca. Duques y marqueses tenían competencias civiles y militares sobre un conjunto de condados que, situados en zonas fronterizas, necesitaban de una superior capacidad organizativa que les permitiera respuestas rápidas ante las frecuentes incursiones. En Bretaña, Hispania, Friul, Panonia, se crearon las marcas más importantes. La integración de condados, marcas, ducados y reinos en el Imperio fue estimulada por la presencia de los *missi dominici*, enviados extraordinarios del monarca encargados de la relación entre el gobierno central y los agentes locales, cuyas funciones de inspección fueron cuidadosamente precisadas por Carlomagno.

Pese a todo, el Imperio seguía siendo un mosaico de territorios, cuyo control se degradaba en círculos concéntricos hasta las marcas. En la búsqueda de la cohesión deseada, el círculo de Aquisgrán y Carlomagno recurrieron a un instrumento que se revelaría muy contradictorio: la introducción del vasallaje en las relaciones políticas. Al sistematizar la unión del beneficio con el vínculo de fidelidad personal y estimular su generalización, el monarca, puesto que las cesiones de tierras fiscales o de cargos eran temporales, pudo constituir en su provecho una red de fidelidades particularmente útil en el terreno militar, pero que abría el camino a la patrimonialización de las funciones públicas.

Los reinados de Pipino el Breve y Carlomagno son los del gran impulso que conduce a la construcción carolingia. La inercia adquirida la mantendrá durante un tiempo; pero es claro que, desde el reinado de Luis el Piadoso, se detiene el esfuerzo y comienza el declive. Reducidas primero, luego desaparecidas las guerras exteriores, surgen las dificultades en el interior. Luis el Piadoso, heredero único del Imperio a la muerte de Carlomagno en 814, gracias otra vez a la desaparición previa de sus dos hermanos, aplica en principio la política propugnada por los clérigos de su entorno —Benito de Aniano, un hispanogodo de Septimania, y Agobardo, futuro arzobispo de Lyon, un hispano—, fervorosos partidarios de un Imperio unitario de esencia cristiana y base romanizante. Pero el contraste entre la teoría y la realidad se agudiza rápidamente. No hay mejor prueba de ello que el hecho de que, después de varias generaciones de transmisión unitaria del poder debida exclusivamente al azar de las circunstancias, puesto que no se había planificado nunca, cuando se la planifique —Lotario es coronado emperador por su padre en 817— no dé resultado. Los intereses de los clanes aristocráticos, escudados en las disensiones entre los hijos del emperador, sobre todo desde el nacimiento de Carlos el Calvo, de su segundo matrimonio, conducirán a una larga serie de luchas internas y, tras la muerte de Luis en 840, al reparto del Imperio en el tratado de Verdún (843). Consecuencia de un difícil equilibrio en que se logrará la igualdad de las tres partes, la coherencia de los grupos aristocráticos y el respeto a los reinos anteriores (Aquitania, Italia y Baviera), el resultado de Verdún es un mapa en tres franjas verticales, en el que la Lotaringia central parece ya amenazada entre los topes de Germania y Francia. Después de Verdún, el Imperio seguirá existiendo, en el régimen de fraternidad inventado por los clérigos o en efímeras reconstrucciones posteriores, pero vaciado ya de cualquier contenido real en el contexto de una Europa sacudida por las segundas invasiones.

3. Una aproximación desde abajo.

Los fundamentos materiales del Imperio carolingio

Una construcción teórica brillante, una realidad política, que, sin ser el fiel reflejo de aquella, no deja de ser asombrosa, harían pensar en la solidez de los cimientos económi-

cos del Imperio carolingio. Sin embargo, la deducción ha sido discutida. Los historiadores interesados por la economía encuentran, al estudiar la época carolingia, un primer dato claramente positivo: el renacimiento de la escritura al servicio de ese esfuerzo organizativo que ya hemos descrito ha producido un aumento muy considerable del volumen de información disponible, que arroja sobre esta época una luz repentina e intensa. Hecho positivo, pero también arma de doble filo, porque, entre otras cosas, el análisis de ese conjunto de fuentes obliga a la distinción, no siempre clara, entre los buenos deseos de sus redactores reformistas y una realidad no siempre fácilmente adaptable a ellos.

Cuando se redactaron los polípticos, los inventarios de los dominios territoriales del rey o de los monasterios, se contaron y se hicieron constar en ellos a los integrantes de las familias instaladas en las explotaciones campesinas dependientes. Información preciosa que da a la demografía de este momento una precisión de la que carecía hasta entonces y de la que carecerá durante bastante tiempo aún en el futuro. De ella puede deducirse la existencia de agudos contrastes entre áreas, a veces muy próximas, densamente ocupadas y espacios semivacíos. La impresión que se obtiene, según Georges Duby, es la de una población que ha crecido en el marco de la economía señorial, pero que no encuentra lugar para desarrollarse cómodamente. En cualquier caso, la población europea es ahora más abundante que después de las epidemias de peste del siglo VI; pero también es claro que el crecimiento carolingio no es comparable al que tendrá lugar en Europa desde los alrededores del año mil.

Es la comparación con el crecimiento de los siglos centrales de la Edad Media lo que ha hecho moderar las interpretaciones, a veces muy optimistas, de la situación económica carolingia. Robert Fossier ha señalado con claridad sus límites. Ciertamente, en éste como en otros dominios, se observa claramente la decidida voluntad de un grupo de hombres por mejorar la situación: determinan, regulan, ordenan, fijan precios, establecen pesos y medidas, reglamentan la circulación monetaria. Pero el objetivo no siempre se consigue. La insuficiencia del nivel técnico aparece por doquier, y los rendimientos, del 2 por 1, a veces del 1 por 1, resultan inadmisibles. Allí donde se realizan estudios de ámbito local, el sistema de producción basado en la distinción entre reserva y mansos, y en la abundancia de las prestaciones en trabajo, que está en la base del llamado «régimen señorial clásico», aparece más como un intento de organización de la realidad que como su reflejo. Los contrastes entre la cantidad de mano de obra disponible y la capacidad de emplearla resultan llamativos. Se abre camino la hipótesis de una agricultura no del todo asentada, todavía en buena medida itinerante, que necesita de espacios muy amplios para el sostén de una población cuyos precarios asentamientos están sujetos aún a una cierta movilidad.

En el nivel de los intercambios, los signos de intensificación parecen algo más claros. La propia reforma monetaria carolingia —el dinero de plata como moneda circulante y una equivalencia entre oro y plata, entre dinero y sueldo, que da como resultado el sistema basado en la libra de veinte sueldos y el sueldo de doce dineros— no tendría sentido sin la existencia de los intercambios. Por otra parte, los síntomas de la actividad comercial en los «portus» del mar del Norte (Duurstede, Quentovic), en las ciudades de Lombardía, puerta de Oriente, o en las ferias de Saint-Denis, son innegables y, junto a la revitalización de los pasos alpinos, prefiguran los grandes polos y ejes de la circulación comercial de Europa. No obstante, conviene no olvidar que, por el momento, estos intercambios están en manos de un reducido grupo de mercadores especializados, contemplados aún con desconfianza, que transportan armas, telas preciosas y especias con destino a un reducido grupo de clérigos y guerreros.

En el fondo, los proyectos de reforma desembocan en contradicciones evidentes. En el Imperio cristiano es tan difícil conjugar los preceptos de la caridad con la guerra de rapiña, como con el interés por el beneficio y la acumulación que está en la base del crecimiento. Al examinar los fundamentos materiales, la distancia entre el mundo carolingio y la Europa de la cruzadas aparece cada vez más clara.

Bibliografía

- Agricoltura e mondo rurale in Occidente nell'Alto Medioevo*, CISAM, XIII Settimana, Spoleto, 1966, 2 vols.
- Duby, G.: *Economía rural y vida campesina en el Occidente Medieval*, Barcelona, 1968.
- : *Guerreros y campesinos. Desarrollo inicial de la economía europea, 500-1200*, Madrid, 1981.
- Fichtenau, H.: *L'Empire carolingien*, París, 1981.
- Folz, R.: *Le couronnement impérial de Charlemagne*, París, 1964.
- Halphen, L.: *Carlomagno y el Imperio carolingio*, México, 1955.
- Hodges, R.: *Dark Age economics. The origins of town and trade. A. D. 600-1000*, Londres, 1982.
- La città nell'Alto Medioevo*, CISAM, VI Settimana, Spoleto, 1959.
- Magnou-Nortier, E.: *Foi et fidélité, Recherches sur l'évolution des liens personnels chez les francs du VII^e au IX^e siècle*, Toulouse, 1976.
- Nascita dell'Europa ed Europa carolingia. Un'equazione da verificare*, CISAM, XXVII Settimana, Spoleto, 1981, 2 vols.
- Perroy, E.: *Le monde carolingien*, París, 1974.
- Riché, P.: *Les Carolingiens. Une famille qui fit l'Europe*, París, 1983.
- Ullmann, W.: *Historia del pensamiento político en la Edad Media*, Barcelona, 1983.

TEMA 10

LA *DILATATIO CHRISTIANITATIS* Y EL RENACIMIENTO CAROLINGIO (DE SAN BONIFACIO A LA MUERTE DE ESCOTO ERÍGENA)

por EMILIO MITRE

La defensa de la fe en el interior y su propagación mas allá de las fronteras del territorio franco (*dilatatio regni*, o *dilatatio Christianitatis*) constituían la cobertura moral para la actuación política de los carolingios. Estos principios, siguiendo las pautas agustinianas, justificaron las numerosas guerras emprendidas por Carlomagno y sus parientes.

1. Los carolingios y la labor de evangelización

Los dominios legados por Carlos Martel a sus sucesores estaban dotados de una cierta cohesión, pero rodeados de enemigos. El cerco, sin embargo, empezó a quebrarse con la actuación de la última gran figura del monacato insular: San Bonifacio.

Llegado al continente hacia 716, ejerció un dinámico apostolado en Frisia y, sobre todo, en Hesse y Turingia. La obra de San Bonifacio no es sólo la de un evangelizador, sino también la de un enérgico organizador. Bajo su impulso, cobraron vida los importantes monasterios de Fritzlar, Heidenhem y, en especial, Fulda, fundado en 744, según palabras del apóstol, «para que los cuatro pueblos a los que he llevado la palabra del Evangelio permanezcan en su entorno». Bajo su impulso, igualmente, se fundaron nuevas diócesis y se consolidaron algunas ya existentes, pero de vida un tanto lánguida: Erfurt, Passau, Ratisbona, Freising... En 742, San Bonifacio presidiría, como legado pontificio, un magno concilio germánico, símbolo de la vitalidad de una Iglesia en expansión. La colaboración de los poderes políticos —Bonifacio consagró a Pipino el Breve en 751— constituyó una baza de primer orden para la buena marcha de estas operaciones. Hasta tal punto que la muerte de Bonifacio a manos de un grupo de paganos frisonos el 754 no supuso, ni mucho menos, una interrupción de la política de evangelización.

La conquista y la evangelización de Sajonia fueron los grandes objetivos políticos y religiosos de Carlomagno. A ello se dedicaron una buena parte de los esfuerzos militares del restaurador del Imperio en el Occidente. La brutalidad con la que procedió hasta las vísperas del año 800 es una muestra de la mala conducción de la empresa durante los primeros tiempos: matanza de Verden de 782, *Capitular ad partes Saxoniae* de 785, que castigaba

con la pena de muerte todo tipo de delitos, deportaciones masivas de rebeldes, etc. La rebelión general de sajones entre 794 y 799 es una buena muestra de la ineficacia de muchas de estas medidas. Desde esos momentos, la política de terrorismo franco fue declinando y Sajonia conoció la consolidación de una red episcopal (Padernorn, Werden, Minden, Os-nabrück, etc.) y monástica (Corvey) que contribuyó a sedimentar lentamente la nueva cristiandad.

Limitaciones similares se manifestaron en la evangelización de otro pueblo sometido: los ávaros. Desde 795, el metropolitano Arno de Salzburgo llevó a cabo una meritoria labor, puesta en peligro por una revuelta general cuatro años más tarde. El bautismo del khan ávaro en 805 puso, al fin, al territorio bajo la fidelidad de Carlos.

Menor impacto aún tuvo la labor de evangelización hacia los países nórdicos. Bajo el reinado de Luis el Piadoso se emprendieron algunas operaciones con escasos resultados. El monje Anscario fue el principal protagonista, tomando la nueva diócesis de Hamburgo (833) como principal base de operaciones. La ciudad fue, sin embargo, destruida en 845 por una razzia normanda. El área del Báltico debería esperar aún muchos años para conocer una sistemática cristianización.

2. El monarca franco como defensor de la fe

La coronación del 800 se inscribió en una carrera de emulaciones entre la monarquía franca y el imperio de Constantinopla. Y no sólo en el terreno político, sino también en el religioso en general y en el teológico en particular. El mundo franco, a diferencia del de Constantinopla, podía presumir de no haber sufrido serios desgarrs a causa de grandes querellas teológicas. Con todo, Carlomagno y sus colaboradores se sintieron en la necesidad de proclamar su posición en torno al espinoso tema del culto a las imágenes que en Oriente había provocado una gravísima crisis. Esa necesidad resultó en los llamados *Libri carolini* y en la celebración de un sínodo en Frankfurt en 794. En ambos se repudiaron por igual la iconoclastia y las fórmulas que los teólogos orientales habían propuesto para combatirla. Occidente pretendía, con ello, dotarse de un pensamiento teológico autónomo.

En una línea similar de diferenciación con Oriente, el mundo carolingio procedió a potenciar una fórmula que Constantinopla veía con enorme recelo: la de la doble proce-sión del Espíritu Santo (*filioque procedit*) que empezó a cobrar fuerza dentro del Credo.

Mayores problemas para la unidad de la Iglesia carolingia creó la querella adopcionista, que convertía a Cristo en mero hijo adoptivo del Padre en cuanto a su naturaleza humana.

El problema surgió en la sede metropolitana de Toledo —sometida políticamente al Islam—, de la mano del obispo Elipando, y en el área pirenaica, por obra del obispo Félix de Urgel. Esta última había quedado, por efecto de la expansión franca, inmersa en el edificio político carolingio. La difusión del error —se ha hablado de unas veinte mil personas contaminadas— causó, por tanto, la alarma de Carlomagno y de sus consejeros. También la de su aliado, el monarca del pequeño reino astur, Alfonso II.

La ofensiva contra la herejía fue conducida con gran energía desde ambos frentes. Desde el reino de Asturias, Beato de Liébana argumentó de forma un tanto violenta y pan-fletaria. Desde el ámbito carolingio, Alcuino de York, el principal consejero de Carlos, condujo el asunto más racionalmente. Varias reuniones conciliares (Ratisbona en 792, Frank-furt en 794, Friul en 796 y la conferencia de Aquisgrán en 799) pusieron el problema en

vías de solución. La retractación de Félix de Urgel y el aislamiento y la muerte de Elipando pusieron fin a la querella adopcionista.

Las iniciativas tomadas por Carlos y sus consejeros en la defensa de la unidad de la Iglesia concedieron al emperador la imagen de mentor de la teología europea, dotado de unos poderes césaropapistas.

3. *Regnum y sacerdotium en el mundo carolingio*

La entronización de los carolingios tras la usurpación de 751 se debió, en buena medida, a la complicidad de un pontificado cuyos intereses se alejaban de Constantinopla para bascular hacia Occidente. Desde 752, en efecto, los papas serán ya todos occidentales. Tal complicidad tuvo su precio y sus vicisitudes.

Los intelectuales del Alto Medievo pensaron en la existencia de una Iglesia universal, verdadera sociedad cristiana, en la que coexistían dos poderes importantes: el que simbolizaba el sacerdocio y el que representaba la realeza. Así lo había expresado el papa Gelasio en 492 y lo recordó en 833 Jonás de Orleans, en su *De institutione regia*: «*in ea due principaliter extant eximie persone; sacerdotalis videlicet et regalis*». El problema era saber cómo podían coexistir estos dos poderes simbolizados, en último extremo, por el papa y por el *rex francorum*, convertido en emperador en la Navidad del 800.

La consagración de Pipino había sido acompañada del reconocimiento de un poder temporal de los papas del que los monarcas carolingios serían garantes. Es posible que ello haya determinado la redacción de la famosa *Falsa donación de Constantino*, según la cual este emperador había otorgado al papa Silvestre el dominio sobre Roma, Italia y todo el Occidente.

En los años siguientes, sin embargo, nadie se atrevió a cuestionar el papel preponderante de Carlomagno sobre el conjunto de la sociedad cristiana. Menos aún un León III con graves dificultades dentro de la propia Roma y a quien el monarca franco redujo al papel de mero impetrador de la protección divina. Las líneas de gobierno, e inclusive las teológicas, de la Iglesia en Occidente eran, de hecho, dictadas por Carlos y sus consejeros.

A la muerte del gran carolingio la relación de fuerzas *regnum/sacerdotium* experimentó una serie de transformaciones. Luis el Piadoso fue más proclive a los consejos del estamento eclesiástico. Aun en los años centrales del siglo IX, y en una línea similar a la de la *Falsa donación de Constantino*, se redactaron las *Falsas Decretales*. En ellas se reservaba a papas y obispos el derecho a convocar concilios y se abogaba por una auténtica sacralización de los bienes de la Iglesia. Un intento, en definitiva, de evitar las intromisiones de los laicos en la esfera eclesiástica. Un intento en buena parte frustrado, pero que crearía un valioso precedente doctrinal para un futuro en que corriesen mejores vientos para la Iglesia.

Entre 858 y 867, Occidente contó con un pontífice de incuestionable talla: Nicolás I. Bajo su reinado, Roma ejerció toda su autoridad frente a los orgullosos metropolitanos francos —como en el caso del prestigioso Hincmar de Reims— y plantó cara a la propia Constantinopla con motivo de la elección del patriarca Focio. El gesto del pontífice al rechazar el divorcio de Lotario II fue muestra también de una gran independencia de criterio en relación con el poder político.

La obra de Nicolás I no pudo ser continuada de inmediato. Los pontífices habían conseguido librarse de la pesada hipoteca de un poder demasiado absorbente como el de

Carlomagno, pero la disolución del Imperio les había privado también de apoyos estables. La crisis generalizada del estamento eclesiástico desde fines del siglo IX tiene un dramático reflejo en la difícil situación de un papado a merced de las facciones romanas. Una situación a la que, tópicamente, se ha calificado de *seculum ferreum* del pontificado.

4. La sociedad eclesiástica y el orden monástico

Intelectuales de la Europa carolingia, como Jonás de Orleans, hablaron de la sociedad cristiana como *ordo trinus* dividido en clérigos, monjes y laicos.

Cuando se habla de *ordo clericorum* se piensa, esencialmente, en su cúpula: el episcopado. Sus miembros, de hecho, ejercieron como «funcionarios» del poder real. Ello ayudó no sólo a la difusión del cristianismo más allá de las fronteras del mundo estrictamente franco, sino también a la centralización y la unificación política de éste. Los obispos fueron llamados con frecuencia al *plaid*, ejercieron como *missi dominici* y en más de una ocasión se les encomendaron misiones diplomáticas. Pese a las prohibiciones canónicas, las operaciones militares contaron muchas veces con su participación activa. En algún caso ilustre, como el de Hincmar de Reims, vemos a un obispo, metropolitano en esta ocasión, ejercer sus funciones estrictamente pastorales junto a las políticas: actuará de hecho como regente de Francia durante la ausencia de Carlos el Calvo en 872.

Si el episcopado era reclutado entre las grandes familias y en los medios monásticos, el bajo clero lo era entre las capas más modestas. Desde el mismo ascenso al poder de los carolingios se intentó su dignificación. El concilio germánico, de 742 y el de Soissons, de 744, abogaron por una vida clerical similar a la de los monjes: se prohibía a los curas el ejercicio de la guerra y de la caza, y la vida bajo el mismo techo que una mujer. Se les recordaba, igualmente, su obediencia al obispo al que estaban subordinados. Bajo Luis el Piadoso se trató de dotarles de medios suficientes (un manso de tierra y dos esclavos) para que pudieran dedicarse exclusivamente a su ministerio. Sinceros reformadores, como Agobardo de Lyon o Hincmar de Reims, insistieron en la regulación de sínodos diocesanos y visitas sinodales para vigilar al clero parroquial. La mayoría de las veces, estas medidas no pasaron de un catálogo de buenas intenciones que se estrellaron contra la dura realidad del momento.

Algo similar cabía decir del orden monástico bajo los carolingios.

Hacia el 800, ha escrito Knowles, Europa occidental estaba llena de grandes abadías, desde Monte Cassino, en el sur de Italia, restaurada en 717, a Iona, en el norte de Britania. Los viejos y los nuevos monasterios eran focos de evangelización y de cultura, y en muchos casos, también, importantes centros económicos. De ahí que los primeros carolingios —especialmente Carlos Martel— los convirtiesen en moneda de pago de los servicios prestados a la dinastía. Una figura acabó siendo corriente: la del abaciado laico que hacía disfrutar a un vasallo real de las rentas de una abadía.

Pipino el Breve y Carlomagno siguieron esta misma pauta, pero trataron de paliarla impulsando algunas importantes medidas reformadoras, como la entrega de la abadía de San Martín de Tours a Alcuino de York, para que la enderezara, y el proyecto, desde 811, de uniformar el gobierno de todos los monasterios del Imperio bajo la regla de San Benito. Los canónigos regulares habrían de regirse por la regla redactada a mediados del siglo VIII por Crodegango de Metz.

Luis el Piadoso recogió la antorcha de esta política a través de la reunión de dos sínodos en Aquisgrán (816 y 817). Un monje de ascendencia hispana —Benito de Aniano— se encargó de promover la reforma en todo el territorio imperial a partir de un modelo: el de la abadía de Inde, fundada en las cercanías de Aquisgrán. A fin de limitar la codicia de los grandes, se determinó que una parte de los bienes de las abadías (la mesa conventual) fuera inalienable como propiedad del conjunto de los monjes.

Pero Benito de Aniano murió tempranamente, en 821, sin que sus planes se pudieran llevar a la práctica. La vida monástica del Occidente vivió en los años sucesivos bajo las pautas de anarquía de un imperio en disolución. Las incursiones de normandos, magiares y sarracenos hicieron de los monasterios occidentales codiciadas presas. El de Lindisfarne fue saqueado por los piratas nórdicos en fecha tan temprana como 793.

5. La educación religiosa de los laicos

Si hemos de guiarnos por la conducta de los dirigentes políticos de la sociedad carolingia, la formación religiosa de la masa de fieles se encontraba plagada de sombras. La sólida fe religiosa de un Carlos Martel o de un Carlomagno se vio contrapesada por el despojo de bienes eclesiásticos del primero, y por la irregularidad de la vida conyugal y el autoritarismo frente al papado del segundo. Luis el Piadoso fue más respetuoso con los intereses eclesiásticos, se sometió a dos humillantes penitencias públicas y renunció en 817 a mediatizar la elección de papas. Bajo sus sucesores, sin embargo, estas consideraciones cayeron en el olvido.

En relación con el pueblo llano, la labor pastoral de la Iglesia se desenvolvió en medio de un cúmulo de dificultades a veces insuperables. Una sociedad nominalmente cristiana seguía dominada por grandes resabios de paganismo y no sólo entre las masas de población, como era el caso de los sajones, obligados a cristianizarse *manu militari*. En 743, por ejemplo, en el concilio de Leptinnes fue redactado un *Indiculus superstitionum et paganiarum* que ponía en evidencia la amplia aceptación popular de viejos cultos. Los consejos de San Bonifacio o de Alcuino de York relativos a una preparación catecumenal previa a la recepción del bautismo por los paganos adultos no tuvo demasiado éxito. Acabaron primando los criterios de inmediatez defendidos un tanto primariamente por los poderes políticos. Los efectos habían de mostrarse desastrosos en más de una ocasión.

La legislación canónica, complementada con las propias disposiciones civiles, inculcaron el sentido de las verdades de la fe y el valor de las distintas ceremonias.

Si con el bautismo se nacía al cristianismo, la penitencia era el instrumento de reconciliación. El matrimonio, por último, era considerado como el estado ideal del laico. La Iglesia luchó por la estabilidad de la pareja frente a las viejas costumbres germánicas (*Morgengabe*) de establecer uniones puramente temporales. Estos propósitos chocaban frontalmente con el escaso ejemplo de los propios dirigentes civiles como el mismo Carlomagno, unido concubinariamente durante buena parte de su vida. Bajo Luis el Piadoso, la corte vivió una mayor rigidez: se dictaron severas medidas para limitar la prostitución, y el sínodo de París de 829 se pronunció categóricamente a favor de la indisolubilidad del matrimonio. Las únicas situaciones en las que la ruptura del vínculo se reconocía posible eran en los casos de incesto, rapto, impotencia del marido o adulterio de la esposa; estas dos últimas instancias requerían la aportación de pruebas.

Como en otros planos de la vida de la Europa carolingia, las rígidas normas propues-

tas por la Iglesia o por algunos severos reformadores no tuvieron otro valor que el de referencias para el futuro.

Con todo, los distintos sínodos convocados en el período incitaron a mantener un vivo diálogo entre el estamento eclesiástico y una sociedad lastrada por numerosas inercias. La predicación se fue popularizando a través de su ejercicio en lengua vulgar, recomendada por el sínodo de Maguncia de 847, para la mejor comunicación con unos oyentes a quienes el latín eclesiástico resultaba ya incomprensible. El enriquecimiento del santoral —muchas veces con advocaciones meramente locales— fue divulgando unos ideales de vida que los tratadistas carolingios procuraron ilustrar también por otros medios. Así, Alcuino de York, en su opúsculo *De los vicios y de las virtudes*, hablaba de las armas de la religión para luchar en la guerra contra los vicios. Jonás de Orleans, aparte de su *Institutione regia*, dedicada a Pipino de Aquitania, redactó una *De institutione laicali* en donde se abunda en una enseñanza moral dirigida a la masa de fieles, haciendo hincapié en la bondad, la paciencia, la humildad y la castidad. Confesión y penitencia eran presentadas a los laicos como los mejores medios para el progreso espiritual. En una sociedad en la que la violencia era omnipresente, el estamento eclesiástico intentaba convencer a los laicos de que ellos también tenían unos importantes deberes que cumplir y unas virtudes que practicar. Dhuoda, esposa del marqués Bernardo de Septimania, compendió ambos términos en el *Liber manualis*, un singular texto educativo redactado a mediados del siglo IX para la formación de su hijo Guillermo.

6. Los primeros tiempos del Renacimiento carolingio:

Alcuino de York y sus herederos

El interés «dirigista» manifestado por Carlomagno en algunos aspectos de la economía —ciertos capitulares o la reforma monetaria— se reflejó también en el ámbito de la cultura. Los contemporáneos del emperador hablaban de la creación de una «Atenas de Cristo», superior a la antigua, dado el aporte de la verdadera fe, y —según la expresión de Alcuino— de un traslado del jardín del Edén desde York al corazón de la Galia. Hoy preferimos hablar de un Renacimiento carolingio, aunque seamos plenamente conscientes de sus limitaciones.

Muchas de las grandes figuras que protagonizaron este movimiento cultural procedían del otro lado de las fronteras del mundo estrictamente franco. Así, Paulo Diácono (720-799), autor de una *Historia Longobardorum* en la línea de otras anteriores de signo «nacional», era un italiano del norte. Alcuino de York, el gran mentor cultural, era un anglo de Northumbria. Benito de Aniano o Teodulfo de Orleans eran de ascendencia hispana. Sedulio Escoto y Escoto Erígena —la más poderosa figura intelectual— eran irlandeses. El Renacimiento carolingio fue así, en buena medida, resultado de la convergencia de focos culturales periféricos sobre el mundo franco.

Distintos factores contribuyeron a que los resultados obtenidos por este movimiento cultural fueran bastante mediocres. En primer lugar —el más tópico—, las propias limitaciones del patrocinador: según su biógrafo Eginardo, el emperador sabía leer pero, al final de su vida, no había hecho grandes avances en la escritura. En segundo lugar, los escasos medios disponibles: según Pierre Riché, la abadía de Reichenau, la mejor dotada hacia 822, tendría un máximo de quinientos volúmenes. Y, en último término, la finalidad puramente utilitaria en la que derivó el proyecto cultural carolingio. En efecto, pese a disposiciones como la *Admonitio generalis* (789), en la que se pide que se abran escuelas para los niños

en todos los obispados y monasterios, lo más a lo que se pudo aspirar fue a la formación de cuadros: esencialmente, dignatarios eclesiásticos provistos de un cierto bagaje literario. De ahí que el Renacimiento carolingio fuera un movimiento, ante todo, puramente clerical. En torno al 800, por tanto, se llega al final de un camino iniciado en los albores del Medioevo: el que lleva a pensar que «la verdadera filosofía no es otra que la verdadera religión y la verdadera religión no es otra que la verdadera filosofía». Una conclusión que, a la postre, supone también la utilización de las ciencias profanas como una simple propedéutica para el conocimiento de la fe cristiana.

Con todo, el Renacimiento carolingio logró —como ha sugerido Ph. Wolff— culminar el diseño del mapa cultural de Europa. A costa de un cierto alejamiento del Mediterráneo —al igual que sucedió en la vida política o económica—, los más importantes focos basculan hacia el norte: Aquisgrán, Tours, Orleans, los nuevos grandes monasterios como Fulda, Corvey o Reichenau, etc., fueron capaces de sobrellevar las mayores dificultades y convertirse en importantes sedes culturales de la Europa medieval.

Coincidiendo en esencia con el reinado de Carlomagno se ha hablado de un primer momento del Renacimiento carolingio, en el que primó el interés por lo literario y lo gramatical y cuya figura fue Alcuino de York (730-806). Educado en los ambientes culturales promovidos por Beda el Venerable, se adscribió definitivamente a la corte carolingia en 793, tras algunos contactos episódicos. La grandeza de Alcuino, ha escrito E. Gilson, «está más en su labor civilizadora que en sus libros». Una forma elegante de definir las limitaciones del proyecto cultural carolingio. En efecto, Alcuino difícilmente podría obtener reconocimiento por obras como *De animae ratione*, donde repite ideas de San Agustín, o *De fide sanctae et individuae Trinitatis*, también escasamente original. En cambio, no se le pueden regatear méritos en otros campos: el traslado de su biblioteca de York a la abadía de San Martín de Tours, la promoción de los estudios del *trivium* y el *quadrivium* a través de sus tratados de gramática o dialéctica, el impulso a algunas reformas en el ámbito eclesiástico o su actuación como peculiar educador de la élite cortesana. En este último caso, la Escuela Palatina constituyó un curioso círculo cultural en el que se discutían temas que hoy nos resultarían triviales, pero que, en su momento, contribuyeron a crear una positiva imagen. A la muerte de Alcuino, versificador de relativa calidad, la poesía encontró refugio en Orleans, por obra del obispo Teodulfo, muerto en 821, fino literato y buen conocedor de los grandes poetas de la Antigüedad.

La desaparición de Carlomagno provocó una crisis en el ámbito de su obra política en los años inmediatos. No ocurrió lo mismo con la labor cultural, que fue continuada por los discípulos de Alcuino. Así, Rabano Mauro (780-856), considerado como «preceptor de Germania», legó, en su *De universo*, una completa enciclopedia en la línea marcada tiempo atrás por San Isidoro en las *Etimologías*. La memoria del fundador del Imperio fue recogida por el historiador Eginardo en su *Vita Karoli* (en torno a 830), texto cuya fuente principal la constituyeron los *Annales regni Francorum* y cuyo modelo literario se encuentra en el *De vita Caesarum* de Suetonio.

7. Escoto Erigena y el renacimiento filosófico

Desde mediados del siglo IX existen compromisos personales que permiten hablar de una primacía de lo filosófico sobre lo estrictamente literario. La Eucaristía y la predestinación se encontraron en el centro de las más importantes disputas.

Las primeras —con el tema de la transustanciación como eje— se arrastraron más allá de los límites del período estrictamente carolingio.

El tema de la predestinación tuvo en el monje Godescalco su teórico más destacado. Este personaje defendía, de hecho, un agustinismo extremo, al considerar que Dios sólo salva a los elegidos, que es por los que, en realidad, ha muerto Cristo. Con ello se cuestionaba seriamente el valor universal de la Redención. De inmediato surgieron debeladores de estas tesis. El más importante fue un insular: Escoto Erígena.

Desde los tiempos de Boecio, se ha dicho, no se encuentra en el Occidente un filósofo de talla similar. Caso excepcional en su época, Escoto Erígena era un buen conocedor de los autores griegos: el Seudo Dionisio, Máximo el Confesor o Gregorio de Nisa se encuentran entre sus fuentes, aparte los autores latinos como San Ambrosio o San Agustín.

En 851, Escoto escribió un *De praedestinatione* que resultó poco satisfactorio, aun para los enemigos de Godescalco. *De divisione Naturae* fue el texto más relevante del genial irlandés. En esta obra, Escoto Erígena da una visión del cristianismo a través del platonismo. El drama por el que la naturaleza humana se encamina a la salvación se resuelve en un proceso dialéctico: un movimiento de descenso que va del Creador a las criaturas y otro de ascenso por el que éstas retornan a Aquél. El intelecto, la razón y la memoria, grabados en el alma humana, verdadera imagen de Dios, permiten a la naturaleza humana, una vez convertida en puro espíritu, retornar totalmente a Dios.

Las fuertes dosis de panteísmo y su implícita defensa de una salvación para todos, hicieron de Escoto Erígena un hombre aislado y anatematizado. Con su muerte (877) se cierra simbólicamente el Renacimiento carolingio.

Bibliografía

- Abadal, R. d': *La batalla del adopcionismo en la desintegración de la Iglesia visigoda*, Barcelona, 1948.
- Chelini, J.: *L'aube du Moyen Âge. Naissance de la Chrétienté Occidentale. La vie religieuse des laïcs dans l'Europe carolingienne (750-900)*, Picard, París, 1991.
- Paul, J.: *La Iglesia y la cultura en Occidente (siglos IX al XIII)*, 2 vols., Labor, col. Nueva Clío, Barcelona, 1988.
- Reviron, J.: *Les idées politico-religieuses d'un évêque du IX siècle. Jonas de Orléans et son «De institutione regia»*, Vrin, París, 1930.
- Riché, P.: *De l'éducation antique à l'éducation chevaleresque*, Flammarion, París, 1968. Breve visión del tema acompañado de algunos textos ilustrativos.
- Vauchez, A.: *La espiritualidad del Occidente Medieval (siglos VIII al XII)*, Cátedra, Madrid, 1985. Renovadora síntesis.
- Wallach, J.: *Alcuin and Charlemagne. Studies in Carolingian History and Literature*, Ithaca, Nueva York, 1959.
- Wolff, Ph.: *L'éveil intellectuel de l'Europe*, Seuil, París, 1971. La primera parte va dedicada a la época carolingia.
- VV. AA.: *Jean Scot Erigene et l'Histoire de la Philosophie*, C.N.R.S., París, 1977.
- VV. AA.: *I problemi della civiltà carolingia*, I Settimana di studi sull'Alto Medioevo, Espoleto, 1954.
- VV. AA.: *Nascita dell'Europa ed Europa Carolingia: un'Equazione da verificare*, XXVII Settimana di studi sull'Alto Medioevo, Espoleto, 1981.
- VV. AA.: *Il matrimonio nella società altomedievale*, XXIV Settimana di studi sull'Alto Medioevo, Espoleto, 1976.

TEMA 11

LAS ÚLTIMAS INVASIONES. ESCANDINAVOS, MAGIARES Y ESLAVOS

por MANUEL GONZÁLEZ

Se ha repetido hasta la saciedad que el Imperio carolingio estaba construido sobre bases muy débiles. Esta afirmación es especialmente cierta en lo que se refiere a sus estructuras defensivas ante un enemigo exterior. El sistema de las *marcas*, pensado para hacer frente a enemigos sedentarizados, no servía para frenar a pueblos en fase de migración o a bandadas armadas que actuaban con extraordinaria movilidad. A ello hay que añadir la falta de interés de los carolingios por el mar —Pirenne llamó la atención sobre el carácter «continental» del Imperio de Carlomagno— y la serie de conflictos internos que se abatieron sobre Francia apenas muerto el emperador. El problema de las nuevas invasiones, sin embargo, supera el marco del *regnum francorum*. Incluso, por sus dimensiones, fue algo más que el «segundo asalto a la Europa cristiana» (L. Musset), ya que se inserta en un nuevo gran proceso migratorio de dimensiones continentales, menos uniforme que las grandes invasiones del siglo V, pero no menos importante y prolongado.

En efecto, tras una breve pausa que coincide prácticamente con la expansión militar de los francos, la presión sobre las fronteras de Europa se reanuda con nuevos y terribles protagonistas: los vikingos. El primer toque de atención fue el saqueo en 793 del monasterio de Lindisfarne, en la costa oriental de Inglaterra. Quince años más tarde, en 808, el rey de Dinamarca, Godofredo, atacaba la Alemania del norte y levantaba en el istmo de Jutlandia un muro para impedir la penetración franca en su territorio. Había empezado lo que los historiadores han denominado la «era vikinga». Era sólo el comienzo del «asalto» a la Europa cristiana, en el que también participarían, aunque en diversa medida, sarracenos y húngaros, al tiempo que en el extremo oriental de Europa se producía el final del proceso que se ha dado en llamar «la oscura progresión de los eslavos». Unos —vikingos, sarracenos y magiares— buscaban más las riquezas de Europa que un lugar donde asentarse; otros, como los eslavos, estaban alcanzando un asentamiento definitivo en unos territorios casi despoblados o, en el mejor de los casos, totalmente desorganizados (L. Musset).

1. Las invasiones escandinavas

Después de las grandes migraciones de los siglos III-V, Escandinavia —a la que el historiador Jordanes llamó *officina gentium; vagina nationum*— conoció un largo período

de calma durante el cual se desarrolló, especialmente en el área báltica, una cultura de corte aristocrático, la «civilización de Vendel», caracterizada por los enterramientos en navíos. Estamos ante un mundo [agro-pastoril y mariner] dominado por grandes propietarios, jefes militares y de clanes a la vez, entre los que destacan los *jarls* o jefes regionales. El sistema político estaba presidido por reyes de carácter electivo, en lucha frecuente con otros linajes reales o con la propia aristocracia de propietarios y guerreros que les había elegido. Por ello, no tendría nada de sorprendente que la primera expansión escandinava fuese alentada por los propios reyes.

La expansión escandinava se desarrolló en dos direcciones diferentes: por Occidente [Islas Británicas, Atlántico Norte, Francia y Frisia, y, esporádicamente, la Península Ibérica, Marruecos y el Mediterráneo], y por las estepas rusas, hasta alcanzar los territorios bizantinos y el Califato de Bagdad. La primera ruta o «ruta del oeste» (*estrvegum*), fue recorrida por daneses y noruegos, a quienes las fuentes occidentales designan con el nombre genérico de [normandos o vikingos]; en cambio, la «ruta del este» (*austrvegr*) fue frecuentada casi de forma exclusiva por los suecos o varegos.

1.1. NORUEGOS Y DANESES

Los cronistas occidentales de la época, impresionados por el carácter extremadamente violento de las primeras incursiones normandas, intentaron explicarlas como resultado de su odio al cristianismo y de su afán destructor. Hoy sabemos que esto no fue así, aunque todavía se manejen explicaciones poco convincentes como la superpoblación o el empeoramiento del clima de Escandinavia. Más convincentes resultan las explicaciones, deducidas tanto del comportamiento de las bandas normandas como de la misma arqueología, que fijan como móvil de la expansión de vikingos o varegos [el afán de riquezas y de botín] única forma de obtener prestigio social y tierras patrimoniales en sus países de origen (L. Musset). Sin embargo, todo ello, como bien ha señalado Durand, no hubiera sido posible sin un [entrenamiento militar] adecuado y, en el caso de noruegos y daneses, sin el principal instrumento del «imperialismo escandinavo» [el barco]. En efecto, parece ser que la superioridad militar de los escandinavos sobre los pueblos invadidos no residía precisamente en su armamento, sino en sus embarcaciones, ligeras, de poco calado y adaptadas tanto para la navegación de cabotaje y fluvial como de altura. En efecto, el barco utilizado por los vikingos en sus expediciones —el famoso *drakkar*, por la efígie de dragón que decoraba la proa— estaba dotado de un timón lateral extraordinariamente perfecto, navegaba tanto a vela como a remo, medía entre 20 y 25 metros de largo, por 3 a 6 metros de ancho, y podía transportar por término medio unos cincuenta guerreros.

Los historiadores distinguen varias fases en las invasiones normandas. La primera de ellas, prolongada desde [fines del siglo VIII hasta mediados del siglo IX] se caracterizó por la frecuencia y ferocidad de los ataques contra el Occidente cristiano. Atacaban por sorpresa, aprovechando las primeras luces del amanecer, en días festivos o de mercado, y desaparecían con igual celeridad, sin dar tiempo apenas a la reacción. El paso de las bandas normandas podía seguirse por el reguero de incendios y destrucciones que dejaban tras de sí. Cultivaban deliberadamente un arma psicológica tremendamente eficaz: el terror. Un miedo que paralizaba a los invadidos o que les hacía abandonar cualquier intento de resistencia, para emprender la huida apenas se extendía la noticia de un nuevo desembarco. Pero su arma más eficaz era sin duda su enorme movilidad, que les permitía ejecutar rápidamente

sus planes y aprovechar sistemáticamente el factor sorpresa (A. d'Haenens). El éxito de sus incursiones se explica todavía mejor si tenemos en cuenta la incompetencia de los cuadros gobernantes, el abstencionismo de la Iglesia a la hora de defender al pueblo de la amenaza normanda, y el desconcierto de las masas urbanas y campesinas, abandonadas por quienes tenían el deber de protegerlas y orientarlas.

Nada refleja mejor esta situación que un conocido texto de mediados del siglo IX, redactado por un monje del monasterio de Noirmoutier:

...No hay lugar o monasterio que haya sido respetado. Todos los habitantes han sido puestos en fuga, y no hay quien se atreva a decir: *Permaneced, resistid, luchad por vuestro país, por vuestros hijos, por vuestra familia.*

Esta fase de extrema violencia y de ataques indiscriminados culmina en 859 con el incendio de París, para dar paso a una etapa más tranquila, aunque no exenta de violencia. La depredación continúa, aunque de una forma menos catastrófica. El miedo y la incapacidad para resistir obligan a las poblaciones y a los gobernantes a llegar a acuerdos con los normandos en virtud de los cuales compran la paz a un precio elevadísimo. Se trata de «rescates» colectivos, llamados *Danegeld*. Se ha calculado que Francia pagó a los daneses, entre 845 y 923, no menos de 120.000 libras de plata.

El relativo alejamiento del peligro, aun a costa de un esfuerzo económico agotador, permitió organizar algún tipo de resistencia. En Inglaterra, Alfredo el Grande (871-899) creó una flota para hacer frente a los daneses en su propio terreno. En Francia no se llegó a tanto; pero, frente a la movilidad de los escandinavos, se reforzaron los sistemas defensivos (murallas, «castra», puentes fortificados). En general se trataba de defensas muy poco espectaculares: terraplenes, fosos, empalizadas y, excepcionalmente, muros de argamasa o de piedra seca; pero fue suficiente para contener a unos ejércitos poco acostumbrados a encontrar resistencia y, menos aún, a mantener largos asedios. A comienzos del siglo X, la marea normanda comienza a dar señales de agotamiento. La depredación esporádica y los *dane-geld* comenzaron a ser sustituidos por el asentamiento en los territorios invadidos. Es lo que sucedió en Inglaterra, en cuya parte oriental los daneses crearon una serie de «Estados», conocidos globalmente como *Danelaw* o territorio de dominio danés, o en Francia, donde en 911 el rey Carlos el Simple cedió al caudillo danés Rollon un sólido principado —Normandía— en concepto de feudo.

Se ha especulado sobre las causas de la detención de las incursiones normandas: cansancio, cambios sociales y económicos, la misma cristianización o un mayor control de las monarquías sobre los jefes y caudillos que habían protagonizado las primeras oleadas. Sea como fuere, lo cierto es que entre 930 y 980 Europa vivió unos años de tranquilidad. Los nuevos ataques se iban a centrar ahora, por parte danesa, contra Inglaterra, que sería conquistada en su totalidad entre 1014 y 1016 por Cnut el Grande. Los noruegos, por su parte, intentaron la conquista de Irlanda, siendo derrotados en 1014 por el *high king* Brian Boru en la batalla de Clontarf, cerca de Dublín. El desastre había sido compensado años antes con el descubrimiento y colonización de Groenlandia (981).

Es difícil hacer un balance de los efectos de las incursiones normandas. Del lado escandinavo, la depredación sistemática de las riquezas de Occidente supuso una riada de metales preciosos y de dinero que debió producir unos efectos económicos profundos y duraderos, por mucho que dilapidaran la fortuna conseguida. Pero, tal vez, el efecto más im-

portante fue «el flujo de *occidentalidad*» que transformó por completo las estructuras tradicionales del mundo escandinavo.

Se discute el impacto de las invasiones sobre Occidente. Sin negar en modo alguno su violencia y sus efectos destructores, hoy día se tiende a desdramatizar la visión, demasiado catastrofista, que nos legaron los contemporáneos. Desde luego, tras recientes investigaciones, no puede ya sostenerse la tesis defendida por Pirenne, según la cual, en el espacio «belga» se produjo una ruptura brutal de la vida urbana y del comercio.

1.2. LA EXPANSIÓN DE LOS VAREGOS (suecos)

Peor conocida y más problemática en cuanto a su desarrollo e implicaciones fue la expansión de los *suecos* o *varegos* por las estepas rusas, siguiendo las rutas del Volga-mar Caspio, y del Vístula-Dniéper-mar Negro. Las inscripciones *rúnicas* encontradas en Suecia, los hallazgos arqueológicos de miles de monedas califales, los enterramientos excavados en algunas partes de Rusia hablan insistentemente de la presencia de los suecos en esos territorios. Así, por ejemplo, la *runa* de Ulanda afirma de un guerrero sueco que

Partió lleno de valor y se enriqueció lejos, en Grecia, para su heredero.

Otra cosa es, como veremos en este mismo capítulo, determinar el papel que jugaron en el nacimiento de algunos principados eslavos, como los de Kiev o Novgorod.

Parece, en cualquier caso, que su expansión fue contemporánea de la de los daneses (h. 830). Entre 840 y 860 entraron en contacto con bizantinos y musulmanes. El problema consiste en determinar cómo atravesaron el ancho espacio de las estepas rusas y qué relación establecieron con las poblaciones eslavas. Está demostrado —al menos, ésta es la base de la teoría «normandista»— que los *varegos*, llamados también por los cronistas rusos *rus* y *svei* o *suecos*, comerciaron activamente con bizantinos, musulmanes y turcos. Pero, además de comerciantes, fueron guerreros profesionales al servicio de los príncipes eslavos, y es probable que en algún caso se hiciesen con el poder, dando origen a principados como los de Novgorod, Kiev o Staraya Ladoga.

2. Los sarracenos

Los carolingios fueron conscientes, desde su acceso al poder, del peligro que representaban los árabes instalados en Hispania desde 711. La marea islámica había llegado a las mismas puertas de Francia y fue detenida en 732 por Carlos Martel en la batalla de Poitiers. A partir de entonces, los nuevos gobernantes de Francia tuvieron la obsesión de proteger el flanco sur. Pipino el Breve consiguió ocupar Narbona (759) y su hijo Carlomagno tomó Barcelona en 802, haciendo retroceder la frontera hasta el Llobregat. Francia quedaba así a salvo de amenazas terrestres. Pero para estas fechas los musulmanes estaban en condiciones de convertirse, como los vikingos, en una amenaza marítima.

Hay noticias desde comienzos del siglo IX de incursiones de bandas de piratas tunecinos contra las costas del sur de Italia. Hacia 827 los sarracenos habían iniciado la conquista de Sicilia, y, años más tarde, la del sur de Italia, de donde no serían desalojados hasta el siglo XI, a pesar de las intervenciones militares de los emperadores carolingios, bizantinos y otónidas.

Casi por los mismos años en que se inició el asalto a la Italia peninsular, las bandas de piratas sarracenos comenzaron a recorrer las costas de Provenza. En 840 remontaron el Ródano hasta Arlés, para establecerse en la zona pantanosa de la Camarga, desde donde saquearon a placer el territorio. Su mayor éxito, sin embargo, lo consiguieron en 890, año en que una banda venida de al-Andalus logró establecerse en *Fraxinetum*, cerca de Frejus, desde donde controlaban las vías de comunicación con Italia y Suiza. Consiguieron mantenerse en su fortaleza inexpugnable hasta 973, aunque la piratería siguió siendo una amenaza permanente en todo el ámbito del mar Tirreno hasta bien entrado el siglo XI. En conclusión, salvo en Sicilia, donde se produjeron asentamientos humanos que dejaron una profunda huella, la piratería sarracena tuvo unos efectos muy localizados. Aun así, contribuyó a crear un clima de amenaza e inseguridad en zonas poco o nada afectadas por las incursiones normandas.]

3. Los húngaros

Los húngaros o *magiares* —un pueblo de origen ugro-finés, muy influido en su proceso migratorio secular por eslavos, iraníes y turcos— se establecieron en la llanura de Panonia a finales del siglo IX (895). Venían empujados por los *petchenegos*, un nuevo pueblo llegado de las estepas asiáticas. Al ser desplazados de la Ucrania oriental, se establecieron en la llanura de Panonia, que estaba semidespoblada tras la destrucción de los ávaros por Carlomagno.

La llegada de los magiares, conducidos por su jefe Arpad, alteró la situación de la zona. El Estado de Moravia se deshizo, y el bloque eslavo occidental quedó definitivamente seccionado. De costumbres y economía nómadas, los húngaros emprendieron muy pronto una serie de ataques y expediciones contra Occidente. La primera de éstas tuvo lugar en 899 y se saldó con el saqueo del valle del Po. A partir de ese momento, y hasta su derrota en Lechfeld por Otón I (955), los húngaros llevaron a cabo más de treinta incursiones, algunas de ellas contra puntos tan alejados de sus bases como Orleans (937). Pero el blanco principal de sus ataques fueron las regiones de Baviera y Lombardia, saqueadas una y otra vez durante medio siglo.

Los magiares pretendían simplemente la obtención de botín y de esclavos. Prueba de ello es que daban sus golpes contra las zonas rurales —evitaban sistemáticamente asaltar ciudades amuralladas, sin duda por carecer de medios y de tiempo para ello (L. Musset)— y contra los monasterios. Extraordinarios jinetes, sus ataques eran fulgurantes, y, como los normandos, supieron sacar partido de esta ventaja y del terror que inspiraban a sus víctimas. A pesar de la ferocidad de sus ataques, los efectos destructivos de sus incursiones parecen haber sido de una importancia mucho menor de lo que se supone.

La derrota de 955 tuvo lugar en el momento en que se estaba produciendo el paso a la sedentarización. Tal vez por ello y por la eficacia de la defensa alemana, tras la derrota de Lechfeld, los húngaros interrumpieron casi por completo sus expediciones depredatorias. Por la misma fecha se inició su conversión al cristianismo. Los primeros misioneros fueron bizantinos; sin embargo, desde 970 se impusieron las misiones enviadas por el obispo bávaro Pilgrim. El hecho decisivo, que marcó el destino de Hungría, fue la conversión del príncipe Vajk, en torno a 996, adoptando el nombre de Esteban. Dos años más tarde, el papa Silvestre II le envió la corona real. Era el símbolo de la integración de Hungría «en el concierto de los reinos europeos» (L. Musset).

4. Los pueblos eslavos

La progresión de los pueblos eslavos durante la Alta Edad Media constituye «un hecho muy importante, tan decisivo para el futuro de Europa como las invasiones germánicas» (L. Musset). No obstante, sabemos muy poco de sus orígenes, lo mismo que de su expansión por la Europa central y oriental. Se discute, incluso, el significado mismo del nombre *eslavo*, que para algunos significaría simplemente «palabra», y que se habrían aplicado a sí mismos para diferenciarse de otros pueblos cuya lengua les resultaba ininteligible. Su expansión por el sur y el oeste de Europa, que se parece más a la inundación de un territorio vacío que a una verdadera conquista (L. Musset), fue en gran medida favorecida por la gran migración de los germanos. A comienzos del siglo VI, habían alcanzado el Báltico y las orillas del Elba, y penetraban en la península de los Balcanes, llegando hasta la propia Grecia.

La complejidad étnica y cultural del sector sur del mundo eslavo —desde las llanuras del Don hasta la llanura Danubiana— se explica mejor si se tiene en cuenta la intrusión de pueblos venidos de las estepas, como los *ávaros*, los magiares y los búlgaros. Estos últimos, un grupo turco, se establecieron en el bajo Danubio a comienzos del siglo VII, superponiéndose a una población de origen eslavo. Este hecho y su contacto con otros pueblos de la misma etnia determinaron su casi completa eslavización cultural.

4.1. LOS ESLAVOS OCCIDENTALES

Los primeros Estados eslavos tardaron en aparecer, sin duda por la falta de cohesión de los distintos grupos tribales. Entre los primeros en organizarse estuvieron los croatas, a comienzos del siglo IX, formando lo que ha sido denominado, tal vez con alguna impropiedad, «el primer imperio yugoslavo» (F. Dvornik). Convertidos al cristianismo latino, tuvieron su momento de máximo apogeo a principios del siglo X.

Casi por la misma época se creó la Gran Moravia. A mediados de siglo (862), Cirilo y Metodio, dos misioneros enviados por el emperador bizantino, iniciaron la cristianización de Moravia. Su éxito se explica por el antigermanismo de los eslavos y en la utilización desde un primer momento de su lengua nacional en la liturgia. No obstante, a partir de 882, los misioneros alemanes destruyeron la obra de Metodio. La Gran Moravia desapareció en 906, víctima del ataque de los húngaros.

Bohemia se incorporó más tarde a este proceso de formación de los primeros Estados «nacionales» eslavos. En efecto, hasta finales del siglo X, los Premyslidas, señores de Praga, no lograron ver reconocida su autoridad por los restantes jefes o *duces* locales. Para entonces, el territorio checo, muy vinculado a Alemania, había sido plenamente cristianizado.

Polonia conoció una interesante evolución, de la que estamos bastante bien informados gracias a las excavaciones arqueológicas realizadas después de la II Guerra Mundial. Hasta aproximadamente el año 850 el país estaba fragmentado entre diversos grupos tribales, de los que destacaban los *vilanos*, situados en torno a Cracovia, y los *polanos*, en torno a Gniezno. Un siglo más tarde, estos últimos, dirigidos por príncipes de la dinastía de los Piasts, estaban unificando el territorio. En tiempos de Mieszko I (960-992) se produjo la unificación de Polonia, que se extendía del Oder al Vístula. La amenaza de absorción por parte del Imperio de los otónidas pudo evitarse mediante la cristianización y la aproxima-

ción al papado, de quien Mieszko se declaró vasallo. Su obra fue continuada por su hijo Boleslao (992-1025), quien incorporó al Estado polaco Bohemia (1003), Eslovaquia y Moravia (1004-1007).

4.2. EL PRINCIPADO DE KIEV

Los eslavos orientales tuvieron una evolución algo diferente. De forma muy lenta, pasaron de una organización de tipo clánico a auténticas federaciones de tribus y a la aparición de pequeños principados creados en torno a castillos o puntos fortificados, llamados *gorod* (plural: *goroda*). Se trataba al parecer de verdaderos núcleos preurbanos, poblados por soldados y comerciantes. Las principales «ciudades» de esta índole eran Novgorod, Smolensko, Polotsk y Kiev.

¿Cómo se produjo la unificación del territorio? Según la tesis «normandista», defendida por la mayoría de los historiadores occidentales, fueron los *varegos* quienes llevaron a cabo tal unificación. Aparte otros argumentos —filológicos y arqueológicos—, esta teoría se fundamenta en la antigua *Crónica de los tiempos pasados*, redactada a principios del siglo XII por Néstor, un monje de Kiev. Según su relato, los eslavos, para poner fin a sus conflictos internos, llamaron a los *rus*, cuyo jefe Rurik creó un *khanato* con capital en Novgorod. Su rey Oleg se apoderó de Kiev en torno al 880, unificando más tarde todo el territorio.

Los historiadores rusos han efectuado una crítica demoledora de la *Crónica de Néstor*, y, por supuesto, han minimizado la importancia de los *varegos* en el proceso de formación del estado de Kiev y de la unificación de Rusia. No obstante, la tesis «normandista» sigue en pie. L. Musset, a propósito de esta cuestión y del origen sueco del propio nombre de *Rusia*, ha escrito que «tenemos muchas razones para creer que [el nombre de Rusia] es, en último análisis, de origen nórdico, y para suponer que los primeros «rusos» fueron príncipes venidos de Suecia con su séquito de guerreros y comerciantes».

Los contactos de varegos y rusos con Bizancio datan, por lo menos, de comienzos del siglo IX. Los primeros contactos fueron de carácter comercial y diplomático, a través de la «ruta del este». A principios del siglo X, Kiev controlaba ya las bocas del Dniéper y la península de Crimea. Los rusos, como otros pueblos, intentaron apoderarse de Constantinopla, a la que llegaron a sitiar en dos ocasiones. El tratado de 944 puso fin a las hostilidades. Desde entonces, Kiev mantuvo excelentes relaciones con los emperadores bizantinos, a quienes prestaron indirectamente importantes servicios, infligiendo tremendas derrotas a búlgaros y jázaros en tiempos de Sviatoslav. Su hijo Vladimiro (988-1015) sancionó definitivamente esta política pro-bizantina mediante su conversión al cristianismo y su matrimonio con una hermana del emperador Basilio II. De esta forma, Rusia entraba en el ámbito espiritual de la Iglesia de Constantinopla y de la cultura greco-eslava.

Bibliografía

- Bosl, A.; Gieysztor, F.; Graus, F.; Postan, M. M. y Seibt, F.: *Eastern and Western Europe in the Middle Ages*, Londres, 1970.
- Durand, Frédéric: *Les Vikings*, París, 1969.
- Haenens, Albert d': *Les invasions normandes, une catastrophe?*, París, 1970.
- Musset, Lucien: *Las Invasiones. El segundo asalto contra la Europa cristiana (siglos VII-XI)*, Barcelona, 1968.
- Vlasto, A. P.: *The Entry of the Slavs into Christendom. An Introduction.*

TEMA 12

LOS MUSULMANES EN ESPAÑA
HASTA FINALES DEL CALIFATO

por MANUEL GONZÁLEZ

En julio de 711, a las orillas del Guadalete, era derrotado y muerto Rodrigo, rey de los visigodos, por un pequeño ejército de árabes, orientales y bereberes. Con su muerte concluía la atormentada historia de la España visigoda y se iniciaba la Edad Media en la Península Ibérica.

Discutir sobre las causas que provocaron el aparatoso hundimiento del Estado visigodo puede ser un ejercicio de masoquismo. Desde entonces, los historiadores y la imaginación popular no han hecho más que dar vueltas al asunto: descomposición política, apatía de la población hispanorromana, irresponsabilidad de los grupos dirigentes, son algunas de las causas esgrimidas por los historiadores para explicar la inevitabilidad del desastre. Los cronistas medievales resolvieron la cuestión apelando al *juicio de Dios*, que castigó con su «vara» los pecados de los godos, con la finalidad de prepararlos para el milagro de la recuperación. El pueblo se inventó la leyenda del conde don Julián y de los amores pecaminosos de don Rodrigo con Florinda, la hija de aquél. Hoy se prefiere ver el final del Estado visigodo dentro del proceso secular de la expansión islámica que arrolló a su paso Estados más fuertes y sólidos que el visigodo. Si bien, como acontece en casos como éste, la explicación completa hay que buscarla tanto en el lado de los vencidos como de los vencedores.

1. Los oscuros orígenes de al-Andalus

La conquista de España por los musulmanes de Tariq y Musa se realizó en un breve lapso de tiempo. Sobre la marcha, lo que en un principio parece haber sido una simple operación de saqueo, se fue convirtiendo —sin abandonar del todo algo que parece connatural a las actuaciones de todo ejército islámico— en una operación de conquista sistemática. La resistencia fue mínima, y sólo se organizó en contadas localidades, como Córdoba, Sevilla o Mérida. Por el contrario, poblaciones y nobles se apresuraron a establecer acuerdos con los vencedores. Conocemos uno de ellos, el firmado por el duque Teodomiro o Tudmir en la zona de Orihuela. A cambio de su sometimiento y del pago de una serie de tributos —entre ellos el *jarach*—, los conquistadores respetaron la libertad personal y religiosa y las propiedades de los vencidos, quienes inclusive conservaron sus autoridades tradicionales.

En otros casos —como lo atestigua la más antigua crónica cristiana medieval, la llamada *Crónica Mozárabe de 754*— hubo violencias, robos y matanzas colectivas. Pero, al parecer, predominó la primera forma de control del territorio.

La conquista árabe, sin embargo, provocó el desplazamiento hacia el norte de la península o la emigración a Francia de clérigos y nobles temerosos de sufrir las represalias de los vencedores. Sus tierras, las del Estado y las de la Iglesia, fueron repartidas entre los árabes y los bereberes que comenzaron a instalarse en los territorios conquistados.

Durante los años que siguieron a la entrada de los musulmanes en España, el gobierno del territorio estuvo en manos de una serie de gobernadores o *valíes*, designados unas veces por los *emires* de África o por los propios ejércitos conquistadores. La historia inicial de la España islámica fue confusa y agitada. Tras la derrota sufrida en Poitiers (732), al-Andalus se debatió en una crisis política interminable —que coincide por otra parte con la propia crisis del califato omeya— en la que se enfrentaron árabes contra bereberes, y, una vez derrotados éstos, árabes contra árabes. Esto permitió, como veremos, a los cristianos reorganizarse y continuar con éxito la resistencia iniciada en Asturias años antes.

2. Del emirato de Córdoba al califato omeya

La época «clásica» de al-Andalus se desarrolla, tras sus agitados inicios, entre 756 y 1031. La primera fecha señala el comienzo de la etapa conocida como el *emirato de Córdoba*, mientras la segunda marca el final del *califato* y el inicio de la época de los *reinos de taifa*.

2.1. EL EMIRATO DE CÓRDOBA (756-929)

En el año 756 desembarcó en Almuñécar Abd al-Rahman, el único príncipe omeya que había sobrevivido a la matanza ordenada por Abu Abbas en 751. Gracias al apoyo de los clientes de su familia y a su propia habilidad y buena fortuna, consiguió hacerse con el poder y proclamarse *emir* de al-Andalus. De esta forma se iniciaba la historia, independiente del califato de Bagdad, de este principado islámico en tierras de Occidente. Abd al-Rahman I y sus inmediatos sucesores mantuvieron la llamada «ficción califal», que hacía compatible la independencia política con el mantenimiento de la unidad espiritual y moral del Islam.

La historia del emirato de Córdoba no fue precisamente tranquila. En al-Andalus continuaron, y por mucho tiempo, las tensiones y conflictos de los primeros años, agravados sin cabe. En efecto, a pesar de un cierto tono conciliatorio, la dinastía omeya siguió practicando en al-Andalus la misma política pro-árabe que tan malos resultados le diera en Oriente. Esto explica, en parte, los conflictos protagonizados por los bereberes y por los *muladíes* o neo-musulmanes en Toledo, Zaragoza o Badajoz. El más sonado fue el que inició en las sierras penibéticas Omar ibn Hafsun, que coincidió además con otras sublevaciones que pusieron en peligro la supervivencia misma del Estado cordobés.

Con todo, durante esta fase se consolidaron las estructuras administrativas y políticas que hicieron del emirato de Córdoba un verdadero Estado. Y, al mismo tiempo, se produjo un irreversible proceso de islamización que redujo a los cristianos o *mozárabes* a una minoría. La conciencia de su decadencia provocó en el seno de la comunidad mozárabe

cordobesa tensiones que desembocaron en una serie de «martirios voluntarios» que estuvieron a punto de alterar la convivencia tradicional.

2.2. EL CALIFATO DE CÓRDOBA (929-1031)

Abd al-Rahman III subió al trono en 912, en plena descomposición política del Estado cordobés. Con extraordinaria energía acabó, uno a uno, con los diversos focos sublevados, imponiendo, por vez primera en muchos años, la autoridad y el orden en todo el país. En 929 se autoproclamó califa, acabando así con una política que había sido característica del Estado cordobés desde el momento de su fundación.

Aparte consideraciones de legitimidad dinástica, la explicación de este gesto hay que buscarla, por un lado, en la decadencia misma del califato abbasí, y, por otro, en la vecindad del califato fatimí, que, desde Egipto, amenazaba con extenderse hasta al-Andalus.

Afortunado en la paz y en la guerra, Abd al-Rahman III (912-961) hizo de al-Andalus una gran potencia mediterránea, y de Córdoba una de las grandes ciudades del mundo islámico. La paz interior propició un fabuloso desarrollo económico —la hacienda califal ingresaba anualmente más de 6 millones de dinares de oro, una cifra realmente fantástica— y demográfico. Surgieron nuevas ciudades, y Córdoba llegó a tener una población superior a los 200.000 habitantes, lo que justifica por sí solo la ampliación de la mezquita mayor ordenada por el califa. A tono con su condición de tal, Abd al-Rahman se construyó en las afueras de Córdoba una verdadera ciudad palaciega, Madina al-Zahra, de la que subsisten imponentes restos. Su hijo y sucesor, al-Hakam II (961-976), reunió en la biblioteca del palacio unos 400.000 libros.

La administración del Estado, cada vez más compleja, y la política expansionista dieron origen a toda una maquinaria burocrática presidida por un primer ministro o *hachib*. Muchos de los funcionarios eran antiguos esclavos (*saqaliba*), aunque los principales cargos estaban en manos de miembros de la dinastía o de la nobleza andalusí. El ejército, aun manteniendo en parte la estructura tribal tradicional, estaba mayoritariamente integrado por soldados profesionales, reclutados en el norte de África (bereberes) o en la España cristiana.

A la muerte de al-Hakam II le sucedió su hijo Hixem II, que no tenía aún edad para gobernar. Del consejo de regencia fue destacando un joven ambicioso, Ibn Abi Amir, conocido más tarde con el sobrenombre de *al-Mansur*, «el victorioso», que acabó haciéndose con todo el poder, una vez se hubo deshecho de sus posibles competidores.

Desde 981 hasta 1002, Almanzor fue dueño absoluto de los destinos de al-Andalus. El califa Hixem II continuó encerrado en su palacio, mientras Almanzor, como teórico *hachib* y real *dictador*, llevaba a cabo una política absolutamente personalista. Su poder se fundó en el ejército, que fue totalmente reorganizado a partir del reclutamiento de soldados mercenarios, que acabó con la antigua estructura tribal. Era ésta una arma poderosa para garantizar la paz interior, que, al mismo tiempo, permitía llevar a cabo una política militarista de agresión permanente contra la España cristiana —Almanzor llegó a organizar más de 50 campañas—, tendente, no a conquistar territorios, sino a destruir y saquear al enemigo. En una palabra, Almanzor buscaba en la guerra la riqueza de los reinos cristianos y el prestigio militar que necesitaba para legitimar su poder. El resto lo consiguió a través de gestos demagógicos, como el expurgo de la biblioteca de al-Hakam II o la ampliación de la gran mezquita de Córdoba.

Los hijos de Almanzor no fueron capaces de administrar la herencia paterna. A la

muerte del segundo de ellos, Abd al-Rahman Sanchol o «Sanchuelo», al-Andalus entró en una espiral de violencia y de enfrentamientos políticos entre andalusíes y bereberes —una verdadera guerra civil o *fitna*— que arrastró consigo la propia institución califal, absolutamente desprestigiada y carente de sentido. Cuando, en 1031, los notables de Córdoba depusieron al último omeya, Hixam III, ya al-Andalus estaba dividido *de facto* en una multiplicidad de reinos de taifa.

3. Al-Andalus, una sociedad islámica en Occidente

Con demasiada frecuencia se insiste en el carácter «occidental» de al-Andalus para transmitir, de forma subliminal, el mensaje de la pervivencia de lo «hispanico» en la sociedad andalusí. Sin embargo, se olvida que la supervivencia de rasgos de la sociedad indígena preexistente es algo común a todos los territorios afectados por la expansión islámica, tanto en el-Andalus como en el Mahgreb o en Irán, y que lo realmente sustantivo del Islam no es tanto una serie de manifestaciones externas, cuanto una determinada concepción de la vida, de la sociedad y de la organización política. Todo lo demás es puro accidente que introduce, como mucho, en el monolitismo fundamental del mundo islámico, variantes regionales más o menos acusadas.

Desde siempre, los análisis de la sociedad andalusí han puesto de relieve un hecho: el mosaico de etnias que se integraron en el tejido indígena, de por sí ya bastante mezclado: árabes, orientales, bereberes, esclavos de origen europeo y africano... Pero todas estas tradiciones fueron subsumidas e integradas, conforme avanzaba el proceso de islamización, en un modelo típicamente árabe. Según P. Guichard, la sociedad árabo-beréber andalusí en su conjunto, y la organización familiar en particular, se aglutinaron en torno a un modelo tribal, extraño a la Península y de origen oriental.

Pero al lado de esta sociedad se mantiene otra —la de los *mozárabes*, mayoritaria hasta bien entrado el siglo IX—, que se rige por esquemas sociales claramente occidentales. Ahora bien, la conversión al Islam de las masas populares y, antes, de muchos de sus dirigentes determinó un proceso de asimilación que contribuyó a difundir el modelo social árabo-beréber.

Dentro de esta sociedad cada vez más orientalizada tenían cabida —como en general en todo el mundo islámico— las minorías religiosas: *mozárabes* y judíos. Ambos gozaban de la condición de protegidos o *dimmies*. Los primeros eran aún numerosos a mediados del siglo IX y principios del X. Eran muy abundantes en las grandes ciudades (Córdoba, Toledo, Sevilla), pero no escaseaban en el campo y en territorios de montaña (zonas de los montes de Málaga o sierra de Huelva, por ejemplo.)

La sociedad andalusí estaba dividida en grupos o clases sociales, de las que los textos distinguen dos: la *jassa* y la *amma*. La primera coincidiría con lo que entendemos por aristocracia, y en ella estarían incluidas la prolífica familia de los omeyas cordobeses y la nobleza territorial y palatina, en buena parte de origen hispanovisigodo. La *amma*, por el contrario, la formarían el pueblo o las masas urbanas y rurales. Eran los contribuyentes natos, y en su seno, especialmente en el mundo rural, existía una amplísima gama de situaciones. De todas formas, en las ciudades había una *clase media* formada por comerciantes acomodados, profesionales, alfaquíses y, en general, *notables* de los barrios.

4. La vida económica

Al-Andalus fue un mundo de ciudades. Este hecho marcó el carácter de su economía urbana, mercantil y dineraria. No es que la agricultura y lo rural careciesen de importancia. Todo lo contrario. Lo que sucede es que campo y ciudad estaban integrados en un todo presidido por ésta. O, como lo describió perfectamente Ibn Hawqal,

No hay ciudad de al-Andalus que no esté bien poblada y que no esté rodeada de un amplio distrito rural o, más bien, de toda una provincia, con numerosas aldeas y campesinos...

Numerosas ciudades; ciudades muy pobladas; ciudades que eran algo más que centros administrativos y de consumo: redistribuían los productos del agro circundante y del comercio interregional, y eran, en muchos casos, centros industriales. Al-Andalus, además, estaba conectado con los grandes circuitos comerciales que recorrían el mundo islámico y, por su posición geográfica, con la Europa feudal. Se trata de un comercio variado, de importación y también de exportación de productos muy dispares —desde armas y tejidos de calidad hasta esclavos europeos y de la España cristiana—, en el que tuvieron una participación muy destacada mercaderes judíos.

Resulta casi un tópico hablar del alto desarrollo alcanzado por la agricultura en al-Andalus. En realidad, es un hecho que se da, con mayor o menor intensidad, en todo el mundo islámico, afectado por la *revolución agrícola árabe* (T. Watson). Como ha puesto de relieve T. Glick, estas modificaciones se tradujeron, en el caso de al-Andalus, en la introducción de nuevos cultivos y, especialmente, en la práctica, donde se daban circunstancias favorables para ello, de un tipo de *agricultura intensiva* basada en el regadío. No se trata, claro está, de definir a al-Andalus como una *sociedad hidráulica*, al estilo de los antiguos pueblos del Creciente Fértil. Pero sí de resaltar su importancia, aunque no todas las innovaciones correspondan de hecho a los árabes. La canalización de las aguas superficiales de los ríos dio origen a los complejos sistemas de *acequias*; todavía visibles en Valencia y Murcia. También se captaban las aguas subterráneas mediante una técnica de origen iraní llamada *qanat*, muy desarrollada en Mallorca, como han demostrado los estudios de M. Barceló.

Prueba del alto desarrollo tecnológico de la agricultura andalusí son los numerosos tratados agronómicos de la época islámica que han llegado a nosotros. Por ellos sabemos de la introducción e intentos de aclimatación de numerosas especies, y el gran desarrollo alcanzado por la agricultura. La importancia de la industria textil explica la difusión de los cultivos de plantas textiles y tintóreas: el lino, el algodón, la morera —en relación con la cría del gusano de seda—, el añil y la rubia. De todas formas, la agricultura de al-Andalus siguió basándose en los tres cultivos típicamente mediterráneos: el cereal, el olivar y el viñedo. Se ha hablado de que al-Andalus era un país deficitario en trigo, basándose en noticias sueltas referentes a importaciones de cereal mahgrebí, y se ha puesto en relación ese déficit con la migración de mozárabes a la España cristiana (T. Glick). Menos problemático es lo referente al olivar. Al-Andalus mantuvo la antigua tradición de la zona, productora de aceite, que se exportaba al norte de África y a Oriente. Sobre el cultivo de la vid pesaban las prohibiciones coránicas, lo que no impidió que el vino fuese consumido, y no sólo por mozárabes y judíos, en grandes cantidades. Las uvas pasas de Málaga y del Algarbe fueron objeto de un intenso comercio de exportación.

5. Las estructuras políticas y administrativas

Las formas políticas de al-Andalus durante el emirato y el califato no se diferenciaban mucho de las que existían en el resto del mundo islámico. La única diferencia estribaba —y aun ésta era de repercusiones limitadas— en el mantenimiento durante la etapa emiral de la «ficción» de la obediencia al califa bagdadí. Porque, tanto en una como en otra fase, los omeyas cordobeses actuaron en el más puro estilo oriental, autocrático y teocrático al tiempo. Naturalmente, las circunstancias históricas y las condiciones personales del gobernante atemperaron o exacerbaban en cada caso este rasgo esencial del gobierno cordobés.

Al servicio del emir o califa, especialmente tras las reformas de Abd al-Rahman II, había una compleja burocracia, central, provincial y local, presidida por un delegado suyo o *hachib*. De él dependían los diversos «ministerios» o *diwan*. Estamos bastante bien informados sobre el funcionamiento del más importante de todos: el de hacienda. Al frente del mismo estaba un secretario o *katib*. El sistema tributario no se diferenciaba esencialmente del tradicional, y se basaba en unos pocos impuestos, entre los que destacaban el *zacam* o diezmo sobre la producción agrícola, y los que gravaban el tráfico comercial. Se conocen algunas cifras que pueden darnos una idea de la prosperidad tanto de la hacienda como de la economía de época califal. Así, sabemos que en tiempos de Abd al-Rahman III, el tesoro privado del califa ingresaba anualmente más de 700.000 *din*ares de oro; o que la reserva califal ascendía, en torno al año 950, a más de 20 millones de *din*ares. Los cristianos y los judíos se regían por un régimen tributario especial, pactado en las capitulaciones o establecido por la ley coránica y la costumbre. En el caso de los mozárabes, sabemos que tenían un recaudador propio, por lo general mozárabe.

Desde el punto de vista administrativo, al-Andalus estaba dividido en provincias (unas siete en total), en distritos o *coras*, de las que hubo al parecer 21, y en varias *marcas* o distritos fronterizos: la Marca Superior, con centro en Zaragoza; la Marca Media, o de Medinaceli, y la Marca Inferior, que parece que había dejado de existir en tiempos del califato. Las capitales provinciales de las *coras* estaban gobernadas por un funcionario civil denominado *wali*, en quien se concentraba todo el poder; en cambio, las *marcas* estaban gobernadas por un *qaid* o general.

La administración de justicia correspondía, por delegación de los emires y califas, a jueces o *qadís*, de los que dependían expertos en la ley coránica. Había jueces en todas las capitales de distrito, y solían ser personas de gran prestigio. Un libro extraordinario —la *Historia de los jueces de Córdoba*—, escrito por al-Jusaní, nos informa con todo detalle sobre la actividad de los jueces cordobeses durante el emirato.

Bibliografía

- Arié, Rachel: *España musulmana (siglos VIII-XV)*, vol. III de la *Historia de España*, de Ed. Labor, dirigida por M. Tuñón de Lara, Barcelona, 1984.
- Guichard, Pierre: *Al-Andalus. Estructura antropológica de una sociedad islámica en Occidente*, Barcelona, 1976.
- Watt, W. M.: *Historia de la España Islámica*, Madrid, 1970.

TEMA 13

NACIMIENTO DE LOS REINOS HISPANO-CRISTIANOS HASTA 1035

por MANUEL GONZÁLEZ

El nacimiento de los núcleos políticos de la España cristiana tuvo lugar durante el siglo VIII, como reacción a la conquista musulmana o como resultado de la extinción del Estado visigodo. Cómo se formaron, en qué circunstancias o cuándo surgieron, es algo que sigue siendo motivo de controversia. La falta casi absoluta de documentación directa, o las dificultades que plantea la interpretación de los textos cronísticos posteriores, convierten esta época y este asunto, hoy como ayer, en campo difícil de transitar, en el que cabe todo tipo de sorpresas y hasta de interpretaciones.

1. Los orígenes de la resistencia cristiana

1.1. EL REINO ASTUR-LEONÉS

Parece claro que en el caso de Cantabria, gobernada por el duque Pedro, y de Asturias, el origen de la resistencia contra los musulmanes ha de ser puesto en relación con la presencia en la zona de elementos visigodos, emigrados o no. Los textos cronísticos del siglo IX aluden a una cierta alianza entre visigodos y astures que permitió a Pelayo hacerse con el poder. Puede que en el fondo se tratase de una simple imposición de la minoría culta de inmigrados, ideológicamente mejor preparada, sobre la mayoría indígena, sometida a partir de ese momento a un proceso brutal de transformación de sus estructuras sociales tradicionales. De hecho, y como resultado de la alianza entre Pelayo y el duque Pedro, nació el primer núcleo cristiano, el reino de Asturias. Un éxito militar, sobre cuya importancia real sabemos poco, la batalla de Covadonga (722), permitió librar el territorio de las fuerzas musulmanas de ocupación.

Alfonso I (739-757), yerno de Pelayo, supo aprovechar las dificultades internas de al-Andalus para efectuar una serie de campañas al sur del Sistema Cantábrico, que permitieron acotar mejor el espacio del nuevo reino, limpiar de enemigos su frontera sur e incorporar al mismo el ámbito gallego. De todas formas, fue con Alfonso II (791-842) cuando el reino de Asturias alcanzó su plena definición, al dotarse, por influencia de los numerosos inmigrados mozárabes, de una ideología, que ha sido denominada *neogoticismo*, según la

cual los reyes asturianos eran *legítimos* descendientes de los reyes *godos* de Toledo. Alfonso II, en esta línea de actuaciones, restauró el *orden gótico* en el Palacio y en la Iglesia, impuso el *Fuero Juzgo* como ley del reino y se erigió en defensor de la ortodoxia, a través de Beato de Liébana, frente a la herejía del *adopcionismo* defendida por el arzobispo de Toledo, Elipando. La influencia mozárabe se dejó sentir también en el ámbito cultural, dando origen a un cierto *renacimiento* —coincidente con el *Renacimiento carolingio*— cuyas manifestaciones más interesantes corresponden al campo de la arquitectura.

Con Alfonso III (866-909) alcanzó la monarquía asturiana su momento político más brillante. Su reinado se vio favorecido por la crisis o primera *fitna* del emirato cordobés, lo que le permitió avanzar hasta la línea del Duero, convertida, en su tramo castellano-leonés, en frontera, y repoblar una *ancha franja* que se extendía desde Burgos hasta Oporto y que profundizaba por el sur hasta Coimbra. El peso político alcanzado por los territorios *foramontanos* explica el traslado de la capital del reino, de Oviedo a León.

Durante la primera mitad del siglo X el reino astur-leonés estuvo a punto de fragmentarse en tres reinos: Asturias, Galicia y León. Ramiro II (930-951) consiguió impedir esta disgregación, al tiempo que desarrollaba una amplia obra de repoblación y organización del valle del Duero, y frenaba, inclusive, los intentos expansionistas de Abd al-Rahman III en las batallas de Osma (933) y Simancas (939). Sin embargo, no pudo impedir que Fernán González, a quien el rey leonés había nombrado «conde de toda Castilla», consiguiese hacerse prácticamente independiente al final de su reinado. A su muerte, el reino de León se vio inmerso en una profunda crisis, provocada en gran medida por los conflictos civiles. A partir de entonces, los reyes leoneses, convertidos en simples figuras decorativas en manos de los gobernantes de Córdoba o de las fuerzas nobiliarias en ascenso, dejaron de ser los principales dirigentes de la España cristiana. El hueco sería ocupado por el reino de Navarra y por el joven condado de Castilla.

1.2. EL CONDADO DE CASTILLA

Los orígenes de Castilla son muy oscuros y tal vez se haya mitificado en exceso la singularidad del caso castellano —«islote de hombres libres» (C. Sánchez-Albornoz)— frente al «tradicionalismo» neogótico de León. Pero parece claro que Castilla nació de un temprano proceso de repoblación, en el que participaron tanto monasterios como, sobre todo, grupos de campesinos de origen cántabro, vasco y germánico. Los condes nombrados por los reyes de Asturias dotaron al territorio de una compleja estructura defensiva, necesaria dada su condición fronteriza, basada en numerosos castillos que acabaron por dar nombre a la región. Uno de estos condes, Fernán González de Lara (929-970), convertido desde 931 en «conde de toda Castilla», aprovechó la crisis política que se desató en León a la muerte de Ramiro II para hacer de Castilla un «principado feudal» (Salvador de Moxó), dotado de una amplísima autonomía. Sus sucesores aumentarían el grado de independencia del condado, si bien, tras el asesinato en León de García Sánchez (1017-1029), Castilla entró de lleno, por unos años, en la órbita política navarra.

1.3. EL REINO DE NAVARRA

Más oscuros si cabe son los orígenes del reino de Navarra y de los inicios de la resistencia contra el Islam. Se sabe que el control musulmán sobre el territorio fue la mayor

parte del tiempo nominal, y que a pesar de las presiones de musulmanes y francos, los vascos de Pamplona consiguieron mantener su independencia, aun a costa de pagar tributos o aceptar guarniciones en su territorio. En 778 consiguieron frenar en Roncesvalles, tal vez con la ayuda musulmana, a Carlomagno; y, en 799, dieron muerte al último valí del linaje muladí zaragozano de los Beni Qasi, y eligieron como jefe a un tal Belasco o Velasco, cuya familia gobernaba de hecho el sector más occidental de Navarra. Parece que este cambio político se efectuó contando con el apoyo franco, lo que significó entrar también en la órbita política de Carlomagno. Una reacción «nacionalista» encabezada por Iñigo I «Arista» («el roble»), de la familia rival de los Jiménez, depuso a Velasco en 816. La primera dinastía navarra se mantuvo en el poder hasta comienzos del siglo X, en estrecha alianza con los Beni Qasi de Zaragoza. En 905, Sancho Garcés I, de la familia Jimena, depuso a Fortún Garcés I. El nuevo monarca acabó con la tradicional ambigüedad de las relaciones de Navarra con los caudillos musulmanes de la zona, se alió con Alfonso III de Asturias y emprendió la reconquista del territorio: Sobrarbe, Calahorra y, traspasando el Ebro, Nájera y Viguera. Un descendiente de Sancho Garcés I, Sancho III el Mayor (1004-1035), sería la figura política más importante de la Península en los años cruciales de la crisis del califato. Conde de Castilla desde 1029, llegó a usurpar el título leonés de «emperador».

Los orígenes del condado de Aragón —inicialmente un minúsculo enclave pirenaico, con centro en Jaca— son también oscuros. Parece ser que el territorio, después de verse libre de la presencia islámica, dependió de los carolingios hasta principios del siglo IX. Hacia 820 gobernaba el condado Aznar Galíndez, que fue depuesto por su yerno García, a quien apoyaba Iñigo Arista. Hacia 867, un hijo del anterior conde, Galindo Aznárez, consiguió recuperar el condado gracias al apoyo franco. La dependencia respecto de Pamplona, evidente desde finales del siglo IX, se consumó al casar en 943 la heredera del condado aragonés Andregoto Galíndez con el rey navarro García Sánchez I. En 1035, a la muerte de Sancho III el Mayor, surgiría Aragón como reino.

1.4. CATALUÑA

A diferencia de lo ocurrido en los territorios que acabamos de considerar, la presencia musulmana en la España oriental fue más importante y prolongada. Aprovechando el descontento de la población sometida a los musulmanes y con su colaboración, los carolingios iniciaron la recuperación del territorio. En 785 era conquistada Gerona, y en 801 Barcelona. De esta forma se creó, entre los Pirineos y el Llobregat, la llamada *Marca de España*, que aglutinaba un abigarrado conjunto de condados, de entre los que destacó desde un principio el de Barcelona. Simultáneamente se desarrolló, gracias al regreso de muchos emigrados, un interesante proceso de repoblación, similar al que por las mismas fechas tenía lugar en el valle del Duero. Coincidiendo con la decadencia del Imperio carolingio, el conde de Barcelona Wifredo I se independizó de los francos y controló la práctica totalidad de los restantes condados catalanes, en un interesante y complicado proceso de unificación política del territorio que se consumaría siglos más tarde. A principios del siglo XI, recuperada de los feroces ataques de Almanzor, Cataluña se nos muestra ya como un país formado y agresivo, hasta el punto de llevar a cabo en 1010, bajo la dirección de los condes de Barcelona y Urgell, una expedición que concluyó con el saqueo de Córdoba.

2. Las estructuras políticas y administrativas

En este como en otros muchos campos, la comparación entre las realidades de la España del norte —cristiana, rural y bárbara— con el sur islámico apenas si tiene sentido. La España cristiana vive durante buena parte de la Alta Edad Media bajo la amenaza musulmana, al tiempo que de forma muy trabajosa va creando sus propias estructuras políticas y sociales y desarrollando una economía mínimamente diversificada.

Hablar, por lo menos hasta fechas muy avanzadas del período, de estructuras políticas puede parecer hasta ocioso. Las había, naturalmente; pero eran enormemente primitivas. Los reyes asturianos y navarros eran ante todo caudillos militares, más que dirigentes políticos. Se eligen o proceden de estirpes o linajes reconocidos, y, con frecuencia, deben afrontar las ambiciones de sus familiares o de sus nobles y pares. Aun en el caso de la monarquía ideológicamente mejor dotada, como la asturiana, se percibe una atonía política y la desaparición misma de la idea de Estado, a pesar de su programa de «restauración» neogótico. La única novedad, derivada en gran medida del «legitimismo gótico», es la llamada «idea imperial» leonesa que lleva a otorgar al rey de León el título de *imperator*, atribuido según algunos historiadores por vez primera a Alfonso III. Se discute si se trataba de un título simplemente honorífico y de origen erudito, o si implicaba unas ciertas pretensiones de hegemonismo sobre el resto de los reyes y condes cristianos de la Península.

En el caso de los condes catalanes, sin negar el origen militar de su poder, es claro que forman parte desde sus mismos orígenes de una estructura política superior y de carácter centralizado: el Imperio carolingio. La desaparición de éste y, con él, la del vínculo feudal no provocaron la desorganización del territorio. Dotada de una evidente homogeneidad cultural y lingüística, Cataluña mantuvo por un lado las estructuras administrativas condales y la trama de relaciones vasalláticas, y, por otro, la preeminencia de hecho del conde de Barcelona, que se va definiendo cada vez con más claridad como *Princeps*.

Los núcleos políticos occidentales tardaron más en crear divisiones administrativas comparables a los condados catalanes. Pero existieron desde muy temprano, gobernadas por miembros de la nobleza guerrera a quienes los textos llaman *potestades*, *mandationes* o condes, *principes terrae*, etc. No se trata, a lo que parece, de cargos vitalicios ni, menos aún, hereditarios, aunque naturalmente a partir del siglo X —y como resultado del cambio experimentado por la sociedad asturleonera, descrito por J. M.^a Mínguez— tengan ya este carácter.

Pero, al margen de estas estructuras políticas mejor o peor definidas, la población se agrupa en comunidades —de «valle» (G. de Cortázar) o de «aldea» (Vigil y Barbero)—, de acuerdo con formas organizativas de tradición indígena, basadas en el vínculo de parentesco y en un cierto comunitarismo agrario. En otros casos, la repoblación del territorio, de la que hablaremos en seguida, dará origen a la temprana aparición de grupos jerarquizados en torno a un *senior* o «señor», tanto laicos (nobles o *milites*) como eclesiásticos (monasterios, obispos e iglesias catedrales).

3. Repoblaciones y «presuras»

Los avances y progresos territoriales llevados a cabo por los diversos núcleos políticos hispano-cristianos fueron reflejo, en esta más que en ninguna otra época, de un lento y seguro proceso de repoblación de tierras despobladas o poco pobladas. El concepto de

re población es complementario del de *reconquista*, hasta el punto de que ha podido ser definido como una forma de «reconquista lenta». En muchos casos fue simplemente una pura y simple ocupación de tierras abandonadas.

Las actividades repobladoras en sentido estricto se inician en todas partes en torno al año 800. La fecha no es casual: Asturias estaba iniciando su recuperación con Alfonso II y, en el otro extremo del norte peninsular y por estos mismos años, Carlomagno estaba completando la formación de la *Marca de España*. Pero tampoco convendría pensar que la repoblación fue una simple consecuencia de la recuperación política. Hubo, sin duda, operaciones repobladoras programadas y desarrolladas por el poder, que afectaron por lo general a «ciudades» o núcleos de especial significación histórico-política o estratégica: Tuy y Orense, repobladas por el futuro Alfonso III; Astorga, restaurada en 853 por el conde Gatón; Oporto, vuelta a poblar en 869 por el conde Vimara Pérez en nombre de Alfonso III. Pero en la mayoría de los casos la repoblación se ejerce no sobre ciudades ni por orden expresa del rey. Sus protagonistas son campesinos o grupos monásticos, y su objetivo es tomar posesión de tierras abandonadas y sin dueño. En teoría y según el derecho de la época, tales tierras correspondían al fisco real y sólo el rey podía autorizar su ocupación. Y así sucedía a veces en la práctica. Por ejemplo, una capitular de Carlos el Calvo (844) regulaba la forma en que los *hispani* debían efectuar la ocupación o *aprisio* de las tierras abandonadas. Y lo mismo ocurría en el reino de Asturias con la *presura* o toma de posesión de tierras. Pero junto a estas «aprisiones» y «presuras» autorizadas hubo muchas más, realizadas de manera espontánea por campesinos aislados, por pequeños grupos unidos por un vínculo más o menos real de parentesco, o por grupos organizados a las órdenes de un jefe.

A partir del año 800 todo el norte, especialmente los territorios pirenaicos y el sector septentrional del valle del Duero, bulle de repobladores de muy diversa procedencia y extracción social que buscan en las tierras de colonización la libertad individual o la mejora económica. Muchos son personas que regresan —pasada o alejada la amenaza musulmana— a sus antiguos «nichos ecológicos», abandonados por ellos o por sus padres años antes, o que huyen de la persecución religiosa en al-Andalus o de la presión demográfica en las tierras de Asturias o en los valles altos del Pirineo. Todos se dedican frenéticamente a la misma tarea: repoblar tierras que, por su situación de abandono, ofrecían muchas posibilidades a los más valientes o a los más desesperados. En cualquier caso, esta forma de repoblación da derechos de propiedad sobre las tierras ocupadas o «tomadas», que los reyes reconocerán sin dificultades. Así, en la citada capitular de Carlos el Calvo se reconoce a los hispanos la plena propiedad de «lo que por roturación del yermo» hubiesen puesto en cultivo, identificando de esta forma propiedad y *aprisio*.

¿Hasta qué punto estaban despoblados los territorios sobre los que se ejerció la primera repoblación? Si hemos de guiarnos por lo que nos dicen los testimonios documentales, la despoblación del territorio, en especial la zona del Duero, era absoluta. Expresiones tales como «ciudad destruida» o territorio «yermo» son muy abundantes. ¿Forma retórica de hablar o reflejo de la realidad con la que se toparon los repobladores? Para Sánchez-Albornoz, el valle del Duero estaba completamente abandonado y en ruinas cuando se inicia la repoblación. Por su parte, Menéndez Pidal piensa que la despoblación no fue tan completa y que lo sucedido fue que todo ese vasto territorio quedó, tras la invasión islámica y las desoladoras campañas de Alfonso I, desorganizado y con su población muy mermada. Más recientemente, algunas excavaciones arqueológicas han venido a confirmar esta tesis, vuelta a defender por Vigil y Barbero, para quienes «poblar» o repoblar significa en muchos casos «reducir a una nueva organización político-administrativa una población desorganizada, in-

forme o acaso dispersa a causa del trastorno traído por la dominación musulmana, por breve y fugaz que hubiese sido». Pero, a pesar del esfuerzo realizado por los defensores de la posición de Menéndez Pidal, «las tesis de Sánchez Albornoz de una acentuada despo- blación, sin llegar a sus extremistas formulaciones, permiten explicar mejor la historia pos- terior» (J. A. García de Cortázar).

4. Las realidades económicas

La vuelta a la vida y la explotación de tierras hasta entonces abandonadas o poco productivas, así como la organización social del espacio y la creación de unas estructuras económicas nuevas, fueron el resultado más evidente de la repoblación. A partir de los núcleos de población recién creados o revitalizados se procedió a la remodelación del paisaje agrícola, al desmonte y puesta en cultivo del yermo o del bosque, a la construcción o recuperación de caminos, molinos y canales de riego. Debíó de tratarse de una tarea altamente penosa, habida cuenta de la pobreza tecnológica y del instrumental de la época. Para esta gigantesca tarea de roturaciones, los repobladores contaban con un instrumental hecho casi todo él «de madera con las puntas endurecidas al fuego» (García de Cortázar).

Agricultura y ganadería eran las actividades económicas fundamentales. La primera estaba volcada sobre el cultivo de cereales, de frutales, manzanos sobre todo, y viñedos; la segunda, predominante en los territorios de montaña, alcanzó un gran desarrollo en los territorios repoblados. En algunos casos, como el ámbito por donde se extendían las propiedades del monasterio de Sahagún, se practicó un tipo de trashumancia estacional (Mínguez Fernández). El ganado constituye, por su carácter de «bien móvil», uno de los elementos más preciados del campesino y de los monasterios, y ello explica que los inventarios monásticos más antiguos, como el del monasterio de Tobiellas (822), reseñen minuciosamente el número de bueyes, vacas, caballos y mulos que poseían, además del otro ganado «móvil e inmóvil», o de corral.

Con el paso del tiempo, las actividades económicas superaron el estrecho marco de la agricultura y la ganadería. Hay tempranas menciones de la práctica de la minería, de la explotación de salinas, una incipiente artesanía y de mercados, a los que llegan no sólo productos de la comarca, sino de fuera de ella, como sucedía en León, a donde acudían desde al-Andalus mercaderes judíos. Pero durante mucho tiempo la economía fue de simple subsistencia, y los intercambios, un puro trueque. Se conoce la moneda, pero los pagos se hacen normalmente en ganado o cereal, como señalara hace años L. G. de Valdeavellano y se deduce de la lectura de las colecciones documentales publicadas. Así, según la documentación de Sahagún, la primera transacción efectuada con moneda real se fecha en 930, aunque hasta el año 998 lo normal fue seguir empleando el ganado como forma de pago.

5. Una sociedad en trance de feudalización

La España cristiana altomedieval puede ser definida, sin forzar el sentido de la expresión, como una sociedad de «guerreros y campesinos». Los primeros forman el entorno social de los caudillos militares —reyes o condes—, a los que están unidos por lazos más o menos explícitos de índole feudo-vasallática. De zona a zona cambia, tal vez, el vocabulario, pero no la realidad social. *Potestates* en Asturias, *barones* o *seniores* en Navarra, *nobi-*

les en Cataluña, existe una alta nobleza, tempranamente vinculada a los cargos públicos y dotada de sólidos patrimonios territoriales. Junto a ella, y en estrecha dependencia de la misma, existe un amplio grupo de *milites*, que completan el «círculo de los guerreros», designados por los textos con nombres diversos: *infanzones*, que según Salvador de Moxó constituirían en la sociedad castellano-leonesa un grupo «proto-nobiliario»; castellanos o *cast-lás*, vicarios o *veguers*, *vasvassores*.

En Castilla se desarrolló con gran fuerza un tipo de caballería popular —la *caballería villana*— que se convirtió en una forma importante de ascenso social.

Las masas de campesinos evidencian una estructura mucho más compleja, al menos en su fase inicial. Aunque se documenta tanto la existencia de campesinos dependientes como de siervos, eran tal vez más numerosos los hombres libres, propietarios plenos de sus tierras. Muy pronto, sin embargo, estas diferencias se irían atenuando, al ritmo que se ampliaba el número de los hombres dependientes. Como en otras partes de Europa, la consigna parece haber sido la de «ningún hombre sin señor». Esta situación se conoce muy bien en el caso de Cataluña, gracias a los estudios de Bonnassie. José María Mínguez ha esbozado cuál pudo haber sido el proceso en el noroeste peninsular, a través del cual muchos hombres libres pasaron a depender de los poderosos hasta el punto de perder en algunas partes hasta su libertad de movimiento. En gran medida, estas transformaciones, y otras a las que nos referimos más arriba, fueron resultado de la «irresistible ascensión de la aristocracia».

Bibliografía

- Abadal i de Vinyals, Ramón d': *Dels visigots als catalans*, Barcelona, 1969.
Bonnassie, Pierre, y otros: *Estructuras feudales y feudalismo en el mundo mediterráneo*, Barcelona, 1980.
Lacarra, José M.ª: *Historia del reino de Navarra en la Edad Media*, Pamplona, 1975.
Mínguez Fernández, José María: *Ruptura social e implantación del feudalismo en el noroeste peninsular (siglos VIII-X)*, *Studia Historica*, III, 2, Salamanca, 1985, pp. 7-32.
Moxó, Salvador de: *Repoblación y sociedad en la España cristiana medieval*, Madrid, 1979.
Valdeón, Julio: *El reino de Castilla en la Edad Media*, Bilbao, 1968.
Vigil, M. y Barbero, A.: *La formación del feudalismo en la Península Ibérica*, Barcelona, 1978.

TEMA 14

LAS RENOVACIONES DEL SIGLO X EN OCCIDENTE. EL IMPERIO DE LOS OTONES

por ERMELINDO PORTELA

Entre la etapa carolingia y la Europa de la plenitud medieval, se extiende un período, [centrado por el siglo X], que ofrece a los historiadores de las estructuras sociales serias dificultades de investigación. Después del brusco aumento de la información escrita, resultado del esfuerzo ordenador de los impulsores de la renovación carolingia, los testimonios son más escasos y menos precisos. Entre las ruinas de la construcción franca y todavía bajo las sacudidas de las agresiones externas, muchas sombras impiden ver claramente la realidad. Lo más cómodo es recurrir a la etiqueta fácil de etapa de transición, que ciertamente no aclara mucho las cosas. Sin embargo, la investigación más reciente se esfuerza por descubrir, en esa época oscura, la ruptura, el comienzo del gran cambio que conduce a la feudalización, dando a este término su acepción más amplia, de la sociedad del Occidente cristiano. Un Occidente cristiano que modifica sus límites, que se amplía, integrando en las formas de vida que le son características territorios que, cuando Carlomagno vivía, estaban sólo en sus bordes o fuera de él. No deja de ser significativo que sea Sajonia, la que tanto costó a los francos someter, la cuna de la construcción política más significativa del momento, el nuevo Imperio de los Otones.

1. Los signos del despertar

La acción de [las segundas invasiones], las correrías de los vikingos, los sarracenos y los húngaros, han servido durante mucho tiempo a los medievalistas para construir lo fundamental de sus explicaciones acerca de este período. Las destrucciones que ocasionaron eran suficientes para entender la interrupción del proceso de crecimiento iniciado en los siglos VIII y IX, de la misma manera que la necesidad de protegerse de sus saqueos y matanzas bastaba para explicar la imposición de los guerreros y las nuevas dependencias del campesinado. Tesis ya revisadas o en trance de revisión, para dar paso a una interpretación que, sin negar la influencia de la inestabilidad creada por las expediciones de pillaje, no ve en este agente externo la causa principal de las rupturas que ahora caracterizan la evolución social.

La revisión ha venido, en primer lugar, por el examen de las consecuencias reales de las incursiones en el plano económico. Lo que buscaban los primeros expedicionarios

era lo que más fácilmente podía ser transportado, los objetos preciosos, los tesoros guardados en monasterios e iglesias —y tal vez por eso los relatos, hechos por los más afectados, por los clérigos, cargaron las tintas en la descripción de las destrucciones—, y también los hombres y mujeres que convertían en esclavos. Más tarde, exigieron tributos en Francia e Inglaterra y, finalmente, terminaron por asentarse a ambos lados de La Mancha. Las destrucciones duraderas no deben ser exageradas.

Una economía rural muy poco evolucionada tenía la ventaja de la reconstrucción fácil. Los efectos pudieron ser, incluso, beneficiosos. [Los asaltos y las huidas consiguientes permitieron a siervos y campesinos dependientes abandonar a sus dueños e instalarse en otras tierras en mejores condiciones; los dueños de las tierras, afectados por las pérdidas de hombres, se mostraron dispuestos, para retener o atraer pobladores, a aligerar las exigencias de rentas y de prestaciones.] La presencia de sarracenos, húngaros y normandos contribuyó a acelerar la descomposición de los dos sistemas dominicales vigentes aún en Occidente. Por una parte, el régimen señorial clásico de los espacios entre Loira y Rin, basado en la división entre reserva y mansos, y apoyado en la exigencia de pesadas y abundantes prestaciones en trabajo, que, como ya hemos visto, daba pruebas de agotamiento a comienzos del siglo IX. Por otra, el sistema propio de las regiones meridionales, más romanizadas, donde la explotación directa, sostenida con la presencia significativa de grupos serviles, se combinaba con la cesión de las tierras a cambio de rentas en especie. La crisis de los dos sistemas favorece la vitalidad de las comunidades campesinas, rompe las rigideces de los marcos preexistentes y puede ser un elemento de explicación del naciente dinamismo demográfico y de los primeros avances de la roturación.

Las ciudades sufrieron los efectos de los ataques. Algunas, en el Mediterráneo y en el mar del Norte, desaparecieron; pero la mayoría resistió y su papel, amuralladas y convertidas en los principales refugios, se reforzó y fue estimulado por la inestabilidad. De otro lado, al menos los hombres del norte, tendieron a la instalación definitiva. [En Inglaterra y en el norte de Francia, la instalación trajo consigo un cambio de signo en las relaciones con la población del lugar y el pillaje fue sustituido por los intercambios.]

Finalmente, la presión, por el asentamiento en unos casos, por la mejor preparación para la defensa en otros, cedió a lo largo del siglo X y las incursiones de pillaje se fueron espaciando y terminaron por desaparecer. Los síntomas del progreso se observan con más claridad por todas partes. En primer lugar, en las bases de partida de los invasores. En Escandinavia, la explotación agrícola, que convivía ya con la dedicación ganadera, fue estimulada por los aportes de esclavos, resultado de las expediciones, y, en un proceso de cambio social más amplio, contribuyó al fortalecimiento de una aristocracia territorial y al afianzamiento del poder monárquico en detrimento de las viejas estructuras tribales. Del siglo X son también las primeras ciudades estables en Dinamarca. Los avances de la cristianización completan el cuadro de las transformaciones que acercan estos territorios a las realidades sociales del continente.

Manifestaciones muy parecidas se destacan en la Europa del este, en las tierras de los eslavos y de los húngaros; también allí [evangelización, urbanización, nacimiento del estado y progresos de la dedicación agraria coinciden.] El paso de la agricultura itinerante a la agricultura sedentaria acompaña una evolución social en la que la actividad guerrera vinculada a la organización tribal es sustituida por la organización jerarquizada que se sostiene en el sometimiento del campesinado. El fortalecimiento de los poderes de los príncipes, y la estabilización en torno a ellos de los grupos de guerreros, favorece la aparición de nú-

cleos con funciones urbanas; se conocen varias decenas de ellos en territorios polacos antes del año mil; a mediados del siglo X, Praga o Cracovia son nudos de rutas comerciales de largo alcance.

En el mismo ámbito espacial, el desarrollo de la investigación arqueológica ha permitido el estudio sistemático de los tesoros del siglo X, cuya evolución y composición resulta reveladora. A comienzos de la centuria, las monedas aumentan su número frente a las joyas; son, en ese momento, monedas islámicas que atestiguan todavía los puntos terminales de la relación con Oriente; desde los años centrales, el crecimiento, tanto en Escandinavia como entre los eslavos, del número de dineros acuñados en Occidente y la disminución de las monedas islámicas expresa bien la integración económica en la cristiandad latina; finalmente, la desaparición de las monedas atesoradas es el testimonio de la reactivación de la circulación monetaria y de la intensificación de los intercambios.

[Integración y transformaciones en la periferia. Los síntomas de la evolución no faltan tampoco en regiones más centrales.] En las orillas del mar del Norte, las manifestaciones de la activación de la economía son particularmente visibles en los siglos IX y X. El monto y la frecuencia de los tributos exigidos en Inglaterra por los invasores escandinavos a fines del siglo X y comienzos del XI, lo mismo que la atracción ejercida sobre los normandos de Guillermo el Conquistador, se explican en una Inglaterra próspera, donde los intercambios interiores se prolongan en una red que une la isla con Escandinavia y el continente. Antes del siglo IX, salvo Londres, Winchester y Canterbury, en el sudeste, no se podía hablar de ciudades en Inglaterra; cuando, a finales del siglo XI, se elaboró el Domesday Book, la red urbana era ya prácticamente la del siglo XIV. En el continente, Flandes y la región del Mosa conocieron un ritmo de crecimiento tanto o más rápido que el de Inglaterra. Los efectos de las invasiones, sentidos de modo especial en estas regiones, fueron superados pronto; la actividad comercial de la desaparecida Duurstede fue sustituida por la de Utrecht o Deventer, y la intensificación de la navegación en el Mosa dio lugar al nacimiento de una serie de activos portus. Junto al viejo burgo del siglo IX, se creaba en Arras el burgo nuevo en el X; Tournai triplicó su superficie en ese período; las ferias están atestiguadas para Toul en 927, Metz en 948, Douai en 987-988. Las revueltas que, desde los años centrales del siglo, enfrentan a los habitantes de Lieja o Cambrai con sus señores, los obispos, son un claro testimonio de que la población urbana comienza a tener peso propio en el entramado social. Una situación de este tipo no se explica sólo por la necesidad de establecer puntos de apoyo en que sostener los intercambios de larga distancia; las tesis que lo sostuvieron así han sido abandonadas ante la evidencia del papel primordial de la relación entre núcleos urbanos y espacio rural circundante, donde, a pesar de la escasez de las fuentes, no faltan indicios de la tendencia al crecimiento de la población y a la extensión de la superficie cultivada durante los siglos IX y X.

[Normandía ofrece el ejemplo más claro del efecto dinamizador de las expediciones de los vikingos. Ruán, la capital del dominio allí creado por ellos, se convirtió en punto clave de las amplias relaciones establecidas con Escandinavia e Inglaterra y actuó como factor de animación de la economía rural y de los intercambios en el valle del Sena, en la cuenca de París, en Picardía.

[Entre Escandinavia, el área del mar del Norte y los territorios del este, el espacio germánico es el lugar de soldadura, en que se detectan movimientos similares, aunque quizá con un ritmo algo más lento. Desde Sajonia, los reconstructores del Imperio crean el núcleo de poder más representativo de la época y extienden su influencia sobre los países nórdicos y eslavos. La difusión de las monedas sajonas, la creación de mercados y la protección a

los mercaderes, la renovación de la vida urbana en los núcleos de vieja raíz romana en Renania y Baviera —Colonia, Maguncia, Tréveris, Augsburgo, Ratisbona— obedecen, aquí más claramente que en otras partes, a los efectos de la acción política. También aquí más claramente que en otras partes, puesto que son más débiles los contactos comerciales de larga distancia, la urbanización es inseparable del aumento de la producción agraria y del adensamiento del poblamiento rural.]

También los países de la vertiente mediterránea conocieron, en la época que centra el siglo X, transformaciones y renovaciones que prefiguran el futuro. El sudeste de la Galia sufrió intensa y durablemente los efectos de la piratería musulmana. Hasta el 972 no pudieron ser desalojados los sarracenos de su asentamiento fijo en *Fraxinetum* y ni siquiera eso garantizó la desaparición de los ataques, que se prolongaron aún en el siglo XI. La vida urbana, sobre todo en las costas de Provenza, con las destrucciones de Frejus, Tolón, Antibes y Niza, se vio seria y profundamente perturbada. Sólo en las ciudades de la Narbonense se descubren ciertos signos de animación vinculados al movimiento de las rutas que conducían a España, a la España islámica a través de Cataluña, o a los confines cristianos del oeste, donde el camino que conducía a la tumba apostólica de Compostela comenzaba a ser significativamente frecuentado. De todas formas, las regiones a ambos lados del Ródano permanecieron, por el momento, al margen de las corrientes económicas más activas, las que recorrían Italia.

La disminución de la potencia naval bizantina y el progresivo dominio de los musulmanes en el Mediterráneo obligó a las ciudades marítimas italianas, para continuar sus relaciones con Oriente, a defenderse en el mar reforzando sus flotas y favoreció a aquellas que, en tierra, tenían los emplazamientos mejor defendibles y más alejados de los escenarios habituales de los ataques piratas. [Venecia, en el fondo del Adriático, y Amalfi, al sur del Tirreno, fueron las que, en el siglo X, hicieron frente con más éxito a las nuevas obligaciones.] La primera continuaba una tradición que venía de antes y, sobre todo, avanzaba en el camino de un futuro brillante; la segunda vivió entonces sus mejores tiempos, porque, en el siglo XI, la competencia de Génova y Pisa y el dominio normando la conducirían a su decadencia. [En cualquier caso, y por el momento, estos dos enclaves principales eran el símbolo de que los contactos con Oriente no sólo no desaparecieron, sino que se reforzaron en el siglo X.] Explican también la fortuna de las ciudades del interior, sobre todo y en ese momento, de la capital del reino de Italia, Pavía, que se convierte en cruce de corrientes distintas. Desde Venecia y Amalfi llegan las especias, las telas de seda, las monedas; pero de las tierras al norte de los Alpes afluyen también allí estaño, plata, armas, esclavos, telas corrientes; es la manifestación del contacto entre dos mundos, que se revelará fecundo en el futuro.

En Italia, las ciudades no habían perdido nunca del todo su antiguo vigor, no se habían vaciado completamente de sus funciones. En el siglo X, después del repliegue ocasionado por la conquista lombarda y las guerras carolingias, su papel se recuperó. No es necesario recurrir al comercio lejano para encontrar la explicación. Aquí, como en todas partes, el dinamismo del mundo rural empieza a ser un hecho. Pero muchos dueños de tierras se instalaron en las ciudades y la relación de intercambios con la ciudad, la difusión del instrumento monetario en el entorno rural, hizo evolucionar el viejo régimen dominical; disminuyeron las tierras explotadas directamente por los señores, se redujeron los equipos de siervos domésticos, los censos en especie se conmutaron por pagos en dinero. Todo ello favoreció la iniciativa de los campesinos y el dinamismo demográfico. Los señores, a su

vez, utilizaron sus nuevos poderes para estimular la concentración de la población campesina en núcleos fortificados y para generalizar el establecimiento de una explotación agraria plenamente sedentarizada.

Los signos de una transformación, de una ruptura con la realidad histórica anterior, se multiplican en el siglo X. Son el p[ó]rtico de la etapa expansiva que se generaliza y surge a plena luz en los siglos XII y XIII. ¿Dónde está la causa de la ruptura? Los medievalistas muestran su insatisfacción ante las explicaciones que se han venido utilizando; la renovación técnica no parece sostenible; el crecimiento de la población, sí, es un motor, pero ¿qué lo mueve o por qué se mueve ahora más? En la búsqueda de respuestas, difíciles de encontrar en un siglo X parco en noticias, las miradas se dirigen a los cambios en el entramado de las relaciones sociales, es decir, al centro de la historia. Ahí se impone, en primer lugar, la diversidad de las manifestaciones y de su distribución espacial y temporal. Desde luego, será necesario insistir en el conocimiento de la diversidad, para poder llegar a síntesis convincentes. Por el momento, dos líneas explicativas comienzan a sobresalir. Por un lado, el establecimiento generalizado del señorío banal o jurisdiccional; en el fondo, es un nuevo reparto de poderes entre los monarcas, los clérigos y los aristócratas, que viene a sustituir, ajustándolo a la realidad, el sistema de poderes heredado de la Antigüedad y progresivamente degradado. Más que su origen, interesa subrayar su resultado: la definición de una nueva relación entre señores y sometidos. A partir de ella, el abandono de las estructuras dominicales antiguas, la desaparición o la disminución de la servidumbre, las modificaciones de la estructura de parentesco, la concentración de la propiedad y las nuevas dependencias del campesinado crean el marco —el de la sociedad feudal— en que comienzan a entenderse mejor el crecimiento de la población y de la producción. De otro lado, la ciudad; lastrada por su tradición de oposición al feudalismo, se resiste aún, considerada como mundo aparte, a ser plenamente integrada en la explicación. Y, sin embargo, ahí está, desde los comienzos mismos del despegue. Es seguro que tiene que ver con él, con la mejora en la distribución de las actividades productivas con la intensificación de la circulación de los bienes, con las modificaciones en la gestión de los dominios. Y no parece que sea mundo aparte; también los habitantes de las ciudades están sometidos al señorío jurisdiccional de los obispos, de los nobles o de los más enriquecidos de entre ellos mismos. Es necesario situar la ciudad en el centro de la sociedad feudal.

Difícil camino en la búsqueda de las causas, que pasa por un mejor conocimiento de las relaciones de poder. Veamos, ahora, la parte superior, mejor conocida, de la construcción política más elaborada del momento.

2. La reconstrucción ottoniana // Y ruptura / desplazamiento al este

La elección de Aquisgrán como lugar para la consagración, en 936, de Otón I como rey de Germania demuestra claramente que el recuerdo de Carlomagno seguía vivo. La obra política de Otón el Grande se sitúa en la estela carolingia; es, por ello, una reconstrucción, una restauración, una renovación; la de sus sucesores, por el contrario, significa un cambio de rumbo, una reorientación, una ruptura.

Antes Austrasia, ahora Sajonia, la que con tanto esfuerzo había conquistado Carlomagno, es el punto de partida. Cambio significativo del desplazamiento hacia el este de los nuevos centros de poder que, con el protagonismo de Germania, explican la extensión de la influencia europea sobre los territorios eslavos, húngaros y escandinavos. Y, en el

origen, de nuevo la imposición de una familia sobre los demás grupos aristocráticos. Desde este punto de vista, Otón I recogía la herencia de su padre, Enrique I el Pajarero, duque de Sajonia y, desde 919, elegido rey de la Francia orientalis, nacida del reparto de Verdún. Su consolidación al frente de los demás duques de Germania se debió no sólo a su reconocida prudencia política, sino también a sus cualidades como jefe guerrero, que le reportaron éxitos notables sobre los daneses y los húngaros. La guerra sigue siendo, en efecto, indispensable pilar del poder; en Otón I, a la tradición guerrera de los francos se sumaba la no menos belicosa de los sajones; en su ascendencia materna figuraba Widukind, el encarnizado enemigo de Carlomagno. Las circunstancias de los comienzos del reinado pusieron a prueba la capacidad del nuevo rey; revueltas en Bohemia, sublevación de los eslavos de las orillas del Elba, incursiones de los húngaros en Sajonia y Franconia propician el clima de inestabilidad que culmina con la coalición rebelde de los duques de Lorena, Baviera, Franconia y la propia Sajonia. Otón salió airoso de la prueba; la derrota de los coaligados y, más tarde, en 955, el resonante triunfo sobre los húngaros a orillas del Lechfeld, que ponía fin a sus temidas incursiones, asentó sólidamente su poder. Lo entendía así otro Widukind, el monje de Corvey, autor de la *Historia de los sajones*, cuando contó que los soldados de Otón, en el mismo campo de batalla de Lechfeld, lo aclamaron como padre de la patria y emperador. En la tarea de consolidación, Otón I no sólo restauró, sino que también innovó.

Para controlar los ducados procuró, siempre que pudo, reservarlos para sí —Sajonia y Franconia— o entregarlos a sus parientes; pero, al frente de los ducados, ni los parientes eran fiables, como demostraron las posteriores rebeliones de Lorena y Suabia. Otro camino se demostró más eficaz. Una de las razones por las que se explica que el Imperio de los Otones se mostrara más estable que la construcción carolingia es el papel que en aquél se hizo jugar a la Iglesia. La intervención del rey en los asuntos de la Iglesia es bien conocida en la época carolingia; Otón I, al conceder a los obispos inmunidades, derechos de regalía y, en ocasiones, la totalidad de los poderes condales, fue más lejos; convirtió a los obispos —en Spira, en Colonia, en Magdeburgo, en Chur— en agentes de su poder. A cambio, controló las elecciones —hay que decir que, en general, con acierto— y se arrogó el derecho de investir, tanto en los poderes eclesiásticos como laicos, a los elegidos. Si esta actuación no despertó reacciones demasiado vivas fue porque también los eclesiásticos estaban interesados en la alianza contra un enemigo común, los aristócratas laicos. Frente a ellos, tanto el rey como los obispos recurrieron con frecuencia a los servicios de hombres, los ministeriales, a veces de condición no libre, a quienes entregaron feudos caracterizados por su permanente revocabilidad.

Asentado su poder en Alemania, Otón pudo pensar en la corona imperial. Por dos razones era interesante: por una parte, reforzaba la sacralización del rey, de débil tradición en Germania, pero fundamental en la relación establecida con los obispos; el estudio del ceremonial y de las insignias del poder imperial revela la insistencia en la doble condición de emperador y sacerdote; de otro lado, el Imperio significaba el control del papado y, por tanto, de las posibilidades de intervención externa en la Iglesia germánica. El Imperio era, pues, una nueva pieza en el fortalecimiento del poder monárquico. Alcanzarlo exigía intervenir en Italia, y Otón contaba con la organización militar necesaria para hacerlo. La anarquía durante los reinados de Hugo de Arlés y su hijo Lotario favorecía la intervención; Otón cruzó los Alpes por vez primera en 951, reclamado por los partidarios de Adelaida, viuda de Lotario; apenas encontró resistencia; contrajo matrimonio con Adelaida y tomó para sí la corona italiana. La segunda visita, en 961, tendría más consecuencias. Era el papa, Juan XII, quien pedía ayuda ahora. Tampoco esta vez tuvo el rey germano dificultades

para imponerse en la llanura del Po y presentarse en Roma. Allí, el 2 de febrero de 962, después de haber aceptado las condiciones exigidas por el papa y los aristócratas romanos, Juan XII le impuso la corona imperial. La fuerza de Otón era suficiente como para que no le preocuparan los acuerdos firmados; el edicto por el que establece el control imperial de las elecciones papales lo demuestra; en adelante, los papas no podrían ser consagrados sin haber prestado juramento al emperador. La situación se había invertido; si, con los carolingios, los papas habían terminado por controlar el instrumento imperial, con Otón I era el emperador el que dominaba a los pontífices. Depuso, instauró y reinstauró a varios papas y dominó la situación en Roma, aunque a costa de represiones muy duras, como la que en 967 precedió a la coronación imperial de su hijo Otón II. En cualquier caso, los asuntos italianos no le hicieron olvidar que era en Alemania donde estaban las bases de su poder. Sus sucesores lo olvidaron.

Otón II ocupó el trono a los dieciocho años. Su formación y sus tradiciones —hijo de una reina de Italia y casado con una princesa griega— eran muy distintas a las de su padre y se podía prever una vinculación mayor con los asuntos italianos. Por el momento, hubo de permanecer siete años en Alemania, tratando de someter a los siempre peligrosos duques de Baviera, Suabia y Lorena. En 980 viajó a través de los Alpes y, primero en Pavia, luego en Rávena, por fin en Roma, restableció su autoridad en el reino y comenzó a poner en práctica el proyecto de extender su dominio al sur de la Península. En 981 decidió emprender una enérgica expedición contra los sarracenos establecidos en la costa meridional de Calabria, para la que reunió un poderoso ejército, en el que iban dos mil cien caballeros con armadura pesada. El 13 de julio de 982, el desastre ante los musulmanes en el cabo de Colonne fue total. Las repercusiones no tardaron en hacerse sentir en Germania. Los daneses cruzaron la frontera y la sublevación de los eslavos del Elba destruyó en parte la tarea de cristianización e influencia desarrollada por Otón I. Éste hubiera regresado de inmediato. Su hijo continuó en Italia, y cuando, al año siguiente, la malaria puso fin a su vida, seguía pensando en una urgente expedición al sur.

El heredero tenía tres años. La capacidad y la habilidad de dos mujeres, su abuela Adelaida y su madre Teófano, y, sobre todo, el apoyo decidido de los obispos alemanes, cuya posición fue reforzada frente a los laicos, permitieron controlar la situación, renunciando, eso sí, a las expediciones meridionales. A los dieciséis años, Otón III recibía una herencia prácticamente intacta. Este adolescente, de educación amplia y rica —podía hablar en griego y latín— y de carácter complejo, iba a cambiar sustancialmente el rumbo de la empresa iniciada por su abuelo. Su idea del Imperio había echado raíces muy lejos de Germania, en Roma y en Bizancio. Lo que se proponía llevar a la práctica era un Imperio romano-cristiano universal, del que el papa, y por encima el emperador, serían los jefes desde su residencia común en Roma. En la maduración de estas ideas, o más bien de estos sueños, debió intervenir uno de sus maestros, hombre de muy vastos saberes, Gerberto de Aurillac.

Roma era, pues, el objetivo. La primera visita, para intervenir como siempre en los intentos de dominio del pontificado por los aristócratas, dirigidos ahora por Crescencio, terminó con el nombramiento de Gregorio V, primer papa alemán. No fue suficiente y la segunda visita, en febrero de 998, fue de las que dejan recuerdo; el antipapa Juan XVI, con las orejas, la nariz, la lengua cortada y los ojos arrancados, fue enviado a un monasterio; Crescencio fue decapitado en Sant'Angelo; los representantes más sobresalientes de la aristocracia fueron castigados con dureza. Gerberto de Aurillac fue elegido papa; seguramente queriendo dejar bien claras sus ideas sobre el Imperio y sus coincidencias con

Otón III, escogió el nombre del papa contemporáneo de Constantino. Durante tres años Silvestre II, en Letrán, y Otón III, en el Aventino, pensaron en un imperio universal entendido como una federación en la que los reinos, cuya independencia se respetaba, estuvieran dispuestos a aceptar el sometimiento al emperador. El duque de Hungría, recientemente bautizado, tomaba, al recibir la corona real enviada por Silvestre II con el consentimiento del emperador, el nombre de Esteban I. En el vasto conjunto así concebido, Germania era sólo una pieza más. Sin embargo, las bases de ese proyecto eran frágiles. En Germania, los aristócratas volvían a dar muestras de inquietud. En la propia Roma, una revuelta obligó a huir al emperador. Murió a los veintitrés años, en enero de 1002, cuando intentaba recuperar el dominio de la ciudad.

El sueño era imposible. Pero en esta historia política, como en otros aspectos, el siglo décimo anunciaba el futuro; en este caso, una relación entre el pontificado, Italia y Alemania destinada a llenar muchas páginas de la historia medieval.

Bibliografía

- Barraclough, G.: *The Crucible of Europe. The ninth and tenth centuries in European history*, Londres, 1976.
- Cuvillier, J. P.: *L'Allemagne médiévale. Naissance d'un État*, París, 1979.
- Devailly, G.: *L'Occident du X^e siècle au milieu du XIII^e siècle*, París, 1970.
- Duby, G.: *Guerreros y campesinos. Desarrollo inicial de la economía europea, 500-1200*, Madrid, 1981.
- Folz, R.: *La naissance du Saint-Empire*, París, 1967.
- Fossier, R.: *La infancia de Europa. Aspectos económicos y sociales*, Barcelona, 1984, 2 vols.
- Fumagalli, V.: *Il regno italico*, Turín, 1978.
- Rassow, P.: *Histoire de l'Allemagne*, París, 1972.

TEMA 15

LAS GRANDES CIVILIZACIONES ASIÁTICAS EN LA ALTA EDAD MEDIA. CHINA, JAPÓN, INDIA E INDOCHINA HASTA EL SIGLO XII

por SALVADOR CLARAMUNT

A comienzos del siglo VIII, el mundo asiático estaba controlado en su mayor parte por el Islam y el Imperio chino de los Tang, ambos en pleno apogeo. Pero el continente continuaba siendo una gran reserva de invasores que, entre los Urales y las murallas de China, amenazaban constantemente a los pueblos sedentarios de los extremos. Eran los turcomongoles, los hunos, los yuán-yuán, los hunos heftalitas, los uigures, los khitai, etc.

Pero, aparte los peligros externos, hay que tener en cuenta que en la inestabilidad del mundo asiático medieval actuaron como factores determinantes las crisis periódicas que sufrieron los imperios constituidos.

1. El Imperio chino

Desde su fundación, en 221 a.J.C., hasta su caída, a principios del siglo XX, el Imperio chino conoció cincuenta y siete dinastías, unas nacionales y otras extranjeras. Muchas de estas dinastías coexistieron cada vez que el país se dividió. La historiografía tradicional china distingue seis grandes épocas dinásticas.

La primera es la época Han, que duró hasta el 220 d.J.C. y que fue un período de gran expansión exterior hacia Corea, Vietnam y Asia central.

La segunda época es la llamada de las *Seis Dinastías*, que abarca los cuatro siglos de desunión entre los imperios Han y Sui. En realidad, en este período hubo más de dos docenas de casas reales y de Estados, pero la tradición nacional fue mantenida por las *Seis Dinastías*, que, a partir de la de Wu, se sucedieron hasta 589, en Nankín, su capital. Fue una época de barbarie en el norte y de refinamiento en las cortes del sur, al tiempo que el budismo, procedente de la India, conquistaba China y el territorio sufría un intento de invasión por parte de los tártaros en el año 383, en que fueron rechazados por el ejército Tsin.

La frontera entre las dinastías tártaras del norte y las chinas del sur fue casi idéntica al límite norte del área de cultivo del arroz, terreno poco apto para las tácticas militares de la caballería nómada. El común denominador de todas las invasiones fue el asombroso poder de absorción e integración que la cultura china ejerció siempre sobre los invasores.

2. La dinastía Tang (581-906)

La tercera época es la llamada de la reunificación de los imperios Sui y Tang (581-906). La reunificación fue, una vez más, el resultado de un movimiento surgido en el norte de China. Yan Chien, un general de ascendencia china, habiendo destronado a la dinastía Chi septentrional en el año 581, marchó hacia el sur y derrotó a los Chen, la última de las Seis Dinastías, convirtiéndose en el emperador Sui Wen-ti, e implantó en China una administración única después de dos siglos y medio de divisiones. Aunque la dinastía Sui duró sólo veintitrés años, su sucesora, la Tang, consolidó la posición que había heredado e hizo que en el futuro los chinos siempre prefirieran la unificación. En lo sucesivo, el país conoció más períodos de unidad que de división, fuera ésta causada por conflictos internos o por conquistas extranjeras.

El emperador Sui Wen-ti trasplantó las dos instituciones características que habían permitido el desarrollo de la China septentrional durante la partición tártara: el reparto equitativo de las tierras y el ejército organizado en divisiones, que se convirtieron en la base del Imperio restaurado. En el año 590, el emperador Sui Wen-ti decretó que todos los soldados debían estar adscritos a una prefectura y cultivar la tierra. Con tales fuerzas, derrotó a los mongoles en el norte, a los turcos en el noroeste y a los tibetanos en el oeste. Después de haber reunificado el país y de haber resuelto los problemas exteriores, se dedicó a la reconstrucción de su reino. Estableció graneros en todo el Imperio, incluso construyéndolos por primera vez en la cuenca del Yangtzé. En el año en que falleció el emperador, 605, se decía que las reservas estatales de cereales habían alcanzado su máximo histórico.

El hombre que a la caída de los Sui preservó la reunificación del Imperio fue Li Shih-min, primer soberano Tang. En contraste con Occidente, los emperadores Tang fueron capaces de restaurar las glorias de los Han, así como de contribuir al avance de la civilización china clásica. Por la misma época, Bizancio fracasaba en su intento de mantener reunificadas las provincias mediterráneas del antiguo Imperio romano y cedía Egipto y Siria al Islam. En el plano interno, los Tang restablecieron un sistema de exámenes para entrar en la administración pública, lo que ocasionó una enorme expansión de la educación. La invención de los caracteres de imprenta en el siglo VIII se unió a la demanda de libros de texto y fomentó la alfabetización. El Imperio Tang se mostró flexible con las ideas exteriores y sobresalieron gran cantidad de literatos y escritores como el ensayista confuciano Han Yu y el poeta taoísta Li Po.

El reinado del emperador Tang Tai-tsung (627-650) aseguró el Imperio, que por primera vez se dividió en provincias y en el que se estableció un censo sistemático. Una administración pública fuerte, cuyos funcionarios se reclutaban casi enteramente por exámenes, fue la base de la centuria de paz y tranquilidad que el emperador legó a China, al tiempo que el poder pasaba de manos militares a manos civiles. Junto al interés por el mantenimiento de la milicia, debemos considerar la protección que el emperador Tai-tsung prestó a los pequeños propietarios, los *nung*, que eran quienes proporcionaban los soldados y los principales beneficiarios del reparto equitativo de la tierra.

Los sucesores inmediatos del emperador Tai-tsung siguieron su política expansionista. Las tribus nómadas que vivían más allá de la Gran Muralla ya habían reconocido la soberanía del *khan* chino. El Tibet, independiente y poderoso, había transigido por la boda de su rey con una princesa china que ejerció una gran influencia en aquel país. En 688, los ejércitos chinos ya habían conquistado casi toda Corea y Manchuria; a la vez que la

consolidación del poderío chino en el norte del Vietnam, conquistado por los Sui, permitía que esta provincia recibiera el nombre de «el sur pacificado», Annam.

Antes del 751, fecha en que los ejércitos chinos del Asia central fueron derrotados por los árabes en la batalla del río Talas, los Tang gobernaron todos los territorios entre Tun-huang y el mar de Aral. Para que eso pudiese ocurrir, los árabes ya habían conquistado a todos los Estados más débiles del Turquestán occidental. En el río Talas, los árabes separaron al Asia central del área de influencia china; la región dejó de ser budista y fue incorporada al mundo islámico. Este y otros reveses fueron los síntomas de la descomposición interna del Imperio Tang, que, ya muy reducido, disfrutó de otro siglo de paz antes de que surgieran nuevas revueltas populares, signo revelador de un inminente cambio dinástico. En la corte, los eunucos volvieron a ser poderosos; en las provincias, los jefes militares cada vez eran más independientes. La decadencia del gobierno central causó el abandono de las obras hidráulicas, la fuerza unificadora tradicional de la historia de China. En el exterior, aumentaba la presión de las estepas cuando fue depuesto el último soberano Tang, en el año 906. El Imperio se fragmentó en cerca de una docena de Estados distintos.

3. La época Sung

Tras la dinastía Tang, aparece un cuarto período, representado por la dinastía Sung, que en realidad engloba las Cinco Dinastías que, de 907 a 960, coexistieron con otra decena más, como consecuencia de una nueva división de China, y el gobierno estricto de los Sung, desde 960 a 1279. Tras la reunificación, los Sung, divididos en Sung del Norte (960-1127) y del Sur (1127-1279), quedaron impotentes ante las invasiones exteriores pero conocieron, en cambio, un gran desarrollo de la economía mercantil, así como el renacimiento del confucianismo.

Las Cinco Dinastías y los Diez Reinos ocupan el período de cincuenta y tres años que separa los imperios Tang y Sung. En esta época, el abandono de la ingeniería hidráulica debió de favorecer el desarrollo de movimientos separatistas locales dondequiera que surgía un jefe militar para dirigirlos.

En el norte, una serie de breves dictaduras militares, las Cinco Dinastías, fueron incapaces de mantenerse frente a las incursiones nómadas. La más estable de todas duró diecisiete años. Mientras tanto, en el sur, se conservaron las tradiciones del Imperio Tang y se difundió enormemente la cultura literaria, imprimiéndose las obras clásicas del confucianismo entre los años 932 y 935; un departamento se hizo cargo de la edición de textos, del empleo de grabadores de madera para hacer las planchas y de la impresión en sentido estricto.

En el año 960, un general del norte, Chao Kuang-yin, alcanzó el poder y, repitiendo el modelo de la reunificación Sui, conquistó los Diez Reinos del sur, iniciando la dinastía Sung septentrional (960-1126). Los cien años que siguieron a las guerras iniciales de la dinastía Sung son, para muchos historiadores, el punto culminante de la civilización china.

El saber, basado en el sistema de exámenes para seleccionar a los funcionarios, fue la base de las realizaciones Sung. Se organizó la administración imperial siguiendo el modelo de la Tang. En la capital, había centros de alta cultura patrocinados por el gobierno para preparar a los estudiantes que se presentaban a los exámenes de ingreso en la administración pública. En las provincias, se concedieron tierras para dotar becas para los estudiantes locales y sostener el amplio movimiento en pro de la educación popular.

Una administración pública eficaz y humana regía el Imperio Sung. En el período 1060-1070, a causa de conflictos políticos, se formaron en su seno dos grandes partidos, los tradicionalistas y los innovadores, pero ninguno de ellos recurrió a la violencia en sus enfrentamientos. El jefe de los innovadores, el canciller Wang An-shih, fue uno de los grandes reformadores de la China clásica. Este personaje, con sus «Nuevas leyes», introdujo métodos financieros que tenían como meta principal la protección de los pequeños propietarios, sometidos a demasiadas presiones. Wang An-shih afirmaba que el Imperio descansaba sobre las espaldas de los campesinos, *nung*, ya que la agricultura proporcionaba los medios necesarios tanto para la guerra como para la paz. Racionalizó el gasto público ahorrando el 40 % del gasto nacional. Este canciller reformista fue obligado a dimitir y a retirarse a Nankín en el año 1076, aunque su política se mantuvo íntegramente hasta el año 1126. La invasión del norte por los nómadas kin y la pérdida de dichos territorios hizo que los Sung se refugiaran en el sur, constituyendo la dinastía Sung meridional (1127-1279), que recuperó el brillante nivel cultural anterior a 1126. El famoso pintor paisajista Hsia Kuei (1180-1230) alcanzó gran éxito en la corte. Pero, en las estepas, otro pueblo nómada, los mongoles, se preparaban para su fulgurante carrera de conquistas y destrucciones. En 1206, Gengis Khan alcanzó el poder e inició una nueva época en Asia y en el mundo entero.

El Imperio Sung, aunque con un territorio inferior al del Imperio Tang, estaba más poblado, alcanzando la cifra de 100 millones de habitantes, al tiempo que los *shang*, los mercaderes, se convertían en un poderoso grupo social cuya riqueza tuvo mucho que ver con la revolución en el uso del dinero y del crédito. El papel moneda, que apareció por vez primera en el año 811 y que fue generalmente aceptado desde 970, fue una solución parcial para la dificultad del manejo de grandes cantidades de dinero. Para facilitar el comercio, los mercaderes empezaron a almacenar sus monedas de cobre en las casas de poderosas familias, aceptando a cambio recibos por las cantidades depositadas. Estas letras de cambio podían ser reconvertidas en dinero en otras ciudades, dondequiera que vivieran otros miembros de la familia que había recibido el depósito o sus socios. Este sistema, conocido con el nombre de «dinero volante», fue aceptado por el gobierno imperial en el siglo XI. Esta revolución monetaria fomentó el desarrollo del mercado nacional. Las provincias Sung se habían convertido en interdependientes y su cohesión económica se basaba en las mejoras en la agricultura y las comunicaciones.

4. El Japón

Según parece, el archipiélago japonés sufrió un proceso de aculturación desde China a través de la península de Corea. Antes del siglo IV d.J.C., esta cultura procedente de China, denominada *yayoi*, se extendió del sur al norte, haciéndose los habitantes sedentarios y apareciendo instrumentos técnicos y guerreros de todo tipo. Políticamente, los habitantes del archipiélago constituían unos treinta países, en guerra unos contra otros. El núcleo más poderoso fue el que se formó en torno al distrito de Yamato —que mantuvo relaciones con las cortes imperiales chinas—, donde residía el jefe del «linaje del sol», designado, según la leyenda, por la diosa Amaterasu y acatado por las grandes familias aristocráticas, dueñas de las tierras y de sus campesinos. Así pues, en los siglos IV y V se formó un poder soberano en torno a una de las grandes familias, que, apoyada por los clanes o *uji*, dio con el tiempo origen a la familia imperial.

Estas familias dirigentes, entre los siglos VI y VII, se iniciaron en la escritura china y elaboraron poco a poco las bases del poder imperial, al que fueron dotando de medios institucionales. La continua penetración de influencias chinas impulsó la evolución de la sociedad japonesa; el budismo se introdujo a partir de 587 y el sistema imperial se diferenció del chino en que no preveía cambios de dinastía. Se estableció una casa imperial, de descendencia divina, que debía regir ininterrumpidamente los destinos del nuevo país. Entre las reformas hechas en tiempos del soberano Skotoku (593-622) se incluyó la adopción del budismo como religión oficial, aunque diferenciándolo del culto imperial, mantenido en la práctica religiosa llamada *shintó*, que no era más que el culto a las fuerzas protectoras familiares, locales, regionales y generales con las que se relacionaba el «linaje del sol».

El emperador Temnu (673-686) estableció en Nara la primera capital estable, ya que hasta entonces la corte imperial había sido itinerante, estableciéndose allí donde lo decidiese el soberano. En Nara residieron sucesivamente ocho emperadores, y tuvo lugar, en el siglo VIII, un florecimiento artístico y literario que culminó con la compilación del *Nihons-hokio* o primeras crónicas imperiales, escritas en lengua china, en que se recogían los orígenes mitológicos de la dinastía reinante. También se construyeron suntuosos templos dedicados a Buda, destacando el de Todaiji, en la propia Nara, para honrar una estatua gigante dorada de Buda de dieciséis metros de altura.

La brillante Nara se convirtió en una ciudad dominada por los numerosos monjes budistas, lo que obligó al emperador Kamnu (781-806) a buscar una nueva capital. Primero se trasladó a Nagaoka; en 794, se instaló definitivamente en Kyoto, también llamada Heian (La Paz), residencia imperial única hasta 1868. En Kyoto culminó el nuevo régimen imperial. Poco a poco, el emperador fue perdiendo el ejercicio efectivo del poder, para sólo conservar su autoridad sagrada como fuente de legitimidad.

A lo largo del siglo XI, la unificación política realizada por los emperadores de Kyoto se vio alterada por la tendencia disgregadora de los señores de las provincias. La oposición al centralismo importado de China había dado lugar al nacimiento de los *samurai* o guerreros, organizados de acuerdo con un modelo puramente feudal, atendiendo al ideal del código del honor caballeresco o *bushido*. Los *daimyos*, o clanes territoriales, en que se dividió el país fueron cada vez menos dóciles respecto de la corte de Kyoto, en cuyo seno el poderoso clan de los Fujiwara patrimonializó el gobierno. Los Fujiwara acumularon poder desde 645, pero fue a partir de 857 que diversos jefes del clan lograron controlar a los emperadores. Los Fujiwara alcanzaron su apogeo con Michinaga (996-1027), el miembro más famoso de la familia; pero, en la corte, diversas ramas de otros clanes, los Taira y los Minamoto, se preparaban ya para disputarse la hegemonía en el país entre el siglo XI y el XII. Un miembro de la familia Taira, Kiyomori, se hizo con el poder, del que fue desplazado, en 1181, por Yorimoto, de los Minamoto. Éste exterminó a los Taira, recibiendo el título de *shogún* o generalísimo de los ejércitos, lo que, de hecho, le convertía en protector del emperador. De este modo, la monarquía japonesa se transformó en una realeza feudal, sometida a los *shogún*, convertidos en verdaderos soberanos hereditarios establecidos en Kamakura, al norte del país, con una administración independiente de la imperial.

A partir de 1219 el título de *shogún* dejó de transmitirse de manera hereditaria, pero no por ello disminuyó su poder. Es la época llamada feudal, en que se notó un declive cultural, ya que la nobleza sólo se preocupaba por el adiestramiento militar y las cosas de la guerra; la cultura, como en Occidente durante la Alta Edad Media, tuvo que refugiarse en los monasterios, mientras el país permanecía aislado por el peligro mongol y por la propia piratería nipona.

5. La India hasta el siglo VII

5.1. LOS GUPTA

Frente a las invasiones en la cuenca del Ganges, se organizó una reacción india bajo los Gupta. Un príncipe de la llanura del Ganges, Chandra Gupta, inició en el año 320 la dinastía que supuso una época de esplendor en todos los aspectos. Su hijo Samudra Gupta (335-376) extendió su poder por toda la cuenca gangética, pero la dinastía alcanzó su apogeo durante el reinado de Chandra Gupta II (376-415), quien, entre dominios directos, reinos sometidos y protectorados, llegó a controlar todo el triángulo territorial entre el Himalaya, al noreste, el río Indo, al noroeste, y los montes Vindhya, al sur.

El poder de los Gupta se mantuvo todavía durante los reinados de Kumasa Gupta I (415-454) y Skanda Gupta (454-476), si bien ya entonces algunos gobernadores del Ganges se declararon independientes y todo el noroeste fue ocupado por los hunos heftalitas, que, a la larga, acabaron con el Imperio Gupta.

La sociedad gupta estaba dividida en cuatro clases o *varna*, todavía no demasiado rígidas; eran, por orden de importancia, la de los *brahmanes*, la de los guerreros o *kshatriya*, la de los ganaderos o *vaiçya* y la de los *çudra* o clase inferior, a la que pertenecían los comerciantes y artesanos. Fuera de la sociedad estaban los intocables, *candala*, cazadores, barrenderos o incineradores de cadáveres. En las ciudades, los artesanos se agrupaban en corporaciones de oficio cuyas clases superiores formaban una verdadera burguesía.

La cultura gupta fue muy refinada; el sánscrito se mantuvo como lengua literaria. El poeta Kalidasa, de la época de Chandra Gupta II, escribió las famosas obras *Raghuvamsha* o *Estirpe de Ragú*, en honor de Rama, y la *Nube Mensajera*, en medio de un arte caracterizado por una belleza equilibrada y risueña, como se aprecia en la escultura del *Buda de Sarnath* y en otros muchos relieves.

5.2. LA FRAGMENTACIÓN

Desde 484, cuando los hunos heftalitas derrotaron a los sasaníes, todo el norte de la India cayó en su poder, iniciándose una dominación caracterizada por los numerosos desplazamientos de la población. Los heftalitas permanecieron en los territorios gupta hasta que fueron derrotados, hacia 536, por el rey Malwa, Yasodharman, casi al mismo tiempo que los sasaníes conseguían eliminarlos con ayuda de los turcos.

Al desaparecer el Imperio Gupta, el norte de la India se fragmentó en varios reinos, destacando entre ellos el de Sthanesvara, que conoció su apogeo con el rey Harshavardhna o Harsha (606-647), que se apoderó de la mayor parte de la India del norte, y mantuvo unas fluidas relaciones con la dinastía china Tang. Repetidas veces visitaron sus territorios monjes budistas chinos con el propósito de peregrinar a los lugares santos de Buda. Harsha fue un monarca enérgico pero tolerante y de espíritu cultivado, que llegó a componer varias obras literarias.

Mientras tanto, más al sur, a lo largo del siglo VII, dos linajes reales intentaban dominar el Dekán: los *calukya* en el noroeste y los *pallava* en el sudeste.

El reino calukya, constituido a principios del siglo VI, alcanzó su época más brillante con el rey Pulakeçin (609-642), que cerró la ruta del sur al rey Harsha de Sthanesvara,

y amplió sus territorios arrebatando al reino de los pallava la región de Andhara, donde creó el reino de los calukya orientales.

Las continuas luchas entre los calukya y los pallava dejaron extenuados a ambos pueblos, si bien los últimos se rehicieron en los días del rey Mahendravarman y, sobre todo, de su hijo Narasimhavarman I (630-668), que se apoderaron de gran parte del territorio calukya, llegando inclusive a intervenir en Ceilán.

Ambos reinos nos han dejado numerosos monumentos, sobre todo santuarios llenos de abigarrados bajorrelieves; algunos de ellos son los primeros ejemplos de una arquitectura pétrea al aire libre en la India.

6. La India, del siglo VIII al XII

A partir del siglo VIII y hasta finales de la Edad Media, la historia de la India está marcada por el reiterado fracaso de las tentativas de establecer un imperio unificado, la expansión del Islam y la creciente importancia del sur como refugio del hinduismo puro frente a la conquista musulmana.

El norte de la India se dividió nuevamente al desaparecer Harsha, y diversos reinos se repartieron las cuencas del Ganges y del Indo. Así, en la del Ganges, los pratihara (siglos IX y X) restauraron el reino de Kanauj, mientras otra dinastía, la de los pala (siglos VIII-XII), intentaba resucitar el Imperio gupta desde sus territorios de Bengala.

A pesar de la fragmentación de los Estados, la vida económica fue bastante próspera, con un artesanado numeroso y activo, una vida urbana intensa y una agricultura sin apenas transformaciones, que producía trigo, arroz, caña de azúcar, frutas, hortalizas y algodón.

Pero mientras esto sucedía en la India, en el mundo islámico la hegemonía había pasado de los abbasíes a los iraníes y, después, a los turcos, procedentes del Turquestán occidental y convertidos al Islam.

Desde Gazna en el Afganistán, donde se había establecido, una familia de mercenarios turcos al servicio de los califas, los gaznavíes, empezó a atacar el territorio indio (986). En los primeros años del siglo XI, Mahmud de Gazna (998-1030) se lanzó a la conquista del Punjab, realizando incursiones hasta la cuenca del Ganges. Mahmud debió de realizar unas diecisiete expediciones a la India, resultando siempre vencedor, gracias a su ágil caballería, que se enfrentaba con éxito a los pesados ejércitos indios, con sus elefantes, de difícil maniobra. Pero su Imperio, que llegó a extenderse desde el mar Caspio hasta el Indo, no le sobrevivió. Y si bien el Islam se instaló en el Punjab, los gaznavíes no afectaron en nada a la cultura india de la cuenca occidental del Ganges.

Ciento cincuenta años más tarde, tuvo lugar el asalto musulmán definitivo a la India, con las conquistas del turco Muhammad de Ghor. Este personaje arrebató Afganistán a los gaznavíes en 1186, y emprendió la conquista del Punjab, del Sind y, luego, de la cuenca del Ganges. En 1192 acabó con los últimos gaznavíes, que todavía gobernaban en Lahore, a los que derrotó en la batalla de Tamesvar, asegurando cinco siglos de dominación musulmana en el norte de la India.

Los lugartenientes de Muhammad de Ghor (1186-1206), los generales Qutb al-Din Aybak y Muhammad ibn Bajtiyar (los *gúridas*) fundaron el sultanato de Delhi, que declaró la guerra santa al hinduismo y se extendió por todo el centro de la India y la mayor parte del Dekán. A partir de entonces, el sultanato o Imperio de Delhi se constituyó en el punto de referencia obligado de la evolución política del subcontinente, incluso en tiempos modernos.

7. Las civilizaciones indochinas

La civilización india se extendió por la antigua península de Insulindia a principios de la era cristiana, transformando profundamente la sociedad a todos sus niveles. Primero fueron los mercaderes indios, a la sombra del flujo comercial existente desde épocas remotísimas entre la India y China. De esta manera, surgieron diversos establecimientos comerciales indios en las costas indochinas, que llegaron en algunos casos a constituir verdaderas colonias. Pero junto con los mercaderes llegaron algunos *brahmanes* o aristócratas, que se establecieron en Malasia, formando pequeños principados al hacerse con el poder local.

Cuatro fueron los principales reinos de la zona: el de Sriksetra, en el bajo Irawadi; el de Dvratí, en el sudoeste de la cuenca del Menam; el de Funan, en el bajo Mekong, y el de Linyi, llamado más tarde Champa, en la costa del Vietnam. De todos ellos conocemos algo gracias a las fuentes escritas chinas y a los restos arqueológicos.

Todos estos reinos alcanzaron una cierta prosperidad, a la vez que desarrollaron una rica artesanía, pero tuvieron que evitar caer en poder de China o de los reinos de Java con la dinastía Sailendra.

En el siglo IX, los khmer lograron establecer la unidad de Camboya con los soberanos Jayavarman II e Indravarman, desligándose de la monarquía de Java. Poco después se fundó una nueva capital, Yasodharapura, en el emplazamiento de Angkor, que alcanzó su apogeo casi un siglo más tarde, con el rey Rajendravarman. El período de esplendor se prolongó ininterrumpidamente durante dos siglos. El rey Suryavarman II (1113-1150) representa el momento de mayor brillo en la historia khmer, y su nombre está ligado a la fundación de Angkor, considerada la ciudad de los dioses. La política de este monarca chocó, en su expansión por el este, con el reino de Champa, iniciándose una serie de guerras que agotaron a ambos contendientes.

La sociedad khmer fue en cierto modo una réplica del modelo indio, en la que el rey divinizado se rodeó de brahmanes, de una aristocracia guerrera y de una numerosa burocracia. El régimen de castas, al estilo hindú, se extendió entre los campesinos de los deltas del Menam y del Mekong. El poderío khmer estuvo ligado a la fertilidad de los arrozales y la abundante pesca fluvial y lacustre.

Después del Imperio khmer, el reino de Champa, situado en buena parte del actual Vietnam, fue la frontera más oriental de la civilización india, pero sus continuas luchas con los vietnamitas de Yué le ocasionó grandes pérdidas territoriales.

Otros pueblos, como los môn y los birmanos, compartieron también el espacio indochino; estos últimos fundaron el reino de Pagán, que a mediados del siglo IX conoció su apogeo con el rey Anawrahta (1044-1077), verdadero reunificador y organizador del poderío birmano.

Bibliografía

- Balazs, E.: *La burocracia celeste. Historia de la China Imperial*, Barcelona, 1974.
- Coedes, G.: *Les états hindouisés d'Indochine et d'Indonésie*, París, 1964.
- Danielou, A.: *Histoire de l'Inde*, París, 1971.
- Embree, A. T. y Wilhelm, F.: *India. Historia del subcontinente desde las culturas del Indo hasta el comienzo del dominio inglés*, Madrid, 1974.
- Goeppér, R.: *La antigua China*, Barcelona, 1993.
- Granet, M.: *La civilización china*, México, 1959.
- Hall, J. W.: *El imperio japonés*, Madrid, 1973.
- Sansom, G.: *A History of Japan*, 3 vols., Stanford, 1958-1963.
- Villiers, J.: *Asia sudoriental antes de la época colonial*, Madrid, 1973.
- Yap, Y. y Cottorell, A.: *La civilización china clásica. De la prehistoria al siglo XIV*, Barcelona, 1981.

TEMA 16

EL CAMBIO FEUDAL. EL HOMBRE Y LA TIERRA. SEÑORES Y CAMPESINOS

por ERMELINDO PORTELA

Feudo, feudal, feudalismo. La discusión sobre el sentido de estas palabras está en la base de una larga polémica entre medievalistas. A un lado, historiadores de formación jurídica, principalmente, elaboraron un modelo de interpretación, que alcanzó un gran éxito dentro y fuera —fuera, en buena medida, pervive aún— del círculo de los especialistas. El señor y el vasallo, los servicios prestados y su correspondencia en la entrega del feudo; la amistad y la fidelidad selladas y expresadas en el conjunto de gestos rituales del homenaje, eran los elementos en presencia. Después, la articulación progresiva de estos elementos, en la época carolingia y poscarolingia y en el espacio entre el Loira y el Rin, que dio lugar a la aparición del «feudalismo clásico», y, a partir de ahí, su difusión en otros espacios, que, siempre por comparación con el modelo, se calificaba de plena o semiplena, de temprana o tardía, completaban una explicación que alcanzaba su límite en el tiempo con el fortalecimiento de las monarquías nacionales a finales de la Edad Media. Enfrente, historiadores marxistas o que se reclamaban tales, apoyándose en la caracterización como feudal que los revolucionarios del siglo XVIII hicieron del régimen contra el que se levantaban, definían el feudalismo como la formación social que, fundamentada en el modo de producción feudal, se extendía desde la descomposición de la sociedad esclavista en la época bajoimperial hasta el triunfo del capitalismo posterior a las revoluciones burguesas. Durante una época, el diálogo fue, en buena medida, un diálogo de sordos, puesto que, hablando de cosas distintas en realidad, difícilmente podía esperarse un acuerdo; muchos pensaron en la inutilidad de una discusión, que juzgaron puramente formal. Sin embargo, la más reciente reapertura del debate, ahora sobre las bases de una investigación renovada y llevada a cabo sobre ámbitos espaciales más amplios, ha vuelto a situar la cuestión feudal en el centro de una reflexión que se revela capaz de ofrecer nuevas y ricas perspectivas de interpretación histórica, particularmente para el período que centran los siglos XI y XII. De la vieja polémica queda, por una parte, la exigencia del análisis del sistema social como conjunto —el feudalismo como «horizonte teórico»— y, por otra, la exigencia de que ese análisis sea preciso y se muestre capaz de poner de manifiesto la imbricación entre las partes del conjunto. Es en este contexto donde se abre paso la idea de que, antes del año 1000, está en marcha una transformación profunda de las relaciones sociales y, como consecuencia de ella, de la relación entre la sociedad y el medio natural, que, en los dos siglos siguientes, se acelera y se extiende por Occidente. Es lo que se ha llamado el cambio o la mutación feudal.

① Historia Jurídica
② Historia Moderna 1-7 Interpretación

1. La mutación feudal

Al presentar, más atrás, las primeras manifestaciones de esta transformación en el siglo X, nos preguntábamos por las causas y las situábamos en el centro mismo de las relaciones entre los hombres. Volvamos sobre algunas de ellas. La mutación feudal tiene que ver, en primer lugar, como ha señalado Georges Duby, con los cambios operados en el ejercicio del poder. La detención de la guerra expansiva que acompañó y, en buena medida, sostuvo la creación del Imperio carolingio, y su sustitución por una guerra defensiva ante los nuevos invasores, puso al descubierto —en Francia antes que en Alemania, donde ya hemos visto las razones del fortalecimiento de una autoridad central en el siglo X— la debilidad del poder monárquico para continuar dominando a la aristocracia. El ejercicio del poder pasó de los monarcas a los príncipes regionales, primero, a los condes y a los jefes de los castillos, después, que tuvieron en sus manos el derecho de mando, la capacidad de administrar justicia, de utilizar en beneficio propio las tierras y las exigencias fiscales. Al mismo tiempo —se ha estudiado con precisión para el norte de Francia, pero el fenómeno parece tener un carácter más general—, los nobles laicos modificaron las relaciones de parentesco que, hasta entonces, habían sido dominantes. Antes, esas relaciones se ordenaban de acuerdo con una estructura cognaticia, en virtud de la cual la transmisión hereditaria de los bienes tenía lugar mediante el reparto igual entre los hijos. A partir de ahora, se afirma la tendencia a la ordenación del parentesco de acuerdo con un riguroso criterio agnático, que favorece a los varones sobre las mujeres y a los hijos mayores sobre los menores; la aristocracia se ordena en linajes. En ello ha tenido mucho que ver, seguramente, la necesidad de transmitir los nuevos poderes adquiridos, pero ha beneficiado también, en el caso de los laicos, la tendencia a la concentración de la propiedad de la que más tarde hablaremos. Claro que la modificación exigió sacrificios; las mujeres y los segundones, limitadas sus posibilidades de acceso al matrimonio, hubieron de buscar salida por el camino de las dignidades eclesiásticas y de los monasterios, o se añadieron, en la casa señorial, en el castillo, al grupo de los caballeros dependientes, de los clientes armados que ahora proliferan. Es, sobre todo, en ese marco doméstico, donde, como un elemento más de la sociabilidad, han proliferado, en unas zonas más en otras menos, los vínculos vasalláticos.

La implantación y la generalización del señorío banal o jurisdiccional no se hizo sin violencia; enfrentamientos entre los antiguos y los nuevos dueños del poder, entre éstos y los campesinos que se resistían a las nuevas exigencias y a los abusos. Pierre Bonnassie ha examinado en profundidad este proceso en la Cataluña del siglo XI; no es exclusivo de allí. Las mesnadas castellanas proliferan y se imponen a las comunidades alodiales. Hagamos en este punto entrar en acción al otro grupo protagonista en esta mutación, el de los clérigos. El clima de violencia no les beneficiaba; en ocasiones, les amenazaba y afectaba muy directamente. En Cataluña, en el sur de la Galia, nace, en torno al año mil, un movimiento que después se extiende y se afirma, es el movimiento de la Paz de Dios y de la Tregua de Dios. El movimiento es impulsado por los monjes de Cluny y por los obispos que están bajo la influencia de aquel centro difusor de reformas. En torno a las reliquias y los santuarios locales, convocan asambleas cuyo fin es la moderación de la violencia, por medio de su reglamentación. En esto, los eclesiásticos contaron con el apoyo de los campesinos. Los resultados del esfuerzo conjunto, enfrentando las armas espirituales —la excomunión— a las otras, fueron sólo relativos. Pero consiguieron reducir el uso de las armas en áreas en torno a las iglesias, cuyos límites eran señalados por cruces levantadas en los caminos, y en tiempos señalados del calendario litúrgico. Sobre todo, modificaron la concepción de

la guerra y sentaron las bases de su desviación hacia el exterior del mundo cristiano. Por otro lado, al restringir el ejercicio de la violencia y los beneficios obtenidos con ella, los clérigos sancionaron los obtenidos pacíficamente, es decir, los obtenidos en el ejercicio de los nuevos poderes señoriales, que, de este modo, fueron presentados a los campesinos como aceptables.

Entre otros obispos, las implicaciones populares de las asambleas de paz no eran demasiado bien vistas. En algunas ocasiones, como en Limoges en 1038, habían ido lejos, con la constitución de milicias de paz que terminaron asaltando los castillos. Se acercaban demasiado a los movimientos heréticos del norte de Francia o Italia. Justamente en el norte de Francia, donde, por otra parte, obispos y abades estaban más sólidamente asentados y tenían menos que temer de la violencia aristocrática, dos obispos, Adalberón de Laon y Gerardo de Cambrai pusieron en pie, a comienzos del siglo XI, un esquema ideológico —el de la sociedad dividida en tres órdenes— y lo impulsaron hacia un futuro de éxito.

La ordenación mental de la sociedad en *oratores*, *bellatores* y *laboratores* surge, también, en la ruina de la construcción carolingia y en medio del clima de inestabilidad que acompañó el nacimiento de la sociedad feudal. En oposición a otros sistemas ideológicos concurrentes —el de los monjes, el de los herejes—, el elaborado por los obispos del norte de Francia revela la intención —y en este sentido es reaccionario— de recuperar el orden perdido bajo una monarquía fuerte, la añoranza de las antiguas estructuras políticas arruinadas; pero, al mismo tiempo, da cuenta de las transformaciones en curso y pretende encauzarlas. Se trata de un programa ideológico, elaborado por los eclesiásticos cultos para su difusión en el cuerpo social, para uso del pueblo, al que se quiere obediente, resignado, convencido de los méritos de su trabajo y persuadido también de que los servicios son mutuos y de que sus esfuerzos son compensados por los esfuerzos de los otros dos órdenes, de las otras dos funciones, que, de este modo, justifican sus privilegios. Lo que se busca impulsar es, en definitiva, la nueva dependencia del campesinado, atrapado en las redes del señorío banal o jurisdiccional, bajo la autoridad de los dirigentes eclesiásticos y de los dueños de los castillos. Después de un período de eclipse, el esquema trifuncional resurge en la Inglaterra de la segunda mitad del siglo XII, pero entonces al servicio de una monarquía —la de los Plantagenet— en trance de fortalecimiento; justo en el momento en que las relaciones vasalláticas, concebidas ahora como un sistema, iniciaban el camino hacia su codificación legal, también al servicio de los Estados monárquicos nacientes.

Momento intermedio entre la ruina de los viejos sistemas de poder y el afianzamiento de las nuevas monarquías, la mutación —para algunos la revolución— feudal es la reordenación profunda de las relaciones sociales y de sus coberturas ideológicas. Esta reordenación está en la base de las transformaciones que, en los siglos XI y XII, han modificado la relación entre la sociedad y el espacio que ocupa. La expansión de los siglos centrales de la Edad Media encuentra así vías de explicación; las ofrece también, porque contribuye a acelerar los cambios, a hacer cristalizar el nuevo orden social.

• *Justificación de la dependencia del campesinado al señorío feudal (y eclesiástico)*

2. Los rasgos de la expansión en el mundo rural

La humanización del paisaje es un rasgo mayor de la historia europea de los siglos XI y XII. La acción de los hombres sobre el medio se hace más visible, los núcleos habitados son más numerosos, la superficie de los campos de cultivo se extiende y gana terreno a los bosques, a los pantanos, a las marismas, las cercas que rodean las ciudades son amplia-

• *Justificación de la expansión y humanización del paisaje.*

das progresivamente. La acción de los hombres se hace visible, en primer lugar, porque cada vez son más. El crecimiento sostenido y general de la población europea, desde los alrededores del año mil hasta bien entrado el siglo XIII, es un hecho que nadie cuestiona. No es poco que, trabajando con unas fuentes escritas que se resisten a ofrecer números y con un desarrollo de la investigación arqueológica todavía escaso, se haya alcanzado un consenso tan amplio sobre este punto. Obedece a que los resultados de la exploración sistemática de los indicios disponibles se muestran en muy alto grado coincidentes. Esos indicios son más de los que, a primera vista, puede parecer. Desde luego, uno destaca sobre todos los demás: el *Domesday Book*, registro de la gran encuesta que, para la mayor parte del territorio de Inglaterra, ordenó hacer Guillermo el Conquistador a fines de siglo XI. Su carácter de testimonio incomparable es precisamente el que le resta mucho de su valor; ofrece la situación de un momento —en torno a un millón trescientos mil ingleses hacia 1086—; pero los elementos de comparación faltan hasta bien entrado el siglo XIV, cuando ven la luz los primeros recuentos fiscales sistemáticos. Para entonces, la población inglesa alcanzaba la cifra de tres millones y medio. Se han hecho estimaciones globales para el conjunto de la Europa occidental; señalan evoluciones positivas que, en unos casos, se acercan, en otros alcanzan, la duplicación de los habitantes entre los años 1000 y 1300. Las precisiones numéricas son poco fiables en términos absolutos, pero señalan una tendencia; y lo importante es que la tendencia resulta repetidamente confirmada por una serie de síntomas, que van desde las genealogías aristocráticas hasta el estudio de los esqueletos, pasando por el registro minucioso de las personas que se mencionan en los documentos jurídicos conservados, por citar sólo aquellos que son testimonio más directo de la evolución demográfica. Con esos datos, se obtienen cifras que demuestran un crecimiento sostenido de la media de hijos por matrimonio fértil y un aumento considerable de la esperanza de vida.

Unanimidad en la constatación del hecho. Mucha menos en su explicación. Se afirma la idea de situar en la base de todo el proceso de crecimiento el nuevo encuadramiento de los hombres en el marco señorial, que trajo consigo, de una parte, la ruina de los sistemas de explotación antiguos basados aún en el mantenimiento de equipos numerosos de siervos domésticos, cuya instalación en las tierras creó mejores condiciones para el aumento de las familias, y, de otra, una presión ejercida sobre masas más extensas de campesinos obligados a hacer frente a las exigencias del señor con un aumento de la productividad y, por tanto, de la fuerza de trabajo empleada. Junto a ello, conviene no olvidar, como factor de aceleración, la difusión del uso de la moneda y la comercialización de los productos agrarios estimulada desde los núcleos urbanos. La desaparición de los ataques exteriores y la difusión de las instituciones de paz pudo haber sido un factor coadyuvante, lo mismo que una mejora de las condiciones climáticas, por el momento poco probada y difícil de probar. Desde luego, una vez que el proceso está en marcha, la relación entre crecimiento demográfico y aumento de la producción —hasta que se produce la detención, en función de causas también complejas sobre las que volveremos en su momento— crea estímulos positivos en las dos direcciones.

Son muchos los factores que intervienen en el crecimiento de la producción de los campos de Europa en los siglos XI y XII. Lo hacen simultáneamente y las relaciones entre ellos son múltiples y mutuas. Pero no es posible exponer todas las acciones e interacciones al mismo tiempo; es preciso elegir un orden. El orden de factores que aquí proponemos puede ser modificado, aunque en la sucesión de los tres fundamentales —la población, la técnica, la roturación— existe una relación de arrastre, por lo menos inicial, del primero al último.

[Acabamos de decir que el número de los hombres crece de manera sostenida a lo largo de este período. Eso significa que cada vez hay más brazos disponibles, más fuerza de trabajo que aplicar, en primer lugar, en el sector fundamental de la economía medieval, la actividad agraria.] Los etnólogos han estudiado el problema de las condiciones del desarrollo de la agricultura en grupos humanos actuales; sus conclusiones indican que es el aumento del número de individuos en el grupo el que abre el camino hacia formas más intensivas en la ocupación y explotación del espacio. [No parece descabellado situar en la base de la expansión medieval la hipótesis de la intensificación del trabajo en los campos, manifestada en la sedentarización plena de la agricultura, es decir, en el abandono de sistemas de aprovechamiento agrario, muy próximos aún a la agricultura de rozas, basados en el aprovechamiento débil de superficies amplias, sobre las que el cultivo es una situación más o menos episódica, seguida de largos tiempos de abandono, capaces de permitir la regeneración natural de los suelos.] Todavía en 1166, el rey de Francia autoriza a los campesinos a cultivar parcelas en sus bosques, a condición de que recojan dos cosechas solamente y cambien luego de lugar. De manera que, antes de la extensión de la superficie cultivada, ha habido un movimiento de concentración, de fijación de terrazgo, de delimitación más precisa de los dos pilares básicos de la explotación agraria medieval, el *ager* y el *saltus*, y, por consiguiente, una tendencia de los lugares de habitación a ocupar una posición específica, central, respecto de los otros dos elementos. [Georges Duby ha señalado que, por este camino, pueden establecerse diferencias entre la economía de esta época y la de la etapa carolingia. Robert Fossier ha hablado —él mismo reconoce que con intención provocadora— de «nacimiento de las aldeas», para señalar líneas de cambio que engloban lo que decimos.]

Esta estabilización, esta concentración de los campos es la que consume, ante todo, la energías disponibles y estimula la aplicación de técnicas más evolucionadas. [Es ésta la época de la generalización de los cultivos de año y vez y, en las tierras más ricas —la Picardía de fines del siglo XII, por ejemplo—, de la aparición de la rotación trienal, en virtud de la cual solamente un tercio de la superficie cultivable descansa cada año.] Pero eso exige sembrar y recolectar más y, sobre todo, para garantizar, compensando las insuficiencias del abonado, el mantenimiento de la fertilidad, trabajar más y mejor la tierra. [Es aquí donde hace su aparición el factor técnico instrumental, que en los siglos centrales de la Edad Media consiste más en la difusión, en la utilización, que en la invención. No se descubrió ahora el molino hidráulico, pero la multiplicación de su uso se registra por todas partes, porque es ahora cuando las necesidades nuevas obligan a liberar la fuerza de trabajo antes empleada en la molienda manual. Tampoco es de este tiempo el descubrimiento de los arados; pero sí el empleo más general, sobre todo en los suelos pesados de la Europa del norte, de sus formas más perfeccionadas y complejas, con el uso de las ruedas y la inclusión de piezas de hierro en la cuchilla, la reja y la vertedera. El refuerzo del tiro de estos instrumentos pesados y la mejora de los transportes empleados en la explotación obliga, junto a la necesidad de mantener las únicas posibilidades de abonado, a establecer, mediante el aprovechamiento de los espacios incultos de dentro y de fuera del *ager*, el indispensable equilibrio entre agricultura y ganadería.]

La traducción de la intensificación del trabajo de los campos en la mejora del nivel de los rendimientos no fue espectacular. Los datos de que se dispone varían notablemente —del 6 por 1 al 2 por 1— de un lugar otro y de un año a otro; las insuficiencias en la capacidad de regeneración del suelo fértil hacen que sea muy estrecha la dependencia de las condiciones naturales, las del clima particularmente. De todas formas, si se calcula un

• ① Fianza de Terrazgo (C. de la Picardía)
 • ② Mayor explotación de los suelos (monasterios, señoríos feudales)

rendimiento medio del 3 por 1, la diferencia respecto de etapas anteriores, aunque pequeña, no deja de ser significativa.

Los rendimientos siguieron siendo, en cualquier caso, pobres. El incremento de la producción hubo de apoyarse, por tanto, en el aumento de la superficie cultivada. Las roturaciones han llegado a ser el símbolo de la expansión agraria en la Edad Media. Hay que decir, sin embargo, que roturaciones las ha habido siempre. Es más, en los sistemas extensivos anteriores, con largos períodos de abandono de parcelas cultivadas, puede pensarse que era la roturación la actividad habitual. Lo que ocurre en los siglos XI y XII es un cambio de sentido de la roturación que sólo puede producirse cuando ya ha tenido lugar la estabilización y concentración del terrazgo. Roturar es, en este momento de manera dominante, incorporar nuevos espacios al terrazgo estable, ampliar los campos de cultivo. Es difícil determinar con precisión las fases de este proceso, pero pueden distinguirse sus formas, sus manifestaciones más características. La más habitual, la más general, es la que, resultado con frecuencia de iniciativas individuales, consistió en la ampliación del terrazgo de las aldeas cultivadas. Realizada en ocasiones a espaldas de los señores, la tarea fue seguramente más amplia que lo que las fuentes escritas permiten atestiguar. Es lo que indican el estudio de la toponimia y, sobre todo, los nuevos métodos de la arqueología agraria, atenta al examen de la vegetación degradada que surge en los frentes de roturación, al estudio de los depósitos polínicos, que ha dado resultados incuestionables en zonas de Alemania, Bélgica, Francia, Inglaterra o Suiza, al análisis edafológico, que permite comprobar las transformaciones ocasionadas por el trabajo del hombre en los suelos naturales, y a la observación de las formas del parcelario con la ayuda de la fotografía aérea. El conjunto de los datos indica que el momento de mayor intensidad del movimiento tuvo lugar en los años finales del siglo XI.

La segunda forma de la roturación es la que da lugar a la aparición de nuevos asentamientos humanos en el centro de espacios incultos. Algunos de ellos fueron el resultado, desde el último tercio del siglo XI, del establecimiento de nuevos centros monásticos integrados en las órdenes —cistercienses, cartujos, premonstratenses— que, nacidas entonces, buscaban en la soledad y el apartamiento la manifestación del ascetismo originario con el que deseaban identificarse. Otros, la mayoría, fueron nuevas aldeas creadoras de un hábitat intercalar que dio lugar a un paisaje caracterizado por la abundancia de setos destinados a defender las parcelas del cultivo de los ataques de los animales del bosque próximo; un paisaje en el que el cultivo cerealista cedió terreno a los prados y pastos, al mantenimiento del propio bosque, para dar lugar a una explotación más equilibrada, no sólo en razón de las condiciones del medio natural, sino también para adaptarse a las nuevas exigencias de un consumo más diversificado que, más claramente desde fines del siglo XII, estaba potenciado, sobre todo, en las ciudades.

La tercera forma de la roturación es la más espectacular y la que las fuentes escritas permiten conocer de manera más precisa; sus inicios pueden situarse, de nuevo, en los últimos años del siglo XI, para alcanzar, en las décadas centrales del XII, el apogeo. Se trata de la creación, de la construcción podría decirse, de tierras nuevas. En los Países Bajos se llevó a cabo un ingente trabajo, mediante la construcción de diques y sistemas de drenaje, de desecación de marismas. Las parcelas ganadas al mar se dedicaron primero exclusivamente a la explotación ganadera, para dar lugar, después, a una activa dedicación agraria, que no puede desvincularse del intenso desarrollo urbano de la región. También Normandía, el área tolosana, algunas regiones de Alemania e Inglaterra conocieron la desecación de extensiones pantanosas. En Italia, los trabajos de contención de las inundaciones del

Po permitieron asegurar el cultivo en amplias superficies, y, en Umbría, Toscana o Liguria, el costoso aterrazamiento de las pendientes permitió hacer frente a las dificultades de la erosión. Se trata siempre de empresas colectivas suscitadas o dirigidas por los señores, cuyo objetivo, en muchas ocasiones, era menos la obtención de beneficios derivados directamente de la explotación agraria, cuanto el acrecentamiento del número de hombres sobre los que ejercer los poderes señoriales; en cualquier caso, ponen de manifiesto una voluntad consistente de intervención en la actividad económica.

3. Señores y campesinos

El crecimiento sostenido de la economía agraria europea en los siglos XI y XII no reportó beneficios idénticos para cuantos intervinieron en él. Establecido el cuadro de las nuevas dependencias en el nacimiento de la sociedad feudal, las exigencias señoriales estimularon las iniciativas campesinas —al final, un aumento de su cantidad de trabajo— que les permitieron hacerles frente. Es cierto que se puede hablar de una cierta relajación de las cargas, sobre todo, si se comparan con las formas más pesadas de la dependencia que caracterizaron las últimas manifestaciones del esclavismo en la organización dominial de la Alta Edad Media; se redujeron las reservas y, con ellas, las exigencias de prestaciones en trabajo, al tiempo que se generalizaba el sistema de explotación basado en las rentas; interesados en atraer pobladores a los frentes de colonización, los señores ofrecieron ventajosas condiciones de instalación a los *sartores*, a los *hospites*, que luego tendieron a extenderse en los territorios de ocupación antigua. Es en este ambiente en el que tiene lugar la desaparición prácticamente total de la servidumbre de tradición antigua en Occidente; los grupos residuales que persisten tienen casi siempre un carácter distinto y proceden de la relación, ahora favorable a Europa, con otras áreas de civilización. Todo esto es, sin embargo, solamente una cara de la moneda.

En la otra, nos hemos referido ya a la extensión de los poderes de los guerreros y de los sacerdotes, al sometimiento de las comunidades campesinas. Ciertamente la relación de *dominium* era una relación de poder que comprendía indisolublemente hombres y tierras; pero, dentro de ella, los hombres de la Edad Media distinguieron bien qué dependencias se establecían en función de los derechos sobre los hombres y los derechos sobre las cosas; y conviene recordar que la desaparición de la servidumbre antigua contribuyó a clarificar la distinción. Desde luego, todos los derechos son siempre ejercidos por hombres y sobre hombres; pero esa conclusión no es específica del feudalismo; lo que lo define es el camino en virtud del cual se llega a ellas. Por eso es conveniente distinguir y referirnos ahora a los derechos sobre las cosas, a las relaciones establecidas en función de su apropiación. Los cambios en este punto no dejan de ser significativos y vinieron a reforzar el reverso de la moneda.

La desestructuración de los regímenes dominicales del período altomedieval ha sido, a veces, identificada con una pérdida de fuerza de la gran propiedad. Las nuevas ideas a propósito de la evolución de la gran propiedad en los siglos centrales de la Edad Media han venido del estudio minucioso de las transacciones inmobiliarias, las donaciones, compraventas y cambios. A partir de él, se impone la constatación, desde los siglos X y XI, de una tendencia a la liquidación de las pequeñas propiedades y a la concentración de los bienes fundiarios en manos de la nobleza laica y de las instituciones eclesiásticas. Desde fines del siglo X, Bonnassie, para Cataluña, Baratier, para Provenza, Toubert, en Italia,

coinciden en señalar el fenómeno. En el siglo XI, benedictinos y cluniacenses incrementan sus dominios en Borgoña o Baviera. La incorporación de los cirtercienses vino a acelerar y completar el proceso. A comienzos del XII, los grandes dominios ocupan las tierras; en Picardía o Brabante, en Inglaterra, en Alemania, los textos muestran superficies más vastas que las de épocas anteriores. Mejor documentados, los dominios eclesiásticos pueden conocerse más precisamente; pero cuando las fuentes lo permiten, se observa lo mismo entre la nobleza laica de primera fila, beneficiada, en este aspecto, por la modificación de las estructuras familiares. En lo que se refiere a la organización de estas tierras, sin que hayan desaparecido del todo los espacios compactos, el predominio corresponde a la fragmentación, a la parcelación. Pero la nueva organización, aunque haya favorecido a las familias campesinas, no equilibró la distribución de los excedentes. Fueron sobre todo los señores los que pudieron aprovechar mejor las posibilidades ofrecidas por la nueva comercialización de los productos.

A la altura del siglo XII, ha cristalizado la sociedad feudal. En ella, la barrera que separa a los señores de los campesinos se ha establecido de manera nítida, en función de la coincidencia de poderes y fortunas.

Bibliografía

- Blöch, M.: *La sociedad feudal*, Madrid, 1986.
- Duby, G.: *Guerreros y campesinos. Desarrollo inicial de la economía europea*, Madrid, 1981.
- : *Los tres órdenes o lo imaginario del feudalismo*, Barcelona, 1980.
- : *El caballero, la mujer y el cura. El matrimonio en la Francia feudal*, Madrid, 1987.
- Fossier, R.: *Histoire sociale de l'Occident médiéval*, París, 1970.
- : *La infancia de Europa. Siglos X-XII. Aspectos económicos y sociales*, Barcelona, 1984, 2 vols.
- Poly, J.-P. y Bournazel, É.: *El cambio feudal. (Siglos X-XII)*, Barcelona, 1983.
- Russell, J. C.: *Late ancient and medieval population*, Filadelfia, 1958.
- Slicher van Bath, B. H.: *Historia agraria de Europa occidental (500-1850)*, Barcelona, 1974.
- Structures féodales et féodalisme dans l'Occident méditerranéen. Bilan et perspectives de recherche (X^e-XIII^e siècles)*, École Française de Rome, 1980.

TEMA 17

LA RENOVACIÓN DEL COMERCIO, CIUDADES Y SOCIEDADES URBANAS. MERCADERES Y MENESTRALES

por SALVADOR CLARAMUNT

1. Crecimiento demográfico y económico en Occidente después del año 1000

El crecimiento económico de la plenitud de los tiempos medios ha sido identificado muchas veces con la expansión comercial y el renacimiento urbano, hechos que por sí solos no justifican tal desarrollo, ya que las áreas más desarrolladas (norte de Italia, Flandes) no tuvieron más de un 30 % de su población dedicado a actividades comerciales y artesanales, mientras que en el resto, entre un 80 y un 90 % de los habitantes vivían del trabajo del campo o de sus rentas.

La expansión demográfica se inició en el siglo X, aunque llegó a ser claramente significativa en el siglo XI. Este gran aumento de la población debe ser valorado, por un lado, como causa y, por otro, como consecuencia del desarrollo económico, ya que la mayor abundancia de mano de obra permitió una mejor división del trabajo: el comienzo de roturaciones en el sector agrario, a la vez que de actividades mercantiles y manufactureras. Todo ello, obviamente, trajo aparejado un incremento de la demanda.

Para seguir de cerca este aumento de población contamos con fuentes documentales, literarias y, sobre todo, arqueológicas; estas últimas nos han aportado abundante información sobre la esperanza de vida, las enfermedades óseas, etc., a través del estudio de los esqueletos. En cuanto a la documentación suministrada por los inventarios o polípticos, el más importante es el *Domesday Book* inglés, en donde aparece una relación de las propiedades del rey Guillermo el Conquistador y sus nobles normandos en 1086. Esta fuente permite establecer aproximadamente la población de Inglaterra, en la segunda mitad del siglo XI, en un millón cien mil habitantes; en 1347 era de 3.700.000. Igual aumento tuvo lugar en el resto del continente europeo; J. C. Russell calcula en un 140 % el incremento de la población entre 950 y 1347. De todas maneras, hemos de tener en cuenta que la fuerte natalidad fue siempre acompañada de una fuerte mortalidad y de una muy pobre esperanza de vida.

El crecimiento de la población fue distinto en las diversas regiones europeas: es probable que, en el sur y en las áreas más pobladas, la población haya crecido con gran lentitud; en el norte, en cambio, el aumento fue más rápido. En la Europa central y nórdica, así como en la Italia septentrional, se constata un crecimiento en tres fases; el más veloz

se produjo entre 1150 y 1300. Las tasas de crecimiento oscilan, según los especialistas, entre 4 o 5 por 1.000 para Inglaterra, y el 2 por 1.000 para el conjunto de Europa.

El crecimiento de la población permitió diversos movimientos expansivos en la época: el *Drang nach Osten* germánico y el avance de los caballeros teutónicos, las grandes Cruzadas, la Reconquista en la Península Ibérica, la expansión mediterránea de la Corona de Aragón, etc.

2. Ciudad y campo, dos realidades que, de concurrentes, se convierten paulatinamente en complementarias

Desde los grandes progresos del neolítico no había habido un auge tan importante en el ámbito rural europeo como el que se produjo entre los siglos XI y XIII. Inmensas masas boscosas fueron deforestadas, surgieron nuevas tierras de cultivo y se configuró un nuevo paisaje agrícola, con nuevas aldeas y núcleos de población, al tiempo que se instauraban las estructuras políticas y sociales que constituyeron el feudalismo —fue la llamada «revolución feudal»—, y se difundían los adelantos técnicos.

No vamos a entrar en la cuestión de hasta qué punto cabe hablar de una revolución tecnológica en la sociedad agraria medieval, pero sí debemos constatar una serie de innovaciones que merecen ser destacadas, como el equipamiento mulinario, en el que sobresale el molino de agua, conocido ya en la Antigüedad, pero que evolucionó en las primeras centurias del Medioevo, hasta alcanzar su período de máxima difusión, en el siglo XI. Los antiguos molinos a mano fueron abandonados por imposición de los señores, quienes, propietarios de los nuevos molinos, obligaron, en ejercicio de su poder jurisdiccional, a utilizar los nuevos. Donde no había suficientes cursos de agua, se utilizaba el molino de viento. De esta manera, el dominio de la energía hidráulica y de la eólica liberaron una gran cantidad de fuerza de trabajo, que a partir de entonces se pudo dedicar a las labores agrícolas. Los molinos no sirvieron únicamente para la molienda, sino que contribuyeron a movilizar una primera industria metalúrgica y textil.

Casi al mismo tiempo, el trabajo del campo se hizo más eficaz al generalizarse el arado pesado o de ruedas (carruca o charrúa), que permitió la roturación de amplias zonas forestales y la conquista de suelos arcillosos. El arado de ruedas removía la tierra, gracias a su reja metálica disimétrica, y realizaba una verdadera excavación. Las nuevas formas de tiro, la rotación trienal y la alternancia de cultivos completaron la llamada revolución técnica del Medioevo.

Mientras el campo sufría estas transformaciones técnicas y de producción, se desarrollaba un largo proceso de urbanización de parte de la población, entre el siglo X y el XIV. Como afirma Braudel, hay que contemplar las ciudades como un elemento revolucionario, un factor esencial para la dinamización del sistema y, por lo tanto, para su continuidad.

¿Hemos de hablar de nacimiento, de reanudación o de simple continuidad del hecho urbano? En la historiografía moderna se han formulado, a este respecto, diversas opiniones que crearon escuelas opuestas.

Henri Pirenne sostenía que «es imposible dudar que el origen de las ciudades se vincula directamente, como el efecto a su causa, al renacimiento comercial». Para el patriarca del medievalismo belga, las conquistas musulmanas que hicieron del Mediterráneo un lago islámico pusieron fin al gran comercio entre Oriente y Occidente. Este hecho provocó, a partir del siglo VIII, la decadencia total de las ciudades occidentales que habían sobrevivido

do en el período merovingio; las invasiones normandas de finales del siglo IX supusieron una ruptura todavía más brutal para la vida urbana. El renacimiento de las ciudades en el siglo XI está, pues, ligado únicamente al auge del gran comercio.

La tesis de Pirenne, expuesta con atractiva brillantez, resultó válida únicamente para algunas áreas de Europa y, además, con ciertas reservas, ya que las diferencias regionales, e inclusive locales, fueron muy amplias.

Sin poner en duda la importancia del factor comercial en el desarrollo urbano, hay que admitir que las ciudades medievales tienen orígenes diversos; ya que, a la vez que antiguas ciudades romanas, mantenían ininterrumpidamente una cierta actividad comercial e industrial (Pavía, Tréveris, París), que se reanimó a partir del siglo XI; otras, en cambio, eran de nueva creación, nacidas cerca de un monasterio (Malinas, Saint-Omer) o de un castillo (Gante), y aun en un medio hostil, apto para servir de refugio (Venecia), etc...

— En una magnífica síntesis, la profesora Edith Ennen distingue tres grandes áreas geográficas en las que el grado de influencia del pasado urbano romano es diferente: una Europa del norte y del este, de pobre o nula presencia romana, en donde las nacientes ciudades son muchas veces prolongaciones de creaciones primitivas, los *wik* nórdicos, o los *gorods* eslavos; en segundo lugar, una Europa del oeste, con una relativa presencia romana, en la que centró su atención Pirenne. En tercer término, la Europa mediterránea, en donde la antigua red urbana romana, muy densa, se mantuvo, si bien, en algunos casos, extremadamente degradada.

Las ciudades medievales surgen, crecen, se transforman, no sólo por obra del comercio, sino también de resultados de otros factores, como en los siguientes casos: 1) centros de la administración, eclesiástica o laica (León, Barcelona, Londres, Toulouse); 2) núcleos de población rural que evolucionan hacia formas económicas más avanzadas, muchas veces ocupando la difusa frontera entre el mundo rural y el urbano; 3) asentamientos realizados por razones defensivas, en un mundo primordialmente violento (Ávila, numerosas bastidas francesas, etc.); 4) ciudades situadas en el campo de expansión política occidental, muchas veces viejas ciudades en manos de otra civilización (Toledo, Córdoba, Sevilla, Zaragoza); 5) poblaciones que surgen o se desarrollan al calor de las peregrinaciones, como los numerosos núcleos urbanos del camino de Santiago, de Tours, etc.

El crecimiento demográfico de las distintas ciudades europeas fue desigual, ya que en su mayoría no pasaban de ser los centros económicos principales de un medio rural circundante con el que vivían en permanente simbiosis. Muchas veces sobrevivían en condiciones precarias. Otras, en cambio, se erigían en centros políticos de cierta categoría, e inclusive en capitales de reinos o Estados de considerable entidad.

El origen y la función de cada ciudad se refleja generalmente en sus planos. Se pueden distinguir ciudades lineales, extendidas a lo largo de un camino o calzada; ciudades cruciales, con dos calles que a modo de ejes se cruzan ortogonalmente; ciudades nucleares o binucleares, en torno al castillo, la catedral o la abadía; ciudades acrópolis; o ciudades regulares de nueva creación, tipo bastida, con un callejero en cuadrícula (Aigües Mortes). En cuanto al sistema urbanístico, uno de los aspectos esenciales del urbanismo medieval es la formación de ciudades de planta circular, en donde todas las líneas convergen hacia un centro en que se encuentra el elemento integrador de la ciudad romana, pasando por una iglesia o, aun, una fuente. Este plano concéntrico se opone al ortogonal, propio del urbanismo muy difundido en la Europa meridional.

3. La revolución comercial del siglo XI

Una revolución estructural —como la comercial o la industrial— suele ser labor de una minoría renovadora, que tiene que contar necesariamente con la disposición receptiva de una gran parte de la población. Sin los nuevos factores demográficos, de producción y de renovación urbana expuestos anteriormente, la consolidación y el progresivo desarrollo de los mercaderes hubiesen resultado del todo imposibles.

Cabe afirmar que la necesidad fue la principal impulsora de la aparición de los primeros mercaderes importantes a lo largo del siglo IX en los puertos italianos no conquistados por los longobardos, ni por los musulmanes, que, carentes de una tierra firme suficiente para subvenir a sus necesidades, y abandonados de su teórico soberano, el emperador bizantino, tuvieron que lanzarse a comerciar para sobrevivir. Así surgieron los primeros mercaderes de Venecia o Amalfi, que no sólo comerciaban con sus productos naturales —sal, aceite—, sino que también intermediaban entre los tres bloques antagónicos del área mediterránea.

Lentamente, pero de modo ininterrumpido, la fiebre comercial se fue extendiendo por los otros puertos de la Península Itálica (Pisa, Génova), a los que se sumaron, a lo largo del siglo XI, los de Provenza, el Languedoc y Cataluña. Pero por diversos motivos políticos —muchas veces, la existencia de aristocracias contrarias a este modo de vida, o estructuras políticas demasiado rígidas—, Italia, pionera del comercio, conservó e incrementó su primacía económica a lo largo de los tiempos medios.

Además del área mediterránea, hubo actividad comercial en el área nórdica, del mar del Norte y de los países escandinavos, que con el tiempo cristalizó en la estructura de la Hansa. El tercer grupo fue el de los judíos, que, en su condición de minoría dispersa entre poblaciones mayoritariamente hostiles, se dedicaron al comercio como casi única salida posible. En los siglos XI y XII, verdadero período de transición de una economía cerrada a una economía plenamente comercializada, los judíos estuvieron siempre en la vanguardia de toda actividad mercantil.

El desarrollo de los métodos comerciales —la moneda y el crédito— fue fundamental para la flexibilización de la revolución comercial, que fue acompañada de una gran variedad de formas asociativas. Dicha tarea no debe de haber sido sencilla, si tenemos en cuenta que ni en el derecho romano ni en el canónico se encuentran facilidades para ella.

Como afirma el profesor Sabatino López, «recuperar el capital, reducir el riesgo e incrementar los beneficios eran los problemas fundamentales en cada caso». A ello hay que añadir que las estructuras del comercio marítimo, el terrestre y la banca eran diferentes, como se refleja claramente en los dos contratos típicos del pleno medievo: la comanda y la compañía. La comanda obligaba a un socio capitalista, que no viajaba, y a un comerciante, que no estaba obligado a poner capital, únicamente por la duración de un viaje marítimo de ida y vuelta, repartiéndose los beneficios según lo estipulado en el contrato. La compañía era una sociedad entre parientes o amigos íntimos, que participaban de los beneficios y las pérdidas en proporción a sus aportaciones al capital de la sociedad. Era un contrato típico del comercio terrestre y de la banca, que podía renovarse o no cuando vencía, al cabo de un tiempo preestablecido.

La revolución comercial desarrolló una nueva red de caminos acorde con los criterios mercantiles, muchas veces opuestos al concepto meramente militar de las vías romanas. Se abandonó el empedrado de las calzadas antiguas en favor de nuevas vías de tierra apisonada, que unían los centros comerciales de principal categoría. La velocidad media en terreno llano rozaba los 40 km diarios, pero en terrenos accidentados bajaba considerablemente.

Si a estas dificultades naturales añadimos las continuas aduanas señoriales o urbanas, las guerras locales, los bandidos y las inundaciones, la actividad comercial entrañaba un notable peligro, a veces mitigado por ir las caravanas armadas o por transitar por caminos bien vigilados. De todas maneras, el comercio terrestre era lento y tenía que hacerse con prudencia, todo lo contrario del marítimo, que requería una mayor audacia y el aprovechamiento de los vientos favorables para alcanzar velocidades mucho más altas.

El transporte marítimo, como hoy, era mucho más económico, gracias a la utilización de brújulas y astrolabios, así como al perfeccionamiento de las construcciones navales, que culminaría con la galera mediterránea, apta para la guerra y el comercio, y adaptable tanto para remos como para vela.

El desarrollo comercial tuvo una desigual difusión, pero en tres siglos transformó el Occidente europeo en un mundo casi totalmente abierto al tráfico. Este cambio no se hubiese podido producir sin la existencia de los mercados locales y de las ferias, de carácter más internacional y de celebración más espaciada, verdaderos motores de la revolución comercial, hasta que, en un estadio más avanzado, la apertura de tiendas y mercados cubiertos, y, por último, la aparición de calles enteras ocupadas por mercaderes y artesanos, hicieron declinar la importancia de los primeros. De todas maneras, algunas ferias fueron insustituibles por coincidir con coyunturas estacionales o por estar situadas estratégicamente, como las de Champaña, que, próximas a París, no estaban controladas por el rey de Francia, y se encontraban en el cruce de las dos principales vías de comercio (de Flandes a Italia, y de la Península Ibérica al extremo oriental del mar Báltico). Estas grandes ferias se convirtieron, al final de la revolución comercial, en el punto de reunión de los mercaderes más importantes, que discutían los grandes negocios de toda Europa.

En cuanto a las grandes áreas mercantiles europeas, ya hemos dicho que se pueden agrupar en dos: la mediterránea, que desde el Imperio bizantino y los puertos de Asia Menor, llegaba hasta el Magreb y la Península Ibérica, teniendo como centro indiscutible Italia; y la que se extendía desde el norte de Francia e Inglaterra hasta el corazón del mar Báltico, teniendo Flandes como centro de primer orden. Entre ambas grandes áreas, las mercancías pasaban a través de los Alpes y del curso del Ródano, se intercambiaban en lugares estratégicos, como las ferias de Champaña o las ciudades renanas. En el área mediterránea, Venecia, Génova, Constantinopla, Alejandría, Barcelona, Lucca, Pisa, Nápoles, Florencia, Milán, Parma, Marsella, Narbona, Aigües Mortes, Palermo o Túnez, eran centros importantes. En el área nórdica lo eran Brujas, Gante, Arras, Colonia, Hamburgo, Bremen, Londres, París, Ruán, Lübeck, Magdeburgo, Gdansk, Visby, Bergen Novgorod o Stettin. En medio de ambas, por Lyon, Estrasburgo, Nuremberg, Basilea, Augsburgo, Langres, Bar, Troyes, Provins, Chalon, etc., pasaba el comercio en ambos sentidos.

4. La sociedad urbana

El mundo rural evolucionó lentamente. La sociedad urbana, en cambio, no tardó en escindirse en diversos grupos y categorías sociales, cada vez más diversificadas; el dinero era el criterio de diferenciación más evidente. Entre los grupos privilegiados, la nobleza urbana, dueña de gran parte del suelo de la ciudad —al menos en los primeros tiempos— y de los campos próximos, detentó, como veremos más adelante, las más altas magistraturas y desempeñó su oficio militar, por lo que en muchos lugares, sobre todo en el sur de Europa, se consolidó como sector dominante del patriciado urbano.

A partir del siglo XI, dos hechos caracterizaron el sector secundario. Por un lado, los artesanos abandonaron en gran número el campo por la ciudad y se organizaron en oficios. Por otro, este artesanado se diversificó y mejoró sus técnicas, llegando con el tiempo a constituir la base social de la ciudad medieval. Así, el sector de los económicamente más débiles crecía sin cesar, hasta convertirse en el grupo más numeroso, variado y disperso, integrado por pequeños artesanos, comerciantes modestos, trabajadores asalariados, notarios, etc. Consciente de su fuerza, intentó acceder a las magistraturas municipales, hasta entonces en manos de los patricios. Aquellos artesanos y trabajadores generaron los oficios medievales, que condujeron a la formación de corporaciones privilegiadas que tendían a monopolizar todo el sector secundario, así como una parte del terciario, y que eran fuente de continuas querellas por el control del mercado urbano. A grandes rasgos, los habitantes de la ciudad quedaron englobados en el *popolo grasso*, los ricos, y el *popolo minuto*, los pobres o menos ricos.

Esta división general puede llevar a olvidar que junto a la aristocracia de la sangre y del dinero, y a los trabajadores, la ciudad medieval abrigaba otros grupos sociales, privados de todo derecho, como los extranjeros, los judíos o los mendigos, amén de los excluidos del conjunto que vivían de la limosna, del robo y de la rapiña.

El corporativismo estaba en la médula de la vida urbana medieval. El número de corporaciones profesionales crecía sin cesar, con su triple jerarquía de maestros, oficiales y aprendices, en que los primeros alcanzaron una preponderancia casi exclusiva. Estas corporaciones tendieron siempre a una producción de calidad y proporcionaron a las poblaciones urbanas una fuerza material eficaz y visible en todas partes, ya que eran la base de la organización militar y policial de las ciudades, a la vez que ejercían una gran influencia sobre la vida familiar y en el terreno religioso.

5. El gobierno de las ciudades. La conquista de la autonomía urbana

El marco urbano creado al calor de la revolución comercial sufrió los efectos de una serie de tensiones sociales nacidas de la contradicción entre el conservadurismo de los estamentos tradicionales (nobleza, obispos, condes) y la necesidad de comerciantes y artesanos de tener unas instituciones que permitieran y favorecieran su desarrollo. Por eso, el nacimiento y desarrollo de los municipios es una consecuencia de su inadaptación a los marcos tradicionales del poder.

Comerciantes y artesanos necesitaban libertad y, sobre todo, paz interna; muchas veces hubieron de obtenerlas por medio de revueltas o graves enfrentamientos con los poderes existentes. En los siglos XI y XII se definió el nuevo marco de las relaciones urbanas, con la aparición del concepto de *universitas*, o cuerpo social urbano dotado de caracteres y derechos públicos comunes.

La autonomía urbana se consiguió por dos vías o medios diferentes: el italiano y el flamenco, o de la Europa noroccidental en general.

En la Italia septentrional y padana, los núcleos burgueses y de comerciantes tomaron conciencia de su identidad política por oposición al obispo o al conde, que en muchos casos eran depositarios de la autoridad por delegación del emperador, y señores feudales de los pequeños nobles que residían en la ciudad. La Querella de las Investiduras entre el Papado y el Imperio favoreció la constitución de los grupos más desarrollados de comerciantes y artesanos en asociación juramentada —*coniuratio in comune*— para la defensa de sus in-

tereses. En muchos municipios llegaron a alcanzar una serie de libertades, plasmadas por escrito en *consuetudines* desde finales del siglo XI y, sobre todo, en el siglo XII. Nunca antes en Europa la nueva clase burguesa había logrado tal grado de autonomía urbana, frente a los tradicionales dueños del poder. En el curso de la Edad Media, la autonomía urbana pasó por diversas fases. Para el norte de Italia, y siguiendo a G. Fasoli e Y. Renouard, el proceso se podría esquematizar como sigue: en una primera etapa, la comuna consular, llamada así por estar dirigida por un colegio de cónsules, pertenecientes todos ellos al patriado urbano, elegidos anualmente, con la misión de asegurar el cumplimiento de las *consuetudines*. A pesar de todo, el gobierno consular era la expresión de la élite ciudadana ya formada y adiestrada en la época precomunal. Durante casi un siglo, esta élite había dirigido sin oposición el Común y había obtenido resultados excelentes en todos los campos de la vida asociativa, ya que, después de treinta años de batallas diplomáticas y armadas, el Imperio había reconocido la autonomía comunal.

Pero los progresos realizados en este mismo período en la agricultura, en el comercio y en la industria, habían reforzado económica y socialmente a aquellos estratos de la población urbana que en la práctica estaban excluidos del consulado, y que debían contentarse con cargos secundarios. Estos estratos estaban organizados en asociaciones de oficios, tenían un papel fundamental en la economía ciudadana, y aspiraban a tenerlo también en el gobierno comunal. Ello sólo podía resolverse mediante una transformación de la constitución comunal, que sustituyera el colegio de cónsules por un magistrado único, escogido entre aquellos ciudadanos que, a título personal o familiar, gozaran de jurisdicción feudal o, mejor aún, que desempeñaran algún cargo importante en la administración episcopal. En comunes en que se recurrió a esta designación, el nuevo magistrado fue llamado con diversos nombres, entre los cuales figuraba el de *potestas* (podestá), término abstracto que se solía usar para indicar a aquellas personas que tenían jurisdicción civil criminal por delegación de una autoridad superior y que el emperador Federico Barbarroja había usado para los funcionarios que mandaba a regir ciudades.

Se considera que la introducción de la nueva magistratura en varias ciudades fue un triunfo de los grupos populares, aunque ni obreros, ni asalariados, ni peones formasen parte de ellos. Junto con el podestá aparece un Consejo General de 300 o 400 miembros, elegidos mediante complicados sistemas en los que se mezclaban el sorteo y el nombramiento directo. La amplitud del Consejo y la regla de acuerdo con la cual todos los barrios de la ciudad debían estar representados en igual proporción, garantizaban una amplia participación popular, a la vez que permitían a los consejeros (que eran reelegibles) una acción política eficaz y continua.

Aunque no aseguró el feliz equilibrio político que se esperaba, el régimen podestaril fue un sistema político sagazmente articulado, que concentraba en el podestá el poder ejecutivo, pero lo separaba claramente del poder legislativo y del constituyente, confiando el derecho y el deber de controlar a la totalidad de los ciudadanos. Por lo tanto, fue para la época un sistema racionalmente elaborado y mucho más evolucionado que aquellos por los que se regían las monarquías europeas del siglo XIII. El siguiente paso se dio hacia el régimen señorial típico de finales de la Edad Media.

En el área de Flandes, los orígenes de las ciudades se remontan a la aparición de un mercado o un asentamiento de mercaderes cerca de un castillo (*castrum*). En verano, muchos de estos mercaderes formaban caravanas (*Hansa*) que, guiadas por un jefe (*hansgraf*), recorrían un itinerario preestablecido para comerciar con la gente del país. La caravana debía tener normas consuetudinarias respetadas por todos sus componentes, y por ello

no se puede excluir que hubiese también asociaciones juradas que reforzaran el vínculo de solidaridad entre individuos de origen diverso. Estas asociaciones, llamadas *gilde*, sólo están documentadas para el siglo XI y su objetivo declarado es el socorro mutuo.

Al ser vital para el *castrum* el abastecimiento que le proporcionaban los mercaderes, nadie discutió la licitud de las *gilde* ni de las *hansas*, por lo que cuando, entre los habitantes del *castrum* y los del *burgus*, se estableció una duradera solidaridad de intereses y de vínculos, nadie se opuso a que las *gilde* asumieran deberes de interés común, convirtiéndose en órganos administrativos del complejo *castrum* + *burgus*. Todavía no está del todo claro cómo se articularon estas *gilde* con las asociaciones juradas que en muchas ciudades unieron durante el siglo XII a la población urbana, que tomaron el nombre de *pax*, *amicitia*, *communia*, y que no parecen haber sido objeto de particular atención por parte del señor, que les concedía *cartas de franquicia*.

Las *cartas de franquicia* se limitaban a prometer la defensa de la paz interna, y a garantizar ciertas normas que aseguraban a la ciudad una posición administrativa y judicial particular, diferente de la del territorio circundante. Estas *cartas de franquicia* se presentaban como concesiones hechas por el señor, pero en realidad eran discutidas punto por punto entre las partes y juradas por el señor que las concedía (conde u obispo) y por los ciudadanos. El órgano más importante de este régimen municipal fue, durante el siglo XIII, el colegio de escabinos. En los primeros tiempos, los escabinos eran nombrados de por vida por el señor entre los ciudadanos más importantes, pero después fueron renovándose anualmente por cooptación de los escabinos salientes.

En casi todas las ciudades, junto a los escabinos aparecían los jurados, que con el tiempo tendieron a suplantarlos. Estos jurados eran generalmente elegidos por un número restringido de electores pertenecientes a las clases pudientes. Esto abrió el camino para que, en las ciudades más populosas, apareciera, a lo largo del siglo XIV, un consejo ciudadano —nunca tan numeroso como en las ciudades italianas—, en el que las asociaciones profesionales, formadas en torno a la mitad del siglo XIII, asumían una posición preponderante, tanto que se puede hablar de un régimen democrático.

En Alemania, los privilegios otonianos concedidos a los obispos, como el ejercicio de la alta y la baja jurisdicción sobre las respectivas ciudades episcopales, confirieron a las mismas ciudades una situación de privilegio respecto del territorio circundante. Después, la marcha hacia el Este a lo largo del Elba y de los ríos menores, y de los caminos militares y comerciales, determinó el surgimiento de nuevos centros militares, religiosos y comerciales.

La evolución en sentido autónomo de la administración urbana varía según las ciudades y los tiempos, pero siempre habrá que distinguir entre las ciudades más o menos antiguas, que han obtenido el reconocimiento de sus costumbres y ciertas garantías, y las ciudades fundadas *ex novo*, dotadas desde su fundación de un estatuto particular, que las diferenciaba jurídicamente del resto del país.

El siglo XII fue la época de las fundaciones de nuevas ciudades, por obra de grandes feudatarios laicos, autorizadas y animadas por los reyes, que supuso una verdadera colonización de los territorios orientales. El estatuto concedido a estas ciudades procedía muchas veces de otras, con lo que se formaron familias de ciudades caracterizadas por el mismo derecho, público y privado; algo así sucede en la Península Ibérica con los fueros. En ciertos casos, la carta de fundación concedía explícitamente a los habitantes ciertas formas de autogobierno, pero generalmente la administración de la ciudad estaba en manos de funciona-

rios señoriales o de órganos ciudadanos, expresión de las asociaciones de mercaderes o de las asociaciones artesanas.

En tiempos de la lucha entre Felipe de Suabia y Otón IV se dio el paso decisivo hacia la autonomía: aparecieron los consejos (*Rat*), que representaban a toda la ciudad, pero que en una etapa inicial eran elegidos únicamente por los ciudadanos notables. Estos consejos fueron extendiendo su competencia a todos los campos, a la vez que los antiguos funcionarios señoriales se convertían en funcionarios electivos o eran suplantados por nuevas magistraturas, en cuya jerarquía ocupaba el primer lugar el *magister civium* (*bürgermeister*), jefe electivo y temporal de la ciudad. Entretanto, las ciudades que habían alcanzado una amplia autonomía, que eran las más activas y populosas, intentaron liberarse definitivamente de todo vestigio de autoridad feudal, haciéndose reconocer como ciudades imperiales (*Reichsstadt*), sujetas directamente al emperador, frente a las ciudades sujetas a los príncipes territoriales, que se denominaban *Landstadt*. Cargas aún menores tuvieron las ciudades que lograron hacerse reconocer como libres (*Freiestadt*), como Hamburgo o Bremen.

Bibliografía

- Barel, Y.: *La ciudad medieval. Sistema social - Sistema urbano*, Madrid, 1981.
 Dollinger, Ph.: *La Hanse (XII-XVII siècles)*, París, 1964.
 Ennen, E.: *Storia della città medievale*, Roma, 1978.
 Fasoli, G. y Bocchi, F.: *La città medievale italiana*, Florencia, 1973.
 Gautier-Dalche, J.: *Historia urbana de León y Castilla en la Edad Media*, Madrid, 1979.
 Guglielmi, N.: *La ciudad medieval, sus gentes: Italia, siglos XII-XV*, Buenos Aires, 1981.
 Guidoni, E.: *La città dal Medioevo al Rinascimento*, Roma-Bari, 1981.
 Kotel'Nikova, L. A.: *Mondo contadino e città in Italia dall'IX al XIV secolo*, Bolonia, 1975.
 Le Goff, J.: *Mercaderes y banqueros en la Edad Media*, Buenos Aires, 1962.
 López, R. S.: *La revolución comercial en la Europa Medieval*, Barcelona, 1981.
 Renouard, Y.: *Les villes d'Italie de la fin du X siècle au debut du XIV siècle*, París, 1969.
 Saporì, A.: *La mercatura medievale*, Florencia, 1972.
 Van Houtte, J. A.: *Bruges. Essai d'histoire urbaine*, Bruselas, 1967.

TEMA 18

IGLESIA E IMPERIO EN LOS SIGLOS XI Y XII: DE LA REFORMA GREGORIANA A LA MUERTE DE FEDERICO BARBARROJA

por EMILIO MITRE

[Desde la muerte de Enrique II de Alemania, en 1024, hasta la desaparición de Federico Barbarroja, en 1190, las relaciones entre el Pontificado y el poder imperial atravesaron una serie de vicisitudes no exentas de dramatismo. En una primera etapa, era la reforma de la Iglesia lo que estaba en juego. En un segundo momento, fue la pugna de papas y soberanos alemanes por el *dominium mundi*, por la hegemonía política o, al menos, moral sobre el conjunto de la cristiandad.]

1. Los primeros pasos de la reforma

[El vocablo *reformatio* apareció tardíamente.] Junto a él se utilizaron otras expresiones como *formatio*, *correctio*, *purgatio*, *restauratio*, etc., que, en el fondo, tenían un mismo significado: [la regeneración del conjunto de la sociedad cristiana.] Un deseo casi tan viejo como la Iglesia misma, pero que se dejaba sentir con mayor intensidad en los momentos de más patente degradación.]

Para las mentes más avisadas de la primera mitad del siglo XI, éste era, sin duda, uno de esos momentos. Dos vicios eran considerados particularmente reprobables dentro del estamento eclesiástico. Uno era [el nicolaísmo] identificado con el concubinato eclesiástico, en una época en la que el celibato sacerdotal no tenía aún sus reglas suficientemente bien definidas o popularizadas. Otro era [la simonía] consistente en la compra o venta de cargos y dignidades eclesiásticas. Dos vicios que venían de antiguo y que la legislación canónica no había logrado desarraigar. Frente a ello, la intromisión de las familias romanas o de los emperadores en la designación de papas no era más que la punta del iceberg que iba a poner a prueba la capacidad de la Iglesia para asumir los nuevos vientos reformadores.]

Éstos, sin embargo, soplaban desde muy diferentes direcciones. Sus propósitos, en más de una ocasión, divergían sensiblemente. En otras, llegaban a inopinadas conjunciones. Así, [vientos reformadores soplaban desde las órdenes religiosas, con Cluny a la cabeza.] Para ellas, la regeneración de la sociedad sólo podría venir de la aceptación por una élite —los monjes— de la letra y el espíritu del benedictismo.]

[Para algunos sectores populares —caso de la *pataria* de Milán—, había que emprender la reforma de la Iglesia desde la base, imponiendo, si era necesario por la violencia, las virtudes apostólicas a un clero corrompido.]

Para la autoridad imperial, la regeneración de la Iglesia sólo era posible a través del mantenimiento de una tutela sobre el aparato eclesiástico, lo cual implicaba la intromisión directa del poder civil en la designación de beneficiarios de cargos eclesiásticos, papa incluido.]

Para la curia pontificia, por el contrario, reforma significaba, ante todo, *libertas Ecclesiae*. Esto es lo que, a pesar de algunas ambigüedades, defendieron personajes como Pedro Damiano, el cardenal Humberto o Hildebrando, consejero de varios papas y luego papa él mismo desde 1073.]

Un texto del cardenal Humberto de Silva Candida —*Adversus simoniacos*— definía bien lo que se consideraba raíz de todos los males: [la llamada investidura laica]. Consistía en la intromisión de los laicos en el nombramiento de obispos y, consiguientemente, de papas, que alteraba el viejo principio de elección por el clero y el pueblo. Llevando los términos de la polémica hasta sus más altas cotas, Humberto declaraba la invalidez canónica de la consagración simoníaca de obispos, y las ordenaciones que tales obispos hicieran.

En una aparente paradoja, el emperador Enrique III contribuyó a potenciar el prestigio y la progresiva liberación del pontificado. Hijo del despótico Conrado II, Enrique fue guerrero eficiente como su padre, pero mucho más culto y prudente. Bajo su tutela fueron designados algunos papas dignos, en especial el lotaringio Bruno de Toul, que accedió al pontificado en 1049 con el nombre de León IX.]

En él, la sociedad cristiana encontró un papa activo, decidido a impulsar la regeneración moral del estamento eclesiástico y a liberar la sede de San Pedro de presiones exteriores. En los primeros meses de su pontificado reunió dos sínodos —en Reims, para Francia, y en Maguncia, para el territorio alemán— donde se lanzaron severísimas condenas contra la simonía y las intromisiones civiles. En 1051 se haría algo similar en Roma.]

En 1053, León IX se enfrentó con los normandos asentados en el sur de Italia. La derrota militar sufrida por el pontífice fue, sin embargo, hábilmente rentabilizada. En efecto, los normandos, a cambio del reconocimiento papal de sus conquistas, habrían de convertirse, en un futuro no lejano, en importantes aliados de los titulares de la sede romana en sus enfrentamientos con los emperadores.

En el momento de su muerte, en 1054, León IX había logrado el reconocimiento de todo el Occidente como rector del proceso de reforma de la Iglesia. No ocurrió lo mismo en relación con Constantinopla. En ese mismo año, la embajada enviada con el cardenal Humberto al frente, chocó violentamente con el patriarca bizantino Miguel Cerulario. Se reabrían viejas diferencias litúrgicas y canónicas que, a la postre, contribuirían a ahondar el cisma.

[La muerte de Enrique III en 1057 abrió en Alemania un dilatado período de minoridad: la de Enrique IV, tutelado por su madre, la emperatriz Inés. Los márgenes de manobra para el sector reformista de la curia romana se ampliaron considerablemente. No en balde fue en esos momentos cuando el cardenal Humberto redactó sus violentas diatribas. Y no en balde, también, en 1058, los cardenales, sin imposición política alguna, procedieron a elegir a Nicolás II. Meses después, este nuevo Papa promulgaría un decreto por el que —de acuerdo con este precedente— se regulaba para el futuro la elección de pontífice por el colegio cardenalicio. Sólo muy vagamente se dice en el decreto que las preferencias del emperador serían tenidas en cuenta por los electores.]

2. La querella entre Enrique IV y Gregorio VII

En 1069, Enrique IV accedió a la mayoría de edad. Durante los primeros años de su gobierno, hubo de hacer frente a una rebelión en Sajonia que fue duramente reprimida. Desde ese momento, y animado por un importante sector simoníaco del alto clero alemán, se dispuso a intervenir directamente en los asuntos de la Iglesia.

Momento poco oportuno, ya que en 1073, Hildebrando, personificación de los sectores reformistas más duros, era elevado al pontificado con el nombre de Gregorio VII. Bajo el apelativo de «gregoriana», precisamente, se va a conocer la tendencia reformista inspirada desde la cima del poder eclesiástico.

A los dos años de su subida al solio pontificio, Gregorio VII promulgó los *Dictatus Papae*. Se trataba de un conjunto de 27 tajantes proposiciones en las que se defendía la primacía pontificia por encima de cualquier otro poder. Primacía absoluta, fundamentada en el primado petrino de la sede romana, que se extendía a cualquier otro poder, eclesiástico —patriarcas, obispos, abades...— o laico. En este último sentido, el papa se situaba por encima del poder imperial y se arrogaba el derecho a excomulgar y deponer a un monarca injusto.

Los *Dictatus Papae* fueron el punto de arranque para una guerra abierta de libelos en la que se enzarzaron gregorianos y antigregorianos. Animado por estos últimos, Enrique IV reunió una asamblea en Worms que, ásperamente, pidió al pontífice que abdicara. A lo largo de los diez años siguientes se asistió a una desbocada carrera de descalificaciones iniciada con la excomunión del monarca alemán.

Los enemigos domésticos del soberano encontraron en ello ocasión para levantar la cabeza. Hasta tal punto que Enrique, ante el riesgo de quedarse solo, hubo de recurrir a un gesto teatral: acudir como penitente ante el papa para solicitar perdón. Junto al castillo apenino de Canossa tuvo lugar la reconciliación. El papa levantaba la excomunión del monarca pero se negaba a condenar a los súbditos rebeldes de éste.

La guerra civil se enseñoreó de una Alemania en la que Enrique hubo de combatir contra los sucesivos antirreyes que se fueron levantando contra su autoridad. Frente a la cerrazón pontificia, el monarca optó por una jugada similar: la designación de antipapas y el avance puro y simple sobre la Roma papal. En marzo de 1084, las fuerzas alemanas entraban en la ciudad. Sin embargo, tropas normandas venidas del sur al mando de Roberto Guiscardo rescataron a Gregorio VII y expulsaron a los asaltantes. La ciudad se había convertido en un lugar poco seguro y el pontífice optó por refugiarse en Salerno, donde murió al año siguiente.

Con la desaparición de Gregorio VII, sin embargo, no murió el gregorianismo y menos aún cuando las dificultades del emperador alemán no cesaban de crecer. En 1088, la facción reformista logró imponer la elección de Odón de Ostia, que tomó el nombre de Urbano II.

Aunque sinceramente comprometido con las ideas de la *libertas Ecclesiae*, el nuevo pontífice era más diplomático y prudente que Gregorio VII. Estrechó lazos con los normandos y con la condesa Matilde de Toscana, a fin de conjurar los ataques de Enrique IV y, sobre todo, promovió un importante concilio en Clermont en el 1095. De él saldría una iniciativa pontificia —la cruzada—, convertida en instrumento teórico de solidaridad de la cristiandad occidental contra los infieles.

Durante diez años aún, Enrique IV mantuvo vanas esperanzas de tomarse una revancha que nunca llegó. Abandonado de todos, el viejo emperador hubo de abdicar ante las

presiones de su heredero Enrique en 1106. El gesto se podía considerar, de rechazo, como una victoria de las tesis pontificias. El cansancio y el relevo generacional parecían avalar un próximo apaciguamiento. La solución, sin embargo, se aplazaría aún tres lustros más.

3. El fin de la Querella de las Investiduras

[Durante algún tiempo, en efecto, las esperanzas depositadas en el nuevo monarca alemán, Enrique V, resultaron vanas. Su enfrentamiento con el papa Pascual II auguraba una repetición del mantenido por su padre con Gregorio VII. El abuso de la investidura laica por el nuevo emperador y la designación de antipapas no eran ya, sin embargo, expedientes válidos para dar salida a una situación envenenada. Menos aún lo era la descalificadora guerra de panfletos a la que imperiales y papistas se venían entregando.]

[La solución al problema vino de Francia, territorio que se había mantenido al margen de los aspectos más escabrosos de la polémica. Y fue sugerida por un competente canónista: Ivo de Chartres.]

[La fórmula fue aceptada por los representantes imperiales y por los de un nuevo papa, dotado de gran sentido político: Calixto II. Se plasmó en el llamado Concordato de Worms. En él se consagraba la libertad de elección canónica de obispos y abades, que luego serían consagrados por el metropolitano. El emperador renunciaba a la investidura *per anulum et baculum*, pero recibía la potestad de vigilar la limpieza de la elección. Daría su asentimiento a la parte más digna (*sanior pars*), en caso de disputa, una vez oído el consejo del metropolitano y demás obispos coprovinciales. En último término, además, al emperador le correspondía entregar los bienes temporales (*temporalia*) anejos a la dignidad espiritual (*spiritualia*) recibida.]

Posiblemente, Gregorio VII no hubiera hecho tantas concesiones al poder imperial, pero en 1122 la paz de compromiso consagrada en Worms era una necesidad para las dos partes contendientes.

Calixto II pudo presentarlo como un éxito. De ahí que, a modo de solemne ratificación, procediese a la reunión de un sínodo en San Juan de Letrán. De acuerdo con la enumeración al uso, pasa por ser el Primer Concilio Lateranense, primer concilio ecuménico convocado por un Papa. Los titulares de la sede romana aspiraban a trasladar a Occidente la primacía que, en este campo, había tenido la Iglesia de Oriente.

El primer Concilio Lateranense presenció una nutrida asistencia: se ha hablado de más de quinientos obispos y abades. Su duración, sin embargo, fue breve: no más de doce días, ya que los asuntos despachados eran de mero trámite. A la postre, su valor sería el de un gesto pontificio. Gesto, desde luego, no trivial.

4. La clausura de la época gregoriana

Las muertes de Calixto II y Enrique V —entre 1124 y 1125— abrieron un dilatado período de anarquía, tanto en Alemania como en Italia.

Durante algunos años, y con el apoyo de un importante sector de la Iglesia, Lotario de Suplimburgo, a cuyo lado se pusieron los duques de Baviera, del linaje de los Welfen, gobernó en Alemania. Pronto se formó otro partido en la oposición: el encabezado por los duques de Suabia, del linaje Staufen o Weiblingen.

Con el discurrir del tiempo, Welfen y Weiblingen acabarían designando, respectivamente, a los partidarios del papa y a los del emperador. En Italia se los conocería como gibelinos y gibelinos.

Las disputas en la Península cobraron también gran virulencia al producirse el cisma de 1130. Lotario de Suplimburgo apoyó a Inocencio II, y Roger de Sicilia a Anacleto II. La muerte de éste en 1138 puso fin a la anómala situación. Sin embargo, Inocencio II, ya único papa, deseó liquidar la secuela del cisma y para ello reunió un nuevo concilio, el II de Letrán. Junto a la descalificación de los partidarios de Anacleto, los padres conciliares confirmaron las viejas medidas contra la simonía y el concubinato de clérigos. Condenaron también las doctrinas del agitador Arnaldo de Brescia, que negaba a la Iglesia el derecho a cualquier tipo de propiedad material.

Por los mismos años, quizás en torno a 1140, el monje camaldulense Graciano procedía a la redacción de su *Concordia discordantium canonum*, comúnmente conocida como el *Decreto* de Graciano. Se trataba de la primera compilación razonada de derecho canónico en la que se sistematizaban y ordenaban los heterogéneos materiales acumulados a lo largo de varios siglos. Labor de importancia singular que, sin embargo, no podía ocultar el confuso panorama en el que todavía se veían sumidos la Iglesia y el Imperio. Ni Lotario de Suplimburgo, muerto en 1137, ni Conrado III, desaparecido en 1152, lograron imponer contundentemente su autoridad en Alemania ni en Italia. En esa fecha, sin embargo, ascendió al trono alemán un personaje de singular relevancia: el Staufen Federico I.

5. Federico Barbarroja y la culminación de los sueños imperiales

Federico I Barbarroja es, sin duda, uno de los más sugestivos personajes de la historia del Medievo europeo. Al margen de la polémica que despertó entre los autores alemanes de los siglos XIX y XX, su figura destaca como la de un capacitado político que, desde su coronación como rey de Romanos en 1152, abrió excelentes expectativas para el Imperio.

En su actuación política pesaron muy diversas —y, en apariencia, encontradas— influencias. Por una parte, las ensoñaciones místicas de su tío Otón de Freising con su *Gesta Friderici Imperatoris* y su *Historia sive chronica de duabus civitatibus*, y del anónimo monje bávaro autor del drama sacro *Ludus de Antichristo*, autores éstos que contribuyeron a exaltar la dignidad imperial a unos niveles auténticamente sacramentales. Por otra parte, la política del monarca Staufen quedó marcada por la actuación del grupo de juristas encabezado por el canciller Reinaldo de Dassel. Para estos personajes, la misión del monarca era la restauración del *honor imperii* y su voluntad soberana debía erigirse en fuente de todo derecho: *quod Principi placuit, legis habet vigorem* sería la regla de oro. Las circunstancias de la época, sin embargo, dificultaron la aplicación de este programa. En Alemania, serían los grandes feudatarios —en especial el primo del emperador, Enrique el León, duque de Sajonia y Baviera— el obstáculo a salvar. En Italia, serían las ciudades —orgullosas de las libertades adquiridas— y los papas quienes pusieran en graves aprietos al soberano.

Hasta 1167, la política de fuerza dio a Federico Barbarroja buenos resultados. Los primeros momentos fueron de concordia con el pontificado: el agitador antipapal Arnaldo de Brescia fue ejecutado y Adriano IV coronó emperador al rey alemán. En 1157, Federico reunió una solemne dieta en Besançon. El legado pontificio, el competente canonista Rolando Bandinelli, recordó los beneficios conferidos (*beneficia conferre*) por el pontificado a los emperadores desde tiempo atrás. Una peligrosa referencia que traería graves problemas

en un futuro inmediato. No fue ello obstáculo, sin embargo, para que, al año siguiente, Federico hiciese valer en la Dieta de Roncaglia el carácter de regalías imperiales que tenían ciertos tributos tradicionalmente percibidos por las ciudades italianas.]

[En 1159, Rolando Bandinelli accedió al pontificado con el nombre de Alejandro III. La facción opuesta, a la que finalmente apoyó el emperador, optó por Octaviano de Monticelli, que tomó el nombre de Víctor IV. Federico Barbarroja inició una peligrosa carrera en la que se conjugaban el imprudente fomento del cisma y la represión abierta contra las ciudades del norte de Italia. Milán, la urbe más populosa de Lombardía, fue sitiada y destruida por las fuerzas imperiales en 1162. Tres años después, un nuevo antipapa, Pascual III, satisfacía una de las mas altas vanidades de la política imperial al canonizar solemnemente a Carlomagno en Aquisgrán. La victoria de Federico sobre los romanos en Monteporzio, en 1167, y la huida de Alejandro III a territorio normando marcan el punto culminante de la política de fuerza del emperador. Las frustraciones, sin embargo, vendrían de inmediato.]

[A finales de 1168, la peste hizo presa en el ejército imperial,] cobrándose entre sus víctimas a Reinaldo de Dassel, el más conspicuo representante de la política césaropapista. Con el repliegue de Federico hacia Alemania, sus enemigos italianos volvieron a levantar cabeza. Las ciudades de Lombardía se organizaron en una confederación (la *Liga lombarda*) que expulsó a los podestás o magistrados imperiales. Como gestos de abierto desafío a la autoridad del soberano, se inició la reconstrucción de Milán y, en las cercanías de Asti, se erigió una ciudad de nuevo cuño llamada, en honor del papa Alejandro III, Alejandría.]

En 1174, Federico trató de tomarse la revancha, pero no consiguió para ello el apoyo militar de Enrique el León. Con escasas fuerzas, el emperador puso sitio a Alejandría y fue rechazado. Dos años después intentó la prueba suprema: un choque en campo abierto, en Legnano, contra las milicias comunales lombardas, que se saldó con una humillante derrota para el emperador.

[A partir de 1177, Federico Barbarroja intentó por la vía diplomática lo que no había logrado utilizando la fuerza. Como primordial providencia, gestionó la reconciliación con Alejandro III a cambio del respeto del pontífice a los cardenales que habían seguido a los antipapas. Al mismo tiempo, se firmaba en Venecia una tregua entre las ciudades italianas y el emperador que, unos años más tarde, se convertiría en paz firme.]

En 1179, Alejandro III convocó el III Concilio de Letrán en un clima de franca distensión política. Salvo la fijación de un cupo de dos tercios de los votos para ser elegido papa, las disposiciones del concilio —disciplina eclesiástica, anatemas contra herejes— se encontraban en la común línea marcada por reuniones anteriores. Era, con todo, el último éxito de Alejandro III, muerto en agosto de 1181.

Para entonces, su antiguo rival imperial lograba otro triunfo no menos sonado: el procesamiento y despojo de Enrique el León, exiliado en la corte de Enrique II de Inglaterra.

6. Cima y crisis de la política Staufen

[En enero de 1186, Federico Barbarroja hizo la jugada maestra de su política exterior: el matrimonio de su heredero, Enrique, con la heredera de la corona normanda de Sicilia, Constanza de Hauteville. Con los pontífices sucesores de Alejandro III —de efímero reinado todos ellos—, el emperador mantuvo unas relaciones generalmente correctas. Su último gesto sería tomar la cruz después de la caída de Jerusalén en manos de Saladino.] No pudo

cumplir su sueño: enfrentarse, como máximo representante de la Cristiandad, con su par del Islam. El soberano alemán murió ahogado en un riachuelo del Asia Menor. La memoria histórica acabaría elevándole a la categoría de mito.

Su heredero, Enrique VI, no carecía de dotes políticas. En 1191 se hizo coronar emperador en Roma y descendió hacia Apulia para hacer valer sus derechos al trono siciliano frente a un candidato local: Tancredo de Lecce. No pudo el novel emperador disfrutar de su victoria, ya que murió tempranamente, en 1197, dejando un niño de corta edad, el futuro Federico II, y un futuro inmediato demasiado oscuro en sus estados. Al año de su desaparición, ascendió al trono pontificio el papa más grande del Medievo: el cardenal Lotario de Segni, que tomaría el nombre de Inocencio III.

7. El Imperio y los desplazamientos de fronteras

Desde el reinado de Conrado II (1024-1039), la autoridad de los emperadores —teóricamente al menos— se extendía sobre tres reinos: Germania, Borgoña e Italia. Alemania constituía la más importante reserva política y militar, pero también una generosa fuente de conflictos.

Los soberanos, en efecto, difícilmente lograban superar una condición de *primus inter pares* en relación con los grandes príncipes del territorio.

En el momento del ascenso otónida, Germania estaba constituida por varios grandes ducados: Lorena (Alta y Baja), Sajonia, Baviera, Franconia y Suabia. De hecho, el poblamiento germánico había retrocedido, en relación con la época del esplendor carolingio, a la vertiente oriental de la selva de Turingia. Más allá de estos límites, una franja de marcas fronterizas separaba a los teutones del vasto mundo de los eslavos.

Los emperadores mantuvieron los lógicos recelos frente a sus vecinos, los monarcas polacos, bohemios o magiares, y, en más de una oportunidad, les recordaron la superioridad, si no política, al menos moral, que les asistía. Sin embargo, el gran interés de los soberanos alemanes estuvo en el sur, en Italia, en tanto que la romanidad era la condición *sine qua non* de la estructura imperial, pese a la mezcla de admiración y desprecio con la que ciertos autores áulicos juzgaron a los habitantes de la Península. Así, Otón de Ferising diría de los vecinos de las ciudades italianas que, pese a sus proclamas de lealtad al emperador, sólo le obedecían si éste iba acompañado de un gran ejército. Germanos e itálicos nunca se entendieron bien. De ahí que algunos autores alemanes del pasado y del presente siglo hayan juzgado poco favorablemente la política de distintos emperadores medievales, incluido el propio Barbarroja, quienes, llevados por sus sueños de utópica grandeza, se dejaron conquistar por el espejismo italiano, descuidando la auténtica «vocación» alemana: la expansión hacia el este.

En efecto, los avances —particularmente desde el siglo XII— del mundo germánico hacia Oriente rara vez fueron producto del firme interés de los monarcas. Fueron, por el contrario, operaciones en las que se comprometieron como fuerzas rectoras el episcopado, ciertas órdenes religiosas (cistercienses y premostratenses) y algunos grandes señores.

En una mezcla de cruzada de exterminio, de operación evangelizadora y de vasto proceso de colonización, linajudas familias alemanas fueron ampliando su fortuna al otro lado del Elba: los Ballenstedt, los Welf, los Wettin, etc. A los primeros pertenece la figura de Alberto el Oso, convertido en Margrave de Brandeburgo y fundador de Berlín a mediados del siglo XII. Uno de los más ilustres Welf, Enrique el León, hizo sentir poderosamente

su influencia sobre las tribus eslavas. Por privilegio de su primo el emperador, de 1154, le fue concedida la potestad de fundar obispos y iglesias *ad dilatandum christiani nominis* al otro lado del Elba. El posterior despojo al que fue sometido no comprometió gravemente estos avances. Por el contrario, la instalación de los Caballeros Teutónicos y Portaespadas en el Báltico, en los años siguientes, constituyó una garantía militar de primer orden para la consolidación del germanismo.

En otras zonas fronterizas del Reich, la afirmación de nuevos principados siguió un camino paralelo. Así, el monarca de la eslava Bohemia sería finalmente considerado un príncipe imperial más. Al sur de este Estado, la familia Jasomirgott logró que Federico I elevara a categoría de ducado la vieja Marca Oriental (*Ostmark*) de la época carolingia, dando nacimiento a una de las grandes entidades políticas del futuro: Austria.

Bibliografía

- Arquilliere, H. X.: *Gregoire VII. Essai sur la formation d'une theorie juridique*, Vrin, París, 1942.
- Capitani, O.: *L'Italia Medievale ne secoli di traspaso. La riforma della Chiesa (1012-1122)*, Patron Editore, Bolonia, 1984.
- Cardini, F.: *Barbarroja. Vida, triunfos e ilusiones de un emperador medieval*, Península, Barcelona, 1987.
- Fliche, A.: *La querelle des Investitures*, Aubier, París, 1946.
- Foreville, R.: *Lateranense I, II y III*, Eset, Vitoria, 1972.
- Haverkamp, A.: *Medieval Germany. 1056-1273*, Oxford Univ. Press, 1988.
- Morrison, K.: *The Investiture Controversy. Issues, Ideals and Results*, En *European Problems Studies*, Nueva York, 1971.
- Pacaut, M.: *La theocratie. L'eglise et le pauvoir au Moyen Âge*, Aubier, París, 1957.
- : *Federico Barbarroja*, Espasa Calpe, col. Austral, Madrid, 1971.
- Paul, J.: *La Iglesia y la cultura en Occidente (siglos IX-XII)*, 2 vols., Labor, col. Nueva Clío, Barcelona, 1988.
- Phillips, J. R. S.: *The Medieval expansion of Europe*, Oxford Univ. Press, 1988.

TEMA 19

LAS MONARQUÍAS FEUDALES: FRANCIA, INGLATERRA Y EL SUR DE ITALIA EN LOS SIGLOS XI Y XII

por MANUEL GONZÁLEZ

[Desde los inicios del siglo XI, apenas Europa comienza a verse libre de la amenaza de las invasiones, toma cuerpo en todas partes un proceso de reconstrucción general. Lo hemos constatado tanto en el seno de la Iglesia —la reforma gregoriana— como en las realidades más profundas de la sociedad de la época. También en el campo de la vida política se produce el mismo fenómeno, como se expone en este capítulo, donde se trata el tema en tres ámbitos territoriales distintos, unidos por un mismo denominador: haber experimentado en toda su crudeza las consecuencias de la disolución del Imperio carolingio y los destrozos, materiales y políticos, producidos por las segundas invasiones.]

1. Los primeros capetos

[La elección de Hugo Capeto en el año 987 puso fin a la interminable disputa entre carolingios y robertinos (descendientes de Roberto el Fuerte y de su hijo Eudes, conde de París). Lo que hizo posible la consolidación de la dinastía fue, entre otros factores, la misma debilidad de sus primeros titulares. En un *regnum* en el que había triunfado plenamente el nuevo orden feudal y donde había surgido toda una constelación de principados, la institución monárquica se presentaba más como un símbolo de la unidad moral e histórica del territorio que como un poder necesario e indiscutible. Por ello, cuanto menos amenazante y poderoso fuese el monarca, mayores garantías de supervivencia tenía.]

[El mapa jurisdiccional de la Francia de fines del siglo X era extraordinariamente complejo. Había más de cincuenta «principados», algunos de ellos de dimensiones e importancia superiores a los dominios directos del rey: Borgoña, Flandes, Aquitania, Bretaña, Normandía..., por citar sólo los más importantes. Y lo más grave: buena parte de los poderes y los derechos regalianos —entre ellos el control sobre las sedes episcopales y los grandes monasterios— había pasado a manos de los príncipes territoriales.]

Los capetos tuvieron el gran mérito de no renunciar ni siquiera en los peores momentos de su historia a ninguno de sus derechos teóricos, y la gran habilidad de actuar con paciencia —y fortuna— dentro de un sistema en el que la monarquía tenía asignado de

hecho un papel muy modesto, que, sin embargo, les permitía intervenir como árbitros en las disputas feudales. Algunos elementos jugaron a favor de los primeros reyes capetos: la posición central de sus dominios, situados entre Soissons y Orleans; el haber contado siempre con un heredero varón a quien poder asociar al trono, garantizando de esta forma una pacífica sucesión; y, finalmente, su estrecha alianza con la Iglesia.

Esta alianza reforzó el papel de la monarquía y, por añadidura, el de la misma dinastía. Por este camino, los reyes capetos recuperaron el control de las elecciones episcopales y se beneficiaron de la influencia de la Iglesia sobre el pueblo. Ello explica que se redactasen biografías tan sorprendentes como la de Roberto el Piadoso (996-1031), en la que el monarca es presentado como un modelo de rey, a pesar de su vida licenciosa y de haber sido excomulgado en más de una ocasión. El efecto más notable de esta propaganda fue el de convertir la figura del rey en la de un personaje sagrado, casi mágico, a quien se atribuía la capacidad de curar milagrosamente ciertas enfermedades, como las escrófulas o las paperas.

A pesar de ello, la monarquía capeta tardó en convertirse en una fuerza política importante dentro de la Francia feudal. Enrique I (1031-1060) fue poco más que un símbolo, hasta el punto de tener menos poder y prestigio que muchos de sus grandes vasallos (G. Devailly). Esta debilidad alcanzó su punto más bajo durante el reinado de Felipe I (1060-1108). A pesar de ello, con este monarca se inició un proceso de restauración del poder real, cuyos efectos se dejaron sentir sobre todo a partir de los reinados de Luis VI (1108-1137) y Luis VII (1137-1180).

Luis VI el Gordo fue un decidido protector de la Iglesia y de los papas reformadores, aun cuando en el interior de su reino siguiera interviniendo en las elecciones episcopales y controlando las rentas eclesiásticas. Tuvo, en cualquier caso, la habilidad de rodearse de excelentes consejeros, como Suger, abad de Saint-Denis, autor además de la crónica de su reinado. Este monarca fue también decidido partidario del movimiento comunal en su reino, si bien controló férreamente las instituciones municipales de las ciudades situadas en sus propios dominios (París, Orleans, Bourges...). En uso de sus competencias regias, intervino de forma cada vez más frecuente en los grandes feudos y principados. En fin, la pacificación de sus dominios, donde acabó con el bandidaje protagonizado por los «malhechores feudales» del tipo de un Tomás de Marle, le dio fama de rey justiciero y le permitió el control absoluto de su propio señorío. De esta forma, empezando por el corazón del reino, la Isla de Francia, el orden real inició el proceso de sustitución del orden (en este caso desorden) feudal.

Luis VII (1137-1180) se mantuvo fiel a la línea de apoyo a la Iglesia y a la reforma tradicional en los capetos. Por ello, en el conflicto entre Alejandro III y Federico I Barbarroja, tomó partido por el papa. De esta forma, rechazando las pretensiones de dominio universal de los Staufen, el monarca capeto reforzaba su propia autonomía e independencia.

Pero no todo fueron aciertos. El principal error político de Luis VII consistió en repudiar, en 1152, a su mujer, Leonor de Aquitania, dejando así escapar del control directo de la corona el principado más extenso del reino, el ducado de Aquitania. Poco después, Leonor casó con Enrique de Plantagenet, conde de Anjou y duque de Normandía, en quien tres años más tarde recaería la corona de Inglaterra. El conflicto feudal entre capetos y angevinos estaba servido. Todo era cuestión de tiempo.

El balance de estos dos siglos de historia capeta puede parecer poco brillante. De hecho, la autoridad regia distaba mucho de ser reconocida en todo el reino, y los dominios reales apenas superaban los límites alcanzados en el siglo XI. Sin embargo, los primeros monarcas capetos legaron a Felipe II Augusto (1180-1223) una administración saneada, una

popularidad nada desdeñable y unos instrumentos de intervención en la vida política del reino que permitirían la recuperación espectacular de la monarquía en el siglo XIII y la implantación de un nuevo orden feudal presidido por la corona.]

2. La conquista normanda de Inglaterra

En 1042, al disolverse el imperio anglo-danés de Knut el Grande, Inglaterra recuperó la autonomía perdida. Para hacer frente a la nueva situación, fue elegido el príncipe Eduardo, hijo del rey anglosajón Etelredo. Eduardo el Confesor (1042-1066) era el menos indicado para resolver los problemas del reino. Se trataba de un príncipe débil, nada enérgico y dominado además por Godwin, uno de los nobles o *ealdermen* más ambiciosos del reino. Estas circunstancias permitieron el triunfo de la nobleza y, como consecuencia, la «feudalización» del reino en perjuicio de la monarquía.

A su muerte sin herederos directos, Harold, hijo del ambicioso Godwin, se autoproclamó rey, anticipándose a la reclamación de Guillermo, duque de Normandía, a quien, según parece, Eduardo I había reconocido como sucesor, y que estaba dispuesto a exigir por las armas, si fuera preciso, la entrega de su herencia. Pero antes Harold Godwinson hubo de afrontar una invasión danesa dirigida por Harold Hadrada, a quien derrotó cerca de York. Apenas repuesto del combate, le llegó la noticia de que el duque de Normandía había desembarcado en el sur de Inglaterra. A marchas forzadas se dirigió al encuentro de los normandos. El 13 de octubre, cerca de Hastings, tuvo lugar una sangrienta batalla, en la que Harold perdió la vida y que dio a Guillermo el Conquistador (1066-1087) el trono de Inglaterra.]

Las dramáticas circunstancias que acompañaron su acceso al trono permitieron a Guillermo I (1066-1087) efectuar una drástica remodelación de las estructuras políticas y sociales de Inglaterra, e implantar un férreo control sobre todo el territorio. Esto se refleja con toda claridad en la encuesta que se mandó realizar en 1086, recogida en el famoso *Domesday Book*.¹ Por otra parte, Guillermo el Conquistador contó también con el apoyo de la Iglesia. Como ya había hecho en Normandía, el rey impulsó la reforma moral del clero y de los monasterios y se erigió en «defensor» de la Iglesia, lo que no fue óbice para que controlase las elecciones de los obispos, designando para las sedes episcopales figuras de gran talla intelectual y moral, como el italiano Lanfranco, a quien nombró arzobispo de la sede primada de Canterbury.

La conquista normanda de Inglaterra fue algo más que un hecho militar y un cambio dinástico. Significó, ante todo, una verdadera revolución social, como resultado de la implantación, desde arriba y de una vez, de uno de los modelos de sociedad feudal más desa-

1. El *Domesday Book* fue concebido como una *descriptio* del reino. Ha llegado hasta nosotros en dos volúmenes manuscritos. El segundo de ellos, conocido como *Little Domesday Book*, se refiere a los condados de Essex, Norfolk y Suffolk, mientras que en el primer volumen se contiene la información referente al resto de Inglaterra. Hay otros documentos complementarios, como las «inquisiciones» de Cambridge y de la abadía de Ely, o el *Exon Domesday*, también llamado *Exchequer Domesday*, que hace referencia a los condados de Cornualles, Somerset y Dorset. Este conjunto de documentos, que no tiene paralelo en Europa, permite conocer, entre otros aspectos, la organización territorial de la Inglaterra normanda, las rentas percibidas por la corona, el número de los hombres y su situación social y económica, y la importancia y extensión de los dominios laicos y eclesiásticos. Un estudio clásico sobre este impresionante testimonio histórico es el libro de F. W. Maitland, *Domesday Book and Beyond* (Cambridge University Press, Londres, 1897; reed. en Collins, Londres, 1960).

rollados de Europa (Haskins). En efecto, tras la conquista, se produjo el reparto masivo de casi toda la tierra entre los conquistadores, aunque respetando los bienes de monasterios e iglesias. Fue característico de este proceso el que las propiedades nacidas de los repartos fuesen verdaderas tenencias feudales, que se poseían en nombre del monarca —dándose así aplicación al principio según el cual *omnis terra a rege tenetur*—, con lo que el rey aparece desde el principio definido como el primer señor feudal, dueño de toda la tierra y cabeza de todo el conjunto feudal. Ello explica el carácter centralizado del feudalismo inglés en sus primeros momentos, y la fuerza y capacidad de maniobra de los monarcas normandos, muy superior a la de los reyes de Francia.

Cuando Guillermo el Conquistador distribuyó feudos entre sus barones, estableció caso por caso el número de caballeros (*knights*) que cada uno de ellos debía instalar en sus tierras. De esta forma, los reyes anglo-normandos sabían con exactitud con cuántos guerreros podían contar en el caso de un llamamiento general. El proceso de instalación de *vasvadores* o subvasallos fue lento. Pero a finales del siglo, el nuevo orden estaba plenamente consolidado. Presidida por el monarca, la jerarquía anglo-normanda estaba formada por unos 180 barones, entre los que destacaban los hermanos del Conquistador: Odo, obispo de Bayeux y conde de Kent, y Roberto, conde de Mortain. Sobresalían también algunos barones establecidos en la marca de Gales, como era el caso del conde Chester, que poseía además enormes propiedades en otras zonas de Inglaterra. Por debajo del grupo de los barones estaba la masa, mucho menos homogénea, de los caballeros.

3. Los sucesores de Guillermo el Conquistador

En su testamento, Guillermo I había previsto la división entre sus hijos de sus territorios patrimoniales, por lo que Guillermo II el Rojo (1087-1100) heredó el reino de Inglaterra, mientras el primogénito Roberto Courteheuse recibía el ducado de Normandía. Las relaciones entre ambos hermanos fueron difíciles desde un primer momento ya que Roberto se consideró perjudicado por el testamento paterno. La propia nobleza normanda, cuyas posesiones estaban además repartidas entre Normandía e Inglaterra, estaba dividida en este asunto. Más aún: muchos de ellos detestaban a Guillermo II. Éste, sin embargo, dio muestras de una extraordinaria energía y acabó por imponerse a sus nobles, a quienes derrotó en dos ocasiones. Sus relaciones con la Iglesia fueron también difíciles. La constante necesidad de dinero le indujo a apoderarse de las rentas eclesiásticas, mediante el expediente de dejar vacantes las sedes episcopales y abaciales. El conflicto estalló en 1293, cuando Anselmo de Aosta, abad de Bec, fue elegido arzobispo de Canterbury.

Por lo que hace a Normandía, Roberto Courteheuse, incapaz de hacer valer por la fuerza sus pretensiones al trono de Inglaterra, renunció formalmente a sus derechos en 1096, y, poco después, cedió temporalmente el ducado a Guillermo, como garantía de un préstamo para poder realizar la Cruzada a Tierra Santa.

Enrique I Beauclerc (1100-1135) sucedió a Guillermo en Inglaterra y, en 1105, arrebató a Roberto el ducado de Normandía. Se cerraba de esta forma un largo paréntesis de inestabilidad política, y se iniciaba un fecundo y largo reinado. La política de Enrique I pretendió continuar la tarea organizadora emprendida por su padre. Para ello, el monarca se apoyó, cuando lo creyó necesario, en la nobleza anglosajona que había sobrevivido a la conquista y restableció las buenas relaciones con la Iglesia, favoreciendo el retorno de Anselmo a la sede de Canterbury y renunciando a la investidura de obispos y abades.

Es posible que el mayor éxito político del reinado de Enrique I haya sido la implantación en todo el reino de una sólida administración de justicia ejercida por jueces itinerantes que actuaban en nombre del rey y con plenos poderes, en estrecha colaboración con los *sheriffs* locales o de distritos, o *shires*. Enrique I se rodeó de funcionarios competentes, reclutados en muchos casos en el clero anglo-normando. Éste fue el caso de Roger, obispo de Salisbury, creador del sistema fiscal más moderno y eficaz de la Europa de entonces (*Exchequer*).

En 1120 murió, ahogado en el canal de la Mancha, Guillermo, el único hijo varón de Enrique I. Legalmente, debía sucederle su hija Matilde, casada desde 1128 con Geoffrey de Anjou. Sin embargo, los barones normandos no estaban satisfechos con la perspectiva de ser gobernados por un francés a quien Enrique I había reconocido como heredero de Inglaterra y del ducado de Normandía. Así se explica que, a la muerte del rey inglés, en 1135, su sobrino y favorito, Esteban, lograra el reconocimiento de buena parte de la nobleza anglo-normanda.

El reinado de Esteban (1135-1154) ha pasado a la historia como uno de los más caóticos de la historia de Inglaterra. Durante la mayor parte del mismo, hubo de hacer frente a las amenazas angevinas en Normandía que acabó cayendo en manos del conde de Anjou, y a diversas sublevaciones en Inglaterra. Entre 1139 y 1145, el reino vivió en plena anarquía. Esteban llegó a ser capturado por los seguidores de Matilde en la batalla de Lincoln (1141). En 1154 se llegó a un acuerdo entre Enrique, el hijo de Matilde, duque de Normandía y conde de Anjou desde la muerte de su padre, en 1151, y, por matrimonio con Leonor, duque de Aquitania. En virtud de dicho acuerdo, a la muerte de Esteban debía sucederle Enrique. Las previsiones sucesorias se hicieron realidad en pocos meses, y en diciembre de 1154 Enrique fue coronado rey en la abadía de Westminster.

4. Ascenso y caída de los Plantagenet

Enrique II (1154-1189) es uno de los personajes más fascinantes y controvertidos de la historia inglesa. Dotado de un carácter excepcional —inteligente, enérgico, amante de la guerra y de la caza, dinámico e inquieto hasta el punto de que sus servidores se quejaban de que sólo se sentaba para comer, buen diplomático...— supo, como su abuelo Enrique I, rodearse de excelentes consejeros y colaboradores.

4.1. LAS REFORMAS INTERNAS

A pesar de la oposición de algunos barones, Enrique II Plantagenet restauró rápidamente el orden, obligando a aquéllos a destruir los casi 300 castillos ilegalmente construidos durante el reinado de Esteban. La antigua maquinaria judicial de tiempos de Enrique I fue igualmente restaurada en toda su eficacia y perfeccionada mediante las famosas *assizes* («decretos promulgados en una sesión plenaria del tribunal regio») de Clarendon (1166) y Northampton (1176), a través de las cuales se impuso el sistema de jurado o *jury*, como instrumento fundamental en el ejercicio diario de la justicia real.

4.2. TOMÁS BECKET

Los problemas le vinieron de donde menos lo esperaba: la Iglesia. En efecto, en 1162 fue elegido arzobispo de Canterbury Tomás Becket, hasta entonces canciller e íntimo colaborador y amigo del rey. Todo hacía pensar que éste iba a ser un fiel instrumento de la política regia en lo referente a los asuntos eclesiásticos. No fue así, sin embargo. La ruptura se produjo en 1164, con la promulgación de las *Constituciones de Clarendon*, a las que inicialmente Becket se plegó, a pesar de que en ellas se contemplaba la posibilidad de que los clérigos convictos de algún crimen pudiesen ser castigados por los tribunales civiles y de que las sentencias de éstos no pudiesen ser apeladas ante Roma sin el consentimiento del rey. Becket se volvió atrás y elevó el caso ante el Papa. Citado ante el tribunal del rey, el arzobispo de Canterbury se negó a acudir, alegando su condición de eclesiástico, para, finalmente, ante las amenazas del rey, abandonar Inglaterra y apelar a Roma. El conflicto —en el que se mezclaron cuestiones de fondo con problemas personales— llegó a su momento culminante cuando en 1170 Enrique II dispuso que el arzobispo de York coronase al príncipe heredero, quebrantando así un derecho que tradicionalmente correspondía al arzobispo de Canterbury. Tomás Becket reaccionó poniendo al reino en entredicho. Los graves efectos de esta medida doblegaron la actitud del rey, que buscó la reconciliación con Becket. Éste regresó a Inglaterra en diciembre de 1170, en un ambiente cargado de tensión. Días más tarde, el 29 de diciembre, se produjo su brutal asesinato en la catedral, a manos de cuatro caballeros que actuaron incitados por el odio feroz de Enrique II contra el arzobispo.

Muy pronto, la tumba de Tomás Becket se convirtió en centro de peregrinaciones, que se acentuaron cuando, a los pocos años de su muerte, fue canonizado por Roma. El propio rey hubo de mostrar públicamente su arrepentimiento, peregrinando como un fiel más a la tumba de su enemigo. Por lo que hace a la cuestión de fondo del problema, las *Constituciones de Clarendon* fueron derogadas y se restauraron las tradicionales buenas relaciones entre el papado y la monarquía anglo-normanda.

4.3. EL IMPERIO ANGEVINO

Enrique II Plantagenet se había convertido, por su matrimonio con Leonor de Aquitania, divorciada de Luis VII, en el principal vasallo del rey de Francia. Sus dominios continentales se extendían desde el estrecho de Calais hasta los Pirineos y constituían, por su misma magnitud, una amenaza potencial para el monarca francés. Se trataba, en cualquier caso, de un conglomerado de territorios de muy diverso carácter. Así, mientras Inglaterra, Normandía y Anjou estaban acostumbradas a gobiernos fuertes, Aquitania era un ámbito tradicionalmente dominado por la anarquía del más puro corte feudal.

Sin renunciar a gobernar este imperio de forma directa, Enrique II atribuyó títulos y competencias honoríficas entre sus numerosos hijos: el ducado de Aquitania a Ricardo (1167); el reino de Inglaterra, junto con el ducado de Normandía y el condado de Anjou, a Enrique (1170); en 1181, Geoffrey se convirtió en duque de Bretaña al casar con la heredera del ducado; Juan fue nombrado lord de Irlanda en 1185. Sin embargo, el impresionante «imperio angevino» tuvo un punto débil: los problemas familiares entre Enrique II y su mujer y sus hijos, que desembocaron en feroces enfrentamientos, dignos de una de las más violentas dinastías de Europa (Ch. Brooke).

[En 1173 se rebelaron contra Enrique II sus tres primeros hijos. La sublevación estaba alentada directamente por la reina Leonor, animada y apoyada por Luis VII de Francia. A pesar de que se llegó a un acuerdo entre padre e hijos, las sublevaciones y las conjuras le persiguieron hasta el final de sus días.]

4.4. RICARDO CORAZÓN DE LEÓN (1189-1199)

[Ricardo I fue, tal vez, el menos inglés de los reyes de la dinastía anglo-normanda, hasta el punto de que a lo largo de su reinado sólo estuvo en Inglaterra en dos ocasiones. Sin embargo, ningún monarca medieval alcanzó tanta popularidad entre sus súbditos como él. Como su padre, Ricardo I estuvo dotado de un dinamismo fuera de lo común, que le llevó a participar en la Tercera Cruzada, a viajar por medio Mediterráneo y a intervenir muy activamente en la política europea de su tiempo. Su leyenda descansa en parte en su fama de caballero y de soldado; pero —y aquí se advierte sin duda la herencia materna— Ricardo Corazón de León ha pasado a la historia también como un rey trovador, generoso y refinado.]

[La Cruzada le mantuvo fuera de sus dominios desde 1190 hasta 1192, obteniendo en ella fama de buen guerrero. Y si bien es cierto que no consiguió recuperar Jerusalén, llegó con Saladino a una paz honorable que le permitió disponerse para regresar a su reino, de donde le llegaban noticias muy poco alentadoras. En efecto, su hermano, el príncipe Juan, conspiraba abiertamente contra él para hacerse con el poder, contando con el apoyo del rey francés, Felipe II Augusto. El regreso no pudo ser más accidentado. Hecho prisionero por el duque de Austria, acabó siendo entregado al emperador Enrique VI, quien exigió por Ricardo un enorme rescate: 100.000 libras. Para obtener la libertad, el rey inglés se vio obligado además a convertirse en feudatario del Imperio y a entrar en una alianza contra el rey francés.]

[Su segunda visita a Inglaterra como rey fue casi triunfal, culminando en una nueva coronación en la catedral de Winchester, de la mano del recién nombrado arzobispo de Canterbury, Hubert Walter, a quien Ricardo I confiaría el gobierno del reino en su ausencia.]

[Ricardo Corazón de León dedicó los últimos años de su reinado (1194-1199) a reconstruir sus posesiones francesas. Con su energía acostumbrada, sometió a vasallos discolos, recuperó territorios perdidos y construyó nuevas fortalezas, como el famoso Château Gaillard, sobre el Sena, al tiempo que se preparaba para enfrentarse al rey francés, su principal enemigo. La muerte le sobrevino de una herida de flecha cuando intentaba someter a un oscuro vasallo, el vizconde de Limoges, que se había sublevado. En ausencia de herederos directos, el príncipe Juan fue reconocido rey de Inglaterra sin demasiadas dificultades, conservando también los dominios continentales tras la renovación del oportuno *homenaje* feudal al rey de Francia.]

5. Los normandos en el sur de Italia

Tras el fracaso de Otón II en la conquista del sur de Italia, los principados lombardos de Capua, Salerno y Benevento volvieron a caer dentro del área de influencia del Imperio bizantino, que seguía controlando directamente Calabria y algunas zonas de Campania y Lucania. Amalfi, Gaeta y Nápoles, así como Bari y Tarento, se comportaban como ciuda-

des autónomas. Por último, Sicilia permanecía en poder de los musulmanes. Sobre este abigarrado conjunto de tierras y de pueblos, donde se mezclaban las tradiciones latinas con las orientales, se desarrolló uno de los capítulos más apasionantes de la expansión normanda.

A diferencia de la conquista de Inglaterra, llevada a cabo por el propio duque normando Guillermo y por sus más directos vasallos, la conquista normanda del sur de Italia y de Sicilia la protagonizaron soldados mercenarios, agrupados en torno a unos cuantos clanes familiares, entre los que muy pronto destacó el de los Hauteville. Llamados inicialmente por los príncipes lombardos, constituyeron pronto sus propios principados. Uno de estos jefes, Tancredo de Hauteville, se instaló en Melfi, en la Apulia. En teoría, estaba al servicio del emperador de Constantinopla; pero en la práctica se comportaba como príncipe independiente, hasta el punto de que su hijo Dreu pudo llegar a titularse orgullosamente «duque y señor de Italia, y conde de los normandos de todas las Apulias y de la Calabria». La desintegración del poder bizantino en la zona coincidió con la llegada de nuevos guerreros normandos, entre los que se contaban Roberto Guiscardo y Roger, hijos ambos de Tancredo de Hauteville.

Hacia 1060, una nueva generación de caudillos normandos, entre los que destacaban Roberto Guiscardo y sus hermanos Onfroi y Roger, tomó el relevo. Para entonces, contaban ya con el apoyo de los papas reformadores, que vieron en estos rudos guerreros un apoyo seguro frente al Imperio. En los años inmediatos, Roberto se apoderó de Calabria (1060) y de Sicilia, donde, tras la conquista de Palermo (1072), los normandos y sus aliados, dirigidos por Roger, hubieron de vencer la tenaz resistencia de la población musulmana. En 1081, sus tropas pasaron al otro lado del Adriático, donde conquistaron, tras derrotar al ejército del emperador Alejo Comneno, la ciudad de Durazzo. En 1085, volvieron a vencer a los bizantinos en Corfú.

La muerte de Roberto Guiscardo en ese mismo año supuso la disolución temporal de su principado. Sus hijos —Roger Borsa y Bohemundo de Tarento, que tendría una brillante participación en la Primera Cruzada y llegaría a ser titular del principado de Antioquía— se repartieron los territorios peninsulares, en tanto que su hermano Roger I, el conquistador de Sicilia, conservaba el dominio sobre la isla. Su hijo, Roger II el Grande (1101-1154), reunificó los territorios normandos y obtuvo del papado, en 1130, el título de «rey de Sicilia, Apulia y Calabria». Roger II fue el verdadero creador del Estado normando, al que dotó de una administración eficaz y de unas leyes en las que se recogían tanto los principios del derecho feudal como, sobre todo, del derecho romano e, incluso, islámico. De esta forma, se consiguió establecer un clima favorable a la síntesis que hizo de la corte de Palermo uno de los centros culturales más activos de todo el Occidente.

A primera vista, el nuevo Estado apenas se diferenciaba de la Normandía natal, ya que el «feudalismo de importación» descansaba sobre principios semejantes a los que aplicara Guillermo el Conquistador en Inglaterra, lo cual explica el carácter altamente centralizado del reino normando de Sicilia. Pero el verdadero esqueleto de la administración era de tradición bizantina e islámica, y las ideas políticas derivaban del derecho romano, recuperado siquiera de forma incompleta para Occidente. En cualquier caso, sería incorrecto suponer que se tratara de un Estado «moderno», por muy centralizada que fuese la monarquía normanda de Roger II. Junto al poder del príncipe, coexistían las jurisdicciones, dotadas de una amplia autonomía, de los grandes señores feudales. Y, sobre todo, conviene no olvidar que desde tiempos de Roberto Guiscardo (Concordato de Amalfi, 1059) los duques y reyes normandos se reconocían *vasallos* de San Pedro, es decir, del papa. Las conse-

cuencias políticas de esta dependencia teórica se dejaron sentir de forma trágica a la muerte de Federico II en 1250.

A Roger II le sucedió Guillermo II el Bueno (1154-1189), que murió sin descendencia legítima. En estas circunstancias, el reino debía pasar a manos de Constanza, hermana del rey difunto y mujer de Enrique, hijo de Federico I Barbarroja. Sin embargo, a pesar de las reclamaciones del príncipe alemán, el papa Clemente III, que en modo alguno estaba dispuesto a consentir la unión de Sicilia al Imperio, favoreció la candidatura de Tancredo de Lecce, bastardo de Guillermo II, el cual fue proclamado rey en Palermo en 1190. Hubieron de pasar dos años antes de que Enrique VI pudiese realizar su sueño de ser coronado rey de Sicilia. En 1192, muerto Tancredo de Lecce, el emperador alemán ocupó sin demasiada dificultad el sur de Italia y Sicilia. Poco después nació su hijo Federico Roger, el futuro Federico II, quien se convertiría en rey de Sicilia en 1197, al morir de forma prematura el joven emperador alemán.

Bibliografía

- Allen Brown, R.: *Origins of English Feudalism*, Londres, 1973.
Barlow, F.: *Feudal Kingdom of England. 1042-1216*, Londres, 1955; reed. en 1980.
Boussard, J.: *Le gouvernement d'Henri II Plantagenet*, París, 1955.
Brooke, Christopher: *From Alfred to Henry III. 871-1272*, Londres, 1974, 2.ª ed.
Chedeville, A.: *La France au Moyen Âge*, París, 1969.
Pacaud, M.: *Louis VII et son royaume*, París, 1964.
Petit-Dutaillis, Ch.: *La monarquía feudal en Francia e Inglaterra*, México, 1961.
Tramontana, S.: «La monarchia normanna e sveva», en *Historia d'Italia*, dirigida por G. Galasso, vol. III: *Il Mezzogiorno dai Bizantini a Federico II*, Turín, 1983.

TEMA 20

LA PENÍNSULA IBÉRICA EN LOS SIGLOS XI Y XII.
REINOS CRISTIANOS, TAIFAS E IMPERIOS NORTEAFRICANOS

por SALVADOR CLARAMUNT

Los siglos XI y XII en general, y más concretamente los años que van del 1035 al 1212, pueden ser considerados como etapa de equilibrio cristiano-islámico. En los temas 12 y 13 se expuso el fin del Califato de Córdoba y el nacimiento de los reinos hispanocristianos; se trata ahora de avanzar en esa visión de conjunto desde el año clave del 1035 en adelante.

A partir del siglo XI se asiste a la continuada y decisiva expansión de los núcleos cristianos peninsulares, lo que supone una profunda alteración en las relaciones de fuerza existentes, a consecuencia de la desaparición del Califato de Córdoba y de su posterior fragmentación en treinta reinos de taifas.

La muerte y el testamento de Sancho III el Mayor de Navarra en 1035, hechos casi simultáneos a la desintegración política de al-Andalus (1031), representaron la aparición de Castilla como reino que tendía a englobar a los núcleos cristianos más occidentales, mientras los más orientales lo hacían en torno del igualmente recién surgido reino de Aragón y, más tarde, de la casa condal barcelonesa.

Así pues, el creador de los nuevos reinos cristianos fue Sancho III el Mayor de Navarra, quien por su famoso y crucial testamento del 1035, legó el siguiente panorama político: su hijo primogénito, García Sánchez III (1035-1054), heredó el reino de Pamplona con las comarcas de La Rioja, las tierras tomadas a Castilla (una franja en su parte oriental) y los territorios vascos, además de la *potestas regia*, lo que le situaba en una posición preponderante respecto de sus hermanos; el segundo hijo, Fernando, heredó el condado de Castilla con las comarcas leonesas de Carrión y Saldaña hasta el río Cea, convirtiéndose en el primer rey de Castilla; el hijo menor, Gonzalo, recibió los condados de Sobrarbe y Ribagorza; Ramiro, hijo bastardo, obtuvo el territorio de Aragón, con título de rey, aunque supeditado al reino de Pamplona, como sus hermanastros.

1. La aparición de los reinos de taifas

El poder califal entró, a partir de la muerte de Almanzor, en un imparable proceso de descomposición, como lo demuestra el hecho de que, entre el año 1009 y el 1027, se

sucediesen nada menos que quince califas al frente de al-Andalus. La ficción de la figura del califa, que apenas si controlaba los alrededores de Córdoba, desapareció en 1031, cuando se proclamó una república islámica. El poder real recaía en cada provincia o ciudad importante en la figura del gobernador o en una determinada familia. Ello dio lugar a la aparición de numerosos reyezuelos muchas veces enfrentados entre sí, que llegaron inclusive a aliarse con reyes cristianos, para conservar el poder frente a las ambiciones territoriales de la taifa vecina o más fuerte.

Tradicionalmente —aun cuando en la actualidad se intenta superar tal clasificación—, los reinos de taifas han sido agrupados según tres grandes bloques étnicos: los reinos árabes, los beréberes y los eslavos o eslavones.

Entre las taifas de origen árabe destaca la de Sevilla, regida por los abbadíes (Banu Abbad). Esta familia, de lejano origen yemení, descendiente del juez principal de la ciudad, hizo de la ciudad la cabeza de un reino poderoso y culto, que poco a poco fue apoderándose de los de Mértola, el Algarve, Córdoba, Jaén y Murcia. Los reinos de Badajoz y Toledo, este último en poder de los Banu Zennun hasta 1085, hicieron las veces de escudo protector ante los avances cristianos. En la frontera superior, los Beni Hud se consolidaron en Zaragoza, Lérida, Tudela y Calatayud.

Las principales taifas controladas por linajes beréberes fueron las de Málaga, Algeciras, Carmona, Ronda, Morón, Arcos y, especialmente, Granada, gobernada por los ziríes.

Las taifas eslavas se consolidaron en el levante peninsular, desde Tortosa hasta Almería, pasando por Murcia, Denia y Baleares —gobernadas por el aventurero Muchahid— y Valencia.

Las divisiones y los enfrentamientos en al-Andalus hicieron imparable el avance de los cristianos del norte. Los historiadores todavía no se han puesto de acuerdo en relación con las causas del hundimiento de los reinos de taifas, si bien se citan como principales el aumento de la presión fiscal, para hacer frente a los gastos de los ejércitos propios y a los pagos de los tributos o parias exigidas por los soberanos cristianos, y los particularismos raciales, locales y tribales. Fuese cual fuese el motivo, la desintegración de los reinos de taifas representó una oportunidad única para el expansionismo cristiano en la segunda mitad del siglo XI.

En el aspecto cultural, el período de las taifas fue de verdadero apogeo, debido sin duda a la proliferación de cortes y al papel de mecenas asumido por algunos soberanos. Sevilla, Granada, Málaga y Zaragoza son claros ejemplos de digna continuidad cultural de la labor realizada por los omeyas, aun cuando los productos de su cultura fueron un tanto artificiosos y rebuscados.

2. La frontera occidental: León y Castilla

El testamento de Sancho III fue, a corto plazo, causa de un nuevo y definitivo enfrentamiento entre el primer rey de Castilla, Fernando I, y su cuñado, el rey de León Bermudo III.

El conflicto estalló cuando el soberano leonés se negó a reconocer a Castilla la posesión de las tierras de Carrión y Saldaña, que habían sido conquistadas a León por Sancho III y cedidas por éste a su hijo Fernando. El choque militar entre ambos cuñados tuvo lugar en Tamarón (1037), y Bermudo III de León murió en la batalla. Fernando I tomó posesión del reino de León en nombre de su mujer, Sancha, hermana del difunto Bermu-

do III. De esta manera, casi circunstancial, León y Castilla quedaron unidos bajo un mismo soberano de la casa real de Navarra.

Con el propósito de restaurar los territorios tradicionales de Castilla, Fernando I se enfrentó a su hermano, García Sánchez III, para recuperar las tierras de la Bureba y de La Rioja, otrora castellanas e incorporadas a Navarra por su padre, Sancho III. Los dos hermanos se enfrentaron en Atapuerca (1054), cerca de Burgos, donde pereció el rey de Navarra, García Sánchez III. Fernando, en vez de proclamarse también rey de Navarra, colocó en ese trono al hijo del difunto soberano, su sobrino, Sancho IV, sobre el cual ejerció una especie de protectorado, a la vez que extendía las fronteras de Castilla hasta el Ebro.

En el frente musulmán, Fernando I se enfrentó, a partir de 1055, a los reyes de Badajoz, Zaragoza y Toledo, a los que arrebató diversas fortalezas y poblaciones, como Viseo, Lamego, Coímbra, San Esteban de Gormaz, llegando hasta Alcalá de Henares. Con estas campañas, la frontera quedó establecida en la cuenca del Mondego, en su sector más occidental, y en la cuenca del Tajo, en su sector central.

El éxito de las campañas de Fernando I contra los reyes de taifas convenció a al-Mudhaffar de Badajoz, al-Mamún de Toledo y al-Mutadid de Sevilla de la conveniencia de declararse vasallos suyos, aceptando pagar al castellano un tributo anual por no ser atacados. Tales fueron las famosas «parias», que, a partir de 1063, permitieron a Fernando I obtener unos ingresos anuales considerables. Obtuvo también del rey moro de Sevilla las reliquias de san Isidoro, que fueron trasladadas a León, donde se mandó edificar una gran iglesia que sería en el futuro panteón real. En sus avances por la frontera oriental, Fernando obligó también a pagar «parias» a la taifa de Zaragoza, al tiempo que realizaba una campaña contra Valencia, campaña que hubo de suspender tras un inicio triunfal por hallarse enfermo. Pocos días después de regresar de dicha expedición (1065), murió.

Fernando I era culto y buen administrador, e introdujo en la cancillería de Castilla-León los usos navarros, de inspiración franca. En el concilio de Coyanza (1055) hizo dar nuevas leyes para León, más adecuadas a los tiempos, a la vez que favoreció la penetración de los cluniacenses en Castilla y León. Pero sus aciertos institucionales y económicos no le impidieron carecer de visión de futuro: inspirándose en el derecho navarro y feudal, dividió el reino entre sus hijos, dando lugar a violentos e inmediatos conflictos entre ellos.

Por voluntad testamentaria, Fernando I de Castilla dispuso el siguiente reparto entre sus cinco hijos: a su hijo mayor, Sancho, le dejó el reino de Castilla y las parias de Zaragoza; a Alfonso, el reino de León y las parias de Toledo; a García, el reino de Galicia y el norte de Portugal, con las parias de Badajoz y Sevilla; y a sus dos hijas, Urraca y Elvira, el disfrute conjunto de los monasterios regios de todos los reinos y varias ciudades, entre ellas las de Zamora y Toro, que pasaron a constituir una especie de infantazgo mientras ellas permanecieran solteras. Esta división tuvo funestas consecuencias, que no se hicieron esperar. Sancho II de Castilla (1065-1072) no la aceptó y atacó a sus hermanos: el primero, a García, que se vio obligado a refugiarse en la taifa de Sevilla; después, a Alfonso, el cual, derrotado en Golpereja, buscó protección en Toledo (1072). En poco menos de siete años Sancho II logró la reunificación de los tres reinos surgidos por la última voluntad paterna. Entonces supo que su hermana Urraca, desde la plaza fuerte de Zamora, incitaba a una sublevación de los leoneses. El rey asedió la ciudad del Duero, pero fue asesinado por Belldo Adolfo, mientras éste le enseñaba un camino desguarnecido para apoderarse de la plaza.

Muerto Sancho II, mensajeros de Urraca fueron a buscar a Toledo a Alfonso VI (1072-1109), quien, después de jurar en Santa Gadea de Burgos ante Rodrigo Díaz de Vivar (El Cid) y otros nobles no haber tomado parte en la muerte de su hermano, fue reconocido

rey de León y Castilla, así como también de Galicia: Alfonso hizo encerrar a su hermano García en el castillo de Luna hasta su muerte. De nuevo reunificada la herencia de Fernando I, Alfonso VI se pudo dedicar a luchar contra los musulmanes.

En el siglo XI brillan, junto a los soberanos cristianos, notables personajes guerreros, entre los que sobresale el Cid Campeador, don Rodrigo Díaz de Vivar, estrecho colaborador, primero, de Sancho II y, después, de Alfonso VI. Éste le encargó la recaudación de parias de Sevilla. A su regreso, sus enemigos acusaron al Cid ante el rey de haberse quedado con parte del citado tributo, haciéndole caer en desgracia y logrando su destierro de Castilla. Con el destierro empieza su aventura personal, que dará lugar al famoso *Cantar de Mio Cid*. Al frente de una mesnada (unos trescientos lanceros), en 1081, el Cid se puso al servicio del rey moro de Zaragoza. En dos ocasiones (1083 y 1087) Alfonso VI le admitió en su corte, pero en ambas acabó por desterrarle nuevamente. El Cid, siempre con su hueste, atacó al rey moro de Lérida y se puso al servicio del de Valencia, en cuyo nombre venció en Tévar (1090) al conde de Barcelona, Berenguer Ramón II, aliado por entonces del rey moro de Lérida. El prestigio del Cid, al cabo de no pocas vicisitudes y enfrentamientos con Alfonso VI, era muy grande cuando se apoderó de la ciudad de Valencia (1094) después de la muerte en una revuelta de su amigo al-Qadir. Como señor de Valencia, el Cid se reconcilió con Alfonso VI y logró detener el avance de los almorávides por el Levante. Su muerte, tras la cual su viuda abandonó la ciudad, permitió a los almorávides entrar en Valencia en 1102.

Mientras el Cid realizaba sus correrías levantinas, Alfonso VI ocupó Toledo (1085) aprovechando las luchas civiles que habían estallado en la ciudad a la muerte de al-Mamún, en 1075. El rey permitió a los musulmanes toledanos permanecer en sus casas, lo cual no le impidió nombrar a un monje cluniacense, Bernardo de Sédirac, como nuevo arzobispo e implantar el culto romano en la ciudad emblemática del mozarabismo hispano. Alfonso VI se tituló «Emperador de toda España y señor de las gentes de las dos religiones». Trasladada la frontera del valle del Duero al Tajo, se inició la repoblación de ciudades antiguas como Ávila, Segovia, Salamanca, Olmedo, etc. La nueva frontera se afianzó con la toma de las plazas de Madrid, Coria, Guadalajara, Talavera, Mora, Uclés, etc.

Ante el imparable avance de los castellano-leoneses y la caída de Toledo, las taifas de Badajoz, Sevilla y Granada solicitaron la ayuda de los almorávides del norte de África.

Este pueblo, belicoso y fanático, procedía de los territorios de los actuales Estados de Marruecos y Argelia. Al mando de Yusuf, los almorávides derrotaron a Alfonso VI en la batalla de Sagrajas (Zalaca) en 1086. Para el rey castellano se inició allí una serie de malos años, que culminaron en nuevas derrotas en Consuegra (1097) y Uclés (1108). En esta última pereció el propio hijo del rey, Sancho.

La situación en la Península a finales del siglo XI era tan grave para los cristianos que se requirió el auxilio de un ejército de cruzados franceses para contener el empuje almorávide. En él participaron, entre otros muchos caballeros, los nobles Raimundo y Enrique de Borgoña, que se convirtieron en yernos de Alfonso VI al casar, respectivamente, con sus hijas Urraca y Teresa.

Alfonso VI creó el futuro reino de Portugal, al ceder a Enrique de Borgoña y a su hija Teresa el territorio del condado de Portugal (1095), en plena propiedad y con poder de legarlo a sus herederos.

En menos de treinta años, la hasta entonces imprecisa frontera cristiana dio un impresionante salto, desde el Duero hasta el Tajo, y definió sus límites, al tiempo que la economía del reino castellano-leonés se consolidaba, gracias a la política de parias, y la intro-

ducción del culto romano, a instancias de Gregorio VII y por obra de los cluniacenses, facilitaba su europeización.

Antes de morir, Alfonso VI, en busca de una alianza con el reino de Aragón, puesto que su proyecto de control del valle del Ebro había fracasado, decidió un segundo matrimonio de su hija y heredera universal Urraca (1109-1126), viuda de Raimundo de Borgoña, con el rey de Aragón Alfonso I el Batallador. Pero lo que tenía que ser una ventajosa alianza se convirtió en un problema continuo, debido a la incompatibilidad de caracteres de los esposos. Por eso, entre 1109 y 1135 se pueden distinguir claramente tres etapas en la evolución política castellano-leonesa: la primera, desde 1109 hasta 1114, año en que se separan definitivamente Urraca y su segundo esposo, Alfonso I de Aragón; la segunda, hasta la muerte de Urraca en Saldaña en 1126; y la tercera, desde la entronización, ese mismo año, en León, de Alfonso VII hasta su proclamación como emperador de los otros reinos cristianos peninsulares en 1135.

El reinado personal de Urraca en Castilla estuvo lleno de dificultades internas, ocasionadas por el intervencionismo de su segundo esposo, quien, con un partido fiel, intervino constantemente en la política castellana, llegando a repoblar la Extremadura soriana y a controlar la Rioja en la parte más oriental de Castilla. En las principales ciudades del Camino de Santiago, especialmente en Sahagún, y Santiago de Compostela, estalló una serie de movimientos burgueses, en los cuales se mezclaban el propósito de los aragoneses de crear continuos conflictos y las luchas por el control de Galicia. En la segunda de las etapas antes citadas, tuvieron lugar los episodios más importantes de los levantamientos populares en Santiago, donde el arzobispo Gelmírez había formado un poderoso señorío al que se enfrentaron los burgueses de la ciudad, que llegaron a controlarla durante un año, 1116-1117.

El levantamiento burgués de Compostela fue sometido finalmente por la alianza de los ejércitos de Urraca, de su hijo del primer matrimonio, Alfonso Raimúndez, y del conde de Traba. Pacificada Galicia por un pacto temporal de la reina con su hijo, ella gobernó en León y Castilla mientras Gelmírez dominaba Galicia como auténtico señor.

Desde la muerte de Urraca, en 1126, y hasta la solemne proclamación de Alfonso VII como emperador, el nuevo rey dedicó sus mejores esfuerzos a la recuperación de territorios todavía controlados por Aragón, y al intento de controlar las tierras de Portugal, que ya aparecía como nuevo territorio independiente. Por la paces de Támara, de 1127, Alfonso VII recuperó las comarcas fronterizas dominadas por Alfonso el Batallador (Carrión, Burgos); poco después, aprovechando la muerte de Alfonso I el Batallador (1134), se apoderó de Nájera y de la zona de La Rioja, así como de gran parte de la Extremadura soriana. Esta recuperación de territorios fue acompañada por la sumisión a su obediencia de todos los magnates rebeldes que, después de la muerte de Urraca, se habían negado a reconocerle rey, como el conde castellano Pedro de Lara o el asturiano Gonzalo Peláez.

A la coronación de Alfonso VII como «emperador de España» en León (1135), asistieron el rey de Navarra, y los condes de Barcelona y Tolosa. Aunque no estuvo presente su primo, Alfonso Enríquez de Portugal, se declaró vasallo del soberano. Poco significó esta manifestación de voluntad, ya que Alfonso Enríquez, hijo de Enrique de Borgoña y de Teresa, tomó en 1139 el título de rey de Portugal.

Alfonso VII, como soberano en posesión del *Imperium*, prosiguió la reconquista del territorio peninsular, organizando, en colaboración con otros soberanos, diversas expediciones contra los almorávides. Entre éstas, destaca la que culminó en la toma de Almería en 1147, en la que participaron naves catalanas de Ramón Berenguer IV, pisanas y genovesas; dicha plaza estuvo en poder cristiano durante diez años, hasta que fue ocupada por los

almohades en 1157. La expedición terrestre atravesó al-Andalus por Andújar y Baeza, hundiéndose definitivamente el prestigio almorávide.

Alfonso VII fue el último representante de la idea imperial leonesa, ya que, después de su muerte, los diferentes reinos cristianos lucharon contra los musulmanes en igualdad jerárquica. Alfonso VII dispuso por su testamento la separación de Castilla y León, que no volverían a unirse, esta vez definitivamente, hasta 1230. Sancho III, el hijo mayor, recibió Castilla y el reino de Toledo, mientras Fernando II se quedaba con León, Galicia y Asturias.

El reino de León renació en 1157, siendo gobernado hasta su definitiva unión con Castilla por dos monarcas: Fernando II (1157-1188) y Alfonso IX (1188-1230), que se dedicaron a la reconquista de la actual Extremadura. Fernando II conquistó Yelves y Alcántara, junto al Tajo, lo que no le impidió tener algún enfrentamiento militar con el rey de Castilla Alfonso VIII. El segundo soberano leonés, Alfonso IX, hijo del anterior, continuó la lucha contra los almohades, conquistando Cáceres, Mérida, Elvas y Badajoz, y fue el verdadero repoblador de la actual Extremadura.

En Castilla, la prematura muerte de Sancho III (1157-1158), que a pesar de la brevedad de su reinado defendió Calatrava contra los almohades, dio paso a la larga minoridad de su hijo Alfonso VIII (1158-1214), que sólo tenía tres años de edad al subir al trono. Los años de la minoridad (1158-1169) fueron testigos del enfrentamiento entre varias facciones nobiliarias, en especial la de los Lara y la de los Castro, ocasión que fue aprovechada por el rey de Navarra Sancho VI para ocupar diversas plazas fronterizas castellanas. Al alcanzar la mayoría de edad, Alfonso VIII se dedicó a recuperar las ciudades conquistadas por Navarra y a proseguir la reconquista. Primer fruto de sus campañas contra los musulmanes fue la conquista de Cuenca en 1177, en estrecha colaboración con Alfonso II de Aragón. Dos años más tarde, ambos soberanos firmaron el tratado de Cazorla (1179), en el que se fijaba la futura expansión de los dos reinos: Aragón se atribuía Valencia hasta el puerto de Biar, en Alicante; los restantes territorios, hacia el sur, serían conquistados por Castilla. Alfonso VIII fue derrotado en Alarcos (1195) por el sultán almohade Abu Yaqub, que tomó Calatrava.

Las disputas de Castilla con Navarra y León permitieron a los almohades realizar diversas campañas de saqueo, sitiar Toledo y tomar Plasencia. El único aliado de Alfonso VIII era Pedro II de Aragón; ambos soberanos firmaron un acuerdo de amistad perpetua, que les llevó a anunciar un hipotético reparto de Navarra entre ambos. En 1199 y 1200 los territorios del País Vasco se incorporaron a Castilla, respetándoseles fueros y tradiciones, lo que representó una grave pérdida para Navarra.

El nuevo arzobispo de Toledo, Rodrigo Jiménez de Rada, portavoz del pontífice Inocencio III, preparó una gran cruzada contra los almohades, logrando establecer pactos de amistad entre los distintos soberanos cristianos enfrentados, justo en el momento que el califa almohade al-Nasir (Miramamolín para las fuentes cristianas) preparaba un ataque definitivo contra los reinos cristianos para consolidar sus posiciones. El choque final del ejército cristiano de Alfonso VIII de Castilla, Pedro II de Aragón y Sancho VII de Navarra con las fuerzas del califa, tuvo lugar en la llanura de las Navas de Tolosa (Jaén) el 16 de julio de 1212. Fue una gran victoria cristiana que abrió Andalucía a los castellanos, a la vez que acababa con el poderío almohade. Dos años más tarde (1214) murió Alfonso VIII, dejando el trono al menor de sus hijos y único varón, Enrique I (1214-1217), fallecido en Palencia al caerle una teja en la cabeza mientras jugaba. Su hermana mayor, Berenguela, esposa del rey de León, Alfonso IX, fue nombrada reina, pero renunció todos sus derechos

en su hijo Fernando III, que con el tiempo, a la muerte de su padre, llegaría a ser también rey de León.

En los siglos XI y XII se consolidan y diversifican las bases económicas de León y Castilla al llevarse a cabo la ocupación definitiva del espacio entre la cordillera Central y sierra Morena. Este proceso fue acompañado, sobre todo desde mediados del siglo XII, por un notable crecimiento de la producción ganadera, sobre todo en los nuevos y poderosos concejos del área Duero-Tajo, con predominio progresivo del ganado ovino y aumento de la práctica de la trashumancia, como consecuencia de la incorporación de los valles de ambas vertientes del sistema Central y de las llanuras al sur del Tajo.

También durante el siglo XI tuvo lugar un aumento del número de mercados y la formación de centros comerciales, sobre todo en los núcleos del Camino de Santiago, al tiempo en que aumentaba la circulación de moneda debido, sobre todo, al régimen de parias. Todo ello determinó que en el curso del siglo XII se consolidase y desarrollase todavía más la tendencia expansiva de la economía comercial. Los fueros y las condiciones ventajosas para atraer gentes a las plazas repobladas, así como el aumento de los intercambios a media y larga distancia, se halla en íntima relación con la aparición de los mercados extraordinarios o ferias. Todo contribuiría a animar la economía, incluso el que podríamos llamar el negocio de la guerra.

En estos siglos, el culto a Santiago dejó de tener un carácter local para extenderse por toda la cristiandad occidental. En la segunda mitad del siglo XI las peregrinaciones a Santiago experimentaron un fuerte impulso, quedando establecido a finales de la centuria el llamado *camino de Santiago*. El nuevo camino se beneficiaría de los profundos cambios experimentados en la vida económica, social, espiritual y política del Occidente europeo. Desde Francia, Alemania, Flandes, etc., por diversas rutas, los peregrinos alcanzaban los pasos pirenaicos para llegar a Santiago a partir de Pamplona, Puente la Reina, Logroño, Nájera, Burgos, Carrión, Sahagún, León, Astorga o Ponferrada. En la primera década del siglo XII aparece perfectamente pormenorizada en el *Codex Calistinus* una *Guía del Peregrino*, que con muy pocas variantes fija la ruta que se utilizaría hasta los tiempos modernos.

El Camino fue un verdadero cordón umbilical que unió la península con Europa, al ser además de una ruta religiosa, una verdadera ruta comercial —en la cual se asentaron *francos* y se desarrolló la vida urbana— y un vehículo de intercambio de influencias culturales e ideológicas.

3. Los reinos cristianos orientales

La evolución política de los reinos pirenaicos a lo largo del siglo XI estuvo condicionada por el dominio musulmán en el valle del Ebro, y por el complicado juego de castellanos y catalanes en sus relaciones con los Estados vecinos. A pesar de todo, Navarra, Aragón y los condados catalanes se afirmaron política e institucionalmente durante este período, sobre una base económica todavía limitada, que debió en parte su crecimiento a la entrada de moneda de oro islámica, objeto de inversión para los más poderosos (laicos y eclesiásticos), que a su vez fueron los primeros beneficiados por la gran expansión de finales del siglo XI y comienzos del XII.

En la primera época en que, después de 1035, mantuvo buenas relaciones con Castilla, el reino de Navarra pudo beneficiarse del norte de Castilla y llegar hasta Santander; inclusive García Sánchez III llegó a titularse rey de Pamplona y de «Castella Vetula». Tam-

bién en esta época se ocupó Calahorra (1045), aprovechando los enfrentamientos entre los reinos de taifas. Pero el deterioro de las relaciones entre Fernando I de Castilla y su hermano García Sánchez III terminó en una lucha fratricida, cerrada con la muerte del segundo en Atapuerca (1054). Con este enfrentamiento se puso fin a la hegemonía de Navarra iniciada en tiempos de Sancho el Mayor.

El hijo del difunto rey, Sancho IV, aliado con su primo Sancho I Ramírez de Aragón, se enfrentó a Castilla perdiendo sucesivamente los territorios de la Bureba, La Rioja, Álava y Montes de Oca, en la guerra que se llama «de los tres Sanchos». La trágica muerte del rey navarro, despeñado en Peñalén por inducción de su hermano Ramón, hizo que los navarros, en vez de elegir al fratricida como nuevo soberano, entregasen el reino a Sancho I Ramírez de Aragón, incorporándolo de esta manera a Aragón de 1076 a 1134, año de la muerte de Alfonso I el Batallador.

En 1044, al ser asesinado Gonzalo, hermano del Rey Ramiro I (1035-1063) y conde de Sobrarbe y Ribagorza, estos territorios fueron incorporados al nuevo reino de Aragón. En su discreto avance hacia el sur, Ramiro I añadió también a sus tierras Benabarre y murió en el sitio de Graus en 1063.

Le sucedió su hijo Sancho I Ramírez (1063-1094), quien recibió la incorporación de Navarra, como ya se ha dicho. Después de una serie de campañas contra los musulmanes sin resultados positivos, inició sus campañas victoriosas sobre las tierras llanas de Huesca, tomando las fortalezas de Monzón y Montearagón, y poniendo sitio a Huesca, ciudad que no pudo expugnar; el viaje a Roma de Sancho I Ramírez y la conversión del reino en feudatario de la Santa Sede favorecieron la apertura de Aragón a Europa y la introducción de la liturgia romana en 1071, a la vez que se creaban las instituciones comunes de gobierno y administración para Navarra y Aragón, en una sociedad totalmente militarizada y jerarquizada en torno de la guerra. Su sucesor, Pedro, logró entrar en Huesca en 1096 y conquistar Barbastro en 1101. La muerte de Pedro I puso el trono aragonés en manos de su hermano menor, Alfonso I el Batallador (1104-1134), que tuvo que preocuparse por los problemas castellanos (recuérdese su matrimonio con Urraca de Castilla) y por proseguir la reconquista en el valle del Ebro.

Alfonso I, solucionados los problemas con su esposa y anulado por parentesco el matrimonio, reconquistó Tauste, Egea y Tamarite, envolviendo a Zaragoza, y tomó finalmente esta ciudad en 1118. Los almorávides intentaron recuperarla, pero fueron vencidos en Cutanda (1120) por el rey Batallador.

Después de Zaragoza se conquistaron Tudela, Tarazona, Calatayud y Daroca, estableciendo la frontera en las estribaciones de la sierra de Albarracín. Una expedición por tierras de al-Andalus en ayuda de los mozárabes granadinos permitió a Alfonso I (1125-1126) obtener una serie de victorias sobre los almorávides y regresar a su reino con 14.000 mozárabes, con los que repobló la margen derecha del Ebro. A pesar de estos éxitos, no logró llevar la frontera hasta los cursos del Cinca y el Segre, ya que sus intentos de conquistar Fraga resultaron infructuosos.

La muerte de Alfonso I en 1134, sin hijos, planteó un grave problema, ya que por su testamento legaba su reino a las Órdenes Militares del Temple, del Hospital y del Santo Sepulcro, que deberían repartírselo. La nobleza mostró su disconformidad con esta última voluntad y eligió como nuevo rey a Ramiro II el Monje, hermano del difunto rey. Por su parte, los navarros eligieron a García Ramírez, biznieto de García Sánchez III. Ante ello también Alfonso VII de Castilla reivindicó sus derechos a los tronos de Aragón y Navarra,

por ser también descendiente de Sancho el Mayor, invadiendo La Rioja y apoderándose inclusive de Zaragoza, ciudad que no abandonó hasta que Ramiro II prestó vasallaje a Castilla.

Ramiro II casó con Inés de Poitiers, de la que tuvo a Petronila, que a los dos años fue dada en matrimonio al conde de Barcelona, Ramón Berenguer IV. Este matrimonio supuso la unión personal del condado de Barcelona y el reino de Aragón, sentando las bases de un nuevo Estado, que a partir de entonces desarrolló su propia dinámica expansiva.

En la actual Cataluña, la casa condal de Barcelona gobernaba también los condados Barcelona, Ausona y Gerona. El conde Berenguer Ramón I dejó como heredero al morir en 1035 a su hijo Ramón Berenguer I el Viejo (1035-1076); la política del nuevo conde consistió en avanzar contra los musulmanes por la parte más occidental de sus territorios, hasta ocupar Camarasa, y en acrecentar, mediante sus dos matrimonios, la influencia de la casa barcelonesa en Occitania. Sus sucesores fueron dos gemelos, Ramón Berenguer II y Berenguer Ramón II, que heredaron conjuntamente todos los territorios catalanes de su padre, más la soberanía de los condados ultrapirenaicos de Carcasona, Tolosa, Narbona, Foix, etc. El gobierno conjunto de ambos hermanos, por cierto, de caracteres muy contrapuestos (1076-1082), finalizó con la misteriosa muerte de Ramón Berenguer II. Quedó como único conde Berenguer Ramón II (1082-1096), apodado popularmente el Fratricida, que conquistó el Campo de Tarragona a los musulmanes y se enfrentó al Cid, siendo derrotado en Tévar. Finalmente, emigró a Tierra Santa y fue sucedido por el hijo de su hermano asesinado, Ramón Berenguer III el Grande (1096-1131), quien extendió su soberanía sobre los condados de Besalú y Cerdaña; por su matrimonio con Dulce de Provenza, sus dominios se extendieron por toda Provenza y Rodez. Tomó Balaguer a los musulmanes (1106), se enfrentó a los almorávides y organizó, juntamente con Pisa, una expedición a las Baleares. El conde de Ampurias le ofreció vasallaje y, cuando estaba en el apogeo de su fama, fue derrotado por los musulmanes en Corbins (1126). Sucedió por su primogénito, Ramón Berenguer IV, al frente de sus posesiones catalanas, éste contrajo matrimonio con Petronila de Aragón y gobernó prudentemente como príncipe de Aragón y conde de Barcelona. En la vertiente reconquistadora tomó al islam Tortosa (1148) y Lérida (1149), ocupó Fraga y conquistó el castillo de Ciurana. Prácticamente todos los territorios que hoy forman Cataluña estaban en manos de Ramón Berenguer IV, excepto el condado de Urgell, que permanecía todavía independiente.

El hijo primogénito de Ramón Berenguer IV, Ramón Berenguer V, heredó las posesiones del condado de Barcelona y sus territorios vasallos, convirtiéndose poco después, por renuncia de su madre, en rey de Aragón con el nombre de Alfonso II (1163-1196), por deferencia hacia sus súbditos aragoneses (Alfonso I en Cataluña). El nuevo soberano continuó la política occitana de su casa, al heredar el condado de Provenza a la muerte de su primo. Pero tampoco abandonó la peninsular, firmando reiteradas paces y acuerdos con Alfonso VIII de Castilla, con el que colaboró en la toma de Cuenca y con el que suscribió el famoso tratado de Cazorla (1179), en que se fijaban nuevos límites reconquistadores para ambos reinos. Por su parte se apoderó de Caspe y Alcañiz, y fundó la ciudad de Teruel (1171), a la que dio un extenso fuero, muy ventajoso, con el fin de atraer pobladores cristianos.

Alfonso II, casado con Sancha, hija de Alfonso VII de Castilla, tuvo dos hijos, entre los cuales repartió sus dominios al morir: Pedro, el mayor, heredó el reino de Aragón y los dominios directos de la casa barcelonesa, mientras el hijo menor, Alfonso, heredaba los condados de Pallars, Rosellón, Provenza, Montpelier, Rodez, etc. Pedro el Católico (II de Aragón y I de Cataluña) (1196-1213) completó la reconquista de Aragón, llegando hasta

el Rincón de Ademuz; viajó a Roma donde infeudó su reino a la Santa Sede, colaboró estrechamente con Alfonso VIII de Castilla contra los almohades, y tuvo una participación decisiva en la batalla de las Navas de Tolosa (1212). Pero en el sur de Francia, el avance de la herejía albigense complicó el panorama político ante el intervencionismo de Francia y de la Santa Sede a través de la cruzada antialbigense. Pedro II defendió a sus vasallos ultrapirenaicos frente a la brutalidad de los cruzados de Simón de Montfort, muriendo en Muret (1213). La muerte de Pedro II supuso el final de la hegemonía de la casa condal barcelonesa en el sur de Francia. A partir de entonces, las fuerzas de la monarquía aragonesa tuvieron que encauzarse en otra dirección.

Podemos afirmar que los siglos XI y XII son cruciales para la formación de la conciencia colectiva catalana y para la configuración institucional de Cataluña. La aceptación de la supremacía de la casa condal barcelonesa se llevó a cabo sin especial oposición, en un proceso de alianza y colaboración en una empresa común con los demás condados. La hegemonía del conde de Barcelona fue reconocida, además, a partir de una relación de vasallaje entre las otras familias condales establecida sobre pactos de conveniencia bilaterales ratificados durante el siglo XII. Fue la época de la consolidación del Estado feudal y de la feudalización del campo y de la sociedad rural. A partir de 1050 se fue consolidando una nueva concepción de Estado, con las correspondientes instituciones feudales y los usos normativos recogidos en los *Usatges*.

4. Los almorávides

Entre las tribus bereberes del sur de Marruecos, el riguroso asceta Abd Allah ibn Yasin se propuso reformar el islamismo beréber (1036). Instalado en un *ribat* (fortaleza) en la costa atlántica sahariana, creó una confraternidad de guerreros: los hombres del *ribat* (*al-murabit*) o almorávides. Este grupo de fanáticos, partiendo del Sahara, conquistó Marruecos (1056-1084) y formó un verdadero imperio, que iba del río Níger hasta el Mediterráneo con capital en Marrakech, ciudad que fundaron. El siguiente caudillo de los almorávides fue Yusuf ibn Tasufin (1061-1106), creador de un poderoso ejército de bereberes imbuido de la noción de guerra santa contra los infieles. Este movimiento, triunfador en Marruecos, no pasó inadvertido entre los reinos de taifas hispánicas, sobre todo después de las victorias de Alfonso VI y su comportamiento cada vez más avasallador. Por eso, ante la nueva situación, los reyes taifas de Badajoz, Granada y Sevilla solicitaron la ayuda de Yusuf ben Tasufin.

En 1086, un año después de la toma de Toledo por Alfonso VI, los almorávides desembarcaron en Algeciras y, acompañados por tropas taifas amigas, acudieron en ayuda de Badajoz, amenazada por los cristianos. Las tropas cristianas de Alfonso VI fueron derrotadas en Sagrajas, a ocho kilómetros al noroeste de Badajoz, en la que fue primera gran victoria almorávide en la península. El regreso del caudillo almorávide Yusuf ben Tasufin a África permitió nuevos ataques cristianos, sobre todo por el levante, ante los reinos de taifas, desunidos y a veces inclusive enfrentados entre sí. Esta situación permitió al caudillo almorávide unificar bajo su dominio todo el territorio de al-Andalus, con el apoyo de los alfaquíes, defensores de la ortodoxia islámica, y de gran parte de la población islámica. A finales de 1090, los almorávides sometieron Málaga, Granada y Almería; un año después, cayeron Córdoba y Sevilla; en 1094, Badajoz y Lisboa, y, muerto el Cid, se recuperó para

el islam Valencia. Al-Andalus se convirtió así en una provincia más del imperio almorávide gobernado desde Marrakech.

A pesar de haber obtenido nuevas victorias, como la de Uclés (1108), los almorávides no lograron apoderarse de Toledo. Pero sí consiguieron frenar la expansión de los cristianos y aun obligarles a replegarse al norte del Tajo y, en algunos lugares, al norte del sistema Central. Los últimos reinos taifas que cayeron en poder almorávide fueron el de Albarracín y el de Zaragoza (1110). Sin embargo, poco duró el dominio africano en al-Andalus: pronto se refinaron y fueron seducidos por la vida y las costumbres un tanto relajadas de los hispano-musulmanes, entrando en decadencia. La conquista de Zaragoza y las campañas contra al-Andalus de Alfonso I el Batallador y de Alfonso VII de Castilla significaron el comienzo de la ruina militar almorávide. Su fin llegó en 1145 con una serie de levantamientos y revueltas, que dieron origen a otro período de fragmentación política de al-Andalus denominado de «las segundas taifas».

5. El Imperio almohade

En 1122, un grupo bereber de la tribu masmuda, del sur de la cordillera del Atlas, dirigido por el reformador Muhammad ibn Tumar, se rebeló contra los almorávides, extendiéndose hacia el norte del Mahgreb. Este nuevo grupo, conocido con el nombre de «el monoteísta» o de la «unidad de Dios» (*al-mohade*), supo aprovechar en su beneficio las primeras derrotas y muestras de decadencia de los almorávides.

Un discípulo del fundador del movimiento almohade, Abd al-Mu'min (1132-1163), dirigía a su gente cuando reemplazó en su poderío a los almorávides; él estableció la capital en Tinmal, hasta que en 1147 logró ocupar Marrakech.

Desde entonces, los almohades dirigieron sus esfuerzos expansionistas hacia el noroeste de África, más allá de las antiguas fronteras almorávides, y a la recuperación de los antiguos dominios de aquéllos en al-Andalus.

Abd al-Mu'min, después de ofrecer su ayuda a las ciudades hispano-árabes, abolir impuestos ilegales y castigar a los malos administradores, se apoderó, entre otras, de Sevilla (1147), Jaén, Córdoba, Badajoz, Málaga, Granada y Baeza, en un momento en que las defensas cristianas se mostraban del todo inoperantes para contener su avance, al morir Alfonso VII y caer Almería de nuevo en poder musulmán. Únicamente el *rey lobo* de Murcia supuso un verdadero obstáculo para el nuevo poder africano. A partir de 1177 y hasta 1190 los castellanos, apoyados por los aragoneses, hicieron algún progreso al conquistar Cuenca. El nuevo caudillo almohade Abu Yaqub (1184-1199) venció en Alarcos a Alfonso VIII de Castilla (1195) y deshizo el ejército castellano, valiéndose de la desunión reinante entre las filas cristianas, debida al enfrentamiento entre Alfonso IX de León, Sancho VII de Navarra y el soberano castellano.

Ante el peligro almohade y la posible caída de Toledo, la Santa Sede predicó una cruzada que llevó a la unificación de las fuerzas cristianas, triunfantes en la batalla de las Navas de Tolosa (1212), donde el ejército almohade fue totalmente derrotado. El Imperio almohade en al-Andalus no pudo sobrevivir a esta derrota. Muy pronto aparecieron las «terceras taifas», como consecuencia de una nueva fragmentación del poder en la España islámica, que permitió la rápida conquista del valle del Guadalquivir por la corona de Castilla.

Bibliografía

- Arie, R.: *España musulmana*, Madrid, 1982.
- Chejne, A. G.: *Historia de España musulmana*, Madrid, 1980.
- Claramunt, S. y Utrilla, J. F.: *La génesis de la Corona de Aragón (desde la invasión almorávide hasta la muerte de Ramón Berenguer IV)*, Barcelona-Zaragoza, 1989.
- Durán Gudiol, A.: *Ramiro I de Aragón*, Zaragoza, 1993.
- Estepa, C.: *El reinado de Alfonso VI*, Madrid, 1985.
- García Valdeavellano, L.: *Orígenes de la burguesía en la España medieval*, Madrid, 1969.
- Gautier Dalche, J.: *Historia urbana de León y Castilla en la Edad Media (siglos IX-XIII)*, Madrid, 1979.
- Iradiel, P.; Moreta, S. y Sarasa, E.: *Historia medieval de la España cristiana*, Madrid, 1989.
- Lacarra, J. M.: *Historia del reino de Navarra en la Edad Media*, Pamplona, 1975.
- : *Alfonso el Batallador*, Zaragoza, 1978.
- Orcástegui, C. y Sarasa, E.: *Sancho III Garcés el Mayor, rey de Navarra*, Iruña, 1991.

TEMA 21

LA EXPANSIÓN DE OCCIDENTE: EL MAR BÁLTICO. EL *DRANG NACH OSTEN*. LA CRISTIANIZACIÓN DE ESCANDINAVIA

por ERMELINDO PORTELA

A lo largo del siglo X, la primera Europa de la Edad Media, la que gravitó sobre los centros de poder carolingios y otónidas, comenzó a dar muestras de su capacidad de resistencia frente a las agresiones exteriores. En el mismo momento en que se registran las primeras manifestaciones de una profunda reestructuración de las relaciones sociales y se dan los primeros pasos en el camino que conduce a una más efectiva dominación del espacio interior, las incursiones violentas de musulmanes y húngaros encuentran obstáculos crecientes y terminan por ser contenidas, al tiempo que el asentamiento de los hombres del norte facilita la integración y hace cambiar el signo de sus movimientos. Desde el siglo XI, está en marcha el proceso inverso: de conquistada, Europa pasa a ser conquistadora. Las expediciones de los cruzados en el Oriente mediterráneo, el progresivo alejamiento hacia el sur de la frontera con los musulmanes en la Península Ibérica, la conquista de Inglaterra y la dominación del sur de Italia y de Sicilia por los normandos, la progresión de los germanos hacia el este y la cristianización de Escandinavia son fenómenos inseparables de la consolidación y el crecimiento interno de la Europa feudal; son, en realidad, sus manifestaciones más espectaculares, las que conducen a la dilatación del espacio europeo. De ese amplio conjunto de movimientos expansivos, los que han tenido como escenario las tierras que rodean el mar Báltico retendrán ahora nuestra atención.

1. La marcha de los alemanes hacia el este

La conquista y ocupación por parte de los germanos de territorios de antigua instalación eslava, el *drang nach osten* de los siglos XII y XIII, es, en realidad, una nueva fase de la ya larga relación, en los territorios centrales de Europa, entre los pueblos del este y los del oeste. Una relación que, vista tradicionalmente desde la perspectiva occidental, ha sido estudiada ignorando la historia del este. Tal situación ha cambiado ya totalmente. Los avances de la investigación, apoyados en la exploración arqueológica sistemática, han revelado que procesos de cambio entre los eslavos, atribuidos a la progresión y la influencia germánica, estaban ya en marcha antes de que ésta tuviera lugar. El asentamiento de los

pueblos, la existencia de un utillaje agrario perfeccionado, la organización del hábitat rural, con fenómenos de concentración, como en el valle del Warta en Polonia, similares al *incastellamento*, la aparición de numerosos enclaves fortificados, en torno a los cuales hay testimonios de una actividad artesanal y comercial de características preurbanas, ponen de manifiesto que, en el siglo X, existían, en la Europa centrorienta, líneas de evolución histórica similares a las occidentales. La organización tribal daba paso a una nueva estructura de la sociedad, en la que las clientelas armadas en torno a los príncipes y la aparición de una aristocracia territorial eran los rasgos más sobresalientes. Es este fondo el que permite entender la aparición de las primeras construcciones políticas significativas. En Bohemia, San Wenceslao crea, a comienzos del siglo X, cuando la presión de los húngaros se detiene, un reino cristiano abierto a las influencias occidentales. Boleslao I (929-967), más reticente a la dependencia germánica, extiende su influencia sobre otros grupos eslavos de Moravia o de Polonia. Pero, en este territorio, entre los polanos asentados en las llanuras de alrededor de Gniezno, tiene lugar la aparición, en la segunda mitad del siglo X, de otro núcleo de poder significativo. Mieszko I, convertido al cristianismo, trata de frenar la presión germánica y, apoyado en una sólida clientela militar, extiende su influencia sobre los eslavos instalados entre el Oder, el Báltico y los Cárpatos. Su hijo Boleslao, con el dominio de Bohemia, consigue durante algunos años, en los comienzos del siglo XI, la unidad de los eslavos occidentales. Durante un siglo, Polonia opondría un rechazo tenaz a la expansión germánica.

Entre Polonia y el Imperio, en el espacio entre el Elba y el Oder, subsistían algunos pueblos eslavos, como los obodritas, los vendos, los sorabos. Desde el siglo X, los monarcas germánicos habían creado frente a ellos una serie de marcas de fronteras difusas y abiertas en el lado oriental. Son ellas el primer escenario, en el siglo XII, del violento movimiento de expansión de los germanos, vasto fenómeno de múltiples implicaciones, en el que, pese a la estrecha imbricación entre ellos, pueden distinguirse tres planos fundamentales: el plano de la actividad político-religiosa, el plano de la colonización agraria, el plano de la intensificación comercial y urbana.

La actividad militar fue dirigida, en primer lugar, por los príncipes germanos que estaban al frente de los territorios fronterizos. Alberto el Oso, desde Brandeburgo, Enrique el León, desde Sajonia, desencadenan una ofensiva sobre los eslavos del otro lado del Elba, donde el avance previo de la cristianización no impidió que la agresión de los príncipes germanos revistiera, en ocasiones, el carácter de cruzada. Al otro lado del istmo de Jutlandia se funda Lübeck; Lusacia, Silesia y Pomerania son incorporadas al territorio germánico. Aunque los príncipes polacos mantienen su autoridad en torno a Poznan o Cracovia, la influencia alemana se extiende en la Gran Polonia. En el siglo XIII, las órdenes militares toman el relevo en la dirección de la expansión. Misioneros procedentes de la isla de Gotland habían iniciado la evangelización en Letonia. La fundación de Riga en 1201 y su conversión en sede episcopal era solamente el comienzo de un afianzamiento, que en seguida se quiso reforzar con la conquista del territorio, para lo que se fundó la orden de la «milicia de Cristo», cuyos miembros fueron conocidos por el nombre de Caballeros Portaespadas. Pese a las resistencias, consiguieron imponer su dominio sobre los baltos, pero, en 1236, los lituanos les infligieron una dura derrota. La comprometida situación fue salvada por la intervención del gran maestro de la Orden Teutónica, Hermann von Salza, que acababa de comenzar la conquista de Prusia. Absorbidos los Portaespadas, los Caballeros Teutónicos continuaron la conquista de Prusia, Curlandia y Estonia hasta el lago Peipus.

Esta actividad conquistadora de los príncipes germanos y de los monjes soldados es solamente un aspecto de un movimiento más amplio y profundo, cuya explicación ha de

buscarse en el rápido crecimiento de la población en Alemania, en Lotaringia, en los Países Bajos. Los conquistadores, desde luego, abrieron camino a los colonizadores, pero éstos llegaron más lejos y a más lugares. Son tres las principales direcciones del avance. La primera sigue muy de cerca la conquista de la costa báltica por Mecklenburgo, Pomerania y Prusia hacia el golfo de Riga. Más al sur, Lusacia y Silesia fueron eficazmente ocupadas. Finalmente, al margen ya de la actividad conquistadora propiamente dicha y sin que esos territorios perdieran su identidad política, se produjeron asentamientos de germanos en Bohemia y Polonia, lo mismo que en Hungría, donde el avance por la cuenca del Danubio dio lugar a una zona de instalación germánica significativa en Transilvania.

La colonización campesina no fue nunca un movimiento espontáneo, sino que fue siempre controlado y dirigido por los señores. Los príncipes, los obispos, los monasterios —principalmente los de las nuevas órdenes, cistercienses y premonstratenses—, las órdenes militares, disfrutaron de amplias concesiones y se encargaron de organizar la instalación de los emigrantes flamencos, frisonos, franconianos o turingios. Éstos no accedieron a la plena propiedad de las tierras, pero disfrutaron de su tenencia en condiciones ventajosas, tanto por la extensión de las *Hufen* —la unidad básica, que incluía todos los elementos necesarios para la explotación, es decir, la casa, los huertos, las tierras de labor, la participación en los bienes de uso común— como por la moderación de las cargas asignadas, que fueron con más frecuencia pagos en dinero que entregas de productos. Las empresas de colonización exigían inversiones muy importantes; era necesario atender al reclutamiento y traslado de los colonos y, sobre todo, sostenerlos y apoyarlos en la construcción de los nuevos asentamientos, que tardaban por lo menos un año, pero a veces más tiempo, en alcanzar el nivel normal de producción. Para la realización de esta complicada y costosa tarea, los señores recurrieron a intermediarios, los *locatores*, que se encargaron de realizarla, arriesgando en ella en muchos casos sus propios capitales. De procedencia social muy variada, se encuentran entre ellos campesinos acomodados y caballeros; pero, en su mayor parte, eran hombres de las ciudades, eran burgueses. El riesgo de la empresa —los intentos de población no siempre alcanzaban el éxito— había de ser compensado con beneficios interesantes, que procedían del disfrute de una parte de las *Hufen*, de los derechos de monopolio sobre molinos, hornos, posadas y otros elementos de uso común y, finalmente, por su posición de jueces en la administración de la baja justicia, de la percepción de una parte de las multas.

La ocupación de las nuevas tierras dio lugar a la aparición de formas de poblamiento que han sido consideradas típicas de los espacios colonizados, aunque, en realidad y al margen de una cierta uniformidad derivada de las características de la instalación, no son muy diferentes de lo que puede encontrarse en tierras de ocupación antigua. En las zonas más próximas a Alemania, en el bajo Elba, en Mecklenburgo, predominan los pueblos cerrados, en forma compacta y disposición concéntrica de las tierras, los *Runddörfer*; sus buenas condiciones para la defensa explicarían su presencia más frecuente en las áreas en que se desarrolló una actividad militar más intensa. Los *Angerdörfer*, pueblos organizados en torno a un espacio central, en el que se encuentran la iglesia, las instalaciones y los pastos de uso comunal, dominan en Pomerania y son frecuentes en Silesia o en Prusia. Por último, los *Reihendörfer*, los pueblos-calle, de estructura en «espinas de pez», ofrecen un carácter más abierto y obedecen a la disminución de los condicionantes defensivos y al peso más directo de las implicaciones económicas.

La relación entre germanos y eslavos, el destino de la población autóctona, no es fácil de conocer. En los territorios conquistados, allí donde tuvo lugar una ocupación vio-

lenta, hay que contar, desde luego, con la expulsión y, en ocasiones, con el exterminio, que se combinó con la integración forzada, mediante la concentración de los sobrevivientes en lugares —los *Kietze* de Lusacia, por ejemplo— específicos. En Hungría, Polonia y Bohemia, la acción de los colonizadores vino seguramente a sumarse a la que desde antes venían desarrollando los pobladores indígenas y condujo a la aceleración del proceso de ocupación territorial y a una unificación de sus características.

La tercera manifestación importante de la progresión de los germanos en el este tiene relación con el desarrollo de la vida urbana en estos territorios y con la intensificación de las relaciones comerciales. La antigua concepción, según la cual la aparición de la vida urbana entre los eslavos fue exclusivamente el resultado de la expansión de los alemanes, ha sido definitivamente abandonada. La investigación reciente ha demostrado la existencia, entre los siglos X y XII, de un proceso de surgimiento de enclaves urbanos en territorio eslavo con características similares al de la Europa occidental. A comienzos del siglo XII, el Viejo Lübeck o, en Pomerania, Stettin, eran centros activos de una economía específicamente urbana; aglomeraciones parecidas —Poznan, Gniezno, Breslau, Cracovia— existían en Polonia. Quizá su debilidad fundamental fuese la ausencia de un derecho de protección para los mercaderes, que explica el éxito y la amplia difusión, que afectaban incluso a las ciudades puramente eslavas, del derecho germánico. Esta circunstancia, unida a las nuevas fundaciones realizadas por los inmigrantes alemanes, ayuda a comprender que se haya borrado la huella de la urbanización previa. En cualquier caso, la intervención de los alemanes tiene que ver con la integración del área báltica en un espacio comercial más amplio, que va desde Novgorod a Londres y Bergen.

En ese camino, se otorga a la fundación de Lübeck, entre 1158 y 1160, una importancia grande. Los privilegios concedidos por Enrique el León fueron confirmados luego por Federico Barbarroja y, pese a los intentos de dominación por parte de los daneses, Lübeck recibió de Federico II el diploma que la convertía en *civitas imperii*. Bien situada desde el punto de vista del tráfico marítimo por los estrechos entre el Báltico y el mar del Norte, atrajo muy pronto a los mercaderes y experimentó un rápido crecimiento. Abocada a la navegación en el Báltico, en la segunda mitad del siglo XII comenzó a construirse en ella un nuevo tipo de navío, la *kogge*, que, por su tamaño y manejabilidad, se adaptaba mejor a las necesidades del comercio que los barcos escandinavos. Desde Lübeck, los comerciantes alemanes frecuentaron la isla de Gotland y crearon una primera asociación, la de los *universi mercatores Imperii romani Gotlandiam frequentantes*, primer antecedente de la futura Hansa. La instalación en Visby, base de partida hacia Rusia y Suecia de colonos, misioneros y mercaderes, condujo al rápido desarrollo de un nuevo foco de actividad comparable a la de Lübeck. Desde Gotland, los comerciantes alemanes, como habían hecho antes los varegos, extendieron sus actividades a Rusia y se les vio frecuentar Novgorod, donde desde comienzos del siglo XIII tienen su propio establecimiento —el *Peterhof*—, y llegar hasta Smolensko. Al mismo tiempo, en la orilla meridional del Báltico, tenía lugar una activa colonización urbana. Rostock, Wismar, Stralsund, Stettin, en el Oder, Danzig, en el Vístula, conformaron un rosario de activos enclaves, encargados de canalizar los intercambios cada vez más intensos. En el siglo XIII, las bases del futuro comercio hanseático estaban echadas.

2. La cristianización de Escandinavia

En el espacio escandinavo, la expansión de Occidente presenta características distintas; en vez de la conquista y la ocupación o la instalación en el territorio, estamos ante

las influencias pacíficas del comercio —el rey de Noruega se queja, a fines del siglo XII, de la excesiva cantidad de vino que los comerciantes alemanes hacen llegar a Bergen— y, sobre todo, ante la penetración cultural que significa la cristianización. El resultado es el mismo: en los siglos centrales de la Edad Media, cuando ha concluido ya lo principal del vasto movimiento que llevó a vikingos y varegos por todo el continente, la cristianización es el vínculo que ata sus territorios de partida al ámbito de Occidente.

Son las expediciones de los hombres del norte las que facilitan, por las rutas del oeste, desde Noruega y Dinamarca hasta Inglaterra y el Imperio de los francos, y en menor medida del este, desde Suecia a Constantinopla, los primeros contactos entre el paganismo escandinavo y el cristianismo. Tras el fracaso de los primeros intentos evangelizadores entre los daneses del inglés Wilibrord en los años iniciales del siglo VIII, San Anscario, el monje de Corvey, recorre, para repetirlos, la ruta del comercio frisón que une Duurstede con Dinamarca. Después, la labor misionera le llevaría, aprovechando la presencia de enviados suecos ante Luis el Piadoso, a fundar en Birka una iglesia. Fruto de estos primeros intentos evangelizadores es el establecimiento en Slesvig, hacia 850, de la primera iglesia de Dinamarca. Pero las conversiones más eficaces del siglo IX fueron el resultado de los repetidos contactos de los vikingos con las poblaciones cristianas. Ciertamente, de vuelta a las tierras del norte, la cristianización adquirida se diluía muchas veces en el sincretismo con las tradiciones paganas. Sin embargo, esta «edad de la fe mezclada» había hecho conocer, y en algunos casos aceptar, la fe cristiana y dejaba, al comenzar el siglo X, el terreno preparado para su asentamiento más sólido.

La conversión de los reyes facilitó muchas veces el camino. En Dinamarca, Haraldo Gormsson se convirtió e hizo bautizar a su familia y a los miembros de su guardia personal. Es posible que el deseo de quitar argumentos para una intervención armada de Otón I haya influido en estas decisiones; pero lo cierto es que, a partir de entonces, la apertura a los misioneros alemanes suscitó la rápida aparición de un clero autóctono lo suficientemente activo como para continuar la empresa evangelizadora incluso fuera del reino. En el interior, el paganismo siguió existiendo y es, entre sus reductos, donde encuentra apoyos Svend para el levantamiento contra su padre. Su reinado, sin embargo, no supuso una regresión de la cristianización; significó, eso sí, una reorientación de la iglesia danesa hacia las influencias inglesas por encima de las germánicas. Más alejada del continente, Noruega tardó más en recibir las doctrinas cristianas. Olaf Triggvason es aquí el primer personaje a considerar. Recibió el bautismo en sus expediciones a Inglaterra y de allí trajo misioneros, que aportaron a Noruega, al contrario de la latinización de Dinamarca por los alemanes, el uso de la escritura en lengua vulgar en los asuntos relacionados con la religión; primera orientación que se mostrará de gran importancia en el futuro de la producción literaria. Cuando, en el año 1000, murió Olaf, el cristianismo había hecho grandes avances en Noruega. En el siglo XI, otro Olaf, Haraldsson, continuaría la tarea, con algunos cambios. El dominio de Inglaterra por su enemigo Knut el Grande, le hizo recurrir al clero alemán, que se encargó de revitalizar y extender la influencia de los núcleos cristianos ya existentes. La muerte del rey, luchando contra la dominación de Knut en Noruega, lo convirtió en San Olaf, suerte de mártir nacional, cuyo culto popular contribuyó al afianzamiento del cristianismo en Noruega. Los dos Olaf tuvieron relación directa con la cristianización de Islandia. Los enviados del primero inician, no sin resistencias, el ataque al paganismo; los obispos misioneros que actúan en nombre del segundo continúan la labor. Pero sólo desde la actuación de los obispos, padre e hijo, Isleif Gissurarson y Gissurr Isleifsson, ambos formados en el monasterio de Herford, en Westfalia, la iglesia de Islandia adquiere una organización

sólida; una iglesia de marcada influencia alemana en sus orígenes, pero sostenida por un clero casi en su totalidad indígena. En Suecia apenas quedaban huellas de la antigua obra de san Anscario. Los escasos contactos con la cristiandad explican una evangelización tardía y la fuerte pervivencia pagana, de la que se hacen eco las sagas, aunque la arqueología —muchos enterramientos de Gotland son cristianos desde el siglo X— hace pensar si no habrá habido una cierta exageración del paganismo para encubrir acciones de clara intención política. En la primera mitad del siglo XI se multiplican las misiones inglesas; en la segunda, se suceden los enviados del metropolitano de Brema; a fines de este siglo, se destruye el antiguo y gran santuario pagano de Upsala y se producen los primeros contactos entre la monarquía y el papado, en época del rey Inge y de Gregorio VII; hacia 1120, está asentada la organización diocesana inicial.

La cristianización de Escandinavia ofrece algunas particularidades que merece la pena destacar. Sus efectos no han sido tan destructores de las tradiciones previas como entre los germanos y los eslavos. En toda Escandinavia, y particularmente en Islandia, se produce una cierta integración de elementos preexistentes; es más, al aportar, mediante las escuelas monásticas y episcopales, una forma de escritura más cómoda que la rúnica y pautas culturales más elaboradas, el cristianismo ha permitido la revitalización de ciertas tradiciones locales. La explicación de la originalidad de este encuentro ha de buscarse en la apertura y la flexibilidad creadas entre los escandinavos por una larga historia de relaciones con el exterior, en que la labor de los misioneros no fue acompañada de expediciones militares, y, finalmente, en que la conversión no fue el resultado de una imposición exterior, sino consecuencia de la decisión de los poderes locales. Como resultado de todo ello, el cristianismo escandinavo permite la subsistencia de muchos vestigios del paganismo, al que amolda y a los que se amolda.

Aunque el alejamiento permite entender que los eclesiásticos escandinavos no hayan desempeñado un papel relevante en el centro romano, no faltan las relaciones, a veces estrechas, con los pontífices. Por otra parte, los peregrinos del norte son, desde el siglo XI, numerosos en las rutas de Tierra Santa, Roma o Santiago de Compostela; a comienzos del siglo siguiente, los noruegos inauguran una ruta enteramente marítima para la cruzada, la que, rodeando la Península Ibérica, recorre Sigurd. La época de Knut el Grande fue la del predominio de las influencias inglesas; después, la metrópoli de Brema fue el principal foco de irradiación de la cultura cristiana; pero la conquista normanda de Inglaterra y la creación de la sede arzobispal de Lund hicieron que se produjera una reorientación hacia Francia. Desde comienzos del siglo XII, el clero danés, de la mano del obispo Eskil, sustituye por París la escuela de Hildesheim; por la misma época, los noruegos comienzan a frecuentar la escuela de San Víctor; hasta los años iniciales del siglo XV, las escuelas parisinas formaron el sector más instruido del clero escandinavo.

Las ataduras con el centro de Occidente fueron reforzadas por la implantación monástica. Seguramente, el monasterio más antiguo fue el de San Miguel, en Slesvig, fundación de Knut el Grande que adoptó los usos de Cluny. Los monjes benedictinos no alcanzaron, sin embargo, demasiado éxito en Escandinavia. Eskil, el arzobispo de Lund, ya antes de su visita a San Bernardo, había propiciado la instalación en su diócesis de una filial de Cister; después, Claraval tomó el relevo y las fundaciones se multiplicaron durante la segunda mitad del siglo XII; en los primeros tiempos, numerosos monjes vinieron de la abadía madre, de la misma manera que Eskil pasó en Claraval los últimos años de su vida. No faltaron fundaciones de otras órdenes nuevas —premonstratenses, hospitalarios—, pero la impronta cisterciense fue la dominante.

La difusión del cristianismo hizo que Escandinavia dejara de ser un mundo aparte. En las primeras fases, los lazos con Alemania e Inglaterra fueron los más estrechos; en el siglo XII, al compás de la consolidación definitiva de la cristianización, vinieron a añadirse las influencias francesas. A lo largo del siglo XIV, de nuevo la relación con Alemania, propiciada sobre todo por la instalación de los comerciantes hanseáticos, vuelve a ser predominante.

Bibliografía

- Aubin, H.: «Las tierras del Este del Elba y la colonización germana hacia el Este», en Clapham, J. H. y Power, E., *Historia económica de Europa. Desde la decadencia del Imperio Romano*. Tomo I: *La vida agraria en la Edad Media*, Madrid, 1948.
- Christiansen, E.: *The Northern Crusades: The Baltic and the catholic frontier, 1100-1525*, Minneapolis, 1980.
- Dollinger, Ph.: *La Hanse (XII^e-XVII^e siècles)*, París, 1964.
- Gravier, M.: *Les Scandinaves*, París, 1984.
- Musset, L.: *Les peuples scandinaves au Moyen Âge*, París, 1951.
- Urban, W.: *The Prussian Crusade*, Lanham, 1980.

TEMA 22

LA EXPANSIÓN DE OCCIDENTE: EL MEDITERRÁNEO ORIENTAL. LAS PRIMERAS CRUZADAS

por ERMELINDO PORTELA

1. Jerusalén

En la mañana del siete de junio del año 1099, desde el *Montjoie* de los peregrinos, una colina a la que asciende la calzada de la costa, la avanzadilla del ejército de los cruzados pudo contemplar, por fin, Jerusalén. La meta del largo y penoso viaje, el objetivo último de las muchas batallas de su guerra estaba allí, ante los ojos. En ese momento de la aventura, los expedicionarios de la Primera Cruzada habían dado ya pruebas abundantes de que no todos eran sensibles poetas y de que no siempre se comportaban como cristianos fervorosos. Continuarían ofreciéndolas en el futuro inmediato. A pesar de todo, no es difícil imaginar, en muchos de ellos, la emoción. La ciudad, santa entre las santas, ocupaba un lugar central en la mentalidad colectiva de los cristianos latinos, enriquecido durante siglos por la relación permanente con los textos bíblicos —directa para unos pocos, mediante la catequesis y la predicación para los más—, por los relatos de los peregrinos y los comerciantes, por la reflexión de los pensadores. Esta Jerusalén terrestre, prefiguración de la Jerusalén celeste, lugar sacralizado en el pasado por la vida y la pasión de Cristo y proyectado hacia el futuro como escenario escatológico, era, para quienes estaban contemplando sus muros, el punto nodal de los espacios y los tiempos. Se explica así que el encuentro físico con los Santos Lugares y, sobre todo, con Jerusalén se hubiera convertido, como señalan Alphan-déry y Dupront, en el objetivo más antiguo y más constante de la peregrinación. Podemos, pues, imaginar las emociones.

Seguramente las sintieron también, aunque en sentido contrario, los que, desde las sólidas fortificaciones de la ciudad, veían acercarse a los recién llegados. Para las tropas al mando del gobernador fatimí que controlaba la ciudad, el panorama no era tranquilizador. Lo que quedaba de la Primera Cruzada era aún capaz de impresionar: según los datos de Raimundo de Aguilers, el capellán de Raimundo de Tolosa, puede calcularse que acamparon ante Jerusalén entre diez y doce mil hombres de armas, de los que mil o mil trescientos eran caballeros; a ellos habría que añadir un número desconocido, pero que cabría suponer equivalente a la cuarta parte de los efectivos del ejército, de peregrinos no combatientes, fundamentalmente ancianos, mujeres y niños. Entre las emociones de Iftikhar-ad-Dawla y sus hombres no estaba, sin embargo, la sorpresa; esperaban a los cruzados y se habían pre-

parado para recibirlos: expulsaron de la ciudad a la población cristiana, cegaron los pozos de los alrededores, hicieron desaparecer los rebaños y se aprovisionaron bien de agua y víveres, dispuestos a soportar el asedio hasta la venida de los anunciados refuerzos desde Egipto. Por su parte, los cruzados carecían de fuerzas suficientes para establecer el cerco completo de la ciudad, de modo que los sitiados pudieron llevar a cabo incursiones para su abastecimiento o para el hostigamiento de los sitiadores. Éstos, dirigidos por sus jefes, tomaron posiciones ante los sectores más accesibles de la muralla. Allí estaban Roberto de Flandes y Roberto de Normandía, Godofredo de Bouillon, Tancredo y Raimundo de Tolosa; pero había también ausencias muy notables: algunos caballeros, como Hugo de Vermandois y Esteban de Blois, estaban ya de regreso en su patria; otros, Bohemundo de Tarento y Balduino de Boloña, habían encontrado acomodo en el camino y, en vez de tomar posiciones ante Jerusalén, consolidaban las suyas al frente de Antioquía y Edesa. Pero la ausencia más importante era la del legado del papa Urbano II, Ademaro de Monteil, obispo de Puy, un hombre equilibrado y flexible que, por sus cualidades y su posición, había ejercido como jefe moral de la Primera Cruzada; su muerte, el verano anterior, en Antioquía, había sido una pérdida sensible, sin la que, tal vez, los acontecimientos que se desarrollaron a continuación no se hubieran producido de la misma manera.

Establecido el cerco, los cruzados se enfrentaron, una vez más, con las dificultades de su empresa. La actividad preventiva de los musulmanes producía sus efectos: el más difícil de soportar fue la escasez de agua, en un verano como el de Judea, donde las temperaturas superan normalmente los 40 grados; la sed obligaba a largas y peligrosas incursiones por el territorio no controlado del valle del Jordán. De otro lado, el fracaso de un primer y precipitado asalto, estimulado por la predicación de un anciano ermitaño, puso de manifiesto las insuficiencias del ejército cristiano, particularmente la carencia de adecuadas máquinas de asalto. Al mismo tiempo, las disensiones entre los dirigentes se producían ahora a propósito del futuro gobierno de la ciudad. Las corrientes contradictorias del movimiento cruzado —la religiosidad exaltada, las ambiciones de los jefes laicos, los intentos de control de los eclesiásticos— seguían entrechocando al pie de Jerusalén.

A pesar de todo, la ciudad fue conquistada. Y la explicación ha de buscarse en la confluencia de estímulos mentales y materiales. Los primeros partieron de las manifestaciones del visionario Pedro Desiderio; no era la primera vez que este sacerdote daba a conocer las apariciones del difunto legado pontificio, Ademaro de Puy; la visión ahora relatada presentaba al obispo recriminando el egoísmo de los cruzados, exigiéndoles el arrepentimiento y la afirmación de la fe, que habrían de expresarse en una procesión en torno a Jerusalén, y prometiendo finalmente la ansiada conquista de la ciudad. La del viernes 8 de julio fue una procesión solemne, encabezada, según el testimonio de Pedro Tudebode, por obispos y sacerdotes, descalzos y revestidos con los ornamentos sagrados, llevando cruces en sus manos; les seguían los caballeros y sus ejércitos. Todos cantaban salmos y pedían a Dios la liberación de la ciudad. Su recorrido, desde el monte Sión hasta la iglesia de San Esteban Protomártir, el monte de los Olivos y el monasterio de Santa María en el valle de Josafat, fue acompañado, desde lo alto de las murallas, por una procesión burlesca organizada por los musulmanes, que no parece haber estorbado, más bien al contrario, el fervor de los cristianos. Los capellanes más elocuentes y, si creemos a Alberto de Aix, también Pedro el Ermitaño, tomaron la palabra en el monte de los Olivos y consiguieron elevar los ánimos de todos. Todo esto ocurría en el momento en que la situación de los sitiadores se hacía algo más ventajosa. La llegada, desde Jaffa, de un grupo de genoveses, con los pertrechos y la técnica necesarios para la construcción de torres de asedio y el regreso, bien provistos

de troncos de madera, de Tancredo y Roberto de Flandes de su incursión a los bosques de Samaria, hacían pensar en un asalto con posibilidades reales de éxito. El ataque se inició en la noche del 13 al 14 de julio; en la tarde del día 15, Iftikhar, refugiado en la torre de David, salvaba su vida y las de los integrantes de su guardia personal con la rendición y la entrega de sus tesoros. Fueron los únicos sitiados que pudieron abandonar con vida la ciudad; porque dentro de Jerusalén había estallado la violencia. Los cruzados, como enloquecidos, entraban en casas y mezquitas matando a hombres, mujeres y niños; la sinagoga fue incendiada y en ella murieron quemados la mayor parte de los judíos; después vino el saqueo, el pillaje sistemático. El relato detallado de los horrores nos ha sido transmitido por los cronistas de la cruzada, que no ven otro modo de justificarlo que remitirse al «justo juicio de Dios». No todos los cristianos pensaron así; los musulmanes no lo creyeron en modo alguno y la matanza de Jerusalén, esa demostración de fanatismo, fue durante mucho tiempo un obstáculo para el entendimiento. Tal vez Ademaro, el flexible, el prudente, lo hubiera evitado. No podemos conocer la opinión de Urbano II; el papa impulsor de la Primera Cruzada murió pocos días después de la conquista de la ciudad santa, sin que le hubieran llegado las noticias.

Tomemos esta imagen de una Jerusalén humeante, saqueada, ensangrentada, y convirtámosla en el quicio sobre el cual hacer girar nuestras preguntas acerca del porqué y del para qué de las Cruzadas.

2. Clermont

Los acontecimientos que configuran el hecho histórico de la Primera Cruzada y sus consecuencias son de tal diversidad y magnitud que excluyen, por sí mismos, cualquier intento de explicación lineal, unidireccional. No basta el sermón de un papa para poner en marcha una muchedumbre —estimada, según los últimos cálculos, en cerca de setenta mil almas de muy diversa procedencia y condición— en pos de un objetivo verdaderamente difícil. El eco formidable de las palabras pronunciadas el 27 de noviembre de 1095 por Urbano II en Clermont resulta más asombroso, si nos vemos obligados a renunciar a su explicación por las razones inmediatas que tradicionalmente se han venido sosteniendo. La primera de ellas, a la que se concedía más importancia,⁸ era la presencia de los turcos selyuquíes en el Próximo Oriente y en Asia Menor como serio obstáculo a la peregrinación de los cristianos latinos a los santos lugares. Pero, a finales del siglo XI, esas dificultades no eran tan graves como pueden hacer pensar los relatos exagerados de algunos peregrinos. Es cierto que la inestabilidad en Asia Menor no favorecía la seguridad. Por esa razón, el viaje por tierra era poco frecuente; los peregrinos preferían embarcarse en Venecia o en Constantinopla. Jerusalén y Palestina habían sido ya recuperadas por los fatimíes y los peregrinos podían cumplir sus objetivos como en otras épocas.⁹ La segunda razón esgrimida tradicionalmente, la petición de ayuda por parte de Bizancio, tampoco parece consistente. Lo peor de la amenaza de los turcos había pasado ya y el Imperio de Oriente daba pruebas, una vez más, de su capacidad de adaptación. Es cierto que, en el concilio de Piacenza, celebrado a comienzos del mismo año 1095, estuvieron presentes los enviados de Alejo Comneno procurando el envío de mercenarios dispuestos a integrarse en el ejército imperial, necesitado de hombres. Pero nada tiene que ver eso con la solicitud de intervención de cuerpos de ejército latinos, que difícilmente podía partir de Alejo I después de la negativa experiencia vivida en los comienzos de su reinado con los normandos de Roberto Guiscardo. Por su

parte, las ciudades italianas, que habían venido intensificando, a lo largo del siglo XI, su presencia en el Mediterráneo oriental, tampoco veían con buenos ojos —lo pusieron de manifiesto los venecianos con su oposición a Roberto Guiscardo— la presencia de tropas capaces de desestabilizar el clima de buenas relaciones que favorecía sus negocios. Nada hay, pues, que, de manera inmediata, justifique la cruzada.

Las explicaciones deben buscarse, por tanto, en niveles más profundos. Y, puesto que los estímulos externos no parecen tener entidad suficiente, es necesario mirar hacia dentro. Al hacerlo, sobre todo cuando se adopta un punto de vista generalizador, se impone la comprensión de las Cruzadas como una manifestación más —con claros paralelismos en la reconquista ibérica o en la progresión hacia el este y el norte— de las transformaciones que sacuden la Europa latina de los siglos centrales de la Edad Media. Como siempre, el análisis de detalle es más complejo; de todas formas, no es difícil advertir en Clermont la presencia de vectores, de líneas de fuerza convergentes en la gestación de las cruzadas, que tienen que ver con lo que decimos.

El concilio de Clermont es uno más de los concilios reformistas. Los clérigos reunidos en él vuelven sobre los mecanismos del fortalecimiento eclesiástico en su doble vertiente de autocontrol —la investidura laica, la simonía, el matrimonio de los clérigos— y de control de la sociedad entera —el impulso de la tregua y de la paz de Dios, la excomunión por adulterio del rey de Francia—. Urbano II, este cluniacense que acababa de visitar su antiguo monasterio poco tiempo antes de presidir la reunión conciliar, es un gregoriano convencido. Su mensaje debe entenderse, en primer lugar, como el deseo de poner en práctica el convencimiento teórico de su jefatura sobre la cristiandad. En este sentido, la cruzada, predicada y dirigida por el pontífice, aparece como una prolongación de las instituciones de paz, capaz de canalizar hacia el exterior la energía liberada por la pacificación interna. Algunos años más tarde, San Bernardo, en sus alabanzas de la nueva milicia, la de los caballeros del Templo, lo explica con precisión: «En su patria pierden con gran satisfacción a sus más crueles devastadores; en Jerusalén acogen con gozo a sus fieles defensores.» El llamamiento de Clermont para acudir en auxilio de los cristianos de Oriente y para rescatar los Santos Lugares se inserta, pues, en una corriente de ascenso de la Iglesia y el pontificado. Pero Urbano II no podía prever el efecto de sus palabras, multiplicado también por causas que venían de atrás.

El entusiasmo experimentado ante los muros de Clermont —«*Deus le volt!*»— se multiplicó con rapidez, impulsado, más que por la predicación de los obispos, que el papa había aconsejado, por la de eremitas iluminados, como Roberto de Arbrissel o Pedro el Ermitaño y sus discípulos. Se produce entonces una primera y brusca respuesta, que escapa a todos los controles. La llamada Cruzada Popular es un movimiento espontáneo, conducido por los propios predicadores, en el que participan gentes de muy diversa procedencia y condición, desde segundones de la nobleza hasta bandoleros, pasando por campesinos y habitantes de las ciudades. Una primera oleada, encabezada por Pedro el Ermitaño y Gualterio *Sans Avoir*, se reunió en Colonia en la Pascua del año 1096. Desde allí y con algunos días de diferencia, partieron en dos grupos —Gualterio, por delante, Pedro, al frente de los que salieron más tarde— para remontar el Rin y el Neckar y seguir luego el curso del Danubio. No era tarea fácil controlar aquellas multitudes heterogéneas y mal organizadas, sobre todo cuando surgían dificultades de abastecimiento. El recurso al saqueo era siempre una posibilidad, que el grupo de Gualterio comenzó a poner en práctica en los alrededores de Belgrado, una vez cruzada la frontera entre Hungría y el Imperio bizantino. Como consecuencia de ello, surgieron las primeras tensiones y los primeros enfrentamientos con las

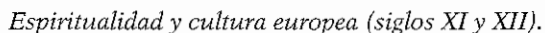
autoridades locales. Poco después, en el mismo lugar, pero a ambos lados de la frontera, los conflictos ocasionados por la llegada de Pedro el Ermitaño fueron más graves. Del lado de Hungría, los cruzados asaltaron y tomaron Semlin, provocando la primera matanza de las cruzadas. Del lado bizantino, saquearon e incendiaron Belgrado, aunque esta vez sus habitantes habían tenido la precaución de abandonar la ciudad. En Nish, las cosas no fueron tan fáciles; el nuevo intento de asalto fue duramente reprimido por la guarnición bizantina; los efectivos de Pedro que siguieron hacia Constantinopla se habían reducido en una cuarta parte. Con estos antecedentes y el espectáculo de los expedicionarios, se explica bien la sorpresa y la inquietud de Alejo Comneno. No era aquélla la ayuda que había pedido; así que facilitó el rápido traslado de los cruzados al otro lado del Bósforo y su instalación en el campamento de Civetot, en el golfo de Nicomedia. Allí se estrelló definitivamente esta primera ola de las cruzadas. Desoyendo los consejos del emperador, los latinos provocaron, sin los medios ni la organización necesarios, el enfrentamiento con los turcos. El desastre fue total. La flota de socorro enviada por Alejo sólo pudo rescatar y trasladar a la capital a unos tres mil supervivientes.

La segunda ola del movimiento popular rompió antes. Se formó en Alemania, tras la marcha de Pedro y los suyos, como consecuencia de la labor de Gottschalk; discípulo del Ermitaño, y de otros predicadores. Tres grupos se pusieron en marcha, encabezados por Volkmar, el propio Gottschalk y Emich de Leisingen. La intensidad con que la predicación de la cruzada evocaba en las mentes de todos los escenarios de la vida y la pasión de Cristo, situó la actuación del pueblo judío en un inevitable primer plano; junto a ello, el papel de las comunidades judías en la sociedad cristiana, como grupos cerrados dedicados a actividades, no exclusiva pero sí significativamente, relacionadas con el negocio del dinero y particularmente con su préstamo, no suscitaba precisamente las simpatías. Esta segunda ola de la Cruzada Popular comenzó por liberar sus energías sembrando el pánico entre las comunidades judías de Alemania y Centroeuropa. Espira, Worms, Maguncia, Colonia, Tréveris, Metz, Praga, Ratisbona conocieron la violencia de los cruzados, llevada adelante en contra de la prohibición expresa de los obispos, que en todas partes trataron de proteger a los judíos. En Hungría, intentaron repetir sus actuaciones y las de las expediciones anteriores. Pero la respuesta del rey Colomán fue ahora contundente. Volkmar en Nitra, Gottschalk en Stuhlvisenburg y Emich en Wiesselburg fueron casi totalmente aniquilados. Los escasos supervivientes se dispersaron y algunos regresaron a sus casas.

Mejor que ninguna otra cosa, la Cruzada Popular, este movimiento explosivo y descontrolado, permite comprender que su fundamento explicativo se asienta en la anterior historia social de Europa. El crecimiento demográfico, desde luego, pero también la fijación de los nuevos marcos señoriales o la organización linajística de la aristocracia, generan grupos de hombres en los cuales las presiones psicológicas —desde la exaltación religiosa hasta la atracción del viaje lejano— son capaces de producir respuestas radicales. La Cruzada Popular y lo que siguió después constituyen una manifestación del dinamismo social de la cristiandad latina.

3. Constantinopla

Lo que siguió, lo conocemos ya en parte. Pero antes y después de la toma de Jerusalén se despliega el conjunto de la actividad de los latinos en el Mediterráneo oriental, cuya breve síntesis expondremos bajo el epígrafe de Constantinopla, sin duda un punto de observación privilegiado.



Constantinopla fue el lugar de reunión de los ejércitos de la Primera Cruzada, la cruzada de los caballeros, aquella en la que el papa había pensado realmente cuando habló en Clermont. Se trataba ahora de organizar una verdadera expedición militar y era preciso tomarse el tiempo necesario para prepararla adecuadamente, es decir, conseguir el dinero para reclutar, equipar y mantener las tropas, y disponer todo lo que hiciese falta para el gobierno de los propios bienes durante una ausencia que podía ser larga. Los distintos cuerpos de ejército convergieron en la capital bizantina entre octubre de 1095 y mayo del año siguiente. Godofredo de Bouillon y su hermano Balduino de Bolonia fueron los únicos que siguieron la ruta del Danubio; los demás, Hugo de Vermandois, el primero en llegar, Bohemundo de Tarento y su sobrino Tancredo, Raimundo de Tolosa y, finalmente, el grupo que mandaban Roberto de Normandía, Esteban de Blois y Roberto de Flandes, hicieron el viaje por Italia y atravesaron o bordearon después el Adriático. Desde el punto de vista de Alejo Comneno, la situación se clarificaba; aquello no sólo no era la ayuda que había solicitado; aquello, es decir, un conjunto de cuerpos de ejército bien adiestrados y equipados que actuaban bajo la autoridad delegada del pontífice romano, era realmente un grave peligro. Atajarlo en lo posible fue el objetivo de un despliegue político que, como siempre en Bizancio, dosificaba halagos y presiones y que los cruzados no consiguieron o no quisieron entender. El emperador, pensando en la actuación futura de la cruzada en sus dominios territoriales actuales o antiguos, exigió de sus jefes un juramento de fidelidad, deseando la afirmación de su autoridad y el control —los hechos demostraron pronto que era imposible— de la empresa. Algunos aceptaron prestarlo sin dificultad, a otros fue más difícil convencerlos. Raimundo de Tolosa impuso condiciones, Tancredo se escabulló sin hacerlo. Comenzaban las tensiones entre griegos y latinos que, poco después, en el sitio de Nicea —los bizantinos pactaron la capitulación con los turcos, cuando los latinos estaban ya ilusionados con el botín— se hacían patentes. La realidad de la cruzada empezaba a demostrar que, lejos de ser un instrumento de acercamiento entre Oriente y Occidente, podía convertirse en un obstáculo más grave que los ya conocidos. De momento, sin embargo, los esfuerzos se aunaban ante la cercanía de los turcos. Éstos tuvieron ocasión de comprobar en Dorileo el salto cualitativo entre la Cruzada Popular y la Cruzada de los Caballeros. La resonante victoria allí obtenida abrió a los cruzados las rutas de Asia Menor. En octubre de 1097 estaban ante los muros de Antioquía. Para ese momento, otro rasgo característico de la cruzada había hecho su aparición; Ademaro de Monteil, legado pontificio, pese al reconocimiento de su autoridad moral, encontraba serias dificultades para ejercer el control de la empresa; Raimundo de Tolosa no conseguía imponerse como jefe laico; sin una dirección real unitaria, las disensiones se hicieron frecuentes. Balduino de Bolonia y Tancredo, dos segundones interesados en crearse señoríos en Oriente, fueron los primeros en mostrar síntomas de querer actuar por su cuenta. Balduino tuvo éxito pronto; con el pretexto de liberar de los turcos a las comunidades armenias instaladas en el curso medio del Éufrates, se apartó del ejército principal; los armenios quedaron, en efecto, liberados de los turcos, pero, a cambio, fueron sometidos al jefe franco, fundador del primer principado latino de Oriente, el condado de Edesa. El segundo fue Antioquía. El asedio fue largo y difícil, y cuando los cruzados tomaron la ciudad fue para pasar de sitiadores a sitiados. Mientras tanto, el dominio de la ciudad y su territorio enfrentó a Raimundo de Tolosa y Bohemundo de Tarento. Fue el normando el que finalmente se quedó con y en Antioquía. En el camino hacia Jerusalén, Raimundo de Tolosa consiguió el control de Trípoli. Nadie parecía acordarse ya de Alejo I.

Volvamos ahora a la Jerusalén conquistada para preguntarnos por los efectos de las Cruzadas. Godofredo de Bouillon, que fue elegido para gobernar Jerusalén, no quiso para

sí el título de rey, sino el de *Advocatus Sancti Sepulchri*, tal vez reconociendo la autoridad superior del pontífice romano; el sucesor, su hermano Balduino, menos escrupuloso, cambió el título de conde de Edesa por el de rey de Jerusalén. La ciudad santa se convertía en el centro de los territorios ocupados por los latinos en Oriente, pero su rey ejercía, incluso en el territorio estricto del propio reino, una jefatura más teórica que real. Sea como fuere, los resultados de la actuación de los primeros cruzados fueron, en apariencia, espectaculares: desde las costas de Cilicia hasta el delta del Nilo y el golfo de Akaba, el Islam de Oriente quedó privado de los accesos al Mediterráneo. La otra cara de la moneda era precisamente esa condición de estrecha franja litoral del conjunto territorial ocupado. La posibilidad —a partir del eje de comunicación Mosul-Alepo-Damasco-Petra, nunca controlado por los cruzados— de un ataque desde el interior quedaba siempre abierta. Contra esa posibilidad se erigió uno de los más notables sistemas de fortificación fronteriza del momento, basado en la construcción de grandes fortalezas, los *kraks*. No fue suficiente. Porque, por otro lado, el escaso arraigo de los latinos suponía una escasez permanente de hombres de armas. La conversión, a partir de 1118, del antiguo albergue para peregrinos pobres, fundado en Jerusalén por los amalfitanos, en la Orden Militar de los Hospitalarios de San Juan, y la fundación, por las mismas fechas, de la Orden de los Caballeros del Templo proporcionaron al reino el único ejército del que podía disponer de manera constante. A pesar de todo, el apoyo militar desde Occidente seguía siendo necesario. Algunas de esas expediciones se han hecho, por la participación en ellas de personajes de primera fila, más famosas y son distinguidas en la historiografía por números ordinales. Lo que en realidad hubo fue un constante trasiego de hombres de armas entre Occidente y el Mediterráneo oriental.

Entre las razones que explican la instalación de los cruzados en Oriente, conviene no olvidar la fragmentación y la dispersión de los poderes islámicos a finales del siglo XI y comienzos del XII. En adelante, cualquier tendencia unificadora pondría al descubierto la fragilidad de la construcción latina. El ascenso del emirato de Mosul acarrió la desaparición, en 1146, del condado de Edesa. Todavía la idea de la cruzada estaba suficientemente viva como para que la noticia de la pérdida de Edesa causara un gran impacto en Occidente. Pero se necesitó toda la elocuencia y la influencia de Bernardo de Claraval para despertar un fervor que, de todas formas, no fue ya el mismo. Fue ahora la respuesta de los reyes, Luis VII de Francia y Conrado III de Alemania, la que permitió poner en marcha dos cuerpos de ejército que repitieron la ruta del Danubio, para recorrer luego Anatolia y llegar a Palestina; se repitieron también los saqueos durante el viaje, las tensiones e incomprensiones con el emperador bizantino, sobre todo entre éste y el rey de Francia, porque a Manuel Comneno y Conrado los acercaba el interés en una alianza común contra Roger de Sicilia, y el encuentro, esta vez nada satisfactorio para los alemanes, con los turcos en Asia Menor; se repitieron también las disensiones. Pero el final fue completamente distinto; la Segunda Cruzada terminó en un rotundo fracaso. La decisión de atacar Damasco demuestra un grave desconocimiento de la política local: significó la pérdida de un utilísimo aliado contra Nur ed-Din, que dominaba en Mosul y Alepo y, además, acarrió la derrota total del ejército cruzado. Una empresa que había nacido con brillantes augurios no sólo no pudo cumplir sus objetivos, sino que sirvió para agravar la situación de Oriente: agudizó las tensiones con Bizancio, puso de manifiesto las diferencias entre los cruzados recién llegados y los ya instalados, promovió la unidad de los musulmanes y los convenció de que los latinos no eran invencibles.

Cuando Saladino consiguió unificar bajo su mando Egipto y la Siria musulmana, tuvo ocasión de demostrarlo con creces. La derrota de Hattin y la conquista de Jerusalén

pusieron, en 1187, a los príncipes cristianos en difícil situación. De nuevo fue predicada la cruzada en Occidente. Ricardo Corazón de León, Felipe Augusto y Federico Barbarroja tomaron ahora la cruz. El ejército alemán no llegó a Siria; se desperdigó después de que su jefe muriese ahogado al intentar vadear un río en Anatolia. El rey de Francia y el de Inglaterra estaban enfrentados; Felipe Augusto, más preocupado por Francia que por Palestina, volvió en seguida a su reino. Ricardo ganó fama y nombre con sus proezas en Tierra Santa, pero no pudo recuperar Jerusalén. La última cruzada del siglo XII no resolvía nada y, sobre todo, demostraba las escasas posibilidades de hacerlo.

Volvamos, para terminar, a Constantinopla. Porque ése fue, contra todo pronóstico, el escenario de la Cuarta Cruzada. Una cruzada contra cristianos. Es claro que un papa como Inocencio III no podía renunciar a la empresa de la cruzada. Y la reclamó. Pero habían cambiado mucho las cosas desde Clermont; los reyes callaban, los príncipes daban largas; Venecia respondía ofertando sus barcos para el transporte del ejército. Significativo cambio el de los comerciantes, en el que conviene que nos detengamos un momento. Las ciudades italianas no vieron con buenos ojos el comienzo del movimiento cruzado y no se mostraron muy decididas a apoyarlo; veían en él un peligro para el mantenimiento de las buenas relaciones, particularmente con Bizancio, en que se basaba su actividad en Oriente. Pero, cuando se alcanzó el éxito, no dudaron en aprovecharlo y se mostraron dispuestos a colaborar, a cambio, eso sí, de la concesión de privilegios en los puertos de Oriente. De modo que lo que quedaba de los principados de Oriente —una línea de ciudades fronterizas— seguía interesándoles y, de manera especial, el control de las rutas por las que se podía llegar hasta allí. Su oferta era, pues, una oferta interesada, y con ella la cruzada cambió de rumbo. Primero fue el ataque a Zara, cuyo único objeto era el refuerzo de la posición veneciana en el Adriático. Lo que vino a continuación fue peor; en 1204, los cruzados asaltaron Constantinopla y revivieron allí la Jerusalén de 1099. Se confirmaba la sospecha nacida cien años atrás: lejos de contribuir al acercamiento entre Oriente y Occidente, la cruzada se mostraba como un eficaz instrumento de su separación definitiva.

Todavía hubo cruzadas en el siglo XIII. San Juan de Acre pudo resistir hasta 1291; la idea de la cruzada vivió más tiempo; pero todo ello, desde finales del siglo XII, o incluso desde antes, parece una larga decadencia. A la hora del balance final, los historiadores tienden a juzgar con dureza el movimiento cruzado. Desde luego, la comparación entre los exigüos resultados finales y el formidable esfuerzo desplegado y los serios inconvenientes del despliegue, no deja mucho lugar para el triunfalismo. A pesar de todo, la cruzada como expresión de las transformaciones de la Europa de los siglos XI y XII sigue conservando todo su poder de fascinación.

Bibliografía

- Alphandery, P. y Dupront, A.: *Historia del concepto de cruzada*, México, 1959-1962, 2 vols.
Atiya, A.: *Crusade, Commerce and Culture*, Bloomington, 1962.
Cahen, C.: *La Syrie du Nord à l'Époque des Croisades*, París, 1940.
—: *Orient et Occident au temps des croisades*, París, 1983.
García de Cortázar, J. A.: *Las cruzadas*, Bilbao, 1966.
Ladero, M. A.: *Las Cruzadas*, Bilbao, 1968.
Mayer, H. E.: *The Crusades*, Oxford, 1972.
Prawer, J.: *Histoire du royaume latin de Jérusalem*, París, 1969-1970, 2 vols.
Runciman, S.: *Historia de las cruzadas*, Madrid, 1973, 3 vols.

TEMA 23

RENOVACIÓN ECLESIAÍSTICA Y DE LAS FORMAS DE PIEDAD. EL APOGEO DEL MONACATO. LA UNIDAD DE LA IGLESIA CUESTIONADA (EL PROBLEMA DE LAS HEREJÍAS)

por EMILIO MITRE

La reforma religiosa impulsada por el gregoriano aspiró a convertir al pontificado en clave de bóveda de todo el sistema social por el que se regía el Occidente. En otro orden de cosas, los titulares de la sede romana consideraron que el conjunto de medidas que estaban patrocinando era la condición *sine qua non* para la regeneración del conjunto de esa misma sociedad.

Inspirándose en una de las más tradicionales líneas de pensamiento, los mentores religiosos del Occidente abundaron en un marcado desprecio hacia el mundo material y en especial hacia los placeres de la carne y el ansia de riquezas. El *contemptus mundi* se convertía, así, en una auténtica filosofía del mundo cuya práctica podía adquirir distintas modalidades según el *ordo* social que la ejercitara. Modalidades que, incluso, podían situarse al margen de lo que el común de las gentes podía considerar la ortodoxia.

1. El clero secular y el alcance de las medidas reformadoras

El *ordo oratorum* lo integraban los monjes y los miembros del «clero secular». En el Medievo, este último constituía un colectivo demasiado heterogéneo, tanto por su extracción social como por sus funciones. Heterogeneidad que, a su vez, propició un muy desigual alcance de las medidas reformadoras.

En la cúpula de la jerarquía eclesiástica se situaba el [colegio cardenalicio], integrado por aproximadamente medio centenar de miembros. En sus manos estaba, desde 1059, la elección de pontífice. Los cardenales eran, además, consejeros y auxiliares de los papas en asuntos de interés, legados *a latere*, dignatarios de la curia pontificia... En definitiva, articulaban una especie de «senado» en el que los pontífices se apoyaban con frecuencia.

El auge de la élite cardenalicia estaba en relación directa con la pérdida de prestigio de los metropolitanos. Algo que también se contrapesaba con el crecimiento del poder de los obispos, cuya elección, tras la conclusión de la Querella de las Investiduras, era más directamente vigilada por los papas. En ella tendrían cada vez más importancia los cabildos de las catedrales, que cumplían, a este nivel, unas funciones similares a las del colegio cardenalicio respecto del pontífice.

El ejercicio de funciones políticas —incluidas expediciones bélicas que, en principio, transgredían la norma canónica— y su actuación como grandes señores temporales fueron, en numerosas ocasiones, en detrimento de los deberes religiosos a los que los obispos estaban en principio obligados.

La base del clero secular la integraba la masa de vicarios y párrocos, mal retribuidos, de baja extracción social y de no menos baja formación cultural. Con grandes dificultades, las medidas de reforma se fueron abriendo paso entre esta especie de proletariado clerical. El nicolaísmo fue frecuente entre ellos, pese a algunas disposiciones, como la del II Concilio de Letrán, que declaró ilícito e inválido el matrimonio de los clérigos mayores, subdiáconos en adelante. Algún celoso reformador, como Gerhoh de Reichersberg, llegó a proponer en el siglo XII la sustitución de párrocos indignos por monjes o canónigos regulares.

Con todas estas limitaciones, la parroquia era el principal medio de encuadramiento religioso para la masa de laicos. En ella se celebraban las ceremonias fundamentales que marcaban la vida del cristiano: bautismo, sacrificio eucarístico, matrimonio, enterramiento... Su origen podía ser muy variado: fundaciones episcopales, antiguos oratorios privados instalados en los grandes dominios, iglesias situadas en emplazamientos defensivos. Cada parroquia tenía sus recursos (diezmos, oblaciones, donativos varios...) para sostener al titular —que, a veces, no los percibía íntegramente—, su territorio definido y sus fieles. El incremento del número de parroquias está en relación directa con el impulso de la evangelización o, en el período del que ahora tratamos, con la expansión demográfica. Un ejemplo lo da D. Kauss para la región de Ortenau, entre el Rin y la Selva Negra: entre los siglos VIII y X (estancamiento) surgen diecinueve nuevas parroquias, mientras que entre los siglos XI y XIII (expansión) las fundaciones llegan a ser treinta y tres.

2. La renovación de las órdenes religiosas: Cluny y la clunización del monacato europeo

El 11 de septiembre de 910 tuvo lugar un acontecimiento en apariencia trivial: el duque de Aquitania, Guillermo III, entregó al monje Bernon una tierra en el condado de Macon. En ella se construiría un modesto monasterio: el de Cluny. Dos siglos más tarde, a lo largo y a lo ancho de la Europa occidental, millar y medio de casas obedecían los dictados de este cenobio. Cluny contribuía, así, de forma decisiva, a definir la noción de «orden» religiosa en el sentido de agrupación centralizada de monasterios. Se superaba de esa manera el viejo aislamiento monástico.

El *ordo cluniacensis* estaba integrado por casas de muy diferente entidad. Muchas de ellas eran antiguas fundaciones colocadas bajo la rectoría reformadora de Cluny como meros prioratos. Sólo cinco de ellas superaban la cincuentena de monjes, aparte la casa madre: Charité-sur-Loire, Saint Martin-des-Champs en París, Lewes en Inglaterra, Souvigny y Sauxillance.

¿Que significado tenía Cluny?

En principio, la orden respondió a un reto: la vuelta estricta al espíritu y la letra de la regla de San Benito, marcada por la castidad, la obediencia y la estabilidad. Los oficios ocupan la mayor parte de la jornada, en detrimento del trabajo manual o intelectual. El alejamiento de un mundo brutal y corrompido reforzó, a lo largo de dos siglos, el prestigio de Cluny, en la misma medida que el buen hacer de algunos de sus abades: Odón, Mayol, Odilón, Hugo el Grande o, más tardíamente ya, Pedro el Venerable.

Pero Cluny y el imperio monástico cluniacense supusieron algo más. Su espíritu auténticamente internacional coadyuvó a una centralización romanista, especialmente en aquellos países (reinos hispanocristianos) que, hasta el Año Mil, habían vivido bastante al margen de las grandes corrientes políticas o culturales europeas. Aunque paralelas en un principio, la reforma monástica de Cluny y la gregoriana acabaron convergiendo en más de una ocasión. Así, el abad Hugo el Grande (1049-1109) actuó de mediador en Canossa. De Cluny salieron numerosos obispos e incluso algún papa del prestigio de Urbano II. [La Paz y Tregua de Dios] y [la Cruzada] fueron instituciones que debieron mucho al espíritu cluniacense.

Este espíritu desbordó, con mucho, el ámbito sobre el que Cluny y sus hijas ejercían su jurisdicción. En efecto, coetáneamente al cluniacense, otros movimientos monásticos tendieron también a la restauración de la regla benedictina con muy desiguales resultados.

En Alemania, Hirsau, bajo la rectoría del abad Guillermo (muerto en 1091), se convirtió en cabeza de una importante congregación.

En la vieja Lotaringia, las importantes abadías de Gorze y Brogne impulsaron, desde principios del siglo X y hacia el interior de Alemania, una importante reforma, que no difería sustancialmente de la de Cluny, salvo en el mantenimiento de unos lazos con las diócesis de los que ésta se desligó desde un principio.

En Normandía, después del Año Mil, la reforma monástica experimentó también un importante impulso a partir de la gran abadía de Bec. De ella saldrían los grandes monjes Lanfranco y Anselmo, importantes agentes de la reforma del monacato en particular y de la Iglesia en general en Inglaterra, tras la instalación en ella de Guillermo el Conquistador.

Hacia el año 1100, Europa se cubrió, así, de una tupida red de monasterios en la que los cluniacenses iban a la cabeza. «Los monjes —dice Knowles— aún no habían perdido su preeminencia en la vida religiosa, litúrgica y cultural de Europa y se habían beneficiado del renacimiento intelectual y literario que se produjo en el siglo XI.» Sin embargo, el enriquecimiento y la pompa adquiridos por Cluny, el excesivo número de casas de la orden y su, a la larga, esterilizante centralismo forzaron a una reflexión sobre el porvenir de su espíritu.

3. La reacción monástica frente al clunismo y el triunfo del Císter

Frente a lo que Cluny y órdenes afines significaban, se levantaron, desde fecha temprana, otras tendencias monásticas que abogaban por la ascesis eremítica, el amor a la pobreza en el sentido más puro, la predicación popular e, incluso, el espíritu de guerra santa contra los infieles.

El eremitismo estaba, en efecto, en las propias raíces de la historia del monacato. Unas raíces impregnadas de cenobitismo que San Bruno aspiraba a revitalizar con la fundación, en 1084, de la Grande-Chartreuse en un valle cercano a Grenoble. Modesto oratorio en un principio, esta comunidad acabó dando vida a toda una orden —los cartujos— que, con el mantenimiento de una rígida austeridad, fue la única que no tuvo necesidad de reforma a lo largo de su historia.

Con un espíritu de ascesis similar, se expandieron también otras órdenes, como la de los camaldulenses, a partir de la fundación (1012) de San Romualdo en Camalduli, cerca de Arezzo, o la de los grandimontenses, creada por San Esteban Muret en 1077. Con un marcado rigorismo, aunque benedictina en lo esencial, fue la fundación de Roberto d'Arbri-sel en Fontevrault (1100): un monasterio doble, con un convento para hombres y otro para

mujeres. Su predicación, de signo popular y moral, hacía del fundador una prefiguración de San Francisco de Asís.

Con un sentido distinto se desarrolló la orden de canónigos regulares impulsada por Norberto de Xanten a partir de la fundación del monasterio de Premontre (1120) en las cercanías de Laón. Los «canónigos blancos» premonstratenses conocieron, con el sucesor de Norberto, Hugo des Fosses, una fuerte expansión en Francia, los Países Bajos y Alemania. El ministerio parroquial y el apostolado activo (evangelización de wendos o estonios) se encuentran entre sus grandes aportes.

Premontre y el Cister, según un texto de 1131, eran «las vides fructuosas propagadoras de los sarmientos de la religión». Para esta fecha, en efecto, los monjes cistercienses se habían convertido en protagonistas de primer orden en el panorama espiritual europeo.

La orden cuenta con un fundador: el del monasterio de Cîteaux (1098), Roberto de Molesmes. Cuenta con el redactor de su estatuto fundamental, la *Charta caritatis*: el inglés Esteban Harding. Y cuenta, ante todo, con el gran impulsor: Bernardo de Claraval. Él será no sólo la auténtica alma del Cister, sino también el verdadero mentor de la cristiandad europea a lo largo de toda la primera mitad del siglo XII. Cuando San Bernardo llega a Cîteaux, en 1112, el porvenir de la naciente comunidad es oscuro; a su muerte, en 1154, el Cister cuenta con trescientas cincuenta casas repartidas por toda Europa. En los años siguientes, el crecimiento fue igualmente espectacular y cubrió —más aún de lo que lo había hecho Cluny— todos los rincones de la cristiandad, desde Inglaterra hasta Tierra Santa.

Frente a la magnificencia que habían alcanzado los cluniacenses, el Cister impone un espíritu de austeridad que da al trabajo manual toda su importancia. La *Charta caritatis* aboga por el establecimiento de las nuevas casas en lugares apartados de las grandes aglomeraciones de población. La expansión agraria del Pleno Medievo tuvo, así, en el Cister un importante aliado.

A diferencia del férreo centralismo de Cluny, el Cister impuso unos criterios más «federadores», cimentados en el lazo de caridad mutua que debía unir a todas las abadías. Sobre todo el conjunto de casas, cinco destacaron de forma especial: Claraval, Montigny, La Ferté, Morimond y, por supuesto, la casa madre, Cîteaux. Cada abad era elegido por sus monjes, pero estaba obligado a acudir al capítulo general anual (o con una periodicidad más espaciada, en el caso de las abadías más alejadas) a celebrar en Cîteaux. Esta institución fue la más original del Cister, otras órdenes, Cluny incluida, la imitaron. El capítulo constituía una especie de cuerpo legislativo y judicial que, junto con las visitas del abad «padre» (el de la casa fundadora) a las casas «hijas», mantuvo la cohesión interna de la orden.

Para el conjunto de la sociedad de su época, el Cister tuvo también una enorme proyección. Así, el monacato femenino (monasterios de Tart, Jully, Huelgas de Burgos...) cobró, bajo su inspiración, un importante impulso. También una clase a caballo entre el laicado y la vida monástica, hasta entonces puramente marginal: los conversos. Y, por último, a San Bernardo se deberá el principal texto inspirador de la Orden Militar del Temple: el *De laude novae militiae*.

4. El encuadramiento religioso de los laicos y los modelos de piedad

La jerarquía eclesiástica, pese a sus grandes limitaciones, era la intermediaria natural entre la divinidad y la sociedad cristiana. Obligada a ser la educadora de la masa de fieles,

presentó a éstos la salvación como «recompensa de una vida de rigor moral, de piedad personal y de práctica de los sacramentos» (J. Paul).

Algunas de las vías que se ofrecían para la salvación eran resultado de una progresiva decantación teológica; otras eran producto en buena medida de la religiosidad popular. El primero de los sacramentos —el bautismo— suponía la entrada en el seno de la sociedad cristiana. Administrado tiempo atrás de forma muy distinta según los lugares, su ritual tendió a unificarse en la plenitud del Medievo. La penitencia —sacramento de reconciliación— y la eucaristía —motivo de arduos debates teológicos hasta entrado el siglo XI— debían marcar periódicamente la práctica sacramental del cristiano. De forma similar, la misa dominical constituía una de las obligaciones básicas, aun cuando el simbolismo de los gestos litúrgicos escapase a la comprensión de la mayoría. Aquí también, el uniformismo romanista —vía Cluny muchas veces— tendió a imponerse sobre todo el Occidente.

Si un sacramento —el del orden sacerdotal— concedía a la clerecía la vía óptima para la perfección, otro sacramento consagraba y regulaba lo que se consideraba estado normal para el laico: el matrimonio. La Iglesia insistió en la unicidad e indisolubilidad, en el libre consentimiento de los contrayentes, en los posibles lazos (consentidos hasta el cuarto grado desde 1215), en el limitado uso del débito conyugal, etc., medidas todas ellas situadas a mitad de camino entre lo moralizante y lo dignificador, y cuyos efectos parecen haber sido muy limitados. Así, en la aristocracia feudal —único nivel que conocemos en detalle—, el matrimonio era visto, ante todo, como la alianza de dos patrimonios, como un compromiso roto muchas veces por variados intereses políticos o económicos.

Si los sacramentos eran las vías por excelencia para la salvación de los fieles, a éstos se les brindaban también otras para su perfeccionamiento religioso. Algunas eran, de hecho, el complemento de las anteriores.

Así, las peregrinaciones tenían tanto de práctica simplemente piadosa como de cumplimiento penitencial. Junto a santuarios con una proyección puramente nacional (Canterbury en Inglaterra, Nidaros en Noruega, Rocamadour en Francia), tres metas peregrinatorias adquirieron importancia auténticamente internacional, lo cual permite hablar de unas «peregrinaciones mayores»: Jerusalén, Roma y Compostela.

En la mayor parte de los casos, las peregrinaciones enlazaban con cultos y veneraciones que finalmente se internacionalizaban. Así, el culto a la cruz acabó siendo el símbolo de las cruzadas; peregrinaciones armadas, después de todo. El culto a María (los santuarios marianos van cobrando una gran fuerza) potenció todo un conjunto de devociones en las que San Bernardo tuvo principal protagonismo. Y, en último término, el culto a los santos corrió parejo al desarrollo de una literatura hagiográfica que gozaba ya de una gran tradición. Las biografías de santos consagraban modelos de vida a imitar, de personajes venerados en principio en ámbitos muy limitados y celebrados más tarde públicamente en el marco del año litúrgico. Los primeros pasos dados por Roma a fines del siglo X con la finalidad de controlar los procesos de canonización alcanzaron su objetivo dos siglos más tarde con la elevación a los altares de Tomás Becket por Alejandro III.

La internacionalización del santoral facilitaba a la Iglesia un arma de primer orden para la pedagogía de las almas. Al predicar las virtudes de mártires, ascetas, evangelizadores o taumaturgos de la más variada procedencia, los pastores de almas disponían de un excelente medio para penetrar en el tejido social. La intercesión de los santos se convirtió en algo familiar, aunque a costa en muchos casos de graves tergiversaciones; entre ellas, la exacerbación del culto a sus reliquias. En su base se situaba, desde luego, el sentido primario y un tanto mágico que el vulgo (incluidos muchos de los miembros del bajo clero) seguía

dando a la práctica religiosa. Pero se situaba también el prurito de los poderosos (laicos o eclesiásticos), para quienes la posesión de una reliquia (real o ficticia) constituía una fuente de prestigio. Así ocurrió, por ejemplo, con los arzobispos de Compostela en relación con los restos de Santiago; Fernando I de Castilla con los de San Isidoro o, más tardíamente, San Luis de Francia con la posesión de la Corona de Espinas.

5. La unidad religiosa del Occidente, en cuestión: las herejías y su proyección social hasta principios del siglo XIII

Desde fecha temprana, y al compás de la progresiva definición del dogma, la Iglesia conoció la aparición de distintas opciones doctrinales. Genéricamente se las designó como herejías, del griego *haeresis*, que tenía el sentido de «filosofía» libremente elegida. El Oriente bizantino fue la cuna de las principales herejías, que, salvo en un caso y por razones un tanto peculiares (el arrianismo, traído por los pueblos germánicos), tuvieron muy escasa repercusión en Occidente. Las herejías típicamente occidentales del Alto Medievo (pelagianismo, donatismo o adopcionismo) fueron erradicadas por la jerarquía romana a un coste no excesivo y no dejaron —al revés que las de Oriente— graves secuelas.

Ello explica, sin duda, la alarma de los mentores de la Iglesia de Occidente a mediados del siglo XII, al darse cuenta del crecimiento de ciertos errores doctrinales frente a los cuales no tenían a veces más armas que el exabrupto. San Bernardo, campeón de la más rigurosa ortodoxia, llamó a los herejes de su época «las vulpejas que depredan la viña del Señor». Su propaganda y la de sus discípulos presentaron, en efecto, un panorama nada halagüeño de la situación religiosa del Occidente.

¿Cuáles fueron y qué sentido tuvieron las herejías de esos años?

Aunque siempre resulte difícil trazar un panorama lo bastante coherente de un fenómeno tan complejo, habría que distinguir, en principio, las que fueron herejías puramente académicas, que no salieron de un reducido círculo intelectual, de las que alcanzaron el carácter de gran movimiento de masas, o que tuvieron vocación de tales. No tienen, en efecto, el mismo significado la polémica eucarística de Berengario de Tours, el filopanteísmo de Amaury de Bene, el predestinacionismo de Hugo Speroni o los posicionamientos de Pedro Abelardo —de escasa proyección todos—, que las herejías que llegaron a cuestionar el orden mismo de la sociedad cristiana. Un orden, no olvidemos, en el que la jerarquía eclesiástica ocupaba un lugar fundamental. Estas herejías fueron, lógicamente, las que mayores quebraderos de cabeza causaron al estamento eclesiástico en general y a la cúpula romana en particular. Y, por consiguiente, forzaron a poner en juego instrumentos de represión hasta entonces casi inéditos.

Aunque todos los movimientos puedan tener algunos elementos comunes —contestación frente a la jerarquía eclesiástica, ciertas dosis de antisacramentalismo...—, cabe distinguir entre ellos:

a) Movimientos reformistas *stricto sensu*:

El medio urbano —al igual que en los casos de otras herejías— fue para ellos un excelente caldo de cultivo. Así, Milán fue, a mediados del siglo XI, escenario de un movimiento popular que abogaba por una reforma radical frente a la simonía y la corrupción eclesiástica en general: la *pataria*. Bien vista por los papas en un principio, la anarquía en la que degeneró finalmente la convirtió en objeto de anatema.

Un siglo más tarde, otra ciudad, Roma, conoció un movimiento de reforma radical similar: el de Arnaldo de Brescia. Fogoso predicador, este personaje tendió a una síntesis entre las viejas tradiciones republicanas de Roma y un reformismo religioso que se acercaba a los viejos ideales evangélicos. Ejecutado Arnaldo en 1155, su doctrina perduró como una especie de mito para la reforma popular.

b) Corrientes populares marcadas por un vago milenarismo:

Norman Cohn ha hablado de «anarquismo místico» para definir el principal ingrediente de algunos movimientos —anatematizados como heréticos— que tuvieron un cierto predicamento entre los grupos sociales más desheredados.

Un componente profético, mesiánico o milenarista nutría, en efecto, las cruzadas populares que se desarrollaron a la par de las caballerescas. Los ataques a la jerarquía eclesiástica se mezclaban con la defensa de un vago igualitarismo en predicadores populares como Tanchelmo o Eon de Estrella. Fue, sin embargo, la obra de un iluminado cisterciense de fines del siglo XII la que tuvo una proyección mayor: la *Introductio in Apocalipsim* de Joaquín de Fiore. Especulando con el discurrir de la Historia, este autor preveía la llegada de una Edad del Espíritu, una vez superadas las edades del Padre y el Hijo. Los sectores más radicalizados interpretaron el mensaje joaquinista en el sentido de una inminente destrucción de la Iglesia jerárquica.

c) Movimientos de pobreza voluntaria:

La jerarquía eclesiástica no condenó por principio la pobreza voluntaria. Los monjes, en efecto, eran los *pauperes Christi* por antonomasia y los eremitas exaltaron la idea hasta el paroxismo.

La situación cambió hacia 1173, cuando Pedro Valdo, rico comerciante de Lyon, se embarcó en una aventura en la que se conjugaban la pobreza voluntaria y la predicación popular. Como tantos otros movimientos, el valdismo fue visto con simpatía por el papado, que trató de canalizarlo —Alejandro III— por los cauces de la ortodoxia y la obediencia a Roma. Sin embargo, bien por enfrentamientos con la jerarquía a causa de la predicación, bien por infiltraciones heterodoxas, acabó radicalizándose y escindiéndose. Condenada en 1184, la facción heterodoxa logró un cierto arraigo en el norte de Italia y el Mediodía de Francia.

d) El catarismo:

El norte de Italia y el Mediodía de Francia fueron también los principales campos de actuación de la herejía con mayor arraigo popular en la plenitud del Medievo. Los textos de la época utilizan diversos términos para definir a sus seguidores: entre ellos, los de maniqueos, albigenes (de la ciudad de Albi, uno de sus reductos), cátaros o, simplemente, herejes.

El catarismo llegó a ser, en efecto, la herejía por antonomasia. Su componente doctrinal más importante deriva del dualismo: mundo concebido como enfrentamiento entre dos principios igualmente poderosos, el del Bien y el del Mal. No se trataba de una novedad absoluta, ya que el dualismo, desde los orígenes mismos de la Iglesia, había experimentado reverdecereos periódicos. La novedad estaba en la gran expansión de la herejía, especialmente en el área de Albi, Toulouse, Carcasona, Narbona... Se trataba de una región con una cultura propia, el Languedoc, en la que los grandes señores manifestaron una amplia tolerancia hacia cualquier innovación religiosa. Castillos y ciudades del Mediodía se convirtieron en importantes focos difusores de una moral y un ritual en dura competencia con la

ortodoxia. Frente al clero católico, surgieron los «perfectos» o «*boni homines*», minoría dirigente del catarismo que encuadraba a la masa de fieles o «creyentes». La imposición de manos por los primeros —el «*consolamentum*»— llegó a constituir una especie de sustitutivo de toda la práctica sacramental al uso.

En 1167, el concilio cátar de San Félix de Caraman procedió a dividir el Mediodía de Francia en una serie de circunscripciones. Era más de lo que Roma podía tolerar. El catarismo era ya mucho más que una reforma: era una iglesia paralela, arraigada especialmente en el Languedoc y con importantes ramificaciones en otras zonas.

6. La lucha contra la herejía: de la polémica a la represión

La alarma ante la expansión de la herejía, expresada por San Bernardo en los últimos años de su vida, cundió inmediatamente. Polemistas y teólogos católicos afilaron sus armas. En 1163, el benedictino Ekberto, abad de Schönau, pronunció un conjunto de célebres sermones contra los cátaros. Poco después, Alano de Lille arremetió contra cátaros y valdenses en su *De fide catholica contra haereticos*.

Los coloquios mantenidos entre católicos y heréticos, desde el de Lombers, en 1165, pusieron en evidencia lo difícil que sería que los segundos se convencieran de sus errores. Roma, por tanto, fue planificando una operación de reconquista espiritual en el Languedoc, en la que se fundían la condena canónica de la herejía (III Concilio de Letrán), la sustitución de obispos considerados demasiado tibios ante la herejía, la presión sobre los señores temporales para que abandonasen su postura tolerante, y la pura y simple predicación entre las masas de disidentes. Con la elevación al solio pontificio de Inocencio III (1198) estas medidas se intensificaron.

A la postre, se revelaron insuficientes. El asesinato del legado pontificio Pedro de Castelnau en 1208 produjo un salto cualitativo en la lucha contra la herejía: Roma se decidió a emplear el expediente de la cruzada en la más dura de sus expresiones.

El cronista Pedro des Vaux-de-Cernay, un furibundo católico, legó a la posteridad un vivo relato de lo que fue aquella operación. Un ejército auténticamente internacional, mandado por un fanático caballero del norte de Francia, Simón de Montfort, cayó sobre el Languedoc. Sus víctimas fueron los herejes pero también los católicos del Mediodía, incluidos los grandes feudatarios de Tolosa, Foix o Carcasona. La guerra religiosa derivó pronto en simple guerra de rapiña. El rey de Aragón, pariente de los condes de Tolosa, se vio forzado a intervenir para frenar los desmanes. En 1213 fue derrotado y muerto en Muret por los cruzados de Simón de Montfort. El destino religioso y político del Languedoc se selló en esta fecha.

Ulteriores reacciones de los señores del sur de Francia valieron de poco. A la utilización de los caballeros cruzados por Roma, sucedió la utilización de una fuerza aún superior: la de los reyes de Francia. La derrota militar de la herejía se completaba así, a lo largo del siglo XIII, con la pérdida de la autonomía política de la que el Languedoc había gozado hasta entonces. París vencía a Toulouse.

A la derrota militar debía suceder la erradicación social de la herejía. Roma puso en juego una cobertura jurídica y un aparato procesal, fundamentales para el nacimiento de la Inquisición.

En parte, se tomaron viejos precedentes ideológicos, tanto del Bajo Imperio romano cristiano como de la patrística. Tradicionalmente, el error era condenado por los concilios

y el hereje pasaba a ser un excluido al que se imponían, como al apóstata, severas penas canónicas. Se consideró como normal, además, que a estas penas se fueran añadiendo sanciones civiles. Desde mediados del siglo XII, dada la expansión de las herejías, Roma utilizó una mayor energía y recabó con mayor énfasis la colaboración de los príncipes para la erradicación del error. En 1184, el papa Lucio III por la decretal *Ad Abolendam* anatematizó a todos los herejes y exigió a todas las autoridades, civiles y eclesiásticas, que procedieran con el mayor rigor. Algo más tarde, Inocencio III insistió en esos extremos en su bula *Vergentis in senium*.

Se daban, así, los pasos decisivos para la consideración del hereje como un fuera de la ley en el más amplio sentido de la expresión. La herejía se convertía en objeto de investigación —inquisición— permanente por parte de los obispos, obligados a desenmascarar, juzgar y, en su caso, condenar a los adeptos. En 1232, los miembros de una nueva orden —los predicadores— se incorporaron al aparato judicial antiherético. La Inquisición dio, así, el salto definitivo para convertirse en la más característica de las instituciones eclesiásticas al servicio de la ortodoxia romana.

Bibliografía

- Cohn, N.: *En pos del milenio. Revolucionarios, milenaristas y anarquistas místicos en la Edad Media*, Seix Barral, Barcelona, 1972.
- Duvernoy, J.: *La religion des cathares. Le Catharisme*, Privat, Toulouse, 1986.
- Hamilton, B.: *The Medieval Inquisition*, Edward Arnold, Londres, 1981.
- Labal, P.: *Los cátaros. Herejía y crisis social*, Crítica, Barcelona, 1984.
- Lacarra, J. M.; Uría, J. y Vázquez de Parga, L.: *Las peregrinaciones a Santiago de Compostela*, 3 vols., C.S.I.C., Madrid, 1984.
- Le Goff: *El nacimiento del Purgatorio*, Taurus, Madrid, 1983.
- Lekai, L. J.: *Los cistercienses*, Herder, Barcelona, 1987.
- Little, L. K.: *Pobreza voluntaria y economía de beneficio en la Europa medieval*, Taurus, Madrid, 1980.
- Pacaut, M.: *L'ordre de Cluny*, Fayard, París, 1986.
- Paul, J.: *La Iglesia y la cultura en Occidente (siglos IX-XII)*, 2 vols., Labor, col. Nueva Clío, Barcelona, 1988.
- Sigal, P. A.: *Les marcheurs de Dieu. Pelerinages et pelerins du Moyen Âge*, A. Colin, París, 1974.
- West, D. C. y Zindars Swartz, S.: *Joaquín de Fiore, una visión espiritual de la Historia*, F.C.E., México, 1986.

TEMA 24

LOS CAMBIOS CULTURALES Y EL RENACIMIENTO DEL SIGLO XII

por EMILIO MITRE

La muerte de Gerberto de Aurillac (1003) marca simbólicamente el agotamiento de la restauración otoniana. Resulta difícil hablar de una línea de pensamiento que dé cohesión a la cultura europea a lo largo del siglo XI. No faltan, sin embargo, figuras de cierta talla. Fulberto de Chartres, discípulo de Silvestre II, es una de ellas. Y lo es también su seguidor Berengario de Tours, quien, de manera un tanto inmoderada, se valió de la dialéctica para exponer las verdades de la fe. Más ponderado en la utilización de esta herramienta fue el lombardo Lanfranco, abad del monasterio normando de Bec y estrecho colaborador de Guillermo el Conquistador en la reorganización de la Iglesia inglesa después de 1066.

El piamontés Anselmo, considerado comúnmente como padre de la escolástica, fue amigo y colaborador de Lanfranco.

1. San Anselmo y la meditación sobre la racionalidad de la fe

Abad de Bec en 1078 y primado de la Iglesia inglesa desde 1093, San Anselmo expresó su convicción agustiniana acerca de la complementariedad de fe y razón como fuentes de conocimiento. En su *Proslogium* lo expuso así: «No busco comprender para creer, sino que creo para poder comprender.» Frente a los dialécticos extremos, San Anselmo rehusó subordinar la Escritura a la razón, aunque reconoció que, una vez asentado en su fe, al cristiano le es lícito intentar comprender aquello que cree.

Su mayor fama se debió a su demostración ontológica de la existencia de Dios y a su escrito *Cur Deus homo?* (¿Por qué se hizo Dios hombre?). En relación con el primer punto, San Anselmo piensa que la existencia de Dios dimana de su mismo concepto. Incluso el ateo (el insensato) ha de entender forzosamente que un ser perfecto (Dios, en este caso), para serlo, ha de existir no sólo en la mente del hombre sino también en la realidad.

En *Cur Deus homo?* San Anselmo plantea el tema de la encarnación y de la redención utilizando la forma del diálogo. El pecado del hombre implica la ruptura de la fe debida al señor. El Hijo de Dios restablece —siguiendo unas pautas calificables de feudales—

el honor mancillado del Señor de los Cielos a través de la Encarnación y de la Pasión. De esta forma, logra recomponer la amistad rota entre Dios y el hombre.

A la muerte de San Anselmo, en 1109, el Occidente empezó a conocer una profunda renovación del pensamiento.

2. El Renacimiento del siglo XII y la aparición del intelectual

En los años veinte de nuestro siglo, Charles H. Haskins popularizó la expresión «Renacimiento del siglo XII». A partir de ese momento y hasta el presente, diversos especialistas en historia del pensamiento medieval han abundado en este extremo: Paret, Brunet y Tremblay, Gandillac y Jaunneau, Benson y Constable, etc... Si sigue habiendo discrepancias a la hora de definir como «renacimiento» la época de Carlomagno, prácticamente hay unanimidad cuando se trata de aplicar este concepto a la duodécima centuria. Paul Vignaux ha sostenido que en estos años las huellas de la Antigüedad reviven en el Occidente europeo, aun en los medios culturalmente más tradicionales, como podía serlo el Císter. F. Heer ha hablado del siglo XII como de una época en la que Europa se caracterizó por una amplia apertura, tanto hacia fuera como hacia dentro. Hacia fuera, por mantenerse vivas aún las esperanzas de reunificación con Bizancio, por existir una fluidez de relaciones con el medio ruso y por darse una apertura a los aportes culturales islámicos. Y hacia dentro, por cuanto el Occidente mantenía un claro —aunque anárquico— dinamismo cultural, porque sus formas de piedad seguían siendo bastante abiertas y, en último término, porque su estructura eclesiástica era aún muy flexible. A la Europa abierta del siglo XII, concluye el propio Heer, sucedió la Europa cerrada, rígida, de la siguiente centuria.

El Renacimiento del siglo XII fue inseparable de la aparición de una figura nueva en el Occidente europeo: el intelectual en el sentido moderno de la expresión. Un tipo cuyo análisis ha sido, en los últimos tiempos, objeto de algunos importantes estudios.

Con el vocablo «intelectual», el hombre del Medievo designó una cualidad (opuesta a material o a sensible), más que una categoría de personas designadas con otras palabras: *magistri*, *professor*, *virii scientifici*, *litterati*, etc...

Lo que de forma niveladora —y por razones, en parte, de pura operatividad— llamamos hoy intelectual medieval es, como agudamente ha estudiado J. Le Goff, un producto de la expansión urbana del siglo XII y de la consiguiente división del trabajo. En la misma medida en que el comerciante vende cosas temporales, el intelectual vende palabras. Aunque como fieles servidores de la Iglesia y del Estado los intelectuales del Medievo sean mayoritariamente «orgánicos», no por ello son enmarcables dentro de la categoría tradicional de los *oratores* (los monjes sobre todo), para quienes el trabajo del espíritu no era un fin en sí mismo, sino que «estaba ordenado como el resto de su vida y se volvía a Dios en virtud de su regla» (J. Le Goff).

El intelectual que se abre paso en el siglo XII, al calor de esa apertura general del Occidente, va más allá: su oficio consiste en pensar, escribir y enseñar su pensamiento. Sus materiales de trabajo son los antiguos y su técnica principal la imitación de esos antiguos, pero para ir más lejos. Así, Bernardo de Chartres decía que «somos enanos subidos sobre hombros de gigantes», y Honorio de Autun sostenía que el medio para salir de la ignorancia —verdadero exilio del hombre— eran las siete artes liberales, a las que habría que añadir la física, la mecánica, la economía y la política.

Como intelectuales medievales, cabe considerar tipos demasiado heterogéneos: desde los divulgadores y compiladores que difunden los resultados de la investigación, al estilo de Pedro Lombardo, Pedro Comestor u Honorio de Autun, hasta los hipercríticos goliardos opuestos a todo lo que represente el viejo orden feudal. Y, sobre todo, a una pléyade de fuertes personalidades. San Anselmo, ha sostenido M. Fumagalli, está ya dotado de algunos rasgos del intelectual, pero su investigación se encuentra aún demasiado apegada a la plegaria y al mundo del claustro. El definitivo despegue se produce, indudablemente, con la figura de Pedro Abelardo.

3. Pedro Abelardo, el Descartes del siglo XII

Nacido en el seno de una familia de la pequeña nobleza bretona, en Pallet, en 1079, Pedro Abelardo renunció al oficio de las armas, al que parecía predestinado. Su vocación le condujo a otras batallas, que, en palabras de Paul Vignaux, le convirtieron en una especie de «caballero de la dialéctica» y en promotor de apasionadas discusiones. Él abrió el camino de los comportamientos más o menos críticos dentro de la enseñanza superior. Camino que, hasta finales del siglo XIV, fue jalonado por figuras de la talla de Santo Tomás de Aquino, Siger de Brabante o Juan Wyclif.

La vida de Pedro Abelardo está marcada las más de las veces por dramáticas peripecias: el enfrentamiento con Anselmo de Laón, los turbulentos amores con Eloísa y las diversas persecuciones que culminaron en su condena en el sínodo de Sens de 1140, a instancias de San Bernardo. Su *Historia calamitatum* y su correspondencia con Eloísa tienen un extraordinario valor para reconstruir la vida del personaje, tan apasionante como la propia producción intelectual de quien fue calificado por Victor Cousin de «Descartes del siglo XII».

Con su *Sic et Non*, Pedro Abelardo demostró la necesidad de recurrir al razonamiento y se convirtió en campeón del uso de la dialéctica y verdadero «creador del método escolástico» o, al menos, en uno de sus mejores artesanos. Pese a sus múltiples audacias, Pedro Abelardo confesó que no deseaba «ser filósofo si con ello había que renegar de San Pablo, ni convertirse en Aristóteles si ello le separaba de Cristo». Precaución que, sin embargo, no le evitó ser blanco de los espíritus más tradicionalistas del momento.

Con todo, a su muerte (1142), París —y, en particular, la orilla izquierda del Sena—, ámbito habitual de sus enseñanzas y debates, se convirtió en el principal centro del pensamiento europeo. La capital de los monarcas Capeto, según observa Chretien de Troyes, se podía vanagloriar de ser una nueva Atenas a la que se había desplazado la rectoría cultural ostentada tiempo atrás por griegos y romanos.

4. La querella de los universales

Interesado por todos los problemas intelectuales de su época, Pedro Abelardo, lógicamente, no permaneció al margen del gran debate del momento: la querella de los universales, que enfrentó a realistas y nominalistas.

Maestros precisamente de Abelardo fueron los campeones del realismo, Guillermo de Champeaux, y del nominalismo, Roscelino de Compiègne. Para el primero, los universales eran sustancias comunes a muchos individuos: los nombres comunes de géneros o espe-

cies recubrían realidades o esencias. Así, la «humanidad» es una sustancia común presente en todos los hombres individuales. Las diferencias entre cada uno de los individuos son sólo accidentales.

Para los nominalistas, por el contrario, los universales no eran más que «nomina», «flatus vocis», meras pronunciaciones vocales, no significaban absolutamente nada. Sólo eran reales las cosas concretas e individuales. Para llegar a la verdad, sostenía Roscelino, hay que partir de lo individual, ya que lo universal sólo existe cuando las cosas individuales han sido analizadas y se las ha encontrado semejantes. Aplicado este método de trabajo al estudio de la Trinidad, se podía llegar a una situación ciertamente conflictiva: la de negar la real naturaleza divina común de las Tres Personas. La divinidad quedaba, así, reducida a un mero nombre sin mayor trascendencia...

Pedro Abelardo acabó por terciar en la polémica. Rebatía frontalmente los argumentos de Guillermo de Champeaux, pero sin aceptar incondicionalmente los de Roscelino de Compiègne. Los universales, decía, no son únicamente simples palabras, sino que tienen su propio significado, asignado no sólo por la gramática, sino también por la lógica. La tarea de la lógica se centraría, así, en adecuar el lenguaje a la realidad por él manifestada.

La solución ofrecida por Pedro Abelardo no zanjó el problema. La querella que enfrentó a nominalistas y realistas volvería a retoñar periódicamente. En el siglo XIV lo hizo con la pugna entre «antiguos» y «modernos».

5. La reconquista de Aristóteles a través de los pensadores árabes y judíos

Aristóteles nunca fue un total desconocido en el Occidente medieval, aunque sólo se pudiera acceder a un reducido número de sus escritos. Desde Boecio se conocían sus *Categorías* y *De interpretatione*. Con el Renacimiento del siglo XII recibió un nuevo impulso: Pedro Abelardo desempeñó un importante papel en relación con el estudio de la lógica del Estagirita. La llamada escuela de Chartres desempeñó también un papel no desdeñable en este campo. El redescubrimiento de la física y la metafísica aristotélicas representó la culminación de una revolución del pensamiento europeo. Una revolución en la que los traductores y comentadores árabes y judíos habrían de ser piezas fundamentales.

Las zonas de contacto entre las civilizaciones occidental e islámica a lo largo del siglo XII facilitaron el intercambio de ideas. El frente oriental (Tierra Santa) fue secundario, ya que en él se cruzaron más ataques que ideas. La Península Ibérica y el Mediodía de Italia fueron, por el contrario, campos abonados para la transmisión de corrientes renovadoras de pensamiento.

En la España musulmana surgieron en la segunda mitad del siglo XII dos figuras claves de este proceso: el judío Moisés ben Maimón y el musulmán Ibn Rosch. En el Occidente cristiano, el primero fue conocido como Maimónides y «rabí Moisés». El segundo, como Averroes y «el comentarista» (de Aristóteles).

Nacido en el seno de una familia cordobesa, Maimónides, como otros muchos judíos hispánicos, fue víctima de las persecuciones de los almohades. Tras un largo periplo por el norte de África, acabó sus días en el Oriente Próximo, donde, protegido por Saladino, ejerció la medicina. En este campo redactó algunos importantes trabajos en los que sintetizaba las ideas clásicas de Hipócrates, Galeno y Avicena. Sin embargo, fue su *Guía de descarriados* lo que dio fama universal a Maimónides. Calificado por Jeunneau como «suma de la teología escolástica judía, de inspiración neoplatónica y aristotélica a la vez», fue tra-

ducido al latín con el título de *Dux neutrorum sive dubiorum*. En esa versión lo utilizó Santo Tomás.

Para Maimónides, el *descarriado* (o, mejor, el *perplejo*) es aquel que, obtenido cierto nivel de conocimientos, se plantea el problema de la contradicción entre su fe y su razón. El conflicto es más aparente que real y procede, ante todo, de las interpretaciones erróneas que el hombre hace de las Escrituras o de las obras de los filósofos. Procede también de un error de método: la instrucción no se debe iniciar por la metafísica, sino por la fe. La propia razón, afirma Maimónides, nos dice que la adhesión a la palabra de Dios es preferible a su rechazo.

Cordobés como Maimónides, y también incansable luchador contra los radicalismos de todo signo, fue Averroes (1126-1198). De su principal mentor ideológico, Aristóteles, dijo que «es el grado más alto de la superioridad humana, al cual ningún hombre en ningún siglo ha podido llegar».

Averroes hubo de defender la filosofía del Estagirita tanto frente a agresivos teólogos que, como Algacel, veían en la filosofía la enemiga de la religión, como contra filósofos —al estilo de Avicena— que habían mezclado el pensamiento aristotélico con ciertas doctrinas religiosas que lo hacían casi irreconocible. Averroes pugnó por restaurarlo en su pureza original. Algo que, a la postre, injustamente, le daría fama de impío en el Occidente.

La obra fundamental de Averroes lleva el significativo título de *La incoherencia de la incoherencia* y se propone refutar los puntos de vista sostenidos por Algazel en su tratado *La incoherencia de los filósofos*. Para Averroes, la filosofía es la forma más elevada de la verdad, pero no es incompatible con la religión. Ésta puede ser considerada como una especie de necesidad social para la educación de las masas, movidas más por la fe que por la razón. Esta última es la que permite a los filósofos —un reducido número de hombres— acceder a la verdad en toda su pureza.

Esta doctrina llevó a la equívoca suposición que Averroes defendía la existencia de una verdad dúplice: una era válida para la filosofía y otra para la religión, ambas en contradicción. Otras tesis defendidas por el filósofo cordobés, como la muy aristotélica de la eternidad del mundo, despertaron amplios recelos tanto en el mundo islámico como en el cristiano. Una visión cristiana un tanto apologética presenta a Santo Tomás de Aquino como el hombre que frenó la perniciosa influencia del filósofo cordobés. Una verdad a medias, ya que si bien el Doctor Angélico refutó muchos de los errores de Averroes, utilizó también su obra como generosa fuente de información.

6. Las escuelas de traductores del Occidente

La Italia insular (Palermo, fundamentalmente) y España (Barcelona, Zaragoza, Tudela y, sobre todo, Toledo) se convirtieron en metas de traductores europeos convertidos en importantes agentes del renacimiento cultural del Occidente.

Toledo, conquistada por los cristianos en 1085, fue, por la coexistencia de gentes de las tres religiones, el lugar óptimo para que se potenciara lo que de forma impropia se ha llamado «escuela de traductores». El obispo Raimundo (1125-1152) fue su primer impulsor. En 1142, Pedro el Venerable, abad de Cluny, emprendió viaje a la ciudad del Tajo con intención de tomar contacto directo con la doctrina islámica, a fin de rebatirla mejor. El testimonio de este personaje es de incalculable valor para conocer el método de trabajo

seguido por los traductores toledanos: un judío experto en árabe vierte los textos originales a la lengua romance; después, un clérigo se encarga de pasarlo al latín culto.

Los traductores cristianos fueron mas allá de las meras conveniencias apologéticas defendidas por Pedro el Venerable, y manifestaron un marcado interés por los tratados científicos griegos y árabes. A través de ellos, el Occidente cristiano recibió el pensamiento aristotélico y el de los filósofos árabes y hebreos.

En el segundo tercio del siglo XII se inició la gran eclosión. Johannes Hispalensis (Juan de Sevilla), un mozárabe muerto en 1157, realizó una labor plasmada en más de 37 versiones de obras, entre ellas las *Tablas Toledanas* de Azarquiel. Unos años más tarde, Domingo Gundisalvo y Juan Hispano (quizás un converso judío llamado Ibn Dawud) tradujeron, trabajando conjuntamente, a los grandes filósofos arábigo-orientales y a algunos andalusíes: obras de Al-Farabi, Algazel, la *Metafísica* y el *De anima* de Avicena, el *Fons vitae* de Avicbrón, etc...

Los eruditos europeos pronto se incorporaron a la tarea: a España acudieron Herman el Dálmata, traductor del *Planisferio* de Tolomeo (1143), Roberto de Chester, que hizo lo propio con el *Álgebra* de Al-Juwarizmi (1145), o Gerardo de Cremona, infatigable traductor de diversos tratados aristotélicos y pseudoaristotélicos, de parte del *Corpus* de Galeno y del *Almagesto* de Tolomeo (1175).

Cruzada la barrera del 1200, Miguel Escoto tradujo el *De anima* y el *De coelo et Mundo* de Aristóteles. Por los mismos años se virtió también la *Ética a Nicómaco*. En fecha más avanzada (hacia 1260), Guillermo de Moerbeke acometió la más completa traducción de la *Metafísica* del Estagirita...

Las traducciones del siglo XII y primera mitad del XIII tuvieron aún una continuación en los años siguientes, bajo el mecenazgo de Alfonso X. Para entonces, sin embargo, la corriente de eruditos europeos hacia la península había tocado prácticamente a su fin. Las traducciones de época alfonsí (*Libro de la acafeha*, el *Lapidario*, las *Tablas*...) son resultado de la labor de hispanos de diferentes religiones.

7. La teología y la renovación de los métodos teológicos

Pedro Abelardo fue el primer divulgador del término «teología», que designaba todo aquello que, más comunmente, se denominaba «doctrina sagrada». En la Antigüedad, la teología era, ante todo, una forma de glorificar, más que de explicar, a Dios. Aquellos autores que, como Orígenes, se habían valido de algunas nociones de la filosofía helénica, pretendían con ello refutar los errores de aquellos que confiaban en su propia capacidad para aclarar los misterios divinos. La única teología que se aceptaba era la que tenía una dimensión puramente mística. En los medios monásticos, la «doctrina sagrada» se tomaba, ante todo, como una herramienta para la meditación sobre los misterios de la fe. La filosofía —hacia la cual las actitudes más ortodoxas mantuvieron serias reservas— era concebida esencialmente como *ancilla theologiae*.

La aparición de la figura del intelectual provocó una auténtica revolución en las relaciones entre filosofía y teología. Anselmo de Laón (muerto en 1117) fue perfilando un método de trabajo que cristalizó en unas *Sentencias* que habrían de gozar de gran predicamento. Hugo de San Víctor, con su *De Sacramentis*, dio un nuevo paso hacia la elaboración de un sistema teológico coherente. Pedro Abelardo avanzó también considerablemente en el camino de la completa racionalización de la teología. Guillermo de Saint-Thierry abogó por

una utilización sistemática de la crítica racional para articular en su sistema ordenado las verdades de la fe. Fue, sin embargo, Pedro Lombardo (muerto en 1160) quien, con sus *Sentencias*, sentó las bases de las más importantes especulaciones teológicas posteriores.

Las resistencias al cambio no fueron pocas. Resistencias derivadas de las amplias prevenciones ante la recuperación del pensamiento de los antiguos. Así, para el siglo XI se ha hablado de una fuerte corriente antiintelectual, potenciada por las ásperas actitudes de algunos reformadores eclesiásticos como Pedro Damiano. Y en el siglo XII, Bernardo de Clara-val —la figura más poderosa de la época— expresó su apasionada repulsa a la racionalización de la ciencia sagrada. San Bernardo no fue filósofo ni teólogo. Su vocación íntima se encarna en la predicación del retorno al ideal evangélico.

Sin embargo, la batalla de la renovación, aunque dura, se ganó. No hay que olvidar que el propio Guillermo de Saint-Thierry fue colaborador de San Bernardo, y que el Císter dio a la Europa del siglo XII figuras intelectuales de la talla de Aelfred de Rievaulx o el visionario Joaquín de Fiore, el segundo gran filósofo de la historia de época medieval. Y no hay que olvidar, por otra parte, que las *Sentencias* de Pedro Lombardo llegaron a ser lectura obligada para los futuros estudiantes de teología de las universidades europeas.

8. De las escuelas monásticas a las urbanas: Chartres y San Víctor

La Montaña de Santa Genoveva, en París, fue uno de los principales escenarios de la enseñanza de Pedro Abelardo. Muy cerca de allí, la congregación de canónigos de San Víctor creó una de las primeras «escuelas» urbanas que tomaron el relevo a las viejas escuelas monásticas. El ideal de San Víctor, fundada por Guillermo de Champeaux, es, en frase de Jeaneau, «una sabiduría cristiana receptora de todas las riquezas de la cultura profana y deliberadamente abierta a los problemas de la vida espiritual».

La gran figura de la escuela fue Hugo de San Víctor (muerto en 1140), autor del *Didascalion* (*Eruditiones Didascalicae libri septem*), orientado hacia el fortalecimiento y la mejora de lo dado en la naturaleza. Para Hugo, todas las disciplinas son solidarias.

Su discípulo, Ricardo de San Víctor, escribió, entre otras obras, un tratado, *De Trinitate*, utilizando métodos similares a los de San Anselmo en su *Cur Deus homo?*

Sin embargo, el gran centro científico del siglo XII fue la escuela de Chartres. El canonista Ivo de Chartres (obispo de la ciudad entre 1090 y 1115) fue su primer impulsor. Los años centrales de la centuria fueron los más florecientes.

Gilberto de la Porrée (canciller entre 1126 y 1140), con sus comentarios a los *Salmos*, a las *Epístolas* paulinas y a Boecio, es un teólogo y un metafísico cuyo pensamiento no resulta fácil de seguir. Su sucesor en la cancellería, Thierry de Chartres, fue la figura más singular de la escuela. Entre otras obras, se conserva de él un *Heptateucon*, en el cual, escudriñando en las ciencias de la naturaleza, llegó a crear una verdadera cosmología. Thierry presentó una cuádruple división de las causas del universo: causa eficiente, causa formal, causa final y causa material.

Coetáneo de Thierry fue Guillermo de Conches, muy interesado por todo aquello que perteneciera al campo de las ciencias de la naturaleza. Su discípulo Juan de Salisbury (1115-1180) cierra el ciclo de las grandes figuras chartreses. Buen conocedor de Virgilio, Cicerón, Séneca, Ovidio, etc., su *Policraticus* se convirtió en obra clave de la ciencia política del Medievo.

Pese a las marcadas diferencias entre los distintos maestros chartrenses y a ciertas explicaciones un tanto ingenuas, cabe hablar de un espíritu común: una valoración racional de la creación. Chartres creó una especie de humanismo: el hombre, como centro de la creación, es algo más que un mero accidente. Chartres contribuyó a dar nueva vida a la figura del hombre como microcosmos, especie de universo en miniatura en el que se reproducen los cuatro elementos desparrramados en la construcción del universo. El progreso de la medicina y de la higiene contribuyó poderosamente a estas nuevas valoraciones. Abelardo de Bath, uno de los grandes viajeros y traductores de la época, se extendió ampliamente sobre la anatomía y la fisiología humanas en una enciclopedia científica redactada por él.

Con todo, en el siglo XII, el espíritu de los intelectuales, tanto los aislados como los teóricamente agrupados en escuelas, resultaba todavía, en opinión de Le Goff, demasiado «artesanal». Tenían que organizarse aún —al igual que otras profesiones— en un gran movimiento corporativo. Éste llegaría en el siglo XIII, con la proliferación de las universidades por todo el Occidente europeo.

Bibliografía

- Benson, R. L. y Constable, G. (eds.): *Renaissance and Renewal in the XIIth Century*, Cambridge (Mass.), 1982.
- Chenu, M. D.: *La théologie au XII siècle*, Vrin, París, 1976.
- Fiche, P.: *Écoles et enseignement dans le Haut Moyen Âge*, Aubier, París, 1979.
- Gilson, E.: *Héloïse et Abelard*, Vrin, París, 1964.
- Le Goff, J.: *Los intelectuales en la Edad Media*, Gedisa, Barcelona, 1986. Excelente ensayo acompañado de un utilísimo apéndice bibliográfico.
- Paul, J.: *La Iglesia y la cultura en Occidente (siglos IX-XII)*, 2 vols., Labor, col. Nueva Clío, Barcelona, 1988.
- Pernoud, R.: *Eloísa y Abelardo*, Espasa Calpe, col. Austral, Madrid, 1973.
- Quadri, G.: *La Philosophie arabe dans l'Europe Medievale*, Payot, París, 1947.
- Sánchez Albornoz, C.: *El Islam de España y el Occidente*, Espasa Calpe, col. Austral, Madrid, 1974.
- Verger, J. y Jolivet, J.: *Bernard-Abelard ou le cloître et l'école*, Fayard, París, 1982.
- Wolff, Ph.: *L'éveil intellectuel de l'Europe*, Seuil, París, 1971. La última parte va dedicada a Pedro Abelardo y su época.

TEMA 25

SOCIEDAD Y ECONOMÍA EN LA EUROPA DEL SIGLO XIII

por ERMELINDO PORTELA

El siglo XIII pasa por ser el de la plenitud, el de la madurez de la Edad Media; desde [la rotación trienal] hasta las [sumas teológicas], desde [el gran comercio] a los grandes reyes, su presentación histórica tiene siempre algo de solemne. Entre dos rápidos turbulentos —la mutación feudal, la crisis del siglo XIV—, parece ésta una época remansada. ¿Lo es en realidad? Atraídos por el torbellino antes que por la quietud, los historiadores se han ocupado más de las transformaciones económicas y sociales de las etapas anterior y posterior que del aparentemente tranquilo siglo XIII. De modo que, en buena medida, sigue en pie la caracterización que proponía Léopold Genicot: un siglo tan exaltado como desconocido. Y que, ciertamente, es necesario conocer. En primer lugar, porque puede hacerse con mayor precisión, puesto que aumenta considerablemente el volumen de las fuentes que permiten hacerlo. Pero también porque el siglo XIII, inexplicable, claro está, sin la transformación anterior, la completa, la extiende, la profundiza. Y, de este modo, es, hacia el futuro, una sólida base de partida; la sociedad del siglo XIII, en la que se anuncia la crisis, ha establecido los cimientos y creado la estructura capaz de resistirla.

1. El número de los hombres: del crecimiento a la detención

No hay dudas para el comienzo; por lo menos durante la primera mitad del siglo, sigue aumentando el número de hombres y mujeres que viven en el Occidente cristiano. La fragmentación de las parcelas campesinas demuestra una acumulación de pobladores en las tierras de ocupación antigua, desde Inglaterra hasta Galicia; de los Países Bajos, Italia o Baviera, siguen saliendo campesinos dispuestos a instalarse en tierras nuevas, aunque la calidad de muchas de las que se ocupan comience a ser muy discutible. Continuaron los desplazamientos más lejanos; los reinos cristianos de la Península Ibérica conocieron entonces su gran estirón territorial, ganando definitivamente a los musulmanes la Meseta Sur, el Levante y el Guadalquivir; en la Europa del este continuó el asentamiento de los germanos. La urbanización progresaba. Fuera de los muros de las ciudades que ya existían se adensaban los arrabales, luego encerrados, a su vez, por recintos amurallados más amplios; dentro y fuera, aumentaba el número de parroquias. Y seguían creándose aún ciudades nue-

vas. Ciertamente que en todo el conjunto urbano, sólo algunos enclaves destacaban como grandes ciudades; se discute la cifra de doscientos mil habitantes para el París de comienzos del siglo XIV; en Italia, sólo Venecia y Milán pueden haberse acercado a esa cifra; en cualquier caso, muy pocas ciudades en Europa —sólo seis, según los cálculos más prudentes— han rebasado las cincuenta mil almas. Pero, por debajo de esa cifra, el número de casos crecía con rapidez: más de treinta, con veinte mil o más; ochenta, con más de diez mil; y, después, un número muy elevado de aglomeraciones medianas y pequeñas que componían una malla urbana que era ya sensiblemente la misma que se puede observar en el siglo XV o en el XVII; ¿no se reconoce aún en bastantes de las zonas donde una menos intensa industrialización no ha borrado todas las huellas? Crecimiento de la población urbana, que era más rápido que el que tenía lugar en las aldeas, puesto que, en muy buena parte, se nutrían de inmigrantes campesinos; pero que demostraba que, en los campos, seguían sobrando los hombres y no las tierras, cuyo precio ascendente daba testimonio de la escasez.

En la segunda mitad del siglo, este movimiento ascendente se detuvo. No fue una detención brusca; ni se produjo en todas partes a la vez. Nada de catástrofes, por el momento; desaceleración, cansancio. Y no, todavía, en las tierras nuevas, sino, sobre todo, en las de ocupación antigua; en todas ellas, aunque en muchos casos —en Provenza, por ejemplo— se constatará un crecimiento débil, cedía el ritmo de la expansión; escaseaba la creación de ciudades, desaparecían de los textos las menciones de roturación y comenzaban a ser frecuentes las que se refieren al abandono de tierras marginales. Señalemos, pues, en primer lugar esta desaceleración, que, en los índices específicamente demográficos, todavía muy imprecisos, pero ya indicativos, se refleja en una disminución de las familias numerosas. Las cifras porcentuales calculadas para Picardía son expresivas: la proporción de familias con dos hijos pasa, entre el segundo y el tercer cuarto del siglo, del 58 al 66 %; la de familias con tres o cuatro hijos, desciende del 37 al 30 %; la de familias con cinco hijos o más, disminuye del 5 al 4 %. La explicación no puede ser unilineal, pero un común denominador a todas las posibles no debe ser descartado: los hijos comenzaban a ser considerados más como una carga que como una ayuda. Los cálculos del número total de habitantes para la Europa medieval son especulaciones teóricas, elaboradas a partir de datos muy fragmentarios; sin embargo, aunque las cifras absolutas no deban considerarse más que como aproximaciones hipotéticas, sí resultan significativas de la evolución de la tendencia demográfica. Las que propone M. K. Bennet reflejan la desaceleración del crecimiento en la segunda mitad del siglo XIII: los índices de crecimiento, en base 100, por períodos de 50 años, pasan de 113,1 en 1200-1250, a 105,8 en 1250-1300.

La desaceleración, el rasgo nuevo de la evolución demográfica en la segunda mitad del siglo XIII. El otro rasgo que debe destacarse, la desigualdad de la distribución de la población, no es una novedad, es una consecuencia creada o reforzada por la evolución anterior. Desde 1250, la superpoblación es una realidad, aunque no es una realidad general. Antes de 1250, los espacios vacíos eran, casi por todas partes, suficientes para soportar nuevos incrementos de población, sin que fuera amenazado el indispensable equilibrio de la agricultura medieval entre espacio cultivado y espacio inculto. En la segunda mitad del siglo, ese equilibrio está amenazado en las áreas más densamente ocupadas. Île de France, Champaña, Normandía, algunas zonas de Inglaterra, Lombardía, el Tirol, presentaban una densidad de población rural que no fue superada hasta el siglo XVIII. Otras áreas, por el contrario, permanecían lejos de eso; no sólo en los territorios de colonización reciente —la estimación de la densidad de Polonia, para la primera mitad del siglo XIV, es solamente de 8,8 habitantes por km²—, sino en lugares próximos a los de más intensa ocupación. Estos

contrastes, estos desequilibrios, testimonio todavía de la compartimentación de la economía medieval, se acusan más en los últimos años del siglo XIII y en el umbral del XIV, cuando la expansión demográfica alcanza sus límites. Anuncian el peligro.

2. La actividad económica: del cultivo de los campos al negocio comercial

No nos preguntamos ahora por los orígenes. En el siglo XIII, el proceso expansivo continuó; por lo menos hasta los años de su último cuarto, seguimos teniendo delante más hombres y más productos, es decir, los dos elementos básicos que, actuando el uno sobre el otro y el otro sobre el uno, mantienen la tendencia al crecimiento. Sin embargo, aun en su etapa de expansión, el siglo XIII no fue, desde el punto de vista de la actividad económica, una mera repetición de lo que venía ocurriendo desde hacía ciento cincuenta o doscientos años; ofrece también innovaciones, que son las que queremos subrayar aquí.

—Más productos agrarios. En primer lugar, aumentó la producción de los que se consideraban básicos, los cereales panificables. Es cierto que siguieron obteniéndose cosechas en tierras nuevas; pero el movimiento roturador se desaceleró a lo largo del siglo XIII. El crecimiento de la producción se basó, sobre todo, en la intensificación de los sistemas de cultivo en las mejores tierras. La agricultura del siglo XIII, en efecto, amplió y difundió con carácter general el uso de las «máquinas». Esencialmente dos, el molino hidráulico y el arado de vertedera, ninguna de las cuales es un invento de la Edad Media, puesto que ambas eran conocidas en el mundo clásico; la novedad consiste en la aplicación general de los inventos en el momento en que la desaparición de los últimos vestigios de la servidumbre y la demanda creciente de productos agrarios la hizo necesaria. La liberación de mano de obra derivada de estas aplicaciones, y en el caso del arado, el aumento del volumen de la tierra empleada en la obtención de las cosechas, abrió el camino para una explotación más exigente de los terrazgos. La atención prestada al abonado de los campos, más allá del círculo reducido de los huertos, comprobada en Flandes, el norte de Francia y en ciertas áreas de Inglaterra, avanzó en la misma dirección. El resultado de todo ello fue la adopción —no con carácter general, pero sí de manera muy significativa— de la rotación trienal de los cultivos, que supone la distinción de tres áreas en el terrazgo dedicado a la producción de cereal, concentradas o dispersas, en las que se suceden el barbecho, la siembra de cereales de invierno y la siembra de cereales de primavera; de este modo, sólo un tercio de la tierra disponible permanece improductiva cada año. Junto a ello, las nuevas técnicas y el mejor empleo del trabajo permitieron un aumento significativo de los rendimientos que se situaron, lejos de las bajísimas cifras de la época carolingia, por encima del cinco por uno y, en los suelos de mejores condiciones, alcanzaron valores del once y el doce por uno.

Pero, al margen de esta culminación de tendencias iniciadas en los siglos anteriores, la actividad agraria del siglo XIII resultó claramente condicionada por los estímulos que llegaban de los crecientes, en número y tamaño, centros urbanos. Una influencia muy directa se percibía en el entorno mismo de las ciudades, al menos, de las más importantes. En torno a ellas, el paisaje agrario se transformaba de manera muy sensible; la desaparición casi total de las manchas de bosque, progresivamente alejadas por una demanda de madera exigente, y un terrazgo intensamente explotado, en el que prados, huertos y, donde las condiciones naturales lo permiten, viñedos adquirían carácter dominante en función de las imposiciones del abastecimiento inmediato, resultaban los rasgos fácilmente reconocibles. Pero los estímulos urbanos llegaban más lejos y alcanzaban más profundamente el mundo rural. Siem-

AMEJORA
la producción
de cereales

pre, desde luego, a partir del intercambio y sus instrumentos, los medios de transporte y la moneda. De dos maneras: la una afectaba a la producción misma; a las condiciones de la explotación, la otra. La participación significativa del vino en la dieta alimenticia medieval y su consumo frecuente por la población urbana explica la extensión de los viñedos en el siglo XIII. A lo largo de los ríos que facilitaban su transporte —el Mosela, el Rin— o en las regiones más favorables a su cultivo —el suroeste de Francia—, los viñedos constituyeron una parte sustancial del paisaje agrario y lo transformaron profundamente. La otra modificación productiva estimulada por la ciudad fue la dedicación ganadera. Y, en este caso, lo más importante, aunque también hubo de ello, no fue resultado de la atención al consumo alimenticio, sino, sobre todo, de la necesidad de suministrar la materia prima para la actividad estrella de la artesanía medieval, la industria textil. La demanda creciente de [lana] y las facilidades desde el punto de vista de su transporte hicieron del pastoreo de ovejas una actividad dominante en la Península Ibérica o en Inglaterra. [Los monasterios del Císter, en Inglaterra, Portugal, Castilla o Alemania, son un buen testimonio de la adaptación de la actividad agraria a la demanda urbana; en sus dominios, el viñedo o las ovejas eran con frecuencia los soportes básicos de la economía monástica.]

Nos sirven para introducir el otro capítulo de las transformaciones económicas, el que se refiere a las condiciones de explotación, modificadas, en primer lugar desde el punto de vista de los señores, por la penetración de la moneda en el ámbito rural. La propia extensión de los patrimonios señoriales resultó condicionada por la nueva situación. Para algunos, los grandes señores laicos y algunas instituciones eclesiásticas, fue fuente de desequilibrios; asentados en una forma de hacer tradicional, que los había alejado del control directo de sus propiedades, las necesidades de numerario los condujeron por el camino del endeudamiento. Otros, por el contrario, supieron adaptarse y la buena gestión de sus dominios produjo los excedentes comercializados que, convertidos en moneda, se reinvirtieron, mediante la compra de tierras, en el acrecentamiento patrimonial. Unos y otros encontraron en el ejercicio del poder un instrumento —en forma de tasas, peajes y multas cobradas en dinero— de sostenimiento económico crecientemente valorado en esta época. Al otro lado de la escala social, los campesinos no estuvieron tampoco al margen de los cambios. La necesidad de recurrir al crédito para obtener el numerario indispensable condujo a una parte de ellos a abandonar la condición de propietarios, mediante la entrega de las tierras comprometidas como garantía de los préstamos. Pero los más acomodados, los que pudieron acceder a la posesión de los mejores instrumentos técnicos y dispusieron de un lote de tierras suficientemente extenso, fueron no sólo capaces de resistir, sino también de beneficiarse de las nuevas circunstancias. En el siglo XIII se observan los primeros síntomas de una fractura nueva en el campesinado. Desde antes, seguramente; pero, en el siglo XIII con toda certeza, [economía rural y economía urbana son fenómenos no sólo coexistentes, sino interdependientes.] De la misma manera que la explotación de los campos es transformada por los estímulos de la ciudad, el asentamiento definitivo de ésta no es comprensible sin el soporte de una economía rural capaz de mantener la tendencia al crecimiento. Hechos coexistentes, interdependientes; pero también diferenciados y diferenciables.

No importa que exista una industria rural que, en ocasiones y en relación con la disponibilidad inmediata de materias primas, alcance un nivel de producción superior al necesario para el autoabastecimiento; nadie duda que, en el siglo XIII, la artesanía sea una función económica urbana. Junto a la comercial, la política, la militar, la religiosa. No siempre, o muy pocas veces, todas las funciones coincidían en un mismo núcleo urbano; ni todas las ciudades las ejercían con la misma intensidad. Los tentáculos del emporio comercial ve-

neciano alcanzaban el Mediterráneo oriental y el mar del Norte; los paños tejidos en las ciudades flamencas hacían largos recorridos. Pero las ciudades pequeñas, aquellas cuyos productos comprados o vendidos no recorrieron, en su mayoría, una distancia superior a la que establecía el viaje de ida y vuelta de un hombre a pie en un día, tenían a su favor la superioridad aplastante del número y, gracias a él, los mercaderes y los artesanos llegaron a todas partes; es a ellas y no sólo a las grandes ciudades a quienes se debe el enraizamiento profundo del hecho urbano en la sociedad medieval.

Eso no quiere decir que no destaquen y, por ello, que no deban ser destacadas determinadas áreas regionales, en las que la actividad económica urbana alcanzó sus formas más acabadas. Se las señala habitualmente como los polos de la economía medieval y no son el fruto de la casualidad; ni siquiera sólo de una posición geográfica favorable a la comunicación; lo son también de un desarrollo intenso de las actividades primarias. Dos de esas áreas son las más importantes: la que se extiende a uno y otro lado del estrecho de Calais y la que ocupa la Italia del norte.

La primera de ellas se sitúa en un territorio cuyos signos de actividad urbana son muy precoces; tienen sus raíces en la época carolingia. Flandes, la cuenca del Mosa, el Bajo Rin, constituyen el núcleo que, en esta época, se amplía a la Renania central, París —a medida que se consolida en el siglo XIII su crecimiento— y, al otro lado de La Mancha, la llanura londinense. Escenario privilegiado de la extensión y de la intensificación de la actividad agraria, se encuentran en él bosques y minerales abundantes, desde el hierro a la sal. Completa el cuadro una poderosa industria textil que se desarrolla, sobre todo, en las ciudades de Flandes. Espacio densamente ocupado, con una tupida red de ciudades, consume, salvo en el caso de los paños, casi todo lo que produce. Es, por tanto, un área que, sobre todo, demanda artículos del exterior.

El segundo polo de la economía medieval es el norte de Italia. También allí puede encontrarse una densa ocupación humana y un consistente tejido urbano de larga o muy larga tradición. Dividida por los Apeninos, la región que se extiende desde el mar de Liguria y el valle del Arno hasta el fondo del Adriático, sin ser pobre, presenta algunas carencias de productos básicos —los cereales, sobre todo—, que impulsan a la relación exterior. Por otra parte, la función de intermediación que las ciudades de Italia venían cumpliendo entre Occidente y el mundo bizantinoislámico desde la Alta Edad Media, se refuerza y se transforma en esta época. Basada, al principio, en la importación de manufacturas de lujo —la seda, el vidrio, los objetos de arte— y especias —condimentos, colorantes, medicinas—, y en la exportación de materias primas y esclavos, modifica su carácter, a medida que lo hace la economía europea, para dar cabida a manufacturas que circulan de oeste a este —textiles, principalmente— y a algunas materias primas —el trigo y los esclavos— que lo hacen en dirección contraria. Junto a ello, la superioridad adquirida por la marina italiana y el establecimiento de enclaves territoriales en el espacio oriental permiten a los mercaderes italianos controlar el tráfico marítimo e incluso desempeñar un importante papel en el comercio interior bizantino y de los países islámicos. La necesidad de vender lo que compran en Oriente, junto a lo que ellas mismas, cada vez más, producen, obliga a las ciudades de Italia y a sus mercaderes a recorrer, por los pasos alpinos y por la ruta marítima que comienza a imponerse en el siglo XIII, los caminos del norte.

Antes de señalar el resultado del contacto de estas dos zonas económicas, es necesario mencionar la existencia de otras dos que, en cierto modo, les sirven de prolongación o de complemento. El litoral sur del Báltico, desde Jutlandia al golfo de Riga, es el escenario de la colonización germánica que, desde el punto de vista económico, dominan las ciuda-



des. Los mercaderes alemanes crearon allí un territorio de tránsito, en el que una serie de escalas, de las cuales Lübeck fue la más importante, drenaban las pieles, la madera y el trigo del interior, que venían a unirse a la pesca. Escenario de la actividad de la Hansa, la liga de ciudades alemanas, es un territorio que, fundamentalmente, exporta productos hacia Inglaterra, Países Bajos, Francia, Europa central, a cambio de la sal, el vino y los paños. De nuevo en el Mediterráneo, el valle del Ródano, Provenza, Languedoc y Cataluña forman otro espacio económico, no tan precisamente definido como los anteriores, pero también con una clara vocación comercial, que sin desdeñar las empresas de Oriente, centra su actividad en la relación con el mundo islámico del norte de África y la Península Ibérica, con el coral, las manufacturas de cuero y el oro como mercancías principales.

Este conjunto de áreas con, por unas u otras razones, dependencias exteriores significativas, establecen entre sí relaciones económicas de complementariedad, capaces de dinamizar, en el Occidente cristiano, los circuitos comerciales de larga distancia. Rutas principalmente marítimas en algunos casos, como las que, por los estrechos escandinavos, recorren las *kogge* alemanas entre el Báltico y el mar del Norte. Rutas terrestres y fluviales, en otros, por las que, en el siglo XIII, sigue circulando aún la parte más significativa de las mercancías. Las más importantes de estas rutas terrestres cruzan los pasos alpinos para conectar el área norditaliana con los territorios ribereños del canal de La Mancha. La intensidad de este flujo comercial hizo surgir en esa ruta la manifestación más acabada, en este tiempo, de la feria, del encuentro entre mercaderes profesionales. Sobre el mapa, el condado de Champagne parece reunir las mejores condiciones de situación, en el cruce teórico entre las rutas que unen Italia con los Países Bajos y la Península Ibérica con el Báltico, para la reunión de mercaderes. Sin embargo, el curso del Rin, el Saona y el Mosa eran vías naturales de paso que no obligaban a cruzar Champagne. El éxito de las ferias que allí se organizaron no se debe, pues, solamente a una buena posición; fue también la seguridad y la protección ofrecida por los condes y el carácter cíclico de las ferias que éstos organizaron, lo que atrajo a los mercaderes y convirtió a la región en un activo foco de negocios. Las seis ferias que se sucedían en cuatro localidades —Provins, Troyes, Lagny y Bar-sur-Aube— cubrían prácticamente todo el año y creaban un espacio permanente de reunión, en el que los comerciantes de todas partes, sin atender apenas al abastecimiento local, cerraban sus negocios. En ese medio, pudieron desarrollarse los procedimientos de intercambio más avanzados del momento. No era necesario transportar allí las mercancías, bastaba con presentar las muestras correspondientes y, si se producía el acuerdo, se efectuaba el envío directamente desde el punto de origen al punto de destino. Tampoco era preciso correr el riesgo de desplazarse con grandes cantidades de dinero amonedado; una contabilidad bien organizada permitía el saldo de deudas por compensación y la utilización de órdenes de pago. Finalmente, la presencia permanente de agentes y representantes, respaldada por un eficaz servicio de correos, permitió la sedentarización de los mercaderes. En Champagne se pusieron a punto un conjunto de técnicas comerciales que luego se generalizaron y que, precisamente por su generalización, contribuyeron a la decadencia bajomedieval de las ferias.

3. Los marcos de la sociabilidad y los grupos en relación

Al estudiar las relaciones sociales, al definir los grupos en presencia y señalar los ámbitos de su encuentro, presentar el siglo XIII como una etapa de madurez es una fuerte tentación. No del todo injustificada. Las transformaciones básicas han tenido ya lugar; por

todas partes, la ruptura con los viejos tiempos ya se ha producido; la sociedad feudal, en el sentido amplio de la expresión, alcanza la plenitud y hace claramente visibles elementos de larga proyección futura. Pero nada tiene esto que ver con el estancamiento y, menos aún, con la simplicidad. Desde los ámbitos de la sociabilidad hasta la caracterización de los grupos sociales, es preciso insistir en la diversidad, en los cambios, en la complejidad.

El estudio de la familia ofrece buenas ocasiones de comprobación de todo ello. La idea de una evolución lineal, en la que los años del siglo XIII conocieron aceleraciones definitivas, no se defiende hoy o no se defiende con la misma seguridad con que se hizo algunos años atrás. Para empezar, surgen dudas acerca de la adecuación del concepto de familia —tal como hoy se entiende— a la sociedad medieval y, por consiguiente, acerca de la pertinencia de su aplicación. Tomando como referencia la noción más amplia de parentesco, digamos que los fenómenos observables no se encaminan todos y siempre en la misma dirección.

El elemento nodal del parentesco, el matrimonio, se orienta resueltamente, y conviene subrayarlo, en una dirección con largo futuro por delante. Frente a la concepción querida por la aristocracia, que lo entendía como instrumento de alianza —horizontal o vertical— o como garantía de sucesión y que, en tales condiciones, sobreponía la autoridad de la parentela a la decisión del individuo, prefería estrechar los límites de la consanguinidad y mantenía el recurso al concubinato y al repudio, triunfó la idea de la Iglesia, que insistía en el consenso y en el afecto y, por tanto, en la libertad de los cónyuges, en el alejamiento de los consanguíneos y en la indisolubilidad del vínculo matrimonial, todo ello acompañado de una sacralización creciente, favorecedora de un estricto control. Ciertamente, hubo resistencias; desde las parciales y posibilistas de la aristocracia hasta las radicales de la tradición herética revitalizada por los cátaros; aun contando con ellas, el éxito del modelo matrimonial eclesiástico sentaba las bases para una mayor autonomía del grupo conyugal.

Junto a ello, otros factores la limitaban en la práctica y seguían imponiendo solidaridades familiares más amplias. La articulación linajística de la aristocracia sobre la base de un riguroso criterio agnático, refuerza la memoria del grupo familiar, por una parte, y, por otra, obliga al alargamiento temporal de la permanencia en la casa de los menos favorecidos por la herencia. Un rasgo, este último, que no es exclusivo de la aristocracia, sino que afecta también a los campesinos en la medida en que la transmisión indivisa de la tenencia, impuesta en ocasiones por el señor, favorece la aparición de asociaciones entre hermanos que ensanchan el grupo familiar. Ni siquiera en la ciudad, sin duda favorecedora de la relajación de los vínculos de parentesco amplios, la situación evoluciona de manera unilineal. En primer lugar, porque la presencia de los grupos aristocráticos en el marco urbano es más intensa e influyente que lo que durante mucho tiempo se ha venido manteniendo. Las torres dentro de la ciudad, las casas fuertes, eran el símbolo visible de los principales grupos familiares, asociados en las venganzas privadas, en la hueste municipal o en los negocios; su extensión en el cuerpo social de la ciudad, dando lugar a bandos y clientelas —en Flandes, en Italia—, se reforzó con los vínculos del parentesco artificial. A él recurrieron también artesanos y mercaderes, para dar lugar a la aparición de las hermandades juradas. Pero, por ahí, se abandona ya el marco familiar para alcanzar otras formas de sociabilidad.

En los campos, la nueva red parroquial que sustituyó a los más amplios territorios parroquiales de la Alta Edad Media se adapta mejor a las necesidades de los *filií ecclesiae* y les ofrece, en el encuentro periódico en el atrio y en el cementerio, ocasiones de relación y de organización. La aparición de las cofradías, asociaciones devocionales y de ayuda mu-

tua, es una primera manifestación organizativa, que se mostró capaz de desbordar el marco estrictamente religioso. Fuera de él, los intereses económicos, la necesidad de organizar colectivamente una explotación agraria sedentarizada, basada en la asociación de ganadería y cultivo de cereales, impuso —allí donde adquirió carácter dominante— obligaciones colectivas que se hizo necesario acordar y hacer respetar. Sobre estas bases, el grupo de los *boni homines*, de los *meliores*, llegó a desempeñar funciones en la justicia menor por delegación del señor. El siguiente paso fue el reconocimiento, por parte de éste o del rey y mediante la concesión de un documento escrito, de las comunidades aldeanas. Se las observa, en el siglo XIII, bien conformadas en la Península Ibérica, en Flandes, en el norte de Francia, donde intentaron, en ocasiones, crear, mediante la alianza, marcos asociativos más amplios; tienen menos fuerza en Italia, en el Mediodía y en el centro de Francia, sin duda a causa del control más estricto del territorio por parte de las ciudades; pero también a causa de una dedicación agraria —el viñedo, el olivar, los huertos— que imponía menos obligaciones colectivas.

Las formas de la asociación y de la organización urbanas alcanzan manifestaciones más espectaculares. En la ciudad, la calle, la plaza, el barrio constituyen los marcos habituales de la sociabilidad. Calles y barrios en los que tienden a agruparse —en función de una procedencia común o de las necesidades de la tarea que desarrollan —los hombres del mismo oficio, organizados luego en las agrupaciones profesionales, que reúnen a maestros, oficiales y aprendices de una misma actividad. También en la formación de las corporaciones artesanales la cofradía ha desempeñado un importante papel como lugar de convergencia y organización. Nacido antes de 1200 en las regiones de actividad urbana más intensa, el sistema gremial, en el siglo XIII, al tiempo que se extendía a nuevos oficios y lugares, ofrecía ya muestras de la rigidez ocasionada por una estructura puramente defensiva que buscaba, al restringir el acceso, reducir la competencia y estabilizar el mercado vendedor. Sin el carácter general y dominante con que, a veces, ha sido presentado, el gremio cumplía en la ciudad del siglo XIII un relevante papel, no sólo en el plano económico, sino también en el político.

En este último nivel, el siglo XIII conoce la maduración del municipio medieval. Italia, desde luego, ofrece los ejemplos más acabados de una organización comunal, que, controlada por la aristocracia, los mercaderes y los maestros de los oficios más importantes, alcanza la plena autonomía judicial y política y se impone en el territorio circundante. También en Provenza y Languedoc la debilidad de la implantación del poder monárquico favorece una organización comunal, en la que la figura del *podestat* es el reflejo de la discordia entre las ciudades. En el norte de Francia y en los Países Bajos, algunas ciudades accedieron a un nivel de amplia autonomía, por medio de las concesiones del monarca francés o del conde de Flandes y el duque de Brabante. En Alemania, el fenómeno característico es la organización de ligas interurbanas, como las de Renania, Franconia y las orillas bálticas.

En el campo y en la ciudad, se organizan los nuevos marcos de la convivencia. Dentro de ellos, los distintos grupos sociales experimentan evoluciones significativas. Los eclesiásticos y los nobles siguen conformando el grupo tradicional de poderosos, asentados en sus dominios territoriales y en sus derechos de mando y de jurisdicción. A comienzos del período que ahora nos importa se ha establecido ya nítidamente la barrera que separa y aleja —por sus modos de vida, por su actividad o por su ocio, por su lenguaje— a esta aristocracia del pueblo. A lo largo del siglo XIII se ven aparecer nuevas barreras que señalan netas distinciones, esta vez dentro del propio grupo aristocrático. Una cierta crisis del prestigio moral, que afecta tanto a clérigos como a laicos y está bien reflejada en la literatu-

ra de la época, se manifiesta en las críticas contra la ineficacia militar de la caballería, las costumbres del clero o las exenciones fiscales de unos y otros. En el caso de los clérigos, ponen de manifiesto la fractura que, en la realidad y en la conciencia colectiva, se ha establecido entre los jerarcas y dignatarios eclesiásticos, de una parte, y el bajo clero, más cercano al pueblo, de otra. En la aristocracia laica, a las dificultades ya señaladas de adaptación a los cambios económicos, se añade un nuevo e importante factor de diferenciación. El fortalecimiento de las monarquías y de su aparato administrativo hace que los nobles pierdan parcelas importantes de control militar y, lo que resulta más grave, vean amenazadas sus prerrogativas en la administración de justicia. Esta evolución no afectó a todos los aristócratas por igual y, por eso mismo, trazó una divisoria por encima de la cual quedaron situados aquellos linajes suficientemente asentados y poderosos como para mantener sus derechos de mando y constituir una alta aristocracia.

También dentro de las filas del campesinado tiene lugar, como ya se ha indicado en el apartado dedicado a la evolución económica, una división significativa. La presión demográfica, el acceso al dinero, provocan una fragmentación de las explotaciones campesinas que termina por convertirlas en incapaces de sostener el grupo familiar; nuevos contingentes entran, de este modo, en la dependencia señorial o engrosan el número de los braceros, de los jornaleros. Por el contrario, sobre este incipiente proletariado rural, se destacan aquellos que están al frente de la comunidad aldeana, que han sabido aprovecharse de la circulación monetaria y mantener sus propiedades y los animales y útiles para trabajarlas. Son, con distintos nombres según los países, los *labradores acomodados*. Si, por el momento, la contestación campesina no ha pasado de movimientos localizados y discontinuos, se debe, en buena medida, a esta división y a que la aparición de dificultades económicas no ha llegado a crear aún situaciones graves y generales.

El nacimiento de un proletariado urbano es más claro aún. La continuación de la inmigración urbana hace entrar en la ciudad contingentes de mano de obra no cualificada, que crean un desequilibrio entre la oferta y la demanda de trabajo. La proporción de los pobres, del *popolo minuto*, de los obreros asalariados, de los sin trabajo, de los mendigos, crece dentro de los muros de la ciudad. Y se tensa la relación con el grupo de los *nobles*, de los *meliores*, de los *cives*, que aseguran en sus manos los resortes de la economía y el poder. Desde 1250, las revueltas se agravan y se generalizan. Sin embargo, es sólo el comienzo.

A finales del siglo XIII, cuando comienzan a aflorar los síntomas de un desequilibrio, la sociedad del Occidente medieval se ha organizado en clases.

Bibliografía

- Barel, Y.: *La ciudad medieval. Sistema social, sistema urbano*, Madrid, 1981.
 Duby, G.: *Economía rural y vida campesina en el Occidente medieval*, Barcelona, 1968.
 Fossier, R.: *Historie sociale de l'Occident médiéval*, París, 1970.
 —: *Historia del campesinado en el Occidente medieval*, Barcelona, 1985.
 Genicot, L.: *Europa en el siglo XIII*, Barcelona, 1970.
 Gimpel, J.: *La révolution industrielle du Moyen Âge*, París, 1975.
 López, R. S.: *La revolución comercial en la Europa medieval*, Barcelona, 1981.
 Renouard, Y.: *Les hommes d'affaires italiens du Moyen Âge*, París, 1968.
 —: *Les villes d'Italie de la fin du X siècle au début du XIV siècle*, París, 1969.
 Russell, J. C.: *Late Ancient and Medieval Population*, Filadelfia, 1958.

EL TRIUNFO DE LA TEOCRACIA PONTIFICIA Y LA CRISIS DEL SACRO IMPERIO: DE INOCENCIO III A LAS VÍSPERAS SICILIANAS

por EMILIO MITRE

Hechos tales como el concordato de Worms, la celebración de los tres primeros concilios ecuménicos lateranenses, la redacción del *Decreto* de Graciano o los logros de Alejandro III, constituyeron importantes éxitos de la política de influencia y centralización de la Iglesia romana. Sin embargo, a fines del siglo XII, las buenas expectativas abiertas se veían un tanto oscurecidas por circunstancias decididamente negativas: el progreso de la herejía cátara en el Mediodía de Francia o las dificultades de la cristiandad frente al Islam, tanto en Occidente —presión de los almohades en la Península Ibérica— como en Oriente —semi-fracaso de la Tercera Cruzada—.

Cuando Inocencio III ascendió al trono pontificio, el papado tenía aún una amplia tarea por realizar.

1. Inocencio III y la realización del *plenitudo potestatis* papal

En el nuevo papa convergían los sentimientos de tipo ascético y la cultura de un jurista y un teólogo educado en las universidades de Bolonia y Roma. A Inocencio III se debe la redacción del opúsculo *De contemptu mundi*, cruda reflexión sobre las miserias de la condición humana. Pero a Inocencio III se debe también el desarrollo de toda una teoría político-religiosa no demasiado original, pero sí aplicada con un sistemático pragmatismo. En el plano teórico, no añadió nada nuevo a lo aportado por Gregorio VII, Graciano o Alejandro III.

Así, la plenitud de poderes pontificia se extendió a todas las iglesias particulares, incluidas las regidas por prestigiosos patriarcas. En relación con los poderes temporales, Inocencio III jugó con imágenes tradicionales: la Iglesia, dirigida por el papa, es el equivalente del alma o del sol. El Imperio y cualquier otro Estado son semejantes a los cuerpos o a la luna, que reciben de aquéllos los impulsos vitales y la luz.

Una vieja tradición, plasmada por Giotto en los frescos de la basílica de Asís, presenta el sueño de Inocencio III en 1209, marcado por el resquebrajamiento de la basílica de San Juan de Letrán, símbolo de la unidad de la cristiandad. Sin embargo, Inocencio III nunca se dejó llevar por el fatalismo. A lo largo de los años de su pontificado, puso en práctica un programa sistemático que impidió el anunciado desastre. De hecho, al morir el pontífice, en 1216, el papado era la primera potencia moral, y también política, de Europa.

Sobre el centro de Italia, el papa afirmó su autoridad domeñando a la nobleza romana y recuperando el antiguo exarcado de Rávena, la Pentápolis y Espoleto.

En relación con el Imperio, Inocencio III se erigió en auténtico árbitro de la situación. En 1201 reconoció solemnemente los derechos de uno de los candidatos: el güelfo Otón IV de Brunswick. En los años siguientes, las relaciones se fueron deteriorando, debido a la pretensión del soberano de dominar toda la Península Itálica. El pontífice procedió a lanzar contra él el anatema y se inclinó por apoyar (1211) a Federico de Sicilia, hijo del difunto Enrique VI, previo compromiso de no unir nunca Sicilia al Imperio. Inocencio III lograba, así, desbaratar la postrer jugada maestra de Federico Barbarroja.

Otras hábiles maniobras políticas permitieron al Pontificado convertirse en la referencia obligada para los distintos Estados. Así ocurrió en la Inglaterra de Juan sin Tierra, convertida en 1213 en feudataria de la Santa Sede; en la Francia de Felipe Augusto y el Aragón de Pedro II, sancionados por el papa con motivo de sus desavenencias conyugales, o en el Portugal de Sancho I, duramente reprendido por disponer arbitrariamente de los beneficios eclesiásticos.

Algunos de los «nuevos» países cristianos experimentaron también una clara influencia pontificia. Tales los casos de Bohemia, cuyo obispado de Praga fue elevado a sede metropolitana; o el de la Bulgaria del rey Kalojan, que, en 1202, entró en la órbita romana.

Frente a la heterodoxia y el Islam, Inocencio III procedió también con extraordinaria firmeza. El expediente de la cruzada fue utilizado generosamente. Los bizantinos sintieron dramáticamente el peso de ese método en 1204, con ocasión de la Cuarta Cruzada, al ver su capital conquistada por los occidentales. Los cátaros del Mediodía de Francia fueron masacrados por los cruzados desde 1209. En 1212, la Cruzada de las Navas conjuró el peligro almohade en España. Meses después, Inocencio III, dispuesto a recurrir nuevamente a ese expediente, convocó otro concilio ecuménico.

2. El IV Concilio de Letrán

El 10 de abril de 1213, Inocencio III promulgó la bula *Vineam Domini Sabaoth* con el fin de reunir, «siguiendo la antigua costumbre de los Santos Padres», un concilio general, con el objetivo de «promover la reconquista de Tierra Santa y la reforma de la Iglesia Universal».

A las sesiones, iniciadas en noviembre de 1215, asistió una nutrida representación, no sólo de los países del Occidente europeo, sino también de las Iglesias orientales y de los reinos incorporados a la cristiandad en los últimos tiempos. Era la muestra más clara de la universalidad alcanzada por el poder pontificio.

Setenta de los setenta y un cánones del IV Concilio Lateranense conciernen a la reforma de la Iglesia en el más amplio sentido de la expresión. De ahí que en ellos se hable de errores doctrinales a corregir, reforma de costumbres del clero, obligatoriedad de reunir capítulos generales para las órdenes religiosas, provisión de vacantes de iglesias, formas de pago de los diezmos, denuncia de distintas formas de simonía, etc... Referencias que, por sí solas, hablan del limitado alcance de las medidas reformadoras promulgadas desde la época gregoriana. En relación con los laicos, algunos de los cánones tienen particular importancia: el 21 (*Utriusque sexus*), por el cual se imponía la obligatoriedad de la confesión y la comunión anuales, o el 50, por el cual el impedimento de consanguinidad o de afinidad para contraer matrimonio no excedía del cuarto grado.

Los trabajos del Concilio culminaron en la promulgación de un decreto sobre la cruzada. Se dispuso su predicación, extendiendo los beneficios no sólo al personal combatiente,

sino también a aquellos que colaborasen en el aparejo de navíos o, simplemente, participaran en la financiación de la expedición. La remisión de los pecados sería directamente proporcional a la ayuda material y espiritual prestada.

El 30 de noviembre, Inocencio III pronunció los últimos veredictos del Concilio. Unos meses después bajó al sepulcro.

3. Federico II y el pontificado: la prueba suprema de fuerza para la teocracia pontificia

[El gran episodio final del enfrentamiento entre el pontificado y el Imperio corresponde al reinado del antiguo protegido de Inocencio III, Federico II, el último representante de talla de la dinastía Staufen.]

Sobre este personaje se han hecho los juicios más contradictorios. Sus enemigos —abundantes— incidieron particularmente en una supuesta indiferencia religiosa. Fra Salimbene de Adamo, por ejemplo, dice en su *Crónica* que el monarca tenía excelentes cualidades y que «si hubiese sido buen católico y hubiese amado a Dios y a su Iglesia, no habría tenido igual entre los soberanos del mundo...».

[Es obvio que las diferencias del monarca con los papas del momento (Honorio III, Gregorio IX e Inocencio IV) contribuyeron a deteriorar su imagen.] El bando güelfo acabaría presentándole como la «Bestia del Apocalipsis». Pero no es menos cierto que tales fricciones se producían en un contexto más amplio que el del enfrentamiento entre el *regnum* y el *sacerdotium*. Federico II, en efecto, tuvo como objetivo primordial la creación, en Sicilia, de un Estado centralizado que perfeccionase los instrumentos utilizados en la isla por sus predecesores, los reyes normandos. Un Estado «moderno», en el que el monarca ostentase unos poderes absolutos. Ello explica buena parte de las decisiones, algunas aparentemente contradictorias, del último gran Staufen: la fundación de la Universidad de Nápoles, con la intención de disponer de cuadros de gobierno efectivos; la dureza con que actuó frente a las libertades de algunas comunas italianas, o las severísimas medidas —debidas más a razones políticas que religiosas— tomadas contra los herejes desde el decreto de Catania de 1224.]

[Con todo, el enfrentamiento con el pontificado es lo más llamativo de la actuación política del Staufen.]

[En los primeros años de gobierno, Federico II no planteó serios problemas para Honorio III, que le coronó emperador en 1220. Sin embargo, incumpliendo pasadas promesas, el soberano mantuvo de hecho la unidad de los dos reinos, Alemania y Sicilia, aunque en territorio germánico actuase frecuentemente a través de delegados: en un primer momento, su hijo Enrique.]

[Con el ascenso de Gregorio IX (1227-1241), las relaciones se agriaron, sobre todo por la demora del emperador en el cumplimiento de su compromiso de encabezar una cruzada.] Dos excomuniones (1227 y 1239) acabaron por hacer inútil cualquier concordia. [La guerra entre güelfos y gibelinos empezó a asolar Italia. En 1237, las fuerzas imperiales obtuvieron una gran victoria sobre la Liga Lombarda, y en 1240, Federico procedió a la ocupación de los Estados Pontificios.]

[A partir de 1241, el nuevo papa, Inocencio IV, se empeñó en la convocatoria de un nuevo concilio, a fin de resolver el espinoso problema. Hasta 1245 no tuvo lugar la reunión, en la ciudad de Lyon, estratégicamente situada entre el reino de Francia y los dominios imperiales. La asistencia a esta asamblea fue menor que al IV Concilio Lateranense, ya que, por ejemplo, los obispos alemanes no estuvieron presentes, dada la expresa prohibición del emperador.]

Los representantes de los reyes de Francia e Inglaterra trataron de hacer de mediadores, sin éxito, ya que Inocencio IV mantuvo su postura con firmeza y procedió a la solemne deposición de Federico II. Nunca los supuestos de los *Dictatus Papae* se habían aplicado de una forma tan radical.]

El Concilio, por otra parte, legisló en materia de bienes y de disciplina eclesiástica, siguiendo las pautas marcadas en años anteriores. De forma similar, se hicieron también algunas solemnes proclamas en relación con la lucha contra musulmanes y tártaros.

El I Concilio de Lyon supuso, en el plano de los planteos teóricos de la teocracia pontificia, una ratificación de lo expuesto en el IV Concilio Lateranense. Un competente canonista, Enrique de Susa, dio a la luz su *Summa aurea super titulos decretalium*, en la que proclamaba el dominio del Papa tanto en el campo civil como en el eclesiástico, en virtud de las llaves recibidas de San Pedro.

[Inocencio IV, sin embargo, no disponía de los medios materiales suficientes para lograr una victoria decisiva sobre su rival. A la postre, la terrible guerra de desgaste que enfrentó al emperador con las ciudades italianas jugó a favor de los designios papales. En 1248, los güelfos de Parma lograron un inesperado triunfo sobre las fuerzas imperiales. Los boloñeses repitieron el éxito al año siguiente en la batalla de Fossalta. Unos meses más tarde, el 13 de diciembre de 1250, murió Federico, dejando a su hijo Conrado como heredero de los tronos alemán y siciliano.]

4. El gran interregno alemán

El reinado de Conrado IV duró tan sólo cuatro años, en los que las relaciones del Imperio con el pontificado no experimentaron mejora alguna. Murió en 1254, y al poco tiempo le acompañó a la tumba Inocencio IV. Dos años después desapareció también Guillermo de Holanda, protegido de la Santa Sede.

Se abrió entonces un largo período —el Gran Interregno— durante el cual Alemania careció de monarca. Dos candidatos pusieron en juego sus títulos: Alfonso X de Castilla, como hijo de una Staufen (Beatriz de Suabia), a quien, en un primer momento, apoyó la república de Pisa; y Ricardo de Cornualles, hermano de Enrique III de Inglaterra y cuñado de Federico II. Corrió abundante dinero destinado a ganar las voluntades —un tanto cambiantes— de los electores alemanes.

Por el monarca castellano se inclinaron, en 1258, el arzobispo de Tréveris, el duque de Sajonia y el margrave de Brandeburgo. Por el inglés optaron los arzobispos de Maguncia y Colonia, y el duque de Baviera. El rey de Bohemia repartió sus simpatías entre los dos contendientes.

Ninguno de los dos candidatos, sin embargo, tuvo la fuerza suficiente para imponerse definitivamente. Las dificultades con que toparon en sus países de origen no ayudaron, además, a reforzar sus posiciones. De ahí que, durante un dilatado período de tiempo, Alemania se viera envuelta en la anarquía, a falta de un poder real efectivo. La muerte de Ricardo, en 1272, abrió excelentes perspectivas para Alfonso en el «fecho del Imperio». Sin embargo, el papa del momento, Gregorio X, no consideró pertinente prestarle su apoyo. Al final, los electores alemanes optaron, el 1 de octubre de 1273, por un personaje que, por su escaso patrimonio, no podía despertar grandes recelos: el conde Rodolfo de Habsburgo. Piadoso y prudente, apareció en seguida como el candidato ideal también para la Iglesia romana, por cuanto su objetivo era el reforzar su autoridad en Alemania, alejándose de los viejos sueños italianos.

En efecto, hasta su muerte, en 1291, Rodolfo de Habsburgo mostró especial interés por devolver la paz a Alemania y, lo que fue muy importante para el futuro de su familia, por arrebatarse a su rival, Ottokar II de Bohemia, los territorios de Austria, Estiria, Carintia y Carniola. Austria sería en el porvenir el más firme bastión territorial de la dinastía de los Habsburgo.

5. El II Concilio de Lyon

A la muerte de Clemente IV (1268), el colegio cardenalicio tardó tres años en elegir un nuevo papa. Fue Teobaldo Visconti, que tomó el nombre de Gregorio X. En el momento de ser coronado en Roma, el nuevo pontífice decidió convocar un nuevo concilio general con dos temas capitales a tratar: las relaciones entre los cristianos de Oriente y los de Occidente, y la reconquista de Tierra Santa. A ellos se unía una tercera cuestión, ya casi rutinaria: la reforma de la Iglesia.

El número de asistentes fue muy crecido. Incluso estuvieron presentes algunos embajadores enviados por el kan tártaro Abaga. Dos de los grandes teólogos del momento murieron, uno de camino hacia Lyon (Santo Tomás de Aquino), y otro (San Buenaventura) durante la celebración del Concilio.

En relación con Tierra Santa, el II Concilio de Lyon propuso una serie de medidas militares y económicas para apuntalar las posiciones latinas en el Oriente próximo.

En relación con la reforma, se establecieron algunos importantes matices a propósito de la elección de papa: los cardenales se reunirían a los diez días del fallecimiento del pontífice y se establecerían severas medidas de clausura para el cónclave.

En la sesión del 6 de julio, tuvo lugar la unión de las Iglesias. El emperador bizantino Miguel Paleólogo había enviado una delegación, encabezada por Germán de Constantino-pla, para limar una serie de diferencias, entre las cuales era clave la referida a la procesión del Espíritu Santo: la cuestión del *Filioque*, que los latinos habían incluido en el Credo y que los griegos consideraban heterodoxa.

El acuerdo al que llegaron las dos partes se plasmó en un decreto de unión. Sus efectos, sin embargo, fueron mínimos, ya que el episcopado bizantino no se sintió obligado a aceptarlo. En los años siguientes, las tensiones políticas entre Constantinopla y los pontífices no hicieron más que ahondar las diferencias espirituales.

6. La política pontificia en Italia bajo el signo angevino

Tras la muerte de Conrado IV, nuevas fuerzas políticas se sumaron en Italia a las tradicionales. En efecto, a partir de 1261 ocuparon el trono de San Pedro algunos papas de origen francés, o muy influidos por el creciente prestigio político de la casa real Capeto en el Occidente.

A lo largo de veinte años, como ya hemos expuesto, Alemania vivió un anárquico interregno. Durante parte de este período, Italia conoció los esfuerzos de los epígonos Staufén («raza de víboras», según la propaganda güelfa) por reagrupar la herencia de Federico II. Un hijo bastardo de éste, Manfredo, logró convertirse en rey de Sicilia en 1258 y se puso al frente de los gibelinos de Italia. Al año siguiente, fuerzas sicilianas derrotaron a los güelfos toscanos en Montaperti. Ante la posibilidad de que el Staufén controlara íntegramente la península, un nuevo papa francés, Urbano IV, pensó en otro monarca para Sicilia, fiel a los dictados pontificios: Carlos de Anjou, conde de Provenza y hermano del rey de Francia, Luis IX.

Carlos de Anjou llegó a Roma en 1265, momento en que otro francés, Guido Foulquois, ascendía al pontificado con el nombre de Clemente IV. La banca italiana apoyó la empresa de Carlos, que pronto mostró su espíritu de independencia. En enero de 1266 tuvo lugar un decisivo choque en Benevento. Manfredo fue derrotado y muerto. En una fulgurante operación, Carlos de Anjou se apoderó de Nápoles y de Sicilia.

Los gibelinos italianos depositaron sus esperanzas en un vástago de Conrado IV, el joven Conradino, que atravesó los Alpes y reavivó el rescoldo del legitimismo Staufén en las ciudades del norte de Italia. En julio de 1268 hizo su entrada triunfal en Roma, en ausencia del Papa. Fue el punto crítico de las esperanzas del gibelinismo, ya que al mes siguiente, Carlos de Anjou derrotó a Conradino en Tagliacozzo y le envió al patíbulo.

La ejecución del último Staufén fue uno de los eslabones de la larga cadena de excesos cometidos por Carlos de Anjou en sus Estados del mediodía italiano. Sin embargo, ello no fue obstáculo para que este personaje se convirtiera en árbitro político del Mediterráneo. Así, lo veremos en 1270 salvando los restos del ejército de su hermano, Luis IX, en su desafortunada cruzada de Túnez. El vacío de poder en Alemania y la posterior elección de Rodolfo de Habsburgo favorecieron los designios políticos del de Anjou. Desde sus posiciones del sur de Italia fue extendiendo sus tentáculos hacia Oriente. Atizando los sentimientos antibizantinos, estableció estrechas relaciones con los búlgaros, los serbios y los caballeros francos de Atenas y el Peloponeso. En 1277 recibió el título, que implicaba más prestigio que poder, de rey de Jerusalén.

Tan ambiciosa política exterior despertó, lógicamente, los celos de un pontificado que había impulsado la figura de Carlos de Anjou con la esperanza de tener un servidor incondicional de sus intereses. De ahí que algunos papas hubieran de refrenar sus impulsos. Gregorio X, al reconciliar a Miguel Paleólogo con Roma, obstaculizó (1274) una empresa angevina antibizantina de altos vuelos. Nicolás III (1277-1280), celoso defensor de los Estados de la Iglesia y de sus intereses familiares —los del poderoso clan de los Orsini—, forzó a Carlos a abandonar su título de senador de Roma.

Los acontecimientos volvieron a su curso lógico en 1281, cuando un francés, viejo amigo de los Capeto, Simón de Brie, fue elegido papa con el nombre de Martín IV.

Hombre piadoso, el nuevo pontífice optó por una política internacional un tanto primaria y desafortunada. El fracaso de la unión de las Iglesias, lograda en 1274, sirvió de pretexto para excomulgar a Miguel Paleólogo y, en consecuencia, reactivar el espíritu de cruzada antibizantina. Carlos de Anjou, máxima autoridad política del Mediterráneo, habría de ser su brazo ejecutor. Un gran contingente armado se concentró en aguas de Sicilia con el ánimo de repetir la expedición de 1204. Sin embargo, el lunes de Pascua de 1282 se produjo un suceso inesperado que cambió radicalmente el curso de los acontecimientos.

7. Las Vísperas Sicilianas y sus secuelas

El gran motín popular contra la ocupación angevina que tuvo lugar en aquella fecha en Palermo (las «Vísperas Sicilianas») es el resultado de una vasta conjura en la que estaban implicadas muy diversas fuerzas.

La impopularidad del gobierno de Carlos en Sicilia —mucho más duro que el de los Staufén— había creado, indudablemente, el caldo de cultivo para una rebelión que rápidamente se extendió a toda la isla. No estaba ausente, como era lógico, la mano del emperador de Bizancio, deseoso de evitar el ataque angevino contra Constantinopla. Y no estuvieron ausentes tampoco las gestiones de algunas familias del Mediodía italiano —los Lauria, Prócida...— que, tiempo atrás, habían servido fielmente a Federico II y sus descendientes.

De estos últimos partió la idea de solicitar el concurso del monarca aragonés Pedro III, en razón de su matrimonio con la princesa Constanza, hija de Manfredo. En efecto, el 30 de agosto de 1282, Pedro desembarcó en Trápani y, al día siguiente, fue coronado rey de Palermo.

Las Vísperas Sicilianas adquieren así un significado muy superior al de una revuelta contra un ocupante. Suponen la entrada de los monarcas aragoneses en el conflictivo escenario político italiano. Y suponen también el primer golpe serio a una teocracia pontificia que había abusado del expediente militar para imponer sus designios, tanto en Italia como en el Oriente mediterráneo.

De poco valieron la excomunión lanzada en noviembre de 1282 contra Pedro III y la consiguiente cruzada predicada contra sus Estados. La Corona de Aragón, en efecto, mostró una notable solidez, tanto en mar como en tierra. La flota catalanoaragonesa, al mando de Roger de Lauria, barrió a las fuerzas angevinas en el mismo golfo de Nápoles en junio de 1284. Al año siguiente, un ejército francés, al mando del propio monarca, Felipe III (tío de Carlos de Anjou), corrió la misma suerte al invadir el norte de Cataluña.

En 1285 desaparecieron de la escena política los principales actores del drama: Carlos de Anjou, Pedro III y Martín IV. Los sucesores de éste —Honorio IV y Nicolás IV, el primer papa franciscano— también adoptaron una postura filoangevina, aunque bastante más prudente. Sólo en 1295 —tratado de Anagni— las dos dinastías rivales llegaron a un principio de acuerdo, modificado algunos años más tarde —paz de Caltabellota, de 1302— a fin de repartirse las esferas de influencia: Nápoles para los Anjou y las islas para los aragoneses.

Para estas fechas, un nuevo papa estaba en condiciones de hacer de mediador: Bonifacio VIII. Fue el último gran representante de las ínfulas teocráticas pontificias, y el que sufrió más duras humillaciones. Algo que no procedía, como tradicionalmente había sucedido, de las malas relaciones con un emperador, sino de la rivalidad con un rey de Francia. Todo un símbolo de los cambios que Europa en general y el pontificado en particular habían experimentado en torno a 1300.

Bibliografía

- Foreville, R.: *Lateranense IV*, Eset, Vitoria, 1973.
- García y García: *Iglesia, sociedad y derecho*, Universidad Pontificia, Salamanca, 1987. Recopilación de artículos, algunos referidos al IV Concilio de Letrán.
- García Pelayo, M.: *Del mito y de la razón en el pensamiento político*, Revista de Occidente, Madrid, 1968. Recopilación de artículos algunos de ellos referidos a la política de Federico II.
- Geanakoplos, D. J.: *Emperor Michael Paleologus and the west. 1258-1283: a study in Byzantine-Latin Relations*, Cambridge, Mass., 1959.
- Genicot, L.: *Europa en el siglo XIII*, Labor, col. Nueva Clío, Barcelona, 1970.
- Haller, J. y Dannenbauer, H.: *De los Carolingios a los Staufen*, UTEHA, México, 1964 y *De los Staufen a los Habsburgo*, UTEHA, México, 1965.
- Kantorowicz, E.: *Kaiser Friedrich derzweite*, Berlín, 1936 (reimp., 1973). Un clásico de necesaria lectura para el estudio del monarca.
- Kempf, F.: *Papsttum und Kaisertum bei Innocenz III*, Miscellanea historiae pontificiae, 19, Roma, 1954.
- Pacaut, M.: *La théocratie. L'Église et le pouvoir au Moyen Âge*, Aubier, París, 1957.
- Powell, J. M. (ed.): *Inocent III*, en *Problems in European Civilisation*, Boston, 1963.
- Runciman, S.: *Vísperas sicilianas. Una historia del mundo mediterráneo a finales del siglo XIII*, Revista de Occidente, Madrid, 1961.
- Wolter, H. y Holstein, H.: *Lyon I y Lyon II*, Eset, Vitoria, 1979.

TEMA 27

LAS MONARQUÍAS DEL OCCIDENTE EN LA PLENITUD DEL SIGLO XIII. FRANCIA E INGLATERRA. LOS FUNDAMENTOS POLÍTICOS Y LOS INICIOS DEL PARLAMENTARISMO

por ERMELINDO PORTELA

El siglo XIII conoció aún ilustres herederos —papas o emperadores— de la tradición política universalista que, en el Occidente latino, había alcanzado formas de expresión concreta desde los tiempos de Carlomagno. Pero, pese a nombres tan brillantes como los de Inocencio III y Federico II, inscritos por méritos propios en la lista de aspirantes al ejercicio del *dominium mundi*, el siglo XIII es ya el siglo de las monarquías, el tiempo de San Luis y de la Carta Magna. Desde la fundamentación teórica hasta la práctica del poder, pasando por el soporte institucional, Europa encuentra definitivamente en los reinos el cuadro político que corresponde a su entramado social. Francia e Inglaterra ofrecen, a veces por caminos diferentes, los más acabados ejemplos de esta evolución.

1. Los perfiles teóricos del monarca feudal

Rex in regno suo est imperator. La fórmula con la que, en el siglo XIII, se quiso expresar la plenitud de la soberanía real, si, de una parte, revela claramente el reconocimiento del monarca como centro fundamental de la toma de decisiones políticas, pone al descubierto, de otra, la debilidad del asentamiento teórico de la propuesta; el referente aducido sigue siendo el emperador, es decir, uno de los soportes de la tesis universalista, aquella en torno a la cual, desde hacía mucho tiempo, venían acumulándose los resultados del esfuerzo de los pensadores. De entre ellos, los que quisieron asentar el poder de los reyes sobre principios sólidos se encontraron siempre en una posición intelectual incómoda. Desde el *Diálogo del Tesoro*, de tiempos de Enrique II de Inglaterra, hasta el *Liberum regimen* de San Luis, los defensores de la monarquía teocrática, del *rex Dei gratia*, se situaban en un plano inferior al de los especialistas, los clérigos, los obispos que actuaban como intermediarios insustituibles en la transmisión de la *gratia Dei* en el momento de la unción; la posibilidad teórica de una intervención eclesiástica, papal en última instancia, quedaba siempre abierta. Y, por debajo aún, el verdadero problema era la ausencia de la noción de Estado;

regnum y *sacerdotium* forman parte de un único cuerpo, la *ecclesia*; el papel teórico del rey, en estas condiciones, es siempre difícil de sostener.

Conviene, de todos modos, hacer referencia a algunos desarrollos teóricos que, en el siglo XII, anunciaron caminos que más adelante serían recorridos. Muy a comienzos de la centuria, un clérigo normando cuyo nombre se desconoce escribió un conjunto de tratados políticos y teológicos, caracterizados por su fuerte contenido antigregoriano. En su búsqueda de apoyo teórico al poder del rey, se remontó al precedente más adecuado, las actas de los concilios toledanos, aquellas asambleas presididas por los reyes, y en ellas fundamentó su teoría de la geminación real. Cristo dijo «dad al César lo que es del César», no «dad a Tiberio lo que es de Tiberio». En el rey, por tanto, ha de reconocerse una persona geminada, una proveniente de la naturaleza y otra de la gracia. Influido por el movimiento dialéctico, aplicó su método divisor a las naturalezas de Cristo y transfirió luego los resultados a la *imago Christi* real en la tierra; también en el rey, imagen de Cristo, hay dos diferentes formas de «ser». Es cierto que las teorías del Anónimo Normando no tienen relación con la noción de «oficio», como contrapuesta a la de hombre, que no se refieren a consideraciones constitucionales o sociales; pero anuncian un camino. A pesar de ello, este notable esfuerzo intelectual no tuvo continuidad inmediata, aplastado por el peso de las doctrinas hierocráticas; en el fondo, exclusivamente centrado en la noción teocrática, este modelo de monarquía cristocéntrica pertenecía al pasado.

Los teóricos del poder real buscaron otros territorios para su exploración: los que ofrecía el derecho romano redescubierto. Dos orientaciones políticas sustentadas en él contenían el germen de muy fecundas elaboraciones posteriores. La una partía de la distinción, hecha por Pedro el Craso a fines del siglo XI, entre clérigos y laicos desde el punto de vista de la ley; los primeros pueden ser gobernados por el papa como legislador; los segundos sólo pueden ser gobernados por las leyes imperiales. [Se anuncia ahí un punto de ruptura fundamental en la teoría del pensamiento político: la separación entre la Iglesia y el Estado, que en el siglo XIII alcanzará, como veremos, la primera maduración teórica.] La segunda distinción, basada también en el derecho y de nuevo cargada de potenciales desarrollos, se debe a Juan de Salisbury; es la distinción, a propósito del príncipe, entre *persona publica* y *privata voluntas*. Como *persona publica*, el príncipe es presentado como, a la vez, *legibus solutus* y *legibus alligatus*, como, al mismo tiempo, *imago equitatis* y *servus equitatis*. Lo que ahora se anuncia es, en última instancia, otra ruptura fundamental: la sustitución de las concepciones descendentes del poder político, en las que, con dificultades, buscaba su posición la teocracia real, por las concepciones ascendentes, terreno más adecuado para el fortalecimiento teórico de la monarquía, que ha de sustentarse necesariamente en el pacto, en la inserción en el cuerpo social.

El impulso más notable en esta última dirección vino, sobre todo, de la propia práctica política, en la que los reyes del siglo XII se habían habituado a combinar su función teocrática y su función feudal. Dos funciones diametralmente opuestas, a las que la realidad obligó a una síntesis siempre difícil. Por la primera función, la *regia voluntas* era fuente de la ley; por la segunda, el consentimiento de los vasallos era su elemento constitutivo. En la función feudal, el rey no estaba al margen y por encima de la comunidad, era un miembro de ella. A mediados del siglo XIII, Henry Bracton señalaba el contrato feudal como creador de un lazo legal entre señor y vasallo. Ello supone la comprensión del soberano, en tanto que señor, como miembro de la comunidad, la existencia de dos partes y de un consentimiento entre ellas y, finalmente, la posibilidad de la cancelación del contrato por la retirada de la confianza, la *diffidatio*. Todo ello significa que la ley es fruto de la delibe-

ración, del consentimiento, de la cooperación. Se entiende bien que el rey tratara de minimizar sus obligaciones feudales y de realzar su posición teocrática. Lo que predominó en cada caso no dependió de la teoría, sino de las circunstancias, de la relación de fuerzas, de la posición del rey frente a los grupos sociales de poder.

A comienzos del siglo XIII, Inglaterra conoció la preponderancia de las funciones feudales. Fue el abuso, por parte de Juan Sin Tierra, de los poderes monárquicos derivados de la función teocrática, lo que hizo, junto a las consecuencias de la pérdida de Normandía y al fortalecimiento del rey capeto, estallar la oposición de los barones. El único medio, en manos de éstos, para restringir el poder del rey, en teoría y de hecho, era el recurso a las funciones feudales del monarca. [La Carta Magna] fue el resultado de la aplicación de los principios feudales y significó el reconocimiento teórico del reparto real de los poderes. En su título XXIX, se afirma lo siguiente: «Ningún hombre libre debe ser capturado y encarcelado, o expoliado, o proscrito, o desterrado, o en ningún caso dañado, si no es ante un legítimo tribunal de sus iguales y según la ley del país.» La ley del país no era una ley emanada del rey teocrático, de la *voluntas regia*, sino la ley aprobada por el rey y los barones, resultado del contrato feudal y que, por tanto, era común al rey y los barones. Tras la ley romana y la ley canónica, aparecía la ley del país. En la segunda mitad del siglo XIV, no había ya ninguna duda: «la ley del país es creada en el parlamento por el rey, los señores espirituales y temporales y toda la comunidad del reino». En medio, estaban Tomás de Aquino y Marsilio de Padua.

La situación en Francia es, en buena medida, opuesta a la de Inglaterra. El reparto de poderes que, desde luego, también se produjo, se hizo desde el predominio de la función teocrática del rey. La debilidad de los vínculos feudales, la extensión y el crecimiento de los dominios directos del rey, la receptividad frente al derecho romano, el surgimiento de un grupo de legistas estrechamente vinculado al poder real y la habilidad de los monarcas para utilizar en su beneficio las funciones feudales hicieron posible el mantenimiento de la posición teocrática, que seguía ofreciendo el inconveniente de la exposición a la intervención de los eclesiásticos. Precisamente en el marco de su enfrentamiento con Bonifacio VIII y buscando apoyo en la lucha contra los eclesiásticos, Felipe el Hermoso convocó asambleas en 1302 y 1303, a las que asistieron por primera vez, junto a nobles y eclesiásticos, representantes de las ciudades. Por mucho que el rey entendiera y consiguiera utilizarlas, estas asambleas, en la medida en que permitían al rey presentarse como representante del pueblo, significaban que, también en Francia, tenían éxito, aunque fuera por caminos diferentes, las concepciones ascendentes del poder.

El impulso definitivo en la aceptación teórica de estas últimas lo dio Tomás de Aquino, firmemente apoyado en el pensamiento aristotélico. El concepto de naturaleza como elemento que contenía su propia fuerza y sus propios principios se convertía en el más importante instrumento del pensamiento tomista. Le permitía situar los fenómenos sobre los que reflexionaba de acuerdo con, por encima de o en contra de la naturaleza. Los resultados de la aplicación de este método en el pensamiento político fueron decisivos. Hasta entonces, los efectos milagrosos del bautismo tenían como resultado la eliminación del «hombre de la naturaleza» y el nacimiento de una «criatura nueva». Con Tomás, la gracia no elimina la naturaleza, la perfecciona; gracia y naturaleza son términos complementarios. Al hombre, en la esfera individual, le corresponde el ciudadano en la esfera pública, y ambos se sitúan en el orden natural. El complemento en el orden sobrenatural era el cristiano, y su congregación, la Iglesia. La razón natural exigía la asociación humana, y para su funcionamiento no se requerían elementos supranaturales, puesto que contenía en sí misma las leyes

de su propio funcionamiento. La noción de Estado, que había faltado en el pensamiento medieval, aparece ahora con nitidez. El Estado era algo natural y quedaba conceptualmente separado de manera tajante de la Iglesia. En relación con estas premisas aparece un nuevo concepto, el de *regimen politicum*, que se opone al *regimen regale*; en el segundo, que corresponde a la noción teocrática del poder, el rey posee plenos poderes y no da cuenta a nadie de sus actos de gobierno; el primero existe cuando los poderes del gobernante están sujetos a las leyes del Estado. El complemento de esta integración del gobernante en el cuerpo social es la idea de representación expuesta por Santo Tomás: «Los dirigentes pueden escogerse de entre los miembros del pueblo y su elección corresponde a éste.» El dirigente es la personificación del Estado, es decir, la persona pública. Es comprensible que estas drásticas reorientaciones del pensamiento político no fueran bien comprendidas por los contemporáneos.

Sin embargo, estaban más cerca de la realidad que las formulaciones teocráticas. Porque la práctica política se produjo de acuerdo con la fuerza real de la aristocracia, de la Iglesia o de las ciudades y no en función de la gracia divina de los monarcas. En el plano teórico, el fortalecimiento de la monarquía pasa por su inclusión en el cuerpo social, dentro del cual actúa como factor de equilibrio y arbitraje y, desde este punto de vista, se ve bien que el afianzamiento de los reyes no es la negación del feudalismo, sino más bien el resultado de su maduración.

2. El soporte institucional

La inclusión de los reyes en el cuerpo social, la capacidad de desarrollar en él el ejercicio del poder, pasa necesariamente por el perfeccionamiento o la creación de un cuadro institucional adecuado. En Francia, entre el reinado de Felipe Augusto y el de Felipe el Hermoso, se dieron los pasos decisivos en esa dirección, desde un punto de partida en el que la posición de los reyes capetos había alcanzado ya, a lo largo del siglo XII, un considerable grado de consolidación. Felipe II es el primer monarca francés que figura en un documento no como *rex francorum*, sino como *rex Franciae*, y es también el primero que no consideró necesario asociar a su heredero al gobierno y proceder a la solemne ceremonia de la unción; a partir de entonces, y por la vía de la práctica, la transmisión hereditaria formó parte del derecho y se cumplió aun en el caso de que, tal como ocurrió con Luis IX, el sucesor fuera menor de edad y hubiera de organizarse una regencia, que en este caso correspondió a su madre, Blanca de Castilla. Por otro lado, el prestigio de la figura del monarca, definido por Philippe de Beaumanoir como el personaje que actúa para el bien común del reino, no deja de acrecentarse; se le considera, de modo particular, como encarnación de la justicia y, desde este punto de vista, puede considerarse a San Luis, durante cuyo reinado se asienta la noción de que el rey legisla para todo el reino, como el modelo más acabado.

El prestigio de los reyes se incrementa de modo paralelo al perfeccionamiento de los organismos administrativos. Los monarcas franceses del siglo XIII han actuado, a este respecto, en dos planos complementarios. En primer lugar, ampliando y adaptando los organismos embrionarios heredados de épocas anteriores. La casa del rey, los grandes oficios (senescal, condestable, canciller, etc.) y la *curia* constituían esa herencia de una administración central embrionaria y confusa, donde se distinguía mal entre lo que correspondía al ámbito puramente privado, al de los dominios del rey y al del reino. El apartamiento de

los grandes nobles de los oficios que tradicionalmente venían ocupando y su sustitución por miembros de la mediana nobleza, reclutada en los territorios centrales del dominio real, supuso una primera garantía de control y fidelidad, conseguida ya en la época de Felipe Augusto. Pero las transformaciones más importantes se hicieron a través de la cancillería y de la *curia*. En el primer caso, no tanto por la ampliación de funciones, aunque de la inicial dirección de la capilla real se había pasado a la redacción y autenticación de los documentos reales y a la supervisión de los asuntos eclesiásticos, como porque en torno al canciller —un clérigo que gozaba de la confianza y la proximidad del monarca y ejercía, en ocasiones, una gran influencia en la corte— se formó un grupo de clérigos y laicos bien preparados en el derecho, a los que con frecuencia se recurrió para el desempeño de distintas funciones en la administración. La *curia*, en teoría la reunión de los vasallos para cumplir las obligaciones feudales de consejo y auxilio al soberano, se convirtió, precisamente por la incorporación de los especialistas en el derecho, en un organismo administrativo, cuyas sesiones, progresivamente especializadas, dieron lugar a la aparición de la *curia in parlamento*, denominada pronto parlamento, que atendía a los asuntos relacionados con la administración de justicia, y de la *curia in compotis domini regis*, el tribunal de cuentas.

El segundo nivel de actuación es más innovador y se sitúa en el marco de la aparición, práctica antes que teórica, del Estado. En el ámbito de la administración local y dentro de los territorios de un dominio continuamente acrecentado en esta época, la aparición y consolidación de la figura del *bailío* es el rasgo más destacable. Probablemente en los últimos años del reinado de Luis VII y con más seguridad desde los primeros del de Felipe II, los reyes encargaron a personas de su entorno misiones de inspección y vigilancia que, relacionadas inicialmente con la gestión dominial, pronto incluyeron competencias, a través de las relaciones específicamente feudales entre el monarca y sus vasallos, en materia judicial, financiera y militar, gradualmente precisadas a lo largo de la primera mitad del siglo XIII, hasta la regulación definitiva establecida por San Luis en las ordenanzas de 1254 y 1256. Es también por esa época cuando se fijan las circunscripciones —*bailiats* o, en los territorios más recientemente incorporados al dominio, *senescalatos*— y es reformado el prebostazgo de París de acuerdo con las mismas características. *Bailíos*, *senescales* y *prebostes*, reclutados en las filas de la pequeña nobleza o de la burguesía, son el instrumento que permite el control eficaz del territorio por el monarca. En la segunda mitad del siglo, se detectan las primeras dinastías de estos oficiales; es el caso de los Philippe Beaumanoir, padre e hijo, el segundo de los cuales es bien conocido defensor de las prerrogativas reales. En lo que concierne a la administración central, la novedad significativa es la aparición, también desde el reinado de Felipe Augusto, del Consejo del rey. Integrado por gentes procedentes del parlamento y del tribunal de cuentas, el consejo del rey es más un órgano de gobierno que de administración. Junto a él, la multiplicación y el perfeccionamiento de los servicios de la corte, caracterizada por el aflujo de personal especializado y competente, alejan el cuadro institucional de sus orígenes privados y dan lugar a la aparición de una monarquía bien administrada.

También en Inglaterra los siglos centrales de la Edad Media conocen el fortalecimiento del poder monárquico; pero, en la práctica como en la teoría, el proceso recorre caminos diferentes a los que recorrió en Francia y conduce a resultados que, si son comunes en cuanto a la firmeza de la implantación monárquica, presentan un carácter más flexible. Tal situación queda bien patente al examinar el cuadro institucional.

El punto de partida, en primer lugar, es diferente. Fruto de una guerra de conquista, la posición de los monarcas de las dinastías normanda y Plantagenet en su reino era bien

distinta de la que ocupaban en el suyo sus contemporáneos capetos. El prestigio, los recursos y también la capacidad de los reyes ingleses les permitieron asentar durante el siglo XII, particularmente en los años del reinado de Enrique II, una administración sólida y centralizada, que pudo resistir los avatares posteriores, de modo que, durante el siglo XIII, continuó aún perfeccionándose. Así ocurre, en primer lugar, con el Consejo del rey, que existía ya en tiempos de Enrique II, pero con contornos poco definidos. En el reinado de Enrique III y con una composición en la que predominaban, como en Francia, letrados y hombres de confianza, se convierte en Consejo Privado, para alcanzar, con Eduardo I, su funcionamiento normal como principal órgano de gobierno. En la función administrativa, el Exchequer no deja de acrecentar su importancia en el control financiero desde su sede, ahora permanente, en Westminster, mientras que, en la administración de justicia, se produce una división de funciones entre el Banco del rey, que se especializa en los grandes procesos criminales y en la interpretación de la ley del país, y la Corte de las Audiencias Comunes, que atenderá la justicia ordinaria. Por su parte, la Cancillería continúa el desarrollo de sus funciones propias.

Los enfrentamientos y los cambios que caracterizan la historia política de la Inglaterra del siglo XIII tienen lugar, sin afectarla, por encima de esta estructura administrativa, que continúa teniendo en los *sheriffs* los agentes de una organización local bien controlada. Su creación, eso sí, producida en detrimento de la vieja curia feudal, es una de las causas de la rebelión de los barones, alejados, de este modo, del control político efectivo. La reacción feudal que da lugar a la Carta Magna y, como consecuencia, a la aparición del principal nuevo organismo del siglo XIII, el Parlamento, se comprende bien como un intento de recuperación, desde la cúspide del sistema, del control perdido. En sus comienzos, hacia 1240-1250, el Parlamento no es sino prolongación de la curia, con la misión de aconsejar al monarca en materia de justicia y de consentir el establecimiento de impuestos extraordinarios. Las Provisiones de Oxford, de 1258, pusieron en pie un sistema por el que se transfirieron gradualmente al Parlamento funciones judiciales, fiscales y políticas que, en el momento de la restauración monárquica, con Eduardo I, se mantuvieron. El Parlamento se convirtió así en cámara de apelación contra los abusos, en órgano legislativo, en la medida en que participó en la elaboración de las ordenanzas reales, y, en tanto dio su consentimiento a los impuestos, en organismo financiero. Pero, sobre todo, en esta época, el Parlamento llegó a ser la asamblea en que se producía el encuentro de las fuerzas sociales; al principio, sólo asistían a sus sesiones los grandes barones y los jerarcas de la Iglesia; pero, desde 1254, acudieron también representantes de los caballeros y de los grupos burgueses de algunas ciudades, así como algunos miembros del bajo clero. En 1283, Eduardo I fijó las reglas de su composición y, resultado de toda la evolución anterior, en 1295 se reunió el primer verdadero Parlamento. Es esta institución, sin duda, la que da al sistema político inglés una mayor flexibilidad, puesto que supone la incorporación de un ámbito capaz de asimilar las tensiones creadas por los distintos grupos del poder.

3. La práctica del poder

La historia de la acción política de Francia e Inglaterra en el siglo XIII, desde el reinado de Felipe II Augusto (1180-1223) al de Felipe III el Atrevido (1270-1285), desde el ascenso al trono de Juan Sin Tierra (1199) hasta la desaparición de Eduardo I (1307), puede trazarse en torno al doble hilo argumental que tejen, por una parte, el esfuerzo de imposi-

ción de los monarcas en su propio reino y, por otra, su esfuerzo de imposición frente al exterior, aspecto este último en el que Francia e Inglaterra se hallan inextricablemente unidas, hasta el punto en que puede decirse que las monarquías francesa e inglesa se hacen, ya desde ahora, la una frente a la otra.

El siglo XIII es el siglo de los grandes monarcas capetos; San Luis es el más famoso de ellos; pero su fama se asienta, en buena medida, en los logros de Felipe Augusto. En los comienzos de su reinado, Felipe II hubo de enfrentarse con las dificultades que planteaba su relación con los nobles del reino, agrupados en dos clanes que se disputaban el dominio de la corte: el que giraba en torno a la madre del rey, la reina Adela de Champagne, y sus hermanos, el arzobispo de Reims y los condes de Champagne, Blois y Sancerre, y el que encabezaba Felipe de Alsacia, conde de Flandes y señor de Vermandois y Valois. Felipe Augusto supo aprovechar la división de la nobleza e imponerse —por el tratado de Boves de 1185, que permitía la ampliación del dominio real con la incorporación del Vermandois, el Artois y la ciudad de Amiens— a una revuelta feudal en la que, con la incorporación del duque de Borgoña, participaron todos los grandes señores feudales del reino. De otro lado, su posición frente a la intervención de la Iglesia en los asuntos políticos quedó bien clara con ocasión de su divorcio de Ingeburge de Dinamarca y su nuevo matrimonio, condenado por Celestino III e Inocencio III, que llegó a pronunciar el interdicto contra el reino de Francia, sin que el rey, apoyado por los obispos franceses, modificara sus posiciones.

Felipe Augusto asentaba su dominio en el reino. Pero su reino permanecía reducido a las regiones nororientales de Francia. Toda la mitad occidental estaba sometida a la dependencia directa del rey de Inglaterra y, en el sur, en los condados de Toulouse y de Provenza, se hacía sentir la influencia del rey de Aragón. Felipe Augusto actuó, en primer lugar, contra el peligro más temible, el del imperio Plantagenet. En situación difícil hasta la desaparición de Ricardo Corazón de León, el rey de Francia supo aprovechar la posición inestable de Juan sin Tierra en su reino; tras la confiscación de los feudos ingleses, Felipe consiguió apoderarse de Normandía, Maine, Anjou, Touraine y una parte del Poitou. La reacción inglesa se produjo sobre la base de una vasta coalición, en la que participaron el emperador Otón de Brunswick y algunos vasallos sublevados contra el rey francés. Pero Juan sin Tierra fue vencido en La Roche-aux-Moines y sus aliados fueron derrotados el 27 de julio de 1214 en Bouvines. Desde entonces, la monarquía francesa se impuso en las regiones occidentales y dejó de ser contestada por sus grandes vasallos de Flandes, Champagne y Borgoña. En el sur, Felipe Augusto no intervino de manera directa. La cruzada contra los albigenses, dirigida por pequeños señores de la cuenca parisina, vasallos directos del rey de Francia, consiguió, con Simón de Montfort a la cabeza, la conquista del condado de Toulouse. La respuesta de Pedro II de Aragón en defensa de los señores del *Midi* fue cortada en Muret (1213), donde halló la muerte el propio rey. Los frutos de Muret, no menos importantes que los de Bouvines, fueron recogidos en el breve reinado de Luis VIII (1213-1226), que incorporó el condado de Toulouse e inclinó definitivamente los territorios del sur hacia la dependencia de París. En esta época, por tanto, el reino de Francia reencontró las bases territoriales del viejo tratado de Verdún.

A esta sólida y ya bien administrada base material, la monarquía francesa sumó el prestigio religioso y casi místico aportado por San Luis, el hombre que sus contemporáneos y cronistas, sobre todo Joinville, admiraron y describieron como modelo de rey cristiano. Su madre, Blanca de Castilla, supo defender, durante los años de la minoridad del rey, la herencia recibida frente a las revueltas nobiliarias, e incluso acrecentar el dominio real

en el sur, con la incorporación de parte del Languedoc y el definitivo dominio del condado de Toulouse. Ya en el trono, Luis IX, cuya religiosidad no obstaculizaba su energía, sino todo lo contrario, en la defensa de las prerrogativas reales, hizo frente a una nueva revuelta nobiliar, que, combinada con un rebrote de la herejía albigense y la implicación de Enrique III de Inglaterra, hubo de ser duramente combatida y fue finalmente sofocada en los años 1243-1245. A partir de este momento, San Luis pudo dedicarse plenamente, salvo en los años (1248-1254) que duró su estancia en Egipto y Siria, al frente de una cruzada de calamitosos resultados, al cumplimiento de lo que consideraba el objetivo fundamental de su política: el establecimiento en su reino de un orden cristiano que, con la meta final de la salvación, permitiera el establecimiento de la paz. La realización de amplias encuestas y, sobre todo, la publicación, al regreso de Siria, de las «grandes ordenanzas», son el testimonio de tales preocupaciones. La importancia de las segundas —unas de carácter estrictamente político, como las que se refieren a los bailíos o a la regulación monetaria, otras de carácter religioso o moral, como las que se refieren a la prostitución, el juego o los blasfemos— se debe no sólo a su contenido, sino a que se consideran, más allá de los límites del dominio real, aplicables en todo el territorio del reino. En lo que se refiere a la política exterior, la acción de San Luis se desarrolló en un doble plano. Con respecto a Inglaterra y la Corona de Aragón, el establecimiento de generosos acuerdos —el tratado de París de 1259 y el que, el año anterior, concluyó con Jaime I— vino a consolidar la posición ya alcanzada por la monarquía capeta. De otro lado, el prestigio adquirido por el monarca francés, también más allá de las fronteras de su reino, hizo que se le reclamara como árbitro para la solución de diversos litigios dentro y fuera de Francia. En el conflicto entre papado e Imperio, San Luis se negó siempre a tomar partido contra Federico II; pero, con el papa francés Urbano VI, negoció el acuerdo que atribuía a su hermano Carlos de Anjou la corona de Sicilia. Los intereses norteafricanos de éste fueron probablemente la causa de que la nueva cruzada preparada por el rey se desviara hacia Túnez. Allí falleció Luis IX el 25 de agosto de 1270. El reinado de Felipe III el Atrevido (1270-1285) puede considerarse como continuación del de San Luis en lo que se refiere al mantenimiento de las estructuras políticas en el interior del reino; fuera de él, continuó también la influencia de Carlos de Anjou, que implicó a Francia en una cruzada contra el rey de Aragón, en la que Felipe III encontró la derrota y la muerte. Sea como fuere, a fines del siglo XIII, la monarquía francesa alcanzaba un punto culminante de su influencia en el conjunto de Occidente.

No se puede decir lo mismo al finalizar el recorrido por la historia política inglesa del mismo período. La acumulación de poder en manos de los monarcas franceses se hizo, en buena medida, en detrimento de sus colegas del otro lado del canal. Pero la monarquía inglesa se había consolidado antes y la estructura política puesta en pie por los monarcas normandos y Enrique II resistió bien las dificultades. Éstas se hicieron evidentes desde los comienzos del reinado de Juan sin Tierra. La presión de Felipe Augusto sobre sus posesiones continentales obligó al rey inglés a aumentar la suya sobre sus súbditos insulares. Obtuvieron sonados fracasos. En primer lugar, fracasó completamente en su intento de controlar a los eclesiásticos. La decisión de situar en la sede de Canterbury a uno de sus favoritos tropezó con la oposición de los monjes del capítulo y de los obispos sufragáneos; sobre todo, se encontró de frente con Inocencio III. Excomulgado en 1209, desligados sus súbditos del juramento de fidelidad en 1211, amenazado por una cruzada en la que Felipe Augusto estaba muy dispuesto a participar, Juan sin Tierra se vio obligado a ceder su reino al papa, que se lo entregó de nuevo en feudo. El arzobispo fue naturalmente Esteban Langton, el candidato designado por el papa, quien, desde su llegada a Inglaterra, se puso al frente

de la oposición al rey. El segundo fracaso —consecuencia de las derrotas de La Roche-aux-Moines y de Bouvines— fue el obtenido frente a los barones ingleses. Los intentos del monarca de recrudecer la presión fiscal desencadenaron la revuelta de 1215, al final de la cual Juan sin Tierra se vio obligado a aceptar las peticiones de los barones y la Carta Magna, dos textos que limitaban seriamente la capacidad de decisión del rey. Éste buscó entonces la protección de su señor, Inocencio III, que calificó la Carta Magna de «acuerdo vil, vergonzoso, ilícito e inicuo» y prohibió su observación. El conflicto estalló de nuevo y los sublevados proclamaron candidato a la corona a Luis, hijo de Felipe Augusto, quien desembarcó en Inglaterra, en 1216, bien acompañado de mercenarios. Pero la muerte del rey Juan, que hizo que muchos barones cambiaran de bando para defender los derechos del heredero, Enrique, un niño de nueve años, y el hecho de que también el nuevo papa, Honorio III, se mostrase dispuesto a protegerlo, obligó al príncipe francés a volver al continente.

Fue en ese momento —con un reino dividido y saqueado por los mercenarios de ambos bandos, con un rey de menor edad— cuando mejor pudo comprobarse la solidez de un sistema administrativo que no dejó de funcionar y que permitió mantener y restablecer el orden. Por el contrario, tampoco Enrique III demostró estar especialmente dotado para la política; su empeño en recuperar la iniciativa en el continente y su obediencia a los planes pontificios le condujeron a un endeudamiento imprudente y a la solicitud de impuestos extraordinarios que fueron rechazados por el Parlamento. Los barones, con el apoyo de una parte del alto clero y habiendo encontrado en el conde de Leicester, Simón de Montfort —tercer hijo del conductor de la cruzada contra los albigenses—, el jefe que necesitaban, pusieron al rey bajo tutela y le obligaron a firmar las Provisiones de Oxford, que mediante la creación de una serie de comités o consejos, ponían la administración del reino bajo control nobiliario. Las disensiones de los barones permitieron al rey recuperar algunas posiciones frente a los consejos; en esta situación de equilibrio inestable, se recurrió al arbitraje de San Luis, cuyo fallo fue tajantemente favorable al monarca. El resultado inmediato fue la guerra civil, la victoria de Simón de Montfort en Lewes (1264), ayudado por algunos barones y apoyado por los caballeros y el pueblo de Londres y algunas pequeñas ciudades, y la instauración del gobierno dictatorial por parte del de Leicester, que tomaba el título de senescal de Inglaterra. No se sostuvo mucho tiempo; las contradicciones entre sus partidarios y los abusos propios desencadenaron la revuelta y la derrota y muerte de Simón de Montfort en Evesham (1265). Por el edicto de Marlborough, de 1267, Enrique III restableció la administración monárquica, aunque mantenía la Carta Magna y determinadas cláusulas de las Provisiones de Oxford. Sobre este equilibrio, Eduardo I pudo iniciar una recuperación del poder monárquico, siempre obstaculizada por las dificultades creadas por la guerra en Francia y Escocia.

En el horizonte de los últimos años del siglo XIII se podían contemplar ya los nubarrones —económicos, sociales, políticos— de la centuria siguiente. Pero el fortalecimiento de las monarquías, resultado de la maduración de la sociedad feudal, miraba largamente hacia el futuro.

Bibliografía

- Devailly, G.: *L'Occident du X au milieu du XIII siècle*, París, 1970.
Duby, G.: *El domingo de Bouvines*, Madrid, 1988.

- Holt, J. C.: *Magna Charta*, Cambridge, 1976.
- Kantorowicz, E. H.: *Los dos cuerpos del rey. Un estudio de teología política medieval*, Madrid, 1985.
- Loy, F., y Fawtier, R.: *Histoire des institutions françaises au Moyen Âge*, París, 1957-1962, 3 t.
- Pacaut, M.: *Les structures politiques de l'Occident médiéval*, París, 1969.
- Richardson, H. G.: *The English Parliament in the Middle Ages*, Princeton, 1967.
- Sivéry, G.: *Saint Louis et son siècle*, París, 1983.
- Ullmann, W.: *Historia del pensamiento político en la Edad Media*, Barcelona, 1983.
- : *Principios de gobierno y política en la Edad Media*, Madrid, 1971.

TEMA 28

LA PENÍNSULA IBÉRICA. RECONQUISTA Y REPOBLACIÓN EN EL SIGLO XIII

por MANUEL GONZÁLEZ

En julio de 1212 tuvo lugar la batalla de Las Navas de Tolosa. Con ella concluía la amenaza de los almohades para la *España de los Cinco reinos* y, sobre todo, para la Castilla de Alfonso VIII, que fue la que más duramente soportó, junto con Portugal, los tremendos ataques de los nuevos señores de al-Andalus. De todas formas, los efectos de la victoria, o de la derrota, según se mire, no se dejaron sentir de inmediato. Los reinos cristianos no estaban tan seguros de sí mismos, ni tan repuestos del esfuerzo militar, como para lanzarse de manera insensata sobre los despojos del enemigo. Por otra parte, en Aragón se planteó casi de inmediato una crisis política y la azarosa minoría de Jaime I, al morir Pedro II el Católico en la batalla de Muret (1213), haciendo frente, en defensa de sus vasallos del Languedoc, a los cruzados antialbigenses de Simón de Montfort.

Pero la batalla de Las Navas provocó finalmente la descomposición política del al-Andalus almohade. En torno a 1225 habían surgido por todas partes caudillos locales, almohades unos, andalusíes otros, creando una situación de desconcierto que fue muy bien aprovechada por los reinos cristianos. Así se explica la rapidez con que se produjo el avance reconquistador que, en cuestión de poco más de veinte años, redujo la España islámica a una serie de reinos vasallos —Murcia, Niebla y Granada—, de los que sólo consiguió sobrevivir este último.

1. La reconquista y la repoblación catalano-aragonesas

De acuerdo con los viejos tratados de reparto establecidos entre Aragón y Castilla —tratados de Tudillén y Cazorla—, a la conquista aragonesa correspondían, además de las islas Baleares, las tierras levantinas hasta el puerto de Biar. Esta amplia franja estaba dividida, en el momento de iniciarse la conquista, en tres «reinos» o sectores diferentes: el príncipe almohade Abu Zeyt controlaba la zona norte (Castellón, Burriana, Peñíscola); la zona en torno a Valencia estaba en poder del caudillo andalusí Zayyan, y, por último, el sector más meridional dependía desde 1228 del gran caudillo murciano Ibn Hud.

1.1. ISLAS BALEARES

Sin embargo, a pesar del atractivo de las tierras valencianas, las primeras operaciones tuvieron como objetivo las islas Baleares, cuya conquista emprendió Jaime I en 1229. La campaña, que se inició en septiembre de dicho año con el desembarco del ejército en Santa Ponça, Mallorca, fue financiada por el rey y por una serie de magnates, como el conde Nuño Sans, el obispo de Barcelona, el conde de Ampurias y el vizconde de Bearn. Por ello, tras la expugnación de Palma de Mallorca, los vencedores se repartieron la ciudad y los distintos distritos rurales de acuerdo con la entidad de su aportación militar y económica a la conquista. Ibiza y Formentera serían conquistadas en 1235, sin participación alguna del rey, por el arzobispo electo de Tarragona Guillem Montgrí, quien asoció a la empresa a Nuño Sans y al infante don Pedro de Portugal. Menorca se vio libre, de momento, de la conquista, aunque a costa de pagar un duro tributo al rey aragonés. Sería definitivamente conquistada en 1287, en el reinado de Alfonso III.

La conservación del libro del *repartiment* de Mallorca permite conocer con cierto detalle el proceso de reparto de tierras y bienes inmuebles y la instalación de pobladores. Según parece, la ciudad y la isla fueron divididas en dos mitades, reservándose el rey una de ellas, y entregando la otra a los magnates que le habían ayudado en la conquista. La mayor parte de la tierra correspondiente a la *medietas regis* fue repartida en pequeños lotes entre servidores del rey y hombres de Barcelona, Tarragona y Marsella que habían participado en la conquista. Con todo, se entregaron algunos lotes de importancia, como el que recibió la Orden del Temple (22.000 hectáreas).

1.2. REINO DE VALENCIA

La conquista del reino de Valencia se desarrolló de acuerdo con una política similar a la que por las mismas fechas seguía Fernando III en Andalucía. Efectivamente, tras el fracaso experimentado ante los muros de Peñíscola (1225), Jaime I combinaría hasta 1232 la intervención en los asuntos internos de la zona con algunas conquistas. Y así fue como Abu Zeyt se hizo vasallo del rey aragonés, lo que no impidió que los magnates aragoneses ocupasen algunas plazas de cierta importancia, como Morella, conquistada por don Blasco de Alagón.

En 1233 se inicia la conquista sistemática con la ocupación de Burriana, a la que siguieron Peñíscola y Castellón. La caída de Córdoba (1236) movió a Jaime I a acelerar la campaña final. Las Cortes convocadas en Monzón y la bula de cruzada aportaron los recursos económicos y la justificación moral y religiosa que el rey necesitaba. El día de San Miguel de 1238 se rindió la ciudad, tras un largo asedio, y el 9 de octubre, día de Sant Denis —la *Diada*—, hizo el rey su entrada solemne en la ciudad. A partir de 1242 se produjeron las últimas conquistas: Eslida (1242), Alcira (1243), Denia y Játiva (1244), tras la capitulación del caudillo local al-Azraq, y Biar (1245), alcanzándose así los límites establecidos entre Aragón y Castilla en el tratado de Almizra, firmado el año anterior.

La repoblación del reino valenciano fue lenta y compleja. De entrada, hay que decir que la población cristiana se estableció sólo en determinadas localidades, Valencia entre ellas, de donde se había expulsado a la población musulmana. Sin embargo, los musulmanes permanecieron en muchos lugares, gracias a la firma de una serie de *capitulaciones* o «tratados de rendición» (R. I. Burns) que garantizaban, no sólo su presencia, sino su libertad personal

y de culto, la propiedad de sus bienes y el mantenimiento de un régimen fiscal en todo semejante al que tenían antes de la conquista. El control de los castillos y fortalezas pasó a manos de los cristianos. Aun así, el 1248 se produjo una sublevación, dirigida por al-Azraq, que se extendió por los enclaves mudéjares situados a ambas márgenes del Júcar. El decreto de expulsión distó mucho de llevarse a efecto.

El asentamiento de pobladores cristianos fue muy desigual. El norte, donde quedaron pocos mudéjares, se pobló mal, debido, tal vez, al mayor atractivo que sobre los potenciales repobladores ejercía la rica llanura valenciana. El rey concedió abundantes *cartas pueblas* (sirva como ejemplo la de Peñíscola) y ordenó personalmente algunos repartimientos. Se han conservado varios *llibres del repartiment* de Valencia, que permiten conocer cómo se hizo el reparto de la ciudad y de la tierra circundante.

La ciudad fue dividida en una serie de distritos urbanos o *vici*, hasta un total de 16, incluyendo el barrio judío, donde los pobladores fueron instalados según su procedencia. Hubo nueve *vici* catalanes, frente a seis aragoneses, lo que permite, en principio, afirmar el predominio de aquéllos dentro del grupo de los repobladores. De todas formas, ésta es una cuestión de ardua solución, ya que el proceso repoblador se prolongó hasta 1249, con resultados difícilmente cuantificables. Desde luego, como sucedió en otras partes, llegaron menos pobladores de los previstos, y muchos se marcharon. Y así, cuando en 1270 Jaime I ordenó efectuar la medición o *soqueamiento* de las tierras concedidas a repobladores, se pudo comprobar que, en lugar de los 100.000 iniciales previstos, apenas si se habían establecido unos 30.000.

Cada repoblador recibió, además de casas, un lote de tierras en el que se incluían huerto, viña y algunas *jovadas* de tierra de cereal. En términos generales, se otorgó al poblador la plena propiedad de la tierra; pero, en ocasiones, las *jovadas* de tierra estaba gravadas por un censo de varios *sueños* que debían pagarse al rey. Y, como era norma, los repobladores se comprometían a residir en Valencia y a no vender la tierra recibida, durante los primeros años, o durante su vida, o sin autorización del rey.

2. La reconquista y la repoblación castellano-leonesas

Hasta 1230, Castilla y León se mantuvieron separadas. Sin embargo, en este año, a la muerte de Alfonso IX, su hijo Fernando III, ya rey de Castilla, se convirtió en rey de León. Para entonces, ambos reinos habían iniciado ya su ataque a la España almohade. Más aún, en el caso de León, su expansión territorial estaba ya prácticamente concluida toda vez que entre 1229 y 1230 se produjeron la recuperación de Cáceres (1229) y la conquista de los dos enclaves más importantes de la baja Extremadura, Badajoz y Mérida. En todas estas conquistas tuvo una participación destacadísima la Orden de Santiago, a la que el rey leonés otorgó un inmenso señorío que se extendía desde Montánchez hasta sierra Morena. No sabemos qué hubiera sucedido entre Castilla y León, de haberse mantenido por más tiempo la separación entre ambos reinos y haber continuado la expansión leonesa a lo largo del «Camino de la Plata» en dirección a Sevilla. La unión dinástica en 1230 impidió, probablemente, una guerra fratricida que no hubiera favorecido los intereses de los cristianos.

2.1. ANDALUCÍA

La ocupación de la región bética tuvo lugar en su mayor parte en la primera mitad del siglo XIII. Entre 1224 y 1248, los castellanos llevaron a cabo una serie de campañas, desde las primeras de tanteo e intervención en apoyo del intento independentista en Baeza del príncipe almohade Muhammad al Bayasí, hasta la campaña final de Sevilla. Una a una fueron cayendo las principales ciudades del valle del Guadalquivir: Baeza (1227), Úbeda (1233), Córdoba (1236), Jaén (1246), Carmona (1247) y Sevilla (1248). A la muerte de Fernando III (1252), Castilla controlaba todo el sur peninsular, bien por conquista, bien por medio de pactos vasalláticos con los reyes de Granada y Niebla, bien por medio de la implantación de un régimen de protectorado, como en los casos de Jerez y el territorio del Guadalete.

Con Alfonso X se produjeron nuevos avances territoriales: ocupación del reino de Murcia y la zona del Guadalete, tras la revuelta de los mudéjares en 1264. A fines de siglo, Sancho IV conquistaría Tarifa (1292), dando principio así a un largo conflicto militar contra benimerines y granadinos por el control del estrecho de Gibraltar, que finalizaría en tiempos de Alfonso X con la conquista de Algeciras (1344).

La repoblación fue menos lineal y más compleja, en cambio, que la ocupación militar del territorio. Conocemos bastante bien su primera fase, la que concluye, aproximadamente, hacia 1280. Sabemos menos de los procesos repobladores posteriores, que se prolongan hasta principios del siglo XVI y que hacen de la repoblación andaluza un fenómeno de *larga duración*.

Podemos distinguir en la repoblación del siglo XIII dos fases, por lo menos. La primera se prolonga hasta 1264, año en que tiene lugar la revuelta mudéjar. Esta primera época se caracteriza por la presencia en la región de numerosos moros sometidos o *mudéjares*, a quienes se permitió permanecer en virtud de unas capitulaciones en todo semejante a las valencianas. El predominio de los mudéjares era absolutamente abrumador en el campo y, sobre todo, en las campañas de Córdoba y Sevilla. En cambio, la repoblación cristiana se ejerció fundamentalmente sobre las grandes ciudades y villas, ocupadas militarmente y de las que había sido expulsada la población musulmana. Se trata, pues, de una repoblación «selectiva», de signo urbano y militar, que pretendió ante todo el control del territorio y, tal vez, la implantación de un sistema de tipo «colonial». Este intento se vendría abajo tras la revuelta de los mudéjares en 1264, y, por las mismas fechas, la ruptura por parte de Granada de su vasallaje hacia Castilla y la entrada en acción de los benimerines. Todo ello supuso el inicio de una época de dificultades y de problemas en la frontera, que dificultaron enormemente el proceso repoblador.

La instalación de los repobladores se hizo siguiendo el sistema del *repartimiento*. Fernando III y Alfonso X otorgaron, sin duda, grandes propiedades a la nobleza, la Iglesia y las órdenes militares (los famosos *donadíos* andaluces): pero, al mismo tiempo, favorecieron la aparición de una masa de medianos y pequeños propietarios, que fueron, en el contexto repoblador, el elemento más característico de la región. Por ello, es erróneo vincular los orígenes del *latifundismo* andaluz con los repartos efectuados en el siglo XIII. Todos los repobladores, por el simple hecho de serlo y de acuerdo con su condición socio-militar (en Andalucía se los agrupaba en tres categorías básicas; «caballeros de linaje» o hidalgos, «caballeros ciudadanos», herederos de la tradición castellano-leonesa de los «caballeros villanos», y «peones»), recibieron casas o solares, y un lote de tierra en el que, por lo menos,

se incluían varias hectáreas de tierra de labor (a partir de un mínimo de 30 ha), y, a veces, también olivar y viñedo.

A juzgar por los datos de que disponemos, el número de pobladores asentados en Andalucía resultó insuficiente para compensar la sangría demográfica producida por la conquista y por el éxodo casi masivo de los mudéjares tras la revuelta de 1264. Con la excepción de las grandes ciudades, como Sevilla, Jaén, Córdoba o Jerez, las restantes recibieron contingentes de repobladores que en la mayoría de los casos apenas superaban la cifra de los 200 vecinos. Y así se explica, no sólo la baja densidad de las ciudades, sino el despoblamiento casi general del campo, acentuado por el carácter de *frontera* que tenía buena parte de la región.

Andalucía fue poblada mayoritariamente por gente venida de todos los puntos de los reinos de Castilla y de León. Predominaron los oriundos de ambas Castillas —especialmente de las zonas de Burgos y de Toledo— y del señorío de Vizcaya y Santander, y abundaron los procedentes de León (Sahagún) y de Galicia. No faltaron pobladores de otros reinos peninsulares: Corona de Aragón —en especial de Cataluña—, Navarra y Portugal. En Sevilla y en el sector de la bahía de Cádiz se instalaron importantes colonias de extranjeros, siendo la genovesa la de mayor peso. Desde la misma repoblación consta la existencia de *juderías* en la mayor parte de las ciudades andaluzas. En cambio, desde 1264, los mudéjares tienden a convertirse en un sector demográfico de poco peso y casi residual; cuya presencia quedó restringida a partir de 1300 a contadas ciudades de la región (Córdoba, Écija, Sevilla y Niebla).

2.2. EL REINO DE MURCIA

A la muerte en 1238 del gran caudillo andalusí Ibn Hud, el reino de Murcia entró en una profunda crisis interna. El nuevo rey, Muhammad ibn Hud —el Abenhudiel de las crónicas—, era incapaz de controlar a los caudillos locales o *arraeces* ni, menos aún, de mantener la integridad territorial de su reino frente al expansionismo del rey de Granada. Estas circunstancias, además del lógico deseo de ponerse a cubierto de la conquista castellana, que parecía inevitable, explican la firma del tratado de Alcaraz (1243), en virtud del cual el rey de Murcia se convirtió en vasallo de Fernando III y le entregó todas las fortalezas de su reino, garantizándose para sí y para los *arraeces* que le seguían la percepción de unas rentas y el mantenimiento de su condición de rey. En este mismo año, el príncipe heredero don Alfonso tomó posesión de las fortalezas murcianas y ocupó por la fuerza aquellas que, como Lorca, se negaron a aceptar lo pactado en Alcaraz.

Durante 20 años, hasta 1264, el reino de Murcia conoció una primera fase de protectorado castellano durante la cual, aparentemente, todo siguió igual que antes. Sin embargo, la presencia castellana no se redujo a las guarniciones establecidas en las numerosas fortalezas y castillos del reino. A su sombra fue produciéndose el asentamiento de unos primeros contingentes de repobladores.

En 1264 estalló la sublevación de los mudéjares, y, a diferencia de Andalucía, donde fue sometida en pocos meses, en Murcia adquirió una especial violencia, hasta el punto de que Alfonso X requirió la intervención de su suegro Jaime I de Aragón para poder someterlos. Conseguido el control militar del territorio en 1266, se inició la repoblación definitiva del reino de Murcia.

La repoblación murciana se llevó a cabo con unos criterios semejantes a los aplicados años antes en Andalucía, aunque el rey castellano debió tener en cuenta —al menos en Murcia— lo hecho por Jaime I. Los pobladores fueron agrupados por categorías militares —*caballeros*, mayores, medianos y menores, y *peones*, mayores, medianos y menores—, entregándoseles parcelas de tierra tanto de regadío, en la Huerta, como de secano o *albar*. En su mayor parte procedían de Castilla y de la Corona de Aragón. En el caso de la ciudad de Murcia, los catalanes representaban el 39 por ciento de los repobladores asentados en 1266, frente a un 35 por ciento de castellanos. Lo mismo se observa en otras localidades, como Lorca, donde una tercera parte de los repobladores era oriunda de Aragón y Cataluña. Permanecieron bastantes mudéjares, tanto en Murcia como en otras partes del reino.

A pesar de los importantes contingentes de población foránea que participaron en los repartos de 1266, la repoblación del reino de Murcia fue muy dificultosa y, como sucedió en Andalucía, sus resultados no debieron ser muy satisfactorios. Prueba de ello es la serie de repartos sucesivos que se llevaron a cabo. Así, en Murcia se efectuaron tres «particiones» entre 1266 y 1273; en Orihuela se hicieron, entre 1266 y 1272, otros tantos repartos. La explicación es obvia: muchas de las tierras repartidas seguían sin cultivar, por ausencia o abandono de sus primeros propietarios.

3. La reconquista portuguesa

Portugal inició su avance hacia el sur casi al mismo tiempo que los restantes reinos peninsulares. En 1226 Sancho II Capelo ocupó Elvas, a la que siguieron en los años siguientes las plazas del tramo final del Guadiana (Serpa, Moura, Mértola y Ayamonte). Hacia 1242, con la conquista de Tavira, acometió la del Algarbe. La guerra civil que enfrentó a Sancho con su hermano Alfonso, conde de Bolonia, y que concluyó en 1248 con su deposición, detuvo las conquistas, pero, entre 1249 y 1251, Alfonso III ocupó Faro, Loulé, Silves y, al otro lado del Guadiana, una serie de plazas como Aracena y Aroche. Alfonso X reclamó la posesión del Algarbe y de los territorios situados en la margen izquierda del Guadiana (Serpa, Moura, Nódar, Aracena, Aroche, Ayamonte...), viendo reconocidas sus pretensiones por el tratado de Badajoz de 1267. Treinta años más tarde, sin embargo, coincidiendo con la minoría de Fernando IV, por el tratado de Alcañices (1297) Castilla renunció a estos territorios, conservando tan sólo Aracena y Aroche a cambio de la cesión de Olivenza.

Se sabe poco sobre la repoblación del Bajo Alentejo y del Algarbe. Pero todo parece indicar que la primera de las dos comarcas siguió estando poco poblada. La mayor parte del territorio se atribuyó a las órdenes militares, especialmente la de Santiago de la Espada, cuyas encomiendas se desplegaban sin solución de continuidad desde el estuario del Tago hasta el Guadiana. Más intensa fue la repoblación en el Algarbe, debido, tal vez, al interés comercial de sus puertos, y a la pervivencia de la mayoría de la población musulmana.

4. Expansión y crisis. Balance del siglo XIII peninsular

El siglo XIII se caracteriza, sin duda, por la gran expansión territorial desplegada por los reinos cristianos. Pero, al mismo tiempo, por la madurez alcanzada. La Corona de Aragón, con la conquista de Valencia, alcanzó su formulación definitiva, al tiempo que, con el tratado de Corbeil (1258), Jaime I renunciaba al viejo «sueño» de los condes de Bar-

celona de extender su dominio a Occitania, aunque fuese a cambio de acabar con su ambigua situación de dependencia feudal con respecto a los reyes de Francia. El final de la reconquista aragonesa abrió nuevas posibilidades de expansión, territorial y comercial, por el Mediterráneo, expansión que se inició en 1282 con la conquista de Sicilia por Pedro III el Grande. Sin embargo, el testamento de Jaime I (1276) había introducido un elemento perturbador al crear el reino de Mallorca, que finalmente se integró, aunque no sin problemas, en la Corona de Aragón en tiempos de Pedro IV (1343).

Por su parte, Navarra, el gran ausente en el proceso reconquistador, pierde definitivamente importancia dentro del conjunto peninsular. A la muerte de Sancho VII (1234), la nobleza navarra prefirió elegir rey al conde Teobaldo de Champaña antes que a Jaime I de Aragón. La nueva dinastía, presionada por sus dos poderosos vecinos —Aragón y Castilla— basculó inevitablemente hacia Francia. Desde 1273, Navarra, cuya reina Juana se había comprometido en matrimonio con un hijo del rey francés Felipe III, quedó vinculada por varias generaciones a la Casa de Francia.

Castilla se vio aquejada durante la segunda mitad del siglo XIII por problemas internos, agravados por la situación internacional. A los problemas y exigencias derivados de la guerra de frontera —especialmente dura a partir de la revuelta mudéjar de 1264-1266 y, sobre todo, de las incursiones benimerines en el valle del Guadalquivir (1275-1285)— se añadió la aspiración de Alfonso X al título imperial, (vacante desde la muerte de Federico II. Al servicio de esta política puso el rey cuantiosos recursos, que empobrecieron el reino y crearon un descontento generalizado. Por otra parte, sus reformas legislativas —el *Fuero Real* y el código de *Las Siete Partidas*—, inspiradas en el derecho romano, chocaron con la resistencia de todos. La muerte de su primogénito, don Fernando de la Cerda (1275), dio origen a un pleito sucesorio que desembocó en una guerra civil (1282-1284). La resolución del mismo, a comienzos del siglo XIV (Paz de Torrellas, 1304), se logró a costa de ceder a Aragón, cuyo rey Jaime II había apoyado los derechos de don Alfonso de la Cerda, una parte importante del reino de Murcia (Alicante, Elche y Orihuela).

Bibliografía

- García de Cortázar, J. A. y otros: *La organización social del espacio en la España medieval. La Corona de Castilla en los siglos VIII al XV*, Barcelona, 1985.
- González Jiménez, M.: *En torno a los orígenes de Andalucía. La repoblación del siglo XIII*, Sevilla, 1988, 2.^a ed.
- López Elum, Pedro: *La conquista de Valencia*, Cuadernos Historia 16, Madrid, 1988.
- Moxo, Salvador de: *Repoblación y sociedad en la España cristiana medieval*, Madrid, 1979.
- Torres Fontes, Juan: *La repoblación murciana en el siglo XIII*, Murcia, 1963.

TEMA 29

LAS SÍNTESIS CULTURALES: LAS UNIVERSIDADES. LOS MENDICANTES Y LAS FORMAS DE PIEDAD EN EL SIGLO XIII

por SALVADOR CLARAMUNT

1. Las escuelas urbanas

A partir de mediados del siglo XI, la cultura y la transmisión del saber experimentaron un profundo cambio, ligado a las transformaciones socioeconómicas sobrevenidas en Occidente entre los siglos XI y XIII.

En la Alta Edad Media, las escuelas monásticas fueron los centros de saber por excelencia, a los cuales se añadieron, a partir de Carlomagno, las escuelas catedralicias y episcopales, que poco a poco fueron superando en importancia a las primeras. En el siglo XII, la escuela catedralicia era la institución escolar urbana por excelencia. Bajo la autoridad del obispo y de su canciller, alrededor del claustro catedralicio se impartían unos conocimientos básicamente orientados a las preocupaciones religiosas. La calidad de esa enseñanza estaba determinada por los profesores, así como también por el prestigio de la catedral. Prácticamente todos los hombres importantes del mundo de la cultura del siglo XII estuvieron ligados a ellas, ya como obispos, ya como responsables; tal es el caso de Fulberto y Juan de Salisbury con Chartres, Hildeberto con Le Mans, Gilberto de la Porrée con Poitiers, Pedro Lombardo con París. Poco a poco, algunas de esas escuelas fueron adquiriendo notoriedad por alguna de las enseñanzas impartidas en ellas: Orleans, por la gramática y la retórica; París, por la dialéctica y la filosofía; Chartres, Canterbury, Le Mans, Reims, Laón, por sus célebres profesores.

En algunas ciudades, además de la escuela catedralicia, había una escuela de otro tipo, que podríamos denominar laica, en la cual se daban conocimientos tales como el de la lectura y la escritura, y algunas nociones de matemáticas, útiles para los comerciantes, los mercaderes y sus colaboradores. Las escuelas de este tipo eran bastante numerosas en las ciudades más antiguas del sur de Europa, especialmente en Italia, donde la tradición de la instrucción laica sobrevivió entre los escribanos, notarios y hombres de leyes. Pavía era un ejemplo de este tipo de escuela, en su caso nacida en torno de la antigua escuela de retórica, que se convirtió en un centro de enseñanza del derecho lombardo y cuyos *iurisperiti* eran célebres en el siglo XI. Hubo otras escuelas de características semejantes a las de Pavía, en Mantúa, Milán, Verona, Vercelli, Piacenza y Rávena; las de esta última alcanzaron notable fama. A finales del siglo XI, las más prestigiosas eran las de Bolonia.

La validez de estas escuelas perduró mientras el saber estuvo limitado a las siete artes liberales (gramática, retórica, dialéctica o lógica, aritmética, geometría, música y astronomía), encuadradas en la tradicional compartimentación del *trivium* y *quadrivium*. Pero en la segunda mitad del siglo XII, al llegar a Occidente los nuevos conocimientos de la ciencia árabe —sobre todo a través de Sicilia y la Península Ibérica—, la filosofía de Aristóteles, las obras de Euclides y de los médicos griegos, y la nueva aritmética, dichas escuelas resultaron insuficientes, o no fueron capaces de adaptarse a las nuevas necesidades y demandas de la sociedad; en no pocos casos ellas mismas dieron nacimiento a las universidades, como exponente de un saber y de una estructura organizativa totalmente nuevos.

1.1. LAS PRIMERAS UNIVERSIDADES

El siglo XIII fue el siglo de las universidades, pero su verdadera gestación se produjo a finales de la centuria precedente. Es difícil fijar una cronología exacta de la aparición del fenómeno universitario. El origen del movimiento estuvo siempre en la voluntad de los maestros y de los discípulos de organizarse lo mejor posible de acuerdo con sus intereses. La universidad, en tanto que corporación, tuvo un desarrollo lento, y se fue consolidando paulatinamente mediante una serie de conquistas sucesivas arrancadas a los poderes locales, fuesen eclesiásticos o laicos, y al poder real o imperial. Los primeros indicios de tendencias corporativas en profesores y estudiantes de las escuelas de las ciudades aparecieron como imitaciones del sistema gremial; las primitivas agrupaciones fueron denominadas *universitas*. Tenían por objetivo la defensa de los intereses de sus miembros frente a las presiones externas, la regularización de la enseñanza y la institucionalización de las condiciones por las que se garantizaba que quien aspirase a ser admitido en la corporación de maestros, tuviese el nivel adecuado.

Una de las primeras escuelas catedralicias organizadas de acuerdo con estos criterios fue la de Notre-Dame de París, que se constituyó en prototipo de corporación docente y discente o *universitas*, conservando la forma que tenía desde Guillermo de Champeaux y Pedro Abelardo. En 1179, el papa Alejandro III había decretado la gratuidad y la libertad de enseñanza para las escuelas de París (Notre-Dame, San Víctor, Santa Genoveva). El rey Felipe Augusto reconoció en 1200 las libertades y privilegios de la *Universitas magistrorum et scholarium Parisiensium* (Asociación de los maestros y estudiantes de París), cuyo centro superior de enseñanza, que en la época se denominaba *Studium*, llegó con el tiempo a llamarse universidad. Este privilegio real fue concedido después de duros enfrentamientos entre los agentes del preboste de París y los estudiantes, que habían saqueado una taberna; el rey se limitó a otorgarles un privilegio por el que se libraba a maestros y discípulos de la jurisdicción del preboste y se les sometía exclusivamente a la del obispo. En 1215, Inocencio III confirmó los privilegios de la universidad de París, tras un conflicto de cuatro años gestado en torno del juramento de fidelidad debido por los maestros al obispo. Este nuevo estatuto descansaba sobre tres autonomías esenciales: la *autonomía respecto de la jurisdicción eclesiástica*, por la cual la universidad se sustraía en la práctica a la autoridad del obispo y pasaba a depender del papa; la *exención de la autoridad real*, por la cual no estaba sometida al control de los oficiales reales y estaba eximida de impuestos, y la *autonomía de gestión*, por la que era soberana en sus asuntos internos y en la colación de grados, y tenía los derechos de huelga y de secesión.

Al mismo tiempo que en París, surgió en Bolonia un centro superior de estudios. La Universidad de Bolonia es el resultado de la confluencia de las enseñanzas de las tres escuelas existentes en la ciudad: la municipal, para estudios en artes; la notarial, para estudios de derecho, y la del monasterio de San Félix, para el derecho canónico.

La fama de las escuelas de derecho de Bolonia era tal que, en el siglo XII, acudían a la ciudad gran cantidad de estudiantes de toda Europa. En el primer tercio del siglo XII la figura de Irnerio, profesor durante más de veinticinco años, dio fama universal a Bolonia. Él fue el introductor del estudio integral del *Corpus Iuris Civilis*, mediante el sistema de glosas (explicaciones entre líneas o en los márgenes) de los puntos más oscuros del texto jurídico. El método de Irnerio fue continuado a lo largo del siglo XII por sus discípulos Jacopo, Bulgarus, Vacarius, Hugo y Alberico de Porta Raveñana y Piacentino, y, ya en el siglo XIII, sobre todo por Accursio, el último de los grandes glosadores.

Bolonia fue también la madre del derecho canónico por obra de Graciano, que lo convirtió, con su famoso *Decreto*, en una ciencia académica; surgieron así los decretistas o expertos en derecho canónico, que contribuyeron al prestigio de la ciudad.

Los primeros privilegios de Bolonia se debieron al emperador Federico I Barbarroja, que otorgó el famoso *Habita* de 1158, por el que tomaba bajo su protección a los estudiantes en viaje a Bolonia, y, una vez en la ciudad, los dejaba a cargo de su maestro o del obispo, sustrayéndolos a la jurisdicción del común.

Los estudios impartidos en Bolonia se institucionalizaron bajo la presión de los burgueses y del poder comunal. A diferencia de París, la corporación o *universitas* lo era únicamente de estudiantes, ya que los profesores debían prestar al común juramento de no enseñar fuera de la ciudad, lo que, en la práctica, los aproximaba a funcionarios municipales.

Los estudiantes, en su mayoría extranjeros, fundaron sus propias agrupaciones para defenderse de las presiones del común, formando dos *universitates*: la de los procedentes de más allá de los Alpes, los ultramontanos, y la de los italianos en general o cismontanos, que a su vez se dividieron en naciones, según el lugar de origen.

Los alemanes fueron los primeros en organizarse en una nación. A finales del siglo XII había ya cuatro naciones; así, la universidad era muy distinta de la de París, no en cuanto al funcionamiento del *Studium*, sino en cuanto a la organización de las corporaciones de estudiantes y profesores.

Los enfrentamientos entre el común y los estudiantes produjeron diversas secesiones, en las que se mandaron grupos a las ciudades de Vicenza (1204), Arezzo (1215) y Padua (1222). Este último fue el éxodo más importante; al unirse a los estudiantes diversos profesores, se fundó una universidad en dicha ciudad.

Hacia 1230, las universidades de Bolonia quedaron definitivamente establecidas mediante una serie de privilegios de procedencia imperial, comunal y pontificia. En 1245, las universidades obtuvieron los derechos civiles de la ciudad y el podestá se comprometió a respetar las disposiciones en su favor. A partir de 1259, las universidades boloníesas pudieron elegir extranjeros como profesores. Ése fue el primer paso en un proceso que culminó en 1280, cuando las corporaciones de estudiantes lograron el derecho a contratar por sí mismas profesores a los cuales el común les otorgaría un salario fijo.

Otro centro de alta cultura, cuya universidad se puede considerar como perteneciente al grupo pionero, es Salerno. En esta ciudad meridional de Italia surgió un gran centro médico, cuyo prestigio, ya grande en el siglo IX, se incrementó durante los siglos X a XII. No corresponde, sin embargo, hablar de la existencia de una escuela propiamente dicha, ya que la enseñanza se transmitía de individuo a individuo, como en la Antigüedad. En

el siglo XI, el monje Constantino, procedente de África, trajo a Salerno la influencia árabe y acabó de consolidar su fama científica. En el siglo XII, los estudios de Salerno —anatomía y cirugía— alcanzaron su apogeo, aunque no llegaron a formarse corporaciones al estilo de París y Bolonia. De hecho, la enseñanza fue libre y no se reglamentó hasta 1231, cuando Federico II le dio entidad jurídica y ya estaban en plena decadencia.

Montpellier fue otro caso de creación universitaria espontánea. Desde el siglo XII existían en la ciudad varias escuelas, siendo la más famosa la de medicina, debido a la presencia de médicos judíos, a los importantes centros hospitalarios con que contaba, y al hecho de estar Montpellier emplazada cerca del mundo cultural hispano-árabe y tener contactos comerciales con Italia. En 1181, el conde Guillermo VIII dio plena libertad de enseñanza a todo médico que abriese una escuela en la ciudad, disposición que atrajo a un numeroso grupo de maestros de Salerno. Entre 1180 y 1220 se dio el paso decisivo de organizar todas las enseñanzas dispersas en un *Studium*, con sus exámenes, licencias y corporaciones. Así nació la universidad de Montpellier, institucionalizada definitivamente en 1289 por una bula pontificia.

Oxford contó, desde 1100, con maestros notables, que enseñaban en varios conventos de la ciudad, dependientes del obispado de Lincoln. En 1167 se instalaron en Oxford numerosos maestros y estudiantes procedentes de París, lo que dio gran impulso a los estudios. A principios del siglo XIII, Oxford era ya un verdadero *studium* consolidado. Como en París, las corporaciones de profesores y estudiantes se formaron bajo la presión de los acontecimientos externos. El estallido de un conflicto entre los habitantes de Oxford y los estudiantes en 1208-1209, provocó la dispersión de escuelas. Profesores y alumnos se trasladaron a París, Reading y, sobre todo, Cambridge, donde se fundó una universidad. La importancia de Oxford creció cuando se produjo la gran secesión de París (1229-1231), que aumentó considerablemente el número de estudiantes de la ciudad.

París, Bolonia, Salerno, Montpellier y Oxford fueron los centros en que el movimiento universitario surgió de una manera espontánea y como consecuencia de la evolución de una tradición precedente; a su vez, como acabamos de ver, estos centros dieron nacimiento a nuevas universidades por secesión. A partir de la primera época, el movimiento universitario se extendió por toda Europa. Hubo un segundo grupo de universidades creadas por una bula o carta de fundación dada por el papa, el emperador o un rey, en que se definían sus privilegios y se otorgaban unos estatutos y la *licentia ubique docendi*. De esta manera surgieron las universidades de Nápoles, fundada por Federico II en 1224, y Roma (1244), Siena (1247) y Piacenza (1248), creadas por Inocencio IV. En el sur de Francia se creó, en 1229, la Universidad de Toulouse debido al interés del pontificado en contar con un centro superior que contribuyera a extirpar la herejía albigense. En Castilla, Alfonso VIII fundó en 1212, a partir de una escuela episcopal, la Universidad de Palencia. El rey de León, Alfonso IX, fundó en 1218 la de Salamanca, que en 1254 sería confirmada por una bula de Alejandro IV. El mapa universitario se fue completando con las siguientes fundaciones, todas anteriores a 1350: Lérida, Orleans, Lisboa, Vercelli, Vicenza, Arezzo, Angers, Valladolid, Praga, Pisa, Perugia, etc.

1.2. LA ORGANIZACIÓN UNIVERSITARIA

Los estatutos de los distintos *studia* reglamentaron la organización de los estudios. Aparecieron así las facultades, que englobaban al conjunto de profesores y estudiantes de

una misma disciplina —artes, teología, medicina, derecho—. Para las facultades de artes, la duración de los estudios era de seis años; se iniciaban sobre los dieciséis años, y no se podía obtener la *licentia docendi* hasta los veintiuno. En teología, en cambio, había que seguir ocho cursos, y nadie se podía licenciar hasta los treinta años y doctorarse hasta los treinta y cinco.

La enseñanza descansaba siempre sobre la lectura y el comentario de textos —*lectio* y *disputatio*— por los que el alumno conocía el tema y se ejercitaba en la dialéctica, demostrando su capacidad de raciocinio. La dialéctica era considerada un ejercicio original y la materia más característica del método escolástico. Una o dos veces durante el curso, cada profesor organizaba una disputa de *quodlibet*, sobre cualquier tema, y al día siguiente de la discusión tenía que dar sobre ella una *determinatio* coherente. Los textos empleados eran los de las llamadas «autoridades», y cada *studium* reglamentó los ejercicios para obtener los grados académicos a lo largo del siglo XIII. El grado más antiguo era la *licentia docendi*, que se obtenía después de responder a un jurado de profesores; seguía después el doctorado o maestría. Un grado previo a la licencia era el de bachiller (*baccalariandorum*), que se obtenía a los dos años, cuando el estudiante superaba un examen denominado *determinantium*. Los grados académicos correspondían a la estructura de los gremios y de los oficios: los estudiantes a los aprendices, los bachilleres a los oficiales y los licenciados y doctores a los maestros.

El calendario escolar constaba de unos 140 días lectivos anuales, y aunque oficialmente no había vacaciones de verano, entre el 29 de junio y el 14 de setiembre disminuía notablemente la asistencia de profesores y alumnos a las clases; sí, en cambio, estaban previstas las vacaciones de Navidad y Pascua. Las fiestas religiosas eran numerosísimas, unas ochenta y cinco. Tampoco se daban clases en ocasión de las fiestas de estudiantes, de la celebración de procesiones y de las lecturas de tesis doctorales, a las que debían asistir todos los alumnos.

2. Las órdenes mendicantes

La evolución socioeconómica y cultural del Occidente medieval a partir del siglo XI fue muy profunda. Las órdenes religiosas, tradicionales, salidas del tronco común fundado por san Benito, fueron muy útiles en una sociedad fuertemente ruralizada; pero para los nuevos tiempos, sobre todo desde finales del siglo XII, cuando las ciudades crecieron y algunas se convirtieron en núcleos densamente poblados, hubo que utilizar nuevos métodos y surgió una nueva concepción de la religiosidad. La Iglesia y, sobre todo, sus servidores ya no podían seguir, como hasta entonces, reclusos en sus monasterios, alejados de la ciudad: había que confraternizar con los habitantes de los núcleos urbanos y participar de su nueva problemática cotidiana.

Por otra parte, la nueva situación intelectual originada en las nuevas corrientes de pensamiento, el surgimiento de las universidades y los ideales de pobreza voluntaria, asumidos por algunos movimientos heréticos, obligaron a la Iglesia a tratar de poner remedio a la crisis de la cristiandad occidental. En esta línea estaban las órdenes mendicantes, fruto de una nueva situación, en que el fraile urbano sustituyó al monje campesino. Los fundadores de las nuevas órdenes religiosas cogieron de las sectas heréticas sus métodos y su género de vida: práctica de la pobreza y predicación itinerante, allí donde hiciese falta. Su éxito se basó precisamente en esa adaptación a las nuevas circunstancias.

2.1. LA ORDEN DE LOS PREDICADORES

Su fundador fue Santo Domingo de Guzmán (1170-1221), un castellano nacido en Caleruega en el seno de una familia de la pequeña nobleza. Fue canónigo capitular en la diócesis de Osma. En un viaje se puso en contacto con el movimiento herético cátaro, que había arraigado en el Languedoc. Desde entonces su campo de acción fue el sur de Francia, donde, en 1206, fundó en Prouille una casa para albergar mujeres con escasos recursos, para evitar que fueran atraídas por las doctrinas cátaras. En un principio, su labor de captación tuvo poco éxito, hasta que la protección de los cruzados de Simón de Montfort le permitió articular lo que después fue la orden de los dominicos.

Toulouse fue el centro de acción de los primeros predicadores itinerantes, que en 1216 ya se habían dado un reglamento inicial. Inocencio III y, después, Honorio III acogieron favorablemente la labor de Domingo de Guzmán y sus predicadores, que extendieron por un territorio cada vez más amplio su nueva forma de prédica. Entre 1218 y 1221, Domingo de Guzmán desarrolló una ingente actividad, realizando varios viajes, entre ellos a Roma; hasta que en un Capítulo General celebrado en Bolonia en 1220 se dieron las primeras estructuras, por las que, al frente de la orden, se ponía un Maestro General, al que estaban sometidos todos los predicadores. Todos los años se debía reunir un Capítulo General para elaborar los reglamentos de la orden y, a la vez, ejercer el poder judicial. En el año de la muerte de Domingo de Guzmán en Bolonia (1221), la orden contaba ya con más de veinte conventos, repartidos en ocho provincias, dirigido cada uno de ellos por un prior y un capítulo provincial.

La vida del fraile predicador era síntesis de actividad canónica, monacal y apostólica. La regla adoptada por los predicadores fue la de los Canónigos de San Agustín, con unas características propias como la fidelidad a la vida apostólica, es decir, la exigencia de ser pobres y practicar la mendicidad para sobrevivir, a la vez que se daba una gran importancia a la formación intelectual de los frailes. Cada provincia disponía de centros de estudios teológicos y bíblicos; por eso, los predicadores se instalaron en ciudades universitarias como Bolonia, París, Oxford, Colonia y especialmente Toulouse, ocupando rápidamente las cátedras de teología y filosofía.

2.2. LOS FRANCISCANOS

Casi simultánea a la fundación por Domingo de Guzmán de la Orden de los Predicadores, fue la creación en Italia, por Francisco de Asís (1182-1226), de la *Ordo fratrum minorum*. Francisco Bernardone era hijo de un burgués de Asís, hasta que, en 1205, a los veintitrés años, rompió con la vida familiar para llevar una vida de retiro, oración y mendicidad. En 1209 había reunido discípulos decididos a llevar una vida apostólica, de trabajo y mendicidad, por lo que suscitó ciertos celos, ya que este tipo de vida estaba próximo al que llevaban algunos movimientos heterodoxos del momento. En 1209, Francisco y sus compañeros acudieron a Roma para someter a la aprobación del papa Inocencio III su norma de vida, pero hasta el pontificado siguiente, de Honorio III, en 1223, no se aprobó la regla, que parece atenuar los rigores del primer espíritu franciscano. Fueron años duros para Francisco, el cual, después de algunos desórdenes nacidos de una crisis de autoridad, dejó a sus primeros discípulos la dirección de la comunidad. Francisco se retiró al monte Alverna, en Toscana, donde murió en 1226.

La estructura interna de la orden a la muerte de Francisco de Asís era bastante vulnerable. Pronto surgieron en ella dos tendencias: la conservadora y la de los espirituales franciscanos o radicales. Sin embargo, acabó por imponerse la línea más moderada durante el largo gobierno de la orden por san Buenaventura (1257-1274).

La organización definitiva aprobada por la Santa Sede establecía que fuera dirigida por un Ministro General asistido por un Capítulo General; en el nivel inferior estaban los Capítulos provinciales y los conventos, dirigidos cada uno por un custodio. Un cardenal protector velaba por la estricta subordinación de la Orden al papado. A finales del siglo XIII, los franciscanos o frailes menores contaban con más de 1.500 casas repartidas en 34 provincias; completaba la acción de la orden una rama femenina, la de las clarisas.

A pesar del proyecto de pobreza estricta, muy pronto hubo franciscanos que estudiaron teología y se dedicaron a mantener una presencia en las universidades y centros de estudio superior, ocupando también importantes cátedras.

2.3. OTRAS ÓRDENES MENDICANTES

El ideal de pobreza voluntaria propició la aparición de nuevas órdenes mendicantes, pero sólo unas pocas lograron perdurar.

Los carmelitas, de procedencia oriental, surgieron de una formación eremítica instalada en el Monte Carmelo, fundada por Bertoldo de Calabria en 1185, cuyo ejemplo declarado era el profeta Elías. Cuando los musulmanes les echaron del Monte Carmelo, en 1238, emigraron a Occidente. A mediados del siglo XIII, Inocencio IV adaptó su regla, que había sido dada por Alberto, patriarca de Jerusalén, al modelo de las órdenes mendicantes. Su difusión por Occidente se inició en Italia, para después extenderse por todo el Mediterráneo occidental; a partir de 1250, cuando su severa regla se dulcificó, se introdujeron en las principales universidades.

Hay que buscar el origen de la orden de los ermitaños de San Agustín en la denominada «gran unificación» de 1256, por la cual diversos grupos de eremitas y religiosos se fusionaron, adoptando unas constituciones semejantes a las de los dominicos. Los agustinos, como se les conoce corrientemente, tuvieron un gran peso en la vida de la Iglesia por su participación, su cultura y la dignidad de su vida.

La orden de los mercedarios, fundada como piadosa cofradía laica para el rescate de cautivos, se transformó en 1234 en orden militar y, a principios del siglo XIV, también en orden mendicante.

Estas órdenes religiosas, nacidas en el siglo XIII, tuvieron un gran impacto en la vida de la Iglesia y en la propia geografía urbana. A partir de entonces, en todas las ciudades de la Europa occidental y central, las iglesias de los dominicos, franciscanos y carmelitas fueron puntos de orientación obligatorios, difundiendo con su ejemplo y su actuación un modo de vida religiosa más acorde con las nuevas realidades urbanas, puesto que estaban presentes en todos los problemas y necesidades tanto de la ciudad como de sus habitantes. El papado sostuvo de manera casi constante a las órdenes mendicantes, de las que se sirvió como instrumentos centralizadores en la defensa y la propagación de la fe. Desempeñaron un papel decisivo en la inquisición pontificia —especialmente los dominicos, en su lucha contra la herejía cátara o albigense— y en el control de las doctrinas que se enseñaban desde las cátedras universitarias. También fueron vitales para la expansión del cristianismo por

su gran espíritu misionero, que les impulsó a viajar por África y Asia, y participar en las embajadas ante los khanes mongoles y demás soberanos de Oriente.

3. Las formas de piedad en el siglo XIII

La vida religiosa se articuló en dos direcciones a lo largo de los siglos XII y XIII. Por un lado, la religiosidad erudita, que tendió a la sistematización teológica desde las universidades, al amparo de los movimientos generales de renovación de la cultura. Esta corriente tuvo su más alta manifestación en la *Summa* de santo Tomás de Aquino (1224-1274), que presentaba la fe cristiana como revelación, y que encontraba su propia justificación en los propios textos revelados. Por otro lado, estaba la realidad emotiva y sentimental de la piedad popular, que también se sustentaba e inspiraba en la sistematización divulgada por personajes clericales como san Buenaventura o poetas como Jacopone de Todi. Esta piedad popular se plasmaba emotivamente ante las grandes epidemias y tragedias colectivas, así como en las desgracias individuales, casos en que, como hoy, mucha gente recurría a la intercesión de los ángeles, de los santos, de la Virgen María, etc. Todo llevaba a los fieles al temor y la esperanza, al miedo y la confianza en Dios, a la necesidad de orientación en cada situación específica. Por eso tuvieron tanto éxito las prácticas devotas, personales o controladas por el clero, que ayudaban en la lucha contra el demonio.

A partir del siglo XII, la devoción por la Virgen María se hizo cada vez más intensa: de madre de Dios pasó a ser también madre de todos los hombres. Y este cambio se hizo notar en la iconografía y en la sensibilidad artística. A partir de entonces, creció el número de santuarios marianos, y algunos de ellos se convirtieron en verdaderos centros de peregrinación, cuyas rutas entroncaban a veces con otras, convirtiéndolos en jalones en el camino de la peregrinación principal; tal era el caso del santuario de la virgen negra de Rocamadour, que atraía peregrinos de toda condición, empezando por los reyes de Francia.

La figura de Jesucristo también sufrió una transformación: del Dios del Apocalipsis, se pasó a representar el niño Jesús del nacimiento, entre el buey y la mula; aquel fue el momento en que Francisco de Asís creó el primer pesebre o nacimiento en Greccio. También el Cristo crucificado, hasta entonces representado sin dolor, por encima de todo sufrimiento, se fue humanizando cada vez más, hasta convertirse en una imagen doliente, la de quien sufre como los humanos.

Los fieles se sentían en comunicación particular con el mundo celestial; su relación con lo divino era personal, aunque también fuese colectiva. Ello explica las prácticas personales destinadas a obtener algo, tanto como los fenómenos de religiosidad colectiva. No hay que olvidar la aparición del hábito del rezo del rosario y la veneración de las reliquias, cuyo tráfico llegó a ser, en algunos casos, motivo de verdaderas negociaciones políticas. Las cruzadas, las predicaciones de Domingo de Guzmán o de san Bernardo, capaces de impresionar a las masas, o los movimientos de flagelantes, fenómeno penitenciario colectivo, o las peregrinaciones, o el jubileo del año 1300, son frutos de la necesidad de esta mentalidad y, sobre todo, de una necesidad espiritual.

A lo largo del siglo XIII se fija en siete el número de sacramentos. El IV Concilio de Letrán estableció el dogma de la transustanciación de la eucaristía en 1215, con lo que se inició un aumento del culto a la sagrada forma, propiciado por el mismo Francisco de Asís. La genuflexión ante el sagrario y el mantenimiento de una lamparilla encendida junto

a él son también de este siglo. El mismo concilio lateranense ordenó la confesión y comunión anuales, para que el pueblo se acercara al altar y a la iglesia.

Si estas prácticas religiosas eran insuficientes o no aportaban las soluciones deseadas, o se deseaba alcanzar cosas ilícitas, era muy fácil recurrir a la magia o a la brujería. Por eso, la Iglesia, una vez eliminadas las grandes herejías, confió los acusados de brujería a la Inquisición.

Esta piedad popular se había desarrollado y había evolucionado en momentos muy difíciles, por la aparición de numerosas herejías que tipológicamente se pueden agrupar en: a) movimientos doctrinales de escaso poder de captación; b) movimientos de signo mesiánico, profético y milenarista, todos ellos marcados por un fuerte radicalismo y con bastante proyección entre las masas populares; c) herejías y movimientos comunales, surgidos en la lucha por las libertades comunales y que desataron actos de violencia contra los poderes establecidos; d) movimientos de pobreza voluntaria como los valdenses; e) el revivir de las tradiciones dualistas, vinculadas a los principios del maniqueísmo, que cristalizó en Occidente con el catarismo.

La Iglesia, ante este variado panorama herético, reaccionó de diferentes maneras, con medios cada vez más duros y represivos: de la vía del coloquio, tenida por válida hasta 1208, se pasó a la vía de la cruzada, para acabar con la fundación de la Inquisición. El término inquisidor apareció en 1231. La implantación del sistema inquisitorial no fue uniforme y siempre estuvo en relación con el desarrollo de la herejía que se quería combatir. El sistema fue perfeccionado a lo largo del siglo XIII, con la aparición de los primeros códigos de actuación inquisitorial.

Los inquisidores procedían al interrogatorio sistemático de los acusados de herejía, e imponían las penas pertinentes; si se trataba de herejes impenitentes y relapsos, a los que se debía de aplicar la pena capital, se les entregaba al brazo secular para que se cumpliera la pena.

Bibliografía

- Cobban, A. B.: *The Medieval Universities: Their development and Organization*, Londres, 1975.
Delaruelle, E.: *La piété populaire au Moyen Âge*, Turín, 1975.
Fortini, A.: *Francis of Assisi*, Nueva York, 1981.
Guiraud, J.: *L'Inquisition médiévale*, París, 1978.
Hamilton, B.: *The Medieval Inquisition*, Londres, 1981.
Le Goff, J.: *El nacimiento del Purgatorio*, Madrid, 1985.
Manselli, R.: *La religion populaire au Moyen Âge. Problèmes de méthode et d'histoire*, París-Montreal, 1975.
Paul, J.: *Histoire intellectuelle de l'occident médiéval*, París, 1973.
Verger, J.: *Les Universités au Moyen Âge*, París, 1973.
Vicaire, M. H.: *Dominique et ses precheurs*, París, 1977.

TEMA 30

ORIENTE PRÓXIMO: BIZANCIO Y EL ISLAM EN EL SIGLO XIII

por SALVADOR CLARAMUNT

El Imperio bizantino, tras su apogeo, alcanzado a primeros del siglo XI con la dinastía macedónica, inició una rápida decadencia militar acompañada de profundas crisis en su sistema político que desembocaron en una reducción definitiva del territorio a lo largo del siglo XII. Las dinastías de los Comnenos y los Angelos tuvieron que hacer difíciles equilibrios en sus relaciones exteriores, siempre marcadas por la presencia de los cruzados en la zona. Pero el momento crucial llegó a principios del siglo XIII.

1. La gran ruptura de 1204 y sus consecuencias: el Imperio latino de Constantinopla y el Imperio de Nicea

A partir de la Segunda Cruzada, Bizancio sufrió las consecuencias de dichas expediciones; la Tercera Cruzada supuso para el Imperio la pérdida de Chipre. La presión de Federico I Barbarroja facilitó la independencia de los búlgaros y los serbios, además de obligar al Imperio a pactar una humillante alianza. El balance de la Tercera Cruzada fue desastroso para los occidentales, que, si bien consolidaron la presencia latina en el litoral palestino, desde San Juan de Acre hasta Jaffa, no lograron su objetivo de tomar Jerusalén.

La muerte de Saladino en 1192 dio nuevas esperanzas a los occidentales, que pronto prepararon una nueva cruzada bajo los auspicios del emperador de Alemania y rey de Sicilia, Enrique VI, personaje al que los bizantinos consideraban continuador de una política hostil por doble vía: por un lado, como heredero de los alemanes de la Tercera Cruzada y, por otro, como sucesor de los normandos de Sicilia que siempre se habían distinguido por su acendrado antibizantinismo. La muerte de Enrique VI (1197) llevó al papa Inocencio III a tomar la iniciativa de organizar la Cuarta Cruzada, cuyo objetivo era, como siempre, liberar Jerusalén.

La IV Cruzada se desvió totalmente de sus objetivos iniciales y desplazó los intereses occidentales del Oriente Próximo hacia los Balcanes; en concreto, hacia Grecia y el mar Egeo.

Los nuevos cruzados partieron en principio para la conquista de Egipto (1202), pero lo que en realidad hicieron fue repartirse los despojos del Imperio bizantino y crear una

hostilidad definitiva entre dos mundos que ya no se comprendían, pero que a partir de entonces se odiarían.

Venecia, con su dux Enrique Dándolo al frente, quiso establecer en el trono bizantino un emperador griego que le fuera favorable, en la persona del hijo de Isaac II, Alejo IV, refugiado en Occidente. Pero cuando Venecia se dio cuenta de que toda colaboración en este sentido resultaba imposible, optó pura y simplemente por ocupar el Imperio. En marzo de 1204, los venecianos y los otros aliados occidentales partícipes de la IV Cruzada decidieron, por un tratado conocido como *Partitio Romanie*, repartirse el territorio bizantino. La toma de Constantinopla por los cruzados el 13 de abril de 1204 significó la desaparición del Imperio griego y la creación del Imperio latino, a cuyo frente se puso a Balduino I, conde de Flandes (1204-1205), quien, fundándose en un sistema típicamente feudal, repartió como botín de guerra los territorios bizantinos. Venecia se llevó la mejor parte, apoderándose de todos los puertos e islas importantes en la ruta marítima de Oriente, incluidos los estrechos del Bósforo y de los Dardanelos. En la propia capital se adueñaron de la basílica de Santa Sofía y de tres octavas partes de la ciudad; mientras, los demás cruzados debían ocupar a mano armada los territorios que se les habían atribuido; destacaba entre esos hombres Bonifacio de Montferrato, que fue nombrado rey de Tesalónica. La alta aristocracia bizantina se opuso a los cruzados, ya que no tenía ninguna intención de compartir el poder con los recién llegados; la pequeña y mediana nobleza, la de las *pronoias*, en cambio, no opuso una resistencia duradera cuando los nuevos señores les prometieron respetar sus posesiones y derechos; en muchos casos poco o nada cambió, excepto el señor.

El nuevo emperador latino, Balduino de Flandes, reinó únicamente un año sobre su exiguo y mediatizado imperio, ya que en 1205 murió luchando contra los búlgaros, que avanzaban amenazadores sobre Constantinopla. Le sucedió su hermano, Enrique de Hainaut, quien no accedió al deseo del papa de acabar con el cisma de Oriente sin esperar el concilio de Letrán, convocado para 1215; y después su cuñado, Pedro de Courtenay (1216), quien fue hecho prisionero y muerto por los griegos del Epiro en su camino hacia Constantinopla. A éste siguió en el trono su hijo Roberto (1218-1228), en cuyo tiempo ya muchos latinos abandonaron el Imperio. Juan de Brienne, ex rey de Jerusalén, cuyo lugar había ocupado su yerno Federico II, subió al trono de Constantinopla por muerte de Roberto de Courtenay; no pudo hacer frente a griegos y búlgaros y su dominio quedó reducido de hecho a la capital. De esta manera, en poco más de treinta años, el Imperio latino, creación de la IV Cruzada, se demostró totalmente anacrónico; si aún existía, era por la voluntad veneciana de mantener las apariencias.

Dejando aparte las vicisitudes de Constantinopla y de sus emperadores latinos, el Imperio bizantino se desmembró: en los Balcanes se formaron algunos señoríos menores, como el de León Sguro en el Peloponeso, y más tarde el despotado del Epiro, verdadero Estado en todos los conceptos. En Asia Menor, grandes señores feudales bizantinos se hicieron independientes en el valle del río Meandro, en el territorio de Mileto, aunque el de más vitalidad y consistencia fue el de Trebisonda, en el ángulo suroccidental del mar Negro. Este «Imperio» de Trebisonda, gobernado por los «grandes Comneno», llegó inclusive a sobrevivir ocho años a la caída de Constantinopla en poder de los turcos en 1453. Ninguno de estos pequeños Estados tuvo fuerza suficiente para reconstruir el Imperio, aunque sí hubo diversas tentativas infructuosas desde el Epiro.

Mientras esto sucedía en el Imperio bizantino repartido por los latinos, la tradición imperial estatal fue transferida a Asia Menor por la familia Láscaris, que se instaló en Nicea, ciudad de Anatolia a unos 200 km de Constantinopla. La máxima ambición de los cua-

tro emperadores que se sucedieron en Nicea (Teodoro I, Juan III, Teodoro II y Juan IV) fue la reconquista de Constantinopla y la reconstrucción del Imperio.

El nuevo Estado de Nicea tuvo una estructura económica y social más sólida que el viejo Imperio antes de la IV Cruzada. A ello contribuyó lo compacto del territorio, junto con otras circunstancias de política exterior; la aristocracia terrateniente se había refugiado en parte en Nicea, después de haber perdido bienes y poder, entrando al servicio de la administración del nuevo Estado.

El Imperio de Nicea era económicamente sano y socialmente fuerte, por lo que pudo emprender la política de reconquista de los territorios en manos de los latinos, ya que, más que nunca, el emperador, que administraba el Estado como si se tratara de un bien familiar, concentraba todo el poder.

Constantinopla fue reconquistada en 1261 por el emperador de Nicea Miguel VIII Paleólogo (1260-1282), fundador de la última dinastía que gobernó el Imperio.

La reconquista de Constantinopla supuso el fin del Imperio latino, pero ningún cambio fundamental en la estructura del Imperio bizantino, ya que gran parte de sus antiguas posesiones se habían perdido definitivamente; algunas regiones, como el Epiro y Tesalia, se habían separado en la práctica y tenían vida propia; otras estaban todavía bajo el dominio franco, como el Ática; Beocia y gran parte de las islas del Egeo se hallaban en poder de los venecianos.

Miguel VIII se vio mezclado en la política mediterránea, aunque por lo general en actitud defensiva, ya que tuvo que hacer frente a las potencias que firmaron el tratado de Orvieto (1281), por el que Venecia y Nápoles se aliaban con el emperador latino en el exilio, Felipe de Courtenay, para restablecerlo en el trono que, según ellos, había usurpado Miguel Paleólogo. También tuvo que hacer frente a otra alianza que unió en su contra a Juan, señor de la Gran Valaquia (Tesalia), los búlgaros y el zar de los serbios, Esteban Milutine. La suerte y los acontecimientos internacionales jugaron a favor de Miguel VIII Paleólogo, que derrotó a las tropas de Carlos de Anjou en Albania (1281), y vio cómo Venecia quedaba paralizada por una revuelta en su contra que estalló en Creta y que duró hasta 1299, al tiempo que Carlos de Anjou tenía que hacer frente a la famosa revuelta de las Vísperas Sicilianas (1282), que dio Sicilia a la casa de Aragón.

Miguel VIII sólo contó con el auxilio de Génova, a la que tuvo que pagar la ayuda recibida contra los venecianos, otorgándole privilegios comerciales por el tratado de Nymphéo, que hicieron disminuir los ya reducidos ingresos del tesoro imperial, mientras el peligro de los turcos otomanos parecía ya inminente.

Al fallecimiento de Miguel VIII se inició la larga agonía del Imperio, con una serie de luchas internas, graves crisis económicas y retroceso territorial constante ante todos los vecinos, especialmente los turcos. Su sucesor, Andrónico II (1282-1328), no pudo más que reconocer el hecho consumado de la expansión de la Gran Serbia, si bien el verdadero peligro eran los turcos otomanos que, instalados en Anatolia, comenzaban su definitivo avance sobre Constantinopla.

A finales del siglo XIII, el panorama en el Oriente Próximo era el siguiente: después de casi un siglo de guerras, el mundo bizantino se había roto definitivamente, y nada podía hacer para oponerse a la nueva invasión económica de Occidente, esta vez a través de Génova. El debilitamiento bizantino favoreció una nueva expansión de los eslavos y la creación del Segundo Imperio de Serbia.

El Islam parecía haber encontrado un nuevo dinamismo con la creación del estado mameluco, como vamos a ver a continuación. Mientras, el sultanato de Rum se descompo-

nía en una gran cantidad de pequeños emiratos, entre los cuales el de los osmanlíes u otomanos estaba destinado a la más grande expansión y, en definitiva, a acabar con el Imperio bizantino.

2. El Islam

2.1. EGIPTO Y SIRIA: LOS AYYUBÍES

La gigantesca figura de Saladino fue una de las protagonistas de la III Cruzada, junto a Ricardo Corazón de León. Pero poco después de la firma entre ambos de la tregua de Ramla (setiembre de 1192) [dicha tregua, de una duración prevista de tres años, dejaba las cosas como estaban: Jerusalén continuaba siendo musulmana, pero los cruzados podrían acudir sin armas, en peregrinación, a la ciudad santa, mientras toda Palestina, a excepción de la llanura costera, era musulmana] murió Saladino en Damasco (febrero de 1193).

La muerte de Saladino supuso la disgregación de su imperio en un gran número de principados autónomos, gobernados por sus descendientes o familiares, que constituyeron una confederación, ya que todos obedecían al primogénito de la dinastía ayyubí, que ejercía como sultán en El Cairo.

La dominación ayyubí representó una especie de intermedio, por cierto que lleno de disputas y de continuas rivalidades internas, entre la época de Saladino (1171-1193) y la del sultán mameluco Baybars I (1260-1277). Fue una época de negociaciones y compromisos que aparece en la historia de las cruzadas como un período de tregua inesperada para un poder latino vacilante y temeroso. La principal preocupación de los príncipes ayyubíes fue por la regulación de sus propias relaciones, sobre la base de un equilibrado reparto de territorios y soberanías. Por eso, las Cruzadas fueron para ellos algo marginal, contentándose con replicar a las tentativas de los cruzados, hacer concesiones y llegar a treguas. Conociendo el panorama interno musulmán imperante en Egipto y Siria se puede comprender mejor los acontecimientos que jalonan la V, la VI y la VII Cruzadas.

Dentro de la confederación ayyubí, Damasco aparece como la capital de la lucha por la autonomía regional contra la centralización de El Cairo, y el núcleo de combate por la independencia siria contra el dominio egipcio.

El sistema familiar ayyubí poco a poco se fue militarizando, ya que el ejército era el único que defendía los intereses del Estado en medio de las disputas familiares, como quedó bien patente en el golpe de Estado de 1250, que puso fin a la dinastía y dejó expedito el camino del poder a los mamelucos de Baybars. En lo sucesivo, los militares retuvieron la autoridad gubernamental, y durante siglos constituyeron un elemento importantísimo en la vida política egipcia y siria.

Desde su creación por Saladino hasta su extinción por el golpe de 1250, la dinastía ayyubí había contado en cada generación con un príncipe capaz de imponerse a los otros. En la primera, al-Adil, más tarde al-Kamil y por último al-Salih Ayyub. De esta manera, la dinastía, a pesar de sus disputas internas, pudo desempeñar un papel importante en las relaciones entre el Oriente musulmán y el Occidente cristiano, a la vez que se operaba un notable desarrollo en los terrenos económico y cultural, que convirtió a El Cairo y Damasco en dos florecientes y pujantes ciudades.

Ya antes de la caída de los ayyubíes egipcios en 1250, un grave peligro amenazaba el mundo islámico: los mongoles. En 1243, las tropas mongolas habían invadido Anatolia

y vencido a los turcos selyuquíes de Rum, convirtiéndose en protectores del sultanato de Konya y del reino de Armenia. Este peligro se hizo mucho más real cuando el caudillo mongol Hulagu atravesó el Amur Daria en 1256 y ocupó el Jurasán. Hulagu deseaba sustituir a los selyuquíes mayores como protector del califa de Bagdad. El 10 de febrero de 1258, tras un asedio de un mes, Bagdad cayó en poder de los mongoles; el califa al-Mutasim fue asesinado, desapareciendo tras cinco siglos de existencia el poder, ya casi exclusivamente formal, abbasí. Los mongoles, sin Hulagu, que había tenido que trasladarse por disputas familiares a Asia Oriental, penetraron en el norte de Siria y tomaron Alepo, llegando las vanguardias de su ejército hasta Gaza. El sultán mameluco Qutuz se negó a someterse a los mongoles y organizó un ejército que se enfrentó al mongol en Ayn Yalut (1260). Las tropas mamelucas vencieron, obligando a los mongoles a evacuar Siria. El nuevo Egipto mameluco salvó así el Islam a la vez que éste legitimaba su reciente ascenso al poder tras el desplazamiento de los ayyubíes en 1250.

2.2. LOS MAMELUCOS

El Imperio mameluco ocupa un lugar importantísimo en la historia del Oriente Próximo entre los siglos XIII y XVI. Su origen se encuentra en una serie de acontecimientos casuales que provocaron una revuelta del ejército del príncipe ayyubí de Egipto contra su soberano.

El sultán ayyubí al-Salih, para hacer frente al peligro cruzado, entre otros, se dedicó a reunir hombres jóvenes no islamizados, que podían ser comprados como personas no libres (*mamluk*), y formarlos en el oficio de las armas, en un estricto espíritu de fidelidad a su dueño. Las circunstancias fueron propicias: los mongoles habían sometido a numerosas poblaciones turcas de las llanuras del Volga, esclavizando a numerosos jóvenes que fueron puestos a la venta en los puertos del mar Negro y en las ciudades de Anatolia. Así al-Salih reunió el primer contingente de estos jóvenes fieles que, con el tiempo, llegarían a ser la base de los mamelucos y que demostraron rápidamente su valor y arrojo luchando contra los cruzados en la defensa de la plaza de al-Mansurah.

El jefe de los mamelucos, Aybak (1250-1257), para prevenir una intervención armada de los otros príncipes de la familia ayyubí, a la muerte del sultán al-Salih, elevó al sultanato a la princesa Sayar al-Durr, viuda de al-Salih. Más tarde, al comprender las dimensiones del conflicto que suscitaba al instalar en el trono a una mujer, se decidió a tomar él mismo el título de sultán. Aybak fue sucedido por nuevos sultanes mamelucos: Qutuz, Baybars, etc.

El Estado mameluco, nacido en el desorden y la ambigüedad, se legitimó por su victoria contra los mongoles, subsistiendo hasta el principio de la Edad Moderna. Fue un Estado que perpetuó los rasgos esenciales de la estructura político-militar original; en el sultanato de Baybars (1260-1277) se organizó definitivamente el Estado que llegó hasta el Éufrates. El grupo militar sobre el que descansaba la defensa contra las invasiones debía estar formado siempre por hombres que hubieran vivido la situación del «mameluco», comprado en tierras lejanas y trasladado al territorio islámico. Se formó una clase militar no árabe que se alimentaba con nuevas aportaciones, y que permanecía alejada del cuerpo social al que tenía que defender. Este imperio militar tuvo su centro en El Cairo, y más concretamente en la ciudadela de la ciudad.

2.3 LOS TURCOS SELYUQÍES

Las tribus turcas oriundas del Asia central sufrieron evoluciones muy diversas, según el rumbo de su expansión. De los pueblos turcos, la tribu de los selyuqíes, que ya había establecido su autoridad sobre Irán e Irak, realizó incursiones hacia el oeste, hacia Armenia, el norte de Siria y Asia Menor. Fue precisamente aquí en donde el jefe turco Alp Arslan derrotó en 1071 al emperador bizantino Romano Diógenes en la batalla de Manzikert, cerca del lago Van. Esta importante victoria abrió a los turcos las puertas de Asia Menor, ya que algunas tribus se instalaron antes del 1081 en la parte oriental y central de la península de Anatolia.

De todas ellas, la de los selyuqíes, dirigida por Sulayman ibn Qutulmis, fue la más ligada a los asuntos bizantinos; participó en los enfrentamientos armados entre los pretendientes al trono bizantino, ayudando a Alejo I Comneno. Éste, una vez conseguido el trono, les permitió establecerse en diversas ciudades del centro de Asia Menor, especialmente en Iconium (Konya). Estos turcos selyuqíes se independizaron del sultán selyuqí de Irak, pero fracasaron por dos veces en sus tentativas de suplantarlo, por lo que vieron cerrada su posible expansión hacia el este. El paso de los cruzados les llevó a reforzar las posiciones que ocupaban en Asia Menor, luchando contra otra tribu turca de Kayseri (Cesarea de Capadocia), a la que vencieron (1171), y con los bizantinos, derrotando al emperador Manuel I Comneno en Myrioképhalon (1176).

Los jefes selyuqíes se habían atribuido el título de sultán, denominando al territorio que controlaban sultanato de Rum, con capital en Iconium (Konya). El nombre de Rum no significaba otra cosa que Roma, ya que para ellos el emperador bizantino era el emperador de Roma, y designaban como Roma (Rum) los territorios cristianos del Asia Menor. A partir de finales del siglo XII, la existencia de un Estado turco en Asia Menor fue un hecho irreversible, iniciándose procesos paralelos de turquización y de islamización.

El establecimiento de los turcos en Anatolia se vio favorecido por diversas circunstancias, entre las que destacan la debilidad política de los bizantinos y sus divisiones internas, los enfrentamientos religiosos entre griegos ortodoxos y armenios —cristianos pero hostiles a la hegemonía griega—, y el hecho de encontrarse con un territorio en el que pudieron llevar su habitual género de vida seminómada. Con el tiempo llegaron a ser sedentarios, adoptando el mismo género de vida que los griegos y armenios, pero hasta principios del siglo XIII se contentaron con ocupar las montañas y la meseta del Asia Menor.

Los primeros cuarenta años del siglo XIII son los del apogeo del sultanato de Rum, sobre todo bajo el mandato de Kayqubad (1219-1237); en aquel momento, el territorio selyuqí llegó a extenderse desde las orillas del Mediterráneo (Antalya) hasta el mar Negro (Sínope), al tiempo que sus fronteras orientales alcanzaban Erzerum y Edesa.

El sultanato de Rum fue, en el siglo XIII, el principal estado de Asia Menor, y mantuvo buenas relaciones con los Imperios bizantinos de Nicea y Trebisonda.

El deterioro de la vida política del sultanato de Rum se inició en 1240 cuando se vio directamente amenazado por los mongoles, que, desde el Irán, penetraron en Anatolia, apoderándose de Erzerum. El ejército mongol aplastó al selyuqí en 1243 en la batalla de Köse Dag, en la que murió el propio sultán Kay-Jusraw II. Pero a partir de entonces, la llegada masiva de turcos de otras tribus que huían del Asia central de Gengis Khan puso en peligro la propia estabilidad interna del sultanato, el cual, dividido por los mongoles, tuvo que hacer frente a numerosas sublevaciones de carácter social, económico y religioso. Todo ello fomentó la autonomía de los jefes militares, *beys*, en medio de un confuso marco

político, hasta que en 1303 se extinguió la dinastía selyuqí de Anatolia al morir el último sultán, Masud II.

La fundación del sultanato de Rum tuvo una gran importancia, ya que, poco a poco, los turcos, al principio minoritarios, llegaron a ser mayoritarios e hicieron desaparecer los residuos del poder bizantino. Este sultanato descansó institucionalmente sobre la concepción tradicional de las tribus turcas, en las que el poder estaba asegurado por la familia dominante, y dentro de ella por un jefe elegido por sus cualidades. Este sistema de gobierno no dejó de suscitar graves problemas y ocasionar enfrentamientos internos. La capital se estableció en Konya (la antigua Iconium bizantina), ciudad que por su estratégica posición controlaba las vías de comunicación entre Bizancio y Siria, y entre el Mediterráneo y el mar Negro. Las tierras conquistadas fueron confiadas a la administración de los jefes militares, que debían garantizar su explotación y la recaudación de las tasas, y mantener en ellas un número de hombres armados proporcional a la importancia del territorio. La administración estaba en manos de árabes o iraníes, que utilizaban la lengua árabe; todas las funciones militares estaban en manos de los turcos.

Los selyuqíes, islamizados en el siglo XI, instauraron una coexistencia pacífica a nivel religioso, como demuestra el hecho de que en torno del místico musulmán Mawlana, procedente del Irán oriental y establecido en Konya, se reuniesen fieles musulmanes y cristianos. Algunos discípulos de Mawlana fundaron la cofradía de los derviches mawlani o danzantes, ya que la danza era uno de sus procedimientos para alcanzar el éxtasis.

En el ámbito artístico y cultural, los turcos selyuqíes dejaron una profunda huella a partir de sus contactos con los árabes, iraníes, bizantinos y armenios, creando formas y estilos característicos para sus mezquitas de Konya, Kayseri, Sivas; sus madrazas y sus alhóndigas o caravanserrales como los de Aksaray, Konya y Kayseri. La obra política y artística de los selyuqíes fue el punto de partida de la posterior construcción del Imperio otomano.

Bibliografía

- Angold, M. A.: *Byzantine government in exile. Government and Society under the Laskarids of Nicea (1204-1261)*, Oxford, 1975.
- Cahen, C. L.: *Pre Ottoman Turkey. A general survey of the material and spiritual culture and history, c. 1071-1330*, Londres, 1973.
- Garcin, J. C.: *Los nuevos estados musulmanes del Próximo Oriente: los mamelucos (siglos XIII-XVI)*. Historia Universal Salvat, vol. III, Barcelona, 1981.
- Ostrogorsky, G.: *Historia del Estado Bizantino*, Madrid, 1983.
- Queller, D. E.: *The Fourth Crusade. The conquest of Constantinople. 1201-1204*, Pennsylvania U. P., 1977.

TEMA 31

LA PESTE NEGRA Y LAS CRISIS AGRARIAS

por ERMELINDO PORTELA

Aunque se quiera desmitificar y se intente desdramatizar, por más que se pretenda no exagerar, no hay manera de presentar un siglo XIV de rostro apacible. Demasiada hambre, demasiada guerra, demasiada peste, demasiada muerte, como para que todo ello pueda ser ignorado o disimulado. Desde la distancia, el historiador se pregunta por las causas y por los efectos; intenta comprender, encajar las piezas de un rompecabezas complicado, conocer el antes y el después de una evolución que tiene en la «gran pestilencia» de 1348 el punto de inflexión más acusado. En una apreciación global, el resultado de ese esfuerzo tiende a presentar el final de los tiempos medievales no como una ruptura del sistema social puesto en pie en los siglos anteriores, sino como una sacudida que lo reordenó y preparó el camino para evoluciones futuras. Los hombres y las mujeres que vivieron en la época no alcanzaron ese nivel de comprensión. No todos, ni en todas partes, experimentaron las desgracias con la misma intensidad; pero en muchos sitios y con mucha frecuencia sintieron la angustia y el temor, aunque, refugiados en el día a día, se esforzaron por sobrevivir.

1. El comienzo de los malos tiempos

La epidemia de peste bubónica, pulmonar y septicémica, que tiene en el año 1348 fecha emblemática, es un acontecimiento de tal gravedad y magnitud que atrae poderosamente la atención y tiende a erigirse en representante principal de la crisis de la Baja Edad Media y, con el argumento —nada despreciable, por otra parte— de haberse llevado por delante más de un tercio de la población europea, a convertirse en factor explicativo determinante. La intensa reflexión teórica de los historiadores y su investigación empírica, en el marco general del problema de la transición entre feudalismo y capitalismo, ha tenido la virtud de renovar en profundidad el conocimiento del atormentado final de la Edad Media y de desechar definitivamente las explicaciones simples a la hora de buscar sus claves.

Es cierto que, sin la epidemia y sus recurrencias, la evolución histórica de los últimos siglos medievales habría cambiado significativamente; pero no es menos cierto que no habría dejado de ser una evolución crítica. Basta, para probarlo, señalar que la crisis es anterior a la Peste Negra. Sus manifestaciones primeras, los escalofríos iniciales, pueden observarse en el aparentemente feliz siglo XIII. Primer síntoma: las roturaciones, sus testimonios

escritos, que, durante doscientos años, han inundado los documentos, escasean cada vez más. Hacia mediados del siglo XIII, en la cuenca de París, en Picardía, en Normandía; algo más tarde, en Inglaterra y en el norte de Italia; en las primeras décadas del siglo XIV, en Escocia, en Galicia, la extensión de la superficie cultivada se detuvo. El crecimiento de los campos, sometidos en muchos lugares a un régimen de explotación que tendía a reducir los espacios y los tiempos vacíos, amenazaba con destruir el frágil e indispensable equilibrio entre agricultura y ganadería en que se sostenía la economía agraria medieval. Lo que quedaba de los bosques era cada vez más celosamente guardado por los señores laicos y eclesiásticos, por los reyes y sus representantes; no sólo porque deseaban conservar espacios para la caza, sino porque la demanda, esencialmente urbana, de productos del bosque, la madera sobre todo, los hacía cada vez más rentables.

El incremento de la producción agraria, de la producción de grano en primer lugar, como consecuencia de la extensión de la superficie cultivada, deja de existir con carácter general a fines del siglo XIII o en las primeras décadas del siglo XIV. No parece que por otros procedimientos —la intensificación del cultivo— pueda compensarse la detención; no se conocen, para ese momento, nuevos adelantos técnicos, y los que se han aplicado con anterioridad han conducido a una explotación de los suelos que puede ahora producir efectos contrarios en forma de rendimientos decrecientes. J. Titow, en un artículo elaborado a partir de los registros de contabilidad del obispado de Winchester, puso de manifiesto la irregularidad de las cosechas de trigo en la primera mitad del siglo XIV; mientras que, a lo largo de todo el siglo XIII, sólo cuatro años pueden, desde este punto de vista, considerarse muy malos frente a seis calificados como muy buenos, en los primeros cincuenta años del trescientos se registran ocho muy malos y diez muy buenos.

Es claro que en una época de presión demográfica todavía fuerte, bajo nivel de productividad del trabajo y precios altos, se multiplican los efectos negativos de las malas cosechas. Las hambres frecuentes y generales son el inevitable corolario. Por su amplitud y gravedad, llama la atención la que, en los años 1315 a 1317, afectó a los países del norte de Europa; Alemania, Flandes, Inglaterra, Dinamarca y la Península Escandinava conocieron los efectos de esta primera crisis general de subsistencias. Pero tampoco en los países ribereños del Mediterráneo se desconocieron situaciones parecidas: la Península Ibérica, de Cataluña a Portugal, en 1333, Languedoc en 1335-1337, Toulouse en 1341-1344, Italia y Aquitania en 1347 padecieron hambre. Independientemente de lo que haya significado como preparación de los efectos de la Peste Negra, el hambre es el síntoma de la crisis, el anuncio inconfundible de que los buenos tiempos habían terminado.

Lo difícil es explicar; dar con las claves de la crisis. Y no es que falten explicaciones; al contrario, se acumulan. Hasta el punto en que lo que se hace necesario explicar es la acumulación, el amontonamiento de causas diferentes. Repasémoslas, en primer lugar.

Los años malos, las malas cosechas, el hambre; tratándose de la agricultura, del soporte fundamental de la economía medieval, y de su estrecha dependencia del clima, es fuerte la tentación de buscar en el mal tiempo la causa de los malos tiempos. Y no faltan indicios para quienes deseen defender esta hipótesis. La transgresión marina en las costas de Flandes, el avance de los glaciares, el retroceso de la vegetación arbórea en las líneas de altitud máxima, apuntan en la dirección de un enfriamiento general. Las informaciones obtenidas en los textos parecen reforzar esa impresión: la ruina de las colonias danesas en Groenlandia y el descenso en latitud de las poblaciones esquimales, la reducción de la producción de cereales en Islandia o el retroceso de la viticultura en Inglaterra pueden obedecer a las mismas razones. Conviene señalar, sin embargo, que se trata de síntomas, de indicios dis-

persos que distan mucho de conducir a la evidencia de una secuencia climática datada con precisión. En cualquier caso, la irregularidad del tiempo en el siglo XIV, con abundancia de inviernos muy fríos y veranos húmedos, no basta para explicar la crisis. Es preciso fijar la atención en la actuación de los hombres.

Dentro de ella, la guerra, como factor explicativo, cuenta con una larga tradición historiográfica. La evidencia de la guerra en el siglo XIV no admite muchas discusiones. Es, en primer lugar, el enfrentamiento de Francia e Inglaterra en la llamada Guerra de los Cien Años; pero también son los conflictos en la Península Ibérica o la agitación constante en Italia. Es cierto que los efectos directos, los destrozos de vidas y de bienes, ocasionados por la guerra medieval, en la que participaban contingentes poco numerosos, no son excesivamente graves. Pero sí lo son los efectos indirectos. La proliferación de bandas de mercenarios que viven sobre el terreno, dedicados al saqueo y al robo, ocasiona destrozos capaces de empobrecer una comarca o una región. Por otra parte, el enfrentamiento franco-inglés fue más que una guerra feudal; el bloqueo económico, las expediciones para destruir los recursos del adversario, la guerra monetaria, son los testimonios de un conflicto entre reinos que tuvo indudable repercusión en la evolución económica. Una de esas consecuencias fue particularmente nociva para la economía rural: la imposición de la nueva fiscalidad real; allí donde se exigió, en Francia sobre todo, la nueva carga llegó a ser un factor de desestabilización de la sociedad campesina. Todo esto es cierto; pero la guerra es contemporánea de la crisis, no es anterior a ella; debe considerarse, pues, como un factor que contribuye a su agravamiento, pero no como una causa desencadenante, no como una explicación. Al contrario, desde este punto de vista, la guerra ha de entenderse más bien como una consecuencia de la crisis. Es el agotamiento de los recursos «ordinarios», el descenso de las rentas, lo que lleva a los nobles y a los príncipes a buscar recursos «extraordinarios»: la rapiña, prolongación de las operaciones bélicas, y el impuesto, al que aquéllas servían de justificación. La guerra se entiende, de este modo, como el agresivo mecanismo de defensa con el que los nobles tratan de apuntalar su amenazada situación económica. Sus efectos son tanto más graves cuanto que afectan a una población que se reduce progresivamente.

Las explicaciones han sido también explicaciones económicas o economicistas. Se han apoyado, principalmente, en dos indicadores: la evolución de los precios y la evolución del valor de las monedas. Desde el primer punto de vista, la crisis de los siglos XIV y XV sería una más de las crisis agrarias que tienen su origen en el descenso coyuntural de los precios agrícolas. La excesiva presión de una demanda creciente y diversificada en una situación de insuficiencia técnica sería, según esta hipótesis, el desencadenante de los fenómenos característicos de la «fase B». Por su parte, la explicación monetarista subraya dos hechos reales: el debilitamiento, desde fines del siglo XIII, de la corriente comercial que, desde el Sudán y a través del Mahgreb, hacía llegar el oro con que se acuñaban en Europa florines, ducados y escudos; el agotamiento, por las mismas fechas, de las minas de plata en Francia y las dificultades de aprovisionamiento del metal blanco procedente de Alemania producen su escasez y su encarecimiento. La carestía de los metales preciosos provoca la espiral deflacionaria e influye negativamente en la actividad económica.

Dejamos para el último lugar la tesis que ha alcanzado el mayor éxito en la explicación de la crisis del siglo XIV, la que se fundamenta en la relación entre población y recursos. Es el crecimiento demográfico sostenido de los siglos anteriores el que, a fines del siglo XIII o comienzos del XIV, sitúa a la población por encima del nivel de los recursos y desencadena, por tanto, la crisis. Otro fenómeno demográfico, esta vez accidental, la Peste Negra, rompe bruscamente la situación de aporía anterior y, por vía del vaciamiento de-

mográfico repentino y excesivo, prolonga una situación de desorganización social. Si bien se mira, esta tesis refleja la situación histórica con exactitud, está bien fundamentada en los hechos; pero no los explica. Es en realidad una descripción, pero no una interpretación.

Para acceder al nivel de la interpretación es preciso plantear esta crisis de la sociedad feudal tratando de entender su funcionamiento propio; sólo así se podrá superar la explicación parcial o la descripción. Guy Bois, apoyado en su conocimiento en profundidad del caso regional de Normandía, ofrece una explicación de la crisis bajomedieval reflexionando en términos de sistema. En efecto, el innegable bloqueo de la producción agrícola en el tránsito del siglo XIII al XIV es la manifestación de una doble disfunción del sistema. Es, en primer lugar, la expresión de la escasa capacidad de evolución técnica del feudalismo. El establecimiento del señorío sirvió para generalizar los adelantos técnicos que se produjeron —en la utilización de la energía, en el utillaje, en las prácticas agrícolas— con anterioridad o en el momento de la mutación feudal del siglo XI; pero sirvió también para inmovilizarlos, para fosilizarlos. El resultado es que el crecimiento económico que caracteriza a los siglos XII y XIII es un crecimiento extensivo, fundamentado en una base técnica inmóvil. En estas condiciones, no es posible dar una respuesta a la presión demográfica, ni es posible dar una respuesta a los desequilibrios que genera el crecimiento de las ciudades, que sustraen hombres y productos al entorno rural. El bloqueo de la producción amenaza la capacidad de reproducción de las explotaciones campesinas.

La segunda disfunción, complementaria e inseparable de la primera, se refiere al reparto de la producción. El origen de esta segunda disfunción está en el descenso de las rentas señoriales, consecuencia de la tendencia descendente de la tasa de sustracción que, a su vez, es el resultado del enfrentamiento entre la pequeña y la gran propiedad, entre el dominio señorial y la pequeña explotación familiar, entre el dominio directo y el dominio útil de la tierra, favorable a los segundos. Durante los siglos XII y XIII, el crecimiento pudo paliar los efectos negativos de esta tendencia para la economía señorial. El bloqueo de la producción en el comienzo de la crisis les obliga a reaccionar. Las diversas formas de la reacción —la guerra, el pillaje, el endurecimiento de las cargas, la generalización del impuesto público— aceleran el empobrecimiento de las explotaciones campesinas.

Son, pues, las contradicciones del sistema las que explican la aparición de la crisis. Un factor externo vendrá a añadirse a ellas. Su indudable importancia exige que le dediquemos una atención especial.

2. El azote de la peste

Para unos causa y manifestación principal de la crisis, elemento marginal y secundario para otros, la inserción exacta de la peste en el rompecabezas de las calamidades del siglo XIV sigue siendo materia abierta a la discusión.

Una hipótesis tradicional, que alcanzó gran difusión, tendía a asegurar una explicación a partir de la propia historia anterior de Occidente. Según ella, son las hambres repetidas las que, extendiendo entre la población europea de la primera mitad del siglo XIV el estado de subalimentación, hacen que los organismos se predispongan al contagio de las enfermedades infecciosas; este descenso de la barrera inmunológica daría cuenta del formidable éxito del bacilo de la epidemia de 1347-1350, después de muchos siglos de fracaso. Elisabeth Carpentier, aun reconociendo la validez de esta hipótesis de trabajo y su aplicación al caso de la ciudad de Orvieto estudiado por ella, recomienda la precaución a la hora

de las generalizaciones. Jean-Noël Biraben va más allá en su crítica. Junto a una relación de casos en que el hambre precede a la peste, establece otra en que ocurre lo contrario, es decir, en que la plaga ataca a una población no debilitada por la subalimentación y sobre la que produce los mismos efectos demográficos negativos que son los que, precisamente, traen después el hambre. La conclusión del autor es que los estrechos lazos que unen el hambre y la peste se establecen, sobre todo, porque la peste induce el hambre, bien por la violenta reducción de la mano de obra en el momento de las cosechas, bien por las limitaciones impuestas a la circulación de hombres y mercancías para evitar el contagio, bien por los desórdenes de todo tipo que acompañan a la declaración de las epidemias. Sin embargo, esta segunda hipótesis, aunque sirva para restar aplicabilidad general a la primera, no basta para invalidarla, sobre todo cuando se piensa en una subalimentación crónica y no episódica, cosa que puede tener especial significación en el desencadenamiento del ciclo epidémico a mediados del siglo XIV.

Anunciada y preparada por el hambre o imprevista y sorprendente, lo cierto es que la visita de la peste al espacio europeo occidental, tras una ausencia que duraba desde los tiempos de Justiniano, tuvo lugar en 1347. Dejó un recuerdo profundo. Ante todo, porque fue una visita pormenorizada y sin prisas.

[El largo viaje de la Peste Negra es, en sus orígenes, difícil de conocer. A la luz de los testimonios textuales, epigráficos y arqueológicos, lo que parece hoy más probable es el inicio del camino en la región de los lagos Baljash e Issyk-Koul, donde se documenta en los años 1338 y 1339. Desde allí alcanza, siguiendo las rutas de Samarkanda y bordeando el Caspio por el sur y el norte, el Oriente Próximo y la región del Volga y el Don. El itinerario, a partir de la Península de Crimea, es bien conocido. El asedio de la factoría genovesa de Caffa por los mongoles en 1347 produce, es posible que por el procedimiento de catapultar cadáveres de apestados por encima de los muros, el contagio de sus habitantes. Los comerciantes italianos que salieron de allí difundieron el mal, siempre con efectos multiplicadores, primero por los puertos del mar Negro —Constantinopla, Trebisonda—, luego por los del Mediterráneo, las islas griegas, Mesina y Marsella, donde la peste se declara el día de Todos los Santos de 1347. Siguiendo el camino rápido del mar y, con más lentitud, las rutas terrestres, la muerte negra cubre el continente. A mediados del año siguiente, alcanza toda Italia y buena parte de la Península Ibérica y de Francia. A fines de 1348, llega a Inglaterra; en el 49, se extiende por los países que rodean el mar del Norte, y, en el 50, por los del área báltica.]

[Los contemporáneos redescubrieron y describieron los síntomas del mal: los bubones en las axilas, en las ingles, en el cuello; las pústulas, las manchas negruzcas, los vómitos, las convulsiones y, la mayor parte de las veces, la muerte. Pero —más allá del castigo de Dios o del envenenamiento de los pozos por los judíos— no podían explicarlo. No conocían nada del *Yersinia pestis*, el bacilo causante de la enfermedad, ni, sobre todo, porque hubiera sido más importante, de sus complicados mecanismos de transmisión. Zoonosis transmisible al hombre, la peste es una enfermedad de los roedores salvajes que contagia a la rata negra doméstica y, con la colaboración de los parásitos de ésta, se transmite a los hombres. Entre ellos, el contagio se multiplica por la vía indirecta de los parásitos propios o, cuando la enfermedad cursa con complicaciones neumónicas, por la vía directa de la presencia de gérmenes en el aire respirado. Peste bubónica, peste pulmonar, peste septicémica —manifestaciones diferentes y progresivamente graves de una misma enfermedad— significaron una fuerte pérdida de habitantes en toda Europa.]

Con ser malo, no fue lo peor el terrible golpe de 1348 y sus años inmediatos. Lo más grave es que, después de la primera visita, la peste se instaló en Occidente. Durante la segunda mitad del siglo XIV y en las primeras décadas del siglo XV se sucedieron, con carácter más o menos general, los ataques de la enfermedad con una cadencia de alrededor de diez o quince años. La mayoría de los autores que se han ocupado de estudiar la repercusión demográfica de la peste coinciden en señalar que, cualquiera que haya sido el número de víctimas de la peste de 1348, se hubiera podido producir el reequilibrio demográfico con cierta rapidez si el retorno constante de la plaga no lo hubiera impedido generación tras generación. No es posible una cuantificación general y precisa de las muertes causadas por la peste y sus recurrencias. Las únicas estimaciones globales son las que ha ofrecido J. C. Russell para Inglaterra; sin ser extrapolables, resultan significativas. Allí, las pérdidas de población se cifran en un 25 % para la epidemia de 1348, en un 22,7 % para la reaparición de la enfermedad en 1360 y en un 13,1 % y un 12 % para las recurrencias de 1369 y 1375.

La reducción brusca del número de habitantes y las dificultades de recuperación no son los únicos efectos de las mortandades; la distribución de la población resultó también alterada. Más allá de las huidas momentáneas que provocaba la presencia del mal, la alteración más significativa se refiere a la relación entre población urbana y población rural. Las ciudades, más afectadas de modo inmediato por la multiplicación de las posibilidades de contagio debidas a la aglomeración y al escaso nivel higiénico, se recuperan, sin embargo, con rapidez gracias al aflujo de nuevos inmigrantes y contribuyen, de este modo, a prolongar y profundizar la incidencia demográfica de las pestes en el mundo rural. Dentro de él, el abandono de las tierras mediocres provoca también desplazamientos y cambios en la distribución de los habitantes.

3. Las consecuencias

El vaciamiento demográfico provocado por la Peste Negra y las reapariciones posteriores de la enfermedad no significó el final de la crisis bajomedieval. Al contrario, la prolongó, añadiéndole características específicas que, en cualquier caso, siguen sin explicarse, si no es en el cuadro general de la sociedad en la que actúan. Nos ceñiremos aquí a aquellas manifestaciones que más directamente se refieren a la sociedad campesina.

La larga lista de los despoblados ingleses y el recuento de las tierras abandonadas en Alemania se interpretaba hace algunos años como el resultado directo de la catástrofe demográfica. Hoy día esa interpretación ha sido considerablemente matizada. Por una parte, la cronología de las aldeas abandonadas en Inglaterra es considerablemente posterior a la época de los más duros ataques de la peste; tiene lugar bien entrado el siglo XV y puede estar, por tanto, en relación con la reordenación de los campos ingleses que se produce en ese momento. Tampoco el fenómeno alemán es consecuencia directa y exclusiva de la Peste Negra, sino que, como ocurre con carácter más general, tiene que ver con el abandono de las tierras marginales, aquellas que la presión demográfica había obligado a incorporar al terrazgo, a pesar de su calidad mediocre. Todo ello, por tanto, más que como plasmación directa de la catástrofe sobre el paisaje, tiende a ser entendido como reordenación, reajuste propiciado por el golpe.

El examen de la producción agraria en la segunda mitad del siglo XIV y los primeros decenios del siguiente conduce a conclusiones similares. Por todas partes se comprueba la reducción de las tierras dedicadas al cultivo de cereales y, desde Italia al norte de Francia,

desde Alemania a Inglaterra, la disminución de la producción de granos es un hecho comprobado. Sin embargo, la esperable tendencia alcista de los precios no se produce; al contrario, más allá de bruscas oscilaciones anuales que provocan en ocasiones alzas espectaculares, el precio de los granos desciende continuamente hasta mediados del siglo XV. La explicación de esta contradicción aparente debe buscarse en la contracción de la demanda debida al descenso de la población, por una parte, y, por otra, en la concentración de la siembra de granos en las tierras de mejores condiciones, cosa que impide establecer la equivalencia entre reducción de los campos y disminución de la producción. Junto a ello, la diversificación de la demanda, que estimula la dedicación ganadera o la producción de vinos de calidad, y la intensificación del comercio de granos a larga distancia, que permite las importaciones a precio competitivo, son explicaciones que anuncian ya la recuperación.

En la traducción social de estos cambios económicos deben destacarse, sobre todo, las diferencias, las fracturas que se producen, tanto en el grupo de los señores como en el de los campesinos. Para los primeros, puede decirse con carácter general que la combinación del mantenimiento o la tendencia alcista de los salarios, resultado de la escasez de mano de obra, con el descenso de los precios del grano, trajo dificultades frecuentes; eso explica la regularidad con que pueden encontrarse en los archivos, particularmente los eclesiásticos, lamentaciones y quejas. La realidad, sin embargo, exige matizar. No sólo en Alemania oriental o en Prusia, sino también en Inglaterra, en torno a las ciudades de Italia o aun en Francia, la aristocracia de primera fila o la que surge de las ciudades aprovecha las desocupaciones para ampliar y concentrar su patrimonio, al tiempo que lo dedica a los aprovechamientos más rentables. Es la nobleza media o son los patrimonios antiguos, atrapados en un sistema de censo y rentas señoriales que han descendido a niveles muy bajos, los que conocen las dificultades en esta segunda etapa de la crisis. Y tampoco son todos los campesinos los que pueden beneficiarse de los vacíos creados por el descenso demográfico o las dificultades señoriales. Los que consiguen hacerlo constituyen una clase media campesina que logra, en efecto, superar la crisis sin dificultades excesivas. Pero, por debajo, sigue existiendo un amplio grupo de braceros, de campesinos pobres, que ven agravada su condición jurídica y sobre los que recae el peso de la reordenación.

Conviene tener en cuenta esta división del campesinado para interpretar correctamente los movimientos sociales de la segunda mitad del siglo XIV. Dos de ellos —la *Jacquerie* y el levantamiento inglés de 1381— destacan, en el conjunto de las agitaciones populares, por su impacto y su capacidad organizativa.

La *Jacquerie* fue un movimiento repentino, violento y breve. La revuelta estalló en el Beauvaisis, en Saint-Leu d'Esserent, el 29 de mayo de 1358 y se extendió inmediatamente hacia el este y el sur de París, desde donde su influencia provocó nuevos brotes en un territorio más amplio, que iba de Normandía a Champagne y abarcaba las tierras de producción cerealista. Desorganizado en los primeros momentos, el movimiento cristalizó en una serie de bandas que elegían a sus respectivos jefes; Guillaume Carle es el más conocido de ellos. El asalto y la quema de castillos y el asesinato de algunos nobles fueron las acciones con que pretendían alcanzar el objetivo del mantenimiento y la confirmación de sus costumbres. El preboste de París, Étienne Marcel, pensó que los *jacques* podrían ser un apoyo útil en su difícil situación; se establecieron contactos y se enviaron a Guillaume Carle algunos contingentes armados; pero la unión no prosperó y la llegada de las tropas mandadas por Carlos el Malo puso fin a la revuelta. El 10 de junio, Carle, engañado por una oferta de parlamento, fue asesinado. Robert Fossier ha señalado que la *Jacquerie* no fue, o no fue solamente, una revuelta de la miseria. En pleno desastre francés de la Guerra de los Cien Años,

tras la derrota de Poitiers, se explica bien un sentimiento de animadversión hacia la nobleza, incapaz de cumplir la función de defensa que le era propia; se explica también el descontento general contra la inestabilidad generada por la guerra; pero, por debajo de todo ello, era el descontento del campesinado medio que rechazaba los nuevos impuestos y deseaba el mantenimiento de la «antigua ley» el que alentaba la rebelión.

El movimiento inglés de 1381, entre cuyos dirigentes destacan Wat Tyler y el clérigo John Ball, mejor coordinado y más duradero que el del continente, surgió también como reacción contra la fiscalidad y, lo mismo que en Francia, nació en las tierras más pobladas y ricas, la cuenca de Londres en este caso. Rodney Hilton piensa que, al igual que en la *Jacquerie*, el elemento campesino acomodado tuvo una participación destacada. Pero la superior elaboración de las reivindicaciones sociales, la insistencia con que, entre los objetivos de los sublevados, se recoge la abolición de la servidumbre, la participación más activa de las gentes de la ciudad, el rechazo de los representantes de la justicia y de la jerarquía eclesiástica, dan a esta sublevación el carácter de un levantamiento de toda la gente que estaba por debajo de quienes tenían un señorío en el ámbito rural y reconocida autoridad en las ciudades.

4. La reconstrucción

[Abandono de los campos, descenso de la producción y de los precios del grano, reducción de la mano de obra, alza de los salarios, división de la aristocracia y del campesinado, revueltas sociales, son las manifestaciones generales de una crisis que se prolongó hasta bien entrado el siglo XV. Desde 1440-1460, la inversión de la tendencia se constata con carácter general. La reocupación de las tierras, el incremento de la producción, el nuevo dinamismo demográfico, favorecido por el alejamiento momentáneo de la peste, son los testimonios de que el pulso de la sociedad europea había recuperado fuerza y regularidad, de que las funciones del sistema habían sido restauradas. Pero no parece que el sistema fuese nuevo. La base técnica no había conocido cambios significativos, las prácticas agrícolas seguían siendo las mismas, la sociedad continuaba dirigida por una aristocracia laica y eclesiástica. La reconstrucción agraria obedecía, en primer lugar, a una reordenación del espacio que, concentrando los cultivos en las tierras más adecuadas, permitió el establecimiento del equilibrio entre *ager* y *saltus*, entre ganadería y agricultura. El reagrupamiento de las tierras dio lugar a la aparición de unidades de explotación campesinas más consistentes, menos fragmentadas. Es el fenómeno que está en la base del fortalecimiento del campesinado medio, cuya presencia se detectaba ya en la etapa de la crisis y que ahora dotaba a la base social de una mayor coherencia, que permitía hacer frente a la sustracción señorial y fiscal y aseguraba la reproducción.]

El sistema, pues, no era nuevo. Pero había sido significativamente renovado. Subrayemos las dos causas principales de la renovación. El fortalecimiento de los Estados, por una parte. Los efectos de este afianzamiento de reyes y príncipes se tradujeron en una renovación de la clase dirigente. La vieja nobleza de espada fue en parte sustituida por una nobleza de toga, que encontraba en el servicio del príncipe el punto de apoyo de su éxito social. Sobre todo, el fortalecimiento del Estado aseguraba la consolidación y la generalización del impuesto público, de cuya presencia y efectos en el momento de la crisis ya nos hemos ocupado, y tendía a desplazar las renqueantes exigencias señoriales. No era un cam-

bio en la naturaleza de la sustracción, sino un cambio de modalidad en la dirección de la eficacia.

El peso creciente de la ciudad, por otra parte. También por esta razón tuvo lugar una renovación de la clase dirigente en el ámbito campesino. La presencia de los hombres de negocios con intereses en el territorio, su control de una parte de las explotaciones agrarias, los progresos de la minería o la difusión de la industria textil en el ámbito rural apuntaban hacia el futuro, hacia la transformación del sistema.

Por el momento, su renovación como consecuencia de la nueva fuerza de la influencia urbana se hacía ver en la especialización y en la diversificación de la producción agraria, resultado de una demanda ciudadana que crecía en razón del consumo, del comercio o de la industria. La extensión del viñedo en el Mediterráneo —la «ofensiva de los vinos fuertes», como la llamó Roger Dion— desde Italia a la Península Ibérica, el terreno ganado por el lúpulo, la difusión de las plantas industriales —el lino, el glasto, el pastel— encuentran así su explicación. El éxito de la ganadería, y particularmente de la ganadería lanar, alcanzó en Castilla y en Inglaterra las cotas más elevadas. En este último país, la transformación de las estructuras agrarias, la sustitución del *openfield* tradicional por un paisaje de campos cerrados de dedicación esencialmente ganadera, proceso en el que la participación de los comerciantes fue significativa, era, de nuevo, anuncio claro de evolución hacia el capitalismo.

Bibliografía

- Aston, T. H., y Philpin, C. H. E., eds.: *El debate Brenner. Estructura de clases agraria y desarrollo económico en la Europa preindustrial*, Barcelona, 1988.
- Biraben, Jean-Noël: *Les hommes et la peste en France et dans les pays européens et méditerranéens*, 2 t., París-La Haya, 1975 y 1976.
- Bois, Guy: *Crise du féodalisme: économie rurale et démographie en Normandie orientale*, París, 1976.
- : *La crisi del feudalisme a Europa a la fi de l'Edat Mitjana*, Barcelona, 1986.
- Carpentier, Élisabeth: «Autour de la Peste Noire. Famines et épidémies dans l'histoire du XIV siècle», *Annales ESC* (1962), pp. 1062-1092.
- Fossier, Robert: *La edad Media*, tomo 3: *El tiempo de las crisis, 1250-1520*, Barcelona, 1988.
- Gottfried, Robert S.: *The Black Death*, Londres, 1983.
- Heers, Jacques: *Occidente durante los siglos XIV y XV. Aspectos económicos y sociales*, Barcelona, 1976.
- Hilton, Rodney: *Siervos liberados. Los movimientos campesinos medievales y el levantamiento inglés de 1381*, Madrid, 1978.
- : *Conflicto de clases y crisis del feudalismo*, Barcelona, 1988.
- Russell, J. C.: *British Medieval Population*, Albuquerque, 1948.

TEMA 32

LAS CIUDADES Y EL COMERCIO EN LA ÉPOCA DE CRISIS

por SALVADOR CLARAMUNT

1. El panorama urbano

[Desde finales del siglo XIII, y más concretamente desde 1275, Europa occidental dio señales, primero, de saturación y, después, de contracción, que en algunos lugares llegó a constituir una profunda depresión pasajera; en la Europa central y del este, en cambio, se vivió, en la misma época, un movimiento de expansión continuada en todos los campos, como lo demuestra el desarrollo de sus ciudades. Pero, a pesar de las dificultades propias de las coyunturas depresivas bajomedievales, el papel de las ciudades como centros organizadores de la vida económica se hizo más relevante; en ellas se efectuaba la mayoría de las operaciones mercantiles y eran los centros manufactureros por excelencia.]

[Las ciudades sufrieron también las consecuencias de la crisis (guerras, hambres, pestes, descenso de la población en muchas de ellas), que produjo una serie de tensiones sociales que se dejaron sentir especialmente a lo largo del siglo XIV, pero que se superaron una vez pasado el tiempo de la adaptación a las nuevas circunstancias.] A pesar de la crisis, y [teniendo siempre muy en cuenta que ésta no afectó por igual a todas las regiones, y aun comarcas, del continente,] el movimiento de fundación de ciudades nuevas prosiguió, aunque a un ritmo más lento que en el siglo XIII. [En Inglaterra y en Gales surgió a lo largo del siglo XIV una cuarta parte de las ciudades nuevas (*planted towns*) medievales; en Francia, alrededor de un 20 %, al igual que en Alemania, sobre todo más allá del Elba.]

[Pero no sólo hubo nuevas fundaciones, sino que las ciudades ya existentes aumentaron considerablemente sus territorios con la incorporación al recinto amurallado de los arrabales] o *foris burgus*. París pasó de 273 hectáreas en el siglo XIII a 439 a finales del siglo XIV. Lo mismo ocurrió en Florencia, Barcelona y otras, debido a la celeridad con que se recuperaron de epidemias y guerras. Las grandes ciudades, de alrededor de 100.000 habitantes, eran: Milán, Venecia, París, Nápoles, Florencia. Esta última sufrió una terrible crisis demográfica entre 1338 y 1351, pasando de 110.000 habitantes a unos 50.000, pero en 1380 ya contaba nuevamente con 80.000. Un segundo grupo es el que formaban las ciudades de más de 40.000 y menos de 80.000 habitantes, entre las que se contaban Génova, Bolonia, Roma, Palermo, Barcelona, Córdoba, Sevilla, Valencia, Granada, Bruselas, Londres, Aviñón, etc. Rozaban esa cifra algunas ciudades importantes como Colonia.

A lo largo de los siglos XIV y XV crecieron las ciudades secundarias, con una población de entre 10.000 y 30.000 habitantes, como York, Bristol, Coventry, Ypres, Gante, Brujas, Amberes, Lovaina, Toulouse, Lyon, Burdeos, Ruán, Bourges, Lübeck, Magdeburgo, Gdansk (Danzig), Bremen, Hamburgo, Rostock, Erfurt, Metz, Estrasburgo, Nuremberg, Augsburgo, Viena, Praga, Cracovia y numerosas ciudades italianas.

El aspecto de las ciudades también sufrió importantes cambios, debido al enriquecimiento de los mercaderes, que se hacían construir palacios, muchas veces en competencia con los de las familias de la aristocracia tradicional latifundista. Las iglesias también se multiplicaron, sobre todo por las nuevas redes de órdenes mendicantes: en la Baja Edad Media, las iglesias de los franciscanos, de los dominicos, de los carmelitas e incluso de los mercedarios, formaban parte del paisaje urbano y daban personalidad propia a muchos arrabales o barrios de las diferentes ciudades. Fue también el momento en que aparecieron los edificios de las universidades, con sus respectivos colegios, y los destinados a satisfacer necesidades del gobierno o del comercio —ayuntamientos, lonjas, bolsas, mercados cubiertos, palacios públicos y hospitales de todo tipo, para la atención de los más pobres, de los enfermos, de los abandonados, etc.—. El panorama urbano se llenó de campanarios, civiles y religiosos, y de torres que dieron un nuevo perfil a la estructura urbana, a la vez que los relojes públicos marcaban las horas para el conocimiento de todos los habitantes.

2. La economía urbana

La economía urbana evolucionó de acuerdo con las transformaciones de la ciudad. El mantenimiento y la reparación de las murallas, más fuertes y sólidas, se hizo más caro. Todo desarrollo de la ciudad implicaba aumento de la fiscalidad, lo que solía originar enfrentamientos entre las distintas facciones y oficios por controlar los gobiernos municipales.

La fuerza fundamental de la ciudad en la Baja Edad Media radicaba en la artesanía, la industria y el comercio, o sea, en los sectores secundario y terciario, aunque numerosas pequeñas aglomeraciones, por su carácter semiagrícola, tuvieran gran relación con el sector primario. Dentro del sector secundario, la industria textil fue la que mejor reflejó en cada momento los cambios que se sucedían. Así, por ejemplo, las ciudades flamencas (Ypres, Gante, Brujas), que se vieron gravemente afectadas por la crisis por ser sus producciones pañeras de calidad las primeras que se resintieron por la crisis del feudalismo o de las clases acomodadas, pronto buscaron y encontraron actividades sustitutivas, si bien su importancia comercial e industrial decayó por la multiplicidad de centros de gravedad económicos que aparecieron en otras regiones. En Holanda, Hainaut, Brabante, Alemania, Inglaterra, Cataluña y Castilla se crearon industrias textiles más sencillas, que ofrecían productos de menor calidad, pero también más baratos. Con el tiempo, aun en los países del centro y del este de Europa se desarrolló la pañería, con productos de calidad muy mediocre, pero muy baratos, lo que los hacía competitivos inclusive en regiones lejanas. Se hizo cada vez más frecuente el uso del lino y el cáñamo, el algodón y la seda. La industria sedera conoció una gran prosperidad en Valencia y Sevilla, pero sobre todo en la Italia del norte, donde se alternaba con la industria pañera en ciudades como Florencia, Lucca, Venecia, Génova, Milán, Siena. El cronista Villani afirma que en Florencia llegaron a existir doscientos talleres que producían alrededor de 80.000 piezas de paño anuales. Esta prosperidad del norte de Italia contrasta con la decadencia flamenca de la misma época, y debe justificarse por la nueva organización textil, que tenía ya algunos caracteres propios de la manufactura pre-

capitalista, debido a la utilización de una mano de obra asalariada, los *ciompi*, de condición proletaria.

Este tirón de la industria textil activó también el sector primario de la economía, por el desarrollo de los cultivos de las diferentes plantas industriales.]

Una segunda gran industria, la metalurgia, se desarrolló en la Baja Edad Media gracias a las mejoras técnicas introducidas a finales del siglo XIII, que permitieron la explotación de yacimientos más profundos, y a la aparición de nuevas aleaciones (el latón). También el empleo del alto horno, que vino a complementar la forja tradicional, a la vez que a facilitar su engrandecimiento, fue decisivo para las explotaciones mineras y para la sustitución del bronce por el hierro. En aquel momento se fundieron campanas de gran tamaño, se fabricaron los primeros cañones (cuyos diseños más antiguos son de 1327), las armaduras se complicaron y aparecieron los objetos de precisión, como los relojes mecánicos.]

Esta mayor demanda de minerales hizo progresar las explotaciones mineras, situadas en su mayor parte en el centro, el este y el sudeste de Europa—Alpes, Montes Metálicos, Bohemia, Silesia, Cárpatos—, contribuyendo a la promoción económica y urbana de estas regiones. Así se desarrollaron poblaciones como Freiberg, en la Alta Sajonia, Iglau y Kutna Hora en Bohemia, etc. Ligada al desarrollo de los oficios del metal estuvo la imprenta, que apareció en la segunda mitad del siglo XV. E íntimamente vinculada a ésta, la industria papelería, derivada de la fabricación textil ligera.]

Otra industria fue la del vidrio, que, desde Venecia, se extendió por Bohemia y otros lugares de Europa, gracias a la utilización del producto en las ventanas de las casas, en las vajillas domésticas y en la fabricación de gafas.]

3. El comercio

El hundimiento de las grandes bancas florentinas, llamadas por muchos las «Columnas de la cristiandad», provocó trastornos en Europa occidental que repercutieron decisivamente sobre el comercio. La guerra cerró los caminos, la reducción de la población hizo disminuir los mercados y, por todo ello, el volumen de actividad comercial bajó. Pero la *revolución comercial* iniciada en los siglos precedentes continuó; cabe decir que las dificultades impulsaron el progreso e hicieron mejorar el rendimiento del trabajo.

El comercio, en general, acabó por adaptarse a las nuevas condiciones. Las dificultades para la actividad comercial eran enormes; un carácter común las resume: la inseguridad. Inseguridad política, pero también económica. Bandidos, piratas y guerras representaban un peligro constante para el comercio, como lo demuestran los numerosos casos de cargamentos perdidos. Ciertas regiones, como Champaña, de gran importancia estratégica en los conflictos de este período, debieron ser abandonadas por los comerciantes. Por su parte, los soberanos descubrieron que la reglamentación económica era un arma política; el precio de la lana inglesa variaba según los apetitos fiscales del rey de Inglaterra, que percibía una tasa sobre la exportación; los reyes de Francia e Inglaterra libraron en este sentido una verdadera guerra monetaria.

La inseguridad política devino económica. El comerciante actuaba en un mundo frenético, su carga corría el riesgo de no llegar y, cuando llegaba, los acontecimientos podían haber cambiado el valor de la moneda, o los compradores haber huido de una ciudad atacada por la peste o por la guerra. En esa inestabilidad general, las variaciones monetarias constituían un peligro más. Había cambios en el valor de la moneda, de tres tipos: a) *muta-*

tio in materia, cuando se cambiaba el valor de las piezas; b) *mutatio in pondere*, cuando se cambiaba el peso; c) *mutatio in appellatione*, cuando el curso de la unidad monetaria real se modificaba en relación con la moneda de cuenta.

Estos tres tipos de mutaciones podían combinarse entre sí, complicando aún más las cosas. Estos cambios obedecían fundamentalmente a la escasez de los stocks de metales preciosos disponibles en los mercados europeos, consecuencia de la insuficiente producción de las minas y del saldo negativo del comercio oriental. El precio de los metales preciosos no cesaba de aumentar y, para no perder su beneficio de emisión (de ceca), la autoridad (rey, ciudad, obispo, señor) que acuñaba moneda debía proceder cada vez a un cambio, iniciándose un círculo vicioso. A pesar de todos estos problemas, los progresos (calidad de medios de transporte, seguros) acrecentaron el comercio, a la vez que obligaban a la organización comercial a adaptarse a un mercado inestable (rápidas informaciones, sedentarización del comerciante, instalación de sucursales, red de corresponsales).

Por otro lado, los adelantos en la construcción naval (el timón axial sustituyó al timón lateral) determinaron que las naves fuesen más manejables. Los tipos de barcos se diversificaron y su capacidad aumentó, llegando hasta las 300 toneladas. A su vez, las flotas se especializaron: unas, en productos pesados de menor valor (sal, trigo), y otras, en productos de más valor y menos volumen. Los genoveses perfeccionaron en el siglo XV la *coca*, creando un barco capaz de transportar hasta 1.000 toneladas, la carabela.

A estos cambios hay que añadir la cada vez mayor exactitud de los portulanos, sobre todo los mallorquines y catalanes —que indicaban vientos, rumbos, etc.—, y la difusión universal de la brújula.

Todos esos progresos tuvieron su complemento en el primer seguro naval, aparecido en Génova en 1343, que cobraba entre el 15 y el 20 % del valor de la carga, pero corría con todos los riesgos. En el Báltico, no hubo seguro hasta el siglo XVI.

La formación de sociedades, compañías (*Colleganza*, *Compagnia*, véase tema 17) y sociedades filiales, y la aparición de la letra de cambio, dieron nacimiento al comerciante instruido y cultivado que ha estudiado Y. Renouard.

4. Productos y áreas comerciales

En el siglo XIV, los italianos fueron los maestros comerciantes que monopolizaron el comercio mediterráneo. En el siglo XV, el avance turco hizo cambiar de manos dicho monopolio: de los italianos pasó a los portugueses, castellanos, ingleses e inclusive hanseáticos.

4.1. EL ÁREA MEDITERRÁNEA

En el Mediterráneo, los italianos tenían el monopolio de la comunicación con Oriente: hasta 1350 las colonias del mar Negro fueron el final de la ruta mongola, por la que circulaban seda y especias a través del Imperio mongol, menos exigente que el intermediario musulmán. En la segunda mitad del siglo XIV, esta ruta se arruinó por la caída del Imperio mongol, las devastaciones de Tamerlán y el auge de los turcos.

En esa área de dominio italiano, Venecia concentraba su esfuerzo en los productos de lujo (seda, especias, objetos preciosos) y comerciaba sobre todo con Beirut y Alejandría. Génova, por el contrario, había organizado todo su tráfico de paso alrededor de Quíos,

donde concentraba las mercancías llegadas de Siria, Turquía y el mar Negro. Los genoveses poseían el monopolio del alumbre (indispensable para la industria textil), las maderas preciosas, el algodón, los vinos orientales y la seda. Estos productos se distribuían en Italia y en Europa del noroeste, Inglaterra y Flandes, y las naves regresaban cargadas de paños, lanas y pieles.

Los comerciantes italianos sabían vivir en grupos, formando colonias, como en las ciudades de Oriente, o se reunían en una casa común, como la lonja de los genoveses en Brujas. Aunque había enormes diferencias entre venecianos, genoveses, florentinos o luqueses, para los extraños a la cultura italiana, y especialmente para los nórdicos, todos hablaban la misma lengua, tenían una cultura común, hacían gala de una ostentosa piedad, y eran detestados por su superioridad técnica y, sobre todo, por su riqueza.

A pesar de todo lo expuesto, el comercio mediterráneo, que no contaba con una frontera amiga en Oriente, tuvo que adaptarse a las nuevas circunstancias políticas cuando los turcos pasaron a la ofensiva. Los catalanes compensaron en parte el declive de su comercio con Oriente, mediante su expansión por Sicilia, Cerdeña y el Mahgreb, mientras las distintas ciudades italianas optaban por caminos diversos: Milán al no tener compromisos con Oriente, dio nuevo impulso a su antigua especialidad, la fabricación y el comercio de armas, así como al cultivo del arroz y al desarrollo de la morera; Venecia buscó en Egipto lo que le negaba el Asia Menor turca; y Génova buscó en Occidente sustitutos para las mercancías orientales (azúcar en Sicilia, seda en Granada, pimienta y esclavos en África, y otros productos, como corcho, sal, atún, en la Península Ibérica).

4.2. LA HANSA

El otro gran dominio comercial era el de la Hansa, que se extendía por el mar Báltico y el mar del Norte. La Liga Hanseática surgió de la confederación de una serie de puertos y ciudades alemanes en 1369 y tuvo como objetivo el comercio de productos brutos como arenques, pieles, maderas, hierro, ámbar, cera, etc. Formada en sus inicios por las llamadas ciudades de los cuatro puntos: Colonia, Lübeck, Brusnswick y Dantzic (Gdansk), a ella se fueron añadiendo otras como Hamburgo, Bremen, Hannover, Stettin, Lüneburg, Goslar, Minde, Magdeburgo, Riga, Torun, Königsberg, Reval, Breslau, Visby, Kalmar, etc. La Liga Hanseática contaba con cuatro factorías —Novgorod, Bergen, Londres y Brujas—, a las que llevaban sus productos y recibían otros a cambio, especialmente paños de Flandes y productos italianos y exóticos.

Era un comercio de tipo colonial, de un enorme volumen pero de menor valor que el Mediterráneo. Conoció su edad de oro a finales del siglo XIV, una vez firmada la paz de Straldisun con Dinamarca. Perjudicada por las victorias de los polacos sobre sus aliados, los caballeros teutónicos, y privada de sus antiguos privilegios en Inglaterra y en los Países Bajos, la Hansa comenzó a resquebrajarse a mediados del siglo XV, cuando Hamburgo se salió de ella. El comercio hanseático, a pesar de los fuertes golpes recibidos, y el de haber sido suplantado poco a poco por el de holandeses e ingleses, perduró hasta el siglo XVIII.

La organización de este comercio de productos de poco valor y mucho volumen, protegido por un monopolio de hecho, estaba lejos de alcanzar la perfección italiana; las técnicas comerciales que utilizaban eran poco evolucionadas, el comercio era un asunto casi individual, con contratos entre dos mercaderes que, por lo general, sólo valían para un negocio.

[Hacia 1453, en toda Europa hubo síntomas de recuperación comercial, vinculados a distintos hechos políticos: expulsión de los ingleses de Francia, asentamiento de los turcos en Constantinopla, paz de Lodi en Italia, acuerdos en el Báltico. Fue una recuperación benéfica pero insuficiente, que dejó paso a los descubrimientos atlánticos y a una nueva mentalidad que conduciría al capitalismo moderno.]

[Se puede afirmar que el siglo XV aportó nuevas rutas y nuevos protagonistas en el comercio medieval.] A las dos áreas tradicionales que acabamos de ver, habría que añadir, para finalizar la época medieval, las ciudades holandesas, Inglaterra, las ciudades atlánticas francesas, la marina cántabra y las rutas que los portugueses fueron abriendo lentamente por el Atlántico sur; todas ellas precursoras en los tiempos modernos por estar mirando ya al Atlántico, en prescindencia de las áreas comerciales tradicionales.

5. Conflictos y revueltas sociales en el medio urbano

[Los antagonismos implícitos en el desarrollo de la sociedad urbana dieron lugar, con diferentes matices, a una serie de agitaciones urbanas.]

[En el mundo del trabajo, los enfrentamientos entre maestros, oficiales y aprendices se fueron haciendo cada vez más graves, sobre todo al multiplicarse los oficios.] Había rivalidades entre oficios que participaban en una misma producción, pero también entre oficios ricos y oficios pobres, sobre todo cuando se discutía su grado de representación en los órganos de gobierno de la ciudad, ya que el control del gobierno de la ciudad permitía dictar normas productivas susceptibles de favorecer a unos o a otros, o simplemente de estimular el proteccionismo, como es natural en toda época de crisis. Por otro lado, se fueron imponiendo obstáculos cada vez mayores para la adquisición del derecho burgués, o para la competencia con los maestros y artesanos ya establecidos en las ciudades. Si a todo ello se añaden los intereses contrapuestos de los distintos oficios y de los diferentes grupos de la ciudad, se comprende que el panorama político haya llegado a ser muchas veces irrespirable: [todos los grupos deseaban imponer sus ideales de reforma frente al gobierno existente en la ciudad o frente al gobierno condal o real. A las tensiones de orden laboral hay que añadir el descontento por una fiscalidad de día en día más pesada, lo que explica que las revueltas urbanas y las campesinas sean hasta cierto punto sincrónicas: aunque las causas socio-políticas de unas y de otras fuesen diferentes, la coyuntura era común.]

[Desde finales del siglo XIII, y a lo largo de casi doscientos años, pocas áreas urbanas europeas estuvieron libres de tensiones sociales, aunque se manifestasen con mayor virulencia en Flandes y en el norte y el centro de Italia.]

En Flandes, la situación se complicó por dos circunstancias: por un lado, la peculiaridad de las relaciones feudovasalláticas de los condes con los reyes de Francia; por otro, la crisis económica originada en la competencia de las ciudades italianas. La lucha abierta entre patriciado y artesanado de las ciudades se extendió prácticamente por todo Flandes, sobre todo cuando, en 1297, el patriciado pidió la intervención del monarca francés. La intervención del ejército de Felipe IV provocó en Brujas un sangriento motín dirigido por un tejedor («maitines de Brujas»); cuando el ejército real intentó recuperar el dominio de la situación fue derrotado en Courtrai (1302), lo que determinó la caída de diversos gobiernos patricios en varias ciudades flamencas. Tras un período de desgaste de unos veinticinco años, la victoria de los franceses en Cassel (1328) puso fin a los gobiernos de los grupos más radicalizados en Brujas, y a la rebelión general.

En una segunda etapa, y coincidiendo con el inicio de la Guerra de los Cien Años, Eduardo III trató de asfixiar económicamente a Flandes, prohibiendo la exportación de lanas inglesas, lo cual obligó a cerrar numerosos talleres y fue el detonante del malestar social. En 1338 estalló la protesta en Gante, al grito de «trabajo y libertad», poniéndose al frente de ella un patricio de la ciudad, Jacobo Artevelde. A pesar de que la flota francesa fue vencida en l'Ecluse (1340), ni el rey de Inglaterra, ni sus aliados de la burguesía flamenca, supieron aprovechar la situación. Mientras tanto, en Gante, el enfrentamiento armado entre los tejedores (protegidos por Artevelde) y los bataneros, culminó con el asesinato de Jacobo Artevelde en 1345.

Al cabo de unos años de reactivación de la economía flamenca, por la importación de lanas de Castilla, los disturbios se reprodujeron con mayor virulencia en 1379, esta vez porque los gremios de Gante no querían que Brujas quedase unida por un canal al río Lys. Los tejedores se pusieron al frente del movimiento urbano contra su conde, pero muy pronto los distintos gremios (peleteros, carniceros, pescaderos, etc.) acabaron por enfrentarse al monopolio de los tejedores en diversas ciudades. La comuna de Gante eligió como capitán a Felipe Artevelde, hijo del asesinado Jacobo, el cual durante dos años (1380-1382) llegó a dominar casi todo el condado de Flandes, internacionalizando el conflicto al solicitar ayuda a Inglaterra. El conde de Flandes, Luis van Male, no tuvo más remedio que pedir ayuda a su yerno y heredero Felipe de Borgoña, estableciéndose un verdadero cerco sobre Flandes a fin de evitar la extensión del movimiento revolucionario. En 1382, los rebeldes de Gante y de las ciudades flamencas fueron aplastados por un ejército francés en Roosebeke. Tres años después, en 1385, Felipe de Borgoña se convirtió en el nuevo conde de Flandes, con lo que las libertades flamencas sufrieron un duro golpe.

En Italia, las tensiones y las revueltas urbanas se iniciaron también en época temprana. El primer motín urbano parece haber tenido lugar en Bolonia en 1289. En Perugia, las revueltas contra el partido de la nobleza, apoyado por el papado, derivaron muy pronto hacia un enfrentamiento generalizado entre el partido de los *raspanti* —integrado por los cambistas, los mercaderes adinerados, los pañeros, las profesiones liberales— y el grueso de la clase artesanal, más conocido como *popolo minuto*.

En Siena, los grupos populares de las artes menores aprovecharon las rivalidades de las grandes familias para intentar acceder a los puestos de responsabilidad. En 1371, los obreros de la lana reclamaron la igualdad de derechos y el aumento de salarios, oponiéndose a los patronos y las autoridades comunales; su reivindicación degeneró en un verdadero levantamiento popular.

En Génova, los obreros de la industria sedera y los marinos expulsaron a los nobles güelfos, ofreciendo el poder a Simón Boccanegra; ello supuso el apartamiento de los nobles del gobierno y el control de éste por la burguesía, apoyada por el bajo pueblo.

En Roma, la ausencia del papado, instalado en Aviñón, no hizo más que intensificar los enfrentamientos tradicionales entre las grandes familias nobles de la ciudad. Esta situación permitió actuar al demagogo e iluminado Cola de Rienzo (véase Tema 35), quien, con su fogosa palabra, logró movilizar al pueblo e instaurar por breve tiempo una República romana que pretendía extender por otras ciudades para dominar el futuro político de toda Italia.

De las numerosas revueltas italianas, la más importante es, sin duda alguna, la de los *ciompi* de Florencia, donde a la crisis política y militar se sumó la económica. Desde finales del siglo XIV, Florencia estuvo en manos del llamado *popolo grasso*, que detentaba el poder económico y político, frente al *popolo minuto*, débilmente representado en los organismos de gobierno secundario.

A lo largo del siglo XIV se fueron acumulando las dificultades y las crisis, que se manifestaron en una accidentada vida política: a pesar de todos los cambios de nombres y de familias dominantes no se logró aumentar los bajos salarios de los obreros, ni mejorar su situación representativa en los órganos de gobierno de la ciudad. A partir de 1376 la situación se fue haciendo cada vez más insostenible: Florencia, paradigma de ciudad gúelfa, entró en guerra con el papado, justo en un momento en que la competencia de la naciente industria lanera inglesa colocaba en el paro a numerosos obreros de la lana. En 1378, Salvatestro de Médicis propuso una serie de medidas tendentes a favorecer al *popolo minuto*; pero su tibia reforma chocó con la intransigencia de la Señoría. Muy pronto las tesis reformistas fueron desbordadas por los *ciompi*, que encontraron en el cardador Michele di Lando su caudillo popular. A finales de julio de 1378, las masas se apoderaron del palacio del podestá y se creó un organismo paracomunal, la «Consertería de las Artes Menores».

Pronto aparecieron en el movimiento reivindicativo de los obreros del gremio de la lana, los *ciompi*, dos corrientes: la más moderada, de Lando, que aspiraba a que las más bajas gozasen de los privilegios y de los derechos políticos de los patricios; y la dirigida por Antonio di Ronco, que tenía sentimientos igualitarios y milenaristas, y se autodenominaba *popolo di Dio*. Durante unas seis semanas, Florencia vivió bajo el terror de las masas incontroladas, hasta que una reacción sistemática, meticulosa y cruel se puso en marcha durante tres años; hasta 1383 se dictaron penas de muerte. Fue el triunfo de la gran burguesía, que logró mantener su régimen oligárquico durante todavía casi medio siglo más.

En Francia, los sucesos que conmovieron París fueron el equivalente cronológico de la *jacquerie*. Entre 1356 y 1359, un movimiento revolucionario, originado en una serie de circunstancias sociales, económicas y políticas, agitó París. Inmediatamente después de la derrota de Poitiers frente a los ingleses, cuando el rey se encontraba prisionero, el preboste Étienne Marcel, al frente de la burguesía de París, intentó realizar una serie de profundas reformas en contra de la voluntad del delfín Carlos, representante del más puro legitimismo. En 1357 se aprobó en París la *Gran Ordenanza*, que dejaba a la burguesía de la ciudad un amplio margen de acción. Pero la revuelta de la *jacquerie* por un lado y sus intentos de petición de ayuda a los ingleses, hicieron perder popularidad a Étienne Marcel, que fue asesinado en 1358 por agentes del delfín.

La experiencia se repitió, con menor intensidad, en 1382, otra vez en París y en Ruán. En París fue la revuelta de los *maillotins*, que se inició de manera fortuita contra los recaudadores reales y acabó siendo una sublevación protagonizada por los asalariados de la manufactura textil, secundados por la masa de indigentes y parados de la Guerra de los Cien Años. En Ruán fue el movimiento de la *herelle*, que estalló en febrero de 1382, encabezado por los obreros de la industria textil. La agitación urbana de Ruán se centró en el asalto a las casas de los ricos, el asesinato de judíos y aun ataques al cabildo de la catedral.

A partir de 1411 hubo una serie de enfrentamientos urbanos nacidos al calor de la pugna entre los borgoñones y los armagnacs. En París, el movimiento fue encabezado por el gremio de carniceros, cuyo líder era el desollador Caboche, quien, en 1413, logró imponer, con sus seguidores y el apoyo del partido borgoñón, la llamada *Ordenanza cabochienne*, por la que se pretendía un saneamiento de las finanzas y una protección a las gentes modestas frente a los abusos fiscales y judiciales. El desorden reinante favoreció el retorno a París de los armagnacs, la facción más pronobiliaria, y la anulación de la *Ordenanza cabochienne*.

En la Península Ibérica la primera alteración urbana importante fue la que Berenguer Oller dirigió en 1285 en Barcelona, y que logró agrupar el *poble menut* contra los *promens*.

A lo largo del siglo XIV se produjeron en algunas ciudades alteraciones contra el monopolio de un cierto patriciado urbano. No obstante, destacan en las agitaciones urbanas peninsulares los graves levantamientos populares antijudíos, que sin duda alguna poseen una serie de matices antinobiliarios.

A lo largo del siglo XV, los problemas urbanos más graves tuvieron lugar en Cataluña y especialmente en Barcelona, con los enfrentamientos entre la *busca* y la *biga*; la primera fue un verdadero partido de masas, aun cuando había comenzado como reunión de gentes acomodadas, vinculadas a la industria textil; la segunda agrupaba a la oligarquía tradicional de banqueros, rentistas y grandes propietarios. El complejo problema catalán, que se saldó con una guerra civil de diez años, no fue más que el enfrentamiento de los grupos privilegiados del principado, como el de los grandes barones, y de la oligarquía burguesa, con el autoritarismo de Juan II, apoyado en buena parte por el campesinado remensa y los grupos gremiales más desheredados.

Bibliografía

- Batlle, C.: *Barcelona a mediados del s. XV. Historia de una crisis urbana*, Barcelona, 1976.
 Bonnassie, P.: *La organización del trabajo en Barcelona a fines del siglo XV*, Barcelona, 1975.
 Carrere, C.: *Barcelona, 1380-1462, un centre econòmic en època de crisi*, 2 vols., Barcelona, 1977.
 Chaunu, P.: *La expansión europea (siglos XIII al XV)*, Barcelona, 1972.
 Dollinger, Ph.: *La Hanse, XIV-XVIII siècles*, París, 1964.
 Geremek, B.: *Les marginaux parisiens aus XIV et XV siècles*, París, 1976.
 Heers, J.: *Gênes au XV siècle*, París, 1971.
 Hoshino, H.: *L'arte della lana in Firenze nel basso medioevo. Il commercio della lana e il mercato dei panni fiorentini nei secoli XIII-XV*, 1980.
 Mollat, M. y Wölff, Ph.: *Uñas azules, Jacques y Ciompi. Las revoluciones populares en Europa en los siglos XIV y XV*, Madrid, 1976.
 Postan, M. M.: *Medieval trade and finance*, Cambridge, 1973.
 Renouard, Y.: *Les hommes d'affaires italiens du Moyen Âge*, París, 1949.
 —: *Les villes d'Italie de la fin du X siècle au debut du XIV siècle*, París, 1969.
 Sarasa, E.: *Sociedad y conflictos sociales en Aragón. Siglos XIII-XV*, Madrid, 1981.
 Tenenti, A.: *Florenia en la época de los Médicis*, Barcelona, 1974.
 Valdeón, J.: *Los conflictos sociales en el reino de Castilla en los siglos XIV y XV*, Madrid, 1975.

286

TEMA 33

LOS GRANDES CONFLICTOS INTERNACIONALES DEL BAJO MEDIEVO

por EMILIO MITRE

La conflictividad bélica es la característica más llamativa de la crisis política del Bajo Medievo. Un autor francés de fines del siglo XIV, Honoré Bovet, escribió en su *Árbol de las Batallas* que no había en aquellos tiempos ningún país, por muy remoto que fuera, que no hubiera conocido el flagelo de la guerra. De todos los grandes enfrentamientos internacionales, dos destacan especialmente. Uno es el largo conflicto —o cadena de conflictos— que enfrentó a las casas reales de Francia e Inglaterra y que en el lenguaje académico llamamos Guerra de los Cien Años. El otro es el que opuso a la monarquía catalano-aragonesa con una serie de rivales (angevinos de Nápoles, pisanos, genoveses, etc...) por el control del Mediterráneo occidental.

1. De la génesis de la Guerra de los Cien Años a las grandes treguas

El tratado de París de 1259 cerró en falso las viejas heridas abiertas por la enemistad entre los Capeto y los Plantagenet. El territorio de Guyena, que permaneció en manos inglesas, siguió siendo una fuente de conflictos. Las intromisiones del gobierno de París en la administración del territorio eran muy mal aceptadas por los soberanos británicos, que, aun en 1294, padecieron un intento de confiscación por parte de Felipe IV de Francia.

En 1328 murió Carlos IV, último descendiente de la rama mayor de los Capeto. Una asamblea de barones franceses eligió para sucederle a Felipe de Valois, gran señor emparentado colateralmente con la dinastía. Se dejaban de lado los derechos al trono de Felipe de Evreux (futuro rey de Navarra) y, sobre todo, los de Eduardo III de Inglaterra, cuyos lazos de parentesco —por vía femenina— con los Capeto eran mucho más sólidos.

Al problema de Guyena y el dinástico se unieron otros, motivos también de fricción entre las dos cortes: los de Flandes, Escocia y Bretaña.

En Flandes, tradicional consumidor de lanas del otro lado del Canal, tuvo lugar el primer gran choque anglofrancés: la batalla naval de l'Ecluse (1340), victoria británica sin mayores consecuencias políticas. En Bretaña y Escocia, las disputas dinásticas fueron utilizadas por Londres y París para abrir otros frentes de lucha que, de momento, tampoco decidieron nada.

En 1346, por fin, Eduardo III se decidió a hacer valer plenamente sus derechos al trono francés y llevó la guerra al terreno de su rival.

a) Las grandes victorias inglesas:

El encuentro de Crecy-en-Ponthieu fue un brillante triunfo de las disciplinadas masas de arqueros y de la caballería desmontada británica frente a la turbamulta de la caballería feudal francesa. El año 1346 afirma así una brillante etapa de éxitos militares ingleses logrados por un eficaz estado mayor: el príncipe heredero Eduardo de Gales (el *Príncipe Negro* de la tradición), sir Tomas Felton, sir Hugh Calverley, Roberto Knolles, etc., verdaderos maestros del golpe de mano y la penetración profunda en territorio enemigo: la cabalgada. Francia conoció en toda su intensidad el azote de la guerra y de la peste. En 1347, los ingleses tomaron Calais —excelente cabeza de puente para futuras operaciones— y en 1355 arrasaron todo el Mediodía, desde Burdeos hasta el Mediterráneo. Al año siguiente, el *Príncipe Negro* repitió en Poitiers el lance de Crecy pero, además, hizo prisionero al heredero de Felipe VI, el caballeroso e inepto Juan II.

Francia se vio sumida en el caos. A las derrotas militares se unieron graves agitaciones sociales: la de los burgueses de París, dirigidos por el preboste de mercaderes Esteban Marcel y azuzados por el rey de Navarra, Carlos II, y la de los campesinos del noreste, que protagonizaron un breve pero violento levantamiento: la *jacquerie*.

La situación fue salvada por el delfín Carlos, que actuó con gran habilidad en ausencia de su padre, prisionero en Londres. La *jacquerie* fue aplastada y la rebelión comunal parisina entró en crisis tras el asesinato de Marcel. El delfín se presentaba como el pacificador. Suscribió acuerdos con Carlos de Navarra y, sobre todo, con los ingleses. La paz de Bretigny fue una dolorosa pero necesaria decisión para la casa de Valois. Por ella, se cedió a Eduardo III el control de un amplio territorio en Francia —los enclaves de Calais, Guines y Ponthieu y, sobre todo, una gran Aquitania entre el Loira, el Macizo Central y los Pirineos— y se le otorgó una crecida suma a cambio de su renuncia al trono francés y de la liberación de Juan II.

Juan II murió en 1364 y el delfín fue proclamado rey con el nombre de Carlos V de Francia. Mucho más hábil que el difunto, el nuevo monarca —un hombre de despacho, más que de guerra— se rodeó de un eficaz equipo de colaboradores: Nicolás de Oresmes, Raul de Presles, Jean de Vienne y, sobre todo, el gran artífice del renacimiento militar francés: el bretón Beltran Du Guesclin. Gracias a ellos fue reconstruyendo el prestigio político y militar de su dinastía.

b) El protagonismo ibérico y la reconquista francesa:

En los reinos ibéricos buscó Carlos V el necesario contrapeso a la hegemonía alcanzada por Eduardo III. Desde tiempo atrás, en Castilla, se mantenía el enfrentamiento entre Pedro I y su hermano bastardo, Enrique de Trastámara, apoyado en un importante sector de la nobleza. Carlos V puso al servicio del segundo las bandas de mercenarios, en paro tras Bretigny, dirigidas por Du Guesclin. Pedro I optó por solicitar el concurso del *Príncipe Negro*, erigido por entonces en señor de Aquitania. La rivalidad anglofrancesa se trasladó así a tierras hispánicas. La batalla de Nájera (1367) fue una pírrica victoria de los anglopetristas. Meses después (1369), los trastamaristas y sus auxiliares franceses derrotaron y dieron muerte a Pedro I en Montiel. El nuevo monarca castellano —Enrique II de Trastámara— iba a presentarse en los años siguientes como un fiel colaborador de la política de su valedor, Carlos V de Francia.

Los efectos de la alianza franco-castellana no tardaron en dejarse sentir, acrecentados por la enfermedad del *Príncipe Negro* y la desaparición de algunos de sus compañeros. En 1372, la escuadra castellana destruyó una flota inglesa a la altura de La Rochela. Ello facilitó las operaciones —iniciadas meses atrás— de los capitanes de Carlos V. A lo largo de varios años, Du Guesclin fue recuperando las tierras entregadas en el tratado de Bretigny y reduciendo la presencia inglesa en Francia a una franja costera en el Atlántico y a la base de Calais. En 1377, Eduardo III, acosado el litoral inglés por los marinos franceses y castellanos, hubo de solicitar una tregua. En los años inmediatos desaparecieron el rey inglés, Enrique II, Carlos V y Du Guesclin. La situación de Inglaterra, con un menor en el trono —el nieto de Eduardo III, Ricardo II, tutelado de hecho por su tío el duque Juan de Lancaster—, era de clara inferioridad frente a la reciente hegemonía adquirida por el eje franco-castellano.

Un imprevisto vino a torcer el curso de los acontecimientos: la crisis de sucesión portuguesa a la muerte del rey Fernando. Juan I de Castilla puso en juego los derechos de su mujer, hija del difunto. Ante el riesgo de sufrir una asfixiante hegemonía castellana, buena parte de la opinión portuguesa (legistas, burguesía, ciertos sectores de la pequeña nobleza) optó por Juan, maestre de Avis y hermano bastardo del fallecido rey Fernando. Desde Inglaterra, el duque de Lancaster vio la oportunidad de abrir un nuevo frente de lucha. En efecto, las fuerzas castellanas sufrieron dos serios reveses: primero, en su intento de expugnar Lisboa. Luego (1385), a campo abierto, en la batalla de Aljubarrota. Así, Juan de Avis se consolidaba como monarca de una nueva dinastía lusitana. Su aliado, el duque de Lancaster, irrumpió en 1386 en Castilla, alegando derechos a su trono por vía de su mujer, hija de Pedro I. Sin embargo, la resistencia de Juan I de Trastámara y el concurso de fuerzas francesas enviadas por Carlos VI, impidieron el desastre. El cansancio generalizado impuso la suscripción de treguas a los contendientes.

2. Occidente bajo las grandes treguas

Los acuerdos fueron firmados primero en Bayona y luego en Leulinghem. El duque de Lancaster renunciaba por ellos a la corona castellana a cambio de una crecida suma y del matrimonio de su hija Catalina con el heredero de Castilla, el futuro Enrique III. La resolución de los problemas entre las casas reales de Francia e Inglaterra se pospuso para mejor oportunidad, pero las operaciones militares cesaron. Los castellanos no reconocían aún la legitimidad de Juan de Avis, pero, de hecho, la nueva dinastía lusitana cobraba arraigo creciente. Bajo el signo de la tregua, por tanto, Occidente iba a vivir sin grandes sobresaltos un período de más de dos décadas.

Más que las fricciones internacionales, fue la evolución interna de los principales países lo que condujo a una nueva ruptura de hostilidades.

Así, en Inglaterra, el francófilo Ricardo II fue desplazado del trono y muerto por su primo Enrique IV, que entronizó en el país a una rama menor de los Plantagenet: los Lancaster. En principio, el nuevo monarca contaba con el apoyo de importantes clanes nobiliarios y con el soterrado sentimiento de odio hacia los franceses que no dejaba de crecer en las islas. Sin embargo, las rebeliones a las que hubo de hacer frente y las campañas contra los galeses aplazaron una nueva intervención británica en el continente. Esta misión correspondió a su heredero, Enrique V.

Para ello, contó desde su acceso al trono (1413) con un factor de primer orden: el desgobierno que padecía Francia por la locura de Carlos VI y las rivalidades entre dos grandes familias allegadas al rey: la del duque de Orleans y la del duque de Borgoña. La primera trató de ganarse las simpatías de los sectores más aristocráticos por la vía de personajes como Bernardo de Armagnac, con el que llegó a emparentar. El duque Felipe de Borgoña y, luego, su hijo Juan constituían la primera potencia territorial del reino: eran dueños de la Borgoña condal y ducal, del condado de Nevers y de una buena parte de los Países Bajos del Sur. Descaradamente, trataron de buscar su apoyo en sectores burgueses y reformistas, especialmente los de la capital.

Sobre estas bases, se formaron dos partidos —borgoñones y armagnacs— enfrentados a muerte, especialmente tras el asesinato en 1407 del duque Luis de Orleans. Ante la inoperancia de la corte y a fin de cortar la sangría, los dos partidos recurrieron a Enrique V de Inglaterra. Era la ocasión esperada por éste para tratar de realizar sus fantásticos proyectos que, en buena medida, recordaban la política desarrollada por Eduardo III en sus momentos de esplendor.

3. La segunda fase del conflicto: la doble monarquía y su fracaso

Las operaciones militares iniciadas por Enrique V en Normandía, con la toma de Harfleur, concluyeron en octubre de 1415 con una aplastante victoria a campo abierto cerca de Calais. Fue la batalla de Azincourt, en la que el contingente militar reclutado por los Armagnac fue batido en toda regla.

a) El espíritu de Troyes:

En los años siguientes, Enrique V volvió con aspiraciones muy superiores a las de obtener otro brillante éxito militar: retornó, pura y simplemente, en plan de conquista. Las plazas normandas fueron cayendo sistemáticamente en sus manos. En septiembre de 1419, el delfín Carlos y los Armagnac trataron de llegar a un acuerdo con los borgoñones para, por fin, presentar un frente común contra las ambiciones expansionistas del de Lancaster. El resultado fue dramático: en el encuentro tenido en Montereau, y como lejana venganza por la muerte del duque de Orleans, Juan sin Miedo fue asesinado. Su hijo Felipe, como nuevo duque de Borgoña, se echó en brazos de los ingleses. Enrique V tenía todas las bazas en su mano.

Unos meses después (mayo de 1420), la burguesía y la Universidad de París, firmemente borgoñonas, impusieron una solución para acabar de una vez con todos los contenidos. Fue el tratado de Troyes, por el cual se establecía que el demente Carlos VI seguiría en el trono francés, pero se despojaba de los derechos sucesorios a su hijo Carlos, culpándolo del crimen de Montereau. Enrique V casaba con una hija del rey francés, Catalina, y se proclamaba «heredero de Francia». Cara al futuro, Francia e Inglaterra quedaban unidas por la misma dinastía, aunque conservando sus leyes particulares. Era la tesis de la «doble monarquía».

Muertos en 1422 Carlos VI y Enrique V, el fruto de esta maniobra fue recogido por un niño de pocos meses —Enrique VI— cuya posición en Inglaterra nadie discutía. En Francia, por el contrario, sólo mantenía su título gracias al apoyo del duque Felipe de Borgoña y a la ocupación militar de Guyena, Normandía, París y algunos territorios al norte de Loira.

b) Las dos Francias:

Frente al titular de la «doble monarquía» se levantó de inmediato un partido heredero del viejo conglomerado Armagnac. Buena parte de la nobleza del sur de Francia se inclinó por reconocer la legitimidad del desheredado de Troyes: el delfín Carlos, reconocido por sus partidarios como Carlos VII. Frente al gobierno anglo-borgoñón de París, se estableció otro en Bourges. Se configuraron así «dos Francias» perfectamente convencidas de la legitimidad de sus posiciones.

Los choques militares entre capitanes de uno y otro bando se fueron sucediendo con un balance favorable a los angloborgoñones. Sin embargo, el cansancio generalizado y, sobre todo, la frustración que se fue abriendo paso entre las poblaciones, fortalecieron unos sentimientos vagamente nacionalistas que se traducían en la fórmula *echar a los ingleses de Francia* a fin de acabar con todas las calamidades.

De todos los iluminados que acudieron a la corte de Carlos VII para brindar soluciones a los fracasos militares, una joven de la frontera de Lorena había de alcanzar particular fortuna: Juana de Arco.

Su efímera carrera militar estuvo marcada por dos éxitos singulares. El primero, el levantamiento del cerco que los ingleses tenían puesto a Orleans. El segundo, la consagración de Carlos VII en Reims, de acuerdo con el viejo ceremonial de los reyes de Francia. El impacto psicológico de estos dos logros fue notorio. El bando angloborgoñón no pudo compensarlo en los meses siguientes, pese a la prisión y posterior proceso inquisitorial y ejecución de Juana, en Ruán, el 30 de mayo de 1431. Se había demostrado que los ingleses no eran invencibles en el campo de batalla. Carlos VII, sus colaboradores militares y sus diplomáticos así lo entendieron.

c) El espíritu de Arrás:

Hacia 1435, la situación militar tendió a estabilizarse. En esta fecha se celebró en Arrás una gran conferencia internacional con el fin de resolver un conflicto ya demasiado dilatado. Los delegados de Enrique VI deseaban mantener el principio de la «doble monarquía», aunque accedían a que Carlos VII se mantuviese en el sur. Éste, sin embargo —rehecho militarmente— ofreció otra alternativa: él sería el único rey de Francia aunque al de Lancaster se le permitiría retener como feudos Normandía y Guyena.

Ante posiciones tan encontradas, el duque de Borgoña acabó por constituirse en árbitro de la situación. Aceptó una reconciliación con Carlos VII a cambio de una autonomía total en sus territorios. Aunque se trataba de una dolorosa cesión de soberanía, Carlos VII tenía que aceptar esta solución para romper la vieja alianza angloborgoñona.

Los efectos de la reversión de alianzas de Arrás no se hicieron esperar: en abril de 1436 las fuerzas de Carlos VII, dirigidas por el condestable Richemont, viejo compañero de armas de Juana de Arco, desalojaron a los ingleses de París.

d) El fin del conflicto:

Durante casi veinte años prosiguieron las operaciones bélicas con un ritmo muy irregular. Algunos graves problemas internos, como la rebelión nobiliaria de 1440 (la *Praguerie*) que hubo de ser sofocada por Carlos VII, o las treguas de Tours de 1444, demoraron las operaciones.

En 1449, la formidable maquinaria bélica de Carlos VII se puso en marcha contra las cada vez más debilitadas posiciones inglesas de Normandía y Guyena. En 1450, en Formigny, fue deshecho el principal contingente británico del norte; en agosto, las fuerzas francesas tomaron Cherburgo. En junio del año siguiente, cayeron Burdeos y Bayona. Aún in-

tentaron los ingleses recuperar la iniciativa, apoyándose en el descontento de las poblaciones del Bordelais ante la altanería de los agentes franceses. Juan Talbot, el último de los grandes capitanes ingleses, desembarcó en Burdeos, pero sólo para sufrir un descalabro definitivo en Castillon (julio de 1453). La Guyena fue recuperada definitivamente por las fuerzas de Carlos VII. En el continente, los ingleses sólo mantuvieron la plaza de Calais, que conservarían aún durante un siglo más.

4. Sentido y secuelas de la Guerra de los Cien Años

Aunque se viene sosteniendo que la batalla de Castillon puso fin a la Guerra de los Cien Años, de hecho, no se suscribió ningún acuerdo de paz entre los dos contendientes. Periódicamente, los soberanos ingleses volverían a traer a colación sus derechos a la corona de Francia, aunque sin obtener ninguno de los resonantes éxitos militares de tiempo atrás.

La llamada Guerra de los Cien Años fue el último gran conflicto bélico medieval, pero anunció lo que serían los conflictos modernos. No fue una guerra entre naciones, en el sentido moderno de la expresión, pero contribuyó poderosamente a despertar los sentimientos nacionales de los contendientes. La propaganda política atizó, un tanto primariamente, los sentimientos de xenofobia, en la misma medida en que exaltó las virtudes de la propia tierra y de sus habitantes. En Inglaterra, donde había sido la lengua de cultura, el francés se convirtió en la lengua del enemigo y su uso fue siendo abandonado progresivamente. El término «inglés» llegó a emplearse en Francia para designar no sólo a los nativos del otro lado del Canal, sino también a los colaboracionistas del continente.

La guerra —aunque no en forma exclusiva— contribuyó a perfilar algunos de los instrumentos utilizados por las monarquías de la modernidad: una fiscalidad cada vez más perfecta, unas fuerzas armadas estables y una diplomacia con visos de permanencia. Por lo que se refiere a las segundas, las viejas fuerzas feudales, que demostraron su falta de operatividad, fueron sustituidas por levás más selectivas, pagadas directamente por el monarca y con mandos también dependientes de la realeza. Las ordenanzas promulgadas por Carlos VII en los años finales de la Guerra de los Cien Años son modélicas en este sentido. Ellas dieron forma a una fuerza de caballería integrada por eficaces unidades (las lanzas *reforzadas*), a una infantería nacional pagada por las parroquias (los *francs archers*) y a una eficiente artillería de sitio y de campaña.

Las miserias de la guerra habían golpeado con dureza a todas las fuerzas sociales: a los campesinos, vejados y saqueados por las bandas de mercenarios, los *routiers* y *ecorcheurs*; a las burguesías, que se desangraron en estériles luchas por controlar los aparatos de poder; y a la nobleza, humillada en los campos de batalla por las flechas de arqueros y ballesteros y por el terrible poder de unas armas de fuego que, con el transcurso del tiempo, dejaban de ser una mera curiosidad. Un poder salía fortalecido: el de las monarquías. Como fuerza arbitral, o como poder aglutinador, los monarcas llegan a ser finalmente la referencia obligada al hablar de la génesis de un Estado moderno. En él, las distintas fuerzas sociales —unas de mejor, otras de peor grado— ceden antiguas parcelas de poder y ayudan, así, a configurar lo que conocemos con el nombre de monarquía absoluta.

5. La Corona de Aragón y la lucha por el Mediterráneo (1302-1409)

La conquista del Archipiélago Balear (desde 1229) y las Vísperas Sicilianas (1282) son dos importantes jalones en la historia de la vocación mediterránea de la corona catalano-aragonesa. Los acuerdos de Anagni (1295) y Caltabellota (1302) fueron decisivos, como ya hemos expuesto con anterioridad, para el deslinde de las esferas de influencia de los angevinos de Nápoles y de la casa real de Aragón.

La política mediterránea de esta última se desarrolla, a lo largo del siglo XIV, en varios campos de actuación. Fundamentalmente, en la «diagonal insular» constituida por Baleares-Cerdeña-Sicilia. Pero también en el Mediterráneo oriental y el norte de África. Aquí, por las vías de la penetración comercial y del protectorado militar, los soberanos aragoneses ejercieron una no despreciable influencia.

En líneas generales, cabe distinguir tres momentos en esta política de proyección mediterránea:

a) Jaime II (1291-1327): auge de la expansión catalano-aragonesa:

La paz de Caltabellota fue clave para los designios políticos de la dinastía barcelonesa, bien en su rama mayor de la Confederación catalano-aragonesa, bien en las menores de Sicilia o Mallorca. El cronista catalán Ramón Muntaner empleó una bella metáfora para definir este conjunto: la mata de junco cuya fortaleza era posible gracias a la cuerda (símbolo de la dinastía) que la mantenía unida.

En 1303 tuvo lugar la más fantástica de las operaciones militares: la emprendida por los almogávares a Oriente. Mandados por capitanes audaces como Roger de Flor, Berenguer de Entenza o Bernardo de Rocafort, los miembros de la *compañía* catalana lucharon al servicio de distintos poderes. Primero, al del *basileus* de Constantinopla contra los turcos del Asia Menor. Traicionados por los bizantinos, los almogávares se revolvieron contra ellos arrasando la Tracia. La gesta culminó en 1311, cuando los catalanes se apoderaron de los ducados de Atenas y Neopatria, que retendrían durante más de setenta años.

En el Mediterráneo occidental, la política de Jaime II fue enormemente provechosa para la casa de Barcelona. En 1304, y gracias a un arbitraje portugués, la región de Alicante —parte del reino de Murcia, integrado en la Corona de Castilla— pasó a manos aragonesas. Los monarcas de Túnez, Bugía y Tremecén reconocieron, mediante tributo, la hegemonía de Jaime II. A finales de su reinado, en 1323, se decidió, al fin, a hacer efectivo el dominio sobre Cerdeña que los acuerdos de años atrás le habían otorgado. Algunas de las principales ciudades de la isla fueron conquistadas pero, sobre buena parte del territorio, el elemento indígena, azuzado por pisanos y genoveses, inició una áspera resistencia. La guerra de Cerdeña había de ser, para los sucesores de Jaime II, la gran prueba de fuerza.

b) Pedro IV y la política de reintegración territorial:

Los reinados de Alfonso IV (1327-1336) y, sobre todo, de Pedro IV el Ceremonioso (1336-1387), conocieron un duro desgaste de la potencia militar catalano-aragonesa en Cerdeña. En 1353, una escuadra catalana obtuvo en Algier un gran triunfo frente a los genoveses. Sin embargo, la rebelión en la isla se mantuvo, dirigida por algunos clanes locales como los jueces de Arborea o los Doria. En 1385, se llegó a un precario acuerdo de paz entre las partes.

La política mediterránea de Pedro IV tuvo, sin embargo, otras dimensiones más fructíferas. Gracias a su labor —mezcla de esfuerzo militar y de diplomacia tortuosa—, los Es-

tados mediterráneos de la casa de Barcelona fueron reintegrados a la rama mayor o quedaron en trance de serlo. El reino de Mallorca y sus dependencias de Rosellón y Cerdeña fueron recuperados por Pedro tras la batalla de Llucmajor (1349), en la que murió el último monarca mallorquín independiente, el desgraciado Jaime III. En 1380, los catalanes de Atenas y Neopatria hicieron entrega de los dos ducados al Ceremonioso, aunque poco después de su muerte, en 1388, se perdieron para siempre. En relación con Sicilia, Pedro IV promovió el matrimonio de su nieto Martín el Joven (hijo del infante Martín el Humano) con María, niña aún, heredera de los derechos de la isla.

c) El Mediterráneo catalano-aragonés y la extinción de la dinastía barcelonesa:

El reinado de Juan I de Aragón (1387-1396) ha sido considerado como de cierto abandono de la política mediterránea. Los esfuerzos en ese sentido fueron retomados más tarde por su hermano y heredero, Martín el Humano (1396-1410), y por el hijo de éste, Martín el Joven.

Desde 1395, éste y su mujer, María, emprendieron una enérgica campaña para doblegar a los barones sicilianos. En los años siguientes, la colaboración entre padre e hijo se estrechó. Cerdeña volvió a poner a prueba la solidaridad de la familia real. En la isla, los partidarios del vizconde de Narbona y de Brancalione Doria ponían en jaque la presencia aragonesa. Los dos Martín hicieron un esfuerzo supremo para enviar un gran ejército. Los rebeldes fueron aplastados en San Luri el 30 de junio de 1409. A partir de ese momento, resultó posible la definitiva sumisión de Cerdeña. Sin embargo, las sucesivas muertes de Martín el Joven al mes de la victoria, y de su padre al año siguiente, abrieron un ominoso interrogante para el futuro de los dominios catalano-aragoneses.

La nueva dinastía entronizada en 1412 —los Trastámara castellanos— asumió la vieja vocación mediterránea. Uno de sus representantes, Alfonso V, amplió la presencia hispánica con la conquista de Nápoles, hecho que requiere un tratamiento especial.

Bibliografía

- Allmand, Ch.: *La Guerra de los Cien Años. Inglaterra y Francia en guerra, c. 1300-c. 1450*, Ed. Crítica, Barcelona, 1990.
- Contamine, Ph.: *La Guerra de los Cien Años*, Oikos-Tau, Barcelona, 1989.
- : *Guerre, État et société à la fin du Moyen Âge. Études sur les armées des rois de France. 1337-1494*, Mouton, París, 1972.
- Dupuy, M.: *El Príncipe Negro. Eduardo, Señor de Aquitania*, Espasa Calpe, col. Austral, Madrid, 1973.
- Fowler, K. (dir.): *The Hundred years War*, Mac Millan, Londres, 1971.
- Giunta, F.: *Aragoneses y catalanes en el Mediterráneo*, Ariel, Barcelona, 1989.
- Lalinde, J.: *La Corona de Aragón en el Mediterráneo medieval (1229-1479)*, C.S.I.C., Zaragoza, 1979.
- Mitre, E.: *La Guerra de los Cien Años*, Biblioteca Historia-16, Madrid, 1990.
- Mollat, M.: *Genèse médiévale de la France moderne. XIV-XV siècles*. Arthaud, París, 1977.
- Pernoud, R.: *Jeanne d'Arc*, P.U.F. col. Que sais-je?, París, 1981.

- Perroy, E.: *La Guerra de los Cien Años*, Akal, Madrid, 1982.
- Setton, K. M.: *Los catalanes en Grecia*, Aymá, Barcelona, 1975.
- Vale, M. G. A.: *War and Chivalry. Warfare and Aristocratic Culture in England, France and Burgundy at the End of the Middle Ages*, Ducwarth, Londres, 1981.
- VV. AA.: *La «France Anglaise» au Moyen Âge*. III Congrès National des Sociétés Savantes, Poitiers, 1986-París, 1988.
- : *Pere el Cerimoniós i la seva època*, C.S.I.C., Barcelona, 1989.

TEMA 34

EL IMPERIO Y SU DEFINITIVA GERMANIZACIÓN

por MANUEL GONZÁLEZ

La muerte de Federico II (1250) señala el final de toda una época de grandes emperadores que habían mantenido con admirable dignidad el prestigio de la institución imperial en Occidente. El período que sigue es completamente distinto del anterior. El Imperio alemán, carente de una fuerte dirección política, naufraga como cuerpo político, dando origen a una situación muy parecida a la de Italia, y el Estado deja de existir, disgregado en una multitud de principados, laicos y eclesiásticos, y de ciudades libres dotadas de una amplísima autonomía política.

El Gran Interregno (1250-1273) y el vacío de poder habían moldeado una Alemania completamente nueva, fragmentada en numerosos *länder* dominados por una aristocracia de príncipes —los arzobispos de Tréveris, Maguncia y Colonia, los duques de Baviera, Brunswick y Sajonia, condes palatinos, margraves y hasta reyes, como el de Bohemia— en cuyas manos estará la clave de toda la historia posterior. Sobre este mosaico abigarrado y mal avenido, las distintas dinastías que se sucedieron —las de Habsburgo, Wittelsbach y Luxemburgo— se esforzaron por imponer un cierto orden y conseguir —frente a la oposición sistemática de los príncipes electores, interesados en seguir controlando de hecho y de derecho las elecciones imperiales— que volviese a ser aceptado el principio hereditario. Cuando al fin lograron que éste fuese admitido *de facto* era demasiado tarde, ya que el Imperio había dejado de ser una realidad política para convertirse en una idea vacía de contenido.

1. Los primeros Habsburgo

Rodolfo I de Habsburgo (1273-1291) hubo de hacer frente, apenas elegido «rey de Romanos», a la oposición de Ottokar, rey de Bohemia. La derrota y muerte de éste en la batalla de Marchfeld (1278) puso a disposición del emperador los ducados de Austria, Estiria y Carintia, que serían en adelante la base territorial de los Habsburgo. A partir de ese momento, Rodolfo I intentó hacer efectiva su autoridad en toda Alemania, reclamando los derechos regalianos usurpados y restableciendo la paz pública. Casi al final de su reinado consiguió proclamar una *Paz General (Landfriede)* y acabar con las guerras privadas.

Este atisbo de recuperación del poder imperial y la creación de un sólido dominio territorial en Austria debieron alarmar a los electores imperiales, interesados en colocar en

el trono a personajes de segunda fila que no significasen una amenaza para el creciente poder de los príncipes. Y, de esta forma, en 1291 fue elegido, contra todo pronóstico, Adolfo de Nassau. Desde el principio hubo de hacer frente a la oposición de Alberto de Habsburgo, quien acabó derrotándole en 1298. Alberto I (1298-1308) no tuvo dificultades para ser elegido en Frankfurt, si bien hubo de hacer importantes concesiones a los príncipes. Como su padre, el nuevo «rey de Romanos» hubo de hacer frente a enemigos internos y al recelo del papado ante un poder imperial reconstituido. Su muerte violenta en 1308 fue un duro golpe para los gibelinos que, como Dante, soñaban en la vuelta del Imperio como única forma de acabar con los males de Italia.

Descartados los Habsburgo, los electores nombraron rey a Enrique VII de Luxemburgo (1308-1313), quien, desde el principio, dio muestras de un gran olfato político. Su mayor éxito fue el matrimonio de su hijo Juan con Isabel, heredera del trono de Bohemia. De esta forma —como habían hecho años antes los Habsburgo— la nueva dinastía imperial se hizo fuerte al este del Imperio. Tuvo menos fortuna en Italia, a donde le llevó su concepción tradicional de los deberes imperiales. A pesar de sus deseos de actuar como «árbitro y pacificador» —así le saludó Dante—, su expedición a Italia en 1311 resultó un completo fracaso y a duras penas pudo llegar a Roma para ser coronado emperador, mientras la guerra entre güelfos y gibelinos se adueñaba de toda la Península. En 1313 regresaría a Italia, para morir cerca de Siena, víctima de la malaria.

2. Luis IV de Baviera (1314-1346)

A la muerte de Enrique VII, las dos dinastías alemanas de los Habsburgo y los Luxemburgo reclamaban la corona. La elección se polarizó en torno a dos rivales: Federico de Austria y Luis de Baviera, a quien apoyaba el rey de Bohemia Juan de Luxemburgo. Ambos resultaron elegidos, si bien Luis de Baviera consiguió hacerse con los votos más significativos. Al final, tras una larga guerra civil que arruinó a ambos contendientes, Luis de Baviera derrotó e hizo prisionero a su rival en la batalla de Mühldorf (1322). Al año siguiente, en la dieta de Nuremberg, proclamó la *Landfriede* e hizo otorgar a su hijo Enrique el margravato de Brandenburgo. Emprendía así, como otros monarcas anteriores, una política de fortalecimiento de las bases territoriales de su dinastía, que le llevaría a unirse en segundas nupcias con Margarita de Holanda, que aportó Zelanda y el condado de Hainaut, y a casar a su hija con el landgrave de Turingia.

El principal problema de su reinado fue el reverdecimiento de las luchas entre el papado y el Imperio. En efecto, el papa Juan XXII (1316-1334) había emprendido en 1323, a través del cardenal-legado Bertrand du Poujet, una campaña para someter las ciudades gibelinas del norte de Italia y, en concreto, Milán. Luis de Baviera, que acababa de vencer la oposición de los Habsburgo, reaccionó apoyando a los milaneses y se proclamó «rey de Romanos». Luis IV fue excomulgado por el papa, quien, a su vez, fue declarado hereje por el emperador. Éste, en un gesto de fuerza, entró en Italia, se coronó emperador en Milán y, tras ocupar Roma, depuso a Juan XXII, nombrando papa a Nicolás V.

El conflicto, que se prolongaría hasta la muerte de Luis IV (1347), puede parecernos anacrónico, y, en gran medida, lo era. Pero sirvió al menos para poner de relieve —a tono con los nuevos tiempos y con la especulación política de una serie de intelectuales que, como Marsilio de Padua, apoyaban al emperador— que las ideas teocráticas pertenecían al pasado y que el poder de los emperadores y el mismo título imperial no dependían del papado.

3. Carlos IV y la *Bula de Oro*

El sucesor de Luis IV, Carlos de Luxemburgo, careció por completo de política imperial, si es que alguna vez entendió qué significaba el Imperio. Heredero de Juan de Bohemia, muerto en la batalla de Crecy, se preocupó tan sólo por aumentar el considerable patrimonio de su familia, al que logró incorporar Brandenburgo (1363) y Lusatia (1369).

En 1355 fue coronado en Roma y renunció a intervenir en los asuntos italianos. De esta forma tan poco brillante concluyó un conflicto de siglos, y se consumió la «germanización» del Imperio, una vez producida la renuncia al «*regnum Italiae*» por parte de Carlos IV.

Un año más tarde promulgó la famosa *Bula de Oro* que dotó al Imperio de una verdadera constitución, adecuada a la nueva realidad política. En primer término, se estableció el carácter alemán del título imperial, desvinculándolo por completo del papado y reservando a un cuerpo cerrado de electores, tres eclesiásticos —los arzobispos renanos de Maguncia, Tréveris y Colonia— y cuatro laicos —el rey de Bohemia, el duque de Sajonia-Wittenberg, el margrave de Brandenburgo y el conde palatino del Rin—, la designación de emperadores. Estos príncipes electores eran iguales entre sí y soberanos en sus propios principados. Definiéndolos simbólicamente como «luminarias» del Imperio, la *Bula de Oro* reconoció y legalizó una situación *de facto*, la «Alemania de los Príncipes», en la que el emperador era un príncipe más.

Carlos IV se amoldó a la nueva situación, sacrificando las ciudades, que hasta entonces habían constituido el más sólido pilar de la monarquía, y refugiándose en sus territorios patrimoniales de Bohemia. Con la *Bula de Oro* se establecía en Alemania una verdadera estructura federal dominada por los príncipes y se conseguía, aunque fuese a costa de la anulación del papel de la monarquía y de la división del país, una paz precaria.

De todas formas, aunque muy disminuidos en sus competencias, los emperadores siguieron controlando algunos importantes organismos, como la cancillería y el tesoro. Igualmente, a través de su participación en las dietas del Imperio (*Reichstag*) y de la proclamación de la Paz Imperial (*Reichslandfriede*), la institución imperial consiguió salvar algo de su antiguo prestigio. Desde principios del siglo XV, los emperadores intentaron crear un Tribunal Imperial de Justicia, si bien hasta fines de siglo no consiguieron sentar las bases del mismo.

4. El Imperio durante la era de los principados (1378-1519)

Los emperadores que sucedieron a Carlos IV apenas si merecen un puesto en la historia. Automarginados de la política imperial, reducidos al papel de soberanos en sus propios Estados patrimoniales, vieron impotentes cómo el Imperio se fragmentaba en infinidad de territorios soberanos. Sus únicas intervenciones políticas de cierto relieve estuvieron relacionadas con el Cisma de Occidente. Wenceslao I (1378-1400), hijo y sucesor de Carlos IV, tanto en el título imperial como en el reino de Bohemia, reconoció hasta 1398 al papa de Roma frente al de Avignon. El cambio de obediencia provocó su destitución, siendo elegido en su lugar el conde palatino del Rin, Roberto de Wittelsbach (1400-1410).

Su sucesor fue Segismundo de Luxemburgo, hermano de Wenceslao I. Rey de Hungría y, desde 1419, de Bohemia; Segismundo (1411-1437) puso todo su empeño en la resolución del cisma convocando y presidiendo el Concilio de Constanza. El *concordato* firmado en 1418 con el nuevo papa, Martín V, se aplicó en todas partes de una manera abusiva,

dando origen a prácticas simoníacas, denunciadas por los *husitas* y otros predicadores populares. La Iglesia imperial, como el mismo Imperio, estaba ya en manos de los príncipes, quienes negociaron en 1441 directamente con Roma un nuevo concordato. Su capacidad de injerencia en los asuntos eclesiásticos llegó hasta el punto de ejercer en algunos territorios (Sajonia y Brandenburgo, entre otros) el derecho de nombrar obispos.

Segismundo fue incapaz de resolver adecuadamente la sublevación husita en Bohemia. Al permitir la entrada en su reino de los cruzados alemanes, se enajenó la fidelidad de sus súbditos. En efecto, en 1448, los checos eligieron por rey a Jorge de Podiebrad, desvinculándose de la dinastía de los Luxemburgo. En lo único que tuvo éxito el emperador Segismundo fue en ver reconocido como emperador a su yerno Alberto II de Austria (1437-1438). A su muerte, Bohemia y Hungría pasaron a ser regidas por su hijo Boleslao, mientras el título imperial recaía en su sobrino Federico III. Preocupado por recomponer la unidad de los territorios patrimoniales de los Habsburgo, el emperador se desentendió por completo durante muchos años de los asuntos alemanes. En 1486 fue elegido «rey de Romanos» su hijo Maximiliano (1486-1519). A los territorios patrimoniales, incrementados muy pronto con la incorporación del Tirol (1490) y de Bohemia y Hungría (1491), añadía los de su esposa María de Borgoña, heredera de Carlos el Temerario —los Países Bajos y el Franco Condado—, que le convertían sin discusión en el príncipe más importante de Alemania. Este poder territorial explica, entre otros factores, los éxitos políticos que obtuvo como emperador: la proclamación de una Paz General, la creación, por fin, de un Tribunal del Imperio y el cobro de un simbólico impuesto imperial.

5. La fragmentación del Imperio

La promulgación de la *Bula de Oro* no benefició sólo a los grandes príncipes electores, sino, a la larga, a todos los príncipes y señores territoriales, que se atribuyeron los mismos derechos soberanos y competencias que Carlos IV había reconocido a los siete electores. A partir de ese momento, el Imperio alemán se convirtió en un conglomerado de territorios autónomos, unidos ciertamente por un pasado común, pero cuyas diferencias eran cada vez más acusadas.

La liquidación de la antigua estructura política dio origen a violencias de todo tipo. La política centralizadora de los príncipes chocó tanto con las ciudades como con el grupo de los caballeros (*Ritters*), descendientes de los antiguos *ministeriales*.

En efecto, las ciudades —tanto las ciudades «imperiales» como las «ciudades libres», que habían conseguido en los siglos anteriores un estatuto de autonomía— fueron las primeras en sentirse amenazadas. Seguras de su poder y dirigidas por una burguesía combativa, las ciudades habían extendido su poder por los territorios circundantes mediante la concesión del derecho burgués a campesinos e incluso a pequeños nobles y eclesiásticos. La única forma de defenderse de la agresión de los príncipes era formar *ligas* de ciudades. La nobleza, por su parte, era consciente de la amenaza que eso significaba para su política, y por ello en la *Bula de Oro* se prohibieron taxativamente tanto las confederaciones de ciudades como la concesión de la ciudadanía a los habitantes del campo (*Pfahlbürger*).

Sin embargo, las *ligas* de ciudades volvieron a formarse a partir de 1370. La primera en surgir fue la *liga suaba*, encabezada por la ciudad de Ulm, que derrotó en campo abierto en 1376 al conde de Württemberg. Durante dos años, la *liga suaba*, unida a las de otras regiones, como Baviera y Franconia, hizo frente con éxito a la presión de la nobleza.

La otra fuerza política que se oponía al creciente poder de los príncipes era la clase de los caballeros, titulares hereditarios de pequeños feudos. Amenazados en su autonomía tanto por los príncipes como por las *ligas* de ciudades, los caballeros (*Ritters*) se agruparon en *compañías*, como las de los Leones, del Elefante, del Halcón o de San Jorge.

A partir de 1380, la guerra entre las ligas de ciudades, caballeros y príncipes, fue endémica, y como resultado de la misma la violencia se adueñó por completo del campo, dejando tras de sí un reguero de destrucciones. Las ligas de las ciudades del Rin y de Suabia fueron vencidas en 1388, y en 1389, en la dieta de Eger, el emperador Wenceslao pudo imponer una paz por seis años, al tiempo que volvía a prohibir la formación de *ligas* urbanas.

El acuerdo de Eger apenas resolvió nada. La falta de seguridad y la inestabilidad política siguieron siendo generales hasta mediados del siglo XV. En el fondo, esta situación favorecía el triunfo de los príncipes, cuyo poder acabó por ser considerado una garantía de paz y de estabilidad. Pero mientras esto llegaba, la anarquía y la ausencia de autoridad dieron pie a la aparición de tribunales especiales, especie de sociedades secretas, como la famosa *Vehme*, que administraban justicia de forma expeditiva. El resultado final de este largo y duro proceso de transformación política fue la aparición de un elevado número de principados soberanos o *Landschaften*.

El mismo proceso, pero mucho más acentuado y con resultados más espectaculares, se dio en las regiones orientales del Imperio. La Marca de Brandenburgo, en poder de los Hohenzollern desde 1415, se convirtió, a lo largo del siglo, en un Estado fuerte y centralizado. Austria, en poder de los Habsburgo desde final del siglo XIII y tras una larga decadencia del linaje, surgió a fines del siglo XV como núcleo de un extenso patrimonio territorial que se extendía desde Holanda hasta la cuenca del Danubio e Italia.

6. La Liga Hanseática

La presencia de la autoridad imperial en el norte de Alemania fue prácticamente nula durante la época que estamos analizando. Ello favoreció el desarrollo de una confederación de ciudades que se conoce con el nombre de la *Hansa Alemana*. Los orígenes de esta organización datan de los años del Gran Interregno, cuando ningún poder político era capaz de garantizar la defensa del territorio y proteger los intereses comerciales de las ciudades. El nombre procede de las asociaciones o *hansas* fundadas por los comerciantes de la Alemania del Norte en los centros donde actuaban (Novgorod, Londres, Brujas o Visby, en la isla de Gotland, la más antigua de todas, creada en el siglo XII). A final del siglo XIII, Lübeck, en el Báltico, y Hamburgo, en el mar del Norte, se convirtieron en los principales centros comerciales de Alemania, consiguiendo aglutinar en torno suyo a «una inmensa asociación de paz pública que comprendía a la mayor parte de las ciudades del norte de Alemania» (Otto Brunner).

El poder y el prestigio de la *hansa* le permitieron inclusive concertar acuerdos con otros países. En caso de conflicto, la *Hansa de los Alemanes* utilizaba un arma que siempre le dio buenos resultados: la interrupción del tráfico comercial. Es lo que sucedió en Brujas en 1380, donde su posición de privilegio se vio seriamente amenazada por una serie de medidas restrictivas, o lo que sucedería cuatro años más tarde en Noruega. En este último caso, los privilegios de los hanseáticos fueron restaurados en todo su vigor al quedar el país prácticamente desabastecido de cereales y de otros productos alimenticios.

En ocasiones, la *Hansa* hizo también uso de la fuerza. En 1361, Valdemar IV de Dinamarca conquistó Visby y bloqueó los estrechos daneses, impidiendo así el paso de los navíos hanseáticos hacia los puertos del mar del Norte. A la amenaza danesa respondió la *Hansa* con la «alianza de Colonia» (1367), en la que se integraron, además de las ciudades propiamente «hanseáticas», todas las ciudades de Westfalia y Sajonia, con Colonia a la cabeza. Aliada a Suecia, la *Hansa* pudo finalmente imponer a Dinamarca una paz (Tratado de Stralsund, 1370) que consagraba su monopolio comercial. La *Hansa*, convertida en una fuerza militar de primer orden, dominaría en adelante el ámbito político escandinavo, hasta el punto de que la Unión de Kalmar (1397) —que hizo posible la unión dinástica de Dinamarca, Noruega y Suecia— se llevó a cabo, en gran medida, a instancias de los hanseáticos.

7. El nacimiento de Suiza

El núcleo originario de Suiza lo formaron los *cantones* de Schwyz, Unterwalden y Uri, sometidos a la jurisdicción de los Habsburgo. En 1291 firmaron una «paz perpetua» y se comprometieron a no reconocer la actuación de jueces extranjeros. En 1309 obtuvieron del emperador Enrique VII el reconocimiento de su autonomía. Sin embargo, este primer paso hacia la independencia no se consumó hasta años más tarde, cuando las tropas del duque Leopoldo de Austria fueron derrotadas en Morgarten (1315).

Este triunfo sentó las bases de la «confederación helvética» y de la independencia de los tres cantones con respecto al Imperio, reconocida por Luis de Baviera en 1316. En los años inmediatos, la sublevación contra los Habsburgo se extendió a otros cantones: Lucerna (1332), Zurich (1351), Glaris (1352), Berna (1353) y Zug (1368). Había nacido la «confederación de los ocho viejos cantones».

Implicada en la lucha entre las ciudades y los nobles, la «confederación suiza» hubo de hacer frente en 1385 a las fuerzas de Leopoldo, duque de Austria, a quien infligieron una tremenda derrota en la batalla de Sempach (1386). Dos años más tarde, las alabardas suizas volvieron a derrotar en Näfels a la caballería feudal austriaca. La paz firmada en 1394 consagró de hecho la independencia de Suiza.

A partir de ese momento, la Confederación extendió su influencia a nuevos territorios: valle del Tesino (1403), Appenzell (1411), Saint-Gall (1412) y Argovia (1415). La derrota sufrida en Basilea en 1444 puso fin, de momento, a esa expansión, que se reinició en 1460 con la anexión de Thurgovia. Para entonces, la infantería suiza era ya conocida en toda Europa. Años más tarde, los soldados suizos contribuirían de forma decisiva a la derrota de Carlos el Temerario, duque de Borgoña, en Grandson y en Morat (1472). A finales del siglo XV hicieron frente con éxito a un último intento de los Habsburgo de volver a controlar el territorio suizo. La paz de Basilea (1499), firmada con el emperador Maximiliano, fue el reconocimiento formal de la independencia política de la Confederación Helvética o, como entonces se decía, de la *Alta Alemania*.

Bibliografía

- Barracough, Geoffrey: *The Origins of Modern Germany*, Oxford, 1972.
 Boulay, F. R. H. du: *Germany in the Later Middle Ages*, Londres, 1983.
 Calmette, Joseph: *Le Reich Allemand au Moyen Âge*, París, 1951.
 Cuvillier, J. P.: *L'Allemagne médiévale. 2. Échec d'une nation. 1273-1525*, París, 1984.
 Lerner, J.: *Italy in the Age of Dante and Petrarch. 1216-1380*, Londres, 1980.
 Offler, H. S., y Potter, G. R.: *A Short History of Switzerland*, Londres, 1952.
 Rassow, Peter: *Histoire de l'Allemagne*, vol. I. Lyon, 1969.

TEMA 35

LA PENÍNSULA ITALICA A FINALES DEL MEDIEVO

por SALVADOR CLARAMUNT

A lo largo del siglo XIII, Italia vivió inmersa en la lucha entre el papado y el Imperio, entre güelfos y gibelinos: fue el marco territorial en que las dos autoridades universales se disputaron la hegemonía política sobre el mundo cristiano. Sin embargo, las cosas comenzaron a cambiar a raíz de las Vísperas Sicilianas (1282), que dieron al traste con los designios papales sobre el sur de Italia, y muy especialmente sobre Sicilia, así como con los de Carlos de Anjou, su principal beneficiario.

Hasta la paz de Caltabellota (1302) no se puso fin a la crisis de veinte años que había enfrentado a la Corona de Aragón y al papado; la casa real catalano-aragonesa fue reconocida oficialmente en su trono siciliano. El panorama había cambiado radicalmente: el papado, y más concretamente Bonifacio VIII, estaba ahora seriamente enfrentado con Felipe IV de Francia. Era el inicio de una nueva época en que los dos poderes universales (papado e Imperio) dejaban de ser protagonistas en beneficio de las monarquías nacionales, situación que quedó reflejada en dos hechos de capital importancia para el futuro de la Península Itálica: la muerte de Bonifacio VIII en 1303, después de los humillantes sucesos de Anagni, y el fracaso del viaje a Italia del emperador Enrique VII en 1313, preludio ya del nuevo fracaso de Luis de Baviera años después y del alejamiento definitivo de la idea de que Italia se sometiese como en siglos anteriores al poder imperial.

Después de todos estos hechos, Italia aparecía mucho más dispersa y dividida en lo político que antes. El único vínculo entre sus partes era el cultural, ya que se ahondaban las diferencias en todos los aspectos entre el norte, dominado por activas burguesías, y el centro-sur, con un campesinado sujeto a la aristocracia rural.

1. Italia en el siglo XIV o Trecento

1.1. EL NORTE DE ITALIA

Entre el arco alpino y los Estados pontificios, las numerosas ciudades-Estado se disputaban el espacio político, en medio de un agitado panorama en que el viejo sistema de libertades, tan dificultosamente alcanzado, era sustituido por el gobierno cerrado de diferentes familias. Eran generales en esta Italia del norte, heredera de las comunas de los siglos XI

y XII, la inestabilidad política y las disensiones internas. De entre todos los pequeños Estados urbanos destacan los siguientes:

1.1.1. *Milán*

Después de muchos años de luchas entre diferentes estirpes familiares, el poder pasó a los Visconti a finales del siglo XIII, cuando el sobrino del arzobispo milanés Otón, Mateo Visconti, se hizo con el vicariato imperial de la ciudad. Más tarde, tras algunos enfrentamientos con los Della Torre, en 1311, asumió el gobierno como «capitano del popolo», hasta su muerte en 1322. La política de Visconti, así como la de sus sucesores, fue proimperial y gibelina. Por medio de matrimonios, emparentaron con ricos mercaderes y viejas familias de la aristocracia militar. Ello permitió a los sucesivos Visconti —Azzone (1328-1339), Luchino (1339-1349) y su hermano el arzobispo Giovanni (1349-1354)— controlar militarmente otras pequeñas ciudades del valle del Po, que en teoría conservaban su autonomía militar. Así fueron cayendo en la órbita milanese ciudades como Piacenza, Parma, Bolonia, Lodi, Cremona, Brescia, Bérgamo, Vercelli, Novara, Como, Alessandria y Asti. En esa expansión, Milán tuvo que competir con Verona, cuyos señores, la familia, también gibelina, de los Della Scala, en tiempos de Can Grande y de Mastino della Scala, en la década de los treinta del siglo XIV, llegaron a dominar Reggio Emilia, Parma y Lucca. Pero a partir de 1341, Milán inició su período de apogeo visconteo con Gian Galeazzo (1385-1402), que logró poner bajo su protección a la propia Verona, Pisa y Siena, al tiempo que compraba por 100.000 florines el título ducal al emperador Wenceslao. Gian Galeazzo había sucedido a su padre Galeazzo II como tirano de Pavía (1376), para después hacer prisionero a su tío Bernabó y agrupar en sus manos el Estado íntegro de los Visconti. En su continuo expansionismo, Gian Galeazzo se enfrentó a Florencia, que había logrado someter a su dominio Siena y Perugia (1399-1400). Su muerte repentina hizo que el Estado por él creado se fragmentase temporalmente entre sus jóvenes hijos.

1.1.2. *Venecia*

La Serenísima República de Venecia fue un modelo de estabilidad política, sobre todo después de 1297, cuando el Gran Consejo cayó enteramente en manos de la oligarquía nobiliaria, y más concretamente de unas pocas familias. Estas familias proporcionaban los 300 miembros del senado sobre el que se asentaba el poder vitalicio del Dux, aunque el organismo encargado de atajar cualquier conjura con mano de hierro era el Consejo de los Diez, que tenía el poder real; la ejecución del dux Marin Faliero, en 1355, acusado de querer imponer un gobierno personal, es una buena muestra de ello.

La política exterior veneciana en Italia estuvo encaminada a la ampliación de su espalda peninsular, mediante el control de la llamada *Terra Ferma*. Entre 1308 y 1313, una primera expansión puso bajo la soberanía veneciana a la ciudad de Ferrara, pero la Serenísima tuvo que frenar sus pretensiones al encontrarse con la oposición de Milán y de otras ciudades lombardas. A pesar de todo, en 1405 logró incorporar a sus territorios Padua, Vicenza y Verona, erigiendo una barrera contra las aspiraciones de los Visconti.

Si la política de *Terra Ferma* llevó a Venecia a enfrentarse con Milán, su política mercantil la llevó a enfrentarse con Génova en una serie de guerras navales. Hay que buscar los orígenes de estas guerras en el control del comercio con Oriente, y más concretamente en el frente bizantino, donde venecianos y genoveses tenían sus respectivas colonias y encla-

ves. A partir de 1261, hubo continuos enfrentamientos navales entre las dos repúblicas maríneas. Entre 1351 y 1355, Venecia logró en La Loiera, cerca de Cerdeña, vencer a Génova, mientras ésta vencía a la primera en el Peloponeso. El definitivo enfrentamiento del siglo XIV entre ambas repúblicas maríneas fue la guerra de Chioggia (1377-1381), que se saldó con un ajustado triunfo de los venecianos.

1.1.3. *Génova*

La capital de Liguria se había hecho con el dominio del comercio italiano en el Mediterráneo occidental eliminando a Pisa, a la que venció en 1284 en la batalla de Meloria. Génova estaba dominada políticamente por un patriciado de grandes familias de mercaderes, entre los cuales sobresalían los Doria, los Fieschi, los Grimaldi, etc., quienes, imitando a Venecia, habían instituido, a principios del siglo XIV, el cargo de Dux, lo que no evitó una gran inestabilidad interna. Simón Boccanegra estableció una especie de tiranía personal entre 1339 y 1344. En la segunda mitad del siglo, Génova aceptó en varias ocasiones el dominio señorial de algún personaje extranjero —por ejemplo el de Giovanni Visconti en 1353—, aunque sin perder su plena independencia económica y comercial.

En el aspecto marítimo, ya hemos visto las continuas guerras navales con Venecia, pero a éstas hay que añadir la rivalidad con la Corona de Aragón, y más concretamente con Barcelona. Este enfrentamiento crónico tuvo como marco el dominio de Córcega y Cerdeña. Ésta había sido atribuida en 1295 a los soberanos de Aragón, que iniciaron una lenta, larga y difícil conquista a lo largo de más de cincuenta años. La resistencia antiaragonesa era alentada por Génova, principal valedora de los jueces de Arborea frente a los cataloaraagoneses, que en más de una ocasión vieron limitado su dominio únicamente a las plazas de Cagliari, Sassari y Alguer. La victoria de Martín el Joven, hijo de Martín I el Humano, en San Luri (1409) pacificó definitivamente la isla.

En este casi secular enfrentamiento, Génova y Barcelona se disputaron el control del comercio del Mediterráneo occidental, lo que convirtió en aliados circunstanciales contra un enemigo común a catalanes y venecianos.

1.1.4. *Toscana*

En esta área, la ciudad indiscutible fue Florencia. No obstante, a lo largo del siglo XIV, antes de caer en manos florentinas, Lucca, Pisa y Siena poseyeron una brillante vida propia.

Lucca había tenido un brillante momento militar en tiempos del gobierno tiránico de Castruccio Castracani (1316-1328), que llegó a derrotar a los florentinos en Altopascio (1325) [los enfrentamientos entre las ciudades gibelinas de Lucca y Pisa, y la güelfa Florencia, fueron casi sistemáticos]. Pero Lucca cayó pronto bajo el dominio pisano, del que se libró en 1368, resistiéndose a caer en la órbita florentina durante el gobierno de la familia Guinigi.

Pisa no era ya, en esta época, la gran potencia marítima de antes, aunque, a pesar de haber sido derrotada por Génova, conservaba todavía un importante puerto. Esta situación de potencia intermedia le permitió someter a su dominio a la vecina ciudad de Lucca entre 1342 y 1368.

Mientras tanto, Siena se debatía en una serie de luchas internas, que, a pesar de todo, no impidieron que la ciudad siguiera en manos de los mercaderes ricos, y apareciese como ejemplo de las instituciones republicanas. A finales de la década de los treinta del siglo XIV

se levantó el magnífico edificio del *comune*, con su esbelta torre, y se decoró su interior con los frescos de Ambrosio Lorenzetti sobre el Bien Común.

La historia de Florencia es inseparable en esta época de la evolución social y económica general. La ciudad del Arno estaba todavía en la cúspide de su riqueza comercial cuando, por los estatutos revisados en 1328, los priores empezaron a ser nombrados por elección, lo que implicaba un menor control del gobierno por parte del *popolo grasso* o de los más adinerados. La insolvencia de algunos de los grandes deudores de banqueros florentinos como los Bardi, llevó a la bancarrota a las grandes casas en 1339. De esta situación caótica intentaron salir nombrando a Gualterio de Brienne capitán del ejército. Pero muy pronto el gobierno del de Brienne se convirtió en un poder personal, hasta que en 1343 una insurrección acabó con él. Fue la ocasión propicia para que el populacho se levantara contra los banqueros, dándose al pillaje. Detrás de todos estos acontecimientos había una crisis económica y social; el comercio iba declinando, a la vez que la falta de empleo aumentaba. Por si fuera poco, las compañías libres de los soldados de fortuna vinieron a empeorar las cosas (la compañía del duque de Werner de Urslingen devastó Romaña y Toscana en 1342-1343). Poco después hubo que añadir el desastre del advenimiento de la Peste Negra. A pesar de todo, la elasticidad del comercio florentino hizo posible la reconstrucción de la supremacía financiera de la ciudad por los banqueros más cautos.

En estas agitadas circunstancias surgieron dos grupos opuestos políticamente: el partido güelfo, de los ricos y de la oligarquía, y el *popolo minuto* o trabajador. El primero alcanzó su máxima preponderancia entre 1354 y 1358, cuando sus propias leyes le permitieron perseguir a los ciudadanos acusados de ser gibelinos.

En toda Italia el panorama era muy confuso y los problemas se interrelacionaban. A causa de la carestía, el legado pontificio de Romaña impidió la exportación de alimentos a Florencia, y no puso obstáculos al *condottiere* John Hawkwood para que invadiera Toscana con sus bandas de mercenarios. Esta situación hizo que la güelfa Florencia declarase al papa Gregorio XI la llamada Guerra de los Ocho Santos (1375-1378), que demostró el anacronismo de las denominaciones de güelfos y gibelinos: lo que contaba en realidad eran los intereses cotidianos.

La actuación sectaria del partido güelfo precipitó la revolución de los trabajadores contra el *popolo grasso*; fue la llamada revolución de los *ciompi*, por ser los empleados del Arte de la Lana los más numerosos en la toma del palacio del Comune y los que más claramente manifestaron sus reivindicaciones. Después de un período de confusión (1378-1382), una contrarrevolución restauró el poder del *popolo grasso*, que inauguró una época de recuperación. En 1406, a la muerte de Gian Galeazzo Visconti, Pisa fue conquistada por Florencia.

1.2. LOS ESTADOS PONTIFICIOS

El llamado Patrimonio de San Pedro se había convertido en un Estado en el centro de Italia, que había perdido su importancia capital para el papado desde el momento en que éste se había instalado en Aviñón, a principios del siglo XIV, y sus recursos fiscales procedían de otras partes de Europa.

La gran dispersión y la anarquía se apoderaron de los Estados pontificios y la ciudad de Roma quedó reducida a la condición de semillero de pugnas entre las grandes familias nobles de los Colonna, los Orsini, los Gaetani y muchas más; en esta caótica situación apa-

reció (1344) Cola de Rienzo, demagogo ilustrado de origen humilde que quiso efectuar una gran revolución sojuzgando a los nobles y restaurando la antigua República romana. Cola de Rienzo se tituló tribuno del pueblo, asumió poderes dictatoriales con pompa real y se atrevió a desafiar al papa. Tuvo su momento culminante en 1347, pero sus propias extravagancias, la acusación de herejía y la excomunión papal acabaron por enajenarle el apoyo popular. Huyó de Roma para regresar como instrumento dócil del papa Inocencio VI. Fue asesinado a los pies del Capitolio por el populacho romano en 1354.

Si Roma presentaba este aspecto, el resto de los Estados pontificios estaba de hecho en manos de pequeños déspotas que dominaban en los distintos territorios. De entre ellos destacan: los Malatesta en Rímini, los Ordellaffi en Forlì, los Manfredi en Faenza, etc. Todos ellos fueron dominados por el cardenal castellano Gil de Albornoz, nuevo legado pontificio, quien desplegó una gran actividad política y legislativa, que permitió al papado recuperar el control de los territorios apostólicos. Al cardenal Albornoz se deben las *Constitutiones Egidianas* (1357), verdadero código de leyes por el que se rigieron los Estados de la Iglesia hasta el siglo XIX, así como la fundación en Bolonia del Colegio de España, para estudiantes necesitados de los distintos reinos hispánicos.

1.3. EL REINO DE NÁPOLES

El Estado de mayor extensión de la Península Itálica estuvo regido teóricamente por reyes de la casa de Anjou, si bien en la práctica los barones del sur, dueños de la tierra, mantuvieron una actitud de arrogancia hacia sus soberanos.

Nápoles contaba en la primera mitad del siglo XIV con un soberano notable, Roberto de Anjou, el Prudente (1309-1343), quien debido a las circunstancias se constituyó en líder máximo de una Italia hostil a las intervenciones alemanas de Enrique VII y Luis de Baviera. Aliado natural de los papas de Aviñón como soberano de un reino vasallo de la Santa Sede, actuó como vicario pontificio en Romaña, siendo el animador de una política güelfa. En 1328 perdió a su hijo, Carlos de Calabria, durante algún tiempo señor de Florencia, por lo que a su muerte tuvo que dejar el reino a su nieta mayor, Juana I (1343). Ésta intentó satisfacer las reclamaciones de la rama de los Anjou que gobernaba en Hungría casándose con su primo Andrés de Hungría, que fue misteriosamente asesinado en 1345. Con este asesinato se inició la turbulenta vida privada de la reina, que casó cuatro veces, mientras defendía con las armas su reino de las pretensiones de la rama Anjou de Hungría. En su época, las compañías libres arrasaron el reino de Nápoles (Conrado el «Lupo», Conrado de Landau o Conde Lando y Fra Monriale). En esta confusa situación, durante una década, hasta su muerte en 1366, el verdadero gobernante del reino fue el amante de la reina, Niccolò Acciaiuoli, que actuó como Gran Senescal. La reina Juana I murió finalmente a manos de su primo Carlos de Durazzo (1381), quien, como Carlos III, gobernó Nápoles durante cuatro años, con la oposición de Luis de Anjou. El siglo acabó en este reino con la figura de Ladislao de Durazzo, hijo de Carlos III, el cual, aprovechándose del Cisma, llegó a dominar un territorio que llegaba hasta muy cerca de Roma; a su muerte, en 1414, dejó como reina a su hermana, Juana II, otra mujer turbulenta, indecisa e imprevisible en la historia napolitana.

2. El siglo XV o Quattrocento

En el siglo XV se prolongó, con escasas variantes, la situación de la centuria anterior, de gran debilidad política, señalada por un gran renacimiento cultural y artístico. Fue el siglo de los condotieros o soldados de fortuna que servían a quien más les pagase, y en algunos casos acababan por formar dinastías que gobernaban ciudades (los Sforza). Pero no hay que olvidar que el siglo XV fue también el de la consolidación de algunos señoríos alpinos o norteos a imitación de los alemanes, como Montferrato, Saluzzo o Saboya, que en 1419 se convirtió en ducado, desempeñando un papel cada día más destacado. En la segunda mitad del siglo, el panorama político se fue aclarando; finalmente, cinco grandes potencias quedaron como verdaderas protagonistas: Venecia, Milán, Florencia, los Estados Pontificios y Nápoles.

2.1. MILÁN

La reconstrucción del ducado de Milán se inició en el mismo momento de la muerte de Gian Galeazzo Visconti; su hijo Gian María no fue capaz de controlar por completo a los condotieros y jefes locales que dominaban en las antiguas ciudades milanesas. Afortunadamente, su asesinato, en 1412, coincidió con la muerte del militar más poderoso, Facino Cane, lo que permitió al otro hijo de Gian Galeazzo, Filippo María, dotado de una gran habilidad política y diplomática, dominar a sus numerosos oponentes uno a uno, empezando por casar con la viuda de Facino Cane y obteniendo de este modo su ejército y su dinero. Sin ninguna clase de escrúpulos, Filippo María fue un excelente tesorero, protegió a los campesinos e impulsó la industria, reuniendo de nuevo bajo su poder todos los dominios visconteos, incluida Génova, a la que dominó en 1421. Sus éxitos despertaron los celos de sus vecinos, especialmente Florencia y Venecia, que en 1425 entraron en guerra con Milán. Hasta 1454 se extendió la edad dorada de los condotieros, soldados de fortuna que al frente de sus tropas servían al mejor pagador, llegando aun a prolongar artificialmente las guerras, si ello les era rentable.

Filippo María perdió pronto Brescia y Bérgamo, que pasaron a Venecia, a la vez que Génova se rebelaba por la liberación de Alfonso V de Aragón por el duque de Milán. El condotiero Francesco Sforza casó con la única hija de Filippo María, Bianca María, recibiendo como dote la ciudad de Cremona (1441).

La muerte del duque de Milán, en 1446, sin descendientes masculinos, fue la señal para que todos, comenzando por Carlos VII de Francia, quisieran apoderarse del ducado. Alfonso V de Aragón y de Nápoles, ante lo ocurrido y como aliado de Milán, se proclamó duque, lo que decidió a los venecianos a invadir Milán. Los milaneses proclamaron la República Ambrosiana, nombrando general de su ejército a Francesco Sforza, quien desde entonces desempeñó su papel con habilidad y contó con el dinero y la ayuda de Cosme de Médicis.

Venecia, ocupada en la guerra contra los turcos, aceptó la paz de Lodi (1454), por la cual recibió Cremona y formó una liga con Florencia y Milán. El último triunfo de Francesco Sforza fue la reanexión de la ciudad de Génova (1464). Murió dos años después, dejando el poder a su hijo Galeazzo María, el cual se vio obligado a revelar la condición falaz de la amistad de Venecia y rechazar un ataque del gran condotiero proveneciano Colleone. La pesada política fiscal de Galeazzo María le granjeó el odio del pueblo; fue asesinado

en nombre de la libertad en 1476. El joven tío del nuevo duque Gian Galeazzo, Ludovico el Moro, gobernó Milán, ya en plena época moderna, hasta 1500, cuando fue depuesto por los franceses.

2.2. VENECIA

Venecia continuó su política de expansión en tierra firme (*Terra Ferma*). Los gobiernos de los dux Michele Steno, Tomasso Mecenigo y, sobre todo, Francesco Foscari (1423-1457), líder del partido belicista, estuvieron orientados a proteger los dominios territoriales del Véneto y ensancharlos a expensas de los Visconti, como ya hemos visto en el apartado anterior.

La paz de Lodi en 1454 fue el primer paso para un entendimiento, poco duradero, entre Venecia, Milán, Florencia, el papado y Nápoles, destinado a prevenir a la vez las guerras italianas y la intervención francesa.

Institucionalmente, Venecia se mantuvo estable gracias a un Estado republicano dominado por la más pura oligarquía. En poderes, no en cuanto a influencia personal, el dux era una simple figura decorativa, del mismo modo en que el patriotismo véneto no era más que una unión de intereses. No obstante, Venecia, vencida por los turcos, a pesar de consolidar sus posiciones en Italia, tuvo que hacer frente al impacto del descubrimiento de América y acostumbrarse a la idea de que ya no era la reina de los mares.

2.3. FLORENCIA

La ciudad del Arno se encontraba en el siglo XV en el apogeo de su desarrollo bancario, comercial e industrial, aunque su antigua fuente básica de ingresos, el comercio de paños, había declinado. La rígida oligarquía de siempre continuó mandando después de la revuelta de los *ciompi*. Las rivalidades facciosas de los oligarcas, vinculadas con la competencia comercial, era el único escollo contra el cual se estrellaba la unidad de gobierno. La familia de los Albizzi ocupó la dirección política hasta 1417, cuando un personaje muy rico, Giovanni de Médicis, alejado de todas las camarillas, empezó a acumular poder. Cuando murió, en 1429, su hijo Cósimo (Cosme) ocupó su privilegiado lugar político, alcanzando gran popularidad; precisamente debido a ella Rinaldo Albizzi (1433) logró que se le desterrara a Venecia. Al cabo de diez años, los partidarios de los Médicis implantaron la señoría de Cósimo.

Éste se nos aparece como un político sagaz, un hombre de negocios culto, generoso, astuto y despiadadamente cruel en ocasiones, sobre todo con sus opositores. Logró consolidar la posición de la familia al frente de la Señoría de Florencia, después de apartar a la ciudad de su alianza con Venecia, para apoyar a Francesco Sforza como duque de Milán, en interés de la estabilidad y del equilibrio de poderes de Italia. Se valió de hombres de paja para hacer cumplir su voluntad —tal es el caso de Lucca Pitti—, manteniéndose hasta su muerte detrás de la escena política, pero como su verdadero artífice.

El hijo de Cósimo, Piero, resistió un asalto de la facción rival al poder en Florencia, manteniendo su alianza con Milán y Nápoles en la guerra contra la Venecia de Colleone. A la muerte de Piero, en 1469, sus dos hijos, Lorenzo y Giuliano, tomaron, con el consentimiento general, las riendas del poder, no oficial, aunque reconocido, iniciando la época

áurea de la Florencia del *quattrocento*, cuando una serie de guerras reveló la plenitud de la Edad Moderna.

2.4. EL PAPADO Y EL REINO DE NÁPOLES

El papado logró rehacer sus posiciones en la Península Itálica, una vez liquidado el Cisma de Occidente y olvidadas las veleidades conciliaristas. Políticamente estuvo muy ligado a Nápoles: Martín V y otros reyes, como Ladislao de Anjou, intervinieron activamente en la política romana. Los papas de la segunda mitad del siglo XV fueron mecenas y hombres de letras —Nicolás V (1447-1455), Pío II (1458-1464)—, pero también actuaron como señores en el complicado y cambiante mapa político italiano.

También tuvo lugar una secularización paulatina de la figura del pontífice y de la corte papal. A partir de Sixto IV (Francesco della Rovere, 1471-1484), el dominio de los papas, limitado hasta entonces al Lacio, la Umbría, la Romaña y las Marcas, se hizo sentir en áreas más alejadas. Con Alejandro VI, a finales del siglo, se alcanzó la culminación de este proceso de secularización.

El agotamiento de la dinastía de los Anjou en Nápoles con Juana II, implicó a todos los demás Estados italianos en un problema sucesorio planteado y agravado por la volubilidad de la reina, que cambiaba de heredero cuando le parecía —llegó a nombrar, uno tras otro, a Luis de Anjou, Alfonso de Aragón y Renato de Anjou—. La habilidad de Alfonso V de Aragón, que contó con el apoyo de Filippo María Visconti, le permitió entrar en Nápoles en 1442 e intervenir a continuación en las cuestiones del norte de la Península. La ascensión al trono napolitano representaba para Alfonso V de Aragón la culminación de su política mediterránea, que había iniciado apenas coronado, en 1416, pacificando Cerdeña, intentando ocupar Córcega, y saqueando Marsella en 1423. Era un capítulo más de la rivalidad entre la Casa de Anjou y la de Aragón.

Una vez asentado en su flamante trono napolitano y con Sicilia controlada, Alfonso suscribió los acuerdos de Lodi, a la vez que trazaba una política mediterránea de contención del creciente poderío otomano. Su apoyo a Jorge Castriota, el héroe albanés, que luchaba en sus montañas contra el avance turco, es una buena muestra de su idea globalizadora de la problemática mediterránea.

Alfonso V hizo de Nápoles uno de los centros más importantes del humanismo y del renacimiento artístico de la época. A su muerte, en 1458, el reino de Nápoles pasó a su hijo bastardo Ferrante. Se abrió así un largo período de inestabilidad, que acabó con la intervención directa de Carlos VIII de Francia y la contraintervención de Fernando el Católico, ya en el siglo XVI.

Bibliografía

- Colliva, P.: *Il cardinale Alborno. Lo stato della Chiesa*, Bologna, 1977.
 Giunta, F.: *Aragoneses y catalanes en el Mediterráneo*, Barcelona, 1989.
 Guerdan, R.: *La Sérénissime. Histoire de la République de Venise*, París, 1971.
 Lalinde Abadía, J.: *La Corona de Aragón en el Mediterráneo Medieval (1229-1479)*, Zaragoza, 1979.

- Peri, I.: *La Sicilia dopo il Vespro. Uomini, città e campagne. 1282-1376*, Bari, 1990.
- Pillinini, G.: *Il sistema degli stati italiani, 1454-1494*, Venecia, 1970.
- Ryder, A.: *The Kingdom of Naples under Alfonso the Magnanimous. The making of a modern State*, Oxford, 1976.
- Tenenti, A.: *Florença en la época de los Médicis*, Barcelona, 1974.
- Trease, G.: *Los condotieros. Soldados de fortuna*, Barcelona, 1977.
- Valeri, N.: *L'Italia nell'età dei principati dal 1343 al 1516*, Verona, 1950.

TEMA 36

LOS REINOS HISPÁNICOS EN LA BAJA EDAD MEDIA

por MANUEL GONZÁLEZ

El ambiente en la Península Ibérica en la Baja Edad Media es similar al de Europa: alteraciones climáticas, contracción y desigual recuperación demográfica, alteraciones sociales, enfrentamientos civiles y guerras, dificultades de todo tipo... La «crisis» fue también una realidad, aunque tal vez sea más fácil describirla que explicarla. Los primeros síntomas eran ya perceptibles a fines del siglo XIII. Pero a partir de 1300 el proceso se acelera y las menciones documentales de pobreza, malas cosechas, alteraciones climáticas y hasta epidemias de cierta importancia, junto con una creciente violencia de los poderosos, son cada vez más abundantes. Recuérdense las epidemias que asolaron la Península antes de que sobre ella se abatiese, como sobre el resto de Europa, la Peste Negra: la de 1301, que afectó a Castilla, y de la que, según la *Crónica de Fernando IV*, murió «el cuarto de toda la gente de la tierra» o la de 1333 —«*lo mal any primer*»—, tan bien documentada por las fuentes catalanas.

En el estado actual de las investigaciones, es muy difícil ofrecer un balance global de la crisis en los distintos reinos peninsulares. Valdeón ha analizado en varias ocasiones el caso de Castilla. No sucede lo mismo con otros territorios. Pero, en cualquier caso, nos enfrentamos todavía, y seguramente por mucho tiempo, al dilema de entender la crisis como una pavorosa serie de hambres y epidemias concatenadas, con sus secuelas inmediatas, lo que nos llevaría en definitiva a una explicación «neo-malthusiana» (la crisis como resultado del desequilibrio entre población y recursos); o considerarla como una crisis global del propio sistema feudal. A falta de estudios monográficos concretos, a falta de cifras, el tema de la crisis de la Baja Edad Media peninsular ofrece posiciones para todos los gustos, desde las más moderadas a las más radicales. En una palabra, como ha observado agudamente García de Cortázar, estamos corriendo el riesgo de «convertir el tema de la crisis del feudalismo en un ejercicio semántico».

Los siglos XIV y XV se caracterizaron, además, por una gran conflictividad política. Pero ése no es sino uno de los elementos que configuran la crisis. Sin tener ésta presente, difícilmente se llegará a entender lo que constituye el objeto de esta lección.

1. Pedro I y la guerra civil castellana

En 1350, ante los muros de Gibraltar, murió Alfonso XI, víctima de la Peste Negra. De forma dramática se cerraba así el intenso reinado de un monarca que, tras una minoría

larga y agitada (1312-1325), había sabido recuperar el prestigio de la Corona, asentar sobre sólidas bases jurídicas el autoritarismo regio, efectuar reformas tan importantes como la de los municipios, y controlar, en dura pugna con granadinos y benimerines, el estrecho de Gibraltar.

En 1350 se inició también el conflictivo reinado de Pedro I (1350-1369). La historia y los historiadores siguen sin ponerse de acuerdo a la hora de valorar su figura. ¿Cruel o justiciero? ¿Un psicópata o, simplemente, un hombre de su tiempo, celoso de la autoridad regia, ni más ni menos «cruel» que otros monarcas contemporáneos? Pedro I tuvo, en cualquier caso, que administrar la crisis demográfica y el marasmo económico y social provocados por la Peste Negra. Y no lo hizo del todo mal, a juzgar por las disposiciones emanadas de las Cortes de Valladolid de 1351.

Desde el comienzo mismo de su reinado, Pedro I se vio envuelto en una sucesión de «muertes», la primera de las cuales fue la de doña Leonor de Guzmán, amante de Alfonso XI y madre de los hermanastros del rey. Evidentemente, el enfrentamiento entre éste y el mayor de los bastardos de Alfonso XI, Enrique, conde de Trastámara, no fue el simple resultado de la crueldad, real o supuesta, de Pedro I. Fue, de alguna manera, la confrontación entre dos formas de concebir el gobierno del reino. Y así, frente a una concepción autoritaria de la monarquía, que respaldaban, además de los juristas, las ciudades, se alzaban, casi en bloque, el estamento nobiliario y los obispos. La guerra civil que estalló en 1366 fue, pues, algo más que una simple contienda fratricida. No fue, como a veces se la ha presentado, el enfrentamiento entre la burguesía comercial y la nobleza rural. A los elementos personales y políticos implicados hay que añadir otros no menos importantes. Porque la guerra tuvo también una dimensión internacional que no conviene desconocer. En efecto, Enrique de Trastámara recibió el apoyo de Pedro IV de Aragón, que de esta manera se liberaba de la presión militar a la que, desde 1356, le tenía sometido Castilla. Pero el pretendiente recibió de Francia la principal ayuda militar.

Contando con las tropas mercenarias francesas, encuadradas en las famosas «Compañías Blancas» que dirigía Beltrán Duguesclin, el Trastámara invadió Castilla en la primavera de 1366. Pedro I, por su parte, recibió el apoyo de Eduardo III de Inglaterra, quien envió un importante contingente de tropas, al mando del príncipe de Gales, el famoso *Príncipe Negro*, llamado así por el color de su armadura. En este sentido, la guerra civil castellana de 1366-1369 puede ser considerada como un episodio colateral de la guerra que enfrentaba a Francia e Inglaterra desde hacía años. Desde el punto de vista militar, la guerra se dividió en dos fases. En 1367, las tropas de Enrique de Trastámara sufrieron un aparatoso revés en la batalla de Nájera. Otra vez los arqueros ingleses se demostraban como una fuerza contra la cual la caballería resultaba completamente ineficaz. El pretendiente hubo de abandonar Castilla. Pero Pedro I no supo aprovechar su victoria, y, lo que es más importante, perdió el apoyo inglés al negarse a cumplir lo pactado en el tratado de Libourne (1366): la entrega de Vizcaya y otras plazas cantábricas. Enrique pudo rehacer sus fuerzas y volver a Castilla en 1367. De la mano de Duguesclin, fue ocupando todo el reino, para, por último, cercar a Pedro I en el castillo de Montiel. La guerra concluyó en 1369, a falta del sometimiento de focos petristas aislados, al dar muerte Enrique de Trastámara a su rival.

2. Enrique II y los primeros Trastámaras

El triunfo de Enrique II de Trastámara fue, en gran medida, el de la nobleza que le había apoyado. En consecuencia, el nuevo monarca se vio obligado a premiar con genero-

sidad a los nobles. De esta forma, la «nobleza de los parientes del rey» y la «nobleza nueva», surgida de la propia guerra, se hicieron con inmensas rentas y extensos señoríos a costa de la Corona. Posiblemente, este nuevo equilibrio —o desequilibrio, según se mire— en las relaciones entre nobleza y monarquía, junto con otras muchas reformas, constituya uno de los aspectos más destacados de la llamada «revolución trastamarista». Pero, además, la nueva dinastía inauguró una forma distinta de gobernar, caracterizada por las frecuentes convocatorias de Cortes. Por otra parte, la guerra selló la alianza con Francia, que se mantendría a lo largo de toda la guerra de los Cien Años. Por último, la contienda —al acusar la propaganda trastamarista a Pedro I de protector de los judíos— exacerbó el antisemitismo latente en la sociedad castellana.

Juan I (1379-1390) prosiguió con éxito la obra de recuperación del poder monárquico emprendida por su padre, efectuando además importantes reformas. Preocupado por los problemas de la Iglesia, trató de encontrar alguna solución al incipiente Cisma de Occidente. En 1383 se produjo la muerte, sin descendencia masculina legítima, del rey portugués Fernando I. Juan I, casado con Beatriz, hija del monarca difunto, se proclamó rey de Portugal. Cuando el rey castellano se disponía a tomar posesión del reino, estalló en Lisboa una revolución burguesa de tipo «nacionalista» que finalmente llevó al trono a Juan, maestro de la Orden de Avis. Éste, con la ayuda de Inglaterra, venció a Juan I en Aljubarrota, asegurando así la independencia de Portugal.

Juan I hubo también de hacer frente a las reclamaciones al trono de Juan de Gante, duque de Lancaster, casado con una hija de Pedro I. Los ingleses desembarcaron en La Coruña (1386) y penetraron hasta León. Falto del apoyo local previsto, hubo finalmente de retirarse. El matrimonio de Enrique, Príncipe de Asturias, con Catalina, hija del duque, sumado a una fuerte compensación económica, puso fin al pleito dinástico.

El breve reinado de Enrique III (1390-1406) fue de alguna manera la culminación de un largo proceso de recuperación del poder monárquico. En los primeros años se produjo ya un hecho de singular importancia: la caída de la nobleza de los parientes del rey, los «epígonos trastamaristas» de que hablara Suárez Fernández. La eliminación de este sector nobiliario, cuyo mejor representante era don Alfonso, conde de Noreña y tío del rey, beneficiaba sin duda a la Corona. Pero, a la postre, los principales beneficiarios fueron los linajes de la nobleza nueva, que de esta forma pudieron acceder —como primer escalón de su transformación en *ricos hombres*— a los altos puestos de la administración del reino y de la corte. Enrique III pudo, de esta forma, acentuar el poder monárquico, disminuyendo el papel de las Cortes y pacificando de manera expeditiva los conflictos ciudadanos, gracias a la figura de los *corregidores*. Su muerte prematura en 1406, cuando se preparaba para reiniciar la guerra contra Granada, interrumpida prácticamente desde los días de Alfonso XI, planteó la larga minoría de Juan II y puso fin, por el momento, a una línea política de corte claramente autoritario.

3. La extinción de la Casa de Barcelona y el Compromiso de Caspe

El largo reinado de Pedro IV el Ceremonioso (1336-1387) coincide prácticamente con los peores momentos de la crisis del siglo XIV. Sus relaciones con Castilla fueron alternantes: de colaboración en tiempos de Alfonso XI; de enfrentamiento en los de Pedro I. Su apoyo a Enrique de Trastámara fue decisivo en la resolución final del conflicto dinástico. También fueron notables sus éxitos fuera de los territorios peninsulares. En 1349 reintegró

el reino de Mallorca a la corona de Aragón y en 1377 logró ser reconocido rey de Sicilia. Dos años más tarde, le reconocieron los ducados de Atenas y Neopatria, consiguiendo así «dominar el Mediterráneo» (M. Riu).

Su concepción autoritaria del ejercicio del poder le llevó a enfrentarse con la nobleza de Aragón, que defendía celosamente los privilegios que les había reconocido Pedro III en el *Privilegio General*. Su hermano Jaime de Urgell, como «gobernador general» del reino, proclama a su hija Constanza como heredera. Jaime, hasta entonces heredero, se puso al frente de la *Unión* nobiliaria, que fue derrotada en Épila (1348).

Juan I el Cazador tuvo un reinado breve e irrelevante (1387-1395), sucediéndole, al carecer de hijos, su hermano Martín I el Humano, que ejercía la gobernación de Sicilia. La muerte de éste en 1410, precedida en pocos meses por la de su hijo Martín el Joven, planteó un problema sucesorio de difícil solución, dada la multiplicidad de candidatos y la ausencia de previsiones sucesorias por parte de Martín I. Los posibles herederos eran, entre otros, por línea masculina, Jaime, conde de Urgell, y Alfonso, duque de Gandía; por línea femenina, Fernando de Antequera, Luis de Calabria y Juan II de Castilla. Quedaba todavía un último candidato, Fadrique de Luna, hijo ilegítimo de Martín el Joven. Ante esta situación, Martín I se limitó a recomendar que fuese designado sucesor suyo aquel candidato que tuviese mayores derechos. Pero, dada la naturaleza «pactista» de la Corona de Aragón, ¿cómo y quiénes podían llegar a un acuerdo?

El pleito sucesorio se polarizó muy pronto en torno a Jaime de Urgell, muy mal visto entre los aragoneses, y el infante castellano Fernando, brillante conquistador de Antequera. Quedaba por determinar el *modus operandi*. Fracasada la propuesta catalana de reunión de unas Cortes Generales de Aragón, Cataluña y Valencia, se acordó en Alcañiz el acuerdo de que fuesen nueve jueces designados por los respectivos parlamentos —tres por cada Reino— quienes resolvieran *en justicia* el problema. En abril de 1412 se reunieron en Caspe, bajo la presidencia moral de Vicente Ferrer, representante de Valencia. Oídas las alegaciones de los diferentes candidatos por boca de sus abogados, el 24 de junio se pronunció la Sentencia que proclamó rey, con los votos de seis de los jueces, a Fernando de Antequera. Jaime de Urgell sólo fue propuesto por uno de los tres compromisarios catalanes. De esta forma, el Compromiso de Caspe cerraba la crisis sucesoria de la Corona de Aragón, que pasaba a ser regida por una rama menor de la dinastía Trastámara. Tan sólo la insensata rebelión del de Urgell empañó el espíritu de concordia que había presidido todo el proceso.

Lo sucedido en Caspe ha sido, y es, objeto de una apasionada polémica, y ha sido interpretado de formas diametralmente opuestas. Así, Ferrán Soldevila ha hablado de que todo estaba ya decidido y ha insistido en considerar el Compromiso como una *iniquidad* y como punto de arranque de la decadencia catalana. En una línea muy diferente se sitúan Menéndez Pidal y Dualde Serrano. Por su parte, Jaime Vicens Vives, tras rechazar las tesis de Soldevila, concluye que la sentencia de Caspe fue no sólo históricamente justa, en cuanto que «designó el candidato más universalmente aceptado por las diversas estructuras de los países de la Corona de Aragón», sino que fue la única salida posible al problema.

4. La pugna entre nobleza y monarquía en Castilla (1406-1474)

La larga minoría de Juan II —de 1406 a 1419— representó un paso atrás en el fortalecimiento monárquico. De hecho, la regencia, dominada hasta 1412 por la figura de don Fernando de Antequera, tío del joven rey, sirvió para que se reconstituyese el poder de la

nobleza de parientes del rey, encarnada ahora en una nueva generación. El regente —poderoso, rico y prolífico— se preocupó por situar económicamente a sus hijos, llamados desde 1412 «infantes de Aragón». De esta forma, entre 1408 y 1409, los dos menores, Enrique y Sancho, accedieron al cargo de maestros de las órdenes militares de Santiago y Alcántara, respectivamente. Ya rey, se preocupó por asegurar el futuro del infante don Juan, el segundo de sus hijos, a quien cedió todos sus señoríos castellanos, encabezados por el ducado de Peñafiel; por si ello fuera poco, en 1414 concertó su boda con Blanca, heredera del trono navarro. La red de intereses tejida en torno a Juan II de Castilla llegó hasta hacerle casar con María de Aragón, hija de Fernando de Antequera y, por tanto, prima hermana del rey castellano. La mayoría de Juan II se iniciaba, pues, bajo los peores augurios, ya que, como afirma Suárez Fernández, el rey «estaba destinado a ser, en manos de los infantes, un símbolo y, apenas, un instrumento».

El nuevo conflicto entre nobleza y monarquía tuvo como principales protagonistas, del lado nobiliario, a los infantes de Aragón (Juan, duque de Peñafiel, y desde 1424, rey de Navarra, y Enrique, maestre de Santiago), apoyados por su hermano el rey de Aragón, Alfonso V, y por algunos de los linajes nuevos; del lado monárquico, a don Álvaro de Luna y a buena parte de la nobleza castellana, interesada en acabar con el poder de los infantes.

El primer acto de la lucha se saldó en 1430 con la victoria del favorito de Juan II. Los infantes de Aragón fueron desposeídos de sus rentas, cargos y propiedades, y expulsados del reino. Era el triunfo de don Álvaro, que ostentaba ya el cargo de condestable de Castilla. La guerra contra Granada (1431-1439) le permitió adquirir prestigio, manejar cantidades enormes de dinero y tranquilizar a la nobleza. Sin embargo, el poder acumulado y su forma personalista de gobernar le enfrentaron a la nobleza. Unida a los infantes de Aragón, de nuevo en Castilla, la nobleza consiguió hacer caer al condestable, que fue desterrado en 1439. La segunda parte de la contienda entre los seguidores del partido monárquico y el bando nobiliario se consumó pocos años después en la batalla de Olmedo (1445). Los infantes de Aragón fueron de nuevo expulsados de Castilla, y don Álvaro de Luna vivió, sin duda, su momento más glorioso. Pero fue una victoria pírrica. La nobleza, reagrupada en torno al príncipe heredero don Enrique y dirigida por Juan Pacheco, marqués de Villena —un caso espectacular de ascenso en el *ranking* político—, no cesó hasta provocar la caída definitiva del condestable, a quien acusaban de todo tipo de abusos de poder —su gobierno era llamado sin tapujos «tiranía»— y de tener casi secuestrado al rey. Juan II, al final, se vio obligado a abandonar a don Álvaro a su destino y a firmar su condena a muerte, tras un oscuro proceso por el asesinato del contador real Alfonso Pérez de Vivero (1453). Unos meses más tarde (1454) falleció Juan II.

Con Enrique IV (1454-1474) se produjo el más agudo enfrentamiento de esta larga pugna. Débil de carácter y a merced de sus sucesivos favoritos —el marqués de Villena, don Beltrán de la Cueva—, su reinado representa uno de los momentos más negros de la historia castellana. Tras unos comienzos esperanzadores, sus propios errores, las intrigas de la nobleza, organizada en forma de *Liga* desde la caída de don Álvaro de Luna, y la mala coyuntura económica acabaron por hundir el reino en la anarquía.

En junio de 1465, la Liga nobiliaria depuso a Enrique IV en una ceremonia —la llamada «farsa de Ávila»— que ha sido calificada por J. Valdeón de «increíble». Los nobles rebeldes proclamaron rey al príncipe don Alfonso, hermano del rey, y el país inició una confusa guerra civil que se prolongó hasta 1468. En este año murió —¿envenenado, tal vez?— el infortunado Alfonso XII, y la princesa Isabel, hermana del rey, fue reconocida como heredera (Tratado de los Toros de Guisando). Un año más tarde, Isabel contrajo matrimo-

nio, sin autorización de Enrique IV, con Fernando, hijo y heredero de Juan de Navarra, ahora rey de Aragón. El rey castellano revocó el tratado y designó como heredera a Juana la Beltraneja, hasta entonces sistemáticamente eliminada en todas las previsiones sucesorias a causa de su rumoreada ilegitimidad. Así las cosas, a la muerte de Enrique IV se planteó un conflicto sucesorio entre los partidarios de Isabel I y los de Juana la Beltraneja. La primera estaba apoyada por un importante sector de la nobleza, encabezado por el poderoso linaje de los Mendoza, y contaba además con la ayuda aragonesa; la segunda contaba con la Liga nobiliaria —Carrillo, arzobispo de Toledo, el marqués de Villena— y, sobre todo, con Alfonso V de Portugal, con quien pensaba contraer matrimonio.

La guerra civil (1474-1479) fue dura, especialmente en torno a la frontera con Portugal —batallas de Toro y Albuera— y en el mar, hasta el punto de que J. Heers ha definido los ataques y represalias mutuos en las costas atlánticas africanas como «la primera guerra colonial» entre dos países europeos. La gran derrotada no fue la «desgraciada señora», como los portugueses llamaban a Juana la Beltraneja, sino la nobleza que la había apoyado. Pero, en contra de lo que comúnmente se piensa, los Reyes Católicos fueron generosos en su victoria. Suárez ha hablado de su «reconciliación con los nobles», que pasaba, desde luego, por la destrucción de todo tipo de liga nobiliaria. La nobleza en su conjunto entendió muy bien que era mejor someterse que resistir.

5. Aragón en el siglo XV

El reinado de Fernando I fue breve (1412-1416), todo lo contrario del de su primogénito y sucesor Alfonso V el Magnánimo (1416-1458). Fascinado muy pronto por el mundo italiano, que ofrecía amplio campo a sus ideales caballerescos y su ansia de gloria, dejó el gobierno del reino en manos de su mujer, María de Castilla. Su objetivo fue la conquista del reino de Nápoles, que también le disputaba el duque de Anjou. De esta forma, reverdecía la antigua contienda entre aragoneses y angevinos. La lucha fue larga y tuvo alternativas (en 1435, Alfonso V cayó prisionero en la batalla de Ponza). Pero, finalmente, en 1442 consiguió entrar triunfante en la capital del reino, convertida en uno de los centros más activos del primer Renacimiento y donde residiría hasta el final de su vida. Sin hijos legítimos que le heredasen, le sucedió como rey de Aragón su hermano Juan de Navarra, mientras su hijo ilegítimo, Ferrante, ocupaba el trono de Nápoles. Juan II (1458-1479) poseía, al comenzar a reinar, una experiencia política muy considerable, adquirida tanto en Castilla como en Navarra. Era también un político seguro de sí mismo y tenía, como buen Trastámara, ideas muy claras sobre cómo gobernar. En circunstancias diferentes, pudo haber sido un extraordinario rey. Pero le tocó vivir tiempos duros.

Cataluña, el sector más sensible de toda la Corona de Aragón, vivía desde hacía años en una situación de conflicto casi permanente. Por un lado estaba el viejo problema de los *payeses de remensa*, planteado desde finales del siglo XIV; por otro, la lucha política en la ciudad de Barcelona entre la oligarquía mercantil y los gremios. Por un tercero, aún, las campañas italianas de Alfonso V, que habían acabado por desestabilizar la frágil economía de Barcelona y de Cataluña. Sobre este trasfondo de tensiones, la actuación autoritaria de Juan II chocaba con la tradición política catalana, típicamente «pactista». La prisión de Carlos, príncipe de Viana y heredero tanto del trono navarro como aragonés, y su muerte en circunstancias no muy claras dieron origen a una larga guerra civil (1462-1472) en la que se mezclaron elementos de toda índole. En efecto, al tiempo que los catalanes deja-

ban de reconocer a Juan II como su príncipe y nombraban sucesivamente a otros (Enrique IV de Castilla, el condestable don Pedro de Portugal y Luis XI de Francia), estallaban conflictos civiles tanto en el campo como en la ciudad de Barcelona. Enfrentados a los señores feudales que seguían negándose a otorgarles la capacidad de redimirse en su condición servil y a suprimir los *malos usos*, los *payeses de remensa* se alinearon junto al rey. En Barcelona, el partido de la *biga*, en el que se encuadraba la oligarquía mercantil, se deshizo violentamente de sus rivales, los elementos populares de la *busca*, en los primeros momentos de la guerra. En 1472, caída Barcelona en manos de Juan II, se firmó la Paz de Pedralbes, que ponía fin a una dura guerra de todos contra todos que dejó a Cataluña, y especialmente a Barcelona, completamente arruinadas. El conflicto de los remensas tardaría algo más en resolverse, y volvería a producirse un nuevo enfrentamiento hacia 1484. Dos años más tarde, por la *Sentencia Arbitral de Guadalupe*, Fernando el Católico dio solución al conflicto que venía arrastrándose desde el siglo anterior, suprimiendo los malos usos y arbitrando un sistema para que los campesinos pudieran liberarse.

6. Navarra en la Baja Edad Media

Al producirse en 1328 la crisis sucesoria que llevó a Felipe VI de Valois al trono de Francia, Navarra reconoció como reina a una nieta de Felipe el Hermoso, Juana, casada con Felipe, conde de Evreux. Navarra seguía, pues, regida por una dinastía francesa y con intereses en Francia. Carlos II (1349-1387) —Carlos el Malo, para los franceses— tuvo una turbia actuación política en los difíciles años que precedieron y siguieron a la batalla de Poitiers (1357). Participó en la revuelta parisina de Étienne Marcel e intervino muy destacadamente en la represión de la *jacquerie*. A la muerte de Carlos III el Noble (1387-1425), cuyo reinado fue un «interludio pacífico», recayó la corona en su hija doña Blanca, casada con el infante don Juan, hijo de Fernando de Antequera.

Navarra se vio envuelta, a través de la política en Castilla del turbulento infante de Aragón, en nuevos conflictos. Desde la muerte de su mujer en 1441, gobernó plenamente Navarra, manteniendo en un segundo plano a su hijo Carlos, príncipe de Viana. Las relaciones entre ambos entraron en crisis en 1450, dando origen a una guerra civil en la que se mezclaron también otros intereses y tensiones. Más que enfrentamiento entre las gentes de la Montaña y las de la Ribera, que representaban dos formas de vida muy diferentes (*Desd'vise du Dezert*), la guerra fue una típica lucha de bandos agrupados en torno a dos linajes antagónicos: los seguidores de los Beaumont o «beaumonteses», que apoyaron la causa del príncipe de Viana, y los partidarios de los Agramont, que favorecieron naturalmente a Juan II. La muerte, en 1461, de Carlos de Viana, a quien su padre había desheredado años antes, convirtió a una hija de éste, Leonor, casada con Gastón de Foix, en heredera del trono navarro. De esta forma se inauguró la última de las dinastías navarras.

Bibliografía

Suárez Fernández, L.: *Nobleza y monarquía. Puntos de vista sobre la Historia castellana del siglo XV*, Valladolid, 1972 (2.^a ed.).

TEMA 37

CRISIS Y TRANSFORMACIONES DE LA IGLESIA
EN LOS SIGLOS XIV Y XV

por EMILIO MITRE

La matanza de las Vísperas Sicilianas representó un frenazo para las aspiraciones hegemónicas de la casa de Anjou en el Mediterráneo. Constituyó también, aunque indirectamente, un aviso para quienes avalaban moralmente tan ambiciosa política: los pontífices. Unos años más tarde, los sueños de grandeza de los papas empezaron a sufrir un serio deterioro. Fue la más llamativa manifestación de la crisis espiritual de la Baja Edad Media.

1. Las primeras fisuras de la teocracia pontificia:
de Bonifacio VIII a la celebración del Concilio de Vienne

En 1294, la pugna entre el poder temporal y el espiritual experimentó un brusco desplazamiento desde el Imperio hacia Francia. Dos fueron sus protagonistas: el papa Bonifacio VIII y el rey de Francia, Felipe IV. *—p. Nieto de San Luis.*

Elevado al solio pontificio tras la abdicación de su predecesor Celestino V (caso único en la Historia de la Iglesia), Bonifacio VIII se encontraba en la línea de pensamiento teocrático triunfante en el Occidente desde un siglo atrás. La caída de los Staufen, tanto en Sicilia como en Alemania, había estimulado en los pontífices ensoñaciones de *plenitudo potestatis*. Sin embargo, desde finales del siglo XIII, la preeminencia política alcanzada por la Francia de los Capeto sobre el conjunto del Occidente creó graves problemas a la soberanía papal. Felipe IV, nieto de San Luis, tenía un alto concepto de la autoridad real. Sus colaboradores —legistas de la talla de Guillermo de Nogaret o Enguerrand de Marigny— abogaron por una independencia del poder absoluto de los jefes de Estado en relación con el poder espiritual.

El choque se hizo inevitable desde el momento en que Bonifacio VIII, a través de varias bulas, prohibió (1296) la percepción de tasas eclesiásticas sin autorización papal y trató de mediatizar la provisión de algunos cargos eclesiásticos en Francia. Entre el papa y el rey se estableció una dura prueba de fuerza. El primero declaró el 1300 año jubilar, concediendo la indulgencia plenaria a todos los peregrinos que acudieran a Roma. Una manera de reforzar su prestigio, a la que el monarca francés replicó con la convocatoria de

representantes de los tres Estados del reino, que se colocaron detrás del rey en la disputa. En el mismo año (1302), Bonifacio VIII promulgó la bula *Unam Sanctam* en la que, sin ambages de ninguna clase, exponía su teoría de la superioridad del pontífice por encima de las naciones y de sus jefes. Felipe optó por la solución radical: primero, trató de deponer al pontífice; luego (atentado de Anagni), intentó su arresto. La muerte del anciano Bonifacio VIII evitó males mayores, aunque el daño al prestigio del pontificado ya estaba hecho.

En 1305, el rey de Francia logró un éxito notorio con la elección para la silla de San Pedro de un pontífice francés: Clemente V (1305-1314), hombre de espíritu conciliador.

Ante la permanente amenaza de abrir un proceso a la memoria de Bonifacio VIII, hecha por Felipe IV, el papa hubo de plegarse a las exigencias del monarca.

En primer lugar, en el asunto de los Templarios. En 1305, Felipe IV había emprendido una batalla contra esta poderosa orden, auténtico Estado dentro de los Estados. Las acusaciones que se le hacían, de realizar prácticas blasfemas y paganas, carecían de toda consistencia, pero en ellas se apoyó el rey para montar un inicuo proceso inquisitorial. Después de algunas dudas, el papa cedió, aunque aplazó su decisión final sobre la orden hasta la reunión de un nuevo concilio ecuménico.

Éste se celebró en Vienne, entre 1311 y 1312, con la asistencia de unos doscientos prelados. Tras diversas negociaciones, el 3 de abril de 1312, Clemente V decretó la supresión del Temple y el paso de sus bienes a otras órdenes militares. Junto a esta importante medida se promulgaron otras: una afectaba a los «espirituales» franciscanos radicales que interpretaban en términos absolutos el ideal de pobreza evangélica; otras se referían de forma un tanto vaga a la predicación de una nueva cruzada, algo que ya resultaba tópico en la convocatoria de un concilio ecuménico, pero que no despertaba demasiados entusiasmos.

Vienne cierra el ciclo de grandes concilios convocados por el papado, aunque se hubiese reunido bajo las presiones del rey de Francia. En lo sucesivo, los cauces por los que discurrió la historia de esta institución fueron muy distintos.

2. El pontificado en Aviñón

Unos meses antes de la apertura del Concilio de Vienne, Clemente V decidió trasladar la corte pontificia a Aviñón. Se trataba de una medida provisional que su sucesor, también francés, Juan XXII, convirtió en firme. En efecto, hasta 1378, seis papas gobernaron la cristiandad desde la ciudad del Rodano. Setenta años de alejamiento de Roma que, de una forma tan retórica como inadecuada, han sido definidos como «segunda cautividad de Babilonia».

Nada menos cierto. El papado encontró en Aviñón un sosiego del que era difícil disfrutar en Roma. Ni el nepotismo, ni el afrancesamiento de la curia, ni, desde luego, la corrupción, impidieron que el pontificado diera figuras de la talla política e intelectual de Juan XXII (1316-1334), digno rival del emperador Luis de Baviera, o del antiguo inquisidor Jacobo Fournier, elegido papa en 1334 con el nombre de Benedicto XII. Reformador sincero, fue quien más claras tuvo sus funciones estrictamente religiosas.

Desde Aviñón, los pontífices, apoyados por eficaces colaboradores, dieron un importante impulso al aparato administrativo y fiscal: Cancillería, Consistorio, Tribunal de la Rota o Cámara Apostólica, fueron organismos dotados de una alta cualificación. La curia pontificia, integrada, según B. Guillemin, por unas quinientas personas, demostró ser un eficaz instrumento de gobierno centralizador. En este campo, los papas aviñoneses estu-
vieron

ron dotados de un tacto del que no habían hecho gala algunos de sus predecesores. Así, por la constitución *Ex debito* de Juan XXII y por otras disposiciones de sus sucesores, se reservaron un cuasi monopolio en la nominación de cargos eclesiásticos.

Desde Aviñón se impulsó, igualmente, una política de intervención en Italia y de pacificación de los Estados Pontificios. El papa Inocencio VI (1352-1362) encomendó ésta al cardenal español Don Gil de Albornoz, quien acabó con la revuelta comunal de Cola de Rienzo y promulgó las *Constituciones Egidianas* para la reorganización del territorio.

Capital de la cristiandad y, lógicamente, importante centro político, Aviñón se convirtió también, bajo los papas, en relevante foco cultural. Al impulso dado a la universidad aviñonense se unió un amplio mecenazgo de los pontífices, que, al reaparecer en Roma, «constituirá el estilo de vida y de gobierno de los Papas del Renacimiento» (Y. Renouard).

3. El Cisma de Occidente y las vías de solución

En 1377, y tras algunos titubeos, Gregorio XI devolvió la corte pontificia a Roma. A su muerte (1378), sin embargo, la falta de acuerdo entre los cardenales provocó una doble elección. Los italianos, reunidos en cónclave en Roma, eligieron como papa a Urbano VI. Los franceses, en desacuerdo y con el apoyo del rey de Francia, optaron por uno de los suyos: Clemente VII, que permaneció en Aviñón.

No era la primera vez que la Iglesia del Occidente vivía una situación de cisma. Sin embargo, la especial coyuntura que Europa vivía en aquellos años dio singular virulencia a la ruptura. En efecto, las militancias políticas en el conflicto generalizado de la Guerra de los Cien Años fueron determinantes para la opción de los Estados por una u otra obediencia. Así, Francia alentó a los clementistas, que en Aviñón disponían de casi todo el aparato administrativo de la Iglesia. A Francia se fueron sumando sus aliados naturales del momento: Escocia, Castilla, Aragón y la Italia meridional. Inglaterra apoyó a los urbanistas, que contaban con la baza psicológica de su instalación en Roma. Con Inglaterra se alinearon Alemania, Flandes, la Italia central y septentrional y, desde 1385, por razones de alianza política con los británicos, el Portugal de Juan I de Avis.

El equilibrio de las fuerzas obligó a buscar soluciones imaginativas. La Universidad de París propuso varias vías, que fueron fracasando sucesivamente. La *via cessionis* consistía en la abdicación voluntaria de los dos pontífices y la elección de uno nuevo, reconocido por todos. Pero ni Benedicto XIII (sucesor de Clemente VII) ni Bonifacio IX (que lo era de Urbano VI) estaban dispuestos a renunciar, por cuanto ello suponía reconocer la ilegitimidad de su posición. La sustracción de obediencia a sus respectivos papas puesta en práctica por los monarcas de Castilla, Inglaterra y Francia en 1397, con vistas a forzarles a la retirada, fracasó rotundamente. En 1403, por tanto, la *via cessionis* se podía dar por agotada.

Entraba en juego la *via transactionis* o *via compromissi*, que propugnaba una negociación directa entre los dos pontífices como paso previo a una solución arbitral, que darían miembros de los dos partidos. Benedicto XIII, apoyado por el rey de Aragón, Martín I, aparecía como un entusiasta partidario de esta iniciativa. Los papas romanos que sucedieron a Bonifacio IX —Inocencio VII y Gregorio XII— transigieron de muy mala gana y aceptaron celebrar una entrevista que, finalmente, se fijó en Savona para 1407. Sin embargo, la desconfianza mutua se impuso y la *via transactionis* fue interpretada por ambos bandos como una suerte de variante de la *via cessionis*. Lo cual, lógicamente, la condenaba

al fracaso. Ante el punto muerto al que la situación había llegado, las mentes más lúcidas pensaron que era hora de poner en juego la solución más comprometida: la *via concilii*.

4. Conciliarismo y soluciones conciliares a la crisis de la Iglesia

Una añeja tradición presentaba a los concilios como el escenario en el que se propiciaban soluciones a los más graves problemas de la Iglesia. Las grandes herejías de Oriente, desde el arrianismo en Nicea, habían sido condenadas en magnas reuniones de este tipo. Utilizados por los Papas, sobre todo desde el I de Letrán (1123), los concilios no parecían ser otra cosa que un gran consejo privado convocado por los titulares de la sede romana. La fórmula con la cual se promulgaban las más importantes decisiones (*approbatione concilii*) reflejaba a las claras que los pontífices eran los auténticos legisladores y los concilios meros comparsas.

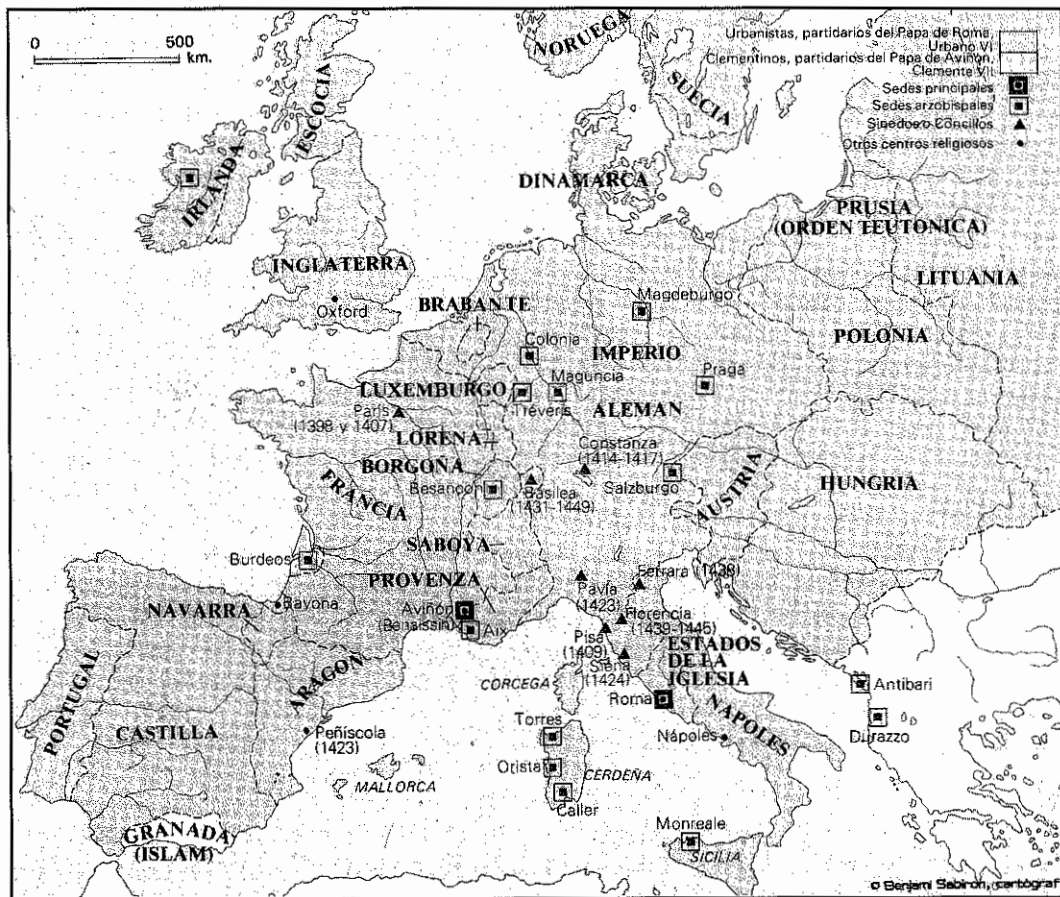
Frente a esta actitud papal prepotente, las críticas fueron en aumento. Todas ellas tenían un punto en común: la consideración de la institución conciliar como la auténtica representante de los intereses de la cristiandad. Sin renegar de la autoridad papal, los más templados conciliaristas llegaron a una convicción: el papa podría errar, pero no la Iglesia Romana Universal representada en su comunidad de fieles por el concilio universal.

A lo largo del siglo XIV, la doctrina conciliarista fue tomando cuerpo. En el *Defensor Pacis*, Marsilio de Padua, influido por los legistas franceses y las tendencias averroístas del momento, expuso puntos de vista de marcado radicalismo. La jerarquía eclesiástica no había sido instituida por Cristo, sino que era el resultado de una evolución histórica. Al igual que el Estado, que procede de la voluntad del pueblo y se organiza de abajo arriba, la Iglesia debe articularse en esta dirección. El concilio general, representante de la Iglesia, quedaba por encima de todos los miembros de la jerarquía, incluido el papa.

Los planteamientos marsilistas se habrían quedado en lo puramente teórico si, con el discurrir del tiempo, todo un cúmulo de circunstancias no hubiera envenenado la situación. El cisma, y los deseos de poner en práctica una reforma a fondo (*in capite et in membris*), reforzaron la creencia de que el concilio era la única salida. En esta línea, aunque con diversos matices, se expresaron ilustres teólogos como Pedro d'Ailly o Enrique de Langestein.

Sin embargo, la aplicación de esta vía en 1409 trajo una gran frustración: un grupo de cardenales eligió en Pisa a un nuevo papa (Alejandro V, pronto sucedido por Juan XXIII) sin lograr la abdicación de los de Roma y Aviñón. El escándalo de una cristiandad en la que tres papas se disputaban la legitimidad forzó al soberano alemán, y futuro emperador, Segismundo, a tomar las riendas de la solución conciliarista. En diciembre de 1413 se hizo pública la convocatoria de una magna asamblea en Constanza.

En el Concilio, las votaciones se hicieron por «naciones» y no por cabezas. Cinco naciones englobaban a conjuntos étnicos y políticos a veces muy heterogéneos: francesa, inglesa, alemana, española e italiana. Por decreto de 6 de abril de 1415, el Concilio se declaraba superior al papa e iniciaba el proceso contra los tres pontífices reinantes. Sólo Benedicto XIII resistió, pero, abandonado por todos, se retiró a Peñíscola. Las naciones francesa, italiana y española impusieron su criterio de elegir de inmediato un nuevo y único papa: en noviembre de 1417, el colegio electoral procedió a la elección del cardenal Otón de Colonna, que tomó el nombre de Martín V.



El cisma de Occidente.

El Gran Cisma de Occidente había concluido, pero muchos de los males de la Iglesia seguían vivos. Pese a la condena del herejarca checo Juan Hus en Constanza, sus prédicas se habían extendido por todo Centroeuropa. Y la reforma de la Iglesia seguía siendo un extendido deseo. Martín V, por el decreto *Frequens*, se comprometió a reunir concilios periódicamente para tratar estos problemas.

Su sucesor, Eugenio IV, promovió uno en Basilea en julio de 1431.

El entusiasmo del pontífice por la institución era escaso, y bajó a mínimos cuando los grupos reformistas trataron de hacer del concilio el auténtico órgano de gobierno de la cristiandad. El intento de Eugenio IV de clausurar la asamblea fue un paso en falso que dio armas a sus rivales. En junio de 1435, los conciliaristas más radicales lograron reducir considerablemente los privilegios financieros de la curia papal e imponer a los papas la obligación de jurar los principios de fe establecidos por los decretos conciliares.

La derrota de la autoridad pontificia parecía asegurada. Una cuestión que en principio podía parecer trivial vino a salvar la situación de Eugenio IV: los representantes de la

Iglesia de Constantinopla, desplazados a Occidente para resolver el problema de la unión, tomaron partido por el papa en el tema de elección de ciudad para entablar las negociaciones. El concilio proponía Basilea, mientras el papa optaba por Ferrara. Una facción conciliar (1439) llegó a deponer a Eugenio IV y nombrar a Félix V. La mayor parte de la asamblea, sin embargo, había aceptado la transferencia de las sesiones a Ferrara. A lo largo de dos años (1437-1439), esta ciudad fue escenario de los debates entre griegos y latinos. La unión lograda, aunque efímera, se erigió en baza a favor de la autoridad pontificia frente a los rebeldes.

Hasta 1442, Florencia fue la última sede de la asamblea conciliar oficial. El grupo de conciliaristas irreductibles atrincherados en Basilea tenía sólo una sombra de poder. Se diluyó totalmente cuando el antipapa Félix V abdicó en 1449.

El pontificado triunfaba de nuevo sobre el concilio. En los años sucesivos los papas se consideraron lo bastante fuertes como para prescindir de la institución. Durante toda la segunda mitad del siglo XV, los pontífices tuvieron otras preocupaciones: restaurar su autoridad política en Italia y sus recursos financieros o alcanzar pactos concordatarios lo más favorables posible con las monarquías del Occidente.

5. La disidencia religiosa y la herencia del pasado

Al cruzar la frontera del 1300, el catarismo, como peligro para la unidad de la Iglesia, empezaba a ser un recuerdo del pasado. La caída de los reductos heréticos de Montsegur o Queribus, entre 1243 y 1255, después de unas resistencias numantinas, marcó el ocaso militar del dualismo en el Mediodía. Aún entre 1318 y 1325 el inquisidor —y futuro papa— Jacobo Fournier emprendió una campaña en la aldea occitana de Montaillou, pero frente a un catarismo ya muy residual y desvirtuado.

Mayores peligros —aunque no decisivos— para la Iglesia romana representaban los restos del valdismo, difíciles de erradicar, o las corrientes de milenarismo joaquínista que habían impregnado las facciones más radicalmente pauperísticas del franciscanismo. El arma inquisitorial y las condenas pontificias surtieron su efecto. Los apostólicos de Gerardo Segarelli y fray Dolcino fueron exterminados en el norte de Italia en los inicios del siglo XIV. Por la bula *Cum inter nonnullos*, Juan XXII condenó las interpretaciones radicales de los espirituales franciscanos. Algunos focos que se movían, de una forma un tanto confusa, en esta órbita (caso de los herejes de Durango, un siglo más tarde) tuvieron una trascendencia un tanto limitada.

De forma similar, el papado emprendió repetidas ofensivas contra tendencias marcadas por una espiritualidad un tanto independiente. Algunas comunidades de beguinas y begardos (cuyo origen estaba en el siglo XII) fueron objeto de una sistemática vigilancia o represión. También lo fueron las comunidades —de difícil catalogación— vinculadas al Libro Espíritu, que oscilaban entre un vago panteísmo y un apocalipticismo inquietante. La crisis generalizada, política, social y, por supuesto, religiosa, que vivió el Bajo Medievo era, desde luego, el mejor caldo de cultivo para ciertas manifestaciones espirituales un tanto anárquicas. Lo que en el plano individual podía ser reconocido como una loable forma de piedad, en el plano del grupo podía resultar objeto de recelo para la jerarquía eclesiástica romana. En más de un caso resultaba difícil (como había sucedido en las centurias anteriores) establecer la frontera entre la ortodoxia y la disidencia. Los grupos de flagelantes que cruza-

ban una Europa maltratada por la peste o por la guerra, las multitudes que se extasiaban ante el verbo de predicadores populares como Vicente Ferrer, el hermano Ricardo o Savonarola), o —caso extremo— las turbas que, so pretexto de purificar la Cristiandad, asaltaban las juderías hispánicas desde finales del siglo XIV eran manifestaciones de una religiosidad de masas un tanto anárquica.

Pero no fueron éstas las preocupaciones más graves del pontificado, aviñonense o romano, sino las derivadas de los movimientos heréticos surgidos en Inglaterra y Bohemia en la segunda mitad del XIV.

6. Wyclefismo y husismo

La figura del profesor de Oxford Juan Wyclef (1330-1384) ha sido identificada tradicionalmente con la del primer traductor de la Biblia al inglés y la del inspirador del movimiento social de 1381. Sin embargo, su magisterio y su dimensión teológica iban mucho más allá: la doctrina de Wyclef prefiguraba muchos de los rasgos de la Reforma protestante.

La parte más sustancial de su obra fue redactada entre 1370 y 1381, período en el cual contó con las simpatías de buena parte de los maestros oxonienses y de destacados personajes de la corte: el *Príncipe Negro* y el duque de Lancaster. Obras como *De dominio divino*, *De Civile Dominio* y, sobre todo, el tratado *De Ecclesia* defendían unas posiciones que chocaban frontalmente con las doctrinas al uso. Para Wyclef había que distinguir entre la Iglesia de las instituciones y la verdadera Iglesia, integrada por la comunidad de predestinados. Tanto las autoridades seculares como las eclesiásticas estaban subordinadas a la autoridad de Dios, que gobernaba el mundo de forma absoluta. El reformador inglés veía la figura del papa con enorme recelo ya que, históricamente, su actuación había estado mediada por un cúmulo de circunstancias que con frecuencia la desviaban de su dimensión estrictamente espiritual. Para Wyclef, no era la palabra de los pontífices lo que debía guiar al cristiano, por cuanto su autoridad no estaba basada en las escrituras. La Biblia era, según se recoge en su tratado *De Veritate Scripturae*, el único fundamento de la vida religiosa.

La doctrina wyclefita en torno a los sacramentos tiene su más llamativo aspecto en su *De Eucharistia*, una de sus últimas obras redactadas en Oxford. Frente al dogma de la transubstanciación, Wyclef sostiene que la presencia del cuerpo y la sangre de Cristo en el pan y el vino no tiene más valor que el puramente alegórico.

La radicalidad de muchos de estos puntos de vista se tradujo para el reformador inglés en la pérdida de muchos apoyos. Entre 1381 y 1382, la Universidad de Oxford y el primado Guillermo Courtenay condenaron sus doctrinas y las de sus seguidores. Su influencia, sin embargo, no se perdió. Sus discípulos más radicales —los *lollardos*— fueron importante soporte ideológico para las revueltas populares iniciadas en 1381. En Oxford, después de la muerte del reformador, las nuevas generaciones académicas mantuvieron viva la antorcha de la contestación doctrinal. Y, por último, en los medios cortesanos y parlamentarios, las críticas wyclefitas a la autoridad pontificia encontraron también un terreno abonado.

Con todo, se ha dicho que la principal repercusión de las doctrinas wyclefitas tuvo lugar en la Bohemia de Juan Hus. Algunos autores actuales, como es el caso de Maurice Keen, sin negar esta influencia, no la consideran seminal. En el origen del movimiento husita se encontrarían las enseñanzas evangélicas y reformistas de predicadores autóctonos como

Milic de Kromerec, Mathias Janow o Tomás Stitny. Sus sermones encontraron un excelente caldo de cultivo en la Praga de la segunda mitad del siglo XIV: una ciudad pujante gracias a la labor de Carlos IV (1346-1378), dotada de una brillante universidad. La hostilidad popular hacia una jerarquía eclesiástica poco digna y la animadversión hacia el elemento germánico afincado en el país coadyuvaban al acrecentamiento de la tensión.

Juan Hus fue hijo de todo este clima religioso y político. Fogoso predicador en la capilla de Belén desde 1402 y rector de la Universidad de Praga desde 1409, Hus simbolizaba los amplios deseos de reforma de la sociedad checa. Sancionado en 1412, con motivo de unas duras críticas al sistema de indulgencias, el reformador aprovechó su retiro para redactar algunas de sus más importantes obras. En ellas definió sus puntos de vista sobre la Iglesia como comunidad de predestinados, sobre la eucaristía, cuya recepción defendía bajo las dos especies (*sub utraque specie*), o sobre la simonía, vista como grave lacra.

Convencido de la plena ortodoxia de su posición, Hus se defendió ante los padres del Concilio de Constanza. La asamblea, sin embargo, condenó como heréticas doscientas de las proposiciones de Wyclef. Hus fue acusado de coincidir con medio centenar de ellas. El 6 de mayo de 1415 fue ejecutado en la hoguera. Inconscientemente, sus jueces hicieron de él un mártir popular y un héroe nacional.

A partir de 1415, en efecto, el husismo adquirió las dimensiones de una gran conmoción que sacudió toda la tierra checa. Algunos autores (caso de J. Macek) han hablado de una reforma y de una revolución husitas. La primera, patrocinada por la nobleza y la alta burguesía checas, se plasmaría en los *Cuatro artículos de Praga*: libre predicación en checo, comunión bajo las dos especies para todos los fieles, castigo de los pecados públicos y retorno de la Iglesia a la pobreza original. Era la facción definida como utraquista o calicista. Enfrente se habrían situado las masas de desheredados que redactaron su programa en un tono milenarista e igualitario: los *Artículos de Tabor*, que recogían las aspiraciones de «las masas revolucionarias ávidas de hacer su sueño de una sociedad sin clases» (J. Macek).

Las bandas de fanáticos taboristas, encabezadas por caudillos populares como Juan Zizka o Procopio el Grande, empezaron a extender la revolución religiosa por la Europa central. Varios ejércitos de «cruzados» fueron estrepitosamente derrotados. Sin embargo, la infiltración de elementos un tanto anárquicos en el movimiento husita, definidos como «picardos» y «adamitas», provocó la alarma del ala moderada. Por las *Campactata*, los utraquistas pactaron con el pontificado el mantenimiento de los Artículos de Praga y ello trajo la derrota de los taboristas en Lipany (1424).

La fase más dura del revolucionarismo religioso husita se podía dar por clausurada. La reforma de la Iglesia en Bohemia quedaba en manos de la nobleza y la alta burguesía. El husismo —bien en su dimensión templada, bien en su más radical expresión— se había convertido, con todo, en un auténtico mito para futuras experiencias políticas, religiosas o sociales.

7. La vía de la reforma en el marco de la ortodoxia.

El caso de las órdenes religiosas

Las experiencias místicas o la interiorización de la ascesis, defendidas por autores como Tauler, Suso, Kempis, Ruisbroeck o Groot a lo largo de la Baja Edad Media, suponen tanto una confrontación con la escolástica al uso como la búsqueda de una vía de perfeccio-

namiento individual. Se trata de autores que, con algunas pequeñas depuraciones, se mantuvieron en la línea de la ortodoxia. Ruysbroeck fue el fundador de una corriente —la *Devotio moderna*— que enlazaba con las vías reformistas católicas coetáneas al protestantismo.

En el ámbito comunitario, los siglos XIV y XV conocieron algunos intentos de regeneración de la vida religiosa. Una de las máximas expresiones de esta tendencia fue la constituida por las «congregaciones de regular observancia», a las que se encomendaba restablecer la disciplina original de la orden. La de San Benito de Valladolid, que inició su andadura a fines del siglo XIV, fue una de las de más brillante trayectoria.

En territorio hispánico surgió también una orden de nuevo cuño: la de los jerónimos, que, de hecho, fue la que con mayor vigor irrumpió en los tiempos modernos.

A pesar de los distintos proyectos sinceros de reforma, la crisis demográfica, los estragos de la guerra, la baja en las vocaciones y las campañas desatadas por algunos eminentes autores, como Wyclef, Chaucer o Lorenzo Valla, minaron el prestigio del estado monástico o conventual como tal. Las disputas internas de los franciscanos se prolongaron hasta muy entrado el siglo XV, en que Eugenio IV optó por fijar la división entre observantes y conventuales, a quienes dotó de amplia autonomía.

Las intervenciones de comendatarios laicos o eclesiásticos en la vida de los monasterios, so pretexto de protegerlos, fueron acompañadas por intervenciones de los reyes europeos, deseosos de mediatizar las iglesias de sus respectivos países. En Francia, la *Pragmática Sanción* de 1438 y la asamblea de Tours de 1493 afrontaron, entre otras cosas, la reforma de los monasterios franceses. Algo similar hicieron los Reyes Católicos, apoyando iniciativas de personajes de la talla del franciscano Francisco Jiménez de Cisneros o el jerónimo Hernando de Talavera.

A la postre, el porvenir de las órdenes religiosas sería muy diferente en la Europa de los inicios de la Modernidad: mantenimiento en los países que permanecieron fieles a Roma, y extinción en aquellos donde triunfaron las distintas familias protestantes.

Bibliografía

- Álvarez Palenzuela, V. A.: *El Cisma de Occidente*, Rialp, Madrid, 1982.
- Colombas, G. M.: *Estudios sobre el primer siglo de San Benito de Valladolid*, Montserrat, 1954.
- Châunu, P.: *Le temps des reformes. La crise de la Chrétienté*. L'éclatements, Fayard, París, 1975.
- Favier, J.: *Philippe le Bel*, Fayard, París, 1978.
- Gill, J.: *Constance, Balé, Ferrare-Florence*, L'Orante, París, 1966.
- Kenny, A. (dir.): *Wiclyf in his times*, Clarendon Press, Oxford, 1986.
- Leclercq, J.: *Vienne*, L'Orante, París, 1966.
- Leff, G.: *Heresy in the Later Middle Ages*, 2 vols., Manchester Univ. Press, 1967.
- Martin, H.: *Le métier de predicateur a la fin du Moyen Âge. 1350-1520*, Le Cerf, París, 1988.
- Macek, J.: *La revolución husita*, Siglo Veintiuno, Madrid, 1975.
- Rapp, F.: *La Iglesia y la vida religiosa en Occidente a fines de la Edad Media*, Labor, col. Nueva Clío, Barcelona, 1973.
- Renouard, Y.: *La Papauté a Avignon*, P.U.F., col. Que sais-je?, París, 1969.
- Revuelta, J.: *Los jerónimos. La fundación*, Institución Marqués de Santillana, Guadalajara, 1982.
- Suárez, L.: *Castilla, el cisma y la crisis conciliar*, C.S.I.C., Madrid, 1960.
- Le Roy Ladurie, E.: *Montaillou, aldea occitana. 1294-1324*, Taurus, Madrid, 1981.

TEMA 38

EL DESTINO DE LOS ESTADOS. GÉNESIS DEL ESTADO MODERNO

por SALVADOR CLARAMUNT

Se considera que la Baja Edad Media, y más concretamente los siglos XIV y XV, es la época de la transformación del Estado, que pasa de su forma medieval a la moderna. La nueva noción de Estado fue adquiriendo una fuerza cada vez mayor frente a las nociones tradicionales de *Regnum* o de *Res publica Christiana*. Este proceso se había iniciado a finales del siglo XIII. Sufrió una interrupción a lo largo del siglo XIV debido a guerras, epidemias y estallidos revolucionarios, y recobró intensidad a lo largo del siglo XV, cuando los príncipes se recuperaron y las convicciones democráticas se marchitaron.

La dinámica de la evolución económica y social aportó importantes cambios en las estructuras políticas y, sobre todo, en las territoriales. En numerosos países se inició una verdadera centralización administrativa, preludiando la época en que los burócratas sustituirían a los príncipes. Este reforzamiento de las naciones modificó las relaciones entre los Estados y condujo a su afirmación territorial.

1. El fortalecimiento de los Estados

Los Estados cumplieron un proceso de reforzamiento cuyas principales características generales fueron la centralización, la ampliación de competencias, el creciente poder político de la administración y el nuevo papel de la nobleza.

A lo largo de los dos últimos siglos de la Edad Media, la centralización administrativa se manifestó en la formación de instituciones que representaban la concentración del poder. Este esfuerzo centralizador se pudo realizar gracias al perfeccionamiento general de las técnicas económicas, desde una nueva contabilidad hasta el desarrollo de la banca, la instalación de sucursales, etc., que serían imitadas por los Estados. Todo ello acompañado de una mejora considerable de la red de caminos y carreteras, que facilitó las comunicaciones y la efectividad de las órdenes. A pesar de todo, no siempre el Estado mantuvo su nivel de autoridad, pero, en general, amplió el campo de acción de la administración, sobre todo en los Estados pequeños, como fue el caso del ducado de Milán bajo los Sforza.

Este perfeccionamiento administrativo comportaba un crecimiento de las tareas del Estado, como la organización del correo o la aparición de los servicios públicos. Se reforza-

ron las aduanas, demostrando la presencia del Estado en las fronteras, y se establecieron nuevas relaciones internacionales.

La ampliación de las competencias del Estado comportó un aumento de la influencia de los burócratas, que se convirtieron en una especie de casta, entre la nobleza y el tercer estamento. La carrera administrativa se convirtió en una forma de hacer carrera política, pero no por ello la nobleza quedó del todo arrinconada. En muchas regiones y países, su papel fue importantísimo, llegándose inclusive a restablecerse el poder nobiliario, que era el de los grandes propietarios.

De todas maneras, la mayor parte de los nobles hubieron de atenerse a decisiones de los nobles más poderosos, o príncipes, cuya clientela formaban, como sucedió en los enfrentamientos nobiliarios de la Guerra de las Dos Rosas y entre los Armagnac y los Borgoñones.

En medio de numerosos problemas socioeconómicos, bélicos y jurisdiccionales, las fronteras se fueron haciendo cada vez más precisas. Se fijó inclusive la noción de mar territorial, establecido en una distancia de 20 km de las costas, límite de la visibilidad hacia finales del siglo XIV, según el modelo flamenco. Antes de ello, el jurista italiano Bartolo había propuesto los 150 km como límite jurisdiccional marítimo. Todos los Estados con alguna entidad trataron de consolidar sus fronteras fundándose en antiguas tradiciones o demarcaciones territoriales. Así surgieron los mitos de los precedentes estables. En Castilla, por ejemplo, el territorio de la monarquía visigoda fue un objetivo a alcanzar, mientras en Francia se pensaba en las fronteras naturales de la antigua Galia. Esta nueva filosofía territorial perjudicó de modo irreparable a aquellos Estados que hasta entonces se habían basado en las fronteras móviles, y que tienen en el próspero ducado de Borgoña su ejemplo más notable.

El poder real resultaba cada vez más incontestado, en cuanto la figura del rey no será ya únicamente la cúspide de la pirámide feudal, sino el eje de una política centralizada que contaba cada día con más medios para realizarse. Así, pues, el aparato de gobierno era cada vez más complejo y más efectivo, a la vez que la corte pasaba a ser algo más que un organismo de compañía del soberano a donde éste se desplazaba.

Los monarcas del siglo XV quebraron la omnipotencia de la nobleza, al tiempo en que convertían a los organismos parlamentarios en meros instrumentos de su poder. Estos monarcas tenían en sus manos una serie de instrumentos, como el ejército, la diplomacia, el aparato fiscal y la nueva organización administrativa, que les permitirán sobreponerse a las fuerzas disgregadoras y les ayudarán a consolidar los Estados como entidades internacionales.

2. Francia

La monarquía francesa salió de la guerra de los Cien Años prestigiada y reforzada por su papel liberador de territorios frente a los ingleses. Luis XI (1461-1483) completó la labor de su antecesor, Carlos VII, al enfrentarse con los grandes señores territoriales. Para esta labor, Luis XI contó con un ejército bien organizado y un aparato administrativo eficaz, sobre todo en su aspecto fiscal, y se rodeó de colaboradores eficientes sin atender su extracción social.

El principal peligro para la monarquía francesa seguía siendo la gran aristocracia, que ya había intentado imponerse a Carlos VII. Luis XI tuvo que hacer frente a la «Liga

del Bien Público» que reunió a los duques de Orleans, Berry, Borbón y Bretaña, con Carlos, conde de Charolais, heredero del ducado de Borgoña. En julio de 1465 los dos bandos se enfrentaron en Montlery; los resultados fueron dudosos, pero el hecho de que París se mantuviese fiel al monarca obligó a abrir un período de negociaciones que terminó con la disolución de la Liga ante las promesas regias de otorgar ciertas concesiones.

El enfrentamiento entre la monarquía francesa y el ducado de Borgoña se volvió a reavivar cuando accedió al trono borgoñón Carlos el Temerario, a la muerte de Felipe el Bueno. El nuevo duque heredaba una serie de territorios entre Francia y el Imperio al oeste del Rin, lo que le convertía, en teoría, en el vasallo más importante del rey de Francia. Además, su matrimonio con Margarita de York, hermana del rey Eduardo IV de Inglaterra, le hacía el más peligroso, dada la posibilidad de una intervención inglesa en el continente.

El enfrentamiento entre Luis XI y Carlos el Temerario se inició con una humillación para el soberano francés, que, hecho prisionero en Peronne por aquél, tuvo que darle plenas seguridades (1468).

A pesar de este comienzo negativo, Luis XI tuvo la habilidad de ir aislando paulatinamente a su rival. Primero, alejó toda posible ayuda inglesa mediante el acuerdo de Amiens, por el cual, a cambio de una indemnización de sesenta mil escudos, el monarca inglés renunciaba a sus derechos sobre la Corona de Francia, cerrando así la última secuela de la guerra de los Cien Años.

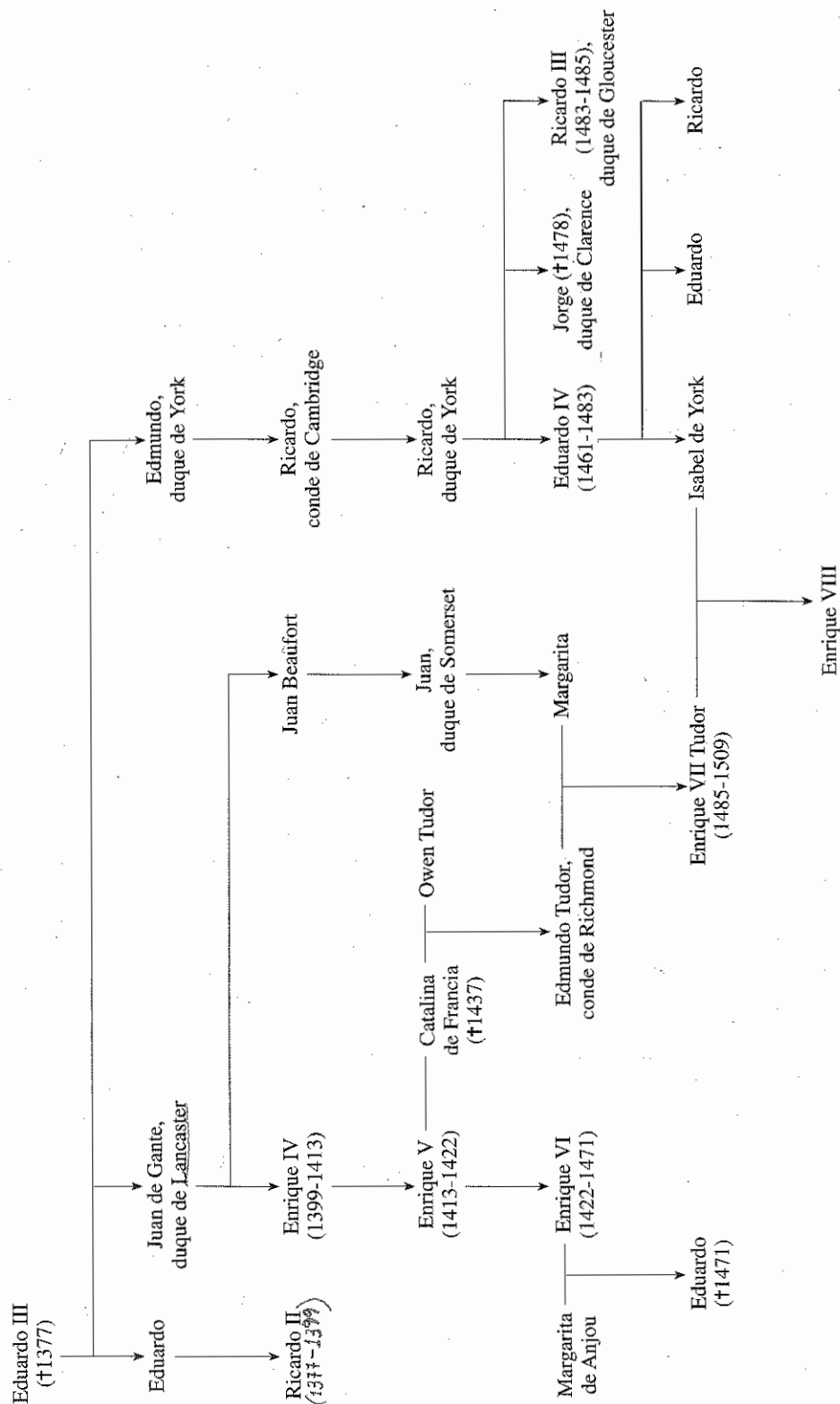
Aislada Borgoña, Luis XI apoyó a los lorenenses y a los suizos contra Carlos el Temerario. Ésa era, para Francia, la manera más cómoda de acabar con el ducado sin arriesgar nada directamente. En 1476, los suizos fueron vencedores en las batallas de Grandson y Morat. Al año siguiente, Carlos murió ante los muros de la ciudad lorenesa de Nancy. La desaparición del Temerario permitió a Francia ocupar la Borgoña ducal, el Artois y la Picardía. Los restantes territorios patrimoniales borgoñones (Países Bajos, Luxemburgo y Franco Condado) quedaron en poder de María, hija de Carlos y esposa de Maximiliano de Austria.

La nueva Francia no había hecho más que iniciar su expansión definitiva. En 1480, al morir el rey Renato sin heredero directo, Luis XI recuperó la herencia de los Anjou, lo que le permitió salir al Mediterráneo por la Provenza. Antes había ocupado, aunque temporalmente, el Rosellón y la Cerdeña (1462) como pago por la ayuda militar prestada a Juan II durante el levantamiento de los catalanes contra el rey Trastámara. Por acuerdos matrimoniales, fue incorporando los principados feudales del Orleanesado y el Borbonesado. El caso de Bretaña, más complicado, se solucionó por el matrimonio de su sucesor, Carlos VIII, con Ana de Bretaña, heredera de dicho ducado, en 1491. Francia acabó el siglo XV convertida en el Estado más extenso y compacto de la Europa occidental, gracias, en gran parte, a la política de Pedro de Beaujeu, consejero de Luis XI y casado con Juana, hija de éste, que consolidó una nueva monarquía autoritaria en la que reinaba un orden más dependiente de los jueces que de los soldados. Ese orden se extendió hasta los rincones más apartados del reino, haciendo retroceder las jurisdicciones privadas. Todo ello fue posible merced a la abundancia de unos recursos permanentes y seguros, lo que hizo de la fiscalidad real una de las bases esenciales del nuevo Estado.

3. Inglaterra

Las dificultades de la monarquía inglesa eran distintas de las que tenía la francesa, ya que la crisis final de la Edad Media se había precipitado a causa de las rivalidades dinásticas.

CASAS DE LANCASTER, YORK Y TUDOR



La conocida «Guerra de las dos rosas» duró treinta años. Los grandes príncipes autónomos eran pocos, en su mayoría marqueses palatinos de regiones fronterizas, como los Neville y los Percy frente a Escocia, y los Tudor y los Lancaster en Gales.

La lucha familiar se desarrolló entre distintas ramas de descendientes de los hijos de Eduardo III (1327-1377). Cuando muere Enrique V, en 1422, la regencia pertenece a Juan, duque de Bedford, hermano del soberano difunto y residente en Francia; pero, en Inglaterra, una lucha implacable enfrenta a las dos ramas de la familia Lancaster: por un lado los Beaufort, bastardos legitimados de Juan de Gante, cuyo jefe de fila era Enrique, obispo de Winchester y canciller del reino; y por otro, Humphrey, duque de Gloucester, tío de Enrique VI. Este enfrentamiento familiar hacía difícil el equilibrio en el Consejo, ya que los Lancaster debían la corona al hecho de que Enrique IV hubiese suplantado a los herederos legítimos de su tío Lionel, duque de Clarence. Estas intrigas familiares fueron un mal ejemplo para la rama menor de los York, descendientes de Edmundo de York, hijo menor de Eduardo III.

La mayoría de edad de Enrique VI en 1442 supuso el acceso al poder de un hombre inteligente y piadoso, pero a la vez débil y desequilibrado, que únicamente aceptaba consejos de sus primos, los Beaufort. Ello supuso la ruptura del precario equilibrio hasta entonces existente entre las dos facciones. El duque de Gloucester fue arrestado y murió en circunstancias extrañas (1447). Ricardo, duque de York, que mandaba un ejército en Francia, fue llamado y enviado a Irlanda. El matrimonio de Enrique VI con Margarita de Anjou, sobrina del rey de Francia en un momento de continuas pérdidas inglesas en el continente, coincidió con un levantamiento en Kent provocado por un aventurero llamado Jack Cade y con el regreso de Irlanda de Ricardo de York, que se consideraba heredero del trono. El nacimiento de un príncipe heredero en 1453 coincidió con la primera gran crisis de locura de Enrique VI y con la posibilidad que el poder pasara a manos de la reina Margarita de Anjou, hechos que decidieron a Ricardo de York a tomar el poder por la fuerza de las armas. La guerra civil se había iniciado en 1453 y, tras numerosas y penosas circunstancias, no finalizó hasta 1485.

Ricardo de York, aprovechando la locura de Enrique VI, se hizo nombrar protector del reino y presidente del consejo real, y encerró a sus enemigos en la Torre de Londres. La recuperación de la razón por parte del rey cambió totalmente la situación, ya que Ricardo de York tuvo que buscar refugio entre los Neville, parientes de su mujer, comenzando de hecho la guerra civil. En Saint Albans (1455), los lancasterianos sufrieron una primera derrota, que devolvió el poder a Ricardo. La reina Margarita de Anjou, nuevamente triunfante, hizo aprobar por el Parlamento de Coventry (1459) la proscripción de los principales partidarios de los York. La victoria de éstos en Northampton (1460) permitió a Ricardo de York reclamar no ya la regencia, sino, aun, el trono. El pretendiente Ricardo fue muerto por los lancasterianos en la batalla de Wakefield, el 30 de diciembre de 1460, lo cual no impidió a su hijo Eduardo obtener una completa victoria en Towton (1461) sobre el ejército real. Como consecuencia de ella, y ante la locura de Enrique VI, el caudillo de los York se hizo coronar con el nombre de Eduardo IV el 28 de junio de 1461.

Durante el confuso reinado de Eduardo IV (1461-1483), después de la huida de la reina Margarita de Anjou y de su hijo Eduardo a Francia, en donde fueron acogidos por Luis XI, tuvieron lugar los teatrales golpes del duque de Warwick, mientras Enrique VI permanecía encerrado en la Torre de Londres. Enrique fue liberado y reinstaurado en el trono en 1470. Ante el despertar de los lancasterianos, Eduardo IV de York buscó refugio temporal en los dominios de su cuñado, Carlos el Temerario de Borgoña, hasta que, con la

ayuda de la Hansa y de Borgoña, volvió a Inglaterra y derrotó al duque de Warwick en Barnet (1471) y, un mes más tarde, en Tewkesbury (4 de mayo de 1471), a Eduardo, príncipe de Gales, que murió en el combate. La derrota de los partidarios de la rosa roja (Lancaster) fue total y abrió una época de terribles represalias. Casi con toda seguridad, una de sus primeras víctimas fue el cautivo Enrique VI, que murió el 21 de mayo de 1471.

La nueva dinastía no arraigó sólidamente, ya que a su muerte, en 1483, Eduardo IV dejó como herederos a dos niños de doce y diez años de edad. Ello planteó el grave problema de la regencia. El nuevo regente, Ricardo, duque de Gloucester, tío de los niños y hermano del difunto Eduardo IV, fue un siniestro personaje que inició una espiral de usurpaciones para obtener la corona. Su primer paso consistió en acusar de bastardos a los hijos de su hermano y encerrarlos en la Torre de Londres, donde fueron misteriosamente asesinados. El regente fue coronado con el nombre de Ricardo III en 1483. Su reinado fue breve, ya que los familiares de las víctimas, entre ellos el propio duque de Buckingham y los antiguos yorkistas, pusieron sus esperanzas en Enrique Tudor, heredero de los Lancaster por el matrimonio de su padre, y cuyo futuro matrimonio con Isabel de York, hija de Eduardo IV, podía poner fin a la interminable disputa familiar. Enrique Tudor, sostenido por Francia y por legitimistas de ambos bandos, desembarcó en Gales y derrotó a Ricardo III en Bosworth (22 de agosto de 1485), iniciándose de pleno derecho la construcción de un Estado moderno, asentado sobre nuevas bases pero con el peso de la tradición.

La nueva monarquía, encarnada por Enrique VII (1485-1509) e Isabel de York, poseía unos ingentes dominios territoriales gracias a las masacres de las grandes familias y las sucesivas confiscaciones, llevadas a cabo a lo largo de más de treinta años de luchas civiles.

La nueva dinastía contó con el apoyo de la pequeña nobleza, la llamada «gentry», que de simples escuderos o burgueses enriquecidos se convirtieron en *sirs*, llegando a controlar la administración de las ciudades y de los condados, y formando mayoritariamente la representación de los Comunes en el Parlamento. Este grupo medio enriquecido se dispuso a servir al nuevo monarca, que había restablecido el orden y la paz sin perjudicar su situación. De este núcleo de clase media, verdadero ejército de reserva de la administración real, surgió la guardia permanente de arqueros que se convirtieron en los famosos *yeomen of the guard*. El programa a aplicar en Inglaterra fue muy sencillo: orden en el interior y paz en el exterior, mientras el Parlamento se reducía a una sombra de lo que había sido, suplido por el Consejo Privado, formado exclusivamente por fieles ejecutores de modesto origen o por miembros de una nueva aristocracia a las órdenes del rey. Otro grupo de consejeros constituían la *Star Chamber* o Cámara Estrellada de Westminster, verdadero tribunal supremo sometido a la voluntad real, cuya misión fundamental consistía en desestimar las enmiendas o reclamaciones sobre la legitimidad de los derechos de la feudalidad bastarda. Las provincias fronterizas del Norte y de Gales eran controladas por delegaciones del Consejo Real, que controlaban la justicia y la administración y quitaban todo protagonismo a los *lords marchers* o marqueses de la frontera que tantos problemas habían creado en el pasado a la corona.

4. Borgoña

Los duques de Borgoña, convertidos en condes de Flandes y de Artois, nunca dejaron de considerarse auténticos príncipes franceses, miembros de la casa de Valois. Desde Felipe el Atrevido (muerto en 1404), hijo de Juan II el Bueno de Francia, hasta Carlos el

Temerario (muerto en 1477), una serie de matrimonios y de circunstancias favorables les permitió consolidar sus posesiones y ejercer de verdadero Estado bisagra entre el mundo latino y el germánico.

La Casa de Borgoña llegó a ser, con Felipe el Bueno (1419-1467), el Gran Ducado de Occidente. Fundador de la Orden más preciada, la del Toison de Oro (1430), Felipe trataba de igual a igual al emperador y a los reyes, creando unos servicios centralizados apenas esbozados por sus predecesores. Su administración se fundaba en las cámaras de cuentas —situadas en Dijón, Lila y Bruselas—, dos cortes de justicia —una para el ducado y otra para el condado de Borgoña—, y un Tesoro, sobradamente alimentado por impuestos, que permitió crear un ejército permanente en 1471 siguiendo el modelo francés. Todas estas instituciones eran controladas por el Gran Consejo ducal que, durante cuarenta años (1422-1462), fue presidido por el canciller Nicolás Rolin. La estructura administrativa borgoñona aseguró un verdadero gobierno centralizado, respetuoso con las costumbres locales y las instituciones propias de los diversos países de los que el duque no era más que el señor natural.

Durante Felipe el Bueno se estuvo al borde de constituir un Estado monárquico, pero no existía un verdadero espíritu nacional, a pesar de la convocatoria en 1463 de los primeros Estados Generales, en los que se reunieron diputados de todos los países cuyo señor era el duque de Borgoña.

En este estadio de lenta consolidación institucional y brillante apariencia política y cultural, Carlos el Temerario quiso hacer de las dos Borgoñas un solo conjunto territorial y, sobre todo, una gran potencia europea, pero su precipitación determinó el hundimiento de su sueño, que podía haberse hecho realidad. Los factores geográficos y el determinismo nacional francés encarnado por Luis XI supuso el final del más europeo de los Estados del siglo XV, que quedó repartido entre la monarquía francesa y la Casa de Habsburgo.

5. La Europa de los hombres de negocios

Los cambios estructurales del viejo continente no se manifestaron únicamente en los aspectos políticos e institucionales, sino que también afectaron a la economía y a la concepción que se tenía de la misma.

El último cuarto del siglo XV fue una época de expansión en todos los niveles —demográfico, económico, comercial—, que se plasmó en nuevos poderes mercantiles y nuevos itinerarios, concentrados en los puertos del Atlántico, donde Sevilla, Lisboa, Amberes, Londres, competían con las tradicionales plazas de Lyon, Venecia, Génova, Milán y Florencia.

Fue el momento de la aparición y el desarrollo de grandes organismos financieros como los creados en torno a los Médicis en Italia o en torno a los Fugger y los Welser en Alemania. Los intereses de estas nuevas organizaciones económicas eran cosmopolitas y estaban por encima de los Estados y de las naciones en formación. Sus máximos representantes trataban de igual a igual a príncipes y soberanos; tal era el caso de Jacob Fugger con Maximiliano de Austria o de Tommaso Portinari con Carlos el Temerario.

La ambigüedad de las relaciones entre los soberanos y los banqueros se explica por el hecho de que los primeros eran conscientes de que su propio poderío dependía de la riqueza de los contribuyentes a ellos sujetos. Los príncipes estaban atentos a las oscilaciones monetarias y velaban por el equilibrio, prohibiendo la exportación de metales preciosos. De hecho, se manifestaron entonces las primeras formas de nacionalismo económico, que preludiaban lo que se ha dado en llamar mercantilismo sistemático. La mezcla de los negocios

y la política imponía muchas veces monopolios como pago de deudas contraídas. Desgraciadamente, esta política restrictiva y *nacional* se contradecía muchas veces con las exigencias del gran comercio y los intereses de los todopoderosos hombres de negocios. Ante esta circunstancia, los monarcas, obligatoriamente liberales, concedían amplias franquicias para atraer a sus dominios a los comerciantes asiduos a las grandes ferias. Como hoy, estas políticas económicas eran muchas veces contradictorias, pero su papel era cada vez más predominante en la diplomacia europea de los inicios de la época moderna.

Bibliografía

- Autrand, F.: *Pouvoir et société en France, XIV-XV siècles*, París, 1974.
Chrimes, S. B.: *Fifteenth Century England, 1399-1509*, Manchester, 1972.
Griffiths, R. A.: *The Reing of King Henry VI. The Exercise of the Royal Authority. 1422-1461*, Londres, 1981.
Kendall, P. M.: *Louis XI*, París, 1971.
Lander, J. R.: *Crown and Nobility, 1450-1509*, Londres, 1977.
Schelle, K.: *Charles le Téméraire*, París, 1977.
Tenenti, A.: *La formación del mundo moderno*, Barcelona, 1985.
Vaughan, R.: *Valois Burgundy*, Londres, 1975.

TEMA 39

LA VIDA INTELECTUAL Y ARTÍSTICA

por SALVADOR CLARAMUNT

1. Los centros de alta cultura

En los siglos XIV y XV proliferaron los centros de alta cultura o, más concretamente, las universidades. No se trata ya de centros surgidos espontáneamente, y después reconocidos por una autoridad universal (el papa o el emperador), sino de instituciones culturales fundadas por motivos de prestigio o de simple necesidad, por voluntad de las autoridades nacionales, regionales o aun, a veces, locales de cada área geográfica o histórica, que imitan a lo sumo a los estatutos de Bolonia y de París. Jaime II de Aragón fundó en 1300 el Estudio General de Lérida para evitar la salida de sus reinos de los numerosos estudiantes, sobre todo clérigos, que se trasladaban a otros países, especialmente Bolonia y París, con sus beneficios, durante años y a veces inclusive lustros. A los motivos económicos se unieron los de prestigio, ya que cualquier soberano o príncipe, por exiguo que fuera su territorio, creía gozar de mayor poder si podía formar a sus futuros burócratas en una universidad propia. Esta política de fundaciones universitarias la había iniciado el emperador Federico II al crear por decreto en Nápoles, en 1224, la primera universidad.

Por todo lo expuesto, a lo largo de los dos últimos siglos medievales surgieron en la Corona de Aragón, después de la de Lérida, las universidades de Perpiñán, Huesca, Barcelona y Valencia; en Castilla, las de Valladolid y Alcalá de Henares (1499); en Italia, las de Ferrara, Turín, Pisa, Catania; en el Imperio, las de Tréveris, Viena, Heidelberg, Friburgo, Basilea, Praga, Erfurt, Tubinga y Leipzig; en Escocia, las de Saint Andrews, Glasgow y Aberdeen. En los distintos reinos de la Europa oriental y nórdica las universidades nacionales de Cracovia en Polonia, Pecs en Hungría, Uppsala en Suecia y Copenhague en Dinamarca. Estos nuevos centros se orientaban más a la preparación de futuros servidores del Estado que a la investigación filosófica o médica.

Este espectacular aumento del número de centros conllevó las más de las veces una merma en la calidad de la enseñanza, si bien hay que tener en cuenta que la mayoría de los Estudios fundados en esta época no funcionaron regularmente hasta muchos años más tarde, y si lo hicieron fue en unas condiciones muy precarias. Tal es el caso, entre otros muchos, de la Universidad de Barcelona, que, fundada por Alfonso el Magnánimo en 1450, no llegó a funcionar de hecho hasta el reinado de Carlos I, ya bien entrado el siglo XVI.

Además de sufrir estas demoras, generalmente originadas en problemas económicos, todos estos centros se tuvieron que enfrentar a una serie de problemas provocados por las controversias teológicas y eclesiásticas, convirtiéndose muchas veces en las cajas de resonancia de determinados conflictos: la Universidad de París lo fue respecto del Cisma de Occidente; Oxford, de los escritos de Wycliff; Praga, del pensamiento husita.

Esta proliferación de centros de alta cultura fue simultánea al proceso de laicización que, iniciado en el siglo XIV, desembocó en el Humanismo, que, a modo de nuevo ideal de vida, situó al ser humano en el centro del mundo. El Humanismo llegó a ser un comportamiento mental y cultural, al principio cívico y finalmente literario. Fue un lento deslizamiento desde los valores medievales hacia el nuevo mundo renacentista. Esta etapa de finales de la Edad Media estuvo llena de precursores de los nuevos tiempos, como Dante, el primer hombre de letras laico, prácticamente desde el Bajo Imperio. Mucho más plenamente representativo de los nuevos tiempos fue Petrarca (1300-1374), también laico, estudiante de derecho en Bolonia, neoplatónico, defensor de la expresión clara de los conceptos frente a las complicaciones de los escolásticos de su tiempo; analizó la historia de Roma de forma concreta y no como mero período preparatorio del Cristianismo, a la vez que interpretó a Cicerón no únicamente como maestro de retóricos, sino también como filósofo y moralista. Su coetáneo Boccaccio (1313-1375), en el *Decamerón*, muestra una sociedad muy alejada de la típicamente medieval y de los tradicionales ideales caballerescos.

Era una época en que se creía, al menos en las capas de los intelectuales humanistas, que el hombre y su virtud eran capaces de vencer el destino y de construir un mundo nuevo. Una serie de eruditos italianos se dedicó a estudiar mejor los textos clásicos griegos y latinos. Cortes principescas, señores en calidad de mecenas, escuelas, academias y bibliotecas fueron los grandes difusores del Humanismo, que se vio reforzado por la presencia en Occidente de los eruditos bizantinos huidos de Constantinopla, cuando esta ciudad cayó en poder de los turcos otomanos.

La academia florentina fundada por los Médicis convirtió a la capital de Toscana en el gran foco intelectual de la segunda mitad del siglo XV, que alcanzó su apogeo en la época de Lorenzo el Magnífico. Roma y Nápoles brillaron después en este campo humanístico, gracias a la labor realizada por los papas, en la primera, y por los reyes de la casa de Anjou y por Alfonso el Magnánimo, de la casa de Trastámara, en la segunda. Después Milán, Ferrara, Mantua y Urbino fueron también focos importantísimos que señalaron el final del proceso evolutivo de la Edad Media y los inicios de la llamada Edad Moderna.

2. La crisis de la escolástica

El panorama del Humanismo, válido especialmente en Italia, no logró ocultar la crisis de valores en que había caído el pensamiento filosófico, en su máximo esplendor poco tiempo antes.

A partir de finales del siglo XIII, el pensamiento europeo pasó por una serie de vicisitudes que provocaron la lenta disolución de la escolástica, preparando el terreno para el triunfo del humanismo renacentista. El divorcio de la fe y la razón, de una parte, y el de la teología y la filosofía, de otra, contribuyeron no solamente a dar vía libre al empirismo, sino también al desarrollo de importantes corrientes místicas. La escolástica quedó muy pronto reducida a los círculos eclesiásticos, perdiendo el liderazgo de la Europea intelectual y limitándose a la discusión de problemas menores. A las síntesis teológicas y filosóficas sucedió

la investigación crítica de los problemas particulares. Se dio primacía a la intuición radical y se reclamó, con fuerza aún mayor, el derecho a la crítica ante la autoridad y la tradición doctrinal. Prueba de todos estos cambios fue el hecho de que los maestros de la escuela de Oxford demostraran más interés por el empirismo que por la especulación filosófica tradicional y la problemática teológica.

La nueva inflexión en el pensamiento cristiano tuvo dos ilustres representantes: Ramon Llull y Juan Duns Scoto. Este último fue el heredero de las tradiciones filosóficas del franciscanismo, acercándose a Santo Tomás en los conceptos, pero alejándose en las conclusiones. Para Duns Scoto (1266-1308), en Dios todo es posible, excepto aquello que implique contradicción, porque eso iría en contra de su propia esencia y la destruiría.

Las ideas de Duns Scoto fueron desarrolladas una generación más tarde por Guillermo de Occam (1285-1348), franciscano formado en la Universidad de Oxford que ensanchó todavía más el foso abierto entre la fe y la razón. Enfrentado a la curia avinionesa por sus doctrinas filosóficas y teológicas, no fue condenado porque la cuestión de la pobreza y la lucha contra Luis de Baviera relegaron a un segundo término el problema de sus ideas. En su doctrina sobre Dios, destaca sobre todo la libertad y la omnipotencia divina. Como Duns Scoto, Occam creía que Dios puede hacer todo aquello que no implique contradicción. A la vez, el hecho de fijar la definición de Dios casi exclusivamente en función de su omnipotencia, dejaba abierto el camino hacia un profundo escepticismo.

El occamismo se encontró rápidamente con la oposición de algunos sectores vinculados al realismo, pero tuvo una gran aceptación entre quienes se preocupaban por el desarrollo de la ciencia experimental. A finales del siglo XIV, las teorías de Occam se habían impuesto en la Universidad de París.

Coetáneo de Occam es el maestro Eckhart (1260-1329), dominico alemán, doctor por París y rector del *Studium* de Colonia. Su complejo pensamiento actuó como un verdadero puente entre el escolasticismo y la mística. Aristotélico por sus estudios en París, comprendió mejor que nadie en la Edad Media el sentido de la filosofía de Platón. Eckhart fue un místico intelectual que probaba la existencia de Dios no por medio de complicados procedimientos, como Santo Tomás, sino simplemente por la experiencia íntima.

En los dos últimos siglos medievales, Europa vivió un proceso de continua laicización, y vio nacer y desarrollarse una piedad individual y una meditación personal que comportaban un rechazo del mundo intelectual universitario.

Estas corrientes místicas se desarrollaron, sobre todo, en la Alemania renana y en los Países Bajos. Juan Tauler (1300-1361) fue el propagador de la imagen del «hombre interior», que concentraba en el alma todas las potencias sensoriales e intelectuales del individuo. El modelo a seguir para conseguir la liberación de las cosas que nos atan a este mundo se encuentra en la pasión de Cristo. En esa línea surgieron diversos pensadores, entre los cuales destacó Jan van Ruysbroek (1292-1381), que en su obra *El matrimonio espiritual* fijaba en tres las etapas de la vida contemplativa que une al hombre con Dios.

Gerard de Groot (1340-1384), desengañado del escolasticismo parisiense, fundó en 1380, en Deveter, la comunidad de los Hermanos de la Vida Común, orientada al estudio de las Sagradas Escrituras y a la educación de los jóvenes. Pero el más popular de los autores de esta corriente fue Tomás de Kempis (1380-1471), autor de la divulgada *Imitatio Christi*, en donde se menosprecia la sutileza de la dialéctica y se insiste en la gracia divina como único medio para discernir entre lo que es visible y lo que es espiritual. Kempis consideraba que la eucaristía era el mejor medio para la unión entre el alma devota y Cristo.

Este misticismo abrió las vías hacia las nuevas corrientes de espiritualidad de la llamada *Devotio moderna*.

3. La ciencia y la técnica

Dejamos para otro capítulo los descubrimientos geográficos. Los avances técnicos y científicos culminarán en la Baja Edad Media con el proceso de recepción del saber grecoárabe por el mundo cristiano occidental.

En cosmología y astronomía, la filosofía árabe-aristotélica impregnó no solamente los principios fundamentales de la explicación científica, sino también las teorías sobre el universo que dominaron el pensamiento europeo del siglo XIII. Frente a las teorías aristotélicas, en el París de la época, todos aceptaban las hipótesis de Ptolomeo, quien suponía que un planeta se movía en círculo alrededor de un centro, que a su vez se movía en otro círculo, el centro del cual sería estacionario respecto a la Tierra.

El siglo XIV propuso hipótesis aún más arriesgadas, como la del franciscano Francisco de Meyronnes, según la cual la Tierra era una especie de pieza móvil alrededor de las estrellas.

Los avances astronómicos del siglo XIII estuvieron encaminados a la realización de tablas, al cálculo de las fechas para la celebración de la Pascua, a la determinación de la latitud y la longitud, o a la predicción astrológica. Se entró en el siglo XIV con un perfecto conocimiento de instrumentos como el astrolabio o el cuadrante, y se construyeron *planetaria* como el del relojero Giovanni Dondi, movido por pesas.

La química medieval comenzó siendo un arte empírico, pero a partir del siglo XIII fue adquiriendo un cuerpo teórico dirigido a explicar el cambio de cualidad y de sustancia de los objetos. La aportación más destacada al avance científico en la química la constituyeron los métodos de destilación de líquidos mediante alambiques, que evolucionaron hasta adecuarse a las nuevas técnicas del siglo XIV.

La medicina, cuyos centros tradicionales de enseñanza fueron Salerno y Montpellier, se popularizó a raíz de la publicación de opúsculos por la epidemia de la Peste Negra de 1348 y años posteriores. Entre los más conocidos se encuentra el escrito por Gentile da Foligno a ruego de la Universidad de Perugia en 1348, y la *Chirurgia magna* de Guy de Chaulhac, médico pontificio de Aviñón, en 1360. En la Corona de Aragón fue famoso el libro del médico leridano Jaume de Agramunt titulado *Regiment de preservació de pestilència*.

Gracias a los métodos de diagnóstico y de prevención desarrollados a lo largo de los siglos XIV y XV, Europa vio reducida una buena parte de sus enfermedades infecciosas, como en el caso de la lepra.

El uso de gafas se extendió notablemente y fue una buena muestra práctica de la aplicación de los avances ópticos, sobre todo en el curso del siglo XV.

La cirugía también avanzó bastante, a juzgar por los libros escritos sobre ella. La *Chirurgia magna* de Guy de Chaulhac puede considerarse una de las obras capitales en su campo.

Si a estos avances técnicos y científicos añadimos la utilización de las primeras armas de fuego en Occidente, que ya a finales del siglo XIV desempeñaban un papel cada vez más importante en los ejércitos, y la invención de la tipografía hacia 1450, gracias a Gutenberg, podemos concluir este breve muestrario afirmando que el mundo había entrado en una nueva dinámica que conducía necesariamente a la época que algunos llamaron Moderna.

4. El arte gótico

Los orígenes del gótico deben buscarse en la evolución misma del arte románico. Su consolidación tuvo lugar en el siglo XIII, pero su definitiva expansión se produjo en los dos últimos siglos medievales, coexistiendo muchas veces con las nuevas corrientes renacentistas.

Hay que interpretar el gótico como producto de una nueva sociedad. El empleo de la luz fue una de sus principales aportaciones, pero la nueva sociedad urbana y mercantil fue el marco en que esta nueva concepción artística encontró el sitio idóneo para desarrollarse: los príncipes levantaron sus palacios y sus castillos; los gremios, sus edificios de reunión; las ciudades, sus palacios públicos; los burgueses, sus mansiones, y la Iglesia sus catedrales, sus capillas y los conventos urbanos de dominicos y franciscanos.

El arte ojival surgió en la región de la Isla de Francia. Suger, abad de San Denis, fue el principal impulsor de su primer edificio emblemático, la basilica real de San Denis, consagrada en 1144. El principio de este arte es la bóveda de crucería, que permite levantar edificios más altos y más ligeros. Los arbotantes y el reparto de empujes en pilares exteriores reducen el espesor de los muros a su mínima expresión, a la vez que el uso masivo de vidrieras policromas crea unas iluminaciones interiores hasta entonces desconocidas, que sumergen al creyente en la antesala de la Jerusalén celestial. En la inacabada catedral de Beauvais se alcanzaron los 48 metros de altura, el punto más alto de las posibilidades constructivas de la época, y se rozaron los límites teóricos del equilibrio entre el empuje de las bóvedas y la resistencia de los pilares. Todavía en el siglo XII, se construyeron las imponentes catedrales de Noyon, Sens, Laon y París, pero el nuevo estilo alcanzó su período de madurez a principios del siglo XIII, en las catedrales de Chartres, Amiens, Reims y Bourges, que abrieron la época de las grandes hazañas arquitectónicas de mediados de siglo con la citada catedral de Beauvais y la Sainte Chapelle de París.

Desde su cuna francesa, el gótico se extendió por casi toda Europa. Los maestros utilizaron la bóveda de crucería en Malinas, Bruselas y Amberes, en la actual Bélgica; en Toledo, León, Burgos, Oviedo, Barcelona, Gerona, Mallorca, Sevilla, Cuenca, etc., en España; en Siena, Orvieto, Milán, Bolonia, en Italia; en Estrasburgo, Friburgo, Ulm, Colonia, Ratisbona, Viena, en el Imperio germánico; en Westminster, Salisbury, Lincoln, York y otras muchas, en Inglaterra.

Toda la época quedó marcada por el arte gótico, y muchas ciudades, familias y gremios se arruinaron por tratar de levantar la catedral o la iglesia más imponente, en detrimento de las inversiones productivas, a causa de una piedad mal entendida y de una ostentosa competencia.

Los siglos XIV y XV fueron plenamente góticos en la mayor parte de Europa. En su curso se acabaron casi todos los edificios iniciados con anterioridad. También fueron los siglos en que las corrientes literarias y artísticas iniciaron su camino hacia un humanismo que cristalizó artísticamente en una nueva concepción estética: la renacentista. En 1414, el hallazgo de un teórico de la arquitectura antigua, Vitruvio, contribuyó a reanimar los estilos llamados clásicos. En Florencia, Brunelleschi redescubrió la columna y su capitel corintio; de la pilastra y de las raíces góticas extrajo la nueva cúpula de la catedral de Florencia. Otro florentino, Alberti, contribuyó a una auténtica invasión de la Antigüedad en la arquitectura, mientras en el resto de la Europa continental triunfaba el llamado gótico flamígero y en Inglaterra se desarrollaba el gótico perpendicular.

El cuerpo humano y la utilización del mármol y el bronce en la escultura fueron redescubrimientos simultáneos que permitieron las geniales creaciones de Ghiberti, Jacopo della Quercia, Donatello, Lucca della Robbia o Verrocchio. En la corte de los duques de Borgoña, en Dijón, triunfaron escultores como Claus Sluter, con su *Pozo de Moisés*, sus Cristos dolientes y sus Vírgenes dolorosas.

La aparición del primer Renacimiento italiano en pintura, a partir de Fra Angélico, Masaccio, Uccello, Piero della Francesca, etc., no impidió que, con una estética muy distinta y un gran alarde de detallismo, Jan van Eyck y su hermano Huberto realizaran el retablo del *Cordero místico* en San Bavón de Gante, obra genial que recoge toda la herencia y la delicadeza de la pintura de miniaturas, una de cuyas cumbres es sin duda alguna el *Libro de horas del duque de Berry*, una de las más famosas ilustraciones de manuscritos de la época.

La pintura de los primitivos flamencos continúa con gran empuje gracias al maestro de Flemalle, a Roger van der Weyden, a Thierry Bouts, a Hugo van der Goes y a Hans Memling, gracias a una nueva técnica que dio lugar a una nueva forma de pintura, con cuadros pequeños que permitían una sencilla decoración de las residencias burguesas y aristocráticas. Esta pintura facilitó el mecenazgo burgués, ya que el bienhechor podía conservar en su casa los cuadros del pintor al que protegía.

Los cambios estéticos coexistieron con la continuidad de las formas góticas: mundo viejo y mundo emergente se entrelazaban en la vida cotidiana de las ciudades enriquecidas por las nuevas rutas comerciales o por las industrias.

También en la música se modificaron las formas. El duque de Borgoña asistió al nacimiento de la música moderna, obra de varios cantores y maestros de capilla de la catedral de Cambrai que revalorizaron el contrapunto. Joaquín des Prés, músico famoso, recorrió Italia y formó discípulos que pusieron en marcha la polifonía.

Flandes, los territorios del duque de Borgoña y la Italia septentrional fueron zonas de intensa vida artística y gran actividad económica. En las ricas y abigarradas ciudades de Venecia, Milán, Florencia, Brujas, Gante, Siena o Dijón, negociantes y banqueros se convirtieron en mecenas. Las nuevas generaciones gastaban el dinero que sus progenitores habían acumulado. Pero tampoco hay que olvidar que fue una época repleta de aspectos negros, en la que triunfó el escepticismo metódico del ockhamismo y se dislocaron mentalidades y formas del pensamiento tradicionales.

Bibliografía

- Azcárate, J. M.: *El arte gótico en España*, Madrid, 1990.
 Baudry, L.: *Guillaume de Ockham*, París, 1950.
 Branca, V.: *Bocaccio y su época*, Madrid, 1975.
 Colomer, E.: *De la Edad Media al Renacimiento. Ramon Llull, Nicolás de Cusa, Juan Pico della Mirandola*, Barcelona, 1975.
 Garin, E.: *Medioevo y Renacimiento*, Madrid, 1971.
 Garin, E. y otros: *El hombre del Renacimiento*, Madrid, 1988.
 Gilson, E.: *Jean Duns Scot*, París, 1952.
 Graef, H.: *Historia de la mística*, Barcelona, 1970.
 Hay, D.: *The Italian Renaissance*, Cambridge, 1977.
 Huizinga, J.: *El otoño de la Edad Media*, Madrid, 1978.
 Simson, O. von: *La catedral gótica*, Madrid, 1986.

TEMA 40

LA PERIFERIA EUROPEA: ESCANDINAVOS Y ESLAVOS

por ERMELINDO PORTELA

En el vasto espacio comprendido entre los Urales y el Atlántico norte, entre el golfo de Botnia y los Balcanes, durante los dos últimos siglos de la Edad Media, las influencias exteriores —el reflujo de la marea tártara, la desaparición de Bizancio y la instalación de los otomanos a las puertas de la llanura húngara, la continuidad de la presión germánica— y las transformaciones internas, que dan lugar a la aparición de nuevas realidades políticas, configuran definitivamente los perfiles de la Europa moderna.

1. El refuerzo de la presencia germánica en Escandinavia

El proceso de cristianización había significado, en los siglos anteriores, la integración de Escandinavia en el ámbito europeo; las influencias que la propiciaron habían partido de Inglaterra, Alemania y Francia. Desde el siglo XIV, el predominio del influjo exterior corresponde claramente a los alemanes. Aunque haya sido exagerada en ocasiones, la presencia, entre los grupos aristocráticos y, sobre todo, entre la burguesía urbana, de inmigrantes germánicos es un elemento decisivo en la explicación de la evolución social y política del territorio escandinavo en la Baja Edad Media. El punto de partida de esta situación es, desde luego, la anexión, en el contexto de la progresión germánica hacia el este, de la costa vendia y la creación en ella, desde Lübeck a Riga, de un rosario de ciudades, luego asociadas en la Liga Hanseática. Sobre esa base, actúa después la complementariedad económica entre las orillas norte y sur del Báltico; la escasez de grano, particularmente acusada en Noruega desde el siglo XIV, tiene su contrapartida en la abundancia de cereales propia del traspais de las ciudades hanseáticas; el pescado de Noruega y, particularmente, los arenques de las aguas de Dinamarca, son productos fácilmente comercializables, si se dispone de la cantidad de sal necesaria para hacerlo, la que producen, precisamente, las salinas de las landas de Lüneburg. Las posibilidades para el desarrollo del comercio en el área báltica eran, por tanto, grandes. Podían aprovecharlas los escandinavos, pero si consiguieron realizarlas y dominarlas los alemanes fue porque dispusieron de ventajas decisivas. Las minas de plata del Harz ponían en sus manos abundantes monedas, instrumento básico del comercio. No se puede decir que noruegos y daneses desconocieran los secretos de la navegación; pero los tiempos del dominio de las naves de tradición vikinga habían pasado y ésta es la

época en la que las *kogge* y las urcas alemanas —mejor preparadas para los transportes pesados— se adueñaron de los mares nórdicos. Por fin, la Hansa dispondrá siempre de colonos dispuestos a instalarse, al servicio de su política comercial, en Bergen, en Estocolmo o en Novgorod. La talasocracia hanseática fue, por todo ello, un hecho de consecuencias desiguales en los distintos territorios escandinavos, pero, en cualquier caso, omnipresente e influyente.

Es cierto que la urbanización escandinava, favorecida por la Iglesia con el establecimiento de sedes episcopales, e impulsada por los monarcas, es simultánea a la urbanización germánica de la orilla sur del Báltico y, por tanto, previa a su influencia directa; es verdad también que, pese a las similitudes de la organización administrativa, las ciudades escandinavas mantienen diferencias —por su menor tamaño, por el aspecto rural de sus construcciones, por su carácter abierto— con respecto a las alemanas. Pero el auge de las ciudades nórdicas en los siglos XIV y XV no podría explicarse sin la presencia de los inmigrantes del sur. Durante el siglo XIV se observa una cierta especialización de las ciudades vendas: los hombres de Lübeck son más activos en Bergen o Estocolmo; los de Rostock, en Oslo y Tonsberg; en otros lugares, destaca la presencia de los de Stralsund, Dantzig o Riga. Como, por otra parte, y a fin de evitar competencias innecesarias, no son los mismos comerciantes de Lübeck los que hacen sus negocios en Bergen y en Estocolmo, el resultado es que los lazos establecidos entre los puertos escandinavos y las ciudades vendas son de una gran estabilidad y, en determinados casos, especialmente en Noruega, a causa de una mayor debilidad política, las colonias hanseáticas alcanzan el grado de autonomía que tienen en Bergen, donde mercaderes y artesanos alemanes se rigen por su propio derecho, el ejemplo más acabado. De modo general, el aflujo germánico fue muy considerable; a fines del siglo XIV, los alemanes suponían el 20 % de los burgueses de Copenhague y, hacia 1460, constituían el 35 % de la burguesía en Estocolmo. No alcanzaron, salvo en las ciudades más próximas a la frontera germanodanesa, la mayoría de la población; pero su control de la actividad urbana queda bien reflejado en las lenguas escandinavas, donde, en lo concerniente al vocabulario del comercio y de la administración ciudadana, los préstamos del alemán son masivos.

Junto a esta creciente y pesada influencia germánica, principalmente urbana, la evolución social de los países nórdicos en el final de la Edad Media se caracteriza también por cambios significativos que afectan a la aristocracia y al campesinado. La tradición histórica escandinava conocía un viejo e influyente grupo aristocrático, más rural que militar, y más vinculado, por tanto, a la riqueza de la tierra que a los privilegios jurídicos de transmisión hereditaria. Pero la actividad militar del siglo XIII, la introducción de la caballería, las estrechas relaciones con la alemania del Norte, aceleraron una evolución que tendía a conferir a esos grupos los rasgos comunes de la nobleza europea, esto es, y de manera principal, a interesarse en la participación directa en el poder. La progresiva sujeción del campesinado es el rasgo inevitablemente correlativo. La existencia de una clase campesina numerosa, económica y políticamente libre, que había caracterizado a la sociedad nórdica de la primera parte de la Edad Media, deja de ser ahora un rasgo distintivo bajo la presión de las guerras, las epidemias y, sobre todo, la creciente feudalización. La mayoría de los escandinavos del siglo XII no pagaban impuestos más que a la Iglesia; desde el siglo XIV, la oposición entre el clero y la nobleza, que se benefician de la inmunidad, y el campesinado cargado de impuestos, es clara. En estas condiciones, no son desconocidas las revueltas populares en el siglo XV: la que estalló en la feria de Oslo, en 1436, contra los nobles extranjeros; la que en 1438 dirigió un cierto David, que tomó, en Finlandia, el título de rey de los campesinos;

la que agrupó, en 1441, a los campesinos del norte de Jutlandia, bajo las órdenes del noble Henrik Tagesen. Habría que añadir aún la participación campesina en la sublevación sueca de Engelbrekt Engelbreksson. En cualquier caso, siempre con resultados poco satisfactorios. Sin que se alcancen los niveles de la segunda servidumbre de la Europa del este, los campesinos nórdicos de fines del siglo XV conocen un pesado régimen señorial. Son ellos, por tanto, los que pagan las consecuencias de las luchas por el poder, en que se mezclan los intereses de aristócratas, comerciantes extranjeros y monarcas.

2. La unificación escandinava: fundamentos débiles y resultados escasos

El esfuerzo integrador es, en efecto, el argumento más aparente de la evolución política en el área nórdica. Argumento que, en el nivel más externo de esa apariencia, se presenta como el resultado de alianzas selladas con enlaces matrimoniales que buscan la solución del heredero único. Pero, en un nivel más profundo y sobre la base de una real comunidad de civilización, son los intereses encontrados de la aristocracia, por una parte, y de la poderosa Hansa, por otra, los que impulsan el proceso y aspiran a controlarlo.

Las combinaciones matrimoniales conducen, en 1319, a la unificación de las coronas de Suecia y Noruega, cuya soberanía había sido aceptada por Islandia desde 1262, en la persona de Magnus Ericson. De momento, la situación juega en contra de Dinamarca, que pierde parte de sus territorios. Pero el ascenso al trono del nuevo rey danés Valdemar Atterdag (1340-1375), apoyado por el duque alemán de Schleswig-Holstein, modifica la situación. Una labor paciente y enérgica conduce a la recuperación de Escania y Halland, le permite dirigir la política matrimonial y llega a conseguir la ocupación de Gotland, base del comercio alemán con Rusia. Pero el enfrentamiento con las ciudades de la costa vendia significa la alianza en su contra de Holstein, Mecklemburgo, Suecia y todas las ciudades del norte del Imperio. Tras la caída de Copenhague, Valdemar ha de aceptar la paz de Stralsund (1370), de la que la Hansa es principal beneficiaria. A la muerte de Valdemar, es elegido para ocupar el trono su nieto Olaf, un niño de 5 años, hijo de Margarita, reina ya, por su matrimonio con Haakon, de Suecia y Noruega. La muerte de Olaf en 1387 pareció poner en peligro el camino de la unidad, pero la actuación de Margarita I, favorecida por la conyuntural coincidencia de intereses de aristócratas y hanseáticos, le permitió vencer a Alberto I, de la casa ducal de Mecklemburgo, que ocupaba el trono de Suecia, y mantener la unión de las tres coronas, refrendada en Kalmar por las aristocracias de los tres reinos en julio de 1397. La Carta de la Unión de Kalmar declaraba perpetua la unión dinástica, reconocía como heredero al elegido por Margarita, su sobrino Eric de Pomerania, y recogía el compromiso de los tres reinos de no hacerse jamás la guerra y ayudarse mutuamente contra las agresiones exteriores.

De aspecto solemne y apariencia sólida, la unión de Kalmar no significaba mucho en realidad. La ausencia o la precariedad de las instituciones unitarias ponían de manifiesto que no se trataba de una verdadera fusión política, sino, más bien, de una unión de reinos e intereses de carácter conyuntural.

En Suecia, la inquietud es visible desde 1434, en que la aristocracia secunda la sublevación encabezada por Engelbrekt Engelbreksson, a la que la participación campesina da un cierto contenido social. Se la ha señalado como sublevación nacional; lo que en el fondo importa no es tanto la unión o la secesión, sino, sobre todo, qué gran familia o qué grupo de la aristocracia ejercerá el poder con una u otra solución. Aun antes de ser abolida, la

unión fue siempre contestada en Suecia. A la muerte de Cristóbal III, los suecos eligieron como rey a Karl Knutsson. Aunque Noruega y Dinamarca seguirían unidas aún muchos años, la unión de Kalmar quedaba disuelta.

La Hansa, sin participar directamente en las intrigas y en los conflictos, animaba la secesión de Suecia, puesto que debilitaba a los otros dos miembros de la unión. De hecho, Eric de Pomerania había dado muestras de los peligros que podía acarrear la unidad. Su intento de establecer un peaje en el Sund obligó a la liga de ciudades a recurrir de nuevo a la guerra para poner las cosas en su sitio. Después, la corona pasó, no sin dificultades ocasionadas por la aristocracia, a otros alemanes apoyados por la Hansa, Cristóbal de Baviera y Cristián de Oldenburg, sobrino y heredero del duque de Schleswig-Holstein. La muerte, en Bergen, en 1455, del representante del rey, del obispo de la ciudad y de otras sesenta personas, que pretendían hacer valer los derechos del monarca, es un buen ejemplo de que la liga de ciudades alemanas ejercía su dominio, si era necesario, sin muchas contemplaciones. Su poder se extendía también en el Atlántico; la guerra naval, primero contra los castellanos, luego contra los ingleses, obligó a aceptar allí su competencia e impidió la de los otros en el Báltico.

Pero, a pesar de los éxitos, se anuncian los peligros del futuro. Llegan de la mano de los marinos holandeses. Sostenidos por la fuerza del duque de Borgoña —de nada sirvió contra ella el intento de bloqueo del puerto de Brujas—, animaban las veleidades de independencia del rey de Noruega y Dinamarca, que, desde sus nuevas posesiones en Schleswig-Holstein, vigilaba de cerca Hamburgo y Lübeck. Por otra parte, el Gran Príncipe de Moscú se apoderaba de Novgorod y obligaba al abandono de este centro fundamental del comercio hanseático. Cuando concluye la Edad Media, es pronto aún para hablar de la decadencia de la Hansa. Pero la consolidación de Moscú, de Suecia, de Dinamarca, de Holanda, de Brandeburgo como estados territoriales y comunidades nacionales era un mal presagio para esta vaga confederación de ciudades independientes que seguía siendo la Hansa. A fines del siglo XV, la competencia de ingleses y holandeses permitió a los reyes escandinavos revisar y recortar los amplios privilegios concedidos con anterioridad. Y el debilitamiento de la Hansa abría el camino para la consolidación de los Estados escandinavos.

3. La evolución de la presión exterior en el este: de los tártaros a los turcos

En el amplio espacio del este europeo, desde el Báltico a los Balcanes, desde Praga a Moscú, los siglos XIV y XV son también época de reorganizaciones, de unificaciones, de surgimiento de centros políticos nuevos. Es difícil caracterizar unitariamente este vasto espacio, ocupado esencial, pero no exclusivamente, por los pueblos eslavos. En la frontera de las influencias cristianas latina y bizantina, este mundo, con el que Occidente ha establecido lazos indudables por la penetración —en Polonia, en Bohemia, en el Báltico, en Novgorod— de misioneros, monjes-soldados, comerciantes y campesinos, y en el que, del lado de los principados rusos, son visibles los rasgos de un acercamiento cultural y económico a Bizancio, es, a pesar de todo ello, un mundo que ha vivido aparte de los dos grandes focos de civilización. A fines de la Edad Media, esto deja de ser así; los Estados del este se convierten en piezas importantes de la política europea y, desaparecido el Imperio bizantino, su herencia será recogida por un nuevo Estado que, en torno a Moscú, surge ahora con renovada fuerza.

Antes de ocuparnos de esa evolución, conviene que señalemos algunos aspectos de la influencia externa que, en buena medida, la condicionan. En este sentido, la presión de mongoles y de turcos ofrece características bien diferenciadas. En lo que se refiere a los primeros, la victoria de Tamerlán sobre el kanato de la Horda de Oro, a fines del siglo XIV, no acarrió su inmediata desaparición. Pero, en el siglo XV, su desmembración y consiguiente debilitamiento significaron la desaparición de la amenaza que, hasta ese momento, se había cernido sobre Europa y, de manera especial, facilitaron el desarrollo del principado de Moscú y del Estado polaco-lituano. Únicamente el kanato de Crimea, que, con ayuda de los otomanos, consigue ocupar el enclave genovés de Caffa y hacer desaparecer la presencia latina en Crimea, permite, convertido en vasallo de Estambul, asegurar la dominación de los turcos en el mar Negro.

Los turcos, por el contrario, son, cuando termina la Edad Media, la nueva amenaza para Europa. Desde el siglo XIV en los Balcanes y, a partir de la caída de Constantinopla en 1453, en Europa central, la expansión del Imperio otomano significó un creciente peligro. En el siglo XIV, la penetración turca se vio facilitada por la fragmentación política de la península balcánica. En ese momento, Esteban IX Dusan, rey y luego zar de Serbia, representó, aprovechando la debilidad de Bizancio y la división de Bulgaria, el único intento de crear en los Balcanes un núcleo de poder suficientemente sólido. Pero la posterior disgregación de la península facilitó la progresión del dominio de los turcos, que, en 1378, vencieron a bosnios y serbios en la batalla de Kosovo Polje. La derrota de los búlgaros ante Bayaceto I en 1395 y el fracaso de los cruzados occidentales en Nicópolis al año siguiente, abría definitivamente el camino a la dominación otomana. En la época de los sultanes Murad II (1421-1451) y Mehmet II (1451-1481), Serbia, Bosnia y Herzegovina reconocían su sometimiento y eran después convertidas en provincias. Un pueblo no eslavo, el de los albaneses, abandonaba también, en 1466, una tenaz resistencia que, conducida por Jorge Castriota Skanderbeg y aprovechando las dificultades del relieve, había logrado obtener algunos éxitos sonados contra los turcos. De otro lado, las poblaciones rumanas pertenecientes a la romanidad occidental, que habían constituido los principados de Moldavia y Valaquia, hubieron de aceptar la soberanía húngara, antes de caer, a partir de 1526, en la dependencia de los turcos.

De este modo el ámbito de los balcanes, salvo la República de Ragusa y algunos enclaves húngaros y venecianos en la costa de Dalmacia, quedaba bajo el dominio de Estambul. En el tránsito de la Edad Media a la Moderna, el sólido afianzamiento del Imperio otomano significaba una amenaza y, quizá sobre todo, un obstáculo que los europeos occidentales se vieron obligados a rodear. Como se sabe, ese rodeo les llevó muy lejos.

Esta situación general del Oriente condiciona y explica la evolución de la Europa del este. Los otros condicionamientos exteriores, los que llegan de Occidente, son conocidos desde antes y no dejan ahora, aunque sea por procedimientos distintos, de ejercer su influencia.

4. La Europa del este, entre la integración occidental y la herencia bizantina

La infiltración de la cultura, de las leyes y del poder occidental —ante todo, alemanes— es particularmente visible en el caso de Bohemia. Los reyes de Bohemia, que, con ese título, formaban parte del Imperio germánico y en el que, en confrontación con los Habsburgo, habían adquirido una sólida posición en el siglo XIII, parecen no sólo aceptar esa influen-

cia, sino convertirse, apoyados en una consistente posición demográfica y económica, en propagadores de la expansión germánica con sus intentos, finalmente fracasados, de controlar las coronas polaca y húngara a comienzos del siglo XIV. La instalación de la familia de Luxemburgo en el trono checo refuerza esta tendencia hacia la integración en Occidente. Juan de Bohemia, que intentó la recuperación del trono polaco en alianza con los Caballeros Teutónicos, llevó a cabo una actividad política tan íntimamente relacionada con los problemas de Occidente como demuestra su muerte en Crézy, formando parte del ejército de su pariente y aliado el rey de Francia. Su hijo Carlos I llegó a ser emperador del Sacro Imperio, pero se esforzó por atender más de cerca los asuntos de Bohemia.

A pesar de ello, la influencia germánica suscitaba la desconfianza y el rechazo ocasionados por la pervivencia entre la población de la conciencia de la originalidad eslava. El movimiento husita, en principio religioso, se carga también, por ello, de un contenido social y político. La condena de Juan Hus en el concilio de Constanza y su muerte en la hoguera en 1415 desencadenan una violenta sublevación en contra de la Iglesia romana y de la monarquía; el ala radical, la de los taboritas, prolongó la lucha hasta 1436, año en que, con ayuda de la alta nobleza conservadora, fue aplastado el movimiento. Pero el rechazo hacia el dominio germánico y hacia el papado se puso de manifiesto con la subida al trono de un monarca nacional, Jorge I Podiebrad, quien, frente a los ataques de Matías Corvino de Hungría, estimulados desde Roma, buscó la alianza de Polonia. Ese acercamiento, en buena medida deseado para contrarrestar las expectativas de los Habsburgo a la sucesión en el trono de Bohemia, condujo, en 1471, a la unión dinástica de Bohemia y Polonia en la persona de Ladislao II, hijo de Casimiro IV de Polonia. En el siglo siguiente, sin embargo, el fracaso de los Jagellón ante los turcos permitió a la casa ducal de Austria incorporar las coronas de Bohemia y Hungría.

Ese resultado final, común a Bohemia y Hungría, se produjo, en el segundo caso, por caminos diferentes. En primer lugar, porque el punto de partida era diferente. La vinculación de Hungría, con una población no eslava y de instalación más reciente en ese territorio, con Occidente había sido mucho más débil, a pesar de la existencia de relaciones y contactos —basta recordar las expediciones cruzadas para comprobar que no siempre fueron amistosos— propiciados por la ruta del Danubio, que la de Bohemia. El camino hacia la integración avanza decisivamente desde que, a comienzos del siglo XIV, los angevinos del sur de Italia se convierten, con Carlos I Roberto, en reyes de Hungría, en el momento en que la ruina de los estados latinos de Oriente, el comienzo de la decadencia definitiva de Bizancio y el fortalecimiento de los otomanos convierten a Hungría en la marca defensiva de Occidente. Los monarcas angevinos, más preocupados por los problemas dinásticos que los relacionaban con Bohemia, Polonia y Serbia que por los asuntos húngaros, dieron, a pesar de ello, lugar a cambios importantes. Por una parte, se potencian las influencias occidentales, sobre todo durante el reinado de Luis el Grande (1342-1382); la corte de Buda conoce un renacimiento cultural de principal inspiración italiana. De otro lado, este mismo monarca, al pretender un control más estrecho de la aristocracia, suscita movimientos de hostilidad nobiliaria, que no alcanzan mayor gravedad, precisamente porque la preocupación del monarca por los problemas exteriores les permite a los nobles un amplio margen de autonomía.

Con la subida al trono de Segismundo (1387-1437), yerno de Luis de Anjou, se da un nuevo paso en la occidentalización; este alemán, que llegaría a ser titular del Imperio, intervino, como se sabe, en el cisma pontificio y en la cuestión husita, al mismo tiempo que trataba de hacer frente a la expansión otomana con las expediciones que terminarían

en la derrota de Nicópolis. En cualquier caso, Hungría reforzaba su papel como defensora de la cristiandad amenazada, situación de la que la propia aristocracia cobraba conciencia. La elección de uno de sus jefes, Juan Hunyadi, como regente pudo frenar a los turcos ante Belgrado en 1456; luego, el nuevo regente y representante de los nobles convertido en rey, Matías Corvino, se ocupaba de establecer una barrera defensiva que cortara el avance turco; pero sus intereses, prueba de la occidentalización de los húngaros en este momento, volvían a estar en el oeste; fue Viena el centro de su poder y, desde allí, trató de conseguir la corona imperial. A su muerte, en 1490, los magnates, recelosos del fortalecimiento del poder monárquico, prefirieron entregar la corona a Ladislao de Polonia, rey también de Bohemia en ese momento. De este modo, Hungría se sitúa, lo mismo que Bohemia, en el camino que la conducirá a su integración definitiva en el mundo germánico.

Antes de que eso ocurriera, pareció, por un momento, que los reyes polacos podían dominar la Europa del este. Después de 1100, la presión germánica obligó a Polonia a refugiarse en una actitud defensiva. La expansión de los caballeros teutónicos, el control de los puertos bálticos por los comerciantes de Lübeck y de otras ciudades alemanas, condujeron a Polonia a una situación colonial. En ese marco, la evolución social se caracteriza por el estrecho sometimiento de los campesinos a una nobleza que refuerza la servidumbre, sobrecarga la fiscalidad y rechaza la legislación emanada de la monarquía. Pero, a comienzos del siglo XIV, cuando cede la presión germánica, se inicia una recuperación. Casimiro el Grande, sobre la base de la creación de una nobleza nueva en la que se integran sectores de la aristocracia y hombres de las ciudades, propicia el fortalecimiento monárquico, que se manifiesta en la expansión sobre los territorios rusos, hecha en competencia con Hungría y Lituania, o en la fundación de la Universidad de Cracovia, a la que, poco después, comenzaron a llegar estudiantes de otras regiones, al tiempo que se estimulaba la presencia de estudiantes polacos en Francia o Italia.

Tras la muerte de Casimiro el Grande y el corto período de dominación angevina con Luis I, los reyes polacos orientan decididamente su actividad hacia el este y procuran el acercamiento a Lituania. El bautismo, según el rito latino, del gran duque de Lituania, Jagellón, que cambia su nombre por el de Ladislao, y su matrimonio con la hija y heredera de Luis I concluyen con la unión de Polonia y Lituania. Sobre esa base es posible enfrentar el obstáculo que significaba la presencia en la costa báltica de la Orden Teutónica; los caballeros teutónicos fueron aplastados en 1410 en la batalla de Grünwald-Tannenberg y debieron, después, renunciar a la Pomerania de Gdansk y reconocer el sometimiento vasallático a los reyes polacos. Durante el siglo XV, Polonia y el gran ducado de Lituania, que conformaban la segunda potencia territorial europea, después del Imperio, mantuvieron una alianza estable y participaron en los proyectos dinásticos de sus príncipes sobre Bohemia y Hungría, que estuvieron a punto de cumplirse en la época de Casimiro Jagellón. Pero, tras la desaparición de este monarca, se inicia la decadencia. Fracasan, en primer lugar, los proyectos políticos. Desde 1496, es evidente la fragmentación de la «construcción imperial» de Casimiro. De otro lado, el retorno ofensivo de una nobleza que controla los cargos eclesiásticos y los gobiernos provinciales, consigue, en 1505, con el acta de anulación de Radom, que las decisiones reales sean sometidas a la aprobación de la Dieta. Por último, los comerciantes alemanes e ingleses recuperan los privilegios de explotación —en Gdansk, desde 1490, más tarde en otros lugares— y reinician el drenaje de productos primarios, consentido por una aristocracia que se beneficia del retroceso a la situación colonial. Polonia, que durante un tiempo formó parte del poder europeo, se integraba en Occidente, pero en la condición de satélite.

En el mismo momento en que, más al Este, surgía con fuerza una potencia política nueva y distinta. En la segunda mitad del siglo XIII se había formado, en torno a Moscú, un modesto principado. En el siglo siguiente, Iván I, en buenas relaciones con los mongoles, consigue afianzar su posición e instala, en su capital, la sede metropolitana de Rusia. El debilitamiento, desde comienzos del siglo XV, de la Horda de Oro favorece el predominio de Moscú sobre los restantes principados, pero no sin la competencia del gran ducado de Lituania, que, sobre todo a partir de la unión con Polonia, ejercía sobre ellos una fuerte atracción. Desde fines del siglo XV, ese pulso se decanta definitivamente del lado de Moscú. Iván III incorpora el principado de Tver (1485), ocupa Pskov y parte de Letonia, y exige impuestos o expulsa a los comerciantes hanseáticos de Novgorod y Riga.

Este nuevo núcleo político mantiene relación con Occidente y experimenta sus influencias. Lo prueban las embajadas del papa Sixto IV y del emperador Segismundo o los arquitectos italianos que construyen el Kremlin. Pero el príncipe de Moscú se siente más cerca de Oriente, del desaparecido oriente bizantino. El matrimonio con Zoé Paleólogo, la adopción del título de César, «zsar», la consideración del patriarca de Moscú como continuador de la Iglesia Cristiana de Oriente, son buenas pruebas de que los príncipes moscovitas son conscientes de la aceptación de esa herencia. El mar Negro está lejos aún; por el momento, Iván III anima a los que se aventuran, del otro lado de los Urales, en la estepa siberiana. Rusia se dispone a entrar en la historia moderna de Europa. Pero con características propias bien definidas.

Bibliografía

- Aubin, H.: *Las tierras del Este del Elba y la colonización germana hacia el Este*. En: J. H. Clapham y E. Power, *Historia económica de Europa. Desde la decadencia del Imperio Romano*. Tomo I: *La vida agraria en la Edad Media*, Madrid, 1948.
- Christiansen, E.: *The Northern Crusades: The Baltic and the Catholic Frontier. 1100-1525*, Minneapolis, 1980.
- Dollinger, Ph.: *La Hanse (XII^e-XVII^e siècles)*, París, 1964.
- Dvornik, F.: *The Slavs in European History and Civilisation*, Nueva Brunswick, 1962.
- Eck, A.: *Le Moyen Âge russe*, París, 1968.
- Gravier, M.: *Les Scandinaves*, París, 1984.
- Musset, L.: *Les peuples scandinaves au Moyen Âge*, París, 1951.

TEMA 41

EL HUNDIMIENTO DEL IMPERIO BIZANTINO. LA RENOVACIÓN ISLÁMICA: LOS TURCOS OTOMANOS

por SALVADOR CLARAMUNT

1. La larga agonía de Bizancio: los Paleólogos

Como ya se ha visto en el tema 30, a la muerte de Miguel VIII, la agonía del Imperio se hizo irreversible, convirtiéndose en una potencia de segundo orden totalmente mediatizada. Los dos últimos siglos (1261-1453) pueden dividirse en dos periodos que tendrían como fecha divisoria el año 1374, fecha de la instalación permanente en suelo europeo del Imperio de los turcos otomanos. A la desaparición de Miguel VIII, su sucesor, Andrónico II (1282-1328), no pudo más que reconocer el hecho consumado de la expansión de la Gran Serbia, en el llamado Segundo Imperio serbio, potencia que incluso llegó a amenazar Constantinopla. Gran parte del Imperio bizantino, a pesar de la restauración llevada a cabo por Miguel VIII Paleólogo, estaba en manos occidentales o formaba territorios independientes como el de Trebisonda o el despotado del Epiro. Pero el verdadero peligro eran los turcos otomanos que, instalados en Anatolia, avanzaban hacia la capital. Ante este panorama, la política exterior de Andrónico II, en contra de la de su padre, se centró en Asia Menor y en los Balcanes, haciendo hincapié en el componente balcánico del Imperio antes que en sus relaciones con Occidente, aunque al estallar la guerra entre Génova y Venecia, en 1294, se hubiese puesto incondicionalmente del lado de la primera. La guerra no tardó en convertirse en una guerra entre Venecia y Bizancio, en la que el Imperio no cosechó más que pérdidas humanas y materiales, viéndose obligado a aceptar la extensión de los dominios venecianos en el Egeo y la ocupación de la isla de Quíos por sus aliados, los genoveses, que de esta manera también ampliaron sus posesiones.

En el frente anatólico, Andrónico II se encontró con el grave problema de no poder formar siquiera un ejército de 3.000 hombres, ni armar una flota de 20 naves, debido a la ruina económica y a la gran devaluación de la moneda bizantina, el *nomisma*, que apenas conservaba la mitad de su antiguo valor. En esta angustiosa situación, se tuvo que recurrir al ejército mercenario de los almogávares, mandado por Roger de Flor, quien, al frente de sus tropas, limpió de turcos la parte occidental de Anatolia (1303-1304). A falta de dinero con que pagar los servicios de las tropas almogávares, se le ofreció la mano de una sobrina del emperador y el título de César del Imperio, lo cual no impidió que fuese más tarde asesinado en un banquete en su honor junto con sus más altos oficiales. Este hecho desenca-

denó la llamada «venganza catalana», por la cual las tropas catalano-aragonesas almogávares saquearon una parte de Grecia y expulsaron a los francos de los ducados de Atenas y Neopatria, apoderándose de ellos y poniéndolos bajo la soberanía de los reyes de Aragón hasta su desaparición en 1388.

De 1321 a 1354, el Imperio atravesó una gran crisis que se puso de manifiesto en dos guerras civiles. La primera fue la llamada «guerra de los dos Andrónicos» (1321-1328), por tener lugar entre Andrónico II y su nieto el futuro Andrónico III; esta guerra desorganizó aún más la agricultura, obstaculizó el comercio y creó un ambiente permanente de agitación al atraerse Andrónico III a las capas inferiores de la población, descontentas por la política fiscal de su abuelo.

El reinado de Andrónico III (1328-1341) fue, dentro de la gravedad de la situación, un período de recuperación inspirado por la política del poderoso noble Juan Cantacuceno, que permitió, sobre la base de una estrecha colaboración con los pequeños emiratos turcos, hostiles tanto a los otomanos como a los latinos, construir una flota, recuperar Quíos de manos de los genoveses y repeler un ataque contra Lesbos por parte de una alianza latina acaudillada por Venecia. En contra de la labor realizada por Andrónico III está la pérdida de Bursa, Nicea, Nicomedia y toda Bitinia ante los otomanos, que instalaron su capital en Bursa, a menos de 250 km de Constantinopla. En el plano interno, los antagonismos sociales fueron acentuándose, sobre todo por la incapacidad del Estado para salvaguardar sus territorios y los bienes de sus habitantes. A su vez, el proceso de feudalización permitió que cada vez más el poder económico y, a la larga, el político, se concentraran en las manos de la gran nobleza militar y terrateniente, y de algunas instituciones eclesiásticas como los grandes monasterios.

La segunda guerra civil, entre el gran doméstico Juan Cantacuceno y el partido de la emperatriz madre, Ana de Saboya, se inició en 1341, a la muerte de Andrónico III. Fue una lucha compleja y múltiple, ya que a las cuestiones dinásticas se añadieron problemas sociales y cismas eclesiásticos que dividieron al pueblo y disgregaron aún más el Estado. Fue una guerra larga y desastrosa en el plano económico, porque redujo al más bajo nivel las rentas del Estado y destruyó las fuerzas productivas del país. También hay que señalar el predominio del carácter social del enfrentamiento sobre todos los demás, como lo demuestra la revolución de los zelotes en Tesalónica, donde la lucha de clases, que también sacudía otras ciudades de Macedonia y Tracia, se manifestó en toda su intensidad. La guerra finalizó con el triunfo de Juan Cantacuceno, quien, para conseguirlo, tuvo que aliarse con el zar de los serbios, Esteban Dusan. En 1347, Juan Cantacuceno entró en Constantinopla proclamándose emperador (1347-1354), aunque respetando los derechos de Juan V Paleólogo, hijo de Andrónico III.

La caída de Juan VI Cantacuceno está estrechamente ligada a los límites de su política de alianza con los otomanos, a los que facilitó su primer asentamiento en suelo europeo, y a los que después no pudo convencer para que se replegasen de nuevo en Asia. Cuando Juan V accedió al poder efectivo (había sido coronado en 1341 pero, de hecho, quien tenía todo el poder era Juan Cantacuceno) en 1354, lo conservó hasta su muerte en 1391, si bien en este tiempo fue desplazado dos veces del trono: por su hijo, Andrónico IV (1376-1379), y por su nieto, Juan VII (1390). Fue un emperador débil que no pudo contener el avance por Europa de los otomanos, que ocuparon Tracia y sus importantes ciudades de Andrínópolis y Filipópolis, y finalmente hubo de prestar vasallaje a los turcos. En política, no tuvo más alternativa que buscar continuamente ayuda exterior contra los turcos, a cambio, inclusive, de la unión con la Iglesia católica romana. Con tal finalidad Juan V hizo dos viajes

a Occidente, sin obtener, de hecho, otra ayuda que la de su primo Amadeo VI de Saboya, el cual, al frente de sus tropas, recuperó temporalmente Gallípoli a los turcos. En su segundo viaje se convirtió al rito latino ante el papa Urbano V (1369), pero su compromiso fue temporal y no implicó a la Iglesia ortodoxa ni representó una unión. Su hijo, Manuel II (1391-1425), prisionero del sultán turco Bayaceto, sólo pudo reinar después de haberse escapado. Los días de Constantinopla estaban ya contados, pero un hecho inesperado, la irrupción de los mongoles de Tamerlán, que derrotaron a Bayaceto en la batalla de Angora (1402), apoderándose del corazón de Anatolia, prolongó la agonía de Bizancio medio siglo más. La muerte de Tamerlán y la desmembración de su imperio abrieron paso a la recuperación de los otomanos, que volvieron a fijar su objetivo en la toma de Constantinopla.

Juan VIII (1425-1448) vio sus dominios reducidos a poco más que la capital, el despotado de Mistra, y alguna ciudad del mar Negro, ya que la segunda del Imperio, Tesalónica, se había perdido en 1430. En el Concilio de Florencia (1439) acató la unión de las dos Iglesias, pero la cruzada predicada por el papa Eugenio IV para salvar Constantinopla no obtuvo el éxito esperado: el ejército cristiano mandado por Juan Hunyadi de Hungría y Ladislao de Polonia fue aniquilado por los otomanos en Varna (1444).

El último emperador, Constantino XI, déspota de Morea y miembro de la familia Paleólogo, ocupó el trono imperial a la muerte de su hermano Juan VIII. Estuvo a la altura de las circunstancias, pero era demasiado tarde: todos sus esfuerzos por salvar Constantinopla fueron infructuosos. No contaba con medios ni con la ayuda occidental necesaria. El 29 de mayo de 1453, Constantinopla cayó en poder de los turcos, sus débiles defensas —unos 9.000 hombres— apenas si pudieron resistir dos meses escasos; el propio emperador murió defendiendo las murallas, sin lograr impedir que Mehmet II entrase en la ciudad convirtiéndola en la nueva capital del Imperio turco otomano con el nombre de Estambul.

2. Sociedad y economía en los últimos siglos de Bizancio

La población rural sufrió, desde finales del siglo XIII, un declive, originado en una combinación de factores demográficos estructurales y circunstancias coyunturales. Las invasiones, las guerras y la peste componen una realidad de la que se resienten en gran medida las poblaciones rurales y que conduce a una disminución de los efectivos humanos en el campo. Entre las muchas causas coyunturales de la reducción de número de habitantes habría que citar muy especialmente el monaquismo, que, en cambio, fue positivo en lo referente a la organización de la producción agrícola en la medida en que su comportamiento como terrateniente requirió mano de obra rural.

En cuanto a la propiedad agrícola en el Imperio, bajo los Láscari y los Paleólogo se asistió a la desaparición progresiva de los propietarios medios, incapaces de afrontar las desgracias de la época, y, a la vez, a la concentración del patrimonio entre los más poderosos. El mismo fenómeno tuvo lugar en los señoríos latinos del Peloponeso, cuyos amos necesitaban el apoyo de los grandes propietarios griegos.

La formación de la gran propiedad es, en gran parte, tributaria de las modificaciones sobrevenidas en el sistema de las concesiones pronoarias. La *pronoia* era la concesión por el Estado de un bien que produce una renta fiscal, a cambio de la prestación de servicios militares por el beneficiario; el bien concedido puede producir también una renta territorial, si es cultivado por los campesinos, obligados a pagar al propietario una parte de la producción. Estas concesiones experimentaron durante la época de los Paleólogo una considerable

extensión, llegando inclusive a ser hereditarias las rentas vitalicias. Por ello muchos autores hablan de una feudalización del Imperio o, mejor dicho, de las poblaciones rurales.

Respecto de la hacienda, el continuo aumento de la desproporción entre los recursos fiscales del Estado y sus necesidades de liquidez condujo a una serie de crisis monetarias que desembocaron, a su vez, ineludiblemente, en una crisis económica. El agotamiento de los recursos fiscales se manifestó tanto en la economía rural como en las actividades comerciales, a lo que hubo de añadir la pérdida de los recursos mineros y el agotamiento de las existencias en metálico, también consecuencia de la conquista latina.

La cada vez más desfavorable coyuntura económica hizo imprescindible la puesta en movimiento de masas monetarias destinadas a cubrir las continuas necesidades militares del Imperio, así como el pago de los tributos a los otomanos; todo ello implicó el endeudamiento exterior del Estado y la cesión a los acreedores de numerosas fuentes fiscales, sobre todo las aduanas. A comienzos del siglo XIV, el nómisma bizantino, o, como también se lo llegó a llamar, el *hyperpère* conservaba apenas la mitad de su valor original. Desde entonces, la pérdida de ley y de peso hizo que en el comercio internacional la moneda bizantina fuese sustituida por la moneda de las grandes repúblicas comerciales italianas (como ejemplo: el oro de las monedas pasó de 20,75 quilates en 1081 a 11,25 a mediados del siglo XIV, con Juan VI).

En cuanto al comercio a gran distancia, pasaba especialmente por el control de ciudades italianas como Venecia, Génova y Pisa. El impacto occidental sobre la economía de lo que quedaba del Imperio se hizo sentir también en el mercado interior, a través de los productos manufacturados importados, por una parte, y de la dependencia alimentaria de Constantinopla como consecuencia de la pérdida de sus regiones cerealeras, que fueron cayendo una tras otra en poder de los turcos, por otra.

La economía bizantina se estancó sin remedio. A pesar de algunas medidas temporales tomadas bajo los Paleólogos, no pudo resistir la supremacía marítima e incluso económica de las ciudades italianas, en especial Venecia y Génova.

A pesar del negro panorama que acabamos de exponer, el mundo urbano bizantino tuvo todavía una considerable importancia durante los últimos siglos del Imperio. Las fuerzas centrífugas que fueron causa de la descentralización del Estado permitieron también la emancipación de las ciudades, al reducir la influencia del poder estatal sobre los municipios. Además de Constantinopla y Tesalónica, en el siglo XIV Bizancio contaba aún con un número considerable de ciudades activas como Filipópolis, Andrinópolis, Heraclea, Mesembria, Castoria, Janina, Larissa, Corinto, Monemvasia, Mistra y otras, en su mayoría auténticas plazas fuertes, con una importante guarnición militar en su acrópolis.

En cuanto al número de sus habitantes, éste fue disminuyendo paulatinamente pero de modo continuado hasta el final. Constantinopla pasó de tener casi un millón de habitantes en los siglos áureos a tener entre 70.000 y 50.000 habitantes en vísperas de su caída en poder de los turcos. Tesalónica pasó de 40.000 habitantes en el siglo XIV a únicamente 7.000 en 1423, año de su caída.

En cuanto al papel del Imperio bizantino en la historia, hay que señalar que a lo largo de sus mil años de existencia fue decisivo en muchos campos y que, sin su existencia, la configuración del mundo eslavo y del Mediterráneo oriental hubiese sido muy distinta.

Entre sus aportaciones cabría destacar su papel de conservador de la cultura clásica; la lengua, la literatura, la filosofía y el arte antiguo fueron conservados y transmitidos a Occidente, en donde, a partir del Renacimiento y del Humanismo, entraron en la cultura europea. En el plano político, el Imperio bizantino fue la avanzada del cristianismo en el

Oriente Próximo, conteniendo, primero, a los árabes y, después, a los turcos durante siglos. Su contribución a la formación de la cultura de los pueblos eslavos fue fundamental. Su idea imperial, heredera del mundo romano y plena de elementos helenísticos y orientales, fue modelo para los nuevos imperios surgidos en Europa posteriormente.

3. Los turcos otomanos. Formación y expansión de un imperio

Los selyuqíes establecieron en sus fronteras, a modo de puestos o avanzadas fronterizas de carácter militar, especialmente frente a Bizancio, a una serie de tribus turcomanas. La disgregación del sultanato de Rum o Konya colocó a muchas de estas tribus en situación de espera de acontecimientos, lo que no impidió su paulatina sedentarización. Mandadas por sus jefes militares o *beys*, se fueron constituyendo poco a poco en principados independientes o *beyliks*, de una extensión más o menos importante, en el corazón de Anatolia y en las montañas del Tauro y Cilicia. Entre los *beyliks* que se consolidaron destacan el de los qaramaníes, situado en el centro de Anatolia, y, sobre todo, el de los otomanos, en el oeste, que en menos de un siglo dominó a todos sus vecinos y rivales, incluidos los últimos territorios bizantinos.

Al desaparecer los selyuqíes, se produjo una considerable fragmentación del poder en el conjunto del Asia Menor: la multiplicación, como hemos visto, de *beyliks*, su sentido independentista y el gran dinamismo religioso y político que los rodeaba, hicieron de la Península Anatólica, en los primeros cuarenta años del siglo XIV, un territorio profundamente agitado, que contrastaba con la paz y la unidad del sultanato mameluco de Egipto; todo ello contribuyó a que se desviara gran parte del comercio que hasta entonces pasaba por Asia Menor. Esta situación fue aprovechada por el *beylik* otomano.

No se conocen con exactitud los inicios de la presencia en Asia Menor de la tribu Kayi, de la que surgió la dinastía otomana. De origen turcomano, esta tribu llegó a Anatolia en la primera mitad del siglo XIII, probablemente huyendo del avance mongol. Uno de sus jefes, Gündüz Alp, tuvo como descendiente a Ertugrul, que recibió como territorio del sultán selyuqí, hacia 1270, la región de Söyüt, situada en el curso medio del río Sarkarya, al noroeste de Anatolia, en la frontera oriental de la provincia bizantina de Bitinia. A su muerte, hacia 1290, le sucedió su hijo Osmán (Utmán, del cual recibió el nombre de la dinastía osmanlí u otomana). Osmán recibió el apoyo de la cofradía de los *gazis* (combatientes por la fe), así como la ayuda de su suegro el jeque Edebali; todo ello le permitió dar el primer impulso a la expansión de su tribu hacia el oeste (1320), sobre el territorio bizantino, ocupando toda la Bitinia oriental y amenazando las ciudades de Bursa y Nicea.

Su muerte se sitúa entre 1317 y 1326. Le sucedió su hijo Orjan, que se apoderó de las ciudades que su padre había amenazado, instalando la capital en Bursa y alcanzando las orillas del mar de Mármara, que le dieron el control de la margen asiática del estrecho de los Dardanelos. Casado con Teodora, hija de Juan Cantacuceno (1346), acudió en ayuda de su suegro durante la Segunda Guerra Civil bizantina del siglo XIV, con lo que, por vez primera, las tropas otomanas pisaron suelo europeo y se instalaron en Tracia.

A la muerte de Orjan, en 1362, la amenaza otomana empezaba ya a pesar amenazadoramente sobre lo que quedaba del Imperio bizantino en la parte meridional de los Balcanes. Su sucesor, Murad I (1362-1389), continuó la obra de su padre en los Balcanes, ocupando la mayor parte de Bulgaria y Serbia, y obteniendo la importante victoria de Kossovo (1389), en el curso de la cual fue asesinado por un serbio. Al mismo tiempo que sus impor-

tantes avances en Europa, en Asia Menor, una política de matrimonios y presiones permitió a los otomanos anexionarse el emirato de Germiyan y una parte del emirato de Hamid. Todas estas regiones fueron transformadas en provincias, que comprendían un cierto número de dominios de dimensiones variables, o *timars*, concedidos a título personal a militares o funcionarios civiles o religiosos, a condición de que los hicieran progresar y percibieran impuestos que, en su mayor parte, correspondían al Estado. Este movimiento expansionista fue secundado por la acción religiosa de las hermandades musulmanas, especialmente en suelo europeo, que facilitaron el establecimiento de colonias turcas en torno de centros de implantación musulmana.

Con Bayaceto I (1389-1402), apodado «El Rayo», continuó la expansión musulmana, después de asegurarse el trono mandando matar a su hermano Yaqub (esta práctica, conocida como ley del fratricidio, fue corriente a partir de entonces en la familia otomana). Bayaceto intervino en los asuntos internos bizantinos, facilitando el acceso al poder de Juan VII, para luego dejarlo en manos de Manuel II, al tiempo que su presión sobre Constantinopla era cada vez más fuerte. Llegó a controlar la navegación del Bósforo mediante la construcción de una fortaleza en la orilla asiática, y obtuvo el control prácticamente total de los Balcanes hasta la frontera de Hungría, cuyo rey Segismundo, ante lo grave de la situación, pidió la organización de una cruzada destinada a alejar la amenaza turca. El ejército cruzado se enfrentó con los turcos cerca de Nicópolis (1396) y fue derrotado, con lo cual se acrecentó la fama de invencibles de los otomanos. Bayaceto, después de asediar brevemente a Constantinopla (1397), ocupó las ciudades griegas de Patras, Larissa y Atenas. Todo parecía controlado por Bayaceto, desde Bosnia hasta Siria, y la caída de Constantinopla era cuestión de meses, cuando nuevos enemigos, los mongoles, vinieron a cambiar momentáneamente la correlación de fuerzas.

Los mongoles, acaudillados por Timur Leng (Timur el Cojo o Tamerlán), se habían lanzado por el camino de las grandes conquistas mediante el terror (1395-1404). En 1400 arrebató Siria al sultán mameluco de Egipto, para penetrar en Anatolia y atacar por la espalda a los otomanos, justo en el momento que estaban a punto de conquistar Constantinopla con Bayaceto I. En 1402, cerca de Angora, tuvo lugar el encuentro entre el ejército mongol de Tamerlán y el turco de Bayaceto; este último fue derrotado y hecho prisionero. Esta victoria de los mongoles supuso un alivio momentáneo para los bizantinos, ya que la derrota de Angora significaba una catástrofe para el joven Estado otomano. El primer problema a solucionar fue la sucesión del sultán derrotado, a la que aspiraban sus cuatro hijos; después de once años de luchas internas, Mahomet I (Mehmet) se hizo con el poder (1413-1421), dedicándose a reconstituir con bastante rapidez la unidad del Estado otomano, reconquistando los *beyliks* que habían sido nuevamente restaurados por Tamerlán.

Su sucesor, Murad II (1421-1451), tuvo que hacer frente, al principio de su reinado, a un falso pretendiente al trono otomano que contaba con la ayuda de Manuel II. Solucionado este problema dinástico, toda su actividad se centró en contener a los húngaros, a los que venció en 1444 en la batalla de Varna. Después de esta victoria, Murad II reafirmó su soberanía sobre Serbia y Bosnia, a la vez que ocupaba la casi totalidad de Albania (1431) y el Peloponeso (1446). Sin embargo, en Albania estalló un levantamiento, dirigido por Jorge Castriota (Skanderbeg) que durante más de quince años (1443-1459), con la ayuda de Alfonso V de Aragón y de otras potencias, se enfrentó a los turcos.

Murad II hizo de Andrinópolis su nueva capital, ya en suelo europeo, a la vez que ponía en funcionamiento una sólida administración, de la que se beneficiaron sus sucesores, y desarrollaba el ejército hasta tal cota de eficacia que se convirtió en el primero de su época.

Mahomet o Mehmet II el Conquistador (1451-1481) supo sacar provecho de las reformas de su padre. El primer fruto fue la conquista de Constantinopla, precedida por la ocupación de los últimos territorios griegos de Tracia oriental y de la orilla europea del Bósforo, donde hizo construir la impresionante fortaleza de Rumeli Hisar. El asedio otomano de la capital comenzó el 5 de abril y finalizó el 29 de mayo de 1453 con la toma de la ciudad. Fue una caída prevista desde hacía mucho tiempo y que sólo una serie de acontecimientos inesperados había podido retrasar.

La toma de Constantinopla dio a los otomanos una gran ciudad que, rebautizada como Estambul, pronto se convertiría en la próspera, culta y rica capital de un nuevo Imperio, esta vez islámico. La basílica de Santa Sofía fue convertida en mezquita, pero se concedieron libertades a los cristianos, nombrándose un nuevo patriarca. Genoveses y venecianos recibieron también numerosos privilegios comerciales. Únicamente los que se habían enfrentado con las armas a los turcos fueron reducidos a la esclavitud. Una nueva época se iniciaba para la milenaria Constantinopla, que, en poco más de setenta años, pasó de 70.000 a 400.000 habitantes.

A la vez que se reorganizaba la capital, Mehmet II prosiguió la expansión en Europa y en Asia Menor, pudiéndosele considerar como el artífice de la verdadera grandeza del Estado otomano, al que a partir de entonces se puede ver como un verdadero Imperio.

4. Organización del Estado otomano

La expansión de los turcos otomanos puede ser calificada de dominación flexible e invasora, ya que inicialmente no impuso muchas modificaciones en las áreas que iba dominando, fuesen bizantinas, eslavas, búlgaras o de los *beyliks* de Asia Menor.

Los otomanos respetaban en general la propiedad de la tierra, a cambio de la adhesión a los nuevos dirigentes, aunque es más que probable que algunos bienes raíces tomados a sus antiguos poseedores fueran atribuidos a miembros de las familias de los *beys* o a sus allegados; otros serían conferidos a fundaciones piadosas para facilitar la implantación del Islam. Al dividir así las tierras conquistadas, los otomanos trataban de asegurarse las mejores condiciones posibles de dominación política y de rendimiento económico. En un segundo período, ya en el siglo XV, cuando los otomanos acentuaron su presencia administrativa, económica y humana, un cierto número de propietarios y poseedores de tierras cristianos se convirtieron al Islam, «otomanizándose».

A través de diversos medios, el Estado otomano ejercía un control, directo o indirecto, sobre los territorios que iba conquistando. El control se ejercía también por medio del ejército y de la administración, ambos reforzados a causa de la extensión del dominio turco.

Como ya se ha dicho en el apartado anterior, la administración tuvo una verdadera estructura hasta el reinado de Murad I, que se autotituló sultán, abandonando el tradicional título de *bey*. El segundo lugar de la jerarquía lo ocupó el gran visir, personaje nombrado por el sultán y responsable ante él, que tenía a su cargo todos los asuntos civiles y militares, aunque, respecto de estos últimos, el sultán conservó siempre la iniciativa y la prioridad. Con el incremento del territorio, al final del reinado de Murad I, fueron nombrados otros visires para ayudar al gran visir, todos escogidos entre los miembros de la familia otomana o entre las grandes familias allegadas a aquéllos. Un consejo o *diwan*, formado por el sultán, el gran visir y altos funcionarios, se reunía cuatro veces por semana para tratar los asuntos de gobierno.

En las provincias, el poder se hallaba representado por el *beglerbeg* o gobernador, que tenía en su demarcación todos los poderes, excepto el judicial. Como un verdadero Estado de Estados, el Imperio otomano mantuvo muchas veces en sus puestos a los reyes, jefes o príncipes vencidos, y siempre procuró respetar las creencias religiosas de los súbditos recién incorporados. Esto se puso de relieve ya en tiempos de Mehmet II, que instauró un sistema de reglamentación específico para cada provincia, con la intención de conservar sus características, su economía e, incluso, su estatuto social. Todo ello no ha de ocultarnos, sin embargo, el hecho de que el Imperio otomano fuese un imperio musulmán y que solamente los musulmanes tuvieran acceso a los puestos de responsabilidad.

La economía del Imperio otomano se basó en la agricultura y en la cría de ganado, del que tenían enorme necesidad.

En lo referente al comercio con las potencias extranjeras, y en particular con las ciudades mercantiles italianas, no parece haber tenido, hasta el final del siglo XIV, una gran importancia, aparte de las relaciones con los genoveses, a través de Quíos, y con Venecia, en ciertos puntos de la costa balcánica, sobre todo para el comercio del trigo. Bursa se benefició del comercio que del Extremo Oriente pasaba por Asia Menor para llegar a Occidente, llegándose a convertir en un gran centro del comercio de la seda.

Desde el punto de vista intelectual y artístico, los otomanos fueron los continuadores de los *selyuqís* y de los *beyliks* de Asia Menor. Si bien a finales del siglo XV consolidaron un estilo que se puede denominar otomano, cuya esencia es la tolerancia intelectual y el gusto por lo extranjero, fuese occidental o de Extremo Oriente.

Bibliografía

- Bombaci, A. y Shaw, S. J.: *L'impero otomano*, Turín, 1981.
Inalcik, H.: *The Ottoman Empire. The Classical Age*, Londres, 1973.
Laiou, A. E.: *Constantinople and the Latins. The foreign policy of Andronicus II, 1258-1282*, Harvard, 1972.
Mango, C.: *La civiltà bizantina*, Bari, 1991.
Nicol, D. M.: *The last Centuries of Byzantium. 1261-1453*, Nueva York, 1972.
Oikonomides, N.: *Hommes d'affaires grecs et latins à Constantinople (XIII-XV siècles)*, Montreal, 1979.
Setton, K. M.: *Los catalanes en Grecia*, Barcelona, 1975.
Von Grunebaum, G. E.: *El Islam. Desde la caída de Constantinopla hasta nuestros días*, Madrid, 1975.
Walter, G.: *La ruina de Bizancio. 1204-1453*, Barcelona, 1970.
Wittek, P.: *La formation de l'Empire otoman*, París, 1982.

TEMA 42

ASIA EN LOS SIGLOS XIII, XIV Y XV

por SALVADOR CLARAMUNT

1. El mundo de las estepas: los mongoles

Las conquistas de los mongoles en el siglo XIII conmovieron y cambiaron profundamente el mundo euroasiático, destruyendo reinos e imperios desde China hasta Europa central. A lo largo de la Historia, la embestida de los mongoles fue el mayor enfrentamiento entre la cultura nómada de la estepa y la civilización de la agricultura intensiva.

La estepa, situada entre la taiga o bosque frío del norte y el desierto del sur, está desprovista de árboles; es tierra de pastos en que habitan pastores nómadas. Desde los tiempos de los escitas hasta los mongoles, los jinetes nómadas galoparon repetidas veces hacia Europa a través de los pasos de las montañas T'ien Shan y de la cordillera del Altai. Estas tribus nómadas desarrollaron un sistema especializado que supone la domesticación y control de una variedad de animales, así como la utilización de amplios territorios con lluvias desiguales en forma tal que se pueda sustentar a hombres y a bestias.

De todos los pueblos nómadas de las estepas, los turcos fueron los primeros que construyeron un formidable Imperio asiático; sus extensas conquistas pueden ser comparadas a las realizadas por los mongoles siete siglos más tarde.

Una constante en la formación y evolución de los imperios surgidos de las estepas asiáticas fue el Imperio chino. El desorden en China aseguraba la permanencia del dominio de los hombres de la estepa, mientras la unidad y el esplendor de China conducían ineludiblemente al hundimiento de los bárbaros de las estepas (los chinos llamaron *tata* a los pueblos de las estepas, de donde viene nuestra denominación, tártaros).

Entre la disolución del primer Imperio turco y la aparición de Gengis Khan hay un intervalo de cuatro siglos largos (750-1200), durante el cual ninguna tribu o confederación alcanzó la supremacía sobre las estepas. Esta época de equilibrio se rompió con la aparición del Imperio mongol.

Mongolia, con su clima riguroso, no era apta para la agricultura y carecía de recursos mineros. Los miembros de las tribus de lengua mongola que la habitaban, desde la expulsión de los uigures en el siglo VIII, vivían como cazadores, ganaderos y soldados. Los mongoles eran desaseados, pues sus costumbres les prohibían lavarse o lavar prendas de vestir en agua corriente. Entre campaña y campaña, tanto los hombres como los caballos se mantenían en perfecto estado mediante un entrenamiento fundado en expediciones de caza esta-

cionales, supervisadas por el propio Khan. Apreciaban mucho la resistencia física y podían marchar durante diez días seguidos sin tomar provisiones, subsistiendo gracias a la sangre que extraían de sus caballos, abriéndoles las venas y bebiendo cada uno la de su propio ganado.

En el transcurso de los siglos XI y XII, mientras los kitán eran absorbidos por la China del norte y más tarde eliminados por los jurcheds, los mecanismos de diferenciación social típicos de una sociedad pastoril desembocaron en la formación de capas aristocráticas en el seno de diversos grupos nómadas, lo que dio origen a nuevas tentativas de unificación política.

Estas tentativas fueron múltiples y simultáneas, lo que se refleja en el complejo panorama de finales del siglo XII. En cualquier caso, y dejando de lado la enumeración de las numerosas guerras tribales, el hecho es que, como culminación de una compleja serie de alianzas, pactos y rupturas, y de prolongadas luchas, los mongoles se aseguraron el control absoluto de la estepa; quizá les haya ayudado a ello su propia seguridad, dada por su ideología dominadora, según la cual, con sus acciones, la aristocracia mongol ejecutaba la voluntad del Cielo Azul (Köke Tngri).

2. Gengis Khan y sus conquistas

El artífice de las conquistas mongolas fue Temüjin, nacido en 1167 en una familia vinculada a la aristocracia nómada. Su ascenso fue lento, ya que de joven intervino en acciones guerreras de carácter secundario, hasta que, tras veinticinco años de luchas encarnizadas, en 1206 se hizo reconocer *Cinggis qan* (Gengis Khan), o sea soberano universal. La obra fundamental de Gengis Khan fue la conversión de las tribus mongolas, que en su conjunto no llegaban a los dos millones de personas, en la máquina de guerra más eficiente que el mundo había conocido. Como mucho, pudo contar con unos 300.000 guerreros, que obedecían a sus jefes sin vacilar, ya que el *Jassa* o código militar castigaba con la muerte casi todas las faltas de disciplina.

Al acaudillar a estas tribus, Gengis Khan tuvo en sus manos una caballería muy bien adiestrada, pero se vio obligado a confiar cada vez más en el trabajo de los esclavos, inclusive la vital tarea de apacentar el ganado. Lo esencial de su obra consistió en transformar por primera vez una nación nómada en Estado, tratando de mezclar a las comunidades étnicas a las que sometió y destruyendo los antiguos órdenes, dando lugar a la nueva realidad del pueblo mongol. Para realizar esta tarea distribuyó a la población del nuevo Imperio en una red de unidades decimales muy estructuradas, recurriendo a los letrados uigures para formar un aparato administrativo permanente. A la vez, como estadista, practicaba una política de tolerancia religiosa y de fomento del comercio internacional, que continuaron sus sucesores.

El historiador persa Juzjani nos ofrece la siguiente descripción de Gengis Khan: «hombre de alta estatura, de cuerpo robusto, con barba rala y blanca, ojos de felino, dueño de gran energía, discernimiento, genio e inteligencia; un carnicero temible, justo, resuelto y destructor de sus enemigos, intrépido, sanguinario y cruel».

Las conquistas de Gengis Khan fueron de tal envergadura, que los mongoles invadieron Japón y Java treinta años después de que sus ejércitos se detuvieran en las fronteras de Alemania. El genio militar de Gengis Khan tuvo a su favor la ventaja geográfica de la estepa, y la debilidad y la confusión de los Estados a los que atacó y destruyó.

En 1211, Gengis Khan se lanzó sobre la China del norte, tomando Pekín en 1215; hacia 1218 emprendió la conquista de Asia central, atacando el sultanato Jorezm y conquistando el Khorasán, Turquestán, Afganistán, y las plazas de Samarcanda y Bujara. En 1223 invadió el sur de Rusia, derrotando a cumanos y rusos cerca del mar de Azov.

La muerte de Gengis Khan (1227) modificó el ritmo de las conquistas, ya que dejó el Imperio dividido entre sus cuatro hijos —Yet-tchi, Yagathai, Ogodei y Tului—, si bien en 1229 los notables proclamaron Gran Khan a Ogodei (1229-1241), que desde su nueva capital, Karakorum, trazó nuevos planes de conquista, sobre todo en Occidente. Fue la época en que se conquistó el Irán, Georgia (1236), la Gran Armenia (1239) y la parte más oriental de Asia Menor (1243); ya en territorio europeo, vencieron a los búlgaros y los turcos de Kiptchak. En la campaña de 1240-1241 saquearon Kiev, Cracovia y Pest, y llegaron al Adriático a la altura de Split (Spalato).

A la muerte de Ogodei, en 1241, se abrió un interregno de cinco años, hasta que su hijo Guyuk fue elegido Gran Khan en 1246. La muerte de éste en 1251 inició el proceso de detención de las grandes conquistas, aun cuando Bagdad fue saqueada en 1258 y se conquistó el sur de China.

Hacia 1260, el dominio de los mongoles se dividió definitivamente en cuatro áreas, según lo previsto por los repartos anteriores: la Horda de Oro, el Khanato de los Iljanés de Irán, el de Yagathai en Asia Central y el Imperio chino.

A partir de la desaparición de Kubilai en China (1291) y de Ghazán en Irán (1304), la historia de la dominación mongola en esas civilizadas áreas es el relato de su desintegración y su colapso final.

En los imperios sedentarios, los mongoles vieron extinguirse su poder en menos de un siglo. Esa situación contrasta con la de los khanatos de Kiptchak y Chagatai, donde dominaron sobre sociedades más simples y menos urbanizadas, cuyas poblaciones eran parcialmente nómadas, con sistemas de gobierno lo bastante primitivos para ser administrados por hombres desprovistos de la educación y la tradición de los mandarines chinos y de los burócratas persas. Ello permitió al poder mongol echar raíces en territorios como Rusia, en donde perduraron más de doscientos años.

Mientras duró la supremacía mongola se produjo una mezcla de culturas a una escala sin precedentes, que ha dado lugar a la llamada *Pax mongolica* por la que se estableció una especie de complementariedad entre la Mongolia nómada y las sociedades campesinas y comerciantes conquistadas.

En la historia de las guerras y las relaciones entre poblaciones sedentarias y nómadas, las conquistas de los mongoles señalaron el final de una época. La pólvora y las armas de fuego cambiaron el modo de hacer la guerra; en el futuro, ni la puntería de los arqueros ni la velocidad de sus caballos serían factor decisivo en las batallas.

3. China bajo los mongoles: la dinastía Yüan (1279-1365)

Los mongoles gobernaron China durante aproximadamente cien años. Aunque los historiadores chinos datan el comienzo del Imperio mongol o Yüan en 1279, había habido una dinastía mongol establecida en el norte de China desde la subida al trono de Kubilai Khan, y desde 1262 había sido Pekín, y no Karakorum, el centro mundial del poder mongol.

La conquista de China se debe a Kubilai (1215-1294), hijo de Tului, y por tanto nieto de Gengis Khan. Los ataques directos contra la China de los Song comenzaron en 1259,

y después de varios años de interrupción (1260-1266) debido a enfrentamientos internos mongoles, el ataque definitivo coincidió con una serie de profundas crisis sociales y económicas chinas, que hizo muy débil la resistencia Song. En 1271 Kubilai Khan se proclamó emperador, ya antes de apoderarse de Hangshou, la capital Song, y de terminar totalmente la conquista en 1279.

Desde China, los intentos mongoles de apoderarse del Japón y del sudeste asiático fracasaron; el mar era un obstáculo para los esteparios, así como la selva resultaba casi inaccesible para la caballería mongol. Las campañas militares emprendidas por la dinastía Yüan tuvieron fortuna diversa. Se anexionaron fácilmente Birmania y Yünnan, pero fueron derrotados en el sudoeste asiático y en Japón. En su lucha contra Champa, lo que actualmente es el sur de Vietnam y Camboya, las fuerzas mongolas no pudieron hacer frente a las tácticas guerrilleras. La invasión del Japón fue un desastre; en 1281, una violenta tormenta hizo naufragar la flota invasora y los guerreros que consiguieron desembarcar fueron víctimas de los samurai. En 1291, la expedición enviada para conquistar Java sufrió una derrota parecida.

El dominio mongol en China se basó en la desconfianza hacia los sedentarios dominados, a pesar de tener que aceptar muchos de los métodos de administración y funcionariado chinos. Esto condujo a una auténtica segregación entre los mongoles, los chinos y las etnias no chinas. Los mongoles conservaron por vía hereditaria los cargos de dirección y gobierno provinciales, eran los únicos a los que estaba permitido tener armas, y se les reservaba la cuarta parte de los puestos en las plazas del funcionariado, a pesar de su menor preparación. Esta situación debía de mantenerse inalterable por estar prohibidos los matrimonios mixtos.

La dinastía mongola de los Yüan ejecutó una política fiscal más opresiva que la anterior, sobre todo en las regiones marítimas y del sur, pero cuidó la estabilidad interna de la sociedad china, lo que le valió el apoyo de muchos grandes propietarios. Si a esto añadimos la realización de grandes obras de canalización (construcción del Canal Imperial), las mejoras en las comunicaciones internas y la emisión de papel moneda de valor estable, podemos comprender que el reinado de Kubilai Khan llegara a ser legendario en Occidente.

La relativa seguridad del comercio terrestre y la recepción con los brazos abiertos de los extranjeros, llevó a los viajeros occidentales a informar de las maravillas de la China de Kubilai. Marco Polo fue uno de estos viajeros, así como el franciscano Guillermo Ro-bruk, que quedó desconcertado por la tolerancia religiosa que reinaba en Karakorum.

Kubilai Khan se convirtió al budismo por influencia de un consejero tibetano, pero mantuvo su política de tolerancia religiosa. Cuando reconoció el cristianismo en 1289, no hizo más que mantener la normalidad de la China del milenio anterior, con la diferencia de que su comportamiento se basaba en la superstición.

El Imperio Yüan ya daba muestras de decadencia antes de la muerte de Kubilai Khan. La violencia de los primeros avances mongoles había empobrecido provincias enteras y reducido a la población. Más tarde, la paz fue perturbada por los problemas sucesorios, y hubo una serie de emperadores mediocres que alardeaban de la típica debilidad mongol por el vino y el harén, que fueron incapaces de enfrentarse a la creciente marea de descontento. La oposición popular estaba dirigida por una sociedad secreta conocida por el nombre de «El loto blanco», cuyas doctrinas eran una amalgama de las cosmologías budista y taoísta. El foco central de la oposición estaba en la cuenca del río Huai, escenario de repetidas hambrunas en el período 1350-1360. Las autoridades aplastaron estos movimientos, pero surgieron otros en el valle del Yangtze. Chu Yan-chang, el fundador de la dinastía Míng, expulsó

finalmente a los mongoles de China en 1368. El último emperador Yüan huyó a Mongolia, a donde marchó un ejército Ming que en 1372 saqueó Karakorum y persiguió a los restos de la horda mongol hasta el corazón de Siberia. Con los Ming se inició una nueva China y se puso fin a cien años de dominio mongol.

4. Los timúridas y su efímero Imperio

Después de la expulsión de los mongoles de China, también la nobleza turca consiguió acabar con el poder mongol del khanato del Turquestán.

Tamerlán (Timur Leng o Timur el Cojo) nació en Transoxiana en 1336. Las fuentes historiográficas timúridas lo han querido hacer descender de un compañero de Gengis Khan, cuando en realidad no era mongol, sino que pertenecía a una familia noble turca. Su habilidad consistió en saber aprovechar la desintegración del khanato de Yagathai, renovando el espíritu de conquista de las tribus turcas, a las que había forzado a someterse a su poder como visir del khan Yagathai.

Tamerlán fue desde un principio un ferviente musulmán y su gobierno interrumpió la ruta comercial que iba desde Europa hasta China, y prohibió la acción de los misioneros cristianos en sus dominios. Fue un conquistador nato en la línea destructora de los turco-mongoles; su Imperio se mantuvo únicamente por sus continuas guerras y por la ocupación militar. Sus campañas se centraron, entre 1380 y 1400, en el Cercano Oriente, donde conquistó Bagdad (1401) y Damasco a los mamelucos, a la vez que sofocaba la rebelión de su protegido Tuqtamish, a quien había colocado al frente de la Horda de Oro. En 1398 hizo una incursión por el norte de la India. A su regreso, atacó a los turcos otomanos, ocupando la ciudad de Sivas, para vencer en 1402 al sultán Bayaceto en la batalla de Angora (Ankara). Tamerlán murió en 1404, cuando preparaba la conquista de China. Las amplias extensiones de territorios conquistados carecieron de una mínima homogeneidad institucional y administrativa, ya que Tamerlán era un gran guerrero pero un nulo hombre de Estado. Su figura despertó curiosidad y admiración en Occidente, ya que al vencer a los otomanos en Angora, apareció como un circunstancial valedor del Imperio bizantino y del cristianismo. Enrique III de Castilla le envió la famosa embajada de Rui González de Clavijo, que nos ha dejado uno de los más interesantes documentos del último gran conquistador turco-mongol.

Siguiendo la costumbre de la estepa, Tamerlán dividió su Imperio entre sus hijos y nietos, aunque dejando a uno de ellos, Xahruj, la supremacía. De todos sus territorios, sólo la Transoxiana progresó, a costa de los demás: Tamerlán quería que Samarcanda, la nueva capital, fuese el nuevo centro del mundo. A la muerte de Xahruj, en 1447, el Imperio timúrida se fraccionó hasta desaparecer, disperso entre los Estados rivales vecinos.

5. El Japón

Como ya se vio en el tema 14, a partir de 1219 el título de *shogún* dejó de transmitirse de manera hereditaria y fue asumido por diversos personajes llegados de Kyoto. Pero quienes tenían el poder en realidad eran los *shikken*, lugartenientes de los *shogún*. En 1203, Hojo Tokimara, un samurai (miembro de la guardia palatina) tomó el nombre de *shikken* (lugarteniente del *shogún*); a partir de entonces, la familia Hojo ejerció ese tipo de autori-

dad militar superior hasta 1333, inaugurando una época de gran esplendor, mientras los *shogún* de Kamakura continuaban gobernando nominalmente. Prosperó la agricultura, el comercio con China se intensificó, empezaron a organizarse corporaciones y gremios, y se introdujeron de China la planta del té y la secta búdica *Zen*.

En tan favorables circunstancias, llegó a Kamakura la noticia del advenimiento de la dinastía mongola en China. Se pretendió ignorar oficialmente el hecho. Los mongoles intentaron por dos veces invadir el Japón, fracasando en ambas (1274 y 1281), pero contribuyendo a la desestabilización del régimen de Kamakura: los guerreros que habían defendido el archipiélago ante los mongoles reclamaron recompensas en tierras al gobierno del *shogún*, precisamente cuando no había disponibilidad de ellas. Los levantamientos de guerreros descontentos condujeron al derrocamiento del gobierno de Kamakura en 1333. Durante tres años, el propio emperador, Go-Daigo, intervino personalmente en los asuntos de gobierno, teniendo finalmente que exiliarse en las montañas de Yoshino, al ser entronizado un antiemperador en Kyoto.

Hasta finales del siglo XIV, el Japón vivió en la anarquía con dos emperadores: el de Kyoto y el de Yoshino. A pesar de ello, Ashikaga Takauji fue nombrado *shogún* en 1338; se estableció en Kyoto y fundó la primera dinastía propiamente dicha de *shogún*. El ascenso al poder de los Ming en China reanudó el comercio entre ambos imperios, a la vez que se aclaraba la situación política interna, al reconocer el sucesor de Go-Daigo la legitimidad de la corte imperial de Kyoto. El ya único emperador, Yoshimitsu, entró en contacto con la corte china, estableciendo unas fuertes relaciones comerciales y estimulando la importación de seda cruda para las necesidades de la corte. Antes de morir, en 1408, Yoshimitsu mandó construir el Pabellón de Oro de Kyoto.

Después de este corto pero brillante período se inició una larga época de anarquía que duró hasta fines del siglo XVI. Fue un período en que los Ashikaga tuvieron que repartir con sus fieles el fruto de su victoria. Una verdadera cadena de recompensas que partía del propio *shogún*, pasaba por los gobernadores de provincias y acababa en los señores, hizo que la tierra escaseara y que se estableciese una verdadera relación feudo-vasallática de hombre a hombre. Los guerreros locales organizaron auténticos feudos y a los guerreros más poderosos se les denominó *daimyo*.

Kyoto se convirtió, entre 1474 y 1477, en un verdadero campo de batalla por las rivalidades de las familias aliadas de los Ashikaga; en la práctica, el poder central desapareció y, durante décadas, pueblos y ciudades vivieron un período de libertad, mientras los grandes guerreros se disputaban el poder perdido.

6. La conquista musulmana de la India

A principios del siglo XI, el Penjab quedó sometido al dominio musulmán. En el centro y el este de la llanura indogangética algunos príncipes indios continuaron luchando entre sí a lo largo de más de siglo y medio.

La conquista del norte de la India por los musulmanes fue obra de Muhammad de Ghor (1181-1206), quien emprendió la conquista del Penjab, del Sind y, más tarde, de la cuenca del Ganges con ayuda de sus generales Qutb al Din Aybak y Muhammad ibn Bajtiyar. Toda una serie de reinos cayó en su poder. En 1202, Muhammad de Ghor era el señor de toda la llanura indogangética, pero en 1206 fue asesinado. Qutb al Din Aybak recogió

toda su herencia: el llamado sultanato de Delhi. Poco después, siendo sultán su hijo Iltutmish, hubo que repeler el primer ataque de los mongoles.

En 1290, el jefe de un clan turco de Afganistán se apoderó de Delhi. El sobrino de este nuevo conquistador, Ala al-Din, prosiguió la conquista musulmana, ocupando Malva en 1305. Además de seguir conquistando tierras hacia el sur, Ala al-Din tuvo el mérito de salvar nuevamente a la India de un ataque mongol.

Tras la muerte de Ala al-Din, y al cabo de una serie de intrigas palaciegas, el poder pasó a la dinastía de los tugluques, fundada por Muhammad ibn Tugluq (1325-1351), soberano cuya conducta resultó nefasta: ordenó una sangrienta deportación y trasladó la capital de Delhi a Degaviri (Daulatabad). Su único acto positivo fue la compra de la retirada de los mongoles, que habían vuelto a penetrar por el norte. El nuevo soberano tugluquí, Firuz Sah (1351-1388), mucho más humano que su padre, se preocupó por devolver la prosperidad a su pueblo, trasladando nuevamente la capital a Delhi, a la vez que emprendía grandes tareas de irrigación y realizaba numerosas obras públicas de todo tipo. No pudo, sin embargo, detener el desmembramiento de sus territorios: el sultanato de los bahmaníes se independizó y, en 1352, se constituyó un reino en Bengala. En 1398, las tropas de Tamerlán penetraron en la India y saquearon Delhi, llevándose como esclavos a numerosos artesanos para embellecer Samarcanda. Después de esta incursión, la India quedó dividida en Estados independientes; los principales Estados musulmanes eran el sultanato de Delhi y el reino de Bengala. El sur del Deccan quedó unificado por el reino de Vijayanagar, fundado en 1336 y que se convirtió en refugio de la cultura india tradicional.

La conquista musulmana del norte de la India tuvo importantes repercusiones en la sociedad y en la cultura, a la vez que modificó la estructura política. El sur se mantuvo a la defensiva ante la cultura musulmana, mientras en el norte surgía una verdadera cultura indio-musulmana, fruto de los intercambios entre las civilizaciones, que ha dejado numerosas obras maestras arquitectónicas. Esa cultura, a su vez, sirvió de puente para que la gran civilización india penetrara en el ámbito islámico.

Bibliografía

Goepper, R.: *La antigua China*, Barcelona, 1993.

Grousset, R.: *L'Empire des steppes*, París, 1969.

—: *L'Empire mongol*, París, 1973.

Hambis, L.: *L'Asie centrale. Histoire et civilisation*, París, 1978.

Mollat, M.: *Les explorateurs du XIII au XVI siècles. Premiers regards sur les mondes nouveaux*, París, 1984.

Muccioli, M. y otros: *Asia Centrale e Giappone*, Turín, 1981.

Saunders, J. J.: *La conquista mongola*, Buenos Aires, 1973.

Yap, Y. y Cotterell, A.: *La civilización china clásica*, Barcelona, 1981.

TEMA 43

LOS DESCUBRIMIENTOS GEOGRÁFICOS DE LA BAJA EDAD MEDIA. LOS REINOS AFRICANOS

por SALVADOR CLARAMUNT

Los viajeros de la Antigüedad y de la Edad Media habían hablado de la existencia de misteriosos y ricos reinos negros más allá del desierto del Sáhara. Se trataba de elucubraciones en que se daba rienda suelta a la imaginación, ya que la tradición cultural occidental hablaba siempre de la insalubridad de la zona y de las costumbres bárbaras de sus habitantes negros. Todo ello se fue aclarando finalmente a raíz de las informaciones de los viajeros musulmanes y, sobre todo, de las exploraciones portuguesas del siglo XV. Por eso, en este tema, damos en primer lugar una visión global del desarrollo de los descubrimientos portugueses, para trazar en una segunda parte un escueto panorama de los imperios, reinos y culturas más importantes del África con los que el Occidente cristiano entró en contacto en aquel período.

1. La apertura del Atlántico

La historia de las exploraciones geográficas y los descubrimientos correspondientes a partir de mediados del siglo XIV, y especialmente desde 1400, se nos muestra como un esfuerzo de los europeos occidentales, mantenido durante dos siglos, que les condujo a todas partes del mundo, y que registra en esta época sus resultados más sensacionales: descubrimiento de las costas africanas, de las Américas y del océano Pacífico. Este esfuerzo, que supone móviles poderosos, amplios medios y hombres capaces, como dice Michel Mollat, está ligado a las necesidades del comercio, al progreso de las ideas y de la navegación, y a la aparición de organismos políticos nuevos que preludian los Estados modernos fuertemente centralizados.

Los móviles eran de dos clases: materiales y espirituales. En el orden material estuvo, en primer lugar, la necesidad de especias y otras mercancías procedentes de Extremo Oriente, sobre todo la seda; después, a medida que las empresas fueron siendo asunto de los gobiernos, fue la búsqueda del oro, medio de poder. En el orden espiritual, el afán de extender el cristianismo. Aunque, naturalmente, lo material recortó por todas partes a lo espiritual: el comercio y la conquista favorecieron la propaganda religiosa, y la Iglesia, por su parte, aumentó su riqueza e influencia.

Estas empresas, muy distintas de los viajes anteriores, no son concebibles sin los medios técnicos y logísticos apropiados; y éstos fueron suministrados por la aparición de la navegación de altura y por las nuevas instituciones. Mejores navíos, instrumentos de navegación más eficaces, un personal náutico más cualificado, una organización de armadores bajo control y con la participación financiera del Estado, tal es a grandes trazos el cuadro de la exploración en los siglos XV y XVI.

A mediados del siglo XIV, Europa y Asia se volvieron la espalda, un viento de locura soplabla sobre el mundo: Guerra de los Cien años y crisis económicas y sociales en Occidente; anarquía en Asia. Desde 1335, la anarquía reinaba en Persia, y mercaderes venecianos y genoveses eran asesinados en Tabriz (1338). En la India, el sultanato del terrible Mohammed (1325-1351) (al que había servido Ibn Batuta) se desmembró. En China se vivió en un estado de insurrección permanente contra el dominio mongol, hasta que la revolución sustituyó en 1369 la dinastía mongol de los Yüan por la nacionalista de los Ming, cambio con el cual desaparecieron del país las religiones autorizadas y los numerosos extranjeros de la época mongol. También fue la época en que, a partir de las victorias de Tamerlán en Turquestán y en Persia, nació el Imperio otomano, «tapón» que cerró la ruta comercial del Extremo Oriente. Pero había algo todavía peor: venecianos y genoveses fueron expulsados del mar Negro: perdida Tana, sitiadas dos veces Caffa a mediados del siglo, todo el comercio de los italianos se concentró a partir de entonces en el barrio de Pera de Constantinopla. Este panorama general condujo a Occidente a volver su mirada a África.

Lo que Asia negaba, ¿lo ofrecía África? Especies: ante el callejón sin salida en que se había convertido el mar Negro, genoveses, venecianos, provenzales y catalanes se volvieron hacia Alejandría, otra puerta costosa y peligrosa del Oriente. El oro: los recursos del África oriental, los del Sudán, no eran ignorados; desde principios del siglo XIV, genoveses, pisanos, marselleses y catalanes traficaron con las terminales caravaneras del Sáhara en Túnez, Bugía, Ceuta, etc., penetrando en algunos casos hasta Sijilmassa. Por otra parte, la cristiandad conservaba una vaga noción de la Iglesia separada de Abisinia, asimilando muy pronto a esta idea el recuerdo de la leyenda del Preste Juan. La transferencia de este mito de Asia a África es el símbolo mismo de la orientación nueva del descubrimiento del mundo. Pocos años después, Odorico da Pordenone estimaba que «no había una centésima parte de verdad en todo lo que se decía del Preste Juan». El oro fue el móvil concreto de la exploración de África; la búsqueda del mítico reino del Preste Juan, un pretexto, e incluso un símbolo, que no deja muchas ilusiones.

El constante interés prestado a Egipto, llave de Tierra Santa, y al mar Rojo, mercado de las especias y gemas de las Indias, se había extendido a las costas de África oriental hasta Sofala, mercado del oro más puro. En el espíritu de los europeos de la Edad Media, como en el de los antiguos, estas regiones del mundo eran parte de Oriente. Como se ha podido comprobar por el legado de Ibn Batuta, eran visitadas, exploradas juntamente con el océano Índico y el Próximo Oriente. La creencia común en una unión todavía enigmática del Nilo con el Níger atraía la curiosidad hacia el centro-oeste africano, de donde las caravanas traían el oro tanto a Egipto como al Mahgreb.

Todos los caminos hacia las especias, el oro y el Preste Juan eran buenos. Sincronismo curioso: la caída de San Juan de Acre en 1291 cerró a los cristianos el Oriente Próximo; por la misma época los dos hermanos Vivaldi, en comandita con Jacobo Doria, armaron dos navíos para un viaje sobre el mar Océano con destino a las Indias; pasado «Gonzola», sin duda el cabo Nun, no se volvió a oír hablar de ellos. ¿Qué se proponían? Seguramente, llegar a la costa Malabar contorneando África.

La cartografía occidental revela el conocimiento de las Canarias por vez primera en 1339; en 1341 una expedición ítalo-portuguesa salió de Lisboa hacia dichas islas; y en 1346 un tal Jaume Ferrer levó anclas en Barcelona para ir al «Riu d'Or», con el revelador nombre que ha quedado al Río de Oro, donde perdió bienes y vida. La ruta del África atlántica quedó abierta en esta búsqueda de nuevos accesos a las riquezas orientales.

2. El descubrimiento del África occidental

Entre 1350 y 1402 se llevaron a cabo sobre las Canarias una serie de ensayos con éxito desigual: castellanos, portugueses, florentinos y el genovés Lanzaretus Marocellus descubrieron en ellas a unos nativos amables e indolentes, pero no oro. El normando Juan de Béthencourt tomó posesión del archipiélago canario en 1402, en nombre del reino de Castilla. Madeira fue ocupada por Portugal hacia 1423.

En 1415, los portugueses se apoderaron de Ceuta. Uno de los héroes de la ocasión fue el infante don Enrique. Este hombre resumía el esfuerzo de una generación, la que llevó los colores de la Casa de Avis allí donde ningún cristiano había ido jamás, gracias a la Escuela de Sagres, que él fundó y animó. Ceuta fue el primer jalón africano portugués, y el principio de la epopeya africana.

En 1434, el capitán descubridor Gil Eanes, de Sagres, franqueó el peligroso cabo Bojador y observó que, más al Sur, el mar no presentaba ninguna peculiaridad. Con este paso se había roto el miedo que daba la información medieval sobre el África negra, cuyas fuentes eran: 1) las teorías cosmográficas y geográficas elaboradas, sobre todo, en la Antigüedad griega; 2) la tradición judeo-cristiana; la transmisión de estas noticias de información a través del período patrístico y de la Alta Edad Media.

El avance por la costa atlántica africana prosiguió en 1441: Nuño Tristao y Antón Gonçalves alcanzaron el Río de Oro, iniciándose el contacto con los primeros negros.

En 1445, Dionís Díaz reconoció Cabo Verde y comprobó que más allá la costa se inclinaba hacia el Este; penetró por la desembocadura del río Senegal, que parecía ser la vía útil para alcanzar Egipto y, al mismo tiempo, al Preste Juan. Entonces se estableció pleno contacto con el África negra, de la que se comenzó a sacar los primeros esclavos, ya que los portugueses no sólo arrebatában la pimienta a los negros, sino que visitaban los mercados de esclavos, como lo demuestra el hecho de que, en 1444, en Lagos, Enrique el Navegante asistiera personalmente al desembarco de los 262 primeros esclavos de ambos sexos. La gran sangría del comercio de esclavos ya no pararía hasta el siglo XIX. Por otro lado, en el Senegal, se fundó la factoría de Arguin, que consiguió, como mucho, extraer 25 kilos de oro anualmente, una nimiedad comparada con las cantidades transportadas por las caravanas transaharianas.

En el mismo año 1445, Juan Fernández, un audaz escudero de la casa del príncipe don Enrique, realizó la primera aventura interior, conviviendo con los camelleros nómadas de la costa de Río de Oro.

En 1446, Nuño Tristao salió de Funchal con una carabela tripulada por veintisiete hombres, para reconocer un río al sur del Cabo Verde, al mismo tiempo que Álvaro Fernandes avanzaba cien leguas al sudeste, hasta las montañas del León, hoy Sierra Leona.

Se abrió así un período de diez años en que el programa portugués se dirigió a profundizar el conocimiento que se tenía de los territorios descubiertos, con un avance metódi-

co y lento. En 1456, Diego Gomes remontó el río Gambia hasta Cantor, donde encontró abisinios venidos por el desierto con las caravanas de Tumbuctú.

En 1460 murió el infante don Enrique el Navegante, el gran impulsor de la escuela de Sagres y de estas navegaciones, sin que se hubiese llegado todavía al corazón del golfo de Guinea.

En 1469, por quinientos ducados, Fernando Gomes hizo la promesa de reconocer anualmente cien leguas de costa y vender obligatoriamente a la corona todo el marfil recogido, al tiempo que obtenía el monopolio del tráfico de Guinea, con el que hizo una fortuna considerable.

En 1470-1471, Juan de Santarem y Pedro Escovar descubrieron de una vez la Costa de Oro, el delta del Níger y el imperio de Benin, franqueando el ecuador. Diez años después (1481), el papa, por una bula, confirmó los derechos de Portugal en África, iniciándose entonces un rápido avance por la costa, que al girar hacia el sur hizo disminuir las esperanzas de alcanzar las Indias.

En 1483, Diego Cao llegó a la desembocadura del río Congo, donde levantó la primera de las columnas de piedra con las armas portuguesas (*padrao*) que a partir de entonces se fueron colocando conforme se avanzaba hacia el sur. En 1487, Bartolomé Días, con dos navíos, llegó a la actual Unión Sudafricana, pasando el cabo Tormentario y penetrando en aguas del Índico. De regreso a Lisboa en 1488, Juan II, ante los resultados obtenidos, cambió el nombre al fatídico cabo por el de cabo de Buena Esperanza.

Lisboa había jalonado el camino de las Indias, adquiriendo una visión exacta pero incompleta de África, si a los descubrimientos atlánticos añadimos el viaje de Pedro de Covilha, quien, por el Mediterráneo y la costa del mar Rojo, llegó al reino de Axum y a la costa Malabar. Finalmente, Vasco de Gama bordeó la costa africana, hizo escala en Sofala y en el puerto de Mozambique, y llegó en 1498 a Calicut en las Indias. Casi un siglo se había tardado en llegar a las Indias, pero ya por aquella época Colón había descubierto otras Indias, las occidentales.

3. Los reinos e imperios del África negra

El Sáhara fue una barrera natural que dividió también al África blanca de la negra. El África blanca o mediterránea presenció a lo largo de la Edad media la formación del reino vándalo y la caída de las provincias bizantinas de Egipto, de Libia y del Asia Menor en poder de los árabes, que islamizaron a la mayoría de la población egipcia y a las tribus bereberes. Después, esa misma África mediterránea vio aparecer sobre su territorio los distintos reinos, sultanatos e imperios musulmanes, algunos de los cuales, siempre a intervalos, llegaron a ocupar parte del continente europeo o del asiático.

El África negra transahariana puede dividirse en la Edad Media en las siguientes áreas geopolíticas: *a*) la sudanesa, con los grandes imperios negros; *b*) la central, con las monarquías negras de Benin y de los bantúes; *c*) la índica, con influencia hindú y árabe, y *d*) la meridional, en donde hay mayor dificultad en la periodización.

4. Los grandes imperios negros del Sudán

4.1. EL IMPERIO DE GHANA O WAGADU (SIGLOS VII-XI)

Ghana es el nombre que los árabes dieron al Imperio soninke de Wagadu (Ghana podría derivar de la deformación de la palabra árabe *ghani*, que significa riqueza). Desde

el siglo VIII, Ghana adquirió fama como tierra rica en oro y se convirtió en el depósito central del oro sudanés que se extraía de los yacimientos aluviales, explotados por la población local, en el marco de las estructuras familiares, durante la estación seca y tras los trabajos agrícolas. Los orígenes de Ghana son poco claros. Barth afirma que fue fundada por gente de raza blanca, los fulbé; hacia el año 300; Delafosse coincide con la tesis anterior, pero atribuye la fundación a semitas judeo-sirios. Un jefe de los emigrantes, Kara, organizó el Estado que permaneció bajo su dinastía hasta el siglo VII, en que surgió una dinastía de negros soninke, cuyo primer soberano fue Kaya-Magan. Los sucesores de éste fueron los Sissé-Tunkara, que extendieron mucho el Imperio. El apogeo del Imperio de Ghana fue en el siglo X, cuando vencieron a la confederación de bereberes Sanhaja y tomaron su capital, Awdagost, en 990. En este brillante momento, sus límites se extienden desde Tagant, al oeste, hasta Tumbuctú, al este, y casi hasta Bamako, al sur.

El soberano de este Imperio era absoluto y la corona se transmitía por línea femenina. Los últimos reyes de Ghana llevaban el título de *tunka*, ejerciendo a la vez los poderes políticos y religiosos. En el ejercicio de sus poderes, el *tunka* era asistido por numerosos dignatarios, que le rodeaban en los consejos públicos cuando hacía justicia, rápida y severa. La capital era Kumbi, situada en la encrucijada del África negra y el mundo árabe. Kumbi se componía en realidad de dos aglomeraciones: la musulmana, en donde habitaban los mercaderes árabes, bereberes, y la ciudad real, o de los soninke; entre ambas había una distancia de unos diez kilómetros. Se ha dicho que el ceremonial de la corte era comparable al del antiguo Egipto, con costumbres negras y estructura autóctona. El fuerte ejército de Ghana, que llegó a contar con 200.000 hombres, no pudo resistir el empuje de los almorávides, que la ocuparon en 1076. A partir de entonces, los reyes de Ghana fueron musulmanes, pero nunca más se restableció la unidad del Imperio, que quedó seccionado en diversos pequeños Estados.

4.2. EL IMPERIO DE MALÍ

El Imperio mandingo de Malí recogió y amplió la herencia de Ghana en el siglo XIII. Fue fundado por Sundiata Keita (1230-1255), personaje salido de uno de los clanes reales de Mande, ya que era hijo del jefe Nare Famaghan. Sundiata supo hacer cristalizar a su alrededor las aspiraciones de paz y libertad del pueblo mandingo, liberándolo de la dominación del reino de Sosso y creando un Imperio que se extendía desde el océano Atlántico hasta el Niger. La estabilidad política del reino de Sundiata dio un nuevo impulso al comercio transahariano, que había disminuido bajo el dominio de Sosso. Ulé (1255-1270), hijo de Sundiata, continuó con la política emprendida por su padre y, sobre todo, en lo relativo a la apertura al mundo musulmán: llegó a peregrinar a los lugares sagrados musulmanes en época del sultán mameluco Baybars I.

Si el siglo XIII fue el de la fundación del Imperio malí, el siglo XIV es el de su apogeo, con el gran mansa o soberano Kanku Musa (1312-1337). Con él se alcanzó la máxima extensión y el Imperio malí fue conocido en el ámbito internacional, gracias a su monopolio del oro sudanés y a la peregrinación que realizó el gran mansa a La Meca. Mediante una política de seguridad en el interior y de apertura al mundo musulmán en el exterior, Kanku Musa dio a Malí un esplendor jamás alcanzado antes por un país negro. Este Imperio abarcaba provincias tan variadas y diferentes como Tombuctú, Djenné, Oualata, Gao, Gambia, etc.

La islamización de la corte de Malí modificó las instituciones tradicionales y creó enfrentamientos internos en el seno de la familia real, entre los partidarios de seguir la línea sucesoria colateral tradicional, y los de implantar la norma hereditaria musulmana de padre a hijo. Esto ocasionó un debilitamiento del poder central, situación que permitió a los tuaregs adueñarse de las provincias más septentrionales del Imperio, tales como Gao, Tombuctú y Méma, en los años treinta del siglo XV.

La llegada de los portugueses a la costa de Gambia permitió al Imperio malí realizar un tráfico comercial intenso que le dio una gran prosperidad a finales del siglo XV y a lo largo del siglo XVI. A finales de este siglo, los fulbé Denianke, dueños de todo el litoral, expulsaron de Gambia a los mansas de Malí. Poco después, los bambara dieron el golpe de gracia al Imperio malí.

La economía de este Imperio estuvo dominada por el gran comercio transahariano y la demanda de oro, aunque la agricultura siguió siendo la ocupación de la inmensa mayoría de la población (mijo, sorgo, arroz y algodón), dedicada también al pastoreo, ya que tenían abundancia de vacas, ovejas, cabras, mulas, caballos y aves de corral.

El gran desarrollo comercial dio origen en el Imperio malí a una diferenciación social más acentuada que en el Imperio de Ghana. La aristocracia mandinga, relacionada con los mansas, fue la clase que más fácilmente se islamizó, aunque a veces su conversión fuese superficial; lo mismo sucedió con los ricos comerciantes wángaras, mientras los campesinos libres y los *nyamakalas* (grupo heterogéneo que comprendía a esclavos, artesanos y hechiceros) continuaban siendo profundamente animistas.

4.3. EL IMPERIO DE GAO O IMPERIO SONGHAY

El reino de Gao, que había llevado una vida independiente del de Ghana, acabó convirtiéndose en una provincia del Imperio malí, cuando sus riquezas comerciales atrajeron las miradas de los mansas.

En 1465, Sonni Alí Bar, animista convencido, logró crear una nación songhay, independizándose de los reyes mandingos. En veintisiete años construyó un poderoso Imperio que iba desde Kebbi, en Nigeria, hasta la actual región de Segu. Entre 1464 y 1468, controló el eje comercial Tombuctú-Djenné, apropiándose así del comercio transahariano. A su muerte, en 1492, los musulmanes colocaron en el poder del nuevo reino al general Mohamed Turé con el título de *askia*. Este nuevo rey o askia, Muhammad I (1493-1528), marcó el apogeo del Imperio; también, por razones de prestigio, realizó una peregrinación a La Meca (1496-1497), de la que volvió con el título de califa, iniciando entonces una gran reforma de la sociedad, a la vez que proseguía con las conquistas iniciadas por su predecesor. Luchó con los tuaregs, que fueron rechazados al desierto.

Este Imperio, con muchas similitudes sociales y económicas con los dos anteriores, fue destruido en 1591 por los marroquíes.

4.4. EL IMPERIO DE KANEM-BORNU Y LA CIVILIZACIÓN HAUSA

Al margen de los imperios hasta ahora vistos, a orillas del lago Chad y en el límite de la sabana y el desierto, a partir del siglo IX y, con toda seguridad, del siglo XI, se había constituido el Imperio de Kanem-Bornu, que perduró hasta el siglo XIX. Sus orígenes, un

tanto oscuros, parecen estar ligados a la imposición de la autoridad de una dinastía negra de nómadas del Tibesti sobre un conjunto de territorios de lengua teda y kanuri: Kanem, al norte del lago Chad, y Bornu, al sudoeste.

La expansión de Kanem-Bornu, como la de los otros imperios del área, está relacionada con el desarrollo del comercio transahariano por las vías del Sahara central, que conducía, desde los oasis del sur, hasta Tripolitania y Egipto. El comercio se basaba en el tráfico y la exportación hacia el norte de esclavos y alumbre, y en la importación de tejidos y productos manufacturados del mundo árabe; el oro, aunque en menor cantidad que en la zona occidental, también debió de circular.

El Islam fue introducido por los mercaderes árabes, hasta que en el siglo XI un rey llamado Humé se convirtió, aunque sin abandonar los atributos animistas de la realeza sagrada, fuente de su autoridad sobre sus súbditos.

La organización de Kanem-Bornu recuerda la de otros Estados negros africanos; con la creación de jurisdicciones territoriales confiadas a príncipes de la familia real, surgieron problemas internos, por lo que no tardaron en ser reemplazados por dignatarios de origen más humilde.

La expansión militar comenzó con el rey Dunama, en la primera mitad del siglo XII, que fue el organizador del ejército y de su potente caballería. El siglo XII fue el del apogeo del Imperio. A partir del siglo XIII una serie de guerras civiles entre el norte y el sur condujeron a una situación de decadencia que no había de superarse hasta principios del siglo XVI, bajo el reinado de Alí Gaji.

4.5. LAS CIUDADES-ESTADO HAUSA

Entre el curso del río Niger y el lago Chad apareció en esta época otra civilización, también conectada con el comercio entre el interior de África y las tierras de más allá del Sáhara. Esta civilización, de la etnia hausa, debió de aparecer en el siglo XIV, pero se prolongó hasta bastante más allá del siglo XVI.

Se trataba de poblaciones agrícolas sin estructuras estatales, que vivían en comunidades aldeanas independientes y practicaban cultos animistas. En el siglo XIV se constituyeron en entidades políticas cuyo núcleo era una ciudad fortificada dirigida por un rey-sacerdote con funciones esencialmente religiosas.

Los hausa, con su peculiar forma de organización política, se habrían ido extendiendo desde la ciudad-madre de Daura, llegando a formar siete ciudades-Estado importantes—Daura, Kano, Zaria, Gobir, Katsina, Rano y Wangara—, amén de otras más pequeñas.

En el siglo XIV se introdujo el Islam, pero no se implantó con profundidad hasta un siglo después, cuando, en Kano, el rey hizo construir mezquitas e introdujo el derecho coránico. Sin embargo, como en todos los reinos a los que nos hemos referido, el Islam sólo penetró en los medios comerciales y en la corte, mientras el pueblo continuaba en el animismo.

5. Nigeria y África central

5.1. EL REINO DE BENIN

Limitado al este por el río Niger, al sur por el Atlántico, al norte por la sabana y al oeste por los reinos yoruba, el reino de Benin, fundado en el siglo XI, fue el que desarro-

lló un arte escultórico más completo y perfecto por encargo de sus reyes (*obas*) en los más variados materiales (hierro, marfil, cerámica, madera). El arte africano figurativo está íntimamente ligado con el animismo, ya que el Islam prohibió la representación de seres vivos. En Benin se realizaron estatuas, máscaras, representaciones divinas o de antepasados, pero también objetos más modestos e instrumentos de música. Todo ello tenía un papel funcional en las ceremonias del culto y en los rituales de los reyes o jefes, cuyos poderes tenían casi siempre una base religiosa.

Esta monarquía de carácter absoluto, en que el *oba* detentaba todos los poderes, el monopolio sobre los esclavos, el marfil y las semillas de palma, tenía su capital en Benin, ciudad rectangular rodeada de una alta muralla de barro y un profundo foso.

En 1485, reinando Ozolva, el decimoquinto *oba*, llegó a Benin la expedición de Joao Alfonso d'Aveiro, estableciéndose relaciones comerciales con los portugueses y apareciendo los primeros misioneros.

5.2. LAS CIUDADES-ESTADO YORUBA

En la costa occidental de la actual Nigeria, hacia el siglo XI, se formaron las ciudades-Estado yoruba, cuyo elemento más destacable fue la homogeneidad cultural de su conjunto. No tuvieron unidad política; su único vínculo, un sentimiento de solidaridad étnica, se traducía en el reconocimiento de la supremacía de las ciudades de Ife, en materia religiosa, y de Oyo, en el plano político.

El territorio de cada ciudad-Estado se organizó alrededor de una ciudad amurallada, en la que se hallaba el palacio del rey y un mercado, pero que fundamentalmente era residencia de una población de agricultores.

5.3. LOS REINOS BANTÚES

El reino de Monomotapa (el señor de las minas de oro) parece ser de origen bantú, extendiéndose por entre los ríos Zambeze y Limpopo, por el actual territorio de Zimbabwe. Su principal riqueza fue la exportación de oro, siendo su período de apogeo los siglos XIV y XV. A la llegada de los portugueses se había iniciado la decadencia, pero continuaban siendo hábiles herreros, gobernados por reyes absolutos que imponían un régimen de terror.

El reino del Congo, con capital en Mbanza Congo, a 100 km al sur del río Congo, fue convertido al cristianismo por los misioneros portugueses, alcanzando su apogeo con el rey Nzinga Memba, que tras el bautismo adoptó el nombre de Alfonso I (1506-1543).

6. El África oriental e índica

En la zona más oriental de África había esencialmente dos grupos de pueblos: los islamizados, que se extendían a lo largo de la costa del océano Índico y que tenían como ejemplo más claro las ciudades-Estado; y los pueblos cristianizados del curso alto del río Nilo y Abisinia.

6.1. LAS CIUDADES-ESTADO ISLAMIZADAS

Los comerciantes de Arabia y Persia establecieron en el siglo VII una serie de factorías en la costa oriental africana, y lograron retener en sus manos el monopolio comercial con la India y el Extremo Oriente hasta el siglo XVI. A partir del siglo VII aparece en la costa una serie de ciudades amuralladas, estratégicamente situadas: Mogadiscio, Malindi, Mombasa, Pemba, Zanzíbar, Kilwa, Mozambique, Sofala. Todas ellas estaban gobernadas por una poderosa minoría de mercaderes árabes o persas, que constituían una verdadera oligarquía, bajo la cual los hindúes eran los pequeños comerciantes, y los negros, los esclavos que servían como criados y soldados.

El objetivo de estas poderosas minorías musulmanas consistía en mantener su situación privilegiada, sin intentar nunca islamizar a las tribus del interior, que únicamente les interesaban para comerciar. Oro, marfil, esclavos, coral, perlas, etc., eran los productos más corrientes en este comercio índico.

Los geógrafos árabes al-Masudí e ibn al-Wardí citan los siglos XIII y XIV como los más prósperos para estas ciudades, que llegaron inclusive a acuñar oro en tres cecas, aun cuando las excavaciones de Malendi (Kenia) sean prueba de que las conchas del molusco llamado caurí fueron la principal moneda de intercambio.

6.2. EL CRISTIANISMO EN EL ÁFRICA NEGRA. LA NUBIA CRISTIANA

El cristianismo penetró en Nubia, desde Egipto, en el siglo V, convirtiéndose los distintos reinos nubios (Nobatia, Makuria y Alodia), unos al monofisismo y otro a la versión ortodoxa o bizantina. A partir de la conquista árabe de Egipto, estos reinos nubios quedaron separados del resto del cristianismo, pasando al monofisismo y convirtiéndose en una extensión de la cultura copta. La tolerancia del Islam en Egipto y el mantenimiento de intensas relaciones comerciales con aquel país hizo que los reinos nubios tuviesen una época de gran prosperidad, como lo demuestran las excavaciones llevadas a cabo en Faras en la década de los sesenta, en la que se descubrieron grandes catedrales (siglos VII al X) ricamente decoradas con pinturas murales.

Con la ascensión al trono egipcio de los ayyubíes, y con las cruzadas, las relaciones entre los nubios y los musulmanes del norte se enturbiaron hasta tal punto que los ayyubíes realizaron en la Nubia cristiana numerosas incursiones como las que más tarde, a finales del siglo XIII, realizarían a gran escala los mamelucos. Finalmente, la invasión de los mamelucos de 1315 logró asentar en el trono de Makuria a un monarca títere que aceptó el islamismo. Más al sur, el reino nubio de Alodia no cayó en poder de los fungs hasta finales del siglo XV.

6.3. ABISINIA

Una de las civilizaciones más prestigiosas del África nororiental fue la de Axum, y su sucesora, la etíope primitiva. Hacia el 400 a.J.C., la llegada de colonos procedentes del sudoeste de Arabia, que se mezclaron con los habitantes de la zona, agricultores y ganaderos, produjo una cultura urbana que conoció la escritura. De la síntesis citada, a comienzos del siglo I de nuestra era, hizo su aparición el reino, ya plenamente histórico, de Axum,

nombre que proviene de su capital, situada a unos cincuenta kilómetros al sur de Yeha. Axum se convirtió en el reino dominante en la región, conservando fuertes vínculos con el sur de Arabia y con sus vecinos africanos y desarrollando un comercio marítimo con el noroeste de la India. Se conocen los nombres de los reyes axumitas gracias a las monedas de oro y bronce, que acuñaron entre los siglos III y VIII. El cristianismo, según la tradición, fue aceptado en tiempos del rey Ezana (320-350), que en el 340 se convirtió por medio de misioneros cristianos. Este rey nacionalizó la cultura en beneficio de la herencia etíope, vulgarizando la escritura gheez, basada en la de los sabeos.

Hoy en día, se cree que la conversión al cristianismo no tuvo lugar hasta el 425, o sea un siglo más tarde. Axum, empujado por Bizancio, conquistó el Yemen, pero muy pronto la expansión islámica del siglo VII le obligó a extenderse hacia el sur etíope, al tiempo que perdía su hegemonía comercial en el mar Rojo. A partir del siglo VIII, los rastros del reino de Axum van desapareciendo. Hacia el 1100 surgió un nuevo reino, más al sur, en la zona montañosa conocida con el nombre de Lasta. Este nuevo Estado, gobernado por la dinastía Zagüé, conservó algunos rasgos de la antigua sociedad axumita, como las grandes construcciones en piedra, y una escritura derivada del antiguo alfabeto sabeo. Lalibe, la capital de este reino, conserva una serie de iglesias labradas en la roca viva, que demuestran la fe cristiana de este pueblo.

En 1250, una nueva evolución hizo que los amharas de Shora arrebataran el poder a la dinastía Zagüé, creando un nuevo reino cristiano al sur del curso superior del Nilo Azul, y dando nacimiento a una cultura que todavía pervive en Etiopía. Este nuevo reino amhara, en la segunda mitad del siglo XIII, asumió una poderosa estructura teocrática afianzada en la erudición eclesiástica, a partir del rey Yekuno Amlak. La dinastía real se atribuyó la condición de descendiente de Salomón y de la reina de Saba, renovando los vínculos con el patriarca de Alejandría, reconocido como cabeza del clero etíope, a la vez que aparecían formas de una especie posterior de feudalismo. El Negus o emperador de Abisinia fue identificado en el siglo XIV por algunos occidentales como el legendario Preste Juan de las Indias. La llegada de los portugueses en 1541 a este reino ayudó a salvarlo del cada día más estrecho cerco islámico.

Bibliografía

- Chaunu, P.: *La expansión europea (s. XIII al XV)*, Barcelona, 1972.
 Cornevin, R.: *Histoire de l'Afrique*, tomo I (*Des origines au XVI siècle*), París, 1967.
 Fernandes Costa, M.: *As navegações atlânticas no século XV*, Lisboa, 1979.
 Levzion, N.: *Ancient Ghana and Mali*, Londres, 1973.
 Medeiros, F.: *L'Occident et l'Afrique (XIII-XIV siècles)*, París, 1985.
 Mollat, M.: *Grands Voyages et connaissance de monde du milieu du XII siècle à la fin du XV*, 2 vols., París, 1966 y 1969.
 Papagno, G.: *I portoghesi d'oro*, 2 vols., Parma, 1986.
 Parías, L. H. y otros: *Historia universal de las exploraciones*, 2 vols., Madrid, 1967.
 Sere, E.: *Histoire du Niger*, París, 1965.

EPÍLOGO

EL LEGADO DE LA EDAD MEDIA

por SALVADOR CLARAMUNT

La Edad Media, en sus aspectos más negativos, está permanentemente presente en el vocabulario de las personas autotituladas cultas o simplemente creídas de su valor intelectual. Es fácil ver referencias a la época medieval cuando se produce una matanza, un hecho que se considera primitivo, o simplemente algún acto de intransigencia. Como si el gusto por la muerte, los atavismos o la intolerancia no fueran consustanciales con la humanidad.

El género humano en general y el individuo en particular siempre han buscado, buscan y buscarán referencias históricas para justificar sus actos de barbarie cotidiana. Es lo más cómodo, lo más simple e incluso a veces lo más reconfortante para el hombre del presente; pero éste no quiere darse cuenta de que sus referencias históricas son meramente temporales, ya que el realizador de todas las barbaries anteriores, cuando las hizo, las hizo desde su perspectiva de hombre contemporáneo, sin sospechar que por obra de y gracias a la comodidad de los historiadores le colocarían siglos después en una época determinada, que en este caso concreto es la Edad Media.

El legado medieval no es únicamente bárbaro, cruel y sangriento, y si así lo fuera, sería exactamente del todo contemporáneo. No nos hace falta más que mirar a nuestro alrededor o leer las noticias diarias sobre el mundo en general y sobre nuestra civilizada y autoengreída Europa en particular. Es un legado que, sumado al de las épocas anteriores, ha configurado nuestras ciudades, nuestras costumbres, nuestras tradiciones, nuestras lenguas y nuestra manera de vivir.

Una serie de vocablos y comportamientos utilizados hoy afloran cotidianamente en nuestro mundo, y no son más que la expresión de conceptos acuñados en la época medieval: desde la caballería, la dama, la recomendación, el juramento, pasando por un sinnúmero de gestos, actitudes y tradiciones documentales. Pero donde la Edad Media está omnipresente en los viejos continentes es en la arquitectura, en los cascos viejos de sus ciudades, en muchas instituciones y en muchas más mentalidades.

El gran monasterio cisterciense, el templo románico, la catedral gótica, la iglesia visigoda, la basílica bizantina, la mezquita abbasí, el templo khmer, el palacio nazarí, el edificio gótico de una lonja, de un ayuntamiento, de un hospital, la procesión religiosa o cívica, la gran mayoría de festejos populares: todo ello nos habla de una época lejana en el tiempo pero próxima en el vivir cotidiano.

La gran riqueza artística que la Edad Media elaboró y que en gran parte se ha conservado hasta hoy, forma parte de nuestra estética y de nuestro mundo cultural. A ello hay que añadir la gran elaboración filosófica, científica e institucional, que en muchos casos fue el eslabón que unió la cultura clásica y la época del renacimiento, y sin cuya existencia hubiese sido del todo imposible la fiebre expansionista en todos los campos de la segunda mitad del siglo XV, y que tuvo su preludio en la gran revolución comercial e institucional de los siglos precedentes.

El enfrentamiento de concepciones religiosas antagónicas fue causa de numerosas guerras, pero también, al ver que no se podían aniquilar, dio origen a centros en donde cohabitaron divesas culturas y religiones en una muestra de respetuosa y forzada convivencia. Así la Toledo de las tres culturas, o la corte de Federico II en Palermo, e infinidad de pequeñas ciudades y cortes en donde la convivencia fue norma obligada, impuesta al menos por la impotencia de eliminar al adversario. Esta porosidad cultural se plasmará en la vida intelectual del occidente medieval, y más concretamente en la creación de la institución universitaria. En nuestros días de finales del siglo XX, las instituciones académicas no hacen más que reinventar aquel espíritu universitario, verdaderamente universal, en donde el latín era la lengua común para miles de estudiantes y profesores de toda una serie de reinos y pequeños territorios de más de media Europa, y en donde las convalidaciones no eran necesarias. Mientras que las escuelas de traductores o los *scriptoria* monásticos se convirtieron en los depositarios y transmisores de una cultura que se reestructuró a partir de finales del siglo XII en los *Studia Generalia* o universidades.

La Edad Media es, desde el punto de vista cronológico, un invento de los historiadores del siglo XVII, pero el milenio que va desde el siglo V al XV es una densa época que se inicia con la crisis y descomposición del Imperio romano y que finalizará con la desaparición de la parte oriental de dicho Imperio, que también de modo totalmente inadecuado denominamos Imperio bizantino.

Mil años densos y apasionantes, no más vacíos y crueles que otras épocas precedentes o posteriores. Mil años en que el hombre de la época salió como pudo de los numerosos problemas que tuvo, más o menos como el hombre de hoy, pero que a pesar de todo nos dejó una serie de obras de arte, de pensamiento e instituciones como la Universidad, el Parlamento, la Banca y un largo etcétera.

Tanto influyó la época medieval, que muchos pueblos, sobre todo los que tuvieron su imperio en dichos tiempos, no dejan de suspirar por un retorno al pasado, pasado que ellos entienden como su momento de mayor esplendor. El integrismo islámico, el fanatismo religioso, los sueños nacionalistas de muchos pueblos son fruto del legado de la Edad Media; que en este caso no se mira con desprecio de época bárbara, sino como espejo que se quiere repristinar, olvidándose que aquel apogeo, como cualquier otro apogeo, incluido el de hoy, fue frágil y condujo a las soluciones que hoy se pretende soslayar o por lo menos olvidar.

ÍNDICE

Palabras previas	VII
TEMA 1. La Edad Media , por MANUEL GONZÁLEZ	1
1. El concepto de Edad Media	1
2. Los límites espaciales de la Edad Media	2
3. Los límites cronológicos de la Edad Media	2
<i>Bibliografía básica</i>	4
TEMA 2. Descomposición del orden romano (siglo IV). El cristianismo , por EMILIO MITRE	7
1. El Imperio de Constantino y su herencia: las reformas internas y sus limitaciones	8
2. El cristianismo ante la cultura antigua: tensiones, acomodación y relevo	9
3. Ortodoxia y herejía. La crisis arriana	11
4. Las herejías características del Occidente	12
5. San Agustín: de la cultura antigua a la medieval en Occidente	13
<i>Bibliografía</i>	14
TEMA 3. Los primeros reinos germánicos (siglos V-VIII) , por EMILIO MITRE	15
1. Los contactos entre Roma y los germanos hasta finales del siglo IV	15
2. Las migraciones del siglo V y el fin del Imperio en Occidente	16
3. Las nuevas monarquías germánicas y sus fundamentos políticos	19
4. África: el reino vándalo y la reconquista bizantina	20
5. Italia: Estados bárbaros, papas y bizantinos	21
6. La Galia: de la presencia visigoda al dominio franco	23
7. Hispania y la unidad política visigoda	24
8. Britania y la heptarquía anglosajona	24
<i>Bibliografía</i>	25
TEMA 4. Nacimiento y primer esplendor del Imperio bizantino: de Constantino a Justiniano (330-565). La dinastía heráclida , por SALVADOR CLARAMUNT	26
1. La monarquía constantiniana	26
2. Las dinastías teodosiana y tracia	28

3. La época de Justiniano	29
4. La obra jurídica justiniana	31
5. Las bases económicas del Imperio	31
6. La dinastía heráclida (610-717)	32
7. La vida intelectual y la cultura	34
<i>Bibliografía</i>	36
 TEMA 5. El pontificado y las manifestaciones de la espiritualidad en Occidente. Génesis del monacato, por EMILIO MITRE	
1. La articulación jerárquica de la Iglesia y el pontificado romano	37
2. La Iglesia del Occidente frente a la herejía y los resabios del paganismo popular ..	39
3. La génesis del monacato y su implantación en Occidente	40
4. La intelectualidad del Occidente en los albores del Medievo	41
<i>Bibliografía</i>	44
 TEMA 6. El Oriente Próximo del siglo IV al VII. El Imperio sasání, por SALVADOR CLARAMUNT	
1. Consolidación y evolución política del Imperio sasání	45
2. La organización del Imperio sasání	47
3. Vida económica y social	49
4. Los otros pueblos del Oriente Próximo: kusanas, turcos y ávaros. Siglos IV-VI	50
<i>Bibliografía</i>	52
 TEMA 7. El Islam. De Mahoma al califato abbasí, por MANUEL GONZÁLEZ	
1. Mahoma y el Islam	53
2. La expansión islámica	55
3. El Imperio árabe	55
4. La organización política y social	56
5. La vida económica	58
<i>Bibliografía</i>	60
 TEMA 8. Bizancio: isáuricos y macedonios (717-1082). El cisma. El Islam: los abbasíes. Los fatimíes, por SALVADOR CLARAMUNT	
1. El Imperio bizantino bajo la dinastía isáurica (717-820)	61
2. La dinastía frigia o amórica (820-867). Focio	64
3. La dinastía macedónica (867-1056). La edad de oro de los siglos IX y X. El apogeo	65
4. El final de la dinastía macedónica. El siglo XI. El cisma: Miguel Cerulario. El régimen de la nobleza civil	69
5. El mundo islámico: la época abbasí	70
6. El apogeo abbasí (750-850)	70
7. La larga agonía del califato abbasí	71
8. Las bases socioeconómicas de los califas abbasíes	72
9. Los fatimíes	73
<i>Bibliografía</i>	74

TEMA 9. Los carolingios. Formación y decadencia de un imperio. Sociedad y economía del mundo carolingio, por ERMELINDO PORTELA	75
1. El Imperio, una construcción teórica	76
2. De la teoría a la práctica. Expansión y agotamiento del reino de los francos	78
3. Una aproximación desde abajo. Los fundamentos materiales del Imperio carolingio	82
<i>Bibliografía</i>	84
TEMA 10. La <i>dilatatio Christianitatis</i> y el renacimiento carolingio (de San Bonifacio a la muerte de Escoto Erígena), por EMILIO MITRE	85
1. Los carolingios y la labor de evangelización	85
2. El monarca franco como defensor de la fe	86
3. <i>Regnum</i> y <i>sacerdotium</i> en el mundo carolingio	87
4. La sociedad eclesiástica y el orden monástico	88
5. La educación religiosa de los laicos	89
6. Los primeros tiempos del renacimiento carolingio: Alcuino de York y sus herederos	90
7. Escoto Erígena y el renacimiento filosófico	92
<i>Bibliografía</i>	92
TEMA 11. Las últimas invasiones. Escandinavos, magiares y eslavos, por MANUEL GONZÁLEZ	93
1. Las invasiones escandinavas	93
1.1. Noruegos y daneses	94
1.2. La expansión de los varegos	96
2. Los sarracenos	96
3. Los húngaros	97
4. Los pueblos eslavos	98
4.1. Los eslavos occidentales	98
4.2. El principado de Kiev	99
<i>Bibliografía</i>	99
TEMA 12. Los musulmanes en España hasta finales del califato, por MANUEL GONZÁLEZ ...	100
1. Los oscuros orígenes de al-Andalus	100
2. Del emirato de Córdoba al califato omeya	101
2.1. El emirato de Córdoba (756-929)	101
2.2. El califato de Córdoba (929-1031)	102
3. Al-Andalus, una sociedad islámica en Occidente	103
4. La vida económica	104
5. Las estructuras políticas y administrativas	105
<i>Bibliografía</i>	105
TEMA 13. Nacimiento de los reinos hispano-cristianos hasta 1035, por MANUEL GONZÁLEZ	106
1. Los orígenes de la resistencia cristiana	106
1.1. El reino astur-leonés	106
1.2. El condado de Castilla	107

1.3. El reino de Navarra	107
1.4. Cataluña	108
2. Las estructuras políticas y administrativas	109
3. Repoblaciones y «presuras»	109
4. Las realidades económicas	111
5. Una sociedad en trance de feudalización	111
Bibliografía	112
TEMA 14. Las renovaciones del siglo x en Occidente. El Imperio de los Otones, por ERME- LINDO PORTELA	113
1. Los signos del despertar	113
2. La reconstrucción otónica	117
Bibliografía	120
TEMA 15. Las grandes civilizaciones asiáticas en la Alta Edad Media. China, Japón, India e Indochina hasta el siglo XII, por SALVADOR CLARAMUNT	121
1. El Imperio chino	121
2. La dinastía Tang (581-906)	122
3. La época Sung	123
4. El Japón	124
5. La India hasta el siglo VII	126
5.1. Los Gupta	126
5.2. La fragmentación	126
6. La India, del siglo VIII al XII	127
7. Las civilizaciones indochinas	128
Bibliografía	129
TEMA 16. El cambio feudal. El hombre y la tierra. Señores y campesinos, por ERMELINDO PORTELA	130
1. La mutación feudal	131
2. Los rasgos de la expansión en el mundo rural	132
3. Señores y campesinos	136
Bibliografía	137
TEMA 17. La renovación del comercio. Ciudades y sociedades urbanas. Mercaderes y menes- trales, por SALVADOR CLARAMUNT	138
1. Crecimiento demográfico y económico en Occidente después del año 1000	138
2. Ciudad y campo, dos realidades que, de concurrentes, se convierten paulatinamente en complementarias	139
3. La revolución comercial del siglo XI	141
4. La sociedad urbana	142
5. El gobierno de las ciudades. La conquista de la autonomía urbana	143
Bibliografía	146

TEMA 18. Iglesia e imperio en los siglos XI y XII: de la reforma gregoriana a la muerte de Federico Barbarroja, por EMILIO MITRE	147
1. Los primeros pasos de la reforma	147
2. La querella entre Enrique IV y Gregorio VII	149
3. El fin de la Querella de las Investiduras	150
4. La clausura de la época gregoriana	150
5. Federico Barbarroja y la culminación de los sueños imperiales	151
6. Cima y crisis de la política Staufén	152
7. El Imperio y los desplazamientos de fronteras	153
<i>Bibliografía</i>	154
TEMA 19. Las monarquías feudales: Francia, Inglaterra y el sur de Italia en los siglos XI y XII, por MANUEL GONZÁLEZ	155
1. Los primeros capetos	155
2. La conquista normanda de Inglaterra	157
3. Los sucesores de Guillermo el Conquistador	158
4. Ascenso y caída de los Plantagenet	159
4.1. Las reformas internas	159
4.2. Tomás Becket	160
4.3. El Imperio angevino	160
4.4. Ricardo Corazón de León (1189-1199)	161
5. Los normandos en el sur de Italia	161
<i>Bibliografía</i>	163
TEMA 20. La península ibérica en los siglos XI y XII. Reinos cristianos, taifas e imperios norteafricanos, por SALVADOR CLARAMUNT	164
1. La aparición de los reinos de taifas	164
2. La frontera occidental: León y Castilla	165
3. Los reinos cristianos orientales	170
4. Los almorávides	173
5. El Imperio almohade	174
<i>Bibliografía</i>	175
TEMA 21. La expansión de Occidente: el mar Báltico. El <i>Drang nach Osten</i>. La cristianización de Escandinavia, por ERMELINDO PORTELA	176
1. La marcha de los alemanes hacia el este	176
2. La cristianización de Escandinavia	179
<i>Bibliografía</i>	182
TEMA 22. La expansión de Occidente: el Mediterráneo oriental. Las primeras cruzadas, por ERMELINDO PORTELA	183
1. Jerusalén	183
2. Clermont	185

3. Constantinopla	187
<i>Bibliografía</i>	191
TEMA 23. Renovación eclesiástica y de las formas de piedad. El apogeo del monacato. La unidad de la Iglesia cuestionada. El problema de las herejías, por EMILIO MITRE	192
1. El clero secular y el alcance de las medidas reformadoras	192
2. La renovación de los órdenes religiosos: Cluny y la clunización del monacato europeo	193
3. La reacción monástica frente al clunismo y el triunfo del Cister	194
4. El encuadramiento religioso de los laicos y los modelos de piedad	195
5. La unidad religiosa del Occidente, en cuestión: las herejías y su proyección social hasta principios del siglo XIII	197
6. La lucha contra la herejía: de la polémica a la represión	199
<i>Bibliografía</i>	200
TEMA 24. Los cambios culturales y el renacimiento del siglo XII, por EMILIO MITRE	201
1. San Anselmo y la meditación sobre la racionalidad de la fe	201
2. El Renacimiento del siglo XII y la aparición del intelectual	202
3. Pedro Abelardo, el Descartes del siglo XII	203
4. La querella de los universales	203
5. La reconquista de Aristóteles a través de los pensadores árabes y judíos	204
6. Las escuelas de traductores del Occidente	205
7. La teología y la renovación de los métodos teológicos	206
8. De las escuelas monásticas a las urbanas: Chartres y San Víctor	207
<i>Bibliografía</i>	208
TEMA 25. Sociedad y economía en la Europa del siglo XIII, por ERMELINDO PORTELA	209
1. El número de los hombres: del crecimiento a la detención	209
2. La actividad económica: del cultivo de los campos al negocio comercial	211
3. Los marcos de la sociabilidad y los grupos en relación	214
<i>Bibliografía</i>	217
TEMA 26. El triunfo de la teocracia pontificia y la crisis del Sacro Imperio: de Inocencio III a las Vísperas Sicilianas, por EMILIO MITRE	218
1. Inocencio III y la realización de la plenitudo potestatis papal	218
2. El IV Concilio de Letrán	219
3. Federico II y el pontificado: la prueba suprema de fuerza para la teocracia pontificia	220
4. El gran interregno alemán	221
5. El II Concilio de Lyon	222
6. La política pontificia en Italia bajo el signo angevino	222
7. Las Vísperas Sicilianas y sus secuelas	223
<i>Bibliografía</i>	224
TEMA 27. Las monarquías del Occidente en la plenitud del siglo XIII. Francia e Inglaterra. Los fundamentos políticos y los inicios del parlamentarismo, por ERMELINDO PORTELA	225
1. Los perfiles teóricos del monarca feudal	225
2. El soporte institucional	228

3. La práctica del poder	230
<i>Bibliografía</i>	233

TEMA 28. La Península ibérica. Reconquista y repoblación en el siglo XIII, por MANUEL GONZÁLEZ 235

1. La reconquista y la repoblación catalano-aragonesas	235
1.1. Islas Baleares	236
1.2. Reino de Valencia	236
2. La reconquista y la repoblación castellano-leonesas	237
2.1. Andalucía	238
2.2. El reino de Murcia	239
3. La reconquista portuguesa	240
4. Expansión y crisis. Balance del siglo XIII peninsular	240
<i>Bibliografía</i>	241

TEMA 29. Las síntesis culturales: las universidades. Los mendicantes y las formas de piedad en el siglo XIII, por SALVADOR CLARAMUNT 242

1. Las escuelas urbanas	242
1.1. Las primeras universidades	243
1.2. La organización universitaria	245
2. Las órdenes mendicantes	246
2.1. La orden de los Predicadores	247
2.2. Los franciscanos	247
2.3. Otras órdenes mendicantes	248
3. Las formas de piedad en el siglo XIII	249
<i>Bibliografía</i>	250

TEMA 30. Oriente Próximo: Bizancio y el Islam en el siglo XIII, por SALVADOR CLARAMUNT 251

1. La gran ruptura de 1204 y sus consecuencias: el Imperio Latino de Constantinopla y el Imperio de Nicea	251
2. El Islam	254
2.1. Egipto y Siria: los ayyubíes	254
2.2. Los mamelucos	255
2.3. Los turcos selyuquíes	256
<i>Bibliografía</i>	257

TEMA 31. La peste negra y las crisis agrarias, por ERMELINDO PORTELA 258

1. El comienzo de los malos tiempos	258
2. El azote de la peste	261
3. Las consecuencias	263
4. La reconstrucción	265
<i>Bibliografía</i>	266

TEMA 32. Las ciudades y el comercio en la época de crisis, por SALVADOR CLARAMUNT	267
1. El panorama urbano	267
2. La economía urbana	268
3. El comercio	269
4. Productos y áreas comerciales	270
4.1. El área mediterránea	270
4.2. La Hansa	271
5. Conflictos y revueltas sociales en el medio urbano	272
<i>Bibliografía</i>	275
TEMA 33. Los grandes conflictos internacionales en el bajo medievo, por EMILIO MITRE	276
1. De la génesis de la Guerra de los Cien Años a las grandes treguas	276
2. Occidente bajo las grandes treguas	278
3. La segunda fase del conflicto: la doble monarquía y su fracaso	279
4. Sentido y secuelas de la Guerra de los Cien Años	281
5. La Corona de Aragón y la lucha por el Mediterráneo (1302-1409)	282
<i>Bibliografía</i>	283
TEMA 34. El Imperio y su definitiva germanización, por MANUEL GONZÁLEZ	285
1. Los primeros Habsburgo	285
2. Luis IV de Baviera (1314-1346)	286
3. Carlos IV y la <i>Bula de Oro</i>	287
4. El Imperio durante la era de los principados (1378-1519)	287
5. La fragmentación del Imperio	288
6. La Liga Hanseática	289
7. El nacimiento de Suiza	290
<i>Bibliografía</i>	290
TEMA 35. La Península itálica a finales del medievo, por SALVADOR CLARAMUNT	291
1. Italia en el siglo XIV	291
1.1. El norte de Italia	291
1.1.1. Milán	292
1.1.2. Venecia	292
1.1.3. Génova	293
1.1.4. Toscana	294
1.2. Los Estados Pontificios	294
1.3. El reino de Nápoles	295
2. El siglo xv o Quattrocento	296
2.1. Milán	296
2.2. Venecia	297
2.3. Florencia	297
2.4. El papado y el reino de Nápoles	298
<i>Bibliografía</i>	298

TEMA 36. Los reinos hispánicos en la Baja Edad Media, por MANUEL GONZÁLEZ 300

1. Pedro I y la guerra civil castellana 300
2. Enrique II y los primeros Trastámaras 301
3. La extinción de la Casa de Barcelona y el Compromiso de Caspe 302
4. La pugna entre nobleza y monarquía en Castilla (1406-1474) 303
5. Aragón en el siglo XV 305
6. Navarra en la Baja Edad Media 306
- Bibliografía* 306

TEMA 37. Crisis y transformaciones de la Iglesia en los siglos XIV y XV, por EMILIO MITRE 307

1. Las primeras fisuras de la teocracia pontificia: de Bonifacio VIII a la celebración del Concilio de Vienne 307
2. El pontificado en Aviñón 308
3. El Cisma de Occidente y las vías de solución 309
4. Conciliarismo y soluciones conciliares a la crisis de la Iglesia 310
5. La disidencia religiosa y la herencia del pasado 312
6. Wycléfismo y husismo 313
7. La vía de la reforma en el marco de la ortodoxia. El caso de las órdenes religiosas 314
- Bibliografía* 315

TEMA 38. El destino de los Estados. Génesis del Estado moderno, por SALVADOR CLARAMUNT 316

1. El fortalecimiento de los Estados 316
2. Francia 317
3. Inglaterra 318
4. Borgoña 321
5. La Europa de los hombres de negocios 322
- Bibliografía* 323

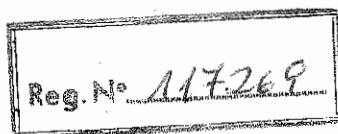
TEMA 39. La vida intelectual y artística, por SALVADOR CLARAMUNT 324

1. Los centros de alta cultura 324
2. La crisis de la escolástica 325
3. La ciencia y la técnica 327
4. El arte gótico 328
- Bibliografía* 329

TEMA 40. La periferia europea: escandinavos y eslavos, por ERMELINDO PORTELA 330

1. El refuerzo de la presencia germánica en Escandinavia 330
2. La unificación escandinava: fundamentos débiles y resultados escasos 332
3. La evolución de la presión exterior en el este: de los tártaros a los turcos 333
4. La Europa del este, entre la integración occidental y la herencia bizantina 334
- Bibliografía* 337

TEMA 41. El hundimiento del Imperio bizantino. La renovación islámica: los turcos otomanos,	
por SALVADOR CLARAMUNT	338
1. La larga agonía de Bizancio: los Paleólogos	338
2. Sociedad y economía en los últimos siglos de Bizancio	340
③ 3. Los turcos otomanos. Formación y expansión de un imperio	342
4. Organización del Estado otomano	344
Bibliografía	345
TEMA 42. Asia en los siglos XIII, XIV y XV,	
por SALVADOR CLARAMUNT	346
1. El mundo de las estepas: los mongoles	346
2. Gengis Khan y sus conquistas	347
3. China bajo los mongoles: la dinastía Yüan (1279-1365)	348
4. Los timúridas y su efímero Imperio	350
5. El Japón	350
6. La conquista musulmana de la India	351
Bibliografía	352
TEMA 43. Los descubrimientos geográficos de la Baja Edad Media. Los reinos africanos,	
por SALVADOR CLARAMUNT	353
1. La apertura del Atlántico	353
2. El descubrimiento del África occidental	355
3. Los reinos e imperios del África negra	356
4. Los grandes imperios negros del Sudán	356
4.1. El Imperio de Ghana o Wagadu (siglos VII-XI)	356
4.2. El Imperio de Malí	357
4.3. El Imperio de Gao o Imperio songhay	358
4.4. El Imperio de Kanem-Bornu y la civilización hausa	358
4.5. Las ciudades-Estado hausa	359
5. Nigeria y África central	359
5.1. El reino de Benin	359
5.2. Las ciudades-Estado yoruba	360
5.3. Los reinos bantúes	360
6. El África oriental e India	360
6.1. Las ciudades-Estado islamizadas	361
6.2. El cristianismo en el África negra. La Nubia cristiana	361
6.3. Abisinia	361
Bibliografía	362
EPÍLOGO. El legado de la Edad Media,	
por SALVADOR CLARAMUNT	363



Impreso en el mes de septiembre de 1998
en Talleres LIBERDÚPLEX, S. L.
Constitución, 19
08014 Barcelona

El presente manual de historia medieval pretende introducir al estudiante universitario de primeros cursos en el conocimiento de los principales acontecimientos que se produjeron a lo largo del milenio que se ha dado en llamar del todo impropiaamente Edad Media.

Los cuatro autores de esta obra no se han propuesto hacer un volumen enciclopédico en que se encuentre todo, sino resumir en cuarenta y tres temas los más diversos pero esenciales aspectos de los tiempos medievales para que, una vez asimilados, el estudiante sepa situar en el tiempo y en el espacio unos acontecimientos necesarios para la formación de su bagaje cultural o para una posible profundización en el futuro de los temas que más le interesen.

El conocimiento de la Historia que tiene el alumnado al entrar en la universidad es muy elemental, ya que únicamente se le han dado unos pobres conocimientos a lo largo de los estudios hasta entonces realizados. La idea de este manual surgió con el propósito de llenar esta falta de conocimientos y contribuir a una formación histórica más sólida en los alumnos de las nuevas licenciaturas de Historia o Humanidades, y a la vez de servir también para los estudiantes de las restantes licenciaturas de letras.

<http://www.ariel.es>

937813-1



Ariel Historia